

MARCOS AGUINIS

LA GESTA DEL MARRANO



Lectulandia

La gesta del marrano es una de las grandes novelas del siglo. Reúne suspenso narrativo, belleza poética y admirable sabiduría. A partir de un histórico auto de fe cometido en Lima en el siglo XVII, el autor despliega un conmovedor himno a la libertad y una de las denuncias más rotundas contra la discriminación étnica e ideológica.

Francisco Maldonado da Silva, el protagonista, es un hombre culto, honesto y temerario que enfrenta un doble desafío: el externo y el de su subjetividad. Sus peripecias imprimen a la lectura un ritmo de galope. La obra crece en intensidad hasta acelerar el corazón, desencadenar lágrimas y emocionar de manera inolvidable.

El autor de Profanación del amor y La matriz del infierno reconstruye la época con la destreza de un historiador y la curiosidad del eximio narrador que es. Sus personajes adquieren perfiles imborrables y generan identificación, rechazo, estremecimiento o asombro.

Sin extraviarse del hilo argumental, Marcos Aguinis crea un fresco impresionante sobre la Inquisición y la sociedad colonial de América. La atmósfera de hipocresía, autoritarismo y corrupción que delata ha tenido lamentable vigencia hasta nuestros días. He ahí una de las razones que explican el notable éxito que recoge esta novela desde su aparición. La gesta del marrano - una verdadera gesta literaria en muchos sentidos - deparará a sus lectores enorme felicidad.

Lectulandia

Marcos Aguinis

La gesta del marrano

ePUB v1.0

Polifemo7 07.08.11

más libros en lectulandia.com

Título: La gesta del marrano
© 1992-03, Marcos Aguinis
Editorial: Ed. Planeta. Colección Fábula, 273
ISBN: 9788432089084

A Francisco Maldonado da Silva,
que defendió heroicamente el arduo derecho
a la libertad de conciencia.

A mi padre, que enriqueció mi niñez
con animadas historias
y se hubiera emocionado con ésta.

Libro primero: Génesis

Brasas de infancia

1

Mugre, piel y huesos, con los tobillos y las muñecas ulcerados por los grilletes, Francisco es una brasa que arde bajo los escombros. Los jueces miran con fastidio a ese esperpento: un incordio decididamente intolerable.

Hacía doce años que lo habían enterrado en las cárceles secretas. Lo habían sometido a interrogatorios y privaciones. Lo enfrentaron con eruditos en sonoras controversias. Lo humillaron y amenazaron. Pero Francisco Maldonado da Silva no cede. Ni a los dolores físicos ni a las presiones espirituales. Los tenaces inquisidores sudan rabia porque no quieren enviarlo a la hoguera sin arrepentimiento ni temor.

Cuando seis años antes el reo efectuó un ayuno que casi lo disolvió en cadáver, los inquisidores ordenaron hacerle comer a la fuerza, darle vino y pasteles; no toleraban que ese gusano les arrebatase la decisión de su fin. «Es la Inquisición —no sus prisioneros— quien establece las penas y ordena su cumplimiento.» Francisco Maldonado da Silva tardó en recuperarse, pero logró demostrar a sus verdugos que podía sufrir no menos que un santo.

En su maloliente mazmorra el estragado prisionero suele evocar su odisea. Nació en 1592, exactamente un siglo después de que los judíos fueran expulsados de España y Colón descubriera las Indias Occidentales. Vio la luz en el remoto oasis de Ibatín, en una casa donde predominaba el color pastel con manchones de azul. Después su familia se trasladó a Córdoba precipitadamente. Tenían que huir de una persecución que pronto les daría alcance. Navegó por tierras amenazadas: indios, pumas, ladrones, alucinantes salinas. Tenía nueve años cuando arrestaron a su padre. Un año después arrancaron violentamente de su hogar a su hermano mayor. Cumplió once años y ya no quedaban en su vivienda bienes sin confiscar. Su madre, vencida, se entregó a la muerte.

Completó su educación en un convento: escuchaba el violín de Francisco Solano, leía la Biblia, aprendió rápidamente el latín. Pero también sangró a un apoplético y cabalgó por las portentosas serranías, y conoció las flagelaciones. Antes de cumplir dieciocho años decidió partir hacia Lima para graduarse de médico en la Universidad de San Marcos. Allí esperaba encontrar a su padre, baldado por las torturas de la Inquisición. Su viaje de miles de kilómetros en carreta y en mula lo llevaron desde las pampas del Sur a la puna del Norte. Alternó vicisitudes con inesperados descubrimientos. Y descendió a la bulliciosa Ciudad de los Reyes para recibir la revelación final. Allí conoció y ayudó al primer santo negro de América, participó en las defensas del Callao contra el pirata holandés Spilbergen y se graduó en una brillante ceremonia.

La persecución que empezó en Ibatín y siguió en Córdoba, volvió a enardecerse en Lima. Decidió, entonces, embarcar hacia Chile. Allí fue contratado como cirujano

mayor del hospital de Santiago: era el primer profesional con títulos legítimos que ejercía en el país. Su biblioteca personal superaba todas las colecciones de libros existentes en conventos o reparticiones públicas. Visitó salones y palacios, alternó con altas autoridades civiles y religiosas, recibió halagos por su cultura. Se casó. Era un hombre exitoso y apreciado; su bienestar reparaba la sarta de padecimientos anteriores.

Un hombre común no habría alterado esta situación. Pero en su espíritu llameaba un tizón inextinguible. Era una rebelión que ascendía desde los abismos. Mucha gente deambulaba por el mundo sosteniendo sus creencias en secreto. Era difícil e indigno. Contra la lógica de la conveniencia, optó por quitarse la máscara y defender sus derechos. Hasta ese instante había sido un marrano^[1].

Cuando vivía en hipócrita paz, en Chile, decidió pegar el salto. Para que no lo tentase el arrepentimiento afiló su escalpelo y se circuncidó a sí mismo. La marca física —considerada infamante— era el doloroso pabellón de su libertad. Poco después ocurrió lo esperable: la Inquisición fue en su busca. Era el comienzo de la batalla. Cuando lo hicieron comparecer ante el adusto Tribunal, no pidió clemencia. Los muros temblaron con la provocación que implicaba su increíble juramento: con él se reivindicaban miles de víctimas.

Cuando pudo escabullirse por el ventanuco de su celda, no lo hizo para huir: se arrastró a las cámaras vecinas e insufló ánimo a los otros prisioneros. Lo impelía una profunda convicción en la justicia de su causa. Escarado y anémico, continuaba el combate. En la penumbra de su tabernáculo urdía discursos y los volcaba en las sesiones como las olas del mar a los acantilados. Eran explosiones de espuma y de luz que los jueces cancelaban abruptamente, sobrepasados y perplejos. Se preguntaban consternados cómo fue la vida de ese hombre, cuándo surgieron sus dudas, quiénes moldearon su diabólica insolencia. Era necesario saberlo porque se trataba de una historia inusual, peligrosa.

El Santo Oficio empieza los preparativos de un multitudinario Auto de Fe que tendría lugar en enero de 1639. Ha descubierto la llamada Conspiración Grande. Muchos reos serán ejecutados. La oportunidad aconseja terminar con este reptil. Los jueces convocan entonces a Fernando de Montesinos, respetado autor de muchas obras, para que haga la relación pormenorizada del Auto de Fe y la biografía de los condenados. El excelente trabajo sería mandado a imprimir por orden del Ilustrísimo Inquisidor General. No sospechan que, de esta forma, las víctimas ascenderían a la inmortalidad.

Medio siglo antes de la espectacular matanza, el médico portugués Diego Núñez da Silva —padre del futuro mártir— había llegado al oasis de Ibatín. El bucólico entorno apenas insinuaba el comienzo de una epopeya.

2

Al instalarse en Ibatín[2] o San Miguel de Tucumán[3], Diego Núñez da Silva sintió urgencia por cumplir con una extraña obligación. Le inquietaba el patio rectangular de su humilde casa de piedras, adobe y techo cañizo que construyeron los indígenas. Era un patio caliente tapado por maleza y sobre el cual se abrían las habitaciones. El cuadro inhóspito debía ser reemplazado por otro: por el que dibujaban sus sueños y que testimoniaría su decisión de radicarse definitivamente aquí.

Diego Núñez da Silva había nacido en Lisboa en 1548. Cuando obtuvo la licenciatura en medicina a los treinta y dos años, harto de persecuciones y obsecuencias, decidió fugar hacia Brasil. Quería alejarse de los incendios sin fin, el vértigo de acusaciones, las forzadas pilas del bautismo, las cámaras de tortura o los Autos de Fe que asolaban Portugal. Le regocijó el océano y festejó sus tempestades que parecían borrar tempestades humanas. Pero al desembocar en el Brasil supo que convenía alejarse del territorio dominado por la corona portuguesa. Continuó, entonces, su viaje hacia el Oeste, hacia el Virreinato del Perú. Llegó por fin a la legendaria Potosí donde las minas de plata eran explotadas furiosamente: ya las vetas daban inequívocas señales de agotamiento. Encontró a otros portugueses con quienes trabó amistad; esa relación tuvo después onerosas consecuencias.

Deseoso de practicar la medicina, se le ocurrió construir un hospital para los indígenas y realizó gestiones ante el Cabildo e incluso ante el obispo del Cuzco. No tuvo éxito: la salud de los indios no era un asunto de interés. Tampoco ya le convenía permanecer en ese lugar donde era mirado con sospecha. Enterado de que se necesitaban médicos en el Sur, reinició la marcha. Todavía lo animaban esperanzas. Atravesó mesetas, quebradas y desiertos espectrales hasta concluir en el oasis de Ibatín. Allí conoció a la joven Aldonza Maldonado, una muchacha de ojos dulces pero sin fortuna; una hermosa *cristiana vieja*[4] que, por lo exiguo de la dote, no podía aspirar a un matrimonio ventajoso. Aceptó casarse con este médico portugués maduro, pobre y *cristiano nuevo*[5] porque tenía aspecto confiable y trato cordial. Los esponsales fueron adustos, tal como exigía la carencia de dinero por ambas partes.

Diego Núñez da Silva se sintió dichoso. Había ofrecido sus servicios a toda Ibatín y a las escasas poblaciones desperdigadas por la inconmensurable Gobernación del Tucumán. Con sus ahorros previos y su magro sueldo consiguió financiar la construcción de esta modesta vivienda en torno al tradicional patio rectangular. Terminó la casa, pero faltaba corregir el patio.

Se enteró de que en el convento de La Merced había un naranjal. Entrevistó al superior, fray Antonio Luque. Le bastó una sola charla para obtener varios retoños y

la ayuda gratuita de dos indios y dos negros. Bajo su supervisión los azadones arrancaron el yuyal. Los tallos y raíces gimieron bajo los golpes. Huyeron las alimañas. Luego palas y picos completaron la limpieza, removiendo vizcacheras y huevos de reptiles. Rozaron la tierra húmeda le imprimieron un declive suave para que escurriese el agua de las lluvias. Después apisonaron hasta que el rectángulo quedó liso como la piel de un tambor.

Don Diego marcó entonces doce puntos y ordenó cavarlos. Asombró a los peones: hincó su rodilla y, rechazando ayuda, ubicó amorosamente cada árbol en su respectivo sitio. Comprimió la tierra en torno a la grácil base de los tallos, vació con deleite los baldes como si diese de beber a peregrinos y, al terminar la jornada, llamó a su mujer.

Ella acudió sumisa, las manos enredadas en las cuentas del rosario. Su cabellera oscura le llegaba a los hombros. La piel de aceituna contrastaba con sus ojos color miel. Su cara era redonda, de muñeca, con boca chica y nariz breve.

—¿Qué te parece, Aldonza? —dijo él con orgullo mientras adelantaba el mentón hacia los pequeños árboles. Le explicó que pronto florecerían azahares, vendrían frutos y tendrían buena sombra.

No le dijo, en cambio, que el flamante patio de naranjos era la reproducción de un sueño. Era su nostalgia por España, una tierra que jamás conoció.

La suntuosa fronda del naranjal ya alojaba la estridencia de los pájaros cuando nació el cuarto hijo de la pareja. Don Diego había adquirido el hábito de sentarse en una silla de junco para gozar la frescura vespertina. El cuadro era idílico. Francisco lo evocó a menudo en los años posteriores, inclusive cuando yacía en el suelo de su prisión. La memoria pintaba el lejano paisaje en pastel cálido con manchas de azul.

Los tres hermanos de Francisco eran Diego, Isabel y Felipa. Diego, el primogénito, le llevaba diez años a Francisco y lo bautizaron con el mismo nombre de su padre. Pero sus rasgos físicos y espirituales no evocaban al licenciado, sino a la bella Aldonza. Como ésta y como su hermana Isabel, Diego era apacible, afectuoso, de cara redonda y baja estatura. Felipa y Francisco, por el contrario, reproducían al padre: nariz huesuda, frente despejada, cabellos cobrizos y altura generosa. Eran, como don Diego, apasionados, habladores y audaces. La vehemente Felipa, por ejemplo, no lograba poner freno a su espíritu rebelde; sus atrevimientos desesperaban a la pobre Aldonza que la retaba con su voz de santa y le ordenaba purificarse con una serie de avemarías. El pequeño Francisco avanzaba por la misma senda.

Esta familia de seis personas contaba con la servidumbre de una pareja de esclavos: Luis y Catalina. En comparación con otras casas, dos esclavos eran un rotundo certificado de pobreza. Don Diego los había comprado en una liquidación de mercadería fallada: el negro rengueando debido a una herida que le infligieron en el muslo durante un intento de fuga y no era útil para los trabajos rudos. Ella era tuerta. Ambos habían sido cazados en Angola cuando niños. Aprendieron los rudimentos del castellano que mechaban con ásperas expresiones de origen. También se resignaron al bautismo y la imposición de nombres cristianos, aunque seguían evocando oblicuamente a sus lejanos dioses. El rengo Luis se fabricó un instrumento musical con la quijada de un asno y el huesito de una oveja. Raspaba los dientes de la quijada con incitante ritmo y su voz recorría una melopea inverosímil. La tuerta Catalina le acompañaba con palmas, leves movimientos de todo el cuerpo y un canto triste a boca cerrada.

El licenciado reconoció la inteligencia de Luis, quien afirmaba descender de un brujo, y le enseñó a ayudarlo en sus trabajos de cirugía. El hecho resonó escandalosamente en Ibatín. Aunque algunos negros y mulatos ya oficiaban de barberos y realizaban las sangrías comunes, no se les confiaba la reducción de una fractura, el drenaje de abscesos o la cauterización de heridas. Don Diego le encargó también la custodia de su delicado instrumental. La cojera no le impedía seguirlo por las calles de Ibatín o a través de los pedregales de extramuros cargando sobre un hombro la petaca llena de piezas quirúrgicas, polvos, ungüentos y vendas.

Cuando Diego Núñez da Silva se sentaba bajo los naranjos del a tardecer en su ancha silla de junco, lo empezaba a rodear una pequeña audiencia. Era un narrador nato. Si iniciaba una historia, era difícil levantarse, ni tan siquiera para orinar. Se decía que hasta los pájaros cesaban de moverse. Tenía un repertorio inagotable. Estaba siempre dispuesto a brindar nuevos cuentos sobre héroes y caballeros, pero a menudo le pedían que repitiese las conmovedoras remembranzas españolas y los moralizantes episodios de la historia sagrada. Su mayor placer —más que el descanso, más que la sabrosa conversación— era mantener fresca su memoria y ejercitar la de sus hijos. El cuidado de la memoria no era una predilección inocente ni desprovista de riesgos.

Un día el patio de los naranjos empezó a ser denominado «la academia». Al médico portugués no le molestó la ironía. Más aún: para no parecer acobardado, decidió que allí se impartiese una educación sistemática a su familia. Alegó que eran insuficientes las enseñanzas dispersas. Convenció al endeble fray Isidro Miranda para que impartiese lecciones a todos. Así empezó una actividad que no iba a ser bien vista por las autoridades. Aprender algo ajeno al catecismo implicaba invadir jurisdicciones peligrosas.

Bajo la fronda instalaron una mesa de algarroba y la rodearon con bancos desiguales. El abatido fraile propuso enseñar el *quatrivio*^[6] básico: gramática, geografía, aritmética e historia. Su voz era cálida y persuasiva. Lo mejor de este hombre. En cambio su rostro huesudo enmarcaba un par de ojos continuamente desorbitados, como si no salieran del asombro o el terror, a pesar de su buena voluntad, la impresionante mirada chocaba con la de sus alumnos. A éstos les resultaba difícil sustraerse del sobresalto. El enclenque fraile había evangelizado en el Perú y en Paraguay, fue atravesado por flechas en el Chaco y trabajó en la ciudad de Santiago del Estero con el legendario primer obispo de esta dilatada Gobernación del Tucumán.

Los alumnos de la escuela fueron Aldonza —a quien su marido había enseñado las primeras letras—, sus cuatro hijos (inclusive el pequeño y travieso Francisco), Lucas Graneros (amigo de Diego) y tres vecinos. Aldonza, aunque provenía de una familia cristiana vieja con relativo abolengo, no había recibido más instrucción que la referida a hilado, tejido, bordado y costura.

—El conocimiento es poder —repetía don Diego a los desparejos estudiantes apretando los puños sobre la mesa—. Es un extraño poder que no se compara con el acero, ni la pólvora, ni el músculo. Quien conoce, es poderoso.

Fray Antonio Luque, el severo superior de los mercedarios que le había provisto generosamente los retoños del naranjal, no opinaba de igual forma. Luque era un sacerdote rudo a quien el Santo Oficio de la Inquisición invistió con la jerarquía de *familiar*^[7]. Usó un tono amable para asestarle la refutación aplastante:

—El conocimiento es soberbia —dijo con lentitud; cada palabra goteaba hiel—. Por querer engullir el conocimiento fuimos echados del Paraíso.

Y refiriéndose a la academia del patio de los naranjos, la descalificó redondamente:

—Es una excentricidad.

Por si no hubiera sido bastante categórico, añadió:

—Es absurdo que estudie toda una familia. Para la educación de las mujeres basta con aprender labores manuales y el catecismo.

Diego Núñez da Silva lo escuchó con respeto. Sabía cuánto riesgo implicaba ofender su autoridad de familiar. Después de cada frase, aunque no lo convencía, bajaba los párpados y hasta inclinaba su cabeza. El rígido sacerdote era pequeño y de mirada furriginosa. El médico era alto y de ojos tiernos. Pero el médico, obviamente, debía ceder ante la fuerza del pequeño sacerdote. Aunque no tanto como para clausurar la academia. Se limitaba a decir que reflexionaría sobre sus criteriosas palabras. Pero no despidió a fray Isidro, ni limitó las horas de clase, ni excluyó a las mujeres del aprendizaje. Su escuela debía proseguir y fray Antonio Luque reconocería probablemente su valor cuando se convenciera de que no lesionaba la fe.

Diego Núñez da Silva dedicó tiempo y presencia a su creación. Algunas tardes se incorporaba a la mesa de estudio para insuflar ánimo. Escuchaba, preguntaba, anotaba. Jugaba de discípulo. El afectuoso Isidro le inducía a completar datos y explicar mejor ciertos problemas.

—Es usted, don Diego —insistía el fraile—, quien borra las dificultades de la geografía y la aritmética. En cuanto a la gramática y la historia, las convierte en materias subyugantes. ¿Cómo no admirarlo? Yo enseño a lo bruto. Sin desmalezar y sin regar.

—Exagera. Si usted no desmalezara —reía don Diego—, poco valdrían mis intervenciones.

—Usted nos entusiasma. Y en cuanto a mí, reconozco que me propina oportunos castigos a mis accesos de soberbia. Es bueno que a uno le recuerden que es insignificante y achacoso.

Aldonza contemplaba embelesada al esmirriado sacerdote. La enternecía su maciza humildad. Era un buen modelo para su propio ideal de modestia. El sometimiento y la humillación la conmovían.

Fray Antonio Luque convocó a Isidro Miranda para que le «informase» sobre la «ridícula academia». El corto funcionario no quería descripciones ingenuas. Quería algo que se sintetizaba en una palabra sonora, inequívoca y enaltecida: *denuncia*. La denuncia de costumbres, frases, opiniones y hasta alusiones sutiles que permitiesen atrapar la punta de un hilo que llevase a la inmundicia del demonio. Le formuló media docena de preguntas que el buen Isidro contestó en seguida con sus

ojos más protruidos que nunca: eran dos globos que flotaban delante de su cara. Después el familiar le asestó un reproche:

—¿Qué ocurrencia fue esa de armar un *quatrivio*? —su mirada emitía rayos—. Sí, un *quatrivio* insólito para esta parte del mundo. ¿Qué necesidad existe de enseñar historia, aritmética, geografía y gramática en este desierto de la cristiandad? Son cuatro disciplinas para centros calificados, no para Ibatín. Lo único que falta para completar este grotesco es que incorpore como alumnos de sus clases a los esclavos.

Fray Isidro apretaba la cruz que le colgaba al pecho.

—Usted enseña materias fastuosas para seres miserables. Riega en la arena. ¡Absurdo!

Se levantó, dio un par de vueltas en la oscura sacristía y levantó el índice hacia el cielo.

—Además, cometió un olvido imperdonable: marginó la teología, la reina de las ciencias. ¿Cómo pretende que entiendan el mundo sin la teología? Si usted y ese médico portugués altamente sospechoso quieren cultivar almas, como dicen, enseñe por lo menos un rudimento de teología. ¡Un rudimento!

A la tarde siguiente fray Isidro abrió el ajado cuaderno que conservaba desde sus años mozos e impartió la primera clase de teología. A su término, Diego, el hermano mayor, dijo que le gustaría aprender latín. El fraile se sorprendió:

—¿Latín?

—Para entender la misa —contestó el muchacho en disculpas.

—No necesitas entenderla —explicó el sacerdote—: basta con asistir, escuchar, emocionarse, comulgar. Y creer.

—¡Yo también quiero aprender eso! —exclamó el pequeño Francisco.

—«Eso» se llama latín.

—Sí, latín.

—No tienes edad suficiente —sentenció fray Isidro.

—¿Por qué?

El sacerdote se acercó al niño y le apretó los hombros, cariñosamente.

—Todo no se puede saber —dijo.

Lo soltó, caminó con paso lento en torno a sus alumnos y se dirigió al ausente don Diego: «Saber, no siempre es poder.»

Dio por finalizada la clase. Cada uno recogió sus útiles.

Contrariamente a lo previsto, en un par de semanas comenzó a impartir lecciones de latín. Diego y Francisco lo estudiaron como si fuese un juego. Machacaban las declinaciones mientras saltaban la cuerda y se entretenían con la práctica del tejo. Enterado de esta novedad, fray Antonio Luque se permitió emitir un destello de aprobación. Pero aún no se alejaban de su espíritu alerta las ominosas sospechas de herejía.

Francisco Maldonado da Silva ha cumplido 35 años de edad. Se ha trasladado a Concepción, en el Sur de Chile, para evitar el zarpazo de la Inquisición. Tiene un sueño ligero y sobresaltado, Intuye que en algún momento, que en una de esas noches, sucederá. Esboza planes pero los desecha por ingenuos. Ambos —él y la Inquisición— tendrán que encontrarse, fatalmente.

Oye ruidos en torno a la casa. Su presentimiento deviene realidad. Imagina a los soldados con la orden de arrestado. Ha llegado el instante. Se levanta silenciosamente. No debe asustar a su esposa e hijita dormidas. Se viste en la oscuridad. Los esbirros suelen actuar brutalmente y él los va a sorprender con su postura digna. Aunque su corazón desenfrenado le ha empezado a latir en la garganta.

Ibatín se acurrucaba en las faldas de una montaña que detenía las nubes provenientes del Este y las obligaba a regar sus laderas; la vasta aridez circundante se trocaba abruptamente en jungla. Para llegar a este oasis, Diego Núñez da Silva tuvo que recorrer los mismos caminos que por primera vez, siglos atrás, habían abierto los incas. Después de los incas esos caminos fueron fatigados por los tenaces conquistadores: sus pequeñas y suicidas huestes eran atraídas por la alucinación de una ciudad portentosa cuyas viviendas tenían muros de plata y tejas de oro. Los conquistadores, cargando destellantes armaduras, recorrieron la antigua red caminera. No descubrieron la ciudad de sus sueños pero fundaron otras, entre ellas Ibatín o San Miguel de Tucumán, junto a un río que baja fresco y sonoro por la Quebrada del Portugués. Lo bautizaron «río del Tejar» porque a sus orillas se instaló una fábrica de tejas. No se sabe, en cambio, a qué portugués se refirieron cuando llamaron «del Portugués» a la quebrada; ese nombre ya existía cuando arribó Núñez da Silva.

Los habitantes de Ibatín tuvieron que luchar desde el principio contra dos amenazas: la naturaleza exuberante y los indios. Junto a la ciudad bullía la selva. El aliento de los pumas llegaba hasta los patios. El río bajaba entre impresionantes barrancas; en la época de lluvia los afluentes engordaban rápidamente y entonces se convertía en un monstruo oscuro y agresivo. La creciente arrancaba árboles enteros, empujaba piedras y devoraba muros. Su horrendo avance generaba pánico. Los aldeanos construían las defensas con piedras y troncos. Por más que se esforzasen, nunca conseguían detener las lenguas que se estiraban hacia el centro. Una vez el agua llegó a los umbrales de la Iglesia Mayor.

A poco de ser fundada Ibatín —le contaron a don Diego apenas se instaló en ella— se produjo una sublevación de los calchaquíes. Estos indios habitaban las montañas y no aceptaban ser sometidos al régimen de las *encomiendas*^[8] lideraba entonces un legendario cacique de enorme estatura llamado Gualán y al que un sacerdote comparó con el bíblico Goliat. Planearon un devastador ataque y eran la paciencia de aguardar hasta que la mayoría de los españoles saliesen para una expedición. Quebraron el cerco de la ciudad, destruyeron los sembradíos, espantaron los animales y prendieron fuego a todos los edificios. La resistencia sobrehumana de los pocos españoles, sostenida con arcabuces y puñales, duró varios días hasta que pudo llegar el auxilio de Santiago del Estero. En el combate murió Gualán. Los calchaquíes —de cuello grueso y pelambre leonina— retrocedieron a sus posiciones montañosas. Los indios de la llanura, que también querían sublevarse, al perder la protección de esas tribus indómitas se sometieron definitivamente al poder español. Ibatín fue reconstruida desde los calcinados cimientos.

Este conflicto tuvo repercusión en el vínculo de los hombres con las fuerzas

sobrenaturales. En efecto, la ciudad había sido fundada bajo la protección del arcángel Miguel y su espada. Pero estaba visto que el arcángel no enfrentó a los calchaquíes. Su negligencia produjo mucha decepción. Los sacerdotes y el pueblo decidieron conseguirse otro amparo más confiable. Un cura soñó con los santos Judas y Simón. El mensaje era claro: fueron Judas y Simón quienes intervinieron realmente para salvar a Ibatín. Habría que designarlos patronos, entonces, en lugar del ineficiente Miguel. Pero, ¿cómo desplazar al arcángel sin que se ofendiera? El mismo cura propuso la solución: designar a Simón y Judas vicepatronos. La ocurrencia obtuvo una aprobación jubilosa y en pocas semanas se erigió la ermita de los dos nuevos protectores. Se la construyó primorosamente en el acceso norte, por donde ingresaban los viajeros del Perú, así se enteraban en seguida de su presencia. Por allí solían pasar Francisco, su hermano Diego y su amigo Lucas cuando iban de pesca.

Una empalizada de troncos rodeaba al pueblo. Cada vecino estaba obligado a tener armas en su vivienda y por lo menos un caballo. Se vivía en pie de guerra. Los guardianes circulaban permanentemente por la ancha ronda de extramuros. También don Diego lo hacía cada dos o tres meses. Pero como era el único médico, las autoridades preferían que no participara tanto de las rondas y estuviese disponible para su tarea específica. A Francisco le enorgullecía ver a su padre alistarse como soldado. Lo miraba revisar el arcabuz, contar las municiones y ponerse el morrión sobre la cobriza cabellera.

La plaza mayor de Ibatín estaba flanqueada por las calles reales que empalmaban con los caminos a Chile y Perú (en el Norte) y las planicies pampeanas (en el Sur). El bullicio no cesaba: al tránsito de carretas se sumaban las tropillas de mulas, el mugido de los bueyes, los relinchos de los caballos y el regateo apasionado de los comerciantes. En el centro de ese movimiento de hombres, bestias y vehículos se erguía la picota: la llamaban «árbol de la justicia». Era el rústico eje de la ciudad: testimonio de su fundación y vigía de su crecimiento. Con su sólida fijación a la tierra —«en el nombre del Rey»— legitimaba la presencia y la acción de los colonos. En la picota se azotaba y ejecutaba. Los reos llegaban a su severa instancia con la soga al cuello, escoltados por guardias. El pregonero informaba sobre su delito; el verdugo procedía a colgado con eficiencia; la picota lo exhibía con orgullo macabro; los vecinos miraban morbosamente el cuerpo que pendía de la cuerda y se balanceaba ligeramente como si transmitiese saludos del infierno. A veces era necesario retirar el cadáver antes de que cumpliera su didáctica función de escarmiento porque se celebraba una fiesta. Fiesta por el nacimiento de un príncipe, la coronación de un nuevo rey o la designación de otras autoridades. Era imprescindible que los domingos y días de guardar, así como la celebración de los santos favoritos, nunca se contaminasen con una ejecución. No porque la ejecución en sí careciera de elementos festivos, sino porque *Ecclesia abhorret a sanguini* y atañe al buen cristiano dar al

César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

La plaza era, pues, un espectáculo perpetuo. Si no colgaba un ahorcado —al que rápidamente visitaban las moscas—, había jolgorio secular. Si no se realizaba una corrida de toros, circulaba una procesión (contra la próxima creciente del río, contra una epidemia, por falta de lluvia, por exceso de lluvia, contra la renovada amenaza de los calchaquíes o en acción de gracias por la buena cosecha). Durante las procesiones desfilaban las cuatro órdenes religiosas principales con sus distintivos: dominicos, mercedarios, franciscanos y jesuitas. El energúmeno de fray Antonio Luque solía dirigir las letanías e imprecaciones porque su voz era estentórea y porque así recordaba a los ocultos herejes su temible poder de familiar. Marchaba al frente de la imagen mirando el polvo del camino porque «polvo fuimos y polvo seremos» y de cuando en cuando clavaba sus pupilas con acierto intuitivo en quien olvidaba la gravedad del momento. Después se realizaba una carrera de caballos y una de sortijas; incluso elementales representaciones teatrales sobre temas sagrados y concursos de poesía en los que una vez participó Diego Núñez da Silva. Al oscurecer se encendían los fuegos artificiales. Diego se quemó una mano por querer ayudar; quedó una cicatriz en la palma.

Esta ceñida descripción sería incompleta si no recordáramos que a un costado de la plaza se erigía el Cabildo —la autoridad secular—, compuesto por varias habitaciones que rodeaban al infaltable patio. Sus muros enjabelgados relucían como la nieve de las altas cumbres. En el centro del patio instalaron un aljibe con hermoso brocal de azulejos. Enfrentando al Cabildo se elevaba la Iglesia Mayor —la autoridad eclesial—. Ahí estaban, pues, los dos poderes que se disputaban el dominio de Ibatín, la Gobernación del Tucumán y el continente entero. De un lado el poder terrenal, del otro el poder celestial. Y así como el primero se extendía hasta la implacable picota, el segundo se extendía hacia otras iglesias y conventos. En la picota mandaba el César (incluso los condenados por la religión debían ser entregados al brazo seglar) y en los templos mandaba Dios. Pero ambos se extralimitaban siempre porque Dios está en todas partes y el César no se resigna a ser menos que Dios.

Por las calles vecinas a la plaza se edificaron las otras iglesias con sus respectivos conventos. Los franciscanos, con rubor, levantaron una iglesia más alta que la de los mercedarios y le anexaron una hermosa capilla. Se expusieron a las críticas y a la culpa por el mucho dinero invertido. Los jesuitas, en cambio, no se intimidaron por las eventuales críticas: construyeron una nave con crucero de cuarenta metros de largo, atrio amplio, paredes de ladrillo y almohadillado exterior; embaldosaron el piso con cerámica, revistieron las paredes con yeso y cubrieron el techo con tejas; instalaron un altar grandioso y dotaron al templo de un púlpito admirablemente decorado. Los jesuitas asumían frontalmente la belicosidad de su Compañía.

Corre la tranca de hierro. Apenas entreabre la puerta, varias manos empujan desde el exterior. Suponen que Francisco, asustado, volvería a cerrar. Pero Francisco no se mueve. Los soldados tienen que frenar su ímpetu: ante ellos, en la penumbra, se yergue un hombre macizo al que la lámpara pincela de oro y añil. Miran perplejos. Casi olvidan lo que tenían que decir.

Uno de los esbirros le acerca la lámpara a los ojos y pregunta:

—¿Es usted Francisco Maldonado da Silva?

—Sí.

—Yo soy Juan Minaya, teniente receptor del Santo Oficio —le adhiere la lámpara a la nariz, como si deseara quemarlo—. Identifíquese.

Francisco, casi enceguecido, se anima a preguntar:

—¿No acaba de nombrarme?

—¡Identifíquese! —gruñe con despecho burocrático.

—Soy Francisco Maldonado da Silva.

El teniente baja parsimoniosamente la lámpara, que ilumina desde abajo trozos flotantes de los rostros espectrales.

—Queda arrestado en nombre del Santo Oficio —sentencia.

Los otros hombres le aferran los brazos con rudeza. Se apropian de su cuerpo.

Isidro Miranda solía llevar al pequeño Francisco hasta la ermita de los vicepatronos Simón y Judas. Era un paseo agradable para ambos: el anciano se divertía con las ocurrencias del pequeño y éste le sacaba información al religioso. A salvo de la solemnidad que le imponían los semejantes, el niño era como un nieto que le permitía jugar de abuelo transgresor. Mientras recorrían las calles de casas toscas —que contrastaban su piel de adobe con el verde de los cedros— Francisco le hacía reiteradas preguntas sobre los otros sitios donde había vivido antes de radicarse en Ibatín, especialmente la vecina Santiago del Estero. Allí pasó años junto al desopilante Francisco de Vitoria, que había sido el primer obispo de la Gobernación. Vitoria fue un hombre excepcional que interrumpió abruptamente su gestión pastoral cuando más lo necesitaban.

—Lo persiguieron sus propios pecados o la envidia de los otros —fray Isidro no lograba ponerse de acuerdo: unas veces acentuaba lo primero y otras lo segundo—. Pero insistía— Francisco de Vitoria dejó un recuerdo imborrable. Eso sí: imborrable.

—Me hubiera gustado conocerlo —decía Francisquito.

—Sí —coincidió el fraile—. Y te habría causado una fuerte impresión.

—¿Le gustaban los niños?

—A veces.

—¿Cómo a veces?

—Cuando le divertían. Fíjate. Uno de sus hijos, que le dio una negra angoleña, era extremadamente tímido.

—¿Hijo suyo y de una negra angoleña? —se extrañó el pequeño.

Isidro no hizo caso de la interferencia y continuó:

—Le enfurecía que fuese tímido. Tanto insistió para que el mulatito fuera más travieso, que festejó la rotura de la imagen de un santo. Lo alzó, besó y bailó con él en torno a los sagrados añicos. Después le aplicó una penitencia. El mulatito lloró confundido: ¿hizo bien?, ¿hizo mal?

—Y usted, ¿qué opina?

—Aguarda. Francisco de Vitoria organizó una procesión para desagraviar al santo, como correspondía, y preguntó al mulatito si estaba arrepentido. El niño no sabía que contestarle y dijo con mucha gracia que aún le dolía la paliza. ¿No estás arrepentido?, insistió su padre. Me duele, repetía. ¡Contesta lo que pregunto! Me duele. Y así otra vez. El obispo interpretó esta evasiva como una saludable rebelión.

—¿Saludable rebelión?

—«Saludable»... —dudó el fraile—. Sí, dije saludable rebelión. Un absurdo, claro. Pero Francisco de Vitoria era absurdo. En definitiva: celebraba la rebelión. Raro, ¿no?

—¿Puede un obispo tener hijos?

El fraile carraspeó y desvió la cabeza.

—¿Usted tiene hijos?

Aferró con sus manos la cruz que le colgaba sobre el pecho.

—Los sacerdotes hacemos voto de castidad y practicamos el celibato.

—¿Qué es el celibato?

—No contraer matrimonio.

—Pero se puede tener hijos.

—Se puede, pero no se debe.

—El obispo Francisco de Vitoria...

—Lo juzgará Dios.

Hacia el Norte se extendía la cadena montañosa tapizada por jungla. En lo alto brillaban las cumbres nevadas. A medida que se aproximaban al cerco de Ibatín crecía el número de carretas y animales. Ingresaron en una explanada donde confluían policromía y estruendo. Allí se renovaban cabalgaduras y bueyes, se vendían tropillas de mulas, se amontonaban los fardos olorosos, los esclavos cargaban bultos. Era el sitio donde rápidamente se encontraba al talabartero que arreglaba una montura y a los carpinteros que reponían el eje de la carreta.

—¿El obispo de Vitoria era bueno con los rebeldes, entonces? —a Francisco le quedó rondando el asombro.

—Sólo con los niños rebeldes.

—¿Por qué?

—No lo amenazaban. Era celoso de su poder, de su fuerza. A los adultos que osaban insubordinarse los aplastaba sin misericordia, con mano pesada. Fíjate que llegó a excomulgar al gobernador.

—¿Al gobernador?

—Exactamente. ¡Y no una, sino cuatro veces!

—¿Excomulgó cuatro veces al gobernador?

—Tal como lo oyes: cuatro.

—¡Pobre! Andará pensando en el infierno.

Junto a la empalizada y cerca del pórtico se destacaba la lactescente ermita de los vicepatronos. La construyeron en ese sitio por razones prácticas: así podían controlar mejor las amenazas del tío, de la selva y de los impenitentes calchaquíes. Entraron en la acogedora penumbra. San Judas y San Simón fueron esculpidos en imágenes impresionantes. Los limbos de plata resaltaban sobre sus retintos cabellos. Vestían hábitos verdes, como correspondía al color dominante de Ibatín, y los envolvía una túnica morada sobre la que refulgían estrellas de oro.

Se arrodillaron sobre la alfombra de lana y rezaron.

Al salir, Fray Isidro repetía siempre:

—Nunca vayas a confundir San Judas Tadeo con Judas Iscariote.

Apoyándose en los refuerzos de la empalizada se extendía un ancho mesón cuyas paredes estaban cubiertas por cáscaras de pintura roja. Allí se hospedaban los viajeros. El gobernador del Tucumán había ordenado con sensatez que toda ciudad del territorio debía contar con un mesón por lo menos, «para remediar el daño de que todas las casas lo sean».

A unos treinta pasos funcionaba la pulpería cuyo techo de cañas y paja era sombreado por un algarrobo. El fraile tironeó la mano de Francisquito para alejado de esa tentación. Era un edificio muy concurrido y alegre. La primera vez que el niño se interesó por el lugar, el fraile dijo que era una «porquería», que «pulpería» significaba eso: «porquería».

—Pero ahí no se crían puercos.

—Algo peor.

—¿Qué?

—Pecadores.

—¿Por qué? ¿Qué hacen?

—Pecan.

—¿Qué pecados?

—Se emborrachan. Y juegan por dinero, por tierras, por mulas, por ropa. Es un antro de Satanás. Los naipes, los dados y la perinola los enloquecen. Algunos salen desesperados porque se han empobrecido y otros desesperados porque se han enriquecido. Habría que voltearla.

—¿Por qué no la voltean?

Fray Isidro elevaba sus protuberantes ojos al cielo para transferirle la pregunta.

—¿Por qué? —insistía el pequeño.

El fraile, impotente, hizo otra transferencia más próxima: habría que preguntarle a fray Antonio Luque. Es juez de la Santa Cruzada, que vela por las buenas costumbres. Y es familiar de la Inquisición. Tiene suficiente autoridad para exigir a los jugadores que empeñen su palabra de que no volverán a pecar y también castigarlos si violasen el juramento.

— ¡Pero no lo hace!

—No.

El pequeño meneó la cabeza. Al rato insistía:

—¿Hay pulperías en Santiago del Estero?

—Hay.

—¿Ya había cuando estaba el obispo Francisco de Vitoria?

—Sí, había. Se instalaron antes de que él llegase.

—¿No las destruyó con su mano pesada?

—No.

—¿Por qué?

—¡Por qué!, ¡por qué! No tengo todas las respuestas.

A Francisquito le gustaba irritarlo: el achicharrado fraile se tornaba más joven.

—Sé por qué —murmuró al rato con una mueca; pero tardó en decirlo.

—¿Por qué?

—Les sacaba dinero. El obispo les sacaba mucho dinero como multa por sus vicios. La pulpería se convirtió en una importante fuente de recursos para su obra pastoral. Eso me dijo una vez. Es un secreto.

—¿Era verdad?

—Creo que en parte.

—¡Ese obispo era peor que los cerdos de la pulpería!

—sentenció Francisco.

El fraile se santiguó.

—Soy un Judas —murmuró arrepentido y empezó a pellizcar su rosario—. No era un mal pastor. No soy digno de él.

Su voz se anudaba. Le brillaron los ojos enormes.

No aceptó referirse nuevamente a su antiguo prelado. Recién lo hizo mucho después, durante el viaje a Córdoba.

Mientras los tres oficiales y el severo teniente receptor del Santo Oficio lo zarandean junto a la puerta con innecesaria e irrespetuosa violencia, Francisco sale de la lóbreguez circundante y recupera la belleza de Ibatín. Ve el sonoro río del Tejar, la ermita de los vicepatronos, la bulliciosa plaza mayor, las cumbres nevadas sobre laderas cubiertas de jungla, la incesante fábrica de carretas y el patio de los naranjos color azur y pastel. Ve a su familia integra, alborotada, tierna y perpleja.

6

En las pequeñas poblaciones de la vasta y remota Gobernación del Tucumán se solían acumular ciertos bienes que significaban riqueza: tierras, indios, negros, recuas de mulas, piaras, ganado y sementeras. A esto se agregaban ciertos lujos como vajilla de plata, muebles, telas finas, piezas de oro y delicados utensilios importados de Europa. Pero a nadie se le ocurría formar un tesoro con libros. Los libros eran caros para comprar y difíciles de vender; además, contenían pensamientos temerarios. Y los pensamientos generaban turbaciones que una silla o una mula, por ejemplo, jamás producían.

A Diego Nuñez da Silva le interesó formar una biblioteca. En lugar de invertir sus ahorros en bienes productivos, los gastó en la adquisición de volúmenes cuestionables. Trajo algunos de su Lisboa natal y compró los restantes en Potosí. Su biblioteca hubiera suscitado aprecio en Lima o Madrid, donde funcionaba la Universidad y abundaban los eruditos. En la miserable Ibatín, en cambio, no sólo era una extravagancia, sino motivo de sospechas.

Los volúmenes se alineaban sobre gruesos estantes en un pequeño cuarto donde se encerraba a estudiar. Cuando hizo construir esta vivienda se esmeró en dotar al cuarto de la necesaria privacidad. Allí guardaba también su petaca con instrumentos médicos y algunos recuerdos personales. Nadie podía entrar sin su autorización. Los esclavos tenían instrucciones precisas y la comprensiva Aldonza se ocupaba de hacer respetar la voluntad de su esposo.

Francisco amaba introducirse en esa especie de santuario cuando su padre se aislaba para leer o escribir. Trató de descifrar el enigma por su cuenta. De tanto observar a su padre, reproducía cada uno de sus pasos: extraía un tomo con cariño, lo calzaba sobre el pecho como una valiosa carga, lo depositaba sobre la mesa, abría la dura tapa y dejaba correr las hojas de signos iguales. En ese mar alborotado de letras aparecían viñetas coloridas y se intercalaban hermosas ilustraciones. Se dedicó a examinar las ilustraciones de todos y cada uno de los libros. Antes de aprender a leer ya había conocido figuras y paisajes maravillosos. Quizá eran los sabios que le hablaban desde lejanas tierras. Cuando pudo leer, esos libros ya formaban un terreno familiar.

—Algún día los leerás a todos —sonreía don Diego ante la voracidad de Francisco.

—Te aconsejo leer un poco cada día —conciliaba fray Isidro—. Para no cansarte, camina despacio y con buen talante. Cada vez que te concentres en una hoja, alégrate. Alégrate porque has entablado relación con otro ser que tiene algo importante para decir.

Entre los numerosos libros disponibles se destacaba el *Teatro de los dioses de la*

gentilidad del franciscano Baltazar de Vitoria. ¿Tenía algún parentesco con quien fue el primer y muy escandaloso obispo del Tucumán? Imposible saberlo. La obra era un deslumbrante catálogo de divinidades paganas. Hervía de anécdotas de personajes fabulosos y explicaciones insólitas. Mostraba las ridículas creencias que existieron antes de la revelación. Y aunque eran mentiras del principio al fin, tenían extraordinaria belleza. Fray Antonio Luque, enterado del hecho, se opuso a que Francisco leyera ese libro.

—Lo confundirá en materia de religión.

Su padre, en cambio, opinaba que le fortalecía el raciocinio.

—Lo ayudará a *no* confundirse, precisamente.

El pequeño leía en forma salteada. Héroes, dioses, filicidios, engaños, metamorfosis y prodigios alternaban con argumentos verosímiles. Aprendió a respetar los disparates: también son poderosos.

Cuando sus progresos en latín le permitieron traducir algunos versos, jugó con la *Antología de poetas latinos* que compuso Octaviano de la Mirándola. Su padre comentó a fray Antonio Luque que los poemas de Horacio incluidos en esa *Antología* exhalaban un lirismo fantasioso y que sus sentencias penetraban como la buena lluvia. El severo familiar no contestó porque no le interesaba el lirismo sino la fe. La moral de Horacio —proseguía don Diego— es grata al sentimiento cristiano. La moral —explicó Luque secamente— no necesita ser grata, sino acatada.

Entre la sección médica y la general estaban ubicados los seis volúmenes de la *Historia naturalis* de Plinio. Fascinante: condensaban los treinta y siete libros que escribió ese romano genial. A Francisco le llevó años leerlo íntegramente. Plinio fue un gordo que engulló el conocimiento global de su época. Estudió sin límites, empezando por el origen del universo y sus contenidos; hasta sabía que la Tierra era redonda. Diego Núñez da Silva le rendía una desenfrenada admiración. Ese hombre había estudiado la friolera de dos mil libros pertenecientes a ciento cuarenta autores romanos y trescientos veintiséis griegos —contaba—. Era tan ardiente su vocación de saber que no caminaba para no perder tiempo: siempre lo acompañaban escribas a quienes dictaba sus observaciones. Su recopilación fue inteligente y, a pesar de su erudición incomparable, tuvo la modestia de citar las fuentes que utilizó. Algunas de sus observaciones son impresionantes: asegura que los animales sienten su propia naturaleza, obran según ella y así resuelven sus dificultades; pero el hombre, en cambio, nada sabe de sí mismo si no lo aprende: lo único que sabe por sí solo es llorar. Por lo tanto, la obligación de cada ser humano es aprender y enterarse —agregó don Diego—. A partir de entonces, cada vez que Francisco lloraba se decía: «Estoy procediendo como un animal; veamos ahora cómo procede el hombre.»

Plinio dedicó muchas páginas a los seres fabulosos. Le regocijaba describir hombres cuyos pies apuntaban hacia atrás o seres desprovistos de boca que se

alimentaban inhalando perfumes; caballos alados; unicornios; personas con dedos tan descomunales que podían cubrirse con ellos la cabeza como si fueran un sombrero.

—¿Es verdad todo lo que ha escrito Plinio? —preguntó Francisco.

—No estoy seguro si era incluso verdad para él—contestó su padre acariciándose la recortada barba con reflejos dorados—. Pero lo escribió porque era verdad para alguien. Se impuso la tarea de recopilar, no de censurar.

—Entonces, ¿cómo sabemos si es cierto?

Meneó la leonina cabeza.

—Es el gran dilema de los pensadores —suspiró—. O de quienes aman el pensamiento.

En la legendaria Ibatín también ocurrió el episodio del estuche.

Junto al mueble de cedro en el que se alineaban los libros de medicina había un arcón donde Núñez da Silva guardaba su mejor traje y algunas camisas de hilo. En la base, oculto por la pila de telas, la curiosidad de Francisco descubrió un estuche rectangular forrado en brocato púrpura al que un cordón daba varias vueltas y cerraba con un nudo.

—¿Qué es? —fue con el extraño objeto hasta donde estaba su madre.

—¿De dónde lo sacaste?

— Del arcón. Del cuarto de papá.

—¿Con qué permiso? ¿No sabes que no debes espiar ni revolver sus cosas?

—No revolví —se asustó el niño—. Dejé la ropa como estaba. Pero encontré esto.

—Devuélvelo a su sitio —ordenó Aldonza con dulce severidad—. Y no te metas en ese cuarto en ausencia de tu padre.

—Está bien —vaciló, hizo girar el estuche entre los dedos—. Pero... ¿Qué es?

—Un recuerdo de familia.

—¿Qué recuerdo?

—Sólo sé que es un recuerdo de familia. Una esposa no debe hacer preguntas a su marido si al marido no le agrada contestar.

—Entonces... debe ser algo feo.

—¿Por qué?

—Papá siempre contesta. Yo le voy a preguntar qué es.

—Por ahora ve a poner ese estuche en el mismo lugar de donde lo sacaste, Y cuando regrese tu padre, trata de no molestarlo con preguntas innecesarias.

—Quiero saber qué es este recuerdo de familia.

Diego Núñez da Silva había partido esa mañana hacia los confines de una hacienda para atender indios enfermos. El feudatario había venido a buscarlo personalmente. Estaba nervioso: temía el comienzo de una epidemia, aunque no sabía con precisión de qué se trataba.

—¿Qué es una epidemia? —le preguntó Francisquito.

—La propagación rápida de una enfermedad.

—¿Y cómo se la cura?

—No diría que se cura: se frena —señaló la petaca con instrumentos a Luis, para que la alzara, mientras con la otra mano pedía al encomendero que se mantuviese tranquilo.

—¿Se la frena? ¿Como a un caballo?

—No exactamente: se la aísla. Se la encierra con una especie de muro.

—¿Construir un muro alrededor de los indios con epidemia?

Núñez da Silva rió:

—Sólo en sentido figurado. Primero habré de enterarme si es cierto lo que llegó a oídos del capataz.

Esa noche, apenas regresó Francisco le descerrajó la pregunta:

—¿Qué contiene el estuche rojo guardado en el arcón?

—Déjalo desensillar —protestó Aldonza.

—¿Es epidemia? —intervino Diego.

El padre revolvió los cabellos de Francisco y se dirigió al hijo mayor:

—No, felizmente. Creo que al capataz le nació esa sospecha por miedo. Es un hombre demasiado cruel. Exige tanto a los indios que viene soñando con la epidemia que ellos le desencadenarán como represalia.

Los ojos de Francisco seguían clavados en su padre aguardando la respuesta.

—Te hablaré sobre el contenido del estuche —contestó al rato—. Pero antes habré de lavarme; ¿de acuerdo?

El pequeño no podía disimular su alegría. Corrió a seleccionar algunas frutas, las enjuagó y ordenó sobre una bandeja de cobre. Los higos maduros, negros y blancos, alternaban con las granadas lustrosas. Su padre tenía predilección por ellas.

Don Diego ingresó al comedor con ropa nueva. Exhalaba la frescura de su baño. El cabello y barba húmedos lucían más oscuros y brillantes. Traía el misterioso estuche, que depositó sobre la mesa. Francisco se instaló a su lado. También se acercaron Diego, Isabel y Felipa. Aldonza, en cambio, se alejó; parecía no interesarle el asunto. En realidad la inquietaba; pero no se atrevía a expresar su malestar de otra forma que con el silencio.

—Es un recuerdo de familia —advirtió el padre—. No se decepcionen.

Deshizo el nudo en que terminaban las vueltas del hilo. Acarició el brocato gastado que no llevaba inscripción alguna. Levantó la mirada en busca de más luz y pidió que le acercaran el candelabro. Las llamas próximas y fuertes arrancaron brillo a la vieja tela.

—No tiene valor material. El espiritual es inestimable. Abrió la tapa. Todos pudieron ver.

—Una llave.

—Sí, una llave. Una simple llave de hierro —carraspeó, elevó las cejas y dijo—: En la empuñadura tiene una grabación; ¿la alcanzan a ver?

Se acercaron. El padre ajustó la posición del candelabro. Distinguieron un dibujo.

—Es una llama de tres puntas —explicó—. Puede ser la llama de una antorcha. Eso parece. Un símbolo, ¿no? Tampoco la grabación es excepcional. Entonces —volvió a carraspear—, ¿por qué guardo este objeto en un estuche y lo considero valioso?

Francisco acercó su cabeza hasta casi tocar la llave con su nariz, pero no

descifraba el enigma. Don Diego se la entregó.

—Tócala. Es de hierro puro. No tiene plata ni oro. Me la entregó mi padre, en Lisboa. A él se la dio su propio padre. Proviene de España, de una hermosa casa de España.

Francisco la levantó con delicadeza y la sostuvo con ambas manos como hacen en la misa con el cáliz sagrado. La luminosidad oscilante del candelabro reverberaba en su rugosa superficie. Parecía emitir un fulgor propio: la llamita grabada en la herrumbada empuñadura se encendió también.

—Pertenece a la cerradura del pórtico majestuoso que atravesaron muchos príncipes. En esa residencia había un salón bellísimo donde se efectuaban reuniones en torno a documentos preciosos que ahí se escribían y copiaban. Fíjense en la textura de la llave. Fue labrada por un herrero de reconocida santidad. Utilizó limaduras de metal que nunca habían pertenecido a un arma, que jamás hirieron a un hombre. La tenue pátina amarillenta que ahora la recubre es como la túnica que protege algo nunca mancillado. La tuvieron en sus manos grandes príncipes, recuerden, de cuya dignidad y sabiduría apenas podemos ser una imperfecta imitación. Cuando esos príncipes, por razones ajenas a su voluntad, no pudieron seguir concurriendo al espléndido recinto y nuestros antepasados tuvieron que abandonar la residencia, cerraron el macizo pórtico y decidieron custodiar la llave. Sí, esta sencilla y, al mismo tiempo, preciosa llave, que simboliza los documentos, el recinto, la entera asamblea de dignatarios, el magnífico hogar de nuestros ancestros españoles. Mi bisabuelo ató la llave a su cinto. No se desprendió de ella jamás. Cuando lo visitó el ángel de la muerte, ni siquiera la debilidad de su agonía ablandó la mano que se cerraba con obstinación sobre la empuñadura labrada. Su hijo, es decir, mi abuelo, tuvo que arrancársela, llorando, como si cometiera un sacrilegio. Entonces confeccionó un estuche y lo forró amorosamente con brocato para que no se repitiera la penosa historia de forzar a un muerto. Mi abuelo recomendó a mi padre que cuidara esta pieza como si fuese un tesoro. Mi padre a mí. Y yo a vosotros.

Reinaba un pesado silencio. Los cuatro hijos de Diego Maldonado da Silva estaban transidos. La luz de las velas pintaba de grana sus mejillas.

El padre acercó la reliquia a los ojos de Diego, de Felipa, de Isabel y de Francisco.

—Observen de nuevo la llamita de la empuñadura. ¿No les parece enigmática? ¿Imaginan qué significan las tres puntas? ¿No?... Miren: parecen tres pétalos erguidos sobre una gruesa barra horizontal. O tres avicillas sobre una rama.

Esperó las conjeturas de sus hijos, pero la perplejidad no los dejaba emitir opinión.

—Alguna vez lo sabrán —aproximó el signo a sus labios y lo besó. Los príncipes y nuestros antepasados confiaban retornar a esa casa. Por eso guardamos la llave.

Francisco balbució una pregunta:

—¿Podremos retornar?

—No sé, hijo, no sé. Cuando yo era pequeño soñaba convertirme en uno de esos legendarios príncipes y abrir el majestuoso pórtico.

La pequeña Alba Elena se despierta sobresaltada y empieza a llorar. Su madre la alza. Francisco Maldonado da Silva intenta acercarse a ellas pero las manos de los oficiales, inflexibles como argollas, le aprisionan los brazos. Su atónita esposa, con la criatura rodeándole el cuello, avanza hacia el grupo de pesadilla iluminado por la lámpara del teniente Juan Minaya.

—No te asustes —alcanza a decir Francisco.

—¡Cállese! —ordena el teniente.

Francisco tironea para liberarse. Los oficiales aprietan.

—No fugaré —exclama con inesperada autoridad y los mira a los ojos.

Las argollas se pasman. Una sorpresiva duda invade los cuerpos marciales. Recuerdan, súbitamente, que enfrentan a un médico honrado por las autoridades y cuyo suegro ha sido gobernador de Chile.

Los toscos dedos, poco a poco, empiezan a aflojar. Francisco se desprende, recupera su apostura y camina hasta su amada Isabel Otañez y su hijita. Les seca las lágrimas. Las abraza y besa. Nunca más las volverá a ver.

Poco antes de que la familia se trasladase a Córdoba, Francisco fue testigo de otra tajante revelación.

Su hermano Diego lo invitó a pescar. Primero irían en busca del amigo Lucas Graneros, después marcharían juntos hacia el río del Tejar. El padre de Lucas tenía una fábrica de carretas que abastecía a toda la Gobernación. Había formado una empresa colosal. Tuvo la perspicacia de canalizar el inmenso patrimonio imaginable entre las faldas del noroeste y el puerto de Buenos Aires. Se enriqueció más rápido que muchos buscadores de oro. Poseía ciento veinte esclavos negros, además de indios y mestizos que movían con destreza el escoplo y la garlopa.

Graneros edificó su vivienda en el Sur, en el barrio de los artesanos. Allí, apenas despuntaba el alba se encendían las forjas y empezaba el bullicio de los talleres. Cualquiera conocía al platero Gaspar Pérez que cincelaba valiosas piezas para altares y vitrinas. También al zapatero Andrés, que confeccionaba botines rústicos, sandalias de fraile y calzados finos con hebilla de cobre. El talabartero Juan Quisna reparaba arneses, pulía petacas y cosía monturas. El sastre Alonso Montero confeccionaba jubones, chaquetas con guardas, hábitos de dignatarios religiosos y trajes de funcionarios reales. El sombrerero Melchor Fernández moldeaba los gruesos fieltros que cubrirían las cabezas de un capitán, un feudatario o un corregidor. Casi todos eran hombres con mezcla de sangre indígena, pero ansiosos por asimilarse a la raza de los conquistadores. Vestían como los españoles y se empeñaban en hablar sólo el español. El gusto por los vencedores les aumentaba al mismo tiempo el disgusto por los vencidos. Seguramente no dormían en paz.

Esa mañana prometía ser muy calurosa. Francisco llevaba la honda que le fabricó el rengo Luis con una vejiga de buey. La usaba compulsivamente, tirando a cualquier blanco: una fruta silvestre, la flor de un arbusto, un guijarro distante. Llegó a ser infalible con esas flechas centelleantes que son los lagartos. Al primero que le dio en la cabeza lo enterró con honores; incluso armó una cruz con dos ramitas para identificar su sepulcro, «Quien mata lagartos con una honda no sólo es ágil, sino astuto», sentenció su padre.

El barrio de los artesanos exhalaba olor picante, mezcla de metales, cueros, tinturas y lanas. Tras los talleres se enfrentaron con un par de altos nogales que marcaban el acceso a la fábrica de Graneros. Era un terreno enorme, tan dilatado que lo bautizaron «país». Junto a la tapia se extendía un alero bajo el cual se alineaban las mesas de carpintero, cajas con herramientas y artículos de cobre y latón. Varias carretas estaban terminadas y otras parecían la osamenta de un animal prehistórico. Curiosamente, el compacto ensamblaje se hacía sin ningún clavo. La estructura de esos vehículos era tan firme que podían cargar dos toneladas por lo menos, Las

ruedas eran un prodigio con más de dos metros de diámetro; tan sólo dos sostenían la pesada carga y estaban unidas por un solo eje. El centro de la rueda era una maza sólida hecha con el corazón de un tronco grueso.

Don Graneros regaló a su hijo un trompo para su cumpleaños.

—Así de grande —redondeó las manos—: como una pera.

Lo construyeron con madera liviana, fue torneado artísticamente y le incorporaron una punta de metal. Después lo pintaron con colores estridentes.

—¿Podría llevarme este pedazo de madera? —preguntó Francisco.

—Desde luego —respondió Lucas mientras revisaba su talega con carnadas—. ¿Para qué la necesitas?

—Para hacerme un trompo igual al tuyo.

Lucas rió. Alzó el leño y fue hacia un grupo de hombres. La conversación resultó tan breve que cuando los hermanos se acercaron ya pudo anunciarles que al día siguiente le entregarían el trompo.

—¡Con punta de metal y bien pintado! Pegó un salto triunfal.

—Por ahora te prestaré el mío —ofreció Lucas. Francisco lo recibió alborozado.

Lucas puso sobre su hombro la bolsa llena de carnadas y se encaminaron hacia el río. Dejaron atrás el barrio de los artesanos con su algarabía de fraguas. Entraron en el camino real parcialmente sombreado por los robles. Llegaron a la explanada atestada de mercaderes, esclavos en actividad perpetua y tropillas de mulas listas para recibir nuevas cargas. Del ancho mesón cuyas paredes conservaban extraños restos de pintura roja salía un grupo de forasteros; a la pulpería cubierta por la fronda de un algarrobo ingresaba otro. Junto al pórtico abierto de la empalizada se destacaba el cuadrado de la pequeña y luminosa ermita de los vicepatronos. Cruzaron el límite. Al frente latía la jungla profunda y subyugante.

Doblaron hacia el río, cuyas aguas resonaban entre los murallones de vegetación, y treparon el pedernal que tanto Diego como Lucas consideraban el mejor sitio para arrojar las líneas.

Mientras acondicionaban los aparejos, Francisco se puso a jugar con el hermoso trompo de Lucas. El pedernal tenía varias planchas horizontales como escalones. Enrolló el hilo en torno a la reluciente madera, ató su extremo a su índice y lo lanzó hacia adelante y abajo. La punta metálica arrancó chispas a la piedra. El objeto giró locamente y sus guardas de colores se transformaron en brumosas cintas. El trompo se acercó al borde del escalón y, sin dejar de dar vueltas, descendió al nivel siguiente. Después se inclinó hacia los costados, indeciso, y elevó la punta metálica como la pata de un animal herido. Francisco lo levantó, volvió a enrollar el hilo y se dispuso a hacerlo bajar varios escalones. Calculó la distancia, llevó el brazo muy atrás, levantó la pierna opuesta y lo arrojó en forma rasante. El golpe fue certero: el trompo avanzó rápidamente hacia el borde del escalón, saltó al siguiente, continuó rodando, progresó

hacia el nuevo, volvió a saltar, siguió rodando y Francisco empezó a gritar y estimularlo con palmas.

—¡Tres escalones! ¡Vamos, vamos! ¡El cuarto!

—¡Cuarto! —exclamó Lucas.

El trompo consiguió pasar el nuevo límite. Su hermano también se entusiasmó. Dejó los anzuelos y se acercó con gestos de admiración. El trompo daba muestras de cansancio. Pellizcó el borde, pero inclinó demasiado el costado y cayó con la punta metálica hacia arriba.

—Lástima.

—Demasiado bien —estimó Lucas.

—¡Se despeña! —gritó Diego.

En efecto, rodaba lentamente hacia el declive lateral que terminaba en el río. En un instante lo perderían. Diego brincó para atajado y resbaló sobre un penacho de hierba. Su pie se encegució y resbaló nuevamente hasta quedar aprisionado en un agujero. Se desplomó lanzando una maldición.

Lucas y Francisco se abalanzaron en su ayuda, tarde. La grieta era honda y tenía un borde filoso. No le pudieron sacar la extremidad. Con cuidado hicieron rotar el cuerpo para acomodarlo a la forma del socavón hasta que se destrabó el pie. Lo extrajeron lentamente. Apareció el tobillo cubierto de sangre; parecía que le colgaba un trozo. A pesar del dolor, tuvo la lucidez de pedirle a Lucas que lo vendara.

—Con tu camisa. Con lo que sea. ¡Rápido!

Después lo cargaron: Lucas de los hombros y Francisco de las rodillas. Pidieron auxilio a un grupo de negros, quienes prestaron su burra. Entre todos montaron a Diego, que se abrazó al cuello del animal. Enfilaron hacia su casa, seguidos por el cortejo de negros que debían recuperar la burra. Lo llevaron directamente a su cama. Aldonza se alarmó. Aunque Diego disimulaba el dolor e insistía en que no era grave, la camisa que ligaba su tobillo ya exhibía un manchón rojo. Luis trajo una palangana con agua tibia, desató el precario vendaje y lavó la herida. Acomodó el colgajo de piel y enrolló rápidamente la zona afectada con una venda limpia. Puso tres almohadas bajo la pierna para que el tobillo quedase más elevado que el cuerpo. Después salió corriendo en busca del licenciado.

Lucas permaneció junto a su amigo hasta que llegó don Diego.

Francisco atribuyó el accidente al trompo. El médico echó una mirada abarcadora sobre el cuerpo yacente y formuló unas preguntas mientras le palpaba la extremidad afectada. Pidió más agua tibia y que los demás se hicieran a un lado para no interferir el acceso de luz. El esclavo levantó la pierna de Diego y el médico desenrolló el vendaje hasta casi las últimas vueltas. El muchacho empezó a quejarse de dolor porque la tela ya se había pegado con la sangre. Luis vertió chorritos de agua mientras don Diego maniobraba hasta liberar completamente el tobillo. Eligió una

pinza y extrajo los imperceptibles cuerpos extraños que se empecinaban en quedar adheridos. Después aproximó los bordes y extendió el azulino colgajo de piel. Diego apretaba los dientes. Su padre cubrió la carne viva con un polvo lactescente que combinaba corteza de sauce con limaduras de cinc.

—Estarás bien en tres semanas. Ahora necesitas hacer reposo. No hace falta entablillar. También tomarás una cucharadita de este remedio.

Abrió su petaca y sacó un frasco de vidrio.

—Es un excelente remedio que usan los indios del Perú. Calma el dolor y baja la fiebre.

Dirigiéndose a su esposa, que lo miraba con angustia, agregó:

—Cada vez que lo he usado ha sido eficaz. Ni que fuera mandrágora.

—¿Cómo se llama?

—Quinina. Lo extraen de una planta llamada quina —se sentó de nuevo junto a la cama de su hijo. Le tomó el pulso mientras observaba con intensidad su rostro. Después hizo señas para que los demás abandonasen la habitación. ¿Quería desnudar a Diego y efectuarle un examen completo?

Lucas se despidió. Aldonza y Francisco lo acompañaron hacia la puerta. Ellos salieron y Francisco dio un paso al costado. ¿Para qué le haría un examen completo? No tendría sentido, si sólo se hirió el tobillo y ya le aplicó la curación. ¿No querría darle un consejo médico íntimo que sólo atañe a los varones? Buena oportunidad para enterarse. ¿No era Francisco también un varón? El aposento se llenó de silenciosa intimidad.

Don Diego acarició la frente de su hijo postrado, que lo miraba agradecido.

—Nunca me golpeé tan fuerte. Duele mucho.

—Ya sé. Te has herido en una zona sensible. El polvo de quinina te aliviará. También indicaré tisanas con hierbas sedantes. Eso es todo lo que te puede ayudar desde afuera y...

El padre se interrumpió. Al rato insistió con las últimas palabras: «desde afuera...».

Francisco gateó por el borde penumbroso del cuarto y logró ocultarse a poca distancia del lecho. Conocía esta forma de introducir un asunto engorroso: su padre endulzaba la voz, acariciaba el cabello o el borde de una mesa; repetía ciertas palabras.

—¿Entiendes, Diego?

El joven asintió por complacencia, pero no entendía. Francisco tampoco.

—No, no me entiendes —suspiró su padre.

Diego contrajo la boca.

—Quiero decirte, hijo, que no toda la ayuda que necesitas proviene de lo ajeno a tu persona, como el polvo cicatrizante o la quinina o la tisana. También puedes

obtener alivio desde tu interior, desde tu espíritu.

¿Ése era el tema íntimo que iba a tratar?

Diego volvió a asentir.

—Creo que no me entiendes del todo —insistió su padre. Con el borde de un pañuelo le secó la frente; el mediodía era un horno encendido.

¿Había otra cosa, entonces? Francisco se acercó más, enrollándose como un gato. Su curiosidad no toleraba perderse una palabra.

—La cura importante, la definitoria, proviene del espíritu. En ésa debes apoyarte.

Diego se atrevió a confesar su desorientación:

—Me parece que comprendo —dijo—, y me parece que hay algo que no comprendo...

—Sí —sonrió su padre—. Es simple y no lo es. Te suena a conocido, a repetido, a evidente. Pero hay otra resonancia, profunda, que no se advierte sin alguna preparación.

Tanteó la mesa y asió el botellón con agua de zarza. Bebió un largo sorbo. Después se secó los labios y se acomodó en la silla crujiente.

—Me explicaré. Los médicos utilizamos productos curativos que ofrece la naturaleza. Y aunque la naturaleza es obra de Dios, Dios no la ha consagrado como recurso absoluto, sino que ha provisto al hombre mismo, a su criatura bienamada, de dispositivos que permiten establecer contacto directo con Él. Un borde de su grandeza infinita habita siempre nuestro corazón. Si nos proponemos conseguirlo, reconoceremos Su presencia en nuestra mente, en nuestro espíritu. Ningún medicamento es tan eficaz como esa presencia.

Enjugó la transpiración de su cuello, nariz y frente con el pañuelo de algodón.

—Te preguntarás por qué lo digo. Y por qué lo digo con cierta... —chasqueó los dedos en busca de la palabra precisa— solemnidad. Bueno... Porque es un asunto que concierne a mi práctica de médico, pero... pero tú no eres igual a los demás pacientes.

—Soy tu hijo.

—Claro. Y esto implica algo específico, casi secreto.

Implica a Dios y a nuestra *especial relación* con Él.

Francisco necesitaba rascarse la nuca. Le picaba la confusión y la impaciencia. Su padre no deshacía el nudo.

—¿Debería comulgar? —barruntó Diego sólo por descubrirle una punta al enigma.

Su padre movió los hombros para aflojar su espalda. Estaba tenso y quería mostrarse relajado.

—¿Comulgar? No. Por ahí no va lo que quiero transmitirte. La hostia se desliza desde tu boca al estómago, del estómago al intestino, de ahí a la sangre, al resto de tu cuerpo. Pero yo no te hablo de la hostia, ni de la comunión, ni de los ritos, ni de algo

que se incorpora desde afuera. Hablo de la presencia ininterrumpida de Dios en tu persona. Hablo de Dios, del Único.

Diego frunció las cejas. Francisco también. ¿Qué cosa nueva o secreta pretendía insinuar con eso?

—¿No me entiendes? Hablo de Dios, el que cura, da consuelo, da luz, da vida.

—Cristo es la luz y la vida —recitó el muchacho—. ¿Me estás diciendo eso, papá?

—Hablo del Único, Diego. Piensa. Mira hacia dentro. Conéctate con lo que te habita desde antes de nacer. El Único... ¿Comprendes ahora?

—No sé.

—Dios, el Único, el Todopoderoso, el Omniscente, el Creador. El Único, el Único —repitió con énfasis.

A Diego se le enrojecía el rostro. Estaba tendido en la cama y su padre sentado. Ambos muy tensos. La figura del padre le parecía gigantesca no sólo por el desnivel, sino porque lo forzaba a un razonamiento penoso. Don Diego alisó sus bigotes para dejar más libres los labios y adoptó la postura de quien va a recitar. Con voz lenta y abovedada pronunció unas palabras sonoras:

—*Shemá Israel, Adonai Elohenu, Adonai Ejad.*

A Francisco le recorrió un temblor. Sólo reconocía la palabra Israel. ¿Era una fórmula mágica? ¿Tenía relación con la brujería?

Don Diego tradujo con unción:

—«Escucha Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es Único.»

—¿Qué quiere decir?

—Su significado ya está inscripto en tu corazón.

El misterio estaba por aclararse. La nube hinchada y violeta que ocultaba al sol iba a estallar. Algunas de sus gotas perlaban ya la frente de Diego.

—Durante muchos siglos esta breve frase ha sostenido el coraje de nuestros antepasados, hijo. Sintetiza historia, moral y esperanza. La han repetido bajo persecuciones y durante los asesinatos. Ha resonado entre las llamas. Nos une a Dios como una irrompible cadena de oro.

—Nunca la he escuchado.

—La has escuchado; por supuesto que la has escuchado.

—¿ En la iglesia?

—En tu interior, en tu ímpetu —extendió ambos índices para marcar el ritmo—. Escucha, Diego. «Escucha Israel»... Escucha, hijo mío: «Escucha Israel» —ahora susurraba—. Escucha, hijo mío. Escucha, hijo de Israel. Escucha.

Diego se incorporó azorado.

El padre le apoyó sus manos sobre el pecho, suavemente, y lo obligó a recostarse.

—Ya vas entendiendo.

Suspiró. Su voz era más íntima.

—Te estoy revelando un gran secreto, hijo. Nuestros antepasados han vivido y han muerto como judíos. Pertenece al linaje de Israel. Somos los frutos de un tronco muy viejo.

—¿Somos judíos? —una mueca le deformó la cara.

—Así es.

—Yo no quiero ser... no quiero ser eso.

—¿Puede el naranjo no ser naranjo?, ¿puede el león no ser león?

—Pero nosotros somos cristianos. Además —se le falseó la voz—, los judíos son pérfidos.

—¿Somos nosotros pérfidos, acaso?

—Los judíos mataron a nuestro Señor Jesucristo.

—¿Yo lo maté?

—No —se le dibujó una sonrisa forzada—. Claro que no. Pero los judíos...

—Yo soy judío.

—Los judíos lo mataron, lo crucificaron.

—¿Tú lo mataste? Tú eres judío.

—¡Dios y la Santísima Virgen me protejan! ¡No, por supuesto que no! —se persignó horrorizado.

—Si no fuiste tú ni yo, es evidente que «los judíos», que «todos los judíos», no somos culpables. Además, Jesús era tan judío como nosotros. Me corrijo, Diego: era quizá más judío que nosotros porque se educó, creció y predicó en ciudades manifiestamente judías. Muchos de quienes lo adoran, en verdad aborrecen su sangre, aborrecen la sangre judía de Jesús. Tienen boñiga en el entendimiento: odian lo que aman. No logran ver cuán cerca está de Jesús cada judío por el solo hecho de pertenecer a su mismo linaje y su misma historia plagada de sufrimientos.

—¿Entonces, papá, nosotros... quiero decir, los judíos, no lo matamos?

—Yo no he participado ni de su arresto, ni de su juicio, ni de su crucifixión. ¿Has participado tú?, ¿o mi padre?, ¿o mi abuelo?

Meneó la cabeza.

—¿Te das cuenta de que levantaron una atroz calumnia? Ni siquiera el Evangelio lo afirma. El Evangelio dice que «algunos» judíos pidieron su ajusticiamiento, pero no «todos»: porque si no, hijo mío, habría que incluir a los apóstoles, a su madre, a María Magdalena, a José de Arimatea, a la primera comunidad de cristianos. ¿También son ellos unos criminales irremediables? ¡Qué absurdo!, ¿verdad? A Jesús, al judío Jesús lo arrestó el poder de Roma, que sojuzgaba a Judea. Fueron los romanos quienes lo torturaron en sus calabozos, en los mismos calabozos donde torturaban a cientos de otros judíos como él y como nosotros, Los romanos inventaron la corona de espinas para burlarse del judío que pretendía ser Rey y liberar

a sus hermanos. La muerte por crucifixión también la inventaron ellos y en la cruz no sólo murió Jesús y un par de ladrones, sino miles de judíos desde antes que Jesús naciera y hasta mucho después de su muerte. Un romano le clavó su lanza en el costado derecho y soldados romanos echaron suertes para repartirse sus ropas. En cambio fueron judíos quienes lo descendieron piadosamente de la cruz y le brindaron decorosa sepultura. Fueron judíos quienes recordaron y difundieron sus enseñanzas. Sin embargo, Diego, sin embargo —hizo una larga pausa—, no se machaca que «los romanos», «los romanos y no los judíos» escarnecieron y mataron a Nuestro Señor Jesucristo. No se persigue a los romanos. Ni se exige limpieza de sangre romana.

—¿Por qué esa saña contra los judíos, entonces?

—Porque les desespera nuestra resistencia a someternos.

—Los judíos no aceptan a nuestro Señor.

—El fondo del conflicto no es religioso. Ellos no anhelan nuestra conversión. No. Eso sería fácil. Ya han convertido a comunidades judías enteras. En verdad, Diego, luchan por nuestra desaparición. La quieren por las buenas o por las malas. Tu bisabuelo fue arrastrado de los cabellos a la pila bautismal y después lo atormentaron porque cambiaba su camisa los días sábados. Tuvo que abandonar España a la fuerza. Pero no se resignó. Llevó consigo la llave de su antigua residencia y le grabó una llamita de tres puntas.

—¿Qué significa?

—Es una letra del alfabeto hebreo: la *shin*.

—¿Por qué esa letra?

—Porque es el comienzo de muchas palabras: *Shemá*, «escucha»; *shalom*, «paz». Pero, sobre todo, es la primera letra de la palabra *shem*, que significa «nombre». Y sobre todos los nombres existe el *Shem*, el «Nombre». Es decir, el inefable Nombre de Dios. El *Shem*, el Nombre, tiene infinito poder. Sobre eso han realizado muchos estudios los cabalistas.

—¿Quiénes?

—Los cabalistas. Yate explicaré, Diego. Lo esencial, ahora, es que tengas conciencia de la decisión profunda que hemos tomado muchos judíos. La decisión de seguir existiendo, aunque sea mediante la conservación de unos pocos ritos y tradiciones.

Diego lo miraba confundido. No podía absorber ese aluvión de datos y argumentos; sólo podía asombrarse. Francisco tampoco entendía. Ambos estaban perplejos. Diego desde la cama y Francisco desde su escondite. Las palabras de su padre eran un terremoto.

—Pero' somos católicos —Diego se resistía a soltarse—. Somos bautizados. Yo hice mi confirmación. Vamos a la iglesia, confesamos. Somos católicos, ¿no?

—Sí, pero a la fuerza. Nada menos que San Agustín dijo algo como esto: «si

somos arrastrados a Cristo, creemos sin desear creer, y sólo se cree cuando se llega a Cristo por el camino de la libertad, no de la violencia». A nosotros nos han aplicado y nos siguen aplicando la violencia. El efecto es trágico: aparentamos ser católicos por fuera para sobrevivir en la carne, y somos judíos por dentro para sobrevivir en el espíritu.

—Es terrible, papá.

—Lo es. Y lo ha sido para tu bisabuelo y para tu abuelo. Y lo es para mí. ¿Qué pretendemos? Simplemente, que nos dejen ser lo que somos.

—¿Qué debería hacer para... para convertirme en judío?

Su padre rió suavemente.

—No necesitas hacer nada. Ya eres judío. ¿No oyes por ahí que nos califican de «cristianos nuevos»? Te contaré nuestra historia, hijo. Es una historia admirable, rica, dolorosa. Te explicaré la llamada *ley de Moisés*^[9], la que Dios entregó a nuestro viejo pueblo en el monte Sinaí. Te explicaré muchas tradiciones hermosas que confieren a esta vida dura una enorme dignidad.

Apoyó sus manos en las rodillas, para levantarse.

—Ahora descansa. Y no reveles a nadie nuestro secreto. A nadie.

Miró el vendaje, lo palpó suavemente y arregló las almohadas que elevaban la pierna.

Francisco permaneció en el piso, acurrucado, hasta que llamaron a almorzar.

La Academia de los naranjos funcionaba por las tardes, cuando cedía el calor de la siesta. Fray Isidro llegaba puntualmente y ocupaba su sitio junto a la amplia mesa de algarrobo instalada en el patio. Frotaba sus grandes ojos y se sacaba de la frente un ralo mechón de cabello gris. Acomodaba sus útiles y emitía el suspiro de una vejiga pinchada. Con paciencia aguardaba que sus alumnos tomaran ubicación.

Como cuadraba a la enseñanza, el maestro pretendía ser terrible —sus ojos le ayudaban—, pero no lograba ocultar su innata ternura. Simulaba enojarse cuando alguno se distraía. A veces le desbarataban el plan de clase. No solía darse por enterado, les hacía preguntas sencillas o mechaba con una anécdota para despertar su interés. Cuando le agotaban la paciencia —había que ser perseverante para conseguirlo— y no le quedaba otro recurso que azotar o irse, empezaba a imitar la voz de Isabel y Francisco. Después ya nadie se salvaba: ni la recatada madre, ni Diego, ni Felipa, ni Lucas, ni los vecinos ni siquiera el respetado padre. La primera vez que lo hizo paralizó de asombro. Era impactante que su seria y enjuta figura se transformara en bufón.

A principios de febrero llegó temprano, apenas concluyó la misa. Era la primera vez que venía a esa hora. No traía útiles de enseñanza. Una exagerada palidez confería a sus ojos insoportable dureza. Pidió reunirse con el licenciado. «Perentoriamente», exclamó. Francisco aprovechó para contarle que había conseguido traducir otro verso de Horacio: se lo podía mostrar ahora. El religioso forzó una sonrisa y lo empujó suavemente hacia un lado.

—Tengo que hablar con tu padre.

—Sí, mi padre ya viene —insistió—; leo mientras esperamos, quiero decirle.

El fraile no estaba con ganas de concentrarse. Aldonza lo invitó al recibidor y le ofreció chocolate. Agradeció el convite, pero ni bebió, y ni siquiera se sentó. Cuando apareció el médico se abalanzó prácticamente sobre él. Lo aferró del brazo y susurró unas palabras a la oreja. Ambos se alejaron hacia el fondo de la casa. La atmósfera se había tensado.

El fraile movía las manos con inusual nerviosismo. El alboroto de los pájaros en el naranjal di sonaba con la angustia que envolvía al anciano maestro. Diego Núñez da Silva lo escuchaba con pasmo.

Al regresar, Aldonza volvió a ofrecerle chocolate, pero el religioso se excusó con un gesto y salió rápidamente, cabizbajo, apretando con ambas manos el crucifijo.

La apacible mañana estalló en movimientos. Aldonza —instruida lacónicamente por su marido— ordenó preparar arcones, cofres y cajas: limpiarlos, distribuirlos, después guardar en ellos, cuidadosamente, todos los objetos. «¿Han oído? Todos los objetos. Desarmen los muebles grandes y átenlos de tal forma que ocupen el menor

espacio posible.»

Núñez da Silva salió a visitar los enfermos, tal como lo hacía cada mañana, y retornó para el almuerzo. Cuando se sentaron a la mesa distribuyó el pan, aguardó que sirvieran el guisado y dijo que les transmitiría una importante noticia:

—Dejamos esta ciudad.

No podía ser otro el motivo de la súbita locura que corría por los dormitorios, el comedor, el patio, el recibidor, la cocina. ¿Por qué nos vamos?, ¿por qué tanto apuro? El padre comía lentamente, como de costumbre (¿o comía así con esfuerzo, para transmitir serenidad?). Untaba la salsa de su plato mientras explicaba que este cambio sería beneficioso para la familia: hacía mucho que él lo estaba planificando, casi esperando (¿mintió?). Llegó la oportunidad: esta noche partía un convoy hacia el Sur y convenía aprovecharlo.

—¿Esta noche?! —exclamaron al unísono Isabel y Felipa.

—Además —agregó con énfasis, decidido a bloquear el pánico—, nos gustará el nuevo hogar: nos mudarnos a Córdoba.

—¿Córdoba? —repitió Francisco, asombrado.

—Así es. Una pequeña y deliciosa población rodeada por suaves serranías y cruzada por un río apacible. Más tranquila que esta San Miguel de Tucumán amenazada por la jungla, los calchaquíes y las crecientes. Viviremos mejor.

Francisco preguntó si se parecía a la Córdoba de sus antepasados. Respondió que sí, por eso su fundador le había impuesto el nombre.

Felipa preguntó cuánto duraría el viaje.

—Unos quince días.

Isabel no escuchaba. Con el mentón hundido sobre el pecho, se sacudía en forma rítmica y contenida. Su madre le rodeó los hombros. Entre hipos y desborde de lágrimas carraspeó:

—¿Por qué... por qué nos vamos? Esto es una huida.

Aldonza le secó las mejillas, dulcemente, y le cerraba los labios.

A Francisco le irritó la falta de seso de su hermana. Y le irritó su falta de interés por la legendaria ciudad de sus antepasados. Al mismo tiempo, comprendía que ella tenía razón, que dejaban para siempre Ibatín y que lo hacían con demasiado apuro. Se le anudó la garganta.

Felipa también se puso a llorar. El único que permanecía calmo era Diego. ¿Qué sabía Diego? Desde su accidente empezó a mantener largas charlas con el padre; lo acompañaba en sus recorridas médicas; de noche leían juntos en el cuarto privado. ¿Qué sabía, pues, Diego?

—¿Por qué no nos vamos con el próximo convoy? —Francisco pretendió ofrecer la propuesta que aliviaría a todos.

El padre no respondió frontal mente y pidió que trajesen más guisado. Francisco

se sintió ofendido por la escasa atención que otorgaba a su sugerencia. Solicitó la ayuda de Aldonza con los ojos, pero ella no dijo una frase en ese almuerzo. Con su habitual sumisión, acataba y reproducía la voluntad de su marido. A las objeciones las sepultaba en su pecho. Y ya tenía muchas, ahítas de dolor.

La siesta fue breve e incómoda. El desorden ya había invadido todos los meandros. Los acontecimientos rodaban. Lastimaban. Francisco aprendió desde esa tierna edad que se puede mover una familia y su patrimonio íntegro en una jornada, así como despedirse del vecindario, departir explicaciones para calmar su curiosidad infinita y contratar un albacea para que se encargase de cobrar el dinero que adeudaban a su padre. Este precoz ejercicio —vivido entonces con inocencia— le fue útil años después, cuando tuvo que huir de Lima y de Santiago de Chile con la amenaza pisándole los talones.

Al atardecer llegó una carreta. Se instaló ante la puerta de calle. Sobre las gigantescas ruedas se elevaba la impresionante caja revestida de cuero. Un par de bueyes uncidos al yugo hacían resonar los trompetazos de sus hocicos. Varios peones se acoplaron a la servidumbre y empezó el desfile de arcas y muebles que fue engullendo esa ballena de los caminos. Aldonza, con indisimulable tensión, imploraba que levantasen con cuidado ese escritorio y depositasen con dulzura aquel cofre, que no golpearan los bordes torneados del armario y ataran bien los apoyabrazos de unas sillas. Varias mesas, calderas, almohadones, recuerdos, frazadas, ollas, camas, jergones, ropa, candelabros, alfombras, lágrimas, bacinillas, petacas y vasijas caminaron aceleradamente desde el interior de la casa al interior de la carreta.

Los cuartos quedaron vacíos y lóbregos. La voz resonaba triste en su interior. Francisco habló con el eco, ese nuevo e invisible habitante que en seguida se instaló en cada uno de los aposentos. Unas cuantas velas desparramadas iluminaron la última noche en la que nadie dormiría porque no quedaban en el piso ni las esteras de junco. El padre se ocupó de apagarlas una por una, como si concluyera una ceremonia. La casa era un muerto que abandonaban respetuosamente, y con una indefinible opresión.

Cuando lados parecían dormir (nadie dormía), don Diego salió al patio. A través de la fronda descendía una tenue luminosidad. Permaneció quieto en medio de sus queridos naranjos, mirando hacia sus ramas, sus escondidos frutos y su lenta respiración. Formaban un toldo vegetal enigmático a través de cuyo tejido parpadeaban estrellas. Se concentró en una muy brillante. Y le confió sus temores. Después pronunció, en voz muy baja, salmos que elogian la belleza de la noche y el perfume de las plantas. Por último, confió a la atenta estrella su deseo de volver: había soñado instalarse aquí para siempre. No era, por lo visto, la voluntad del Señor. Caminó hacia uno de los árboles y apoyó su espalda. Se inmovilizó para absorber la humedad. Llevó hacia su sangre las hojas y las ramas, el aroma y la frescura, como si

trasladase un templo de materia a su espíritu, para hacerla portátil. Rogó a Dios que no lo atrapasen en el camino.

Debían partir antes del amanecer. La luna aún espolvoreaba sal sobre los techos. Diego Núñez da Silva regresó a los cuartos desnudos y fue pronunciando con suavidad los nombres de Aldonza, Diego, Isabel, Felipa, Francisco. Los esclavos Luis y Catalina no necesitaban ser convocados: ya estaban listos, con los últimos bultos sobre la cabeza.

Hubo una penosa resistencia final de Isabel y Felipa: se prendieron a la jamba de una puerta y, llorando, cabizbajas, encogidas, insistieron en quedarse. Por último treparon al vientre oscuro de la carreta por una escalerilla instalada en la abertura posterior. Francisco avanzó con curiosidad sobre el piso apenas iluminado por una linterna colgante. Varios jergones se distribuían a lo largo del colosal tubo. A los lados se elevaban estacas de madera sobre las que iba cosido un entramado cubierto de cueros. El lecho estaba constituido por arcos de madera más flexible que formaban una estructura ovalada sobre cuyo exterior debía resbalar la lluvia. El enorme cilindro parecía una reducida nave de iglesia suspendida en el aire. Le dio sensación de abrigo, quizá de asfixia. Buscó dónde instalarse, entre los blandos bultos y las personas. Prefirió adelante, para ver el camino. Tropezó con una pila de mantas y unas piernas.

Asombro y alegría se condensaron: el hombre estaba apoyado contra una estaca. Lo distinguió en la penumbra, gracias al trozo de mejilla que le iluminaba la linterna.

—¡Fray Isidro! ¿Qué hace aquí?

El sacerdote recogió sus piernas para que el niño siguiera avanzando. Pero Francisco decidió sentarse a su lado.

Don Diego controló la presencia de toda su familia pronunciando otra vez los nombres y esforzándose por vedas a través de la oscuridad. También preguntó por los esclavos. Aldonza distribuyó mantas. La carreta se puso en movimiento con una sacudida. Chirrió el eje y crujieron los tirantes. La caja se bamboleó espasmódicamente hasta que fue adquiriendo un ritmo singular, lento, como el de un barco fantástico. Cruzaron la plaza mayor. Estaba desierta. La iglesia y el Cabildo enfrentados resplandecían como espectros. Los bueyes avanzaron entonces hacia el Este y después torcieron hacia el Sur. Recorrieron el barrio de los artesanos: los talleres eran sepulcros. Tampoco se distinguía la fronda de los nogales que indicaban el comienzo de la propiedad de don Graneros y su próspera fábrica de carretas. Francisco no alcanzó a despedirse de Lucas, pero lo hizo Diego. Los largos muros de adobe se fueron espaciando. Llegaron a la explanada sur, donde se distinguían las sombras de muchas carretas encolumnadas. Tropillas de mulas, burros y caballos eran adheridas al convoy. Algunos oficiales controlaban documentos. El licenciado Núñez da Silva ordenó a su familia que permaneciese quieta en el vehículo, tapada por las

sombras. Esa noche, felizmente, los oficiales no se interesaban en los pasajeros, sino en los equipajes y mercaderías. Prestaron atención a la carreta siguiente, donde se apilaban sus muebles y arcones. Después se alejaron.

Al cabo de una media hora sobrevinieron nuevas sacudidas. Empezaba el viaje en serio. La caravana cruzó la empalizada de Ibatín. El campo estaba cubierto por una fina lámina plateada. La brisa del espacio abierto estremecía con remotos perfumes de libertad. Se alejaban de un inminente peligro. Se alejaban apenas. El largo brazo de la Inquisición ya les rozaba la nuca. Francisco regresó a su sitio. El rítmico bamboleo lo adormeció. Pudo oír algo respecto de la amenaza de unos pumas^[10].

La mañana progresivamente alta deshizo el fresco de la noche. Mantas, chales, jubones y chaquetas se apartaron como estorbos. Un incipiente sudor esmaltaba el anca de los bueyes. El peón que los conducía, instalado bajo el techo delantero sobre una petaca en la que amontonaba sus pilchas, los miraba moverse como quien mira el movimiento de los árboles. Don Diego revisó su arcabuz y lo acomodó entre las piernas. Intuía algún peligro, aunque no deseaba hablar de él. Dijo:

—Por aquí se va hacia la Ciudad de los Césares.

Iba a contar algo más, pero se interrumpió para estirar su oreja hacia los quejidos de las estacas.

—¿Cómo es la Ciudad de los Césares? —preguntó Francisco mientras cruzaba las piernas.

—Dicen que sus calles están empedradas de oro —se distendió su padre, pero sin separarse del arcabuz—. Todas las viviendas son palacios. Sus habitantes han desarrollado el arte de la agricultura y saborean las mejores hortalizas y frutos.

—¿Queda muy lejos?

—Nadie pudo llegar —aclaró fray Isidro Miranda.

—¿Tan lejos queda?

—Tal vez sus habitantes consiguen despistar a los exploradores —conjeturó don Diego—; tal vez pasamos muy cerca sin advertirlo. ¿Quién sabe? Ciertas tribus que se benefician con su protección se encargan de instalar pistas equivocadas. Y cuando alguien se acerca demasiado, lo asaltan y asesinan.

—Me gustaría llegar a la Ciudad de los Césares —confesó Francisco.

—¿Cuándo paramos a descansar? —preguntó Felipa.

—A las diez.

El convoy enfilaba hacia un bosquecillo. Se habían apartado bastante de la cadena montañosa. Ya podían apreciar su majestad. En la base, borrosa, se intuía el caserío de Ibatín. La jungla era una lejana franja negra con manchones morados. Allí quedó agazapado el peligro de la naturaleza, los calchaquíes y la Inquisición.

De vez en cuando el médico y el fraile intercambiaban gestos preocupados. El implacable Antonio Luque no se daría por satisfecho con la desaparición de los sospechosos. Ya había hecho perseguir y arrestar en la pequeña y remota Rioja al judaizante Antonio Trelles. Era probable que hiciera lo mismo con ellos.

Los postillones marcaron una circunferencia y los bueyes abandonaron el camino para obedecer esta conocida invitación. Estaban manifiestamente cansados. Empujaron las carretas hasta formar un rodeo. Mientras los viajeros se desperezaban en tierra, unos peones desengancharon el pértigo de la recalentada carreta. Los bueyes fueron desuncidos y agrupados para que comieran y bebieran. Otros peones se

encargaron de las tropillas de burros, mulas y caballos. La pausa se extendería hasta las cuatro de la tarde. Éstas eran las seis horas de máxima temperatura: los bueyes soportaban cualquier otra penuria (sed, hambre, lluvia, oscuridad y ríos crecidos), pero no el calor.

La carreta de los Núñez da Silva fue estacionada junto a la que transportaba sus pertenencias. Treparon dos peones y acomodaron travesaños de un techo al otro. Sobre esta armazón provisoria tendieron cueros hasta que se completó un perfecto quincho bajo el cual gozarían de sombra y ventilación. Ahí podían comer y luego dormir la siesta. En el centro del rodeo encendieron un fogón para asar y guisar. Los negros, indios, mulatos y mestizos de estas travesías estaban bien programados y desarrollaban una secuencia eficaz. Cuando los pasajeros terminaron de acomodarse, ya habían carneado una res e instalado la caldera. Se aprovechaba el sebo del animal para untar las mazas y proteger sus ejes. Pronto se expandió la fragante nube de carne asada.

Luis bajó de la carreta varios taburetes de doble tijera con asientos de lona y una mesita de campaña para el almuerzo.

De repente se produjo una turbulencia en la tropilla de mulas. Muy sensibles, percibieron una amenaza. Tironeaban en direcciones diferentes. Los peones se afanaron en contenerlas.

—Pumas —murmuró don Diego y levantó su arcabuz. Fray Isidro llamó a Francisco y sus hermanos: «No se aparten de aquí.» La perfumada humareda del asador excitó a las fieras que merodeaban el convoy desde hacía horas.

El terror de las mulas contagió al resto de los animales. Hubo que pegar, empujar y cercar para mantenerlos agrupados. Algunos pasajeros se ofrecieron para explorar los alrededores inmediatos. Los pumas debían estar ocultos en aquel cañaveral, o tras el siguiente bosquecillo, o disimulados en el pasto. No se atreverían a atacar, a menos que estuviesen muy hambrientos,

Al cabo de una media hora retornó la calma al improvisado corral y la gente volvió a sus lugares. Aparentemente se había alejado el peligro. Catalina y Luis eligieron succulentos trozos de asado con la punta de unos cuchillos, los acomodaron en un par de bandejas y llevaron a la mesa de sus patrones. Quienes preferían, podían gustar una cazuela con verduras, papas, garbanzos y carne cocida. Una pequeña damajuana de vino alcanzó para toda la familia y también para convidar a los pasajeros de la carreta siguiente. Como postre se distribuyeron naranjas.

Los mayores doblaron las chaquetas como almohada y se repantigaron sobre la gramínea. Francisco, en cambio, aún estaba demasiado inquieto por tantas novedades y prefirió dedicar esa primera pausa del viaje a satisfacer su curiosidad. Examinó la parte inferior de las carretas como quien explora zonas íntimas. Agachado y alerta, miró y tocó desde abajo ese piso que parecía firme cuando uno viajaba dentro, pero

que estaba formado por un tejido tosco sobre base de tablones. La caja se prolongaba en un largo pértigo que la unía al yugo; para la construcción de este pértigo se usaba el tronco de un altísimo árbol. Acarició su superficie lisa, manchada con sudor de bueyes y polvo de caminos: parecía la gruesa lanza de un gigante. Caminó después hacia el círculo de tizones donde asaron la res; el fuego ya se extinguía. Se alejó entonces hasta el agrupamiento de bueyes, cercano al arroyo. Junto a ellos pastaban los caballos, asnos y mulas.

—¿Por qué las mulas no tienen hijos? —había preguntado a su hermano Diego en Ibatín, mientras contemplaban el arreo de una tropilla.

—Porque nacen de burro y yegua o de caballo y burra. Son un producto artificial. No se generan a sí mismas. No formaron parte del Arca de Noé.

—¿No?

—No. Son una especie intrusa, porque no aparecieron en el quinto día de la creación como las demás bestias de la naturaleza. Aparecieron mucho después, cuando un burro, en vez de aparearse con una hembra de su misma especie, lo hizo con una yegua.

—¿Está mal eso?

—Creo que está mal.

—¿Y por qué se crían mulas?, ¿y se venden?, ¿y se usan?

—Por eso mismo. Porque son útiles y fuertes. Son ideales para transportar carga a buen ritmo y para caminar por terreno escarpado. Son un invento para enriquecerse.

—¿Y no se pueden unir un mulo y una mula?, ¿«aparearse», como dices?

—Casi no ocurre. Y si ocurre, la mula no es fecunda.

—¿Por qué?

—Porque es así: no es fecundada. Es estéril. Te repito: un burro y una yegua hacen una mula, pero la mula no tiene descendencia: no produce nada, ni mula, ni yegua, ni burra.

—¿Por qué? —había preguntado Francisco a fray Isidro en otra ocasión interesado en verificar tal rareza.

El religioso frunció los labios y pudo ofrecerle una respuesta más bonita:

—Cuando Jesús era bebé, el celoso rey Herodes ordenó la matanza de todos los niños recién nacidos para que ninguno le quitase el trono, ¿recuerdas? Bien; entonces, para salvar al niño Jesús, sus padres tuvieron que llevarlo a Egipto. José trajo una mula y la cargó con sus escasas pertenencias. El animal, ignorando con quién estaba, se encolerizó, arrojó los bultos y dio a José una humillante coz en el trasero. Desde el suelo, José levantó una mano y lo condenó a carecer de descendencia. Por eso nunca una mula proviene de mula.

Francisco observó las mulas, tan altas como los caballos y tan vigorosas como los burros. Sus orejas estiradas y su cola breve evocaban al burro. Su porte y rapidez al

caballo. Era una feliz combinación artificial. La maldición de José no produjo estragos. ¿Por qué no serían ciertas otras combinaciones, entonces? ¿Por qué no sería posible la unión de hombre y yegua para gestar un centauro como imaginaban los paganos de la antigüedad? ¿O de pez y mujer para gestar una sirena?

En ese momento unos peones cruzaron a la disparada pisando cuerpos. Vociferaban espantados:

—¡Por allí, por allí!

Corrieron hacia el fogón, que ya había sido cubierto con tierra. «Por allí, por allí.» Siguieron hacia el corral y formaron un anillo en torno a las tropillas agitadas. Los viajeros con arcabuces orientaron su puntería en dirección al cañaveral. En efecto, se alejaban a la carrera, despavoridos, tres asnos. Los perseguía un resplandor cobrizo.

De los pastizales emergía el lomo de un puma disparado como flecha hacia los animales.

Francisco asistió entonces a un espectáculo extraordinario.

Uno de los tres asnos se detuvo mientras los restantes proseguían la huida. Se paralizó absurdamente. No giró para embestir a la fiera, sino que le siguió ofreciendo su parte posterior. Sólo torcía la cabeza para calcular cuánto faltaba para ser alcanzado. El puma no tardó en dar un majestuoso salto desde varios metros de distancia. Trazó un arco luminoso y aplastó su cuerpo sobre el lomo la víctima. Le clavó las garras y mordió la cerviz. El burro sufrió la sacudida del golpe, pero no cambió de postura. Sus dos compañeros ya habían ganado distancia.

El burro aguardó con increíble fortaleza que el feroz jinete se acomodara. Entonces volcó súbitamente hacia un costado y quedó con las patas agitándose en el aire mientras comprimía al puma con su lomo. Los rebuznos eran clarines de dolor y alegría. La fiera aprisionada intentaba escurrirse de la prensa letal. Abrió sus garras chorreantes de sangre y golpeó con desesperación la cola contra el suelo. El jumento siguió frotando su duro lomo como si estuviese atacado por una picazón hasta que pudo quebrar el delicado espinazo del puma. Después flexionó las patas, levantó la cabeza y se irguió desmañadamente.

Don Diego hizo gestos a sus vecinos para que bajasen el arcabuz. No era necesario matar al puma. Ya lo hacía el burro, aplicándole formidables dentelladas. Un charco de sangre embadurnó a los dos animales. Finalmente el burro se apartó con inmensa fatiga y cayó a pocos metros.

La exaltación de los comentarios no frenó la presteza de los peones carniceros. El fulgor de sus cuchillos dio cuenta de la preciosa piel del felino que, humeante aún, fue exhibida como bandera.

El burro estaba malherido. La sangre brotaba rítmicamente de su cerviz. Las fauces se le cubrieron de espuma. Su respiración era muy rápida.

—Habría que sacrificarlo.

Francisco no pudo contemplar el crimen. Corrió hacia la carreta, pero alcanzó a escuchar:

—No vale la pena gastar municiones. Degüéllenlo.

El teniente receptor del Santo Oficio empuja la silla que le obstruye el paso. Camina hacia la puerta y, con impaciencia, ordena:

—¡Vamos!

Los oficiales cierran los dedos en torno a los brazos de Francisco y lo despegan de su mujer. Ella ofrece resistencia. Inútil resistencia. Salen a la calle oscura.

—¿Adónde me llevan?

Lo siguen empujando.

Tras unos minutos el teniente Minaya le informa: «Vamos al convento de Santo Domingo.»

Reanudaron la marcha poco después de las cuatro. El rodeo se desovilló en una larga hilera de veinte carretas fofas. Adelante, como siempre, marchaban los postillones en sus ágiles caballos; avanzaban para explorar el terreno y retrocedían con la información. Los bueyes tiraban a ritmo constante. No se detendrían hasta la hora de cenar.

Durante un buen rato se habló del heroico burro. Cómo defendió a sus compañeros. Cómo se dejó montar para después quebrarle la columna al puma con su peso. Cómo soportó el dolor de las garras y los colmillos. Cómo terminó por darle muerte con sus dientes. Cómo luchó a pesar del miedo.

—¡Pero lo degollaron! —reprochó Francisco.

Su padre le revolvió la cobriza cabellera y dulcemente recordó que de todos modos se iba a morir; más cruel hubiera sido abandonado en esas condiciones. Francisco no pudo contener el llanto. Su madre se estiró hasta la botija sosteniéndose de una estaca y llenó un jarrito de agua temblorosa. Se había cometido una injusticia.

El campo se despoblaba de árboles. A medida que se alejaban de la montaña y su hirviente selva, se imponía el vacío. La alfombra de pasto amarillento con islotes glaucos era matizada por bosquecillos transparentes. Bajo la carreta cruzó un zorro. En algunos tramos se acercaban las avestruces provocando el súbito despegue de los pájaros. El peón conductor, balanceándose sobre su agrietada petaca, extendió el índice hacia un círculo de cuervos que se hacía oblongo hacia un lado: celebraban la muerte de un animal con su arcaico rito; pronto caerían sobre el cadáver para hundirse en sus entrañas.

Fray Isidro calculó que llegarían a Santiago del Estero durante la tarde siguiente.

—¿Le gusta volver a Santiago? —preguntó Felipa.

El fraile se encogió de hombros.

—Hace tantos años que me fui de allí.

—Por eso. ¿Le gusta volver?

—Había llegado con mucho entusiasmo —se rascó una oreja—. Era joven. El rey de España, con el debido permiso del Papa, había establecido allí la primera diócesis[11] de esa Gobernación. Era un sitio alejado e importante.

—Próximo a la Ciudad de los Césares —acotó Francisco.

—No me movía la busca de oro —replicó el fraile.

—La aventura, entonces.

—¿La aventura? —se extrañó, volvió a rascarse la oreja y se miró el dedo, como si hubiese arrancado la cera que le molestaba—. Puede ser, pero una aventura especial —elevó entonces sus protuberantes ojos hacia el ovalado y tambaleante techo—. En lugar de acercarme al peligro, alejarme. En lugar de meterme en

incertidumbres, descansar. Evangelicé en Paraguay, recorrí el Chaco, casi me mató una flecha. Quería y buscaba paz, abrigo, rutina.

—No lo conseguí.

—No lo conseguí —reconoció—. Y por eso me fui.

—¿Quiere decir que en Santiago no hay paz? —conjeturó Aldonza.

—No la había para mí.

Miró hacia la abertura. El cielo se coloreaba con el atardecer. Una bandada de patos se elevaba desde una pequeña laguna; se alcanzaba a distinguir el nácar de su borde. Fray Isidro no tenía deseos de hablar.

—¿Lo irritaba el obispo? —conjeturó Francisco.

—¿Tú, qué sabes? —a su madre no le gustó la impertinencia.

—¿El obispo? —se asombró Isabel.

—El obispo Francisco de Vitoria—aclará Francisco con aplomo—. Fray Isidro me contó, ¿no es cierto?

—No era exactamente así —corrigió el anciano.

—Usted me dijo que él era muy caprichoso, que tenía mano pesada y... y que excomulgó varias veces al gobernador.

Los demás lo miraron azorados.

—Era un hombre de carácter fuerte, rara mezcla de príncipe y demonio —fray Isidro trató de aminorar el impacto—. Imagínense: asumió como titular de la diócesis luego que sus cuatro antecesores no pudieron hacerlo por quedarse en el camino.

—¿Era arrogante?

— Tal vez. Chocó en seguida con Hernando de Lerma

—añadió.

—El fundador de Salta —explicó don Diego—. Y gobernador del Tucumán.

—El mismo. Vitoria solía evocar su primer choque con estas palabras: "Saludarle y reñir con él, fue todo uno.» Parece que Lerma se entrometió en asuntos de Iglesia y maltrató a los clérigos; hasta quiso darles palos. El obispo decidió hacerle frente e invocó en forma exagerada sus poderes de *inquisidor ordinario*[\[12\]](#). Hernando de Lerma amenazó colgarlo de un algarrobo.

—Horrible —exclamó Aldonza.

La situación se agravó cuando el gobernador regresó a Santiago, que era también capital diocesana, y Vitoria lo desairó negándose a recibirlo. El gobernador Lerma, en represalia, prohibió todas las visitas al obispo. Y el obispo publicó un Auto en que enumeró las censuras en que incurren los pecadores que violan las inmunidades eclesiásticas. Hernando de Lerma, en lugar de arrepentirse, aumentó su rabia y puso sitio de hambre al obispado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Francisco.

—Que prohibió darles «ni un jarro de agua». Eso quiere decir.

—¿Entonces? —se impacientó Felipa.

—Francisco de Vitoria logró escabullirse durante la noche con dos clérigos, fue a Talavera y de allí a Charcas en cuya Real Audiencia[13] formuló su acusación. Pero Hernando de Lerma presentó en seguida los descargos.

—¿Quién triunfó?

—Francisco de Vitoria, por supuesto —sonrió fray Isidro—. ¿No les dije que era una mezcla de príncipe y demonio? Lerma fue condenado y desterrado y terminó sus días en la cárcel.

—Y excomulgado...

—Las excomuniones las aplicó al gobernador siguiente, a Francisco de Velasco.

—¿Siguió la guerra? —se asombró Aldonza.

—Siguió. Desde Charcas el obispo fue a Lima para tomar parte del Tercer Concilio Provincial. Un Concilio muy importante que convocó el arzobispo Toribio de Mogrovejo. Allí Francisco de Vitoria tramitó la venida de los jesuitas su diócesis. Realmente es a él a quien la Compañía de Jesús debe la iniciativa de instalarse en estas tierras. Y también allí, en Lima, esto es curioso, pidió permiso para elevar su renuncia al Papa.

—Lo agotaron las peleas.

—Fue aislado acceso de debilidad. Si bien la diócesis era demasiado extensa y muy pocos los sacerdotes y los diezmos, pronto regresó con bríos. Tantos bríos, dicen, que más parecía el gobernador que un pastor de almas.

—Eso estaba bien —opinó Francisco, entusiasmado.

—No para el nuevo gobernador. Francisco de Vitoria ordenó cavar zanjas y abrir acequias antes de que lo pensara el alcalde. Tendió calzadas, reclutó indios y formó haciendas. Pronto sus frutales coloreaban enormes superficies, así como sus plantaciones de cebada y maíz. Cobraba los diezmos de la Iglesia y a veces se quedaba con los novenos del rey porque, aducía, esos novenos no llegarían al monarca y serían malgastados por sus inservibles representantes. El gobernador se enfureció, lógicamente. Se enfureció muchísimo y quiso matarlo con su propia espada.

—Al obispo se le iba la mano... —sonrió Felipa.

—Él no pensaba así: amonestó a Ramírez de Velasco por su atrevimiento y le zampó una excomunión. Su enfrentamiento no era sólo personal, sino el de dos grandes poderes. El poder civil y el poder religioso. La respuesta alzada del gobernador llevó a que Francisco de Vitoria aprovechase la misa del domingo para anunciar solemnemente que ese hombre estaba más lejos del cielo que cualquier otro mortal porque acababa de aplicarle la excomunión por segunda vez.

Aldonza se persignó. Sus hijas la imitaron.

—¿Y qué hizo el gobernador?

—Transformado en una tempestad, lo denunció con palabras durísimas ante el virrey en Lima. La carta tenía de todo. Decía que Francisco de Vitoria era un íncubo, un azote. Hasta permitía el concubinato si le pagaban el favor con jugosas dádivas. Y que él mismo llevaba una vida lujuriosa e indecente.

—¡Jesús y María Santísima! ¿Castigaron al obispo?

—A la inversa. El obispo volvió a excomulgar al gobernador. Lo aplastó. Lo pisoteó con brasas.

—¡Era puro demonio! —exclamó Aldonza—. ¿Qué tenía de príncipe?

—Sus grandes emprendimientos. Y su agresividad, su agresividad imbatible. No retrocedía aunque la lógica lo exigiera. El gobernador, por ejemplo, quiso desquitarse ordenándole que cumpliera con una cédula real. Según ella, el obispo debía pagar a cada indio ocupado en sus haciendas un real por día más la adecuada alimentación. El obispo lo hacía, me consta que lo hacía. Pero en lugar de explicárselo al gobernador, lo contraatacó por invadir asuntos de su propiedad, que eran también propiedad de la Iglesia. Y como broche le arrojó otra excomunión. Era la lucha entre dos poderes, como les dije.

—Un demonio, un demonio —exclamaba Felipa, entre indignada e insolente.

—Usted hizo bien en alejarse de ese lugar —consoló Aldonza al fraile.

El clérigo asintió con la cabeza.

—Se habrá sentido muy aliviado al apartarse de tanto jaleo.

—Sí —contestó dubitativamente.

—¿No está seguro, acaso?

—Me viene un malestar cuando sólo evoco una parte de su vida, de sus acciones —volvió a picarle la oreja; se rascó enérgicamente—. Peco por omisión.

—¿Acaso la otra parte, la buena, es tan notable como la mano?

—No puedo juzgarlo.

—¿Por qué no? Fue un pendenciero, un codicioso. Amancebado... —Aldonza se expresaba con infrecuente dureza.

—Hay otra parte —insistió fray Isidro.

—¿La del príncipe? —musitó Diego—. ¿Se refiere a la parte del príncipe?

—Príncipe, y mucho más. Era un hombre muy complejo era un grande.

El convoy inició su conocida curva y se empezó a formar el rodeo. Había llegado la hora de cenar. Y había que cumplirla antes de la caída de la noche.

Isabel y Felipa cosecharon moras en un perol. Descubrieron moreras con frutos entre las tipas y los laureles. Se les había ennegrecido los labios mientras las probaban con golosa celeridad. Catalina fue en busca de agua para que se lavasen.

Cenaron frugalmente, iluminados por velas. Las moras oficiaron de postre.

El descanso fue corto. Los esclavos apagaron el fuego y pronto quedó en columna do el convoy. Veinte torres marcharon en la oscuridad por el sendero que previamente exploraban los postillones.

Francisco se tendió entre Diego y fray Isidro. Por la abertura de adelante se veía el encorvado peón sobre su petaca. Del techo se proyectaba la lanceolada picana como un dedo mitológico. Por la abertura posterior se extendía el paño negro del firmamento chisporroteando luces. Francisco conocía ya algunos agrupamientos de astros. Ahí estaba una cola de la Vía Láctea. Ahí estaban las Tres Marías. Ahí estaba un planeta. Sí, era un planeta porque no guiñaba: redondo y grande como un ojo de fray Isidro. Le enseñaron que los astrólogos diagnosticaban enfermedades y anunciaban el futuro leyendo las estrellas. Para ellos eran una escritura. ¿Por qué no? ¿Acaso la escritura que le enseñó fray Isidro no fue inventada por los hombres? Se pusieron de acuerdo —le dijo— en que la «e» sea un palito, la «o» un círculo y la «ce» un semicírculo. ¿Por qué, entonces, no podía Dios determinar que un caracol de estrellas sea una letra y que una víbora de estrellas sea otra letra? ¿No se habrá inventado el abecedario terrestre a imagen y semejanza del celestial? Francisco intentó reconocer alguna L, O, e, T, P, o M formada por estrellas.

Antes de dormir se incorporó para beber agua. Vio entonces cómo el campo imitaba al firmamento. Era un espectáculo impresionante. Millones de insectos habían encendido sus faroles. Reían con los párpados. Reían y cantaban. El oscuro pastizal estaba encantado. Parecían diamantes. Extendió la mano para recoger luciérnagas, pero Diego tironeó de su cinto.

—Te vas a caer.

Permaneció subyugado por la fiesta de luz. Se le ocurrió que esa miríada de insectos también constituían un alfabeto. Son el libro que Dios escribe sobre los campos, así como ha escrito otro con las estrellas. Quizá el de los campos se refiere a temas más sencillos. Pudo advertir que por ahí se encendía un grupo en forma de A y otro en forma de T, rápidamente sustituido por una V o una F. Sólo podía leer ese libro quien estuviese bien entrenado.

Se durmió. Al amanecer ya no estaban los insectos refulgentes. Un vaho lechoso emergía de los campos. Ahora se enroscaba el convoy cerca de un río para la pausa del desayuno. Habría que mudar los animales. Sólo tenían una hora para calentar el chocolate y cocinar una fritanguilla. Otra vez se armó un rodeo y liberaron los

pértigos. El suelo estaba húmedo. Los hombres corrieron a ocultarse tras los arbustos. Las mujeres fueron en dirección contraria. Los animales observaron con extrañeza el pudor de los humanos mientras eyectaban con despreocupación sus excrementos.

La presunción de que el afluente del río Dulce —al que debían cruzar esa mañana— había crecido, se confirmó. Los postillones exploraron el terreno mientras se preparaba el desayuno. Investigaron huellas, zanjones y la esporádica pavimentación rocosa que suele ofrecerse como una ruta más segura. Varios pasajeros que ya habían hecho la travesía afirmaban que las aguas corrían de prisa pero no había mucha profundidad: les irritaba tener que acampar por vaya a saber cuánto tiempo.

Uno de los jefes eligió tres postillones y les ordenó que probasen de cruzar. Sus caballos no estuvieron de acuerdo: corcovearon, giraron, relincharon. Finalmente, con la cabeza erguida, sacudiéndose y elegantes, penetraron en el agua revuelta. A los pocos metros ya se les mojaba la panza. Los jinetes apuraron con las espuelas. Las cabalgaduras se hundieron más. Otro poco y alcanzarían la orilla. Sobre la picada superficie del agua sólo emergía la mitad del caballo. Siguieron pujando. El piso parecía firme. La fuerza de la corriente fue apartando a un postillón, que tardaría más en acercarse a la meta. Los otros comenzaron a trepar. En seguida lo consiguió también el tercero. Ya se sabía cuán hondo era el río. Se podía pasar. ¡Eah! ¡Cada uno a su puesto! ¡Se reanuda la marcha!

En el convento de Santo Domingo un fraile encapuchado los conduce por el estrecho corredor. El teniente camina delante con su lámpara, dos oficiales aprietan los brazos de Francisco y el tercero lo vigila desde atrás con su mano en la empuñadura de su faca. Los pasos lóbregos resuenan en la oscuridad como si fueran una multitud. El fraile abre la chirriante puerta de una celda. El teniente receptor del Santo Oficio se apoya en una jamba y hace un leve movimiento de cabeza. Empujan hacia el negro tabuco a Francisco, quien tiende las manos para no estrellarse contra la pared invisible. Rápidamente le abrochan grilletes en las muñecas y los tobillos. Los grilletes están soldados a cadenas que nacen del muro.

Cierran la puerta. Una llave gira. Bajan la tranca exterior. Los pasos se alejan. Francisco palpa el húmedo revoque. No hay ventana, ni poyo, ni mesa, ni jergón. El piso de tierra apisonada, irregular y desnudo, lo invita a sentarse, a esperar. Deberá esperar muchas horas, quizá días. Esperar agachado, ciego e inerme el feroz salto del puma sobre su nuca de burro tenaz.

Llegaron a Santiago del Estero antes del anochecer y acamparon a la entrada de la ciudad. El bullicio era semejante al que animaba la gran plaza junto a la ermita de San Judas y San Simón en Ibatín. Cientos de animales mugían y relinchaban mientras los vendedores promocionaban sus mercaderías. El olor de la boñiga cortaba al de las hortalizas que aún no tuvieron salida. Cajas con frutas y cofres con tejidos se amontonaban junto a pilas de cueros. Entre varios cargadores trasladaban tinajas con agua de zarza. Otros esclavos vigilaban un cargamento de vinos.

Contra la claridad rosada del crepúsculo emergían las torres de las iglesias. Era la sede episcopal de la vasta Gobernación del Tucumán. Ya no residía Francisco de Vitoria, sino su sucesor austero y apacible: fray Fernando Trejo y Sanabria.

El jefe del convoy programó permanecer hasta las once de la noche. Alcanzaba para mudar bueyes, reparar algunos ejes, lubricar mazas y consumir la cena.

La llave se introduce en la cerradura. ¿Cuánto tiempo lleva en este tabuco?

Francisco se incorpora. Está mareado. Apoya sus palmas en la pared. Le duelen las muñecas y los tobillos. La puerta chirría y una franja de luz penetra en la celda. La ondulante lámpara avanza con sigilo. El revoque irregular exhibe manchas de tizne y herrumbre.

Se oyen otros pasos en el corredor. Mientras se acercan, un negro instala rápidamente dos sillas y abre una mesa de campaña. Después se queda firme junto a la puerta, próxima al criado que sostiene la lámpara. Entran dos frailes los hábitos blanquinegros. Uno es el comisario local Martín de Salva tierra. Lo acompaña el notario del Santo Oficio Marcos Antonio Aguilar. Se sientan. Fray Aguilar acomoda el tintero, la pluma y el papel. Fray Martín de Salvatierra extrae un pergamino enrollado, lo extiende y dice:

—¿El doctor Francisco Maldonado da Silva?

—Sí, fray Martín.

El comisario ignora la inoportuna familiaridad.

—¿Jura por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por esta santa cruz, decir la verdad?

Francisco lo mira a los ojos y descerraja la más inesperada de las respuestas.

Durante los trayectos nocturnos estaba prohibido usar velas porque podían encender las maderas y los juncos de los vehículos. En cambio se mantenía prendida una linterna junto al peón que bostezaba sobre su petaca. El zangoloteo permitía descansar cuando se acomodaba a un ritmo estable, pero a menudo sobrevenían fuertes sacudidas; en el camino abundaban piedras y huellas. En ocasiones el vehículo quedaba trabado y el peón descendía, reclamaba colaboración, oponía troncos y ramas secas, ordenaba empujar y azuzaba a los bueyes para que la rueda saliese del pozo. Nadie dormía de un tirón.

Mientras, las voces de la noche concedían noticias parciales sobre su misterio. El silbido de las cigarras era acuchillado por el grito de una lechuza; el chirrido de las ruedas apenas ocultaba el clamor de fieras. Oscuros jabalíes se desplazaban en busca de víctimas. Reptaban las serpientes, corrían las vizcachas, se amontonaban las nutrias y disparaban las liebres. Los bueyes tiraban del yugo a paso regular y en derredor la fauna invisible atacaba, huía, devoraba. No se descartaba otra eventualidad: los crueles Indios del Chaco.

A la madrugada refrescaba mucho. Con un ojo Francisco solía espiar el sonrosado despertar del horizonte mientras en lo alto todavía colgaba la luna. Pronto empezaría a formarse el rodeo. Se repetiría el programa: desuncir bueyes, engrasar mazas, prender el fogón, ir a orinar y defecar, llenar con agua las botijas y los grandes cuernos que se ataban al arzón de las monturas. Se reanudaría la marcha por unas horas, hasta las diez, cuando el sol desenfrenado ultrajase los campos. Entonces se hacía lo mismo que ayer y mañana. Muda de animales, reparaciones, almuerzo y siesta. Luego reinicio de la marcha hasta que el horizonte segregase la púrpura. Rodeo, fogón, cena. Se continuada si la noche era serena y los baquianos podían ver el camino. La caravana de veinte carretas y con valiosas tropillas marchaba cada vez más cansada.

Un mediodía acamparon en un pequeño bosque de quebrachos, el último del trayecto. Decían que su madera era incorruptible. Su dureza agotaba las hachas. Era la madera más vigorosa del mundo.

Empezó a llover y los peones armaron una carpa para seguir cocinando. Por la tarde volvió a llover. Los bueyes continuaron su marcha pisando firme en el lodazal. Sus cueros mojados resplandecían. Nada los asustaba: peor fue el cruce del río. Al rato, la lluvia ya era recuerdo. Y lo seda hasta el fin del viaje.

El paisaje árido acabó por imponerse. Aumentó el calor y el polvo. Por las tardes solía levantarse viento; su silbido llegó a ser torturante. Los animales silvestres correteaban por las extensiones peladas en busca de los matorrales que servían de escondite. El escaso verde que los había acompañado al principio se marchitó en

ámbar y cinc. Estaban próximas las misteriosas salinas. Según las aves de rapiña que sobrevolaban con hambre, la caravana parecía detenida. Los bueyes eran simples figuras de cerámica en el inconmensurable yermo. Respiraban arenisca. Francisco preguntó si podían extraviarse y rondar para siempre en esa planicie hostil. Dijeron que no, pero su pregunta generó malestar.

Había que racionar el agua. Al frente se extendía una blancura ósea. Con sólo mirada dolían los ojos. Los bueyes también se blanquearon. Ingresaron en una pista de sal. El atardecer encendió fugazmente los espinosos contornos de las matas. La noche se enfrió con rapidez. El viento arañaba, daba voces. Francisco se cubrió la cabeza. En la pesadilla se filtró algo. Su manta era gruesa y tardó en conectarse. Al despertar intuyó a su padre correr hacia los caballos seguido por Diego y Luis. Bajó al piso de sal y su madre le aferró el brazo.

—¡No vayas!

El muchacho vio entonces un par de esclavos tendidos. Sus cuerpos inmóviles contrastaban con la superficie lactescente. Al costado se dilataba un charco rojo.

—Lo mataron anoche —dijo Aldonza.

—¿Por qué?

Meneó la cabeza.

—Para probar, supongo. Estaban junto a la carreta con nuestras cosas.

Francisco liberó su brazo y se acercó a los cadáveres. Yacían boca abajo, con heridas en la espalda. Los habrían asesinado mientras dormían o mientras vigilaban. Fray Isidro permanecía de pie junto a ellos y hacía girar el rosario. Los peones murmuraban alborotados, perplejos.

—¡Asesinos hijos de puta! ¡Los colgaremos! —juraron unos comerciantes.

«Mi padre traerá a los ladrones y serán ajusticiados aquí mismo», conjeturó el muchacho. Si no hay árboles, oficiará de picota el techo de una carreta. Así contó Lucas que se hacía en los viajes. Y era cierto: un comerciante ya estaba ofreciendo su sogá a un mulato para que la probase. El mulato sonrió apenas y trepó hasta la picana de la carreta. La ató con habilidad y con placer.

—Papá traerá a los ladrones —murmuró acercándose a su madre.

Ella volvió a restregarse los ojos: arenisca salada, o lágrimas, o cólera.

—Papá iba adelante. Es valiente —quiso animada.

—Impulsivo —dijo ella—. No debió ir; es peligroso.

Miró a su hijo y agregó:

Son criminales. ¿No has visto qué le hicieron a estos pobres infelices?

Francisco depositó su mirada sobre los cuerpos inertes, despojados del espíritu.

—Tu padre es médico, no soldado.

La negra Catalina le ofreció un tazón de chocolate.

—Yo sé qué lo enardeció —acariciaba el tazón con ambas manos—. Lo llamaron

para auxiliar a los heridos. No pudo hacer nada porque estaban muertos, pero advirtió que habían caído junto a la carreta que transportaba nuestras cosas. Descubrió que faltaba un arcón —bebió un largo sorbo—. No cualquier arcón... para él.

El jefe del convoy ordenó enterrar los cadáveres. Eligió el lugar y dos esclavos empezaron a cavar la fosa. No salía tierra, sino sal. Blanca sal con estrías oscuras que se amontonaba a un costado. Pronto encontraron una veta de agua, una especie de leche sucia. Una palada arrojó a los aires una comadreja muerta que cayó pesadamente. Había estado enterrada vaya saber cuánto tiempo en el mismo sitio que ocuparían los dos hombres. Se conservaba entera, asquerosamente entera bajo el envoltorio de sal que enjabelgaba su raída pelambre. Levantaron los cadáveres y los depositaron sobre unos cueros de vaca. Después alzaron los extremos de los cueros y con su mortuoria carga los deslizaron al fondo de la tumba. Otros cueros oficiaron de tapa. El blando ataúd fue cubierto rápidamente con las paladas mientras fray Isidro comandaba el recitado de las letanías. Sobre el montículo se clavaron dos cruces.

El sol horneaba la temible planicie. Su aliento incandescente era reforzado por esporádicas brisas de agobio. Yacían en una siesta paralizante. Los labios secos debían aguantar el estricto racionamiento de agua. Esa tarde había que partir de cualquier modo —decían— porque de lo contrario una tumba de dos sería la de la caravana íntegra. «Los jinetes nos darán alcance», tranquilizó uno de los capataces mientras ordenaba a los peones que cosecharan hojas carnosas de un cactus. Las gordas y espinosas hojas regalaron un moderado fresco.

A las tres empezaron los preparativos para continuar la marcha. En el horizonte bailotearon unos puntos. Aldonza los señaló alborozada. No eran el espejismo que promete agua y vegetación. Eran los jinetes. Parecían volar a escasa distancia de la plancha salitrosa. Los cascos levantaban globos azulinos. ¿Dónde estaban los ladrones? ¿Los habrían matado y abandonado a los buitres? La improvisada horca esperaba. En pocos minutos se oyó el galope.

Ingresaron en el rodeo blancos de sal. Diego Núñez da Silva, ronco, apenas podía hablar. Le ofrecieron media jarra de agua a cada uno. Entrecortadamente deshilvanaron su informe. No dieron alcance a los asesinos. No. Les llevaban demasiada ventaja. Habían partido por lo menos una hora antes de que se descubriera su crimen. Las huellas que dejaron parecían confiables al principio, después no. Se separaron para despistar. Eran tres hombres por lo menos. Abandonaron el arcón en su huida: les decepcionó su contenido —sonrió don Diego—. «Nunca estas salinas leyeron tanto...» Fueron arrojando los libros al suelo a medida que hurgaban en su interior. Despreciaron la primera capa de volúmenes con la esperanza de encontrar abajo de ella los géneros valiosos o las joyas, luego se libraron de la segunda capa. Y así.

Fray Isidro hizo una mueca: pensaba en aquel impertinente con picazón en el

traste y la bragueta que esperó hacerse rico de un solo golpe. Ya estaría pergeñando otro asalto, no sólo con codicia, sino con rabia. El mulato desató la sogá y, encogiéndose de hombros, la devolvió al enojado comerciante.

Algunos libros se quebraron en la caída, otros perdieron hojas, contó Diego Núñez da Silva, quien los recogió con unción, como a niños heridos. Sus compañeros se impacientaban, querían alcanzar a los ladrones. Para el médico, en cambio, era más urgente recoger esa hilera de tomos desparramados como basura. Los levantaba, los cerraba, acariciaba y guardaba en la talega. Estaba reparando una profanación. Para los otros estaba perdiendo el tiempo. Discutieron y amenazaron con dejado solo, y la mayoría lo hizo, pero al rato volvieron sobre sus huellas: no era posible alcanzar a los delincuentes. Entonces lo ayudaron a completar la absurda recolección. Por lo menos no regresarían a la caravana con las manos vacías.

—¿Jura por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y por esta cruz, decir la verdad?
—repite el comisario Martín de Salvatierra.

Francisco lo mira a los ojos. Esta escena ya había abrasado sus pesadillas: los funcionarios del Santo Oficio ordenan y él contesta; ellos exigen y él concede. Aprieta los puños. Las muñecas se le han ulcerado bajo las argollas de hierro. Siente que lo observan desde las alturas.

—Perdón... —carraspea.

Los frailes parpadean.

—¿Qué ocurre?

—Juraré decir la verdad.

—Hágalo, pues.

Francisco les sigue sosteniendo la mirada.

—Pero no así.

Al notario se le vuelca el tintero. Uno de sus sirvientes se apresura en ayudarlo.

—¿Qué dice? —gruñe el comisario.

—Juraré sólo por Dios.

Un trueno se abre camino y hace trepidar la celda.

El lento crecimiento de la vegetación marcaba el fin del viaje. Pronto llegarían a Córdoba, donde les esperaba una nueva casa, nuevos amigos y —según pronosticaba don Diego— una vida más apacible. Espinillos de monte cubrían las ondulaciones del terreno. A lo lejos emergieron las serranías. Entre los arbustos se asomaba el piquillín con sus rubíes dulces y jugosos. Un conjunto de algarrobos ofrecía una posta natural: esos árboles extendían sus largas ramas como tirantería de iglesia. Después aparecieron aromas con su floración dorada. Las cuestas obligaron a uncir más bueyes adelante para subidas y luego instalados detrás para que la carreta no se acelerase demasiado. El aire se limpiaba de sal y de polvo. Entre murallones y collados reverdecían los valles.

Un rancho solitario invitó al recreo del mediodía. Prosperaba con la sed de las salinas. Los viajeros se abalanzaron sobre las tinajas y los corrales. Los habitantes del rancho ofrecieron corderos, pollos, huevos, calabazas. Del aljibe ascendía un balde tras otro para llenar botijas y cuernos. La ansiedad imponía beber del mismo balde esa agua fría, pura y de efectos milagrosos. Entre las pircas^[14] que limitaban el sembradío se asomaban tunas sabrosas.

Al día siguiente acamparon junto a un arroyo. Ya estaban el valle que desembocaba en la ciudad de Córdoba. Los cerros laterales se elevaban suavemente. Hilos plateados se deslizaban entre los arbustos. El angosto camino serpenteaba entre rocas coloradas, piedras de cuarzo y verdes arboledas. Dejaron atrás las postas de Quilino, Totoral y Colonia Caroya. Estaban a un paso de la meta.

—¿No es hermosa? —exclamó Diego Núñez da Silva—. Se parece a la ciudad de nuestros antepasados. Este río es idéntico al Guadalquivir. También en la Córdoba de España el terreno es llano y arenoso. Y cerca, luminosas, amigables, ondulan las serranías. ¡Fíjense qué azules y bellas son!

Córdoba —la americana, la del Tucumán— quedaba lejos de Lima. Por lo tanto, brindaba la ilusión de ser un buen refugio, suficientemente apartado de espías y denuncias. Pero sólo en la ilusión: el brazo inquisitorial no perdía fuerza por razones de distancia y podía alargarse como un elástico y perseguir al otro lado de montañas, cruzar desiertos y saltar abismos.

Núñez da Silva había hecho los arreglos para instalarse en la modesta vivienda de los Brizuela, aprovechando la circunstancia de que Juan José Brizuela, su mujer y tres hijos que habían decidido mudarse a Chile. Con el dinero que cobraría por su casa de Ibatín, iba a pagar el valor de la cordobesa. Brizuela y Núñez da Silva se conocían desde años atrás y estaban enterados de sus respectivos temores, de modo que resultó fácil acordar la operación por correspondencia. Fueron recibidos con calidez e invitados a descansar bajo la parra mientras la servidumbre se ocupaba de sus muebles, arcones, ollas, candelabros y tejidos. Ambas familias convivieron apenas unos diez intensos días.

La casa era más modesta que la dejada en Ibatín. En este sentido Francisco sufrió una decepción: aunque se parecían en el diseño y las habitaciones también rodeaban a un patio rectangular, aquí no había naranjos. En su lugar se extendía el toldo verde de una parra que soltaba grandes racimos. La puerta de entrada estaba compuesta por dos hojas sostenidas con fuertes goznes de hierro y una aldaba oxidada que alguien trajo de Toledo. Un zaguán de techo ovalado conducía al patio —que debería llamarse «de las uvas»— en cuyo centro se erigía un aljibe con brocal de azulejos. La sala de recepción que se abría en seguida a la derecha era oscura, pero su piso estaba cubierto con una alfombra festoneada. Contra sus paredes varios cofres y un armario. Cerca de la única ventana lucía un escritorio forrado de tela azul: era la nota de lujo. Sillas y cojines de colores invitaban a la distensión. El escaso mobiliario se completaba con una imagen religiosa en cada pared y un par de espejos. A la sala de recepción seguía el comedor con su larga mesa de nogal, dos bancos largos y cuatro sillas. Más allá, los dormitorios casi pelados. Tras el patio de las uvas funcionaba la cocina, las dependencias de la servidumbre, una pequeña huerta y el corral.

El hijo menor de los Brizuela se llamaba Marcos y era más alto y robusto que Francisco. En seguida trabaron amistad; Francisco le contó sobre Ibatín, su selva encantada, el río cargado de peces, la blanca ermita de los vicepatronos, la fábrica de carretas más grande del mundo, el combate del asno y el puma durante la travesía y la

original academia de los naranjos que había inventado su padre. Marcos le escuchó con indisimulado asombro y, como gesto de reciprocidad, se afanó en sorprenderlo: describió la mansedumbre de los indios cordobeses, la abundancia de esclavos y le narró el escándalo mayor que acababa de producir la hermosa mulata Elisa. Le advirtió que también había en Córdoba algo sin parangón en el mundo: la invernada de millares y millares de mulas que se traían de la pampa y luego se vendían en el Norte con extraordinaria ganancia. Francisco quiso ver esta maravilla, pero su amigo le ofreció otra más atractiva aún: el escondite perfecto. Había descubierto y luego mejorado una cueva tras el corral. Lo condujo a través de la cerca de troncos, apartó una zarza, movió una piedra triangular y, agachándose, lo invitó a serpentear unos metros bajo el trenzado de las raíces. Ingresaron en un aposento húmedo. El entramado vegetal detenía los sonidos. En ese escondite imperaba un silencio sagrado. Marcos le hizo jurar que no lo mostraría a nadie. Tampoco a Lorenzo, hijo del capitán de lanceros Toribio Valdés, que vivía a poca distancia.

Cuando partieron los Brizuela, Francisco incrementó su relación con los Valdés y Lorenzo se convertiría en su compañero de dramáticas aventuras.

El notario del Santo Oficio Marcos Antonio Aguilar raspa su pluma sobre las hojas de papel y verifica los bienes del reo. En esta primera etapa es obligatorio contrastar sus declaraciones con el inventario. El Santo Oficio es legalista. Nada se deja al capricho de los hombres porque está en juego la defensa de la fe.

Cuando fray Martín de Salvatierra da por concluida esta etapa, Francisco Maldonado da Silva pregunta:

—¿Puedo saber de qué se me está culpando?

El fraile apenas le roza la mirada, entre asombrado e irónico. El notario enrolla sus pliegos. Ambos salen sin contestar una palabra. El oficial controla a los negros que retiran la mesa y las sillas. Después cierra la puerta. Gira la llave. Baja la tranca exterior. Retorna la sobrecogedora oscuridad.

Lorenzo Valdés era el único hijo legítimo del capitán, pero tenía hermanos putativos y sospechaba que algunos mestizos y mulatos se le parecían. Una mancha roja vinosa le cubría la mitad izquierda de su nariz y se extendía hasta el párpado inferior. Los entendidos atribuían la marca a un antojo que persiguió a su madre cuando estuvo embarazada. Era ocurrente y agresivo. Saltaba la cuerda al derecho y al revés, de costado, con un pie, en cuclillas y caminando hacia atrás. Trepaba los árboles como un gato y llegaba de un envión a las ramas más finas. Cuando su crujido anunciaba que iban a quebrarse, daba una vuelta en el aire y terminaba colgado de la siguiente. Lorenzo le prestó su cuerda a Francisco para que ensayara los saltos difíciles. Juntos recorrieron las calles brincando el aro que formaban con la soga en movimiento. Le enseñó a subirse rápidamente al extendido algarrobo cercano a la plaza mayor. Sus piruetas aéreas asustaron a unos frailes que se persignaron y les ordenaron bajar. Primero hicieron bocina con la mano y después golpearon el tronco. Los muchachos huían por el tejido de ramas jugando a ser invisibles. Los frailes no toleraron tamaña insolencia y marcharon con el enojo concentrado hacia lo del capitán Valdés, quien prometió —para calmarlos— reprender a su hijo. Lorenzo escuchó la filípica pero contó después a Francisco que su padre le recomendó no volver a trepar ese algarrobo y, al mismo tiempo, se reía de la cara de los frailes.

El capitán de lanceros Toribio Valdés era un personaje admirado, odiado y temido. Para algunos, impredecible; para otros, de férrea coherencia. Francisco llegó a tener motivos para opinar de todas esas formas. Cuando joven, en su España natal, Toribio mató a cuchilladas al herrero de su aldea porque le había mancillado su honor. Contaba con orgullo cuán fornido era el herrero y con cuánta fuerza le hundió el puñal en el vientre y en el pecho hasta que su sangre formó una piscina espesa en la que se derrumbó mientras clamaba por un cura. Cuando llegó el cura, ya no podía hablar y se fue al otro mundo sin confesión. Así que ese hombre pasó del calor de su fragua al calor del infierno. Toribio Valdés tuvo ocasión de quedarse con la herrería, pero jamás iba a cometer el desatino de ponerse a trabajar. Ésa era una degradación de quienes no tenían sangre de hidalgo. De modo que abandonó su aldea cuando se enteró de que la columna que transitaba por el camino iba a unirse con regimientos militares. Estaba formada por vagabundos, putas y bufones que deseaban mejorar su suerte en la guerra de Flandes. Se mezcló con la soldadesca, repartió heridas, penetró en el campo enemigo y descubrió su vocación militar. Pronto vistió uniforme y cargó armas rotundas. Después se embarcó para luchar contra los sarracenos. Aprendió a manejar velas, cargar cañones y efectuar abordajes en alta mar. Conoció Venecia y casi llegó a Estambul. Perdió tres dedos de la mano izquierda y uno de la derecha en una prisión de África. Consiguió huir, primero por tierra y luego por mar. Comió

carne de víbora y bebió en charcos infectas. Regresó a España condecorado de cicatrices y con las faltriqueras llenas de odio. Se ofreció para viajar al Perú: quería la riqueza que le negó el oriente. Pero Valdés tuvo que esperar un año. Mientras, mató a dos hombres por nuevas ofensas a su honor (tampoco recordaba estas ofensas, pero no le importaba porque, de todas formas, ya las había limpiado) hasta que un día le llegó la orden y corrió a embarcarse. La nave se balanceó locamente en las tempestades del Atlántico. Cerca de Portobello se produjo el temido naufragio en el que murió la mitad de la sufrida tripulación. Toribio Valdés pudo finalmente llegar a Lima. Buscó el oro que reclamaban sus talegas vacías pero descubrió, asombrado, que no se lo recogía en las calles. Así que pidió ser enviado a expediciones fundacionales o punitivas o lo que sea. Lo anotaron en la lista de voluntarios y tuvo la ocasión de dirigir acciones contra los pechos calchaquíes y las traicioneras flechas chaqueñas, por lo que el gobernador decidió premiarlo y nombrado capitán de lanceros de Córdoba, con casa, lugartenientes, servidumbres, sueldo y privilegios adicionales explícitos y tácitos.

El médico Diego Núñez da Silva lo saludó con una reverencia y le ofreció sus servicios profesionales a él, su familia, sus ayudantes militares, los indios y los negros de su propiedad. El capitán de lanceros, que se había puesto botas, calzones de seda, chaleco brillante y espalda al cinto para la ocasión, le agradeció la deferencia. Francisco y Lorenzo, que espiaban tras la puerta, sonrieron complacidos.

Córdoba tenía siete iglesias. En la plaza mayor se erigía la Catedral y a un costado —como si los poderes no se enfrentasen— el Cabildo. Las numerosas manzanas edificadas en derredor incluían viviendas buenas y fuertes, algunas con pisos altos.

Los cordobeses compensaban su aislamiento con la vanagloria. Se jactaban de su linaje. Era divertido: damas y caballeros competían en la descripción de sus árboles genealógicos. Pretendían ser joyas humanas en medio de este país salpicado de indígenas brutos. Las referencias parecían firmes porque nadie cometía la imprudencia de impugnar al vecino. Reinaba un acuerdo de no reclamar pruebas y los padrones que dieran fe no existían. Tampoco era difícil fraguar un documento apócrifo. La calenturienta ambición aspiraba a formar una corte nobiliaria más resplandeciente que la de Madrid.

Mientras los seglares se llenaban de títulos, los frailes vigorizaban el prestigio de sus órdenes. Tampoco iban a quedar rezagados. Los tres conventos establecidos — con ambientes para la meditación y extensos campos para la explotación— eran los de Santo Domingo, San Francisco y La Merced. En el convento de La Merced se encerró Isidro Miranda. Exhibió su larga acción pastoral y fue aceptado. Era bueno que un hombre anciano que predicó, convirtió y enseñó junto al primer obispo de estas tierras brindase su sabiduría a la orden que tanto hizo por rescatar fieles de los sanguinarios moros y que ahora, en América, sufría alguna desorientación porque no había moros, sino indios.

El convento franciscano, que era el más grande, se estaba preparando para recibir la visita de un exigente supervisor cuya fama de santidad se había extendido hasta los confines del Virreinato. Ese hombre justo solía recorrer las tribus de indios con un crucifijo en una mano y un desafinado rabel en la otra. Se le atribuían milagros. Era tan carniseco que se borraba de la vista. Pero tenía una voz poderosa. Se llamaba Francisco Solano. Diego Núñez da Silva lo había visto en la ciudad de La Rioja.

Finalmente se destacaba el convento de Santo Domingo en el cual vivía el fraile Bartolomé Delgado, quien ejercía el cargo de *comisario*[\[15\]](#) de la Inquisición. Fray Bartolomé fue siempre obeso, calvo y de una edad imprecisa. Su hábito dominico, de color blanco y negro, flotaba en torno a su cuerpo globuloso; para confeccionado se usó más tela que la requerida por media docena de hermanos. Trataba con dulzura a los vecinos y aparecía en sus casas sin aviso previo. En ocasiones llegaba para el almuerzo y en otras para la cena; también decía los buenos días en la temprana hora del desayuno o las buenas noches cuando ya se iban a acostar. Saludaba con una sonrisa e iba derecho a ubicarse junto a la mesa donde se servía algún plato, postre o simple fruta. Pero su objetivo no se limitaba a calmar la voracidad permanente, sino a

generar una amable conversación. Era un artista de las charlas morosas y ocurrentes. Fray Bartolomé tenía conciencia de su habilidad y no sentía deuda por el vino y los platos que le servían. Además, él no hacía esas incansables visitas por ocio o gula, sino para cumplir una misión escabrosa: integraba la aguerrida orden dominicana que desde los comienzos funcionaba como privilegiado instrumento de la Inquisición y ésta, reconociendo la energía de su fe, lo había designado comisario en Córdoba. Tenía, pues, que aguzar sus sentidos para detectar las herejías que se filtraban insidiosamente en la vida pública y privada. Nada más correcto que introducirse entonces en la privacidad de las gentes, en sus patios, comedores, haciendas y hasta en sus dormitorios para captar un indicio sutil del demonio. Las pláticas sobre aventuras, chismes, negocios e historias fantásticas permitían descubrir gustos, inclinaciones y hasta un secreto ritual que su memoria registraba implacablemente.

Francisco lo conoció de súbito. Ahogó un grito de asombro al enfrentar esa mole de carne. Estaba jugando a las escondidas con Lorenzo y, mientras su amigo contaba hasta diez apoyando la cara en la pared del zaguán, fue a desaparecer en la sala de recepción, Entró a la carrera, agitado, y se detuvo en seco cuando advirtió gente. En una silla estaba su padre y en la otra una montaña albinegra. Ambos giraron hacia su ruidosa intrusión. Francisco levantó las manos para defenderse del gato que se erizaba sobre las rodillas del clérigo. Era un animal grande y nevado. Su padre lo llamó, lo presentó a fray Bartolomé y le preguntó: «¿Qué debes hacer ante un dignatario de la Iglesia?» El muchacho dobló una rodilla, tomó la fofa mano que se extendía amistosamente y la besó, espionando con un ojo las fauces rojas y amenazantes del felino.

—Puedes volver a jugar —autorizó el comisario.

Siguió charlando sobre comida. Le interesaba enterarse de ciertos ingredientes que se usaban en Lisboa y las especies que se consumían en Potosí. Retribuyó a Diego Núñez da Silva con las recetas que aprendió en Córdoba —de vecinos y viajeros— sobre codornices asadas y patos a la marinera sazonados con pimienta, ajo y azafrán. Después ambos trataron de reconstruir la fórmula de la «comida blanca» que inventó un cocinero de Felipe n. Sabían que era un picadillo de aves cocidas a fuego lento. Especularon varios minutos hasta que llegaron a coincidir, risueñamente, que su salsa especial no tenía una composición exótica, sino leche, azúcar y harina de arroz. Fray Bartolomé elogió la cultura de don Diego y don Diego perdió algo del temor que se debía sentir ante un comisario del Santo Oficio. Creyó conveniente seguir cultivando su amistad y lo invitó a comer, junto con su vecino, el capitán de lanceros. «La medicina necesita el apoyo de la religión y de las armas», rió al despedirlo en la puerta de la calle.

Fray Bartolomé caminó mirando el suelo mientras, pegado a su sotana, se deslizaba el gato blanco. Reconstruía el encuentro con este médico portugués desde

las modalidades del saludo inicial. En la larga plática sobre manjares fray Bartolomé deslizó hábilmente algunas incompatibilidades y desagradados para hacerla pisar la trampa: pero no apareció indicio alguno de rechazo al cerdo y los peces sin escamas; tampoco mostró repugnancia por la mezcla de leche con carne. Evaluó la cortesía con que fue recibido y el manejo fluido que tenía de la doctrina católica. Le impresionó bien su mujer, cristiana vieja y claramente devota. Diego Núñez da Silva, desde su llegada a Córdoba, se presentaba en los oficios religiosos y participaba de las procesiones con su familia íntegra, incluso la pareja de esclavos. Se confesaba, escuchaba misa y comulgaba. El comisario también echó una mirada a los libros que se alineaban cerca del escritorio.

Llegó al convento de los dominicos, atravesó el claustro y se encerró en su celda. Mojó la pluma y redactó sus impresiones. De vez en cuando, al revisarlas, descubría pistas que él mismo había anotado sin reparar en su significación.

En la celda del convento dominicano Francisco aguarda la etapa siguiente. Se sopla la carne viva que le han abierto los grillos. Oye pasos. Ruido de hierros, la llave, la tranca exterior, la puerta que cruje y se abre, la franja de luz. Soldados que invaden. Se adelanta un negro que le tiende un cazo de leche tibia, A Francisco le cuesta mover los brazos agarrotados de frío húmedo. Trata de recibir el cazo sin temblar. Sus cadenas hacen ruido. Bebe; se reconforta y otra vez lo dejan solo, a oscuras.

Don Diego se felicitaba por haber ganado cierta simpatía del comisario. No sería tan ingenuo para considerarse seguro, sí más tranquilo.

Indicó a su mujer que hiciera preparar los mejores platos y ofreciera un esmerado servicio. La comida con fray Bartolomé y el capitán de lanceros Toribio Valdés podía significar el comienzo de un vínculo confiable. De esta relación dependía su prestigio en Córdoba, su éxito y su dignidad.

Aldonza se afanó por confeccionar un atractivo menú. Don Diego sugirió que preparase ricas chuletas de cerdo, variedad de hortalizas, budines con leche y comprase vino. Para la ocasión valía la pena empeñar los ahorros.

La mesa de nogal fue cubierta por un mantel que Aldonza bordó cuando era soltera. Catalina limpió la vajilla de cerámica y sacó estrellas a las pocas piezas de plata. Distribuyó las fuentes, los saleros y las jarras, las cucharas y los cuchillos. Cada comensal tendría una servilleta de lienzo con labores de punto cruz. Arregló las frutas en un cesto de mimbre y llenó una botija con agua de zarza. El modesto comedor lucía palaciegamente.

El capitán de lanceros apareció con su traje para ocasiones solemnes. ¿Honraba a su flamante vecino médico? ¿Honraba al comisario? No perdía oportunidad para lucir su pompa. Se quitó el empinado sombrero y dibujó un saludo de corte real. Mientras aguardaban al fraile, relató a Diego Núñez otros pormenores de sus luchas en alta mar contra el turco.

Fray Bartolomé ingresó en el patio sin tocar la aldaba, como de costumbre. Era un hombre de la Iglesia que sólo podía traer bendición; no necesitaba pedir permiso. Enredándose en los pliegues de su sotana, venía el colosal gato. La gordura del felino hacía juego con la del sacerdote. Alguno podría confundirlo con una oveja.

Diego Núñez da Silva fue a su encuentro. El religioso se detuvo para contemplar la parra, cuyos racimos ya estaban agotándose.

—Le he separado los mejores —sonrió don Diego.

Los tres hombres se sentaron a la mesa. El capitán se dispuso a saborear los manjares mientras el fraile observaba con minuciosidad. El dueño de casa se sentía contento: había reunido en su hogar a dos hombres de poder. En Ibatín había sido más cauteloso, ahora se suponía más hábil. Sin embargo, de la opulenta comida no le quedaría en el recuerdo sino un fragmento breve y doloroso.

—¿Compró esta vajilla a la esposa de Antonio Trelles? —preguntó fray Bartolomé mientras examinaba un cuchillo de plata labrada.

—Parte de la vajilla —contestó sorprendido—. Sólo una pequeña parte.

—¡Ahá! —el fraile escudriñó la pieza por la hoja y por el mango.

A don Diego le empezó a brillar la frente.

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó con una sonrisa que pretendía ser inocente.

—No lo adiviné —respondió—. Lo sabía.

—¿Lo sabía?

—Claro. ¿No recuerda que soy comisario del Santo Oficio?

—¡Pero por supuesto! —carcajeó.

Antonio Trelles, unos años atrás, había sido detenido en La Rioja por judaizante. Se le efectuó un sonado juicio. Diego Núñez da Silva lo había conocido en Potosí y cuando visitó La Rioja como médico intentó brindarle ayuda. Grave error: judaizar no merecía clemencia, sino arrepentimiento y condenas ejemplares. Ayudar a un judaizante también era delito. Como lo era condolerse mientras no reconociera su pecado atroz. Un franciscano alto, muy delgado y de mirada desvaída aferró al médico portugués, lo llevó a un aparte y le aconsejó que si no deseaba: correr la misma suerte, no dijese una sola palabra más y marchase en seguida. El Santo Oficio procedía a confiscar todos los bienes del reo y la familia Trelles se hundía en la indigencia. Diego Núñez da Silva había tenido la temeridad de acercarse a su esposa y comprarle parte de la vajilla por casi todo el dinero que llevaba encima. Era único que podía hacer para aliviar su desamparo. El noble religioso que le facilitó la partida y procuró disimular su gesto se llamaba Francisco Solano. Fray Bartolomé cambió de tema y se dispuso a gozar del almuerzo. El anfitrión, en cambio, tragó piedras.

¿Es día o noche? Nuevamente los pasos en el corredor, hierros, llave, tranca, puerta crujiente, franja de luz, soldados que irrumpen.

Por entre los soldados crece la figura albinegra de un fraile.

Francisco despega sus párpados legañosos. Reconoce a fray Urueña, el bondadoso clérigo que lo había recibido cálidamente en esta ciudad chilena de Concepción.

Trata de incorporarse. Su cuerpo es un fardo de dolores.

Los soldados se apartan. Un sirviente instala dos sillas y sale. Tras él se retiran los soldados. Dejan una lámpara en el suelo y cierran la puerta. Sólo permanece el fraile.

—Buenos días.

¿El dominico le sonrío?

La negra Catalina corrió por las calles. Alzaba su falda con ambas manos. Francisco la reconoció desde lo alto del algarrobo y le transmitió su sorpresa a Lorenzo. ¿Qué pasaba, Catalina? Venía a buscarlo por orden de la señora Aldonza; no sabía para qué. Su rostro traducía miedo.

—¿Qué pasa? —insistió Francisco.

Ella no lo podía entender: había gente.

—¿Gente? ¿Qué gente?

Regresaron corriendo.

En la entrada de su casa se había apostado un soldado con lanza de acero y adarga en forma de corazón. Intentó cerrarles el paso, pero evaluó su insignificancia y miró hacia atrás. En el patio había unas diez personas, de las cuales tres o cuatro eran clérigos. Ante la puerta de la sala de recepción estaba parado otro soldado armado. Aldonza, flanqueada por Isabel y Felipa, deambulaba con el mentón hundido en el pecho, retorció un pañuelo blanco. Francisco recibió el largo abrazo de su madre. Pudo entonces enterarse de que fray Bartolomé Delgado y el capitán Toribio Valdés habían ingresado solemnemente «para arrestar al licenciado Diego Núñez da Silva en nombre de la Inquisición». Los acompañaba un séquito de soldados del Rey y familiares del Santo Oficio. Como se acostumbraba, debían efectuar el trámite en presencia del notario. Se encerraron en el salón de recibo.

—Lo van a llevar —sollozaba Aldonza—; lo van a llevar.

Francisco pretendió acercarse a su padre, acompañarlo, escuchar qué le preguntaban. El soldado que bloqueaba la puerta no accedió. Nadie, ni siquiera los integrantes del cortejo, podía entrar. El Santo Oficio prefería el secreto. Volvió junto al trío de mujeres que rondaban decaídamente el aljibe desgranando las cuentas del rosario. Lorenzo sacudía nerviosamente el pelo de la cara y trataba de obtener una explicación. Francisco encogía los hombros y miraba a los oscuros familiares que hablaban en tono adusto, tal como se supone que deben hacerla personas de alta misión y comprobada pureza de sangre. En su conversación resonaban algunas palabras fuertes: *marranos, ley caduca de Moisés, epidemia, brujería, judiada, asesinos de Cristo, sabat, raza maldita, purificación por el fuego, embaucadores, cristianos nuevos*.

Marchó al segundo patio donde vio a Catalina sentada sobre un fardo de ropa sucia. Lloraba. Su llanto lo estremeció. Fue hacia el fondo y se introdujo en el escondite que le había confiado Marcos Brizuela. Era una gruta perfecta, allí podía yacer tendido y pensar. Quizá tras unos días cambiara de opinión fray Bartolomé y entonces su padre podría salir sin amenazas. O quizá debía escapar a caballo durante la noche. El capitán Valdés tiene el más veloz de la ciudad; Lorenzo lo ayudaría a

conseguirlo.

Regresó donde Catalina. Le envolvió la cara regordeta con sus manos y la obligó a mirarlo. Ella tenía los ojos enrojecidos.

—Vamos a salvarlo —dijo Francisco.

Le susurró que preparara ropa y juntara comida para un viaje. Volvió al escondite y lo limpió. Cuando fue a reunirse con su madre, el interrogatorio continuaba.

—¿Dónde está Diego?

—Fue a buscar a fray Isidro —contestó Felipa.

—¿De qué acusan a papá? —volvió a preguntar Isabel.

Aldonza se quebró de nuevo en llanto. Comprimía el pañuelo contra sus órbitas.

—¿Cuántas veces preguntarás lo mismo? —reprochó Felipa.

Se movió el soldado que protegía el acceso al salón. Los familiares se aproximaron, estaban ansiosos por enterarse: tendrían el privilegio de ser los primeros y harían correr la noticia por la ciudad. Pero aún faltaba: el soldado cruzó la lanza y retornaron al corrillo. Diego llegó tensado. Su ojos llameaban.

—No quiere venir.

—¿No quiere venir?...

—Insiste en que es inútil. Que sería peor.

—¿Fray Isidro no quiere venir? —repitió Isabel, tan incrédula como el resto.

—Dice que no es familiar, ni siquiera dominico. Su intervención complicaría las cosas.

—Nos abandona... —tembló Isabel.

—Es prudente —justificó la madre—. Ve mejor que nosotros.

—¿Sí!, con esos ojos de diablo! —exclamó Diego.

—¿Hijo!

—¿Es un cobarde! ¡Un traidor!

El soldado cambió de posición. Los familiares se desplazaron nuevamente hacia él. También Francisco. Apareció el conocido gato blanco y, pegado a su lomo, la ancha figura de fray Bartolomé. Su rostro se había puesto severo. Después emergió Núñez da Silva con signos de cansancio, finalmente el capitán de lanceros y el familiar que cumplía las funciones de notario.

Francisco corrió hacia su padre. La lanza lo detuvo en seco. Se levantó un murmullo. Fray Bartolomé pidió al soldado que retirase la lanza y permitiera al muchacho abrazar la cintura de su padre. A continuación, con exagerada lentitud, informó que el licenciado Diego Núñez da Silva había sido acusado de judaísmo y que el Santo Oficio le ordenó a él (fray Bartolomé) efectuar la investigación sobre sus bienes (el interrogatorio) en presencia del señor notario, quien labró el acta legal. Su resultado facultaba ahora a él (fray Bartolomé Delgado, comisario de la Inquisición) a entregar el reo (Núñez da Silva) al brazo seglar (capitán de lanceros Toribio Valdés)

para que disponga su inmediato traslado a Lima donde será juzgado por el alto Tribunal del Santo Oficio.

Estalló Aldonza. Sus hijos pretendieron consolarla, pero lloraban también. Los familiares balbucearon una oración. Diego, empero, permanecía tieso, con los puños crispados. El médico portugués acariciaba la cabeza de su hijo menor y parecía calmo aunque respiraba con apuro.

Aldonza se acercó al grupo arrastrando los pies. Creyeron que iba hacia su esposo. Pero se desplomó de rodillas ante fray Bartolomé. El comisario apoyó su ancha mano sobre la cabeza como si estuviese impartiendo una bendición, balbuceó unas palabras en latín y dijo en voz baja que era la voluntad del Señor, que el licenciado iría a Lima por unos meses, que debía aceptar la justicia divina, que si expresaba un sincero arrepentimiento y los jueces advertían que era real y profundo, sería reconciliado y volvería pronto. De lo contrario permanecería allí hasta lograr la purificación. Esto era definitivo. Era la voluntad de Dios. El capitán Valdés ordenó al soldado que no se apartase del reo por ninguna causa. Francisco ardía por avisarle que lo esperaba un seguro escondite y que, con ayuda de Catalina, le había provisto vituallas. Podía descansar unas horas, comer y, durante la noche, fugarse en el mejor caballo de la ciudad. No era una fantasía, ya estaba casi todo listo. Pero no se le despegababa el soldado. Tampoco se marchaban los huraños familiares.

A fray Bartolomé le trajeron papel y pluma. Un ayudante le sostenía el tintero mientras se desplazaba por la casa seguido por el reo. Sus obligaciones incluían el prolijo inventario. Exigió a don Diego que le entregase todo el dinero en efectivo. También exigió que le entregase las joyas. El comisario exploró el comedor y entró en los dormitorios. Diego Núñez da Silva no pronunciaba un vocablo y Aldonza no cesaba de llorar. Francisco no se despegababa de su padre: tenía que explicarle el plan de fuga, era decisivo.

En el dormitorio fray Bartolomé ordenó abrir los cofres y exponer su contenido sobre la alfombra. Salieron frazadas, cubrecamas, fundas. Y un estuche de brocato.

—¿Qué es eso?

—Un recuerdo de mi familia.

—A ver.

El médico deshizo el nudo, abrió el estuche y sacó la llave de hierro. Fray Bartolomé la sopesó en su mano, la miró a la luz y la devolvió.

—Está bien.

Francisco adelantó su mano y recibió la despreciada reliquia. Se encargó de guardada en el estuche y dar vueltas al hilo de cáñamo. Hizo un buen nudo. Su padre lo contempló con infinita gratitud. Aprovechó entonces para susurrarle su proyecto. Fray Bartolomé pidió que viniera el capitán Valdés. Francisco temió que lo hubiera escuchado.

Llegó el capitán haciendo ruido de tacos.

—Está concluida la primera parte del inventario patrimonial —dijo—. Puede llevarse al reo.

—Papá —susurró Francisco—. ¡Escapemos ahora!

—No hay escapatoria —le susurró al oído, apretándole cariñosamente los hombros.

—Sí.

—Sería peor.

Le dolió su resignación inamovible.

Salieron al patio. Llegaron otros soldados y lo empujaron hacia la calle, donde la falta de respeto fue una cuchillada. Francisco intentó protegerlo, pero un oficial lo apartó con rudeza. Acudían los curiosos: era el espectáculo del barrio, así como los condenados a la picota son el espectáculo de la plaza mayor. Afuera se habían apostado caballos y mulas. El operativo había sido preparado con antelación; no esperaba el resultado del interrogatorio. El arresto y la deportación de Núñez da Silva habían sido ordenados meses antes, cuando aún vivía en Ibatín.

Le ordenaron montar. Don Diego miró el interior de la casa a través de la puerta abierta: Aldonza y sus hijas permanecían inmóviles junto al aljibe. Dijo que quería despedirse de ellas. Los soldados no lo escuchaban, no querían escucharlo. La rabia subió a la cabeza de Francisco. Bartolomé reclamó serenidad:

—Aguarden.

Caminó hacia el interior y habló con las mujeres. Seguramente les explicó que podían despedirse de un hereje porque los unía el lazo de sangre. Lo escucharon con asombro, bajaron la cabeza y caminaron avergonzadamente tras de él. A Francisco se le presentó entonces una imagen absurda: ese doloroso trío de mujeres vestidas de negro, pálidas, impotentes, eran las tres Marías de In Pasión. Se desplazaban con intenso sufrimiento hacia Cristo detenido, escarnecido y rodeado de soldados. Cristo era su padre a quien estas mujeres amaban y, sin embargo, no podían ayudar. Los soldados no entendían y permitieron con burlas que el reo las abrazara. Después se estrechó con Diego, su maduro hijo mayor. Miró a Francisquito, lo alzó y apretó muy fuerte. Partieron. Núñez da Silva al centro y un oficial de cada lado. Esta marcha al paso tenía mucho de exhibición. Recorrerían las principales calles. La noticia ya había agitado cada recoveco. Córdoba entera salió a los zaguanes, las puertas, la calzada. Era importante que se verificase la dureza del Santo Oficio. Su largo brazo también llegaba a Córdoba. Las figuras se empequeñecieron en la distancia. Doblaron una esquina. Su desaparición trastornó a Francisco, que saltó a uno de los caballos sujetos al palenque de su casa y lo hizo disparar. Fue tan raudo que no alcanzaron a detenerlo. Recorrió al galope las calles, la gente se apartó despavorida y los alcanzó en pocos minutos. Su padre, atónito, detuvo la cabalgadura. Los oficiales empuñaron

sus armas.

—¡Papá, papá!

El caballo deshizo la ordenada formación.

—¡Fuera! —le gritaron.

Con los brazos extendidos pretendió alcanzar a su padre, pero le golpearon las piernas, manotearon una rienda, un estribo, y casi lo consiguieron derribar. Finalmente logró ponerse a su lado. Se apretaron las muñecas, se miraron con desesperada intensidad.

Con un golpe de adarga los dividieron.

—¡Fuera de aquí!

Rodearon al médico como antes.

—Voy contigo. Voy contigo —imploraba el muchacho. Se re ordenó la formación. Su padre giraba para mirarlo mientras continuaban avanzando. Francisco los seguía a poca distancia.

Llegaron al límite de la ciudad. El jefe del grupo dio una vuelta y enfrentó al muchacho con el ceño contraído. Le habló en cortante.

—Se acabó. Ahora regresas a tu casa.

Bajó los ojos. Permaneció callado. Pero no dio señales de obediencia. Su padre intervino:

—Vuelve, Francisquito. Vuelve... Cuida a tu madre y a tus hermanos.

Le recorrió un estremecimiento. Su padre hablaba en serio. Era voz irrefutable. Había dejado de llorar. Estaba entero, como siempre. Francisco alzó la mirada y lo vio levantando la mano derecha, suavemente, en señal de saludo. Después espoleó su mula y se alejó al trote. Los soldados apuraron sus cabalgaduras tras de él. Parecía el jefe que conducía; no un prisionero.

Francisco regresó al paso. ¿Qué le harían? ¿Qué le harían en Lima? ¿Qué le harían antes de llegar a Lima? Se decía que los prisioneros eran maltratados en el viaje para que allí no ofrecieran resistencia.

Desmontó en medio del gentío que bloqueaba la puerta de su casa. Le regañaron por haber salido al galope. El dueño del caballo le quiso arrancar una oreja, pero se liberó a puntapiés. Lo insultaron. Entonces torció hacia lo de Lorenzo. Su amigo parecía lejano. ¿Qué le pasaba? Se acercó y él empezó a apartarse.

—¡Lorenzo!

No le contestó. ¿Por qué lo esquivaba? ¿Tenía vergüenza de su propio padre, el capitán? ¿Se sentía culpable por el penoso destino de don Diego?

—¡Lorenzo!

Se detuvo.

—Tu padre... —empezó Francisco.

Lorenzo le echó una mirada desconocida hasta entonces. Contenía desdén. Era

horrible. Su mancha facial brillaba como un carbón encendido. Se acercó y lo escupió:

—¡Judío!

Francisco quedó paralizado. No podía ordenar esa realidad fragmentada y monstruosa: el padre de Lorenzo arrestaba al suyo y ahora Lorenzo, encima, lo insultaba. Las lenguas fuego que le subían y bajaban desde hacía horas le envolvieron por completo. Sintió un furor de tigre hambriento y se arrojó sobre su desconcertante amigo. Lo derribó y empezó a darle puñetazos y codazos a ciegas. Lorenzo devolvió cabezazos y mordiscos. Rodaron, se apretaron y empujaron. Entre los jadeos se insultaban. Ambos percibieron la sangre en sus labios y empezaron a desprenderse. Se miraron con asombro. Estaban maltrechos. Se incorporaron lentamente, sin bajar la guardia. Era posible otro ataque, pero no se produjo. Se alejaron de a poco, en silencio, cansados, abrumados.

Cubriéndose la cara lastimada con el brazo, Francisco hizo un rodeo y penetró en su casa por los fondos. Separó los arbustos y se introdujo en el escondite. «Aquí debería haberse refugiado papá.» Se tendió en su fresca penumbra. El olor a tierra era comfortable. Pero se seguía sintiendo oprimido. Dio vueltas como en la cama cuando no podía conciliar el sueño. Se sentó. Al rato decidió salir. Desde el corral lo observaron dos mulas. Recién tomó conciencia de que no podía caminar por el intenso dolor de una rodilla.

Diego lo miró de arriba abajo.

—¡Francisquito!

Su ropa desgarrada, los moretones de la frente y la sangre en su mejilla impresionaban. Su hermano se acercó protectoramente. Volvió a lagrimear. Tenía vergüenza y desconsuelo. No podía explicarle. Una garra de cuervo le rompía la garganta. Diego le pasó las manos debajo de sus axilas y lo levantó. Lo apoyó sobre su pecho.

Fray Urueña se sienta e invita a Francisco a que lo imite.

Francisco no puede creer en sus ojos. Es una aparición angelical.

El fraile evita mirarlo. Acaricia la cruz que le cuelga al pecho. Le duele ver el estropicio en que se ha transformado el amable y culto doctor.

—He venido a consolarlo —murmura con dulzura, con vergüenza. Fray Urueña solía visitarlo en su casa. A veces quedaba a comer. Contaba anécdotas sobre médicos, cirujanos y (en voz baja) sobre ciertos curas. Francisco le corregía el latín y el fraile simulaba enojarse, después prometía mejorarlo y a la vez siguiente repetía el error. Juntos recorrieron los bellos alrededores del grandioso río Bío—Eío.

—¿Cómo está mi mujer? ¿Y mi hija?

El clérigo no levanta los ojos. Dice simplemente:

—Están bien.

—¿Las han... las han asustado? ¿Las han...?

—No. Están bien.

—¿Qué harán conmigo?

Por primera vez se tocan sus pupilas. Fray Uruña parece sincero:

—No me está permitido suministrar información.

Permanecen en silencio. En el corredor se oyen los ruidos apagados de los oficiales que hacen guardia: están atentos a la probable (¿probable?) agresión del prisionero engrillado.

En la casa se expandió el clima de duelo. Por más que Aldonza era *cristiana vieja* y lo podía atestiguar con holgura, se había unido en matrimonio a un *cristiano nuevo* que ahora iba a ser juzgado por el Santo Oficio. Sus cuatro hijos portaban sangre abyecta.

La vivienda fue rápidamente desmantelada. Fray Bartolomé dirigió con minuciosidad el despojo. Todo reo de la Inquisición insumía gastos —explicó—: viaje, alimentación, vestimenta, y en Lima debía pagarse el mantenimiento de la cárcel, la fabricación y reparación de los instrumentos de tortura, el salario de los verdugos y el costo de los cirios. ¿De dónde saldrían los recursos? De los mismos reos, lógicamente. Eran los generadores del Mal y quienes obligaban a que el Santo Oficio trabajase sin descanso. Por eso se les confiscaban los bienes. El dinero sobrante sería restituido al final del juicio. «El Santo Oficio de la Inquisición no se estableció para acumular riquezas, sino para cuidar la pureza de la fe.»

En el primer día el comisario se hizo de los restos de dinero. En el segundo día escogió las piezas de plata y cerámica de la vajilla (inclusive las que pertenecieron al malhadado Trelles) y sólo perdonó jarras, fuentes y platos de barro y latón. En el tercer día seleccionó las imágenes religiosas, varias fundas, cojines y las sillas con apoyabrazos. Después dejó tranquila a la familia durante una semana porque no conseguía compradores de lo ya confiscado. Reapareció para ver los libros pero, curiosamente, no vino a llevárselos, sino a ordenarle a Aldonza que los ocultara en un arcón y lo cerrase con candado.

—Ah —recomendó—, previamente envuélvelos con una frazada para que no se filtre su pestilencia.

Asociaba los libros con el destino del licenciado Núñez da Silva: «introdujeron las ideas perversas en su espíritu. Le trastornaron la lógica. Sus páginas no transmiten la palabra del Señor, sino las trampas del demonio».

Aldonza lo escuchaba con atención. Era la autoridad que le había arrancado el marido y tal vez se lo podía restituir; era quien determinaría el destino de sus hijos. La magnitud del daño infligido expresaba la magnitud de su poder. Aldonza había sido enseñada a inclinarse ante el poder. Se inclinaba, pues, ante las palabras del fraile comisario que, los últimos días, empezó a reiterar su propósito de brindar ayuda. Extendía los índices y pontificaba:

—Así, derecho, es el camino de la fe.

Revolvía los gordos dedos en el aire:

—Así, retorcidas e inestables, las divagaciones de la herejía.

Aldonza creía que su buena conducta sería apreciada por el comisario y que éste informaría al Tribunal de Lima para que el juicio fuera misericordioso con su marido.

Por eso, en vez de una, usó dos frazadas para envolver los libros. Les tenía odio y, sin embargo, los tocaba con amor. Cada uno de ellos había acompañado durante muchas horas a su marido. «No destilarán más pestilencia», murmuraba. Cerró el cofre con un golpe rudo.

—Nadie los leerá. Nunca me gustaron.

Fray Isidro propuso reanudar las lecciones. Diego se resistió. Los demás dudaron.

—Hablé sobre esto con fray Bartolomé —explicó—. Está de acuerdo.

Diego se levantó intempestivamente. No disimuló una mueca de repugnancia.

—Dice —continuó el fraile como si no lo hubiera advertido— que ayudarán a mantener el camino de la fe. Él supervisará las lecciones. Diariamente repasaremos el catecismo.

—El camino derecho —se burló Francisco extendiendo los índices.

—Si fray Bartolomé pide, entonces continuaremos —decidió Aldonza.

A la tarde siguiente se sentaron en torno a la mesa. Traslucían decaimiento. Era difícil interesarse. Fray Isidro pasaba de un tema a otro con la esperanza de mejorar el ánimo de sus alumnos, pero no lo consiguió. Entonces propuso leer una historia edificante de *El conde Lucanor*.

—Tráenos ese libro —pidió a Felipa.

—No hay más libros en esta casa —dijo Aldonza.

—Cómo...

—No existen ya para nosotros.

El fraile se rascó las muñecas bajo las mangas.

—¿No lo sabía? —se extrañó Felipa—. ¿No se lo dijo fray Bartolomé?

—¿No se lo dijo el «santo comisario»? —ironizó Diego.

—Si alguien me da algo por ellos —dijo Aldonza con rabia—, los vendo. Los vendo toditos. Al instante.

Pero, ¿quién iba a gastar dinero en esos inservibles y peligrosos volúmenes? Estaban encerrados con candado y destinados a pudrirse por haber traído la desgracia a esta familia.

Francisco opinaba diferente. Su tristeza lo empujaba a visitar el arcón. Era un reencuentro con su padre. Se sentaba en el piso a contemplado. Adentro latía la vida. Lo expresaba el tenue resplandor que emitía la madera pintada. Seres mitológicos formados por letras se comunicaban entre sí en el interior como las articulaciones y los músculos de un cuerpo. Seguramente que el gordo Plinio —conjeturaba— relataba parte de su *Historia naturales* al sensible Horacio y el inspirado rey David cantaba sus salmos al arcipreste de Hita. Su madre no podía entender eso, a fray Isidro lo hubiera escandalizado y Diego se habría reído.

Fray Urueña desgrana una oración. Francisco lo mira ternura: lástima que pronto

deberá partir y él quedará nuevamente solo en la oprimente celda, mordido por los grillos de acero. Acaban de evocar los pocos meses que lleva de residencia en la ciudad. Había viajado hacia el Sur desde Santiago de Chile con su esposa Isabel Otañez y su hijita Alba Elena. Fue un trayecto parecido al que realizó su familia desde el oasis de Ibatín hasta la luminosa Córdoba cuando él ni había cumplido los nueve años de edad. Su padre entonces (como él hace poco) presintió el largo brazo del Santo Oficio rozándole la nuca.

—El Santo Oficio vela por nuestro bien —insiste el fraile—. Yo quiero ayudarlo a usted. Hablaremos todo el tiempo que sea preciso.

Francisco no contesta. Le brillan los ojos.

—Usted es un hombre erudito. No puede engañarse. Algo enturbia su corazón. Lo vengo a ayudar; de veras.

Francisco mueve las manos. Resuenan las cadenas herrumbradas.

—Dígame qué le pasa —lo alienta el dominico—. Trataré de comprenderlo.

Para el cautivo esas palabras son una caricia. El primer gesto afectuoso desde que lo arrancaron de su casa. Pero decide esperar unos minutos aún antes de hablar. Sabe que ha empezado una intrincada guerra.

Una sombra se proyectó sobre la mesa de algarrobo. Los cinco estudiantes y el maestro se sobresaltaron ante la súbita aparición de fray Bartolomé. La clase continuó bajo su vigilancia.

A su término. Aldonza ofreció chocolate y pastel de higos al comisario. Diego se excusó, levantó sus útiles y partió. Más tarde lo hicieron sus hermanas Isabel y Felipa. El comisario no pareció incomodarse, acariciaba a su gato y mantenía la sonrisa. Francisco prefirió quedarse para escuchar la conversación de su madre con ambos hombres. Se deslizó al piso y simuló concentrarse en un mapa.

—¿Siguen bien guardados? —preguntó fray Bartolomé entre los ruidosos sorbos de su chocolate.

—Guardados como usted me indicó.

—Son libros peligrosos... —reflexionó con la boca llena de pastel—. Muchos.

—Mi marido decía —comentó Aldonza tímida— que eran pocos. Que eran una insignificancia en relación a las bibliotecas de Lima, Madrid y Roma.

—¡Bueno, bueno! —rió mientras le saltaban las migas de sus labios—. Esas comparaciones son deducción por el absurdo. Aquí no estamos en Madrid ni en Roma. Vivimos en una tierra miserable llena de infieles y de pecado. Nadie posee una biblioteca. Es una excentricidad.

Lo mismo había dicho el pequeño y duro fray Antonio Luque en Ibatín. Aldonza bajó los ojos.

—Es una colección que evoca a otras colecciones —fray Bartolomé sacudió las migas de la sotana y elevó las cejas—. Es cierto. Pese a todo... —se interrumpió, mordió otro pedazo y bebió en seguida el chocolate para mojarlo dentro de su boca.

—Pese a todo... —fray Isidro le recordó el hilo del pensamiento interrumpido.

—Ah —se sacudió nuevamente las migas—. Decía que, pese a todo, es una colección valiosa.

Aldonza parpadeó. Francisco levantó la cabeza del colorido mapa y giró hacia la mole albinegra.

—¿Valiosa?

—Si hija.

—La vendo ya, padre. Usted sabe que la vendo.

Llamó al gato dándose unas palmadas sobre la rodilla. El felino abrió sus ojos estridentes, encorvó su lomo y de un brinco se instaló sobre el regazo del fraile.

—No hay que precipitarse —acarició el abundante pelo del animal.

—No quiero esa biblioteca más en casa —protestó Aldonza—. Temo que nos haga daño, que nos acarree más desgracias. Tiene veneno, usted lo dijo.

—Si la vendes... podrías envenenar a quien la compre —estiró la gorda cola del

felino.

Aldonza mordió sus labios. Un mechón de cabello resbaló a su mejilla: lo escondió rápidamente bajo el pañolón negro.

—Necesitamos dinero, padre —su voz imploraba—. Tengo que alimentar a mi familia. Estoy sola con cuatro hijos. Por eso sugería venderla. Además, ¿quién la necesita aquí?

—Ya encontraremos la forma —vacío el tazón de chocolate, lamió su borde interno y lo depositó sobre la mesa.

—Yo no veo esa forma, no la imagino —Aldonza secó la transpiración de su frente con el dorso de la mano.

—Por ahora no menciones los libros. ¿Están guardados en un arcón?

—Sí, sí.

El fraile le acercó su cabezota y susurró:

—Hay que mantenerlos ocultos hasta que momento.

Aldonza no entendía qué momento. Él agregó:

—El momento de venderlos, o entregarlos, o canjearlos, o donarlos. Sin que afecte a nadie.

—Más nos valdría tener unas monedas —se lamentó ella.

—¿Cuántas?... ¿Quién te dará cinco, quién diez, quién veinte? ¿Sabes negociar? Yo te ayudaré a negociar.

Se dirigió intempestivamente a fray Isidro:

—¿Está usted de acuerdo?

El fraile se sorprendió y sus ojos de terror, como ocurría en esos momentos, se desprendieron de la cabeza y giraron en el aire.

—¡Claro que sí!

La mujer levantó el tazón vacío y lo llevó a la cocina.

Necesitaba realizar algún movimiento: este comisario era desconcertante. En la cocina se pellizcó los brazos para castigar su falta de compostura hasta que el dolor espiritual se convirtió en lágrimas baratas de dolor físico. Era más fácil controlar el dolor físico. Retornó algo mejorada.

Fray Bartolomé esperó que volviera a sentarse y unió las cejas para transmitirle una profunda revelación.

—Aldonza: he venido para recomfortar tu alma.

Ella se encogió.

—Siempre fui una devota católica.

—No lo dudo. Pero el Señor ha decidido ponerte prueba. Elige hombres y mujeres para que den testimonio. Y cada uno de los elegidos debe sentirse halagado. No olvides que eres cristiana vieja, tu sangre está libre de antepasados impuros —rastrilló con la mirada a fray Isidro, quien, instantáneamente, simuló concentrarse en,

su crucifijo de madera—. Y bien, querida hija... Dios ama y exige a los justos, a los mejores.

Ella apoyó los codos sobre la mesa y el mentón sobre los puños. Su rostro emanaba congoja. Fray Bartolomé insistió:

—¿No comprendes? Es fácil: sólo los mejores pueden extremar la fidelidad y la obediencia; sólo los mejores, con su sufrimiento, aumentan la gloria del Señor. Los pecadores e indignos desconocen el sufrimiento, incluso cometen la blasfemia de escamotearlo. Dios te ha elegido, querido Aldonza. Y entonces te ha ocurrido... lo que sabemos.

Ella empezó a lagrimear. Fray Bartolomé emitió un largo suspiro, calzó sus manazas sobre las rodillas y se puso de pie. El gato resbaló al suelo y caminó insolentemente sobre el mapa de Francisco, quien tuvo ganas de arrancarle los pelos del bigote. Fray Isidro y Aldonza también se incorporaron. Los religiosos partieron juntos y la casa volvió a caer en el vacío.

Francisco procura tocar la mano del bondadoso fray Urueña, pero las cadenas convierten a su intención en un desmesurado esfuerzo.

—¿Qué desea decir? —lo estimula el clérigo.

—Un sacerdote está preparado para guardar secretos, verdad?

—Así es, hijo.

—Si alguien se lo pide, ¿está más obligado aún?

—El secreto de la confesión es inviolable —recita.

—Antes de confiarme —dice Francisco lentamente—, le pregunto si usted guardará el secreto que le vaya transmitir.

El clérigo mueve la cruz entre sus dedos.

—Soy sacerdote y estoy obligado a cumplir con los mandatos del Señor.

Francisco vuelve a suspirar. En el fondo de su atribulada alma no le cree. Pero la guerra exige seguir adelante. Estira las piernas engrilladas y sube las manos a su pecho. Levanta la cabeza y empieza a descorrer el velo.

Fray Urueña abre la boca y grande, muy grande, los ojos.

Los libros permanecieron seis meses en el baúl, inviolados. Seis meses, Francisco los contó en el almanaque de la iglesia.

Una mañana llegó el sirviente de fray Bartolomé para anunciar que esa tarde les rendiría una visita. Jamás anunciaba sus visitas. Pero esta vez lo hizo porque iría acompañado por un bachiller recién llegado de Lima. En la casa brotó un haz de optimismo. Por fin tendrían noticias de don Diego. Era indudable que traía algo, si no, ¿para qué un bachiller se correría hasta la vivienda desfondada de esta familia impura?

Fray Bartolomé, con su gato rondando la sotana, trazó un gesto y el esperado bachiller atravesó el zaguán. Se detuvo un instante para contemplar el patio, la parra, el aljibe y cerciorarse sobre la ubicación de la sala de recibo que habitualmente está a la derecha. Cubría su cabeza con un sombrero de Segovia, usaba calzas de paño fino y le colgaba una amplia capa azabache. Sin saludar ni enterarse de quiénes lo miraban con expectación, fue a la sala y se sentó. Sus ojos recorrieron con aburrimiento las paredes ondulantes donde antes colgaron espejos e imágenes. No se incorporó para saludar a Aldonza: se limitó a mover la cabeza. Ella, consternada, ofreció servirle algo, pero el bachiller pidió secamente que le mostrara los libros.

—¿Los libros?

—Sí, los libros que usted vende. Fray Bartolomé me habló de ellos.

El sacerdote puso el gato sobre la falda y, mientras le acariciaba la pelambre, hizo un gesto de aprobación. Su mirada parecía decir «apúrate mujer, he traído el comprador que tanto anhelabas». Pero Aldonza pretendía noticias de su marido. ¿Lo habían juzgado? ¿Volvería pronto? Sus hijos se arracimaron en la puerta, ansiosos también. Lima quedaba tan lejos, «y usted viene de allí».

El caballero se rascó la nuca y dijo que no estaba enterado sobre la suerte de su marido; por ende, nada tenía que informar. Aldonza, cruzando los dedos, le rogó que no se molestase: no pedía informes, sino alguna noticia. El caballero agregó que no había venido a Córdoba a traer el correo, que ella sufría una ridícula confusión. Sólo podía decirle —y lo dijo desdeñosamente— que se había comentado en Lima sobre el ingreso a las cárceles secretas de la Inquisición de un médico portugués traído del Sur: «puede que sea el hombre». Fray Bartolomé movió su cabezota y le agradeció tan importante y amable servicio. Después se dirigió a la desfigurada mujer para insistirle que hiciera traer el cofre con los libros: «Sí, hija, el cofre con los libros. Que los traigan. Vamos a mostrarlos.»

Diego llamó a Luis y entre ambos transportaron el pesado arcón. Aldonza se ocupó de buscar la llave y accionarla en el candado. Miró al fraile. No se animaba a levantar la tapa: era un sarcófago. Pero adentro no yacía un cadáver, sino cuerpos con

vida, y seguramente enojados. Fray Bartolomé se impacientó. «Abre de una vez.» Ella lo hizo torpemente, con miedo a que saltara veneno o que apareciera la zarpa del diablo. El caballero vio adentro, asombrado, una mortaja de color tierra. Luis y Diego introdujeron sus brazos y la extrajeron con su macizo contenido, Fray Bartolomé desplegó las forzadas y la estancia se iluminó. El arrogante bachiller evaluó el colorido de los volúmenes, torció la cabeza hacia uno y otro lado como quien examina joyas y extendió su mano hacia el libro más próximo. Lo levantó, calculó su peso, observó la tapa y contra tapa y dejó correr las hojas. Eligió otro, leyó un párrafo, pasó un dedo por su lomo, releyó el título y lo depositó a un costado de la pila. Alzó el siguiente y procedió de la misma forma.

Fray Bartolomé se distendió: había conseguido un buen cliente. Acariciaba al felino y se preguntaba si el bachiller consideraría más importante el título, el autor, el estado del libro, la calidad de la impresión o la perversidad de los párrafos atrapados al azar. Y también cuánto dinero ofrecería.

Diego volvió al racimo de hermanos que espiaba desde la puerta. En la sala imperaba un silencio que el erudito y arrogante caballero venido de Lima violaba al deslizar las páginas entre sus dedos. Aldonza, parada cerca, observaba la operación con malestar. Hurgaban la intimidad de su marido: le tocaban los ojos, los dientes, la nuca, la nariz. Cuando depositó el último volumen, el forastero empezó a separar algunos hasta quedarse con seis.

—¿Qué decidió? —preguntó el fraile.

—Hablaemos —se puso de pie.

Hizo una ligera reverencia y enfiló hacia la puerta. Bartolomé Delgado caminó ligerito para no quedarse muy atrás. El bachiller llevaba bajo su brazo seis volúmenes. Los compraba, parecía.

El salón quedó desocupado. Así debía sentirse una ciudad cuando se alejaba el invasor: con el miedo aún circulando en el aire, pero con la feliz certeza de que ya se fue. Francisco se aproximó al brillante montículo. Reconoció algunos libros por su tamaño y su color. Volvían a respirar. Se sentó a su lado. No intentó abrirlos. Los quería acariciar. Acariciar a su padre. Aldonza lo dejó hacer.

Francisco explica al atónito fray Urueña que había decidido asumir plenamente su fe y que desde hacía años la practicaba en secreto. De esta forma satisfacía las demandas de su conciencia.

—¡Tengo la sensación viva de Dios! —exclama.

El dominico ruega a los santos que le provean argumentos para rebatir la de maníaca exaltación de este hereje: tenía que desgarrar las tinieblas que se aprovecharon de su alma.

—Dice usted —lo interrumpe el fraile— que tiene la sensación viva de Dios. —

Sí.

—Sin embargo, usted lo niega.

—¿Lo niego?

—Niega a Dios. Niega a nuestro Señor Jesucristo.

Francisco Maldonado da Silva deja caer los brazos. Retumban escandalosamente sus cadenas.

—Este hombre no ha entendido nada —suspira—. He hablado a un muñeco.

No supieron cuánto dinero pagó el elegante bachiller por los seis libros; no era dinero para su familia, sino para «sufragar los gastos del reo». Iría derecho a la tesorería del Santo Oficio. El fraile elogió el pastel de almendras y salió parsimoniosamente con su felino pegado a la sota nao Diego murmuró entre dientes:

—Lo quiero matar. Algún día lo vaya matar.

— y o también —dijo Francisco.

—Hijos, hijos —rogó Aldonza.

Diego palmeó a su hermano.

—Vámonos de aquí —hizo señas a Luis—. Trae la mula y una talega.

—¿Adónde vamos? —preguntó Francisco.

—Donde matan —susurró.

Tomaron la calle del río. El pequeño vería una fiesta de sangre. Contra el cielo duro se elevaba la doble hilera de olivos que hicieron plantar los jesuitas a poco de radicarse en Córdoba. Un buey viejo arrastraba el cilíndrico carro de aguatero. Atrás, con los bultos de ropa recién lavada sobre su cabeza, caminaba un grupo de esclavos; lo hacían a buen ritmo; sus pies se arreglaban para mantener inmóvil el cráneo y su carga. Luis, rengueando, les sonrió con su boca deforme. Cuando Francisco le preguntó varias veces el origen de esa deformación el negro se limitó a contestar: «Me hicieron comer brasas.»

La calle diluía sus bordes. Entre las huellas se formaban pequeños matorrales. Avistaron el río. Alfombras de berro se extendían por los remansos. Del otro lado ascendían plantaciones de maíz. Doblaron hacia el camino del Este que seguía el curso de las aguas. Allí Luis cumplió un rito que traía del África; entregó las riendas de la mula a Diego y saltó sobre una pierna hasta la orilla; tenía mucha fuerza y equilibrio con ese miembro; el otro le servía de minusválido acompañante. Eligió una piedra ancha y se arrodilló. Arrancó briznas de hierba, se frotó con ellas la cabeza, las pasó por ambos hombros y las deshizo formando una medialuna. Después introdujo las manos en cuenco y bebió. Arrojó unas gotas hacia atrás. Farfulló palabras que le enseñaron en la infancia. No sabía su significado, pero traían buena suerte (parecía una remota imitación del bautismo que en la época de Cristo se efectuaba en el Jordán). Recuperó las riendas de la mula y prosiguieron la marcha. El negro quebraba en forma regular su paso, tenía una renguera inconfundible. Las gotas de su nuca tardaron en secarse: lentamente introducían la buena suerte en su sacrificado cuerpo.

Un lejano rumor mezclaba ruidos del combate. El sendero viboreaba hacia una construcción rústica sobre el arco de una loma. Vaharadas malolientes anunciaban la proximidad de la meta. Empezaron el ascenso. La mula protestó y Luis tironeó del cabestro. El animal olía peligro, se resistía. Con fuertes palmadas en la grupa el negro

consiguió que avanzara. Aparecieron varios negros anunciando que, próximas a unos sauces, aguardaban las carretas. Bueyes y caballos pastaban a su alrededor. La atmósfera hedía: excrementos, orina y olor de carne cruda. Un vapor sanguíneo brotaba al otro lado de la construcción rectangular. El sendero concluía en un portón desvencijado. Diego ya conocía el lugar y prefirió que Francisco fuera hacia donde se realizaban las transacciones.

El matadero funcionaba sobre una especie de meseta donde hombres con el torso sudado y largos puñales se ocupaban de carnear. Poderosos ganchos esperaban a las reses chorreantes y entre las grandes ruedas olfateaban los perros con esperanzas de conseguir una ración. Un hidalgo miserable —como ya casi eran Diego y Francisco— se entretenía arrojándoles piedras: eran sus hambrientos competidores. Un vehículo inició la partida; los esclavos habían terminado de llenado y azuzaron a los bueyes. Un ato de intestinos resbalaba por su abertura posterior desenrollándose como una serpiente rojiza; los perros saltaron sobre la entraña y la rompieron a tarascones. El hidalgo los agredió con un bastón largo: no toleraba vedas comer.

En el potrero el desorden de cerdos y vacas se mezclaba con las risotadas de los carniceros. También rió Francisco cuando uno de esos hombres cayó en el barro al escapársele un lechón. El lechón huyó a un potrero vacío creyendo que así se salvaba. El hombre, un mestizo barrigón, se levantó bramando y emprendió su caza, pero el cerdo volvió a zafarse. Manchas de légamo le cubrieron la cara y el pecho. Blasfemó mientras lo amenazaba con su cuchillo. El animal corría despavorido hacia un lado y otro buscando la salida. El mestizo lo fue cercando y lo atrapó nuevamente; pero nuevamente se escabulló. Para el carnicero ya no era un trabajo sino una venganza. Negros, mestizos, mulatos y los pocos españoles que estaban allí se amontonaron para ver el inmundo espectáculo. El carnicero se jugaba la honra con un puerco. Era el remedo de una corrida de toros sobre charcos calientes. Se le acercaba con sigilo y luego lo corría a los gritos: era una forma insólita de carnear. Le descargó una cuchillada al costado y otra al garrón. Brotó una cinta carmesí sobre el cuero negro. El animal consiguió voltear nuevamente a su agresor y siguió corriendo en tres patas. El improvisado público ovacionaba al cerdo. El redondo abdomen del mestizo estaba cubierto de barro y de sangre; su boca chorreaba espuma. Blandió el cuchillo en el aire y, ciego de ira, embistió contra su enemigo. Un cabezazo del animal le hizo volar el cuchillo. El hombre rodó y se incorporó en seguida como un monstruo que emerge del pantano. Sacudió la cabeza crenchuda para quitarse la mugre de los ojos, recuperó el arma y volvió a saltar sobre la bestia. La abrazó con sus piernas y empezó a propinarle puñetazos y cuchilladas. La hoja entraba y salía entre los chorros de sangre. Le tironeó de las orejas y consiguió abrirle un profundo tajo en la garganta. El cerdo se encorvó y cayó; el carnicero se desplomó a su lado. El cuello del animal era un cráter que escupía lava roja. Francisco sintió pena por la víctima. El embadurnado

carnicero levantó los brazos y profirió un rugido triunfal. Luego, inclinado sobre el cuerpo aún caliente, se dispuso a gozar de su trabajo y venganza. Lo arrastró y lo colgó, lo abrió por el medio y extrajo las vísceras. Le cortó la cabeza y la puso sobre la suya, como una corona.

—¡Marrano! —le gritaban festivamente desde la empalizada.

—¡Marrano! —gritó Francisco, contagiado por la brutal comedia.

Al mestizo le brillaban los ojos y los dientes tras el revoque de excrementos. Haciendo pasos de danza se desplazó ante el público que vitoreaba obscenidades. Amenazó arrojar la cabeza del lechón a la cara de un negro, después se dirigió a un mulato, luego la puso sobre sus genitales y finalmente la tiró con fuerza al otro lado de la empalizada. La concentración se volcó sobre ella como si fuera una pelota. Francisco advirtió que no estaban a su lado ni Diego ni Luis. Tampoco en el amontonamiento que se disputaba la inservible cabeza. El hidalgo miserable venía corriendo con las manos llenas de piedras para lastimar a los perros. Un español le gritaba a un grupo de esclavos «holgazanes de mierda», exigiéndoles que completaran el cargamento de su carreta.

Diego apareció tras de él y dijo:

—Nos vamos.

Se alejaron del matadero por el mismo camino. Atravesaron el portón ruinoso y empezaron a descender hacia el río.

—¿Y Luis? —preguntó Francisco.

Diego cruzó sus labios con el índice. Caminaba a largas y presurosas zancadas. Francisco lo seguía al trote.

—¿Y la mula?

Diego insistió en que se apurase y no hablara.

Al rato oyeron los insultos.

—¡Marranos! ¡Marranos!

—¡A correr! —ordenó Diego.

Se apartaron del camino. Los matorrales ofrecían buena cobertura. Penetraron en la vegetación que les arañaba los brazos y la cabeza. Oyeron las voces amenazantes a pocos metros y se convirtieron en estatuas. Refulgían unos cuchillos. «¡Marranos, marranos!» Permanecieron en cuclillas, envueltos por las zarzas, hasta que los perseguidores se fueron. El alivio les llegó suavemente, como un despertar. Los pájaros cantaban cerca y uno de ellos revoloteaba encima.

—¿Qué pasó? ¿Por qué nos perseguían?

Diego le palmeó un hombro. Suspiró y sonrió. Abrieron la cortina de arbustos y regresaron al camino.

—Corramos —dijo Diego.

—¿Por qué?

—Para alcanzar a Luis.

A los pocos minutos divisaron la mula y el negro que rengueaba a su lado. Luis los vio acercarse, pero no detuvo la marcha. Era preciso llegar cuanto antes. Diego le hizo una señal de aprobación: la mula transportaba una talega henchida de carne. Fue un operativo exitoso.

—Una pequeña compensación —dijo mientras evaluaba la cantidad de comida robada—. No equivale ni a uno de los candelabros que nos expropió el comisario.

—Yo lo quiero matar —dijo Francisco y, contrayendo la frente, enfatizó—: En serio.

—¿Al comisario? —Diego sacudió la cabeza—. Yo también lo quiero matar, estrangular, apuñalar. Pero, ¿quién puede matar semejante cerdo? Es el rey de los cerdos. En todo sentido.

—Es un marrano.

—Francisquito.

—¿Qué?

—No vuelvas a decir marrano.

—¿Por qué?

—Dile puerco, cerdo, chanco o hijo de Satanás. No digas marrano.

Quedó perplejo.

—Marranos —explicó oscureciéndose—, nos llaman a nosotros. Marrano le dicen a nuestro padre.

—¿Cómo supone que niego a Dios! —exclamó Francisco—. ¿No le estuve explicando cuánto me esmero en estudiar su palabra y obedecerle?

—Usted lo niega, hijo, lo niega —se desespera el fraile, asfixiado por el encierro de la celda y los argumentos del cautivo.

—Recuerde el evangelio de San Mateo, por favor —insiste Francisco—. Ahí Jesús afirma: «No todo el que dijere ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hiciere la voluntad de mi Padre.» Yo hago la voluntad del Padre. Y por eso me castiga la Inquisición.

Fray Urueña se seca la frente. Es muy difícil doblegar a Lucifer. «Este hombre terminará en la hoguera», piensa.

El capitán de lanceros Toribio Valdés se dirigió personalmente a la casa de los Núñez da Silva acompañado por fray Bartolomé. Su actitud acusadora se olía de lejos. El capitán ingresó con paso hostil. El clérigo, bamboleándose, traía su pesado felino en brazos. Se sentaron en la sala y exigieron la comparecencia de la familia. Aldonza, como de costumbre, ofreció servirles unos dulces. Ellos, muy solemnes, dijeron que no; los traía un asunto grave. Diego transmitió a Francisco una señal tranquilizadora: sabían de se trataba.

—Hay actos piadosos y actos aberrantes —dijo el fraile con ronca severidad, Entre sus párpados abultados ardían las pupilas.

El capitán asintió, complacido por la ampulosa apertura.

—Los actos aberrantes pueden ser corregidos con los piadosos. En cambio —interpuso un silencio abrasador—, ¿qué se puede esperar de quienes cometen actos aberrantes mientras sobre ellos flota la sospecha del pecado? La desamparada familia era un conjunto de reos que escuchaban con la boca entreabierta.

—El capitán Valdés ha recibido una denuncia de hurto —dijo el fraile con creciente desagrado.

El capitán volvió a asentir.

—Han hurtado quienes son deudores. ¿Acaso han olvidado tan rápidamente que ahora el Santo Oficio gasta tiempo y esfuerzo para recuperar el alma de un hereje? ¿Así retribuyen a las autoridades y a los dignatarios que en Lima y aquí se ocupan de preservar la pureza de la fe?

El capitán frunció la boca y las cejas: estaba concentrado y satisfecho. «Así se habla», pensó.

—Este hurto, este acto aberrante...

Isabel murmuró «qué hurto», pero Aldonza le pidió que no interrumpiera al fraile.

—Este hurto, este acto aberrante —repitió— es una prueba de los malos hábitos que se han enseñoreado en esta familia. Los pecados de quien hoy es juzgado en Lima no podían ser una excepción. Son pecados que se difunden, contagian. Nuestra misericordia nos había inducido a suponer algo diferente. Y nos hemos equivocado.

El capitán lo miró extrañado.

—Presumíamos que, excepto él —no mencionaba a Diego Núñez da Silva por su nombre—, ustedes estaban a salvo de malas acciones graves.

Hizo una pausa y se ocupó de acariciar la pelambre del felino. Después volvió a levantar sus pupilas de fuego.

—¡Pero no es así!

Consiguió asustarlos.

—Por lo tanto —descendió el tono, pero no aflojó el clima de tensión—, he

decidido que se interrumpían las lecciones de fray Isidro en esta casa. Sólo aportan erudición vacía, no los hace mejores. El alma, para perfeccionarse, necesita otro tipo de ejercicios.

El capitán cambió levemente su posición en la silla. Este fraile era un verdadero maestro.

—Diego y Francisco —prosiguió— vendrán al convento de Santo Domingo. Allí les enseñaremos a ser buenos católicos. En cuanto a la educación de las mujeres, ya me ocuparé.

El castigo no era tan duro, pero desconcertaba. El capitán también parecía asombrado. ¿Qué clase de penitencia para un ataque a la propiedad era este simple cambio de escuela y de docentes? ¿Bromeaba el comisario?

—Para cubrir parte de los gastos que ocasionará la nueva enseñanza —explicó sin ablandar el enojado ceño—, deben ofrecer a mi convento una contribución.

—¡Así es! —exclamó el capitán; por fin la propuesta sonaba como un castigo concreto.

—¡No tenemos ya nada que ofrecer! —protestó Diego.

—¡Cállate, imprudente! —reaccionó el comisario—. Siempre hay ofrendas cuando lo desea el corazón. Si no alcanzan los materiales, se dona las espirituales.

—Sí —Aldonza quiso amortiguar el despropósito de su hijo.

El fraile le dedicó un destello de ternura, para en seguida volver a su papel de inquisidor.

—Aquí aún existen objetos materiales valiosos.

Diego apretó los puños y farfulló bajito: «nos quieres seguir exprimiendo, hijo de puta».

Fray Bartolomé se dirigió a la rendida Aldonza:

—Haz traer la caja con instrumentos de tu marido.

La caja de instrumentos médico—quirúrgicos de Diego Núñez da Silva contenía escoplos, valvas, cuchillos, sierras, punzones y lancetas, algunos de acero y otros de plata. Luis se encargaba de lavarlos, afilarlos y reacomodarlos. Lo hizo con mucho entusiasmo porque tenía vocación de médico. El límite infranqueable de su raza impedía que estudiase y ejerciera. Don Diego lo ungió su asistente cuando supo que era hijo de hechicero y tenía extraordinaria habilidad manual. Le enseñó a punzar una vena para hacer la sangría, limpiar escoriaciones, ayudar en un parto y reducir una fractura. Pronto le confió su juego de instrumentos para que lo mantuviese en condiciones hervía las piezas, las lustraba y, antes de ubicarlas en su sitio, se divertía jugando a ser «el licenciado»: alzaba la lanceta como una pluma y abría la vena de un imaginario apoplético; o empuñaba un escoplo y hacía saltar la punta de flecha clavada en el hombro de otro imaginario paciente. También dibujaba fintas con el bisturí para espantar a Francisco cuando el muchacho quería usar una sierra o un

punzón. Don Diego había comprado los instrumentos en Potosí. Tras su arresto, Luis fue quien debía guardarlos hasta que regresara de Lima.

Aldonza le ordenó que trajese la petaca. El esclavo parecía no entender porque desde meses atrás nadie se la había pedido. Aldonza repitió la orden. Sonaba increíble. El negro se inclinó y salió de la estancia con su paso quebrado; cruzó el patio de las uvas y se dirigió al cuarto de la servidumbre. En ese momento Francisco deseó que huyera y se refugiase en su escondite, que desobedeciera a su sometida madre y a ese gordo que inclusive malvendió seis libros (o los bienvendió en su oscuro provecho) y que ahora pretendía apropiarse del instrumental. Sus colmillos querían otro pedazo de su padre. Ojalá que Luis no regresara o que escondiese el cofre y dijera que no lo encontraba, o que vinieron unos ladrones. No mentiría, porque de veras estaban invadidos por ladrones poderosos: un comisario y un capitán. Su ilusión, empero, se derritió. Luis surgió con el pesado cofre sobre un hombro. Cuando pisaba con la pierna flaca parecía que iba a caerse.

Fray Bartolomé ordenó depositarlo sobre la mesa.

—Ábrelo —pidió secamente a Aldonza.

Ella miró a Luis:

—¿Tienes la llave?

—No.

—¿Cómo? ¿No tienes la llave?

—No, la tiene el licenciado.

—¿Dices que el licenciado se llevó la llave?

—Sí, señora.

Fray Bartolomé apartó a la mujer y al negro, aferró el candado y lo quiso arrancar. Lo retorció. Tironeó sin éxito. Con enojo ordenó a Luis que intentase abrirlo. El negro avanzó encogido entre el sacerdote y el soldado. También tironeó y retorció.

—¿Qué pasa? —rezongó el fraile—. ¿Nunca lo has abierto?

—No, padre. Sólo lo hacía el licenciado.

—¿No eras acaso el encargado de limpiar y afilar los instrumentos? —la sospecha le deformaba la boca.

—Sí, padre. Pero la caja sólo la abría y cerraba el licenciado.

—¿Cómo la abría él, pues! —chilló; up fino temblor se le extendía por los brazos.

—Así —introdujo una llave imaginaria.

—Déjenme a mí —ordenó el capitán Valdés.

Sacó a Luis de un empujón. El guerrero adoptó una posición elegante y efectuó movimientos delicados; pretendía crear un vínculo amistoso con el candado testarudo. Le habló en tono convincente. Pero a los segundos ya lo forzaba con ira. Descargó un golpe sobre la madera. Descargó otro golpe más recio y su melena le tapó la cara. Empezó a sudar. Olvidó que lo observaba una familia y el todopoderoso

comisario del Santo Oficio. Sacaba la lengua, se contraía y maldecía. Fray Bartolomé le rogó que no se exaltase tanto. El capitán la emprendió contra todas las cerraduras y sus cochinas madres y nombró un santo y se cagó en las once mil vírgenes. Las palabras de sosiego que le oponía el comisario surtían un efecto paradójico porque avivaban el resentimiento del capitán quien, fuera de sí, levantó la petaca sobre su cabeza y la arrojó al piso. El gato salvó por milagro su cola. Su maullido se mezcló al pavor generalizado. El capitán saltó sobre la resistente petaca y le zapateó encima, ayudándose con improperios a los genitales de la vaca, la yegua y la lora. El fraile sudaba al oído pero no lo podía detener. No era distinto al carnicero que había perseguido al lechón, le faltaba un cuchillo en la mano. El zapateo fue tan despiadado que su bota consiguió hundir la tapa. Su alarido de triunfo era el mismo del carnicero. Faltaba que se coronara con la cabeza de la víctima.

—¡Levántala! —ordenó jadeante a Luis, cuyo rostro parecía cubierto de harina.

El esclavo levantó el bloque herido y lo ubicó sobre la mesa, en el mismo sitio donde lo había instalado antes de su violación. Toribio Valdés quebró los fragmentos de la tapa. El viejo arcón era estragado delante de la familia horrorizada. El capitán, con los dientes apretados, labró un irregular orificio. Introdujo la mano con una sonrisa y palpó furtivamente. Su cara pasó de la alegría a la sorpresa. Extrajo su puño, lo abrió; adentro contenía una piedra. La miró estupefacto y la entregó al fraile. El fraile la hizo girar entre sus dedos, la aproximó a la luz del candelabro y la depositó sobre la mesa. El capitán sacó una segunda piedra. Una tercera. Una cuarta. Cada vez con enojo creciente. Se las pasaba al comisario que las miraba con enojo creciente y las amontonaba junto al cofre destruido. El capitán extrajo todas las piedras mientras reeditaba su catálogo de maldiciones en el que incorporó los santos patronos del Tucumán. Fray Bartolomé, Aldonza y sus hijos se persignaban tras cada blasfemia. Valdés levantó la petaca vacía, la agitó, le dio vuelta y la sacudió con tanto odio que casi se le cayó de las manos. Del boquete salió un chorro de arena residual.

Fray Bartolomé echó una mirada de arsénico a Luis, mirada que significó para el capitán un permiso. Saltó sobre el esclavo y le martilló la cabeza con sus puños mientras le gritaba obscenidades. Luis se dobló, cayó al suelo y se cubrió con los brazos. Diego y Francisco se abalanzaron sobre el agresor para frenar el huracán. El encono de Valdés iba a derrumbar el mundo. Luis consiguió escabullirse por entre las piernas escupiendo sangre. El capitán corrió tras él y pudo atraparlo. Cayeron en el patio, cerca del aljibe. Se repetía la escena del matadero. Luis tenía el rostro herido y lloraba. Fray Bartolomé intervino con energía y ordenó sosiego al capitán:

—¡Basta! ¡Voy a interrogado!

El capitán lo arrastró hasta la galería y lo ató a una columna. Descolgó el rebenque de su cinto y empezó a azotarlo.

—¡Uno! —rugió.

El negro se quebró contra la columna. En su espalda se iluminó una raya roja.

—¡Dos!

—Voy a interrogado —insistió el fraile.

—¡Tres! Para que diga la verdad.

—¡No le pegue! —rogó Aldonza.

—¡Cuatro!

—¡Ya está bueno! —imploró el fraile—. Dirá la verdad.

—¡Para que la diga rapidito!

—¡Basta, basta! —chilló Felipa tapándose las orejas.

Luis resbaló junto a la columna y yacía en una posición incomprensible. Gotas de sangre crecían sobre la negra piel de su espalda. Era un ovillo de dolor.

Fray Bartolomé pidió a Francisco que le acercara una silla. Iba a iniciar el interrogatorio. Un inquisidor debía estar sentado. «Para qué se va a sentar aquí —pensó el muchacho— si es más lógico desatar al pobre Luis e interrogarlo en la sala.» Pero el sacerdote tenía sus razones: consideraba eficaz hacerle las preguntas en el mismo patíbulo, sin liberado siquiera de la columna, sin permitir que su cuerpo saliese de la posición antinatural a que fue reducido por los golpes y la ligadura de sus manos. Le entregó la silla con manifiesta congoja. El fraile acercó sus labios a la cabeza contusa y le susurró una fórmula ritual. Lo interrogó en voz baja, casi en atmósfera de confesión. El negro gemía y repetía «no sé, no sé».

Catalina aguardaba detrás de Aldonza. Sus dedos sostenían una palangana llena de agua tibia con hierbas balsámicas. Quería devorar el tiempo para acercarse a su marido y reducirle el sufrimiento. Fray Bartolomé resopló, tenía la cara congestionada y los párpados violáceos. Dirigió a Valdés una mirada derrotada:

—Debo suponer que se llevó el instrumental.

—¿Quién? ¿Núñez da Silva?

Asintió mientras esforzadamente se ponía de pie. Estiró los pliegues de su sotana y autorizó a Diego a que desatase a Luis.

—¿Los llevó a Lima, entonces? —el capitán se resistía a creerlo.

—Parece que sí —rascó su rolliza nuca—. Pero... ¿cómo no nos dimos cuenta? ¿Por qué no lo dijo?

—¿Por qué? —exclamó el capitán—: ¡para cagarse en nosotros!

Catalina se arrodilló y lavó cuidadosamente la cabeza y el torso pegoteados de sangre. Después los vendó. Felipa e Isabel acercaron. El negro gemía. Francisco le acarició el brazo y fuerte y transpirado. El negro esbozó una triste sonrisa de gratitud. Después lo levantaron y, sostenido por varias manos, llegó hasta su cuarto en el fondo de la casa. Se recostó sobre un colchón de heno. Su espalda era un pizarrón entrecruzado por líneas de púrpura.

Francisco quería brindarle alguna reparación adicional por el castigo tan injusto

que le habían propinado. Fue entonces en busca de una bandeja, una de las pocas que le dejó el prolijo saqueo de la Inquisición. La llenó con frutas y regresó al pequeño cuarto. Se acuclilló y se la mostró. Le brotaron nuevas lágrimas al negro que balbuceó: «Como al licenciado.»

—Sí, Luis, como a papá. A él le gustaba que yo le sirviera esto cuando regresaba del trabajo,

—Le gustaba —confirmó roncamente.

Al rato preguntó por «ellos», Francisco le aseguró que la casa había quedado momentáneamente libre del paquidérmico fraile y el violento capitán.

Fray Urueña se levanta extenuado.

—Hijo —junta las manos, implora—: no se deje arrastrar por el demonio. No se deje engañar por sus tramposos argumentos. Le ruego por su bien —el fracaso le ha secado la boca.

—Sólo escucho a Dios y a mi conciencia.

—He venido a consolarle. Pero, sobre todo, he venido a prestarle mi ayuda. No se aferre a su sordera —insiste, pálido, afónico. Corre la silla y se dirige hacia la puerta. Pide que le abran.

Francisco frunce el ceño.

—No olvide su promesa —le advierte. El clérigo parpadea, se turba.

—Prometíó guardar en secreto mis palabras —le recuerda Francisco.

Fray Urueña levanta el brazo y dibuja la señal de la cruz. Cruje la puerta, un sirviente retira las sillas, un soldado se lleva la lámpara.

Fray Bartolomé había asegurado que se ocuparía personalmente de la educación de las mujeres. «Ocuparse» era imponer su decisión.

Iba por las tardes a conversar con Aldonza. Gustaba de su chocolate con pastel de frutas. Catalina debía arreglárselas para conseguir los ingredientes en lo de algún vecino, especialmente la harina. El fraile se sentaba en el salón semivacío. ¿Cómo puede entrar al salón? —pensaba Francisco—: él en persona ha ordenado descolgar espejo e imágenes, retirar cojines y butacas, vender arcones y candelabros con la excusa de obtener fondos para los gastos de mi padre en Lima.

—¿Qué desea quitamos ahora? —murmuraba Diego cada vez que lo veía cruzar la puerta con el enorme gato alrededor de sus sandalias.

Aldonza desmejoraba. Podía soportar grandes padecimientos físicos, pero no resistía un avasallamiento moral tan profundo. Le habían arrancado el marido que antes de los esponsales le había dicho que era cristiano nuevo, pero jamás confesó haber judaizado. ¿Era cierto que judaizaba o era falsa la acusación? En caso de que, en efecto, hubiera cometido herejía, ¿cómo debía comportarse ella en tanto esposa y madre católica? Cuando venía fray Bartolomé, Diego se escabullía de inmediato; su sola proximidad le causaba repulsión. Francisco procedía a la inversa: trataba de aproximarse. En este comisario gordo, amable y severo habitaba algo difuso que Francisco necesitaba descubrir. Al menos, era quien mejor le podría informar sobre la suerte corrida por su padre. En Córdoba, desde el obispo hacia abajo, respondían siempre «no sé». Su padre fue a Lima y allí estaba siendo juzgado. ¿Por cuánto tiempo? «No sé, no sé.» El comisario no podía decir «no sé»: era comisario. Ingresaba balanceando su abdomen y la bola blanca de su gato. Aldonza, como siempre, le ofrecía de comer como prueba de sumisión.

Con sus gruesos dedos quebraba el trozo de pastel frutado. Lo llevaba a su boca tirando la cabeza hacia atrás para que no se le escaparan las migas y chupaba los dedos. En seguida bebía el chocolate porque le gustaba mezclar con su lengua el pastel en el líquido. Se le inflaban alternativamente las mejillas como si practicase buches. Mientras masticaba y deglutía se le escapaban algunos ronquidos de placer. Su sotana hedía levemente a transpiración y su ovino gato a orina.

Cuando terminaba, Aldonza le traía otra porción.

—Más tarde —decía controlando el puntual eructo.

Se distendía y continuaba la conversación sobre sus temas preferidos: cocina y fe. Completamente olvidado de las privaciones que ella sufría, le contaba a la acongojada mujer sobre combinaciones estrambóticas de carnes, salsa, hortalizas y especias. Mientras, Francisco se dedicaba a desarrollar dibujos en el suelo.

¿Para qué venía tan seguido? Diego, unos días antes, había dicho: para

saquearnos.

—Para comer —se indignaba Felipa.

—Vengo para evitar que reaparezca la herejía en esta casa —dijo fray Bartolomé esa tarde, enfáticamente, como si se hubiera enterado de los exabruptos que estallaban en su ausencia.

Aldonza lo miraba con devoción y se esforzaba por creerle cada palabra.

—¿Supones, hija, que no me dolió sacarlo de aquí? —preguntó sin mencionar a Núñez da Silva, como de costumbre—. ¿Crees que no me afectó enviarlo detenido a otra ciudad? ¿No sufrí cuando les confisqué algunos bienes? —se respaldó en la crujiente silla y apoyó las manos sobre el abdomen—. Lo hice por Cristo. Lo hice padeciendo, hija, pero lo hice con firme convicción.

¿Era honesto? A Francisco le sobrevino una arcada cuando la sotana olorosa le tocó la nariz. Si no era del todo honesto, trataba de parecerlo. El muchacho se enrolló junto al gato. El animal no lo rechazó, lo cual era un buen signo. La mano regordeta del comisario descendió sobre sus cabellos y le frotó suavemente el cráneo. Surtía un efecto adormecedor. Comprendió por qué su gato se la pasaba durmiendo. Pero Francisco no quería dormir: quería lapidarlo a preguntas. Lo haría esa misma tarde. Mientras esperaba el instante adecuado como una fiera al acecho, se iba enterando sobre el destino de Felipa e Isabel.

—¿Te das cuenta, hija? —repetía el fraile—. Es lo mejor para ellas y para ti y para todos.

—Pero, ¿de dónde saco la dote?

—Ya veremos, ya veremos. Primero, lo primero: ¿estás decidida?

Aldonza retorció sus dedos. Fray Bartolomé se inclinó y le palmeó irreverentemente las rodillas, mientras con la mano izquierda seguía revolviendo los cabellos de Francisco. En ese gesto había algo de excesiva confianza que asustó al muchacho.

—Recuerda que las acecha el peligro —añadió—. Su padre está procesado por la Inquisición y...

—¿Qué le harán a papá? —interrumpió Francisco retirando su cabeza de la mano hipnotizadora.

El fraile quedó inmóvil: sus dedos, su lengua, su respiración. Sólo giraron sus ojos, que lo buscaron, asombrados.

—¿Qué le harán a papá? —volvió a preguntar.

El hombre cruzó sus dedos sobre el abdomen.

—Te lo explicaré en otro momento. Ahora estoy hablando con tu madre.

—Es que...

—Anda, Francisco. Vete a jugar —rogó Aldonza.

—Quiero saber —insistió.

—En otro momento —la voz del fraile se tornó cavernaria.

—Anda, Francisco.

El muchacho bajó más la cabeza. Se adhería al piso. Esta vez no obedecerá.

Está bien —consintió el fraile—. Que se quede, pero que no interrumpa —tocó al gato con la punta del pie. El animal abrió sus ojos de oro y de un brinco se instaló sobre su regazo. Lo acarició ampliamente con ambas manos: todo su amor táctil era ahora para él—. ¿Comprendes hablándole a Aldonza—. Tus hijas están en peligro. Usemos la palabra peligro porque es la correcta. Por muy devotas que sean, por limpia que sea tu sangre, ellas portan la contaminación judía, No es tu caso: nadie cuestiona tu legitimidad de cristiana vieja. Pero los hijos que engendraste con él, sí son cuestionados.

—¿De dónde saco la dote, padre? —volvió a murmurar.

—El otro peligro es ése, precisamente: el de la pobreza. ¿Qué puedes hacer con estas niñas si apenas consigues dinero para subsistir?

—Dios, Dios.

—Y el tercer peligro, ¡para qué enfatizarlo!, es la tentación de la carne.

La mujer trituraba su rosario.

—Y bien, estoy decidida —exclamó—. Pero... ¿y la dote?

—De eso empezaremos a conversar mañana. Por hoy es suficiente con haber tomado la decisión. Es una gran decisión, propia de una buena madre.

Se levantó con esfuerzo, como de costumbre. Francisco se prendió a su sotana.

—Cuénteme de papá.

—¿Qué quieres saber? —no disimulaba su fastidio.

—¿Qué le hacen?

—No entiendo. ¿Qué supones que le hacen?

—Nadie me cuenta, nadie me explica. ¿Por qué no regresa? ¿Cuándo volverá?

El fraile lo miró con imprevista ternura. Volvió a sentarse. Apoyó su manaza sobre el hombro del muchacho.

—Tu padre ha cometido herejía. ¿Sabes qué es herejía?

Sacudió la cabeza, confuso.

—Tu padre ha traicionado la verdadera fe, y la ha cambiado por la ley muerta de Moisés. ¿Sabes qué es la ley muerta de Moisés?

Negó de nuevo. La manaza imperativa del comisario le hacía doler el hombro.

—Mejor que no lo sepas. ¡Mejor que no lo sepas nunca! Y que jamás te apartes del buen camino.

Se incorporó resoplando.

—Pero... ¿qué le harán?

Se acarició la papada. Inspiró hondo.

—Tratarán de hacerle retornar a la verdadera fe. Eso harán.

Empezó a caminar hacia la puerta. Aldonza lo seguía. Francisco corrió a su lado,

tropezó con el fe lino y le pisó la cola: chilló.

—¡Retornará! —exclamó Francisco con el falsete que le producían las ganas de llorar—o ¡Retornará a la verdadera fe! ¡Estoy seguro!

Aldonza se persignó.

—¡Retornará! —repitió tironeándole la sotana—. ¡Papá sabe cuál es la verdadera fe!

El fraile se sintió molesto. Alzó su gato y con suave firmeza trató de apartado.

—¡Retornará junto a nosotros! —gritó Francisco.

Fray Bartolomé dirigió su mirada hacia el cielo.

—Eso... únicamente lo sabe el Señor.

Francisco permaneció crispado cerca del umbral, encerrado en una campana de furia. Pataleó brevemente y corrió hacia el fondo, hacia su inexpugnable escondite.

El notario Marcos Antonio Aguilar extiende el papel y unta la pluma; el comisario Martín de Salvatierra escucha con atención.

Fray Urueña cumple con su deber de testificar minuciosamente la penosa conversación con el doctor Francisco Maldonado da Silva. Ha fracasado en su propósito de enmendarlo, pero puede brindar al Santo Oficio un cúmulo de datos terroríficos: ese hombre es un rebelde pertinaz.

El sollozo prolongado de un perro durante la noche no hubiera tenido especial significación si Aldonza no lo hubiera asociado a la repentina defloración del duraznero. «Esto anuncia desgracia.» Sus hijos trataron de quitarle dramatismo: era un perro de la vecindad al que pisó un caballo.

—Anuncia desgracia —insistió Aldonza junto al rosado tapiz que se formó alrededor del frutal desnudo. Una breve ráfaga de primavera le arrancó todos los pétalos.

Francisco pensó que era el presagio de que iban a matar a su padre.

Diego le pidió a Aldonza que se alejase del duraznero. Ella alzó su mirada oscurecida y dijo que la torturaba una premonición espantosa.

—Debes partir, hijo. Eres tú quien debe alejarse de Córdoba cuanto antes.

Diego torció la boca.

—¿Partir?

—Sí, hijo.

—No entiendo. Adónde. Cuándo.

Ella abrió sus brazos, temblorosamente, y lo abrigó como a un niño. No habló más. Diego aceptó irse por unos meses a La Rioja; su futuro se vislumbraba aciago.

Fray Isidro llegó imprevistamente. Aldonza suponía que también él había recibido las premoniciones, pero dijo que no: había sentido la necesidad de visitarlos nomás porque los extrañaba y porque sabía que estaban tristes.

Por la tarde ingresó fray Bartolomé bamboleando sus dos esferas: el abdomen y el gato. Aldonza lo recibió con sus habituales manifestaciones de sumisa obediencia. En pocos minutos los dedos del fraile roían el trozo de pastel y sus labios voraces sorbían el chocolate. Ella comentó su penoso sentimiento. El comisario dijo no haber oído el sollozo prolongado de un perro ni le interesaban los supersticiosos signos de un árbol en flor. En cambio pidió hablar con Diego. A su madre se le cayó la bandeja con el resto del pastel.

—¿Diego?

Francisco dibujaba otro mapa a los pies del clérigo y se ofreció inocentemente para ir en su busca. Recorrió el segundo patio, miró en la huerta y preguntó a los esclavos. No estaba. Pensó: «qué suerte».

—No está —informó al comisario.

Aldonza ya había empezado a pellizcar su rosario tembloroso. Fray Isidro apretó los dientes para disimular su sonrisa; acarició el crucifijo y dijo mentalmente: «gracias, Señor Jesucristo, por salvarlo».

Fray Bartolomé mudó de aspecto. Sus redondeces no expresaban bonhomía, sino malestar.

—Si huye, será peor —murmuró.

La mujer estuvo a punto de caer de rodillas. Alcanzó a susurrar:

—¿Huir? ¿Por qué va a huir?

—El capitán Valdés aguarda en la calle —el comisario extendió su índice hacia el zaguán—; si no se presenta no seguida, lo traerán por la fuerza.

Aldonza rompió a llorar. Francisco corrió hacia el fondo de la casa. El capitán Valdés y un par de auxiliares ingresaron al patio y se apostaron ante las puertas. Se reconstruyó bruscamente la atmósfera de un año atrás, cuando arrestaron a don Diego.

El comisario se puso severísimo, el capitán, prepotente, y la familia, aterrada. Tras los esbirros hicieron su aparición los oscuros familiares: habían sido informados e invitados; concurrían a una dolorosa fiesta. Los únicos que no se habían enterado eran el reo y sus parientes. Igual que un año atrás. El Santo Oficio hacía culto y gimnasia del secreto. También de la insensibilidad, cuando estaba en juego la pureza de la fe. No importaba la desesperación de Aldonza ni verla abrazada a las sandalias del comisario. No conmovía la ausencia del jefe de la familia ni la ruina en que se había convertido esa vivienda. Se metieron en las habitaciones para buscar a Diego. Tiraron del mantel para escudriñar bajo la mesa, abrieron los pocos arcones que quedaban, corrieron las camas sin colchón, revisaron la cocina desmantelada y dieron vuelta el cuarto de los esclavos. Finalmente lo encontraron en el corral, desde donde intentaba escaparse a la casa vecina. Hubo un rabioso forcejeo. El acusado se negaba a comparecer y gritaba que lo soltasen. Cuatro hombres lo trajeron a la rastra al primer patio —donde esperaba fray Bartolomé—. Diego se sacudía como una embarcación en el mar. Daba tirones hacia los costados y hacia arriba, pero no lograba zafarse. El capitán le puso la daga en el cuello.

—¿Te vas comportar con decencia, marrano apestoso!

Diego se aquietó. Lo bajaron. Se enderezó, corrió el pelo de la frente y estiró su camisa desgarrada.

—Acércate —ordenó fray Bartolomé desde su silla.

El joven miró en torno. Avanzó dos pasos, lentamente. Después trepidó un relámpago. Fue súbito. Empujó a un familiar contra el capitán Valdés, pateó la tibia de un ayudante y desapareció en la calle. Montó un caballo y voló a galope tendido. Cuando salieron, sólo quedaba la nube de polvo. Los soldados chocaron entre sí y corrieron en busca de sus cabalgaduras. Iniciaron la desordenada persecución. Resonaban los cascos y las maldiciones. La prolija organización de este arresto y su pomposo ritual no habían previsto tanta irreverencia. «Este reptil de diecinueve años lo pagará caro.»

Fray Bartolomé partió con majestuoso enojo y lo siguió el cortejo de familiares. Aldonza se sentó en la silla que poco antes había ocupado el fraile. Francisco se

deslizó hacia el fondo y, tras verificar que nadie lo vigilaba, ingresó en su escondite. «Aquí podría refugiarse Diego en caso de regresar.» Se tendió en la tierra lisa y fresca. Vio a su hermano galopando hacia el matadero y allí, mezclado con la multitud de animales, carretas y esclavos, cambiaba la cabalgadura. Imaginó la persecución de Valdés: el caballo sin jinete le hizo pensar que Diego estaba cerca y ordenaba registrar el hediondo paraje. Sus auxiliares se introducían en los potreros, golpeaban a los peones. Y mientras perdían el tiempo, su hermano ganaba kilómetros en dirección a Buenos Aires.

Antes de oscurecer Catalina ofreció la frugal cena. Francisco acarició la mano de su madre y le quiso transmitir que no era tanta la desgracia: Diego ha logrado escapar, galopa rumbo al océano. Pero esa noche no logró dormirse. Cuando por fin lo venció la fatiga, fue sobresaltado. El estrépito violó el descanso. Se abrieron los párpados de unas candelas. Chocaban hierros. Francisco saltó de la cama y encontró a su hermano sucio y tembloroso entre guardias que lo sujetaban al aljibe. Las lámparas develaron hematomas en su rostro y una estría sanguinolenta en su camisa rota. Estaba maniatado. Lo empujaron hacia la sala de recibo. Uno de los oficiales mandó buscar a fray Bartolomé. Aldonza se precipitó hacia su hijo, pero la detuvieron antes de que cruzara la puerta. Suplicó y cayó de rodillas. Diego intentó sentarse: se lo prohibieron. La espera se prolongaba, tensa y lóbrega. Aldonza rogó que lo dejaran descansar y le permitieran beber agua. Le dijeron que no. Francisco fue al aljibe, llenó una jarra y se la alcanzó sin pedir permiso. Un familiar le arrebató la jarra y volcó el contenido a los pies del prisionero. Ingresó el comisario; lo seguía, soñoliento también, su felino. El familiar que tironeaba los cabellos de Francisco siguió al fraile. Todos entraron en el salón. Fray Bartolomé se sentó ampulosamente, estiró los pliegues de su sotana, acomodó la cruz de su pecho y ordenó que acercaran al reo. El notario acomodó el tintero, las plumas y el papel.

—Identifíquese —pidió.

El joven balbuceó su nombre.

—Profesión.

El joven vio que el comisario se elevaba en el aire y giraba como una pelota. Se restregó los ojos, estaba mareado.

—Profesión —insistió el fraile burocráticamente.

—No sé.

—Patrimonio. Diga cuáles son sus bienes.

Diego bajó la cabeza. «Bienes.» Esa palabra tenía un sonido extraño. «Bienes.» «Bien.» «El Bien y el Mal. Mis bienes.

El comisario enumeró:

—Dinero.

Negó.

—Tierras. Objetos de plata. Caballos. Mulas. Esclavos. Objetos de oro.

El notario hacía correr su pluma sonora. Diego se movía como un olmo empujado por el viento. Iba a caer. Estaba vencido. Y mortalmente cansado. Fray Bartolomé empuñó la cruz y la acercó a su nariz hasta obligarlo a levantar la vista.

—¿Has judaizado?

Diego movió la cabeza negativamente. Al comisario no le alcanzaba.

—¿Contesta! ¿Has judaizado?

—N... no. Soy católico devoto —tembló su voz—. Usted sabe que soy un católico devoto.

Fray Bartolomé devolvió la cruz a su pecho.

—De todas formas —dijo reprimiendo un bostezo—, serás sometido al juicio de la Inquisición. Te llevarán a Chile y allí serás embarcado hacia Lima.

Se levantó. Había concluido la solemne audiencia. El notario terminaba rápidamente el acta legal. Los esbirros tironearon los brazos atados de Diego. Los familiares hicieron una doble fila de honor al redondo comisario y levantaron sus lámparas.

Las pocas horas que restaban de la noche sólo sirvieron para incrementar el desasosiego. A la mañana siguiente el primogénito de Núñez da Silva partiría a reencontrarse con su padre (o con el cadáver de su padre) y fray Bartolomé regresaría con un pergamino en la mano para volver a registrar el patrimonio de estos impenitentes. Terminaría por llevarse hasta los harapos.

Francisco pudo dormirse cuando despuntaba el amanecer. Sus ovillados pensamientos habían sido atravesados por una idea cortante como un sable: «¿Cuándo llegará mi turno?» Había cumplido diez años de edad.

La secuencia conocida: pasos, tranca, llave, crujido, alfombra de luz. Entran varios soldados.

—¡Levántese! —le ordenan.

Francisco hace un esfuerzo enorme. Su cuerpo está débil, cribado de dolor.

Le abren los grilletes. Los herrumbrados anillos se llevan fragmentos de piel y gotas de pus. Sus muñecas y tobillos se asombran por la inesperada libertad. Pero le atan una soga a la cintura. Larga, gruesa, firme.

—¡Caminado!

—¿Adónde me llevan?

—¡Caminando, he dicho!

Tambaleándose, avanza hacia la puerta. Dos soldados le aferran los brazos: lo sostienen y dirigen. Ingresa en el corredor. Por fin pasará algo distinto.

Iban seguido a la iglesia. Aldonza caminaba con paso vencido y culpable, sostenida por una hija de cada lado. Francisco zigzagueaba adelante o detrás, a veces parecía el guía, a veces el perro. La gente procuraba evitarlos. Irradiaban melancolía y desgracia. Así de solas debieron sentirse las tres Marías cuando crucificaron a Cristo, pensaba el muchacho con obstinación. «Cristo fue despreciable como mi padre y mi hermano; quienes lo amaban fueron despreciados también. Aquellos que mataron a Cristo y estos que nos quitan el saludo se parecen.»

A Francisco le gustaban los sermones de fray Santiago de la Cruz, director espiritual del convento dominico, porque no abundaba en amenazas. No asustaba con los castigos del infierno ni se dedicaba a explicarlos con morbosa minucia como la mayoría de los clérigos, que arrojaban pedradas desde el púlpito. Prefería extenderse hacia el lado del amor. Subyugaron a Francisco sus explicaciones sobre las finezas de Cristo. El director espiritual levantaba las amplias mangas de su hábito y se apoyaba sobre la baranda de madera y hacía una breve introducción con labios sonrientes. Sin decirlo, prometía minutos de placer y no de paliza. «Aunque hoy no es Jueves Santo —explicaba—, en el que se pronuncia el sermón del Mandato, vaya referirme a él porque debería estar presente en todos los sermones. Recuerden que en la ceremonia del lavatorio, cuando Cristo se arrodilló y lavó los pies de sus discípulos, incluso los de Judas Iscariote, dijo: "Un mandato nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado."»

Con ejemplos sencillos demostraba que el amor no es sólo una fórmula. «Es cristiano cabal quien ama a los otros. Al final de su vida, Cristo nos ofreció una síntesis de su misión. Amándonos los unos a los otros, lo amamos a Él. De ahí que toda imitación de Cristo debe comenzar por el ejercicio del amor a nuestra madre y a nuestro hijo, a nuestro hermano y a nuestro padre, a nuestro pariente, a nuestro vecino, a los pobres, a los santos y a los culpables. Cada ser humano está señalado por el dedo de Cristo como el destinatario de nuestro cariño —por primera vez levantó su índice—. No hacerlo es enturbiar el éxito de su divina misión.»

En el altar colgaba Jesús. De la corona de espinas descendían los hilos de sangre. Hilos de sangre bajaban de los clavos que atravesaban sus manos y sus pies, una cinta de sangre caía del costado que atravesó la lanza; también brotaba sangre de sus rodillas y de varias partes de su cuerpo flagelado locamente. Sufrió para la felicidad de los hombres. «Sufrió por nosotros, por mi padre y por Diego —pensó Francisco—. Si de imitación de Cristo se trata, nosotros lo imitamos sufriendo ahora.»

Francisco debía presentarse diariamente en el convento de Santo Domingo, escuchar misa, efectuar trabajos de penitencia y estudiar el catecismo. En horas de la tarde volvía a su casa. En el camino recogía los frutos que se asomaban por las tapias. Hacía compañía a su madre y hermanas que a esa hora se sentaban en el patio a bordar en silencio. Para quebrar la atmósfera de duelo les contaba sus peripecias, el arte de los cuzqueños Agustín y Tobías que tallaban relieves maravillosos para un nuevo altar o los beneficios de éste y aquel sacramento que le explicaron en la clase.

Después salía dar una vuelta con la única mula que le dejaron, vieja y mañosa. Partía hacia el río y desde allí tomaba el rumbo de la serranía. El atardecer calentaba los colores. Las aves revoloteaban cerca de su cabeza y le transmitían mensajes. Brotaban fragancias de la creciente quietud. Los cascos de la mula sonaban amortiguados. Mirando hacia atrás, veía la aglomeración de casas junto al río de bordes arenosos.

Desmontó porque la mula parecía herida. Sangraba la pata anterior derecha. Le abrió los pelos y el animal se asustó. Lo acarició y, tomándolo de las riendas, lo llevó de regreso. Se había alejado bastante. En el extremo del camino brotaron dos hombres y una mula. Venían apurados. Era obvio que querían llegar a Córdoba antes de la noche. Reconoció el color de los franciscanos. Uno era esbelto y avanzaba adelante. Lo seguía quien tiraba de la mula: jiboso y con una barba que apenas dejaba asomar la nariz. Dieron alcance a Francisco y le preguntaron cuánto faltaba para llegar a Córdoba.

—Ya están en Córdoba: basta atravesar ese recodo verán la ciudad.

El fraile alto caminaba velozmente; movía los brazos como remos y su mirada causaba impresión: parecía loco. En su manchado hábito se reconocía el polvo del largo trayecto andado.

—¿Vienen de lejos? —preguntó Francisco.

—De La Rioja.

Trató de adaptar su marcha a la de los frailes. Dijo que no conocía La Rioja, pero que su padre había estado allí. El flaco recibió con una leve sonrisa el comentario preguntó quién era su padre. Le contó que era médico y se llamaba Diego Núñez da Silva, que había estado en La Rioja para atender unos enfermos.

—¿Diego Núñez da Silva?

Se acercó a Francisco y lo rodeó con su largo brazo.

—Conocí a tu padre en La Rioja... Lo conocí y hablamos de medicina, entre otros asuntos. Necesitamos médicos en estas tierras. Yo no pude continuar mi formación porque me enviaron al convento de Montilla y después convento de Loreto. A tu padre le impresionaron mis relatos sobre la peste bubónica en España. ¿Sabes qué es

la peste bubónica?

Francisco negó con la cabeza.

El fraile le explicó, entonces, mientras seguían andando. Era evidente que le gustaba charlar: hacía mucho que no hablaba sino con su asistente. Doblaron. La menguante luminosidad mostró el puñado de torres junto a la cinta nacarada del río. Las cigarras agruparon su canto y consiguieron desatar una estridencia de bienvenida. Los viajeros se detuvieron un instante para mirar el paisaje. El fraile esquelético respiraba por la boca, sonreía y dejaba que la brisa le meciera la barba.

Francisco tomó la delantera para orientarlos entre las crecientes sombras. De pronto se expandió un sonido limpio y maravilloso. Era la melodía de un ángel que ponía colores a la penumbra. Nunca había escuchado algo así. Miró hacia atrás y vio al fraile alto con un objeto que sostenía contra su cuello mientras lo frotaba con una vara. Se movía al ritmo de la melodía. Francisco tropezó con las patas de su mula: no podía escuchar esa música y caminar normalmente. Una mariposa gigante derramaba oro y zafiro; sus alas enjoyaban la noche. Tuvo ganas de saltar. La fina vara subía y bajaba con delicadeza mientras los dedos de la mano izquierda apretaban alternativas las cuerdas.

El asistente advirtió el embeleso del muchacho y deslizó a su oído:

—Es un santo. Así expresa las gracias al Señor.

Al llegar a los extramuros dejó de tocar su rabel y lo guardó en uno de los bultos que cargaba la mula.

—¿Podría indicarnos dónde queda el convento franciscano?

—Sí. Queda cerca de mi casa.

—Soy visitador custodial de conventos, ¿sabes? Dile a tu padre que me gustaría verlo mañana. Dile mi nombre: Francisco Solano.

El joven tragó saliva. ¿Cómo iba a decirle que a su padre lo arrestaron por judaizante?

—¿Qué pasa, muchacho?

Francisco bajó la cabeza.

El fraile se arrodilló. ¡Se arrodilló delante del mocito! Apoyó su mano cerrada bajo el mentón y con suavidad le levantó la mirada.

—¿Qué le ha ocurrido a tu padre?

Le dolía la garganta, pero consiguió decirle que no estaba, que lo habían llevado a Lima.

—Comprendo... —murmuró. Se levantó pensativo, miró hacia el cielo estrellado, después a su asistente y ordenó que siguieran la marcha. Ingresaron en la calle real. Francisco volvió a sentir la mano ligera y cálida sobre su hombro. Era el signo de un milagro. Quería abrazarle las rodillas.

Ante la puerta del convento el fraile del rabel se despidió con estas palabras:

—Mañana bendeciré tu casa. Ve con Dios.

Francisco montó su mula y, a pesar de su herida, la obligó a galopar el corto trecho que faltaba. Entró alborotado, buscó a su madre y se arrojó a sus pies. Apoyó las manos sobre su regazo y le dijo: «mañana nos visitará un ángel».

Aldonza había oído hablar del fraile que tocaba un violín de tres cuerdas y a quien le atribuían prodigios pero no creía que se dignase visitarlos. «¿Por qué nos brindaría su tiempo y su bendición? La nuestra es una casa maldita.»

Al mediodía siguiente regresó Catalina muy excitada con la ropa recién lavada en el río, y contó que sólo se hablaba del santo violinista. Las fantásticas versiones coincidían: desarmaba con su música, entendía a los animales y realizaba milagros. Las mangas de su hábito eran más anchas de lo común porque dio de comer a una caravana hambrienta introduciéndolas en el agua y sacándolas llenas de peces; quedaron anchas como testimonio de aquel portento. La andanada de historias que desató la presencia de fray Solano era de por sí inexplicable. Tantas maravillas encantaron a Francisco.

Al final de la jornada se presentó fray Andrés: era el acompañante del clérigo violinista. El muchacho lo reconoció por su joroba (había sido prolijamente afeitado por el barbero del convento). No había sido un sueño, pues. Como su superior aún no había puesto fin a su trabajo —explicó— le parecía justo allegarse para prevenirles, Aldonza le convidó torta y una taza de chocolate. El fraile elogió su sabor y preguntó si eran todos de la familia.

—Sí, todos —respondió la madre.

—Quedamos poquitos —agregó Felipa.

Fray Andrés asintió: estaba enterado. Este tipo de noticias se comunican en seguida. El cuadro de una madre con tres hijos, dos esclavos, una casa vacía y la agobiante incertidumbre sobre el destino de su esposo e hijo mayor debía producir un efecto catastrófico. Comió la torta inclinado sobre la bandeja, lo cual incrementaba la fealdad de su giba. Era obvio que no le interesaba el cuerpo, sino Francisco Solano. Empezó a hablar de él y no cesó de hacerlo hasta que cerró la noche. Por cierto que era atrapante. Parecía la bella historia de un libro. Pero no era una historia fantástica: Francisco Solano existía y este Andrés era la prueba.

Aldonza le ofreció más pastel. Pero Felipa, discretamente, retiró la bandeja: no sea que llegue Francisco Solano y queden tan sólo las migas.

Cuando cruzó la puerta de la casa todos se pusieron de pie. El elevado hombre avanzó rápidamente hacia la madre. Era una figura borrosa en el tizne del crepúsculo.

Los bendijo y se sentó. La capucha caía tras su nuca y la alargada y huesuda cabeza brilló con el resplandor de las bujías que Catalina instaló respetuosamente a su lado. Traslucía cansancio: era verdad que no le gustaba ser visitador de conventos.

Esa noche Aldonza se sintió impulsada a contarle sobre el arresto de su esposo contradiciendo las advertencias que ella misma, por la mañana, había hecho a su hijo. Francisco Solano generaba confianza a pesar de su sequedad de carnes.

Durante la comida narró anécdotas. Una vez, mientras caminaba un territorio de indios, quedó extenuado. Propusieron construirle una especie de silla y lo transportaron en andas. «Yo viajaba casi dormido —rió— y por momentos me sentía un farsante que imitaba al Papa. ¡Horrible pecado de soberbia, desde luego!, pero los dejé hacer porque la ayuda que me proporcionaban, y que yo necesitaba de veras, les hacía bien, Estaban contentísimos, se sentían fuertes y generosos. Si yo, por cuidar mi virtud, hubiese rechazado esa espontánea ofrenda, habría sido un egoísta. Paradójico, ¿no es cierto?»

Al finalizar la cena los sorprendió.

—Mis hermanos esperan que esta noche duerma en el convento. Lo han arreglado estupendamente, Pero no iré. Lo deberían tener siempre bello, no sólo para una inspección. Tampoco les explicaré el motivo: dejaré que lo deduzcan solitos.

—¿Dónde pasaremos la noche, entonces? —preguntó Andrés.

—Tú en el convento. Yo, si esta familia accede, preferiría dormir aquí.

—¿Aquí?

—Sí. En esta casa. Deseo hacerles compañía y testimoniarles mi aprecio.

—¡Es un honor! —exclamó Aldonza—. Le prepararemos el mejor cuarto.

—No, no —movió las manos—. ¿Quieres echarme?

Sólo necesito que me presten un canasto. Dormiré bajo algún árbol, al aire libre.

—Padre...

Extendió los brazos en cruz, resignadamente: «De cuando en cuando me concedo el placer de dormir incómodamente.»

Despidió a fray Andrés.

Catalina limpió la mesa y Aldonza fue a buscar un canasto. Regresó con tres, para que el fraile eligiese. Pero Francisco Solano le pidió que los dejara a un lado, que renovase las velas agotadas y se sentara con él y sus tres hijos a conversar. Formaron una ronda. Al principio se sintieron nerviosos. Su tranquila cordialidad no le borraba el carácter de respetadísimo ministro de la Iglesia. Era difícil entender su calidez por esta familia en desgracia, a menos que se la mire con el anteojo de las paradojas, a la que se mostraba propenso.

¿Era este fraile un enviado del cielo? ¿Fue bueno y oportuno que Francisco le haya hablado de su padre? Las ranas empezaron a repicar y las luciérnagas se asomaron intermitentemente en los rincones oscuros. La sobremesa llevaba a un clima confidencial. La única disonancia —disruptiva, inquietante— era la tos de

Aldonza.

Francisco Solano contó sobre su encuentro en La Rioja. Lo llamó por su nombre, dijo licenciado Diego Núñez da Silva. Les habló del sonado juicio a Antonio Trelles que empezó porque intentaba ejercer la medicina sin el respaldo de una certificación y culminó en el delito (no del todo probado) de judaizante. Parte de su vajilla la adquirió Diego Núñez da Silva a un elevado precio para ayudar a su mujer. «Esto revela —señaló— que don Diego tiene un corazón noble.»

Estas palabras desencadenaron en Aldonza una andanada de tos. Se atragantó con lágrimas y flema; era lo más reconfortante que había escuchado jamás. Isabel y Felipa fueron a su lado, la abrazaron, le secaron las mejillas. Francisco se sintió muy infeliz, con tan bello padre lejos, quizá mutilado por las torturas o quizá ahorcado, con su hermano mayor en iguales condiciones, y con su madre desvalida como un bebé de pecho.

Francisco Solano levantó su mano grande y la apoyó sobre la cabeza de la mujer. Balbuceó una oración y dijo que debía seguir teniendo esperanzas. Y que no sintiera descalificación por el hecho de haberse casado con un cristiano nuevo. «Todos, los nuevos y los viejos, somos hijos del Señor. Esta diferencia es desafortunada. Fíjense: los apóstoles fueron cristianos nuevos. Los receptores de las santas Epístolas fueron todos cristianos nuevos. ¿Y quién más cristiano nuevo que San Pablo mismo?» El clérigo se arrellanó en la silla y, mientras jugaba con el largo cordón de su hábito, habló sobre la reciente y peligrosa decisión. «Antes se decía cristianos, moros y judíos. Pero desde que se produjeron conversiones masivas sólo quedan los cristianos. Estos cristianos pueden ser santos o pecadores, pero no buenos por viejos y malos por nuevos. Es —siguió explicando sin exaltarse— una forma grave de impedir que quienes se incorporaron a la fe de Cristo gocen de la misma dignidad que quienes ya pertenecían a ella. Es volver a separar cristianos judíos y mantenidos al margen como antes, son mantenidos al margen con el nuevo nombre. ¿Imaginan cuánto daño ocasiona esto a la tarea misionera? Los indios que se bautizan, ¿qué son sino cristianos nuevos? Su bendito ingreso a la fe verdadera implica al mismo tiempo su condenación.»

—¿Los indios son cristianos nuevos como nuestro padre?— preguntó Isabel, atónita.

—¿Y qué otra cosa pueden ser?

Movió las manos y con ellas las anchísimas mangas. Francisco tuvo la fugaz impresión de que iban a salirle algunos de los peces que recogió en el río. Habló de cristianos nuevos que deberían ser imitados con humildad por muchos viejos, como Juan de Ávila, Luis de León, Juan de la Cruz y Pablo Santamaría. Proviene de familias judías de rabinos. «En La Rioja, mi vicario era también cristiano nuevo. Me prestó mucha ayuda, aunque era un pecador insistente. Todos los días cometía una

falta menor. ¡Todos los días! ¡Qué hombre! Yo le suplicaba y le reprendía y hasta amenazaba. Inútil. Llegué a pensar que pensé correctamente, que el Señor utilizaba a este vicario para demostrar que yo no era tan persuasivo como dicen por ahí.»

—Fray Bartolomé Delgado lo arrestará a usted —descerrajó Francisco.

—¿Por qué? —se asombró el fraile.

—Porque usted critica a los que persiguen cristianos nuevos. Usted defiende a los cristianos nuevos.

—Pero no a los herejes —levantó la voz y un destello marcial le iluminó la cara. Se produjo un silencio incómodo.

—No a los herejes —repitió el fraile, bajando al tono habitual.

—¿Mi padre es hereje? —titubeó Felipa.

—No lo sé. Lo determinará el Tribunal del Santo Oficio.

—Usted dijo que tenía un corazón noble.

—Lo dije. Pero la herejía es otra cosa. La herejía es un ataque a Dios y una alianza con el demonio. Es gravísima.

—Nos dijo que no tuviéramos vergüenza —intervino, medrosamente Isabel.

—Lo dije. No tengan vergüenza y sean fuertes para evitar la tentación. Si Diego Núñez da Silva ha pecado, lo sabremos. Puede arrepentirse. Si no cometió algo atroz, lo van a reconciliar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Francisco.

—Perdonar, tras alguna penitencia adecuada.

—Entonces nuestra madre podrá salir tranquilamente a la calle.

—Puede salir ahora.

—No —replicó Francisco—, porque le dicen cosas feas.

—Hijo, cállate —protestó Aldonza con el puño en la boca, frenando otro acceso de tos.

—Ni ella ni mis hermanas se animan a salir —añadió Francisco—. Es humillante caminar hasta la iglesia, ir a misa.

—¡Absurdo! —exclamó el fraile.

—Es verdad —insistió Francisco—. ¿Qué pasó la última vez?

—Nos tiraron cáscaras —contó Felipa.

Amanece. Una fresca y húmeda quietud le besa la cara. Varias mulas y soldados aguardan ante la puerta del convento. Los brazos que aferran a Francisco lo ayudan a montar. Oye que dicen «sargento», «equipaje para la prisión», «Santiago».

¿Lo llevan a Santiago de Chile? Un oficial pronuncia «Maldonado da Silva». Resuena «Silva».

«Silva» —evoca Francisco—, del linaje de Hasdai y Samuel Hanaguid.

A la madrugada se produjo un griterío. Francisco Solano no había exagerado cuando anunció que compartiría su desayuno con los pájaros del amanecer. Desmenuzó la torta en migajas y atrajo sobre sí una bandada hambrienta. Catalina experta ya en atrapar avecillas para enriquecer el caldero, se abalanzó sobre ese fantástico amontonamiento con su red de cáñamo, lo cual horrorizó al fraile. La negra creyó que usaba esas migas para atraerlas y que debió ayudarlo a cazarlas. Francisco Solano la empujó y Catalina supuso que estaba enojado porque atrapó escasas piezas: se lanzó con renovada energía contra otro conjunto de pájaros que picoteaba aceleradamente. El fraile le gritó que se fuera y ella replicó a los gritos que hacía cuanto podía.

No quedaba más torta e Isabel le ofreció unas frutas. Comió higos y partió hacia el convento. Quería llegar para la misa. Antes de irse comentó que en unos días hacia el Paraguay, donde se encontraría con Fray Bolaños, su entrañable amigo. Ofreció venir a buscarlos para la misa de la mañana siguiente.

—¿Venir a buscarnos?

Sí, aclaró, para caminar juntos hacia la iglesia. De esa forma enseñaría a los malos cristianos cómo se debe tratar a quienes padecen una situación difícil. Aldonza volvió a toser.

Por la tarde apareció fray Isidro: se había enterado de la visita del franciscano. Se había enterado la ciudad, exageró.

—Nos explicó por qué no le gusta que nos llamen cristianos nuevos —Francisco le espetó a quemarropa.

—Tu madre no lo es.

—Mi padre sí lo es, y yo también, y mis tres hermanos —prosiguió Francisco enfáticamente—o Nos mostró que es un nombre malo, un nombre para identificar a los judíos.

—Puede ser —sus ojos protruidos buscaron otro interlocutor para zafar el asedio.

—¿Qué son los judíos? —planteó a continuación.

Se echó atrás con sorpresa y algo de susto.

—¿Qué son los judíos?

Fray Isidro pasó los dedos por su rala cabellera blanca y después circuló el dedo mayor por el borde de la tonsura. No era sencillo responder a tal demanda.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Porque me han dicho judío, marrano judío.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Le pregunto qué significa, y usted me pregunta quién me lo ha dicho.

—No puedo responderte. Más adelante lo sabrás.

—¡Es ridículo! Necesito saberlo ahora. Por favor.

—La impaciencia no es una...

—¡Qué impaciencia, padre! —imploró.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es verdad que adoran una cabeza de cerdo?

—¡Cómo! ¡Eso es un disparate! Dime, ¿quién te ha dicho semejante disparate? —

Lorenzo.

—¿El hijo del capitán?

—Sí.

—No adoran una cabeza de cerdo. No adoran ningún animal, ninguna imagen.

—Lorenzo dice que sí. ¿Por qué no comen cerdo los judíos, entonces?

—Porque sus leyes lo prohíben. Una cosa no relación con la otra.

—¿Por qué los judíos son unos marranos, entonces?

—¡Una cosa no tiene relación con la otra! ¡Te lo acabo de afirmar!

—¿Por qué me gritan marrano judío?

Lo apretó, con ambos brazos y zamarreó.

—Hablan así los cristianos ignorantes e irresponsables.

—Usted no me dice la verdad.

—¡La verdad!... ¡Es tan complicado explicarte! Mira: tu padre es cristiano nuevo, y eso desagrada a los viejos.

—¿Quiere decir que es judío?

—Lo quieren seguir identificando como judío. ¿No te lo dijo Francisco Solano?

—Fue judío, entonces. O ¿es judío?

—Sus antepasados fueron judíos.

—No comía cerdo.

—No. Pero no adoraban eso que te han dicho. No adoraban imagen alguna.

—¿En qué creen, entonces?

—Sólo en Dios.

—¿Por qué son distintos de nosotros?

La aparición de Felipa le permitió librarse de este diálogo. La joven dijo que su madre se sentía mal y le rogaba que fuese a verla. El clérigo, antes de encaminarse al aposento de Aldonza, le ordenó a Francisco que rezara diez padrenuestros y diez avemarías: «te confortarán».

Francisco Solano cumplió su promesa. Vino al día siguiente acompañado por Andrés, su giboso ayudante.

Aldonza parecía más pequeña y encorvada con su negro pañolón ocultándole el cabello, la frente, y parte de las mejillas; sólo dejaba ver las ojeras azules. El fraile pidió que marchara a su derecha. Esa sola distinción le provocó ahogos. Isabel se colocaría a su izquierda. Francisco adelante y Felipa atrás. Siguiendo a Felipa, como

cierre del conjunto, venía Andrés: Dibujaban una cruz. Una cruz humana que iba a la iglesia con espíritu exhibicionista. En el centro sobresalía la huesuda cabeza de Francisco Solano que provocó rumores en cadena. Esta lección de solidaridad sólo fue entendida por algunos.

Fray Martín de Salvatierra, comisario de Concepción, espía al pequeño grupo de hombres desde una ventana apenas entreabierta. En el centro, debidamente atado con una soga, viaja el reo. Tiene la barba y el pelo crecidos, lo ve desmejorado. El arresto, interrogatorios, testificaciones y organización del traslado se han cumplido con disciplina eficaz.

—El Señor lo ayude a reencontrar la verdad —ruega—. Que el largo viaje a Santiago de Chile opere en su alma como el camino de Damasco en el alma del Apóstol.

El destino de Isabel y Felipa fue resuelto por fray Bartolomé de la forma que él quería. Consideraba imprescindible que las muchachas se incorporasen al grupo de novicias que constituiría el núcleo del inminente convento de monjas. El obispo Trejo y Sanabria tenía la firme decisión de inaugurarlos a la brevedad. Convenía ayudar al obispo y, en su calidad de comisario, se anotaba un triunfo al conseguir que la descendencia de un hereje se comprometiera con la verdadera fe. Las normas exigían que las futuras esposas de Cristo se acercasen al himeneo celestial con una dote. ¿Cómo obtener esa suma si su patrimonio había sido confiscado y enviado a Lima? Vino en su ayuda la Divina Providencia. En efecto, Juan José Brizuela, dueño de la casa donde aún habitaban Aldonza y sus hijos, fue arrestado en Santiago de Chile. El inmueble debía ser pagado por Diego Núñez da Silva con lo que esperaba obtener vendiendo su residencia en Ibatín. Pero esta residencia ya había sido enajenada a buen precio: gracias a la intervención del implacable familiar Antonio Luque el dinero viajó íntegro, a lomo de mula y bien custodiado, hacia la tesorería inquisitorial. Núñez da Silva no estaba en condiciones, pues, de cumplir su obligación. El arresto de Brizuela imponía vender a terceros su propiedad de Córdoba: los gastos del juicio requerían con urgencia ese dinero. Y aquí fray Bartolomé Delgado hizo alarde de su habilidad: se dirigió al encomendero Hernando Toro y Navarra cuya creciente riqueza no armonizaba con la mesticia de su vivienda y le propuso una ventajosa operación en nombre del Santo Oficio: le vendía la casa de Brizuela a un bajo precio si donaba futuro convento de monjas la dote de Isabel y Felipa Maldonado. Rápidamente llegaron a un acuerdo. Y el satisfecho fraile se ocupó de transmitir, con su gato y su sonrisa, la buena nueva a los interesados.

Aldonza cruzó los dedos y, aturdida, preguntó a la Virgen dónde irían a vivir ella y Francisco. La Virgen le derramaba fragancias desde el altar, pero no la respuesta.

—Por lo menos —consoló a Francisco con interrupciones de tos—, tus hermanas quedan a salvo. El convento será inaugurado muy pronto. Ya es una decisión firme del obispo. No podría pedir mejor futuro para mis hijas. Fray Bartolomé es un bienhechor. Ellas tendrán comida, techo y dignidad. ¿No debo estar agradecida?

Se fijó la fecha en que las muchachas debían presentarse en lo de Leonor Tejeda, la viuda que donó sus bienes y su residencia para construir el primer convento de monjas bajo la advocación de Santa Catalina. Cada una debía llevar todas sus pertenencias. En el nuevo hogar se les indicaría qué uso darles: las ropas serán zurcidas, reformadas, quedarán para uso diario o serán donadas a los menesterosos.

Isabel y Felipa revisaron los pocos arcones que aún quedaban y juntaron un reducido y gastado ajuar. La negra Catalina las ayudó a coser y remendar los defectos. Tampoco esta esclava sabía dónde iría a parar. Junto con Luis preparó un

almuerzo de despedida. Recorrió el vecindario e incorporó a su canasta cuanto fruta, hortaliza o grano se presentaba en el camino. Luis se las arregló para llenar una botija de vino rojo en el convento de los mercedarios con la necesaria complicidad de fray Isidro. Aldonza luchando contra la debilidad que la tironeaba al lecho, sacó el único mantel bordado que le quedaba y no fue vendido gracias a un manchón. Felipa e Isabel distribuyeron los restos de la vajilla: un plato de cerámica y tres de lata, cuatro jarras con los bordes torcidos, tres cuchillos mellados, el salero y una fuente de barro. Aldonza recogió las flores de las papas sembradas en el huerto y las instaló en el centro de la mesa.

Durante la inquietante comida Felipa hizo bromas sobre las flores que puso su madre: las comparó con jacintos. Isabel se rió de la fuente de barro que viajaba repetidamente al caldero para traer nuevas raciones. Francisco simuló degollarse con el cuchillo cuyas melladuras sólo hacían cosquillas. Aldonza comió lentamente y sonrió a las estúpidas ocurrencias de sus hijos. Por la tarde debían presentarse en lo de Leonor Tejeda.

Isabel y Felipa acomodaron los fardos sobre sus cabezas, como las esclavas. Empezaron la marcha hacia su nuevo hogar acompañadas por la madre y Francisco. En la calle las sombras de las paredes de adobe se estiraban como charcos de tinta. Algunos viandantes giraban para contemplar a esa mujer que parecía viuda y a sus hijos de sangre abyecta. Murmuraban, pero ya no agredían. Era sabido que las muchachas iban hacia el noviciado: estaban limpiándose de la herejía cometida por su padre. Francisco los miraba de soslayo y captaba las expresiones de odio, lástima, aprobación y desprecio. Cada vecino se sentía autorizado —y obligado— a opinar sobre los parientes de un marrano.

Los recibió una monja de cara muy arrugada. Había venido de Castilla por equivocación y la mandaron a esta casona para ayudar a Leonor Tejeda en la organización del convento. Tenía la virtud de pasar desapercibida y consiguió que en la pequeña Córdoba se tuviese una etérea noción de su existencia. Quizá con este recato pretendía mostrar cómo debe comportarse una esposa de Cristo. Miró al conjunto con ojitos de ratón y los invitó a pasar. A Francisco le ordenó quedarse afuera.

—Hombres, no.

Vestía una amplia túnica negra con mangas colgantes terminadas en punta. Su níveo escapulario era la muestra de su obsesiva pulcritud. Una correa azabache le rodeaba la cintura y de su cuello colgaba un rosario de madera clara. La cofia almidonada temblaba sobre su cabeza. Achicharrada, encorvada y casi ciega, emitían un extraño vigor. Caminó adelante por el corto zaguán y dobló a la izquierda cuando llegaron a las galerías del primer patio. Un par de novicias le preguntó si necesitaba algo.

—Luz —respondió secamente e indicó a sus visitantes que tomaran asiento en un banco de algarrobo. Trajeron el candelabro—. Para ellas —dijo—: yo veo mejor en la oscuridad.

Isabel y Felipa depositaron sus bultos a los pies y cruzaron las manos. Aldonza tosió y se disculpó.

—Estas niñas —comentó la monja con voz cortajada por el fino temblor que se le irradiaba desde la cofia— han sido distinguidas por la Iglesia. No me gusta halagar en vano, pero quiero que sientan gratitud.

—La sentimos —confirmó Aldonza—, la sentimos.

—Fray Bartolomé me habló de las virtudes de estas niñas.

—Es un hombre santo... —apoyó Aldonza.

—Gracias a Nuestro Señor y la Santísima Virgen.

—Ahora estas niñas deberán aprender a vivir en el sagrado retiro de los claustros.

La noche caía dulcemente. Algunas bujías se iban encendiendo en las austeras celdas monacales. Se expandía un cálido olor de resinas y madre selvas.

—Puedes despedirte de tus hijas —dijo a Aldonza.

Isabel y Felipa permanecían tiesas entre su madre y la vieja monja, entre su mundo conocido y el mundo por descubrir. Se desprenderían del pasado que, a pesar de sus amarguras, les dio compañía, amor y cuotas de felicidad; ingresaban en un futuro enaltecido pero secamente reglamentado. Atrás quedaban su infancia y los ensueños que incluían algún magnífico caballero. Adelante las aguardaba el disciplinado servicio de Dios. Con angustia miraron la oscura vegetación del patio donde se insinuaban macizos de flores; durante años mirarán este patio y las mismas flores. Se volverán a sentar en este banco de algarrobo y evocarán este instante. También miraron a las pocas novicias que se desplazaban sin ruido, como espectros. Ellas harán lo mismo.

Aldonza tendió sus manos y tocó las de sus hijas. Las acarició. Después empezó a toser flema, a toser lágrimas y, sin dejar de toser, las abrazó fuerte, les sobó la espalda, la nuca y los brazos y repitió entre ahogos y explosiones «Que Dios las bendiga», Felipa, con las mejillas empapadas, pidió a la monja que les permitiera despedirse de su hermano. Corrió un sonoro pasador de hierro y abrió lo suficiente para espiar. Una lista de luz externa se encendió en el piso. Ahí estaba el muchacho, sentado contra la gruesa pared. Se incorporó como resorte y abrazó a sus hermanas. Nunca las había sentido tan afectuosas. Tampoco había imaginado que dolería tanto la separación. ¿Perdía también a Isabel y Felipa? ¿Se le caerán todos los miembros de su familia como caen los dedos de un leproso? Las necesitaba estampar en su cuerpo. Pero se despegaron, trémulas y asustadas.

Aldonza y Francisco regresaron con piedras en los zapatos. Ella murmuraba avemarías; Francisco se acordaba del «benefactor» hijo de puta y su asqueroso gato

lechoso que hizo añicos su familia. Se acostó sobre la estera y miró el cielo a través de la ventana de su habitación. Intentó leer los astros. Otra vez quiso captar su alfabeto misterioso. Quizá los astros que no parpadeaban eran las vocales. Venus podría representar la A y Júpiter la E, por ejemplo. Las estrellas serían las consonantes. Pero habría demasiadas consonantes. «No, creo que por ahí no resuelvo el enigma,» Los sabios de la Antigüedad contemplaron el cielo iluminado como a un cuerpo vivo. Las constelaciones se articulan y tragan figuras, pensó. Al mismo tiempo, pedazos de esas figuras son parte de otras, se superponen imágenes. Como si debajo de la piel que se diseca aparecieran los músculos y debajo de ellos los huesos y dentro de los huesos la médula. El esplendor está dado por la exhibición simultánea de todos los planos: un cuerpo vivo que, además de su envoltorio, deja ver las entrañas. «¿Habría que leerlo como al *Tratado de anatomía* de papá?»

Sus esfuerzos cargados de rabia imploraban un mensaje de aliento que no pudo obtener. Su interrogatorio las estrellas prosiguió en las noches siguientes, los años siguientes.

Hernando Toro y Navarra, el encomendero que adquirió la propiedad de Juan José Brizuela y donó la dote de Isabel y Felipa, fue a tomar posesión del inmueble en una mañana de invierno. Calzaba botas sucias y rotas pero vestía camisola de seda, chaleco de terciopelo azul y un sombrero de alas anchas. El contraste mostraba su origen labriego y su reciente fortuna. No sabía leer pero tal resolvía en un instante cualquier operación aritmética. Castigaba con deleite a sus indios y se condolía por los enfermos. Toro y Navarra era fuerte y bruto.

Recorrió la casa semivacía. Ordenó que la limpiasen de recuerdos. Una escuadrilla retiró los últimos arcones, muebles y objetos en un santiamén; los amontonaron en el embarrado tabuco de los esclavos. Toro y Navarra volvió a mirar los aposentos libres de extraños y vio a la mujer con su hijo sentada sobre un trono bajo el parral desnudo. Pronto ingresaron los muebles de su anterior residencia, que parecían nuevos en comparación con los trastos barridos hacia el fondo.

Fray Bartolomé había tenido que interceder ante el rudo encomendero para que los dejara vivir unos meses en la casa, por lo menos hasta el fin del invierno. Aplicó sus dotes persuasivas y su más persuasiva dignidad de comisario. El ricachón les asignó lugar en el cuarto de la servidumbre. Luis y Catalina, en cambio, no pudieron quedarse y fueron añadidos a la legión que laboraba las huertas de los dominicos.

El frío y las lluvias obligaban a mantener encendidos los braseros y secar la ropa dentro de los cuartos. La tos crónica de Aldonza se incrementaba. Francisco iba diariamente al convento para efectuar sus trabajos de edificación espiritual y penitencia; antes de regresar junto a su madre conseguía esconder frutas, queso, pan o fiambre. No vaya a creerse que era muy hábil para robar: algunos de los frailes miraban hacia las nubes cuando cargaba las provisiones. La tos de Aldonza, lacerante, retumbaba como un mal augurio. De noche Francisco se tapaba las orejas para no oírla. La imaginaba sentada en la oscuridad, con las venas del cuello ingurgitadas y el rostro cianótico.

Una madrugada despertó con dolor agudo en el costado del tórax: parecía haber sido herida con una faca. Francisco la ayudó a revisar su jergón, pero no había sino hedor de muerte. Ella dijo:

—No es la faca: es el llamado de la muerte.

Francisco corrió en busca de ayuda. Vino la esposa de Toro y Navarra, quien tuvo un gesto de inusual misericordia. Se asustó y mandó llamar a un médico. Le pusieron paños fríos en la cabeza. El médico tomó asiento en una banqueta y con parsimonia tomó el pulso, miró las pupilas, rozó las mejillas de la enferma y pidió que volcaran la orina en la bacinilla en un frasco de vidrio para examinarla a contraluz. Recomendó ventosas diarias, caldo de verduras y la aplicación de sanguijuelas para

extraerle la mala sangre. Francisco ofreció buscar cuanto hiciera menester: las verduras para la sopa, las sanguijuelas y quien aplicase con maestría las ventosas. Voló hacia el convento y regresó con buenas noticias.

Instalaron a la vera de Aldonza, sobre una mesita, doce semiesferas de vidrio grueso y un hisopo. Le indicaron que se acostara boca abajo y le desnudaron la espalda. Una vecina experta iba a efectuarle el tratamiento. Con la izquierda sostenía la concavidad de la semiesfera y con la derecha le introducía el fuego azul del hisopo. Antes que la viboreante llama se extinguiese, la mujer aplicaba sonoramente la boca del vidrio contra la piel. Aldonza respondía con un quejido de sorpresa y dolor. Rápidamente le cubrió la espalda con esos artefactos que succionaban su carne. A través del vidrio se comprobaba que su piel era tironeada con fuerza: abría sus poros, se ponía roja, sudaba. La cubrieron entonces con una sábana limpia. Era necesario que esos vidrios calientes trabajaran por lo menos diez minutos. El vacío de su interior «chupaba» la enfermedad. De esta forma disminuiría también su fiebre, porque era «sacada» por la ventosa. Al cabo de diez minutos la hábil vecina empezó a mover cada vidrio hacia los lados hasta despegar un punto del borde; la ventosa sorbía aire y se desprendía. En un instante sacó las doce semiesferas y la espalda de Aldonza quedó marcada por doce bubones cuya circunferencia negra contrastaba con el interior escarlata. Se puso de lado, trabajosamente.

—Dentro de un rato se sentirá mejor —pronosticó la vecina.

Las aplicaciones se repitieron a diario. También la sangría mediante sanguijuelas. La señora de Toro y Navarra le hacía una visita por las tardes. Dos de sus esclavas se ocupaban de prepararle la comida.

Francisco, al regresar del convento, la encontró levantada, cubierta por un largo camisón de estameña. Aprovechaba la recuperación incipiente para efectuar unos arreglos. Pero cuando descubrió la finalidad de esos arreglos, Francisco sufrió un desgarró: había buscado y terminado de coser su mortaja. La depositó prolijamente doblada junto a su cabecera. Sobre la mortaja puso el cinturón de seda que había usado en el casamiento. Arriba, como un pisapapeles, instaló el crucifijo que le regaló su madre ya muerta. Contempló la lúgubre pila con satisfacción, casi con esperanza. Pidió a Francisco que la ayudara a recostarse. Había adelgazado mucho y estaba vieja. Cada movimiento exacerbaba su dolor. Los quejidos se le escapaban contra su voluntad.

—Hijo: quiero confesarme.

Salió en busca de un sacerdote. Esquivando charcos, fue a lo de fray Bartolomé. No podría explicar por qué sus pasos lo llevaban hacia allí. Iba al convento dominico con los ojos cerrados. Atravesó el portal gris, cruzó en diagonal el destemplado claustro y se plantó frente al comisario. Lo encontró junto a la puerta de su celda con el ovino gato sobre las rodillas, leyendo un informe.

—Padre...

El clérigo lo miró a través de las cejas, molesto por la interrupción, y no se movió hasta que el muchacho le informó sobre la urgencia. Tardó aún varios segundos en reaccionar, como si no hubiera entendido. Después lo recorrió un estremecimiento, depositó los papeles y levantó su cuerpo pesado.

—Vamos —dijo.

Nunca marchó tan de prisa. Su abdomen se movía locamente y de su papada salían vagidos estertorosos. El gato corría unos metros junto a su pie derecho y alternaba otros metros junto al izquierdo. Su apuro por llegar junto a la moribunda disminuyó la hostilidad de Francisco hacia ambos. Miraba de reojo el cuello del gato y decidió que en ese momento no lo degollaría; tampoco le cortaría la papada a fray Bartolomé. Exhalaban cierta inexplicable bondad. Quizá Aldonza tenía razón. O tal vez esa bondad era sólo la penitencia que se aplicaban por haberle arrancado su marido, su hijo y sus hijas. Esa penitencia supuesta se convirtió en real cuando la enferma balbuceó:

—Gracias por venir, padre. Pero me confesaré con fray Isidro.

—Estoy preparado para recibir tu confesión, hija —resistió el comisario.

Ella negó con la cabeza. Fray Bartolomé se puso pálido. La faca que días atrás penetró en el tórax de Aldonza se clavó en el corazón del fraile. «Bien, mamá —sonrió Francisco—: era la respuesta que alguna vez quería escuchar de una santa como tú.» Y corrió otra vez, pero en busca del fraile con ojos saltones y espíritu cobarde.

Isidro no se sobresaltó como fray Bartolomé: estaba resignado a esperar la calamidad siguiente como eslabones de una cadena. Sin decir una palabra recogió la vestimenta ritual y el sagrado óleo. Presentía que Aldonza necesitaba algo más que confesión. Su marcha contrastó con la de fray Bartolomé. Era digna, casi solemne, mientras la de aquél fue descontrolada. Fray Isidro asumía la potestad de su sagrado rol, mientras fray Bartolomé perdió los empaques de su arrogancia. Isidro se sentía limpio y en paz; Bartolomé turbio y con culpa. Isidro se comportaba con esa terrible oportunidad como a don Diego le hubiese gustado.

Ingresó en la habitación calefaccionada por el humeante brasero y los vapores de las hierbas. Hizo la señal de la cruz y quedó a solas con la enferma. Fray Bartolomé fue invitado por el dueño de casa a tomar asiento en el salón de recibo que tenía muebles nuevos y lujosos. Hacía demasiado frío para permanecer afuera.

Francisco pasó a otro cuarto donde una esclava planchaba ropa sobre una larga mesa. Se acurrucó en suelo. La negra vació la ceniza de su plancha de hierro y la llenó con carbones; aseguró el cierre de la ventanita por donde los introdujo y después balanceó vigorosamente el pesado artefacto para que se calentara la base. Tendió la ropa, la asperjó levemente y aplicó su plancha. Con su mano izquierda

estiraba la tela y con la derecha borraba las arrugas. De vez en cuando miraba al afligido muchacho. Afuera, los árboles desnudos recibían una garúa helada.

Reapareció fray Isidro con las ventosas de sus ojos cubiertas de lágrimas. Caminó despacio bajo las agujas de la llovizna, los brazos colgantes, encorvado. Francisco se envolvió con una arpillera y fue a su encuentro se tomaron las manos y se abrazaron en la gélida intemperie.

Francisco se acercó a su madre. El cuerpo estaba cubierto con una frazada; emitía quietud. De cuarzo eran sus flacas mejillas. En su frente, repentinamente liberada de los surcos que expresaban el sufrimiento, relucía la cruz del óleo sagrado. Ella ya no respondería; tampoco tendría accesos de tos. Se había convertido en un pedazo de eternidad. Francisco avanzó cautelosamente, con miedo de cometer una profanación. Se arrodilló junto a ella. La miró transido de puntadas. Sus dedos caminaron vacilantes hacia la mano querida e inmóvil. La tocó, la apretó. Entonces empezó a llorar con una mezcla de quejido animal y de asfixia. Le rodeó la cara con las manos, aún tibia de fiebre, y le besó la frente, las mejillas flácidas la nariz, los labios, el mentón. Era atroz comprobar que estaba muerta.

Libro segundo: Éxodo

El Trayecto De La Perplejidad

Lorenzo Valdés volvió a ser amigo de Francisco cuando murió Aldonza. Concurrió al velatorio y caminó tras suyo bajo la llovizna hasta el cementerio. A la semana siguiente fue a buscarlo al convento de Santo Domingo. Lorenzo atribuía a entrenamiento precoz su agilidad para montar caballos, trepar árboles y caminar sobre cuerdas.

—Hay que empezar por someter mulas para poder someter indios —sentenciaba su padre.

Se había acostumbrado a visitar periódicamente el fragoroso potrero para sobar dos o tres bestias y lucirse ante la peonada. Invitó a Francisco. Los potreros condensaban ensañamiento y valor. Eran una buena escuela para los hombres que debían enfrentar la adversidad de este continente salvaje. El capitán de lanceros celebraba la fiereza de su hijo. «Monte, pegue y domestique: así se hace un buen soldado.»

Lorenzo conocía mestizos y algunos caballeros españoles sin dinero que se dedicaban cotidianamente a amansar mulas chúcaras por una reducida paga. Pidió que le facilitasen un lazo y se introdujo temerariamente en el potrero. Los animales, provistos de extraordinaria sensibilidad, registraron la intrusión y empezaron a dar corcoveos. Una sísmica ondulación recorrió la masa gris. Algunos empezaron a correr, otros giraban en redondo y empujaba a los vecinos. Los cascos levantaban polvo mezclado con el estiércol. Lorenzo corrió tras los más briosos. Del oleaje se elevaban sus gritos y el lazo en continuo revoleo. Finalmente echó la cuerda y una mula humeante cayó de hocico. El animal tironeó convulsivamente, arrastró a Lorenzo. Varios peones acudieron en su ayuda y la abatieron. El furioso jumento pataleó, intentó morder. Le ataron las patas mientras otros le sujetaban la cabeza con un firme acial y le ponían el jaquimón. La bestia dio cabezazos contra el suelo lastimándose los ojos y los dientes. Le fijaron otro cabestro al pie y la dejaron en aparente libertad. Se incorporó con un bramido. De su cabeza goteaba sangre. Parecía decidida a tomarse venganza, pero como estaba atada por dos cabestros, los movimientos la trabaron. Aumentó su desesperación; giraba curvando el lomo y emitía trompetazos. Lorenzo saltó sobre la montura. La bestia se sintió ultrajada y removi6 locamente las vértebras. El jinete se inclinó sobre la nuca del animal y le agarró las orejas como si fuesen un manubrio. Sus piernas se adhirieron al sudado abdomen y no iba a disminuir la intensidad del abrazo por ninguna razón. La mula ofendida tronaba y giraba en redondo y lanzaba coces contra sus escurridizos enemigos. Su lucha estéril la decidió por la huida en línea recta. Esto ocurría siempre. Lorenzo estaba preparado, con las piernas ceñidas en torno a la panza y las manos a punto de arrancarle las orejas. El animal partió como un disparo, pero los peones que

sujetaban el cabestro lo sabían y frenaron de golpe la intentona. El pique y la repentina oposición de la rienda quebró su pescuezo. Quedó aturdido. Entonces arremetió contra los peones como si fuese un toro. Lorenzo le clavó las espuelas con un grito salvaje. Una, dos, seis, diez veces seguidas. Con máxima ira, hasta que le hizo brotar sangre. La acémila perdió la orientación y se doblaba en arco para sacarse la máquina que lo lastimaba sin piedad. Lorenzo no se desprendió: gozaba esta guerra.

Francisco observaba con inquietud. Pegado a la cerca de troncos, acompañaba con sacudidas a su amigo en ese coito singular. Lorenzo era despedido al aire y volvía a clavarse sobre la mula que no cesaba en sus corcoveos. Le torcía las orejas y le vociferaba obscenidades. La mula, envuelta en una campana de polvo y sudor, iba a caer agotada, pero antes recibió más golpes aún.

Cuando parecía al borde del colapso le quitaron la venda de los ojos. El diestro jinete soltó las orejas —milagrosamente pegadas aún a su cráneo—. La acémila coposa de espuma, dio vueltas, borracha. Finalmente Lorenzo la condujo hasta el capataz para que comprobase si estaba sometida.

—Bien sobada —reconoció haciéndole una caricia sobre la húmeda crin. Era la primera caricia que este animal recibía en su vida.

El jinete hizo un gesto de triunfo y desmontó. Merecía descansar un rato antes de domar otra mula. Caminó hasta la cerca, trepó entre sus ranuras y se sentó junto a Francisco. Estaba agitado y respiraba por la boca como un perro al desprenderse de la hembra. Recogió las rodillas y se abrazó a las piernas. Francisco lo admiraba contradictoriamente: no le tentaba la doma.

—No te animas —rió Lorenzo—. Ya lo harás. Es fácil.

Mientras continuaba la faena. Era un placer viril que no parecía trabajo. Por eso no había indios. Ellos no participaban: eran considerados lentos y torpes. Cuando alguno conseguía una mula chúcara a bajo precio —flaca, de vasos débiles o enferma— la llevaba a su choza y amansaba con un método muy diferente al español. En lugar de domesticarla con una sangrienta paliza, la amarraba a un tronco en la parte más seca de su patio. Y allí la dejaba la durante veinticuatro horas sin darle de comer ni beber. Después le tocaba el lomo para verificar si estaba mansa. En caso de que aún evidenciara brío la dejaba otras veinticuatro horas en las mismas condiciones. Si le preguntaban por qué procedía de esta forma, contestaba:

—Quiere descansar.

A Francisco no le atraían las pasiones de Lorenzo, pero celebraba su arrojo. Hablar con él y verlo actuar le producía un bienestar inexplicable. Aumentó su pasión, en cambio, por algo más criticable que una doma: los libros. Lo desconcertaba que en el convento, donde le ofrecieron techo y comida, se los retacearan. Los representantes locales de la Inquisición no estaban tranquilos sobre la

pureza de fe que imperaba en su corazón. Era posible que el hereje enjuiciado en Lima hubiera vertido veneno en el joven. Había que estar alertas.

Tras insistentes ruegos, Francisco pudo obtener permiso para leer el devocionario. Y en lugar de gozarlo morosamente y a razón de unas pocas páginas diarias, lo ingirió en medio mes. El reencuentro con la letra escrita le proporcionó horas de olvidada dicha. Podía abstraerse de su desvalimiento. Algunas frases le hacían sonreír, otras lagrimear. Cuando terminó fue a pedir otra obra, pero se la negaron. Empezó de nuevo el devocionario a partir de la primera página y tuvo tiempo de darle cinco repastos hasta que fray Santiago de la Cruz, algo más confiado por la buena siembra ya cumplida, le entregó una apologética biografía de Santo Domingo, el fundador de la orden a la que pertenecía ese convento. Domingo Guzmán nació en España —«como mis antepasados», enlazó Francisco— y la orden dominicana fue, desde el comienzo, perseguidora de la sucia herejía albigense y por eso la distinguieron como el brazo fuerte de la Inquisición. Domingo Guzmán recorrió muchos países y llegó hasta la lejana Dinamarca: fue un predicador subyugante. Ponía en práctica lo que decía. Desnudos los pies enfundado en una gastada túnica y comiendo mendrugos, abría los corazones con súplicas y cierta humillación. Murió a los cincuenta y un años, consumido por las fatigas de su ministerio.

Francisco transmitió al director espiritual algunos comentarios entusiastas sobre el santo. De la Cruz no se dejó impresionar (la educación también era una doma pero sutil).

—Léelo otra vez.

El muchacho acarició las tapas del volumen y volvió a sumergirse en esa historia ejemplar. Cada uno de los viajes y sermones de Santo Domingo tenían un fin concreto: convertir, santificar. Lo hizo para las gentes de su tiempo, pero también para los que vinieron después. Lo hizo para que él, Francisco Maldonado da Silva, aprendiera y reflexionara y se adhiriese con más fuerza a Nuestro Señor Jesucristo. «Para que yo, Francisco, tampoco me extraviase.» Por eso fundó esta orden que lleva su nombre y que se dedica a perseguir desviaciones.

El director espiritual consideró oportuno ofrecerle otra obra: la vida de San Agustín. Este legendario doctor de la Iglesia nació en África, en el año 430. El cristianismo recién emergía en medio de la multitud infiel. Su madre fue nada menos que Santa Mónica y su padre un pagano. Cabría decir, entonces, que este insigne Padre de la Iglesia fue un cristiano nuevo, pensó Francisco. En su juventud recorrió ávidamente todo el albañal de los pecados. «Yo trataba de satisfacer el ardor que sentía por las más groseras voluptuosidades», reconocía en sus *Confesiones*. Luego, tras muchas lecturas y búsquedas, se convirtió. Era ya un experto en filosofía. Lo designaron obispo de Hipona y al poco andar asombró por su inesperada virtud. Pero más asombró por sus escritos, que se convirtieron en un torrente. Produjo libros de

religión, tratados de filosofía, obras de crítica, derecho e historia; escribió a reyes, pontífices y obispos; refutó las herejías con brillo inigualable. Finalmente completó esa joya de las *Confesiones* que Francisco hubiera deseado leer en su totalidad, no sólo en los escasos fragmentos que regalaba la biografía. Sintió ganas de emularlo, de escribir tratados y epístolas.

El director espiritual no le formuló más exigencias: había ganado su confianza, estaba «bien domado». Con cierta picardía le extendió otro libro: era una síntesis de la vida y obra de Santo Tomás de Aquino. Lo ponía en relación con un coloso. Francisco se ruborizó de emoción. Ni siquiera pudo expresar su agradecimiento. Santiago de la Cruz no actuaba con arbitrariedad: regulaba sabiamente su formación. Cuando Francisco le devolvió el volumen sobre Santo Tomás recitándole algunos de sus apotemas, el director espiritual abrió las manos.

—Ya no tengo más que ofrecerte.

—¿Nada más?

—No tengo más libros —se disculpó con un velo de embarazo.

A Francisco se le ocurrió decirle algo, pero no se atrevía aún. Podía interpretarlo mal. Hacía meses que anhelaba conseguirlo. Era un premio que tal vez no merecía. Estaba en la capilla conventual. Pero no, «mejor me callo». Era mucho.

—En la capilla conventual —susurró sin reconocerse la voz.

—¿Qué pasa allí?

—En la capilla... —empezó a transpirar.

—Habla de una vez.

—Hay una Biblia.

—Sí. En efecto. Y, ¿qué?

—Desearía leerla. Desearía...

—Es demasiado para ti —lo miró de soslayo.

—Un ratito por día —imploró Francisco—. Las partes que usted me indique.

—¡Sólo las partes que yo te indique! —exclamó, pero arrepintiéndose en el acto.

—Prometo.

—Nada de espiar en el *Cantar de los Cantares*, ni en *Ruth*, ni en Sodoma y Gomorra.

—Las partes que usted me indique —enfaticó Francisco.

—Bien. Para hacerla fácil, leerás sólo el *Nuevo Testamento*.

—¿Íntegro?

—Sí. Pero ni una página del *Antiguo*.

Horas más tarde se produjo un encuentro de amor. Francisco tomó posesión del enorme volumen que se conservaba en la capilla. Abrió cuidadosamente la robusta tapa y se extasió ante las hojas enjoyadas con viñetas. Ingresaba en un jardín familiar. Leía y contemplaba. Las letras formaban un paisaje con arroyos y collados, Saboreó

los cuatro *Evangelios*, los *Hechos de los Apóstoles*, las *Epístolas* y el *Apocalipsis*. Su anhelo de saber se potenciaba con una incontenible necesidad de creer.

En sus plegarias rogaba a Nuestro Señor Jesucristo, a su Inmaculada Madre y a los santos cuyas vidas estudió y admiraba (Domingo, Agustín, Tomás), que le ayudaran a impregnarse de la verdadera fe. Pero, sobre todo, rogaba que le ayudasen a diluir las gotas de veneno que mencionaban algunos familiares de la Inquisición, por si era cierto que su padre se las hubiera vertido secretamente en el alma.

Cuando el director espiritual se habituó a encontrarlo sumergido en los versículos del *Nuevo Testamento* y tuvo suficientes pruebas de su obediencia, disminuyó la vigilancia. El joven lector no violó su compromiso. Aprendió de memoria la genealogía de Jesús según Mateo y según Lucas y muchas de las frases que pronunció Nuestro Señor en sus años de prédica. Era capaz de señalar los datos que figuraban en un Evangelio y no eran mencionados en otro, así como una docena de las imágenes terroríficas que describía el Apocalipsis. De las *Epístolas* escritas por San Pablo le impresionaba, y gustaba especialmente, la dirigida a los Romanos. La leyó varias veces, pero recién unos quince años más tarde podría entender la razón de ese entusiasmo.

No violó su compromiso por temor a la represalia.

Sería intolerable que lo privasen de la porción secreta. A medida que memorizaba el Nuevo Testamento y que su relectura se convertía en verificación de lo recordado, aumentaba su ansia por zambullirse en el voluminoso *Antiguo Testamento*, pero no lo haría sin autorización (que ya merecía). Se lo dijo a Santiago de la Cruz.

—Sólo para reforzar mi fe en el cumplimiento de la promesa divina —suplicó—. Déjeme leerlo.

—El *Antiguo Testamento* contiene la ley muerta de Moisés —le advirtió el director espiritual con mirada penetrante

—Y la promesa del Mesías —remarcó Francisco—. Jesús, hijo de David, es el Mesías ahí anunciado.

—Que no reconocen los infieles.

—Porque seguramente no saben leer.

De la Cruz sonrió.

—Leen con otros ojos.

—Sí, ojos de infieles.

Sonrió nuevamente. Palmeó a Francisco y levantó el índice.

—Acepto, pero con una condición.

—Dígame.

—Cada duda que aparezca, la conversarás conmigo.

—Es un privilegio —Francisco se ruborizó de alegría.

—Es un deber que te impongo.

El joven besó la mano del director espiritual y corrió a la capilla. El recoleto ámbito estaba más hermoso que nunca. Los cirios elevaban sus llamas quietas hacia las imágenes policromadas. Francisco besó el lomo repujado del grueso volumen. Acarició la primera hoja y, fascinado, leyó:

—«En el principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos...»

Santiago de la Cruz comprobó que la lectura del *Antiguo Testamento* no perturbaba las creencias de Francisco. Las dudas que planteaba ponían de manifiesto su inteligencia aguda, pero no quebrantos de la fe: la destemplanza de Moisés, por ejemplo, o el erotismo de Sansón, la locura de Saúl, los pecados de David, las transgresiones de Salomón, la poca eficacia de los sermones proféticos eran anuncios de los errores que cometerían los judíos en contra de Jesucristo. Asimilaba rápidamente los capítulos más áridos (incluso las aburridas genealogías y las interminables prescripciones del *Levítico* y el *Deuteronomio*) pero no señalaba versículos que contradijeran los dogmas. Por el contrario, se alegraba al reconocer prefiguraciones de Cristo o profecías concretas sobre la llegada de su reino. El talento inusual de este joven lo animó a dar un paso también inusual: presentarlo al obispo, que estaba pasando una temporada en Córdoba.

El obispo Fernando Trejo y Sanabria era un franciscano no obsesionado por el desarrollo de la enseñanza en esta ilimitada Gobernación. Pretendía crear un Colegio de Estudios Mayores cuya docencia estuviera a cargo de presbíteros jesuitas. Quería otorgar títulos de magisterio, bachillerato, licenciatura y hasta doctorado. Era un hombre tan perseverante como su turbulento antecesor, Francisco de Vitoria, pero de austeridad incorruptible. Uno y otro dejaron huellas indelebles, uno y otro lucharon contra resistencias seculares y eclesiásticas, uno y otro fueron calumniados y respetados al mismo tiempo. Pero Francisco de Vitoria había nacido en Europa y Fernando Trejo en América (primer obispo criollo). Vitoria procedía de judíos conversos (su hermano huyó a Roma y allí volvió abiertamente al judaísmo) y Fernando Trejo descendía de cristianos viejos. Vitoria fue pendenciero y Trejo apacible. Vitoria perteneció a la severa orden dominica y Trejo a la dulce de los franciscanos. Vitoria revolucionó su diócesis con iniciativas de genio y Trejo la organizó con tenacidad de pastor. Ambos protegieron a los indios y evangelizaron a conciencia. Vitoria creó la primer escuela y Trejo soñaba con el despropósito de erigir Universidad[16].

—¿Sabes qué es una Universidad? —preguntó el obispo al joven lector, tras probado en latín e historia sagrada.

Francisco contempló arrobado a Su Ilustrísima. Había tenido la ilusión de encontrarse con un ser gigantesco, de atronadora voz y gestos amenazadores. Quizá imaginaba así al legendario Francisco de Vitoria por las descripciones exaltadas de Isidro. En cambio lo recibía un prelado de estatura mediana, cara seca y curtida por la intemperie, manos pequeñas y el raído hábito gris de su orden.

—He pasado mi infancia a orillas del río Paraguay —recordaba el obispo—. Mi madre enviudó y volvió a casarse. Su nuevo matrimonio me regaló un medio

hermano que al principio rechazé: Hernando Arias de Saavedra, quien ha desarrollado un gran poder y al que las gentes apodan Hernandarias. Apenas pude, me fui de casa. Tenía una pecaminosa aversión por mi padrastro y busqué en el Padre del universo a mi padre ausente. Crucé las Indias del Este al Oeste y conseguí incorporarme al Colegio Franciscano de Lima. Amaba a los indios. Me consagré a su evangelización. Informes muy generosos determinaron que Felipe II me propusiera ante la Santa Sede para el vacante obispado del Tucumán en 1592.

—Yo nací en ese año —acotó Francisco.

—También en ese año, coincidentemente, moría en un convento de Madrid mi predecesor, Francisco de Vitoria —añadió Trejo.

Se cumplía el primer siglo del Descubrimiento de América, sin pomposa celebración.

»Recién dos años más tarde acepté el cargo —solía recordar el obispo—. Y aún pasaron otros tres hasta que me senté en la silla diocesana: las cédulas reales y las bulas del Papa iban y venían en lentos bajeles y se extraviaban en los territorios infinitos. Mi viaje de Lima a Santiago del Estero fue azoroso. Querían detenerme los abismos, la puna, el frío, las lluvias, el calor tórrido, las fieras. Comprobé la desconexión que existía entre los centros poblados, la orfandad de las parroquias, la burla a la ley y el olvido de la caridad. Yo era una insignificante piltrafa que rezaba a los gritos en medio del desierto.

»En 1957 convoqué al primer sínodo. Nada sería fecundo sin la conciliación de voluntades. Instruí a mis pocos colaboradores para que recorriesen los cuatro puntos cardinales con mi exaltada convocatoria. Ordené que viniesen los curas, los vicarios y los procuradores de las ciudades. Durante meses esos hombres rastrillaron las aldeas de la desorbitada Gobernación. Y antes de concluir el año, con temor, inauguré el acontecimiento en la catedral de Santiago. Expliqué su organización y mecánica. Nunca en estas tierras había ocurrido algo parecido: el previo desorden del mundo y del alma eran milagrosamente acotados. Los rudos sacerdotes y procuradores no reconocían que estaban despiertos. Mis disposiciones no dejaron espacios vacíos: fijaba el horario, lugares para las juntas comunes y las reuniones secretas, el nombre de los consultores y la distribución de los asientos eclesiásticos y civiles de acuerdo a una etiqueta rigurosa. La asamblea quedó formada por cincuenta y cuatro miembros que trabajaron intensamente hasta elaborar un cuerpo de resoluciones. Era letra sabia. Yo estaba contento. Podía mejorar la vida de toda la Gobernación.

»Las resoluciones eran potentes —se entusiasmaba—. Audaces. Proponían la creación de *reducciones* (los jesuitas conseguirían erigidas con esplendor) donde los indios fueran evangelizados y, al mismo tiempo, sustraídos de la voracidad de los encomenderos. Respecto de los usos y costumbres, el sínodo ordenó multar a los sacerdotes que empleasen servicios o viviesen con personas que pudieran dar lugar a

sospechas; también les prohibía jugar a los naipes por dinero. La corrección debía ser drástica. Yo había conseguido incluir una disposición que castigaba con la excomunión a los bailes y cantares deshonestos (no los describía, lamentablemente, lo cual permitió que surgiesen trampas y dudas sobre los meneos lícitos y las palabras tolerables). También reconozco haber sido severo al arremeter contra los disolutos libros de caballería, las novelas y poesías eróticas, que recomendé quemar en la hoguera. En esta tierra analfabeta era preciso instaurar el imperio de la historia. Por eso ordené que los curas llevaran libros de bautismos, defunciones y casamientos, así los seres humanos dejaban de nacer, penar y desaparecer como las bestias. No aguardé la partida del último delegado y salí a recorrer mi desproporcionada diócesis. A pie, montado en mula, en carreta o sobre balsas marché hacia el Este. Mi medio hermano, ya gobernador del Paraguay, me había invitado al hogar de nuestra infancia donde aún moraba la anciana madre. Jaloné el trayecto con prédicas y confirmaciones masivas. Las penurias del camino fueron vicisitudes de la evangelización. Abracé a mi irreconocible medio hermano en Santa Fe y desde allí remontamos el río Paraná hasta la ciudad de Asunción. Ordené sacerdotes, fundé iglesias y prediqué. En la capital de la Gobernación paraguaya me recibieron con excesivas honras. En la multitud distinguí a una mujer arrugada como una nuez y los ojos anegados de lágrimas. Me arrodillé ante ella, abrumado por la catástrofe que le produjo el transcurso del tiempo. Apreté las manos que fueron suaves. Mi madre besó el anillo episcopal: estaba orgullosa de su hijo y me pidió que mantuviera la postura.

»Nueve años más tarde se realizó el segundo sínodo. Concurrieron pocos sacerdotes por mi expresa decisión: quería tratar sólo asuntos del culto y las urgentes cuestiones económicas que asfixiaban a la Iglesia. Pero al año siguiente ya se realizó el tercero y último de los sínodos con más delegados que en el primero y segundo juntos. Mi anhelo era conseguir que se ejecutasen las resoluciones de los anteriores. No bastaba con la sabiduría del texto: era imprescindible que el texto zamarrease la abulia.

»Casi la mitad de sus constituciones se refirieron otra vez al cuidado espiritual de los indígenas. Había que enseñarles lo elemental, empezando por la limpieza: lavarse la cara, peinarse, cortarse las uñas y usar camisolas limpias, aunque sean de tocuyo. Este sínodo aceptó mi antipática iniciativa de acusar a los encomenderos que separan maridos y mujeres para mandados a trabajar en lugares distintos. Algunos encomenderos alquilan indios como mulas. Los alquilan en tropillas de diez o veinte para viajes a Potosí o Chile. Los hacen marchar desnudos, los maltratan en el camino, los obligan a cruzar montañas y desiertos bajo cargas increíbles. Incluso los venden como si fueran muebles o paños.

»Tanto se viola (a la gente, a los sentimientos, a la familia, a la privacidad) que ya el primer sínodo mencionaba el pecado de abrir cartas sin consentimiento del dueño.

En el tercer sínodo volvimos sobre el tema y propusimos que, si no se curaba el mal, se usara el cuchillo más agudo y penetrante que tiene la Iglesia: la excomunión mayor. Fui llenando el mapa casi blanco de mi diócesis con nombres de poblaciones indígenas esparcidas en los valles. Al reconocerles nombre, les infundí vida. Me sentía un nuevo Adán poniendo el nombre a cada objeto del mundo: cobraban entidad. Quiero que perduren con su denominación prístina: Nono, Pichana, Soto, Total, Quilino, Yacanto, Tilcara, Ischilín, Tulumba, Ayingasta, Purmamarca, Olaen, Cafayate[17].

»El trabajo fue y sigue siendo duro, con hostilidad en varios frentes. Había que mantener el orden entre los blancos y beneficiar con ese orden a los indios. Unos y otros son hijos de Dios y súbditos del Rey. Este orden, sin embargo, segrega una maldición: los negros. Los negros me dan lástima porque son tratados como bestezuelas. Pero son negros... Por algo ese color. Aunque me resista, debo reconocer que están emparentados con las tinieblas. Descienden del bíblico Cam y fueron condenados a la esclavitud porque su padre cometió un pecado imperdonable. Debo compartir la opinión general. Una cosa son los indios, otra los negros. ¿No lo explicita la Sagrada Escritura? Recordemos. Después del Diluvio Noé plantó una viña, bebió de su vino y se embriagó. Quedó dormido y desnudo en su tienda. Uno de sus tres hijos, el oscuro Cam, descubrió la desnudez de su padre y corrió a denunciarla a sus hermanos Sem y Jafet, quienes, respetuosamente, actuaron de otra forma: recogieron un manto, caminaron hacia atrás para no ver a su padre tendido y lo cubrieron sin mirarle la desnudez. Cuando Noé despertó de su borrachera y se enteró de que su hijo menor había visto su impudicia y corrió alegremente a comentarla, ardió de cólera: «¡Maldito seas, Cam! —gritó—. ¡Sean tus hijos los siervos de Sem y de Jafet!» Pobres negros...

Francisco lo escuchó embelesado. El obispo Trejo y Sanabria era un cirio cuya llama ardía con fuerza, pero se consumía demasiado rápido. Le restaba poco tiempo entre los vivos: por eso le urgía brindar el sacramento de la confirmación a los habitantes de Córdoba.

Francisco retornó al convento dominico. Ansiaba purificarse y prepararse para una ocasión tan importante. Santiago de la Cruz lo ayudaría.

El director espiritual había decidida que el joven Francisco durmiera en un cuarto vecina a su celda. Tenía suficiente espacio para su estera de junco., una petaca de cuero donde guardaba sus pertenencias, la mesa y una silla. Santiago de la Cruz la quería próxima de día y de noche. Pretendía convertirlo en doctrinero. Dijo que su amor por la lectura debía canalizarse hacia resultados útiles.

Una tarde puso énfasis en el valor de los signos sensibles. Se sentó junto a Francisca cerca del aljibe. Un esclavo asperjaba el macizo de flores.

—*Signo* es aquello que nos recuerda algo —explicó—. Por ejemplo el olivo es signo de paz, el hábito que llevo puesto es signo de sacerdocio, una huella es signo de que alguien pisó ahí. *Sensible* quiere decir que se registra con los sentidos: la vista, el olfato, el oída, el gusta o el tacto.

Levantó su mano derecha y la acercó a la cara de Francisco. Francisco percibió que temblaba ligeramente. Le rozó la mejilla con la punta de los dedos.

—Tacto —murmuró—. *Sientes* que te toco.

A Francisco lo asaltó un estremecimiento desconocido y alejó la cara. Santiago esbozó una sonrisa.

—No sólo *sientes* —agregó—. Este contacto transmite algo, *dice* algo. Es una señal, un *signo*. Se refiere a *nuestro* vínculo.

La voz del director espiritual se puso más ronca y tensa. Miró con intensidad a su discípulo y se incorporó. Francisco se levantó también.

—Quédate —dijo.

El joven le observó alejarse hacia su celda. Cerró la puerta tras sí. Al rato oyó el silbido del látigo. Francisco contó los golpes: cuatro, seis, siete. Al silbido de la disciplina se agregaba una apagada exclamación. ¿Por qué fue a castigarse en ese momento? ¿Merecía esas golpes por haberse equivocado en la definición de las signos? ¿Acaso se había equivocado? Francisco sintió un vago temor. ¿Debía seguir aguardando en ese lugar? Reapareció el fraile. Estaba pálido, pero distendido.

Le indicó sentarse en el suelo, mientras él lo hacía sobre el banco: deseaba tenerlo de frente. O más distante.

—Cuando irrumpe un mal pensamiento —aclaró— estamos en pecado. Eso me ha ocurrido.

A Francisco le conmovió su sinceridad y modestia.

— También deberías flagelarte antes de la confirmación —le advirtió; su calma no lo hacía menos severo. Al contrario, parecía que después de la purificación le hubiese crecido la inflexibilidad.

Francisco se preguntó qué mal pensamiento habría tenido. Suponía estar involucrado. Algo hormigueaba en el fraile; quizá le preocupaba el hecho de brindar

demasiada atención al hijo de un hereje; quizá —esto era lo peor— «se fue a castigar por *mis* pecados, por los malos pensamientos que yo tengo y que sólo él intuye».

—Me prepararé debidamente para la confirmación —prometió Francisco—. Ayunaré y me flagelaré.

—Son las buenas disposiciones del cuerpo. Correcto. Pero no olvides las del espíritu: oración, recogimiento y afirmación de la doctrina.

—Así lo haré.

—Debes prepararte para recibir la confirmación como se prepararon los apóstoles para recibir al Espíritu Santo. Por miedo a los judíos que mataron al Señor y querían matar a todos sus discípulos —enfaticó adrede Santiago de la Cruz—, los apóstoles se encerraron en Jerusalén. Rezaron y ayunaron. Sabían cuánto les enseñó Jesús, pero no eran aún sus valientes soldados. En Pentecostés, cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo, se transformaron en una milicia imbatible. Anunciaron con orgullo su condición de cristianos y se lanzaron a predicar con energía y resultados maravillosos.

Francisco sonrió ante palabras tan sonoras, pero en su cabeza retumbaba la frase «los judíos que mataron al Señor y querían matar a todos sus discípulos». Hubiera querido preguntarle con el giro que usó su padre ante Diego si él, Francisco, mató al Señor y quería matar a todos los cristianos. Pero mantuvo la sonrisa. Y siguió escuchando la lección.

Volvió a repetirse en otras oportunidades la desconcertante secuencia. El director espiritual se aproximaba al joven con trato afectuoso: lo miraba tiernamente, le tomaba una mano, le apretaba un hombro, le pasaba los dedos por sus cabellos cobrizos. Le enseñaba las verdades de la fe con voz cálida. Era el predicador subyugante que penetraba en el pecho como una lanza. Pero de repente lo sacudía un rayo invisible, se apartaba de Francisco para respirar hondo y meditar (a eso se limitó la vez siguiente) o se introducía en su celda para aplicarse los azotes. Regresaba con el aspecto mudado, limpio del pecado que había invadido su mente. Pecado misterioso. Al retomar la enseñanza, estaba más seco. Era indudable que el pecado se filtraba por una grieta de su actitud afectuosa. La flagelación o la meditación intensa conseguían cerrarla.

Francisco oraba, comía poco, casi no salía del convento. También ayudaba en la huerta, limpiaba la sacristía, descansaba a la sombra de la higuera central o permanecía tendido sobre su estera. Repasaba sus conocimientos por el sistema de preguntas y respuestas; se había propuesto tener asimilado el catecismo íntegro. Si lo lograba antes de la confirmación, Dios lo premiaría.

—¿Qué son los sacramentos? —se preguntaba en la intimidad de su celda.

»Son *signos sensibles* y eficaces de la gracia instituidos por nuestro Señor Jesucristo para santificar nuestras almas —respondía.

»¿Cuántos son los sacramentos? —continuaba preguntándose.

»Siete, como los días de la semana.

»Nómbralos —se recomendaba a sí mismo—. Cada uno es importantísimo.

»Bautismo, confirmación, eucaristía, confesión, extremaunción, sacerdocio y matrimonio.

»¿De cuántos elementos consta cada sacramento?

»Dos.

»¿Cuáles?

»Materia y forma. Materia es la cosa sensible que se emplea: óleo, vino, agua. Forma son las palabras que se usan al aplicar la materia.

»¿Cuáles son las materias de cada sacramento?

»Del bautismo, el agua natural —enumeraba con los dedos—. De la confirmación, el santo crisma (mezcla de óleo y fragante bálsamo). De la eucaristía, el pan y el vino. De la confesión, los pecados y la penitencia. De la extremaunción, el óleo.

»¿Cuál es el efecto principal de los sacramentos? —se preguntó elevando la voz.

»La gracia divina que fluye hacia el creyente —respondió con aplomo.

Santiago de la Cruz penetró en la celda y quiso desconcertarlo con otra pregunta.

—¿Sabes qué es la gracia santificante?

Francisco levantó las cejas. Antes de que pudiese responder, el clérigo reiteró su definición conocida:

—Es el don sobrenatural que nos hace amigos de Dios. Plegó la sotana sobre sus rodillas y se sentó junto al muchacho. Prosiguió con dulzura:

—Comúnmente decimos que estamos en amistad o en *gracia* con una persona cuando existe un vínculo de amor; damos y esperamos ayuda, confiamos. Entre tú y yo ahora existe amistad. En cambio, si hubiese odio, insultos, riña, diríamos que hay en—emistad o que uno cayó en des—gracia frente al otro. Bien, lo mismo acontece con el Señor. Cuando los mortales cumplimos con sus mandatos, estamos en amistad y en gracia con Él; si pecamos, entramos en des—gracia y en—emistad. Recuerda que Jesús dice en el evangelio de San Mateo: «No todo aquel que dijere "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hiciere la voluntad de mi Padre.»

Francisco sintió deseos de preguntarle por qué Jesús se refería constantemente al Padre y los cristianos ignoraban su ejemplo refiriéndose sólo a Jesús, excepto en la oración del Padrenuestro. A veces Francisco quería pensar en el Padre, pero le surgía el temor de estar cometiendo pecado, porque eso equivalía a rozar la ley muerta de Moisés —como le señaló enfáticamente fray Bartolomé incluso el mismo Santiago.

Con el rostro severo tras haberse infligido los habituales azotes, Santiago agregó una hora más tarde:

—No confundas la gracia santificante con las gracias actuales —su voz era metálica y sus ojos duros—. La gracia santificante es permanente, es un auxilio sobrenatural que ilumina nuestro espíritu y supone la amistad con Dios. La gracia actual, en cambio, es transitoria: es el auxilio para practicar una virtud o para vencer una tentación. Yo acabo de recibir una gracia actual con unos azotes para romper el pensamiento pecaminoso que vino a mi mente. Pero en ningún momento he perdido la gracia santificante que recibí en el bautismo.

—Sí —parpadeó Francisco. Santiago lo miró con un destello rabioso.

—Repasa ahora todo lo que te he enseñado sobre la confirmación. Estamos sobre la fecha. No quiero que defraudes a nuestro obispo.

—Bueno.

—Nada de «bueno» —lo apuró—, Dime ya mismo: ¿qué es el sacramento de la confirmación?

Francisco trató de no inmutarse ante la gratuita hostilidad.

—Es un sacramento que imprime en nuestra alma el carácter de soldados de Cristo.

—¿Cuál es su materia?

—El santo crisma, una mezcla de óleo y bálsamo.

—¿Por qué el óleo?

—Se difunde suavemente y penetra en el cuerpo dejando una marca duradera; vigoriza los miembros. Los antiguos luchadores se ungían para fortalecerse —agregó con la esperanza de apaciguar a Santiago.

—¿Por qué el bálsamo?

—Es un líquido fragante que preserva de la corrupción. Los antiguos «embalsamaban» los cadáveres.

—¿Cuál es la *forma* de este sacramento?

—Las palabras que pronuncia el obispo: «Yo te signo con la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud.»

Francisco cayó de rodillas y elevó sus ojos al techo. Rogó a Nuestro Señor Jesucristo que le ayudase a recibir este sacramento con devoción y reverencia para convertirse en su valeroso *soldado*. Y que le diera fuerzas para que nunca lo tentasen las malditas herejías.

Santiago de la Cruz movió afirmativamente la cabeza. Dijo «amén» y salió.

—¡Se muere fray Bartolomé Delgado! ¡Se muere! —un negro atravesó el patio en busca de auxilio. La servidumbre brotó como ranas después de la lluvia. Eran negros y mulatos cruzándose sin rumbo. Los sacerdotes tampoco sabían qué hacer. Lo encontraron en el umbral de su celda, tendido boca arriba y respirando dificultosamente. Tenía la cara más roja e hinchada que de costumbre.

Santiago de la Cruz palmeó los mofletes caídos.

—¡Padre Bartolomé!

Sólo obtuvo estertores. Le levantó el borde de la sotana y secó la espuma de su boca. Le puso la cabeza de lado y su respiración se alivió.

—Traigan al cirujano Paredes.

Varios negros partieron a la carrera.

Francisco se acuclilló junto al comisario. Su galo entristecido le lamía la sien. Francisco apreció la lealtad del felino, pero no sentía pena por este hombre.

Alrededor del globuloso cuerpo se alzaron las plegarias. Si no ayudaban las fuerzas divinas, pronto dejaría de vivir. Pero Santiago de la Cruz no se limitó a la oración; algo debía hacer mientras llegaba Tomás Paredes. Supuso que convenía levantarle la cabeza con unas almohadas y mantenerlo de costado para que la mandíbula caída no le obstruyese la respiración.

—¿Qué hará el cirujano? —preguntó Francisco,

—Una sangría, seguramente; es lo primero que hacen en estos casos.

—No encontramos a Paredes —informó un negro con los pulmones en la boca.

—¿Cómo?

—Partió hacia una hacienda —informó otro negro, también agitado y sudoroso.

Los clérigos se miraron vacilantes. Francisco pensó: «si estuviese papá». El gato lanzó un maullido: intuía catástrofe. Santiago observó la impotencia de sus hermanos y exclamó:

—Yo haré la sangría. Traíganme un cuchillo de punta. Esta decisión interrumpió las letanías. Uno de los frailes gritó a un esclavo que trajera el cuchillo y el recipiente. Otro arremangó el gordo brazo de fray Bartolomé e instaló por debajo del codo la fuente de plata donde gotearía su sangre. Santiago de la Cruz arrimó una silla y se dispuso a abrirle la vena. El brazo de fray Bartolomé era elefantiásico. En el pliegue húmedo del codo se extendían líneas de suciedad. No había trazo de vena. El director espiritual calculó dónde encontraría el vaso y atravesó la piel. El enfermo se estremeció; su inconsciencia no era profunda; este signo generó optimismo. Pero la herida no fue acertada: brotó sangre insuficiente. Fray Santiago probó de nuevo. Ya tenía más coraje y clavó el acero con poca delicadeza. Buscó la vena huidiza por debajo de la piel, pero también falló. Transpiraba.

Ensayó por tercera vez. No sólo evidenciaba temeridad, sino cólera: el vaso sanguíneo debía ser gordo como el resto de ese cuerpo monumental y ofrecía demasiada resistencia. El cuchillo se introdujo por lo menos cinco centímetros tajeando a diestra y siniestra; cortó fibras musculares y tocó el hueso. Pero no consiguió perforar la vena. La sangre que brotaba de la herida era miserable. Santiago de la Cruz farfulló palabras que seguramente eran una oración, aunque sonaban a insultos. Agotado, devolvió el cuchillo.

—Imposible.

Francisco deseaba intervenir. Había observado sangrar a su madre, pero temía que Santiago se ofendiese y desplazara su irritación sobre él. El sucio codo tenía una incisión irregular bordeada por un manchón escarlata. El recipiente apenas había recibido unas pocas gotas. El enfermo inspiró hondo y expulsó un estertor alarmante.

—¿Me deja probar?

Santiago de la Cruz lo miró con sorpresa. Después miró el rostro congestionado de fray Bartolomé e indicó que le pasaran el cuchillo. Francisco pidió agua y un corto lazo. Lavó el tobillo y ligó fuertemente unos centímetros por arriba. Así había procedido el cirujano cuando sangraba a la debilitada Aldonza. Acarició con sus pulpejos las diversas opciones y eligió la vena más ancha. Introdujo la punta del acero y le imprimió un giro. Un rotundo hilo de sangre oscura manó en seguida y cayó sonoramente en la palangana. Alrededor de Francisco estallaron como pompas los suspiros de alivio. El Señor había operado un milagro por intermedio de este huérfano. La sangre mala que estaba envenenando a fray Bartolomé salía en un chorro continuo. Su cabeza pronto se descongestionaría.

—¡Tomás Paredes!

El cirujano ingresó al trote. Francisco se apartó cuidadosamente, sin soltar el pie bajo sangría. Paredes se acercó al enfermo.

—¿Tú has hecho la incisión?

Examinó la herida desde un lado y desde el lado opuesto. Después miró el recipiente, lo movió un poco para estudiar la densidad de la sangre y el color de los bordes.

—¡Mm...! ¿Quién te ha enseñado? ¿Tu padre?

—Lo he visto hacer.

—Muy bien —sonrió—. Muy bien, de veras.

Fray Bartolomé parpadeó: una mariposa le sacudía las pestañas. Sus mejillas parecían menos oscuras.

—Es suficiente —evaluó el cirujano.

Abolló un trozo de venda y la aplicó sobre la herida del gordo tobillo.

—Sosténganlo así. Volveré para controlar y hacerle el vendaje definitivo. Mire, ya está despertando. ¡A ver, padre! ¡Abra grande los ojos! ¡Abra grande, le digo!

Dirigiéndose a Santiago de la Cruz, impartió las instrucciones adicionales:

—Preparen caldo de verduras con un sapo hervido. La piel del sapo tiene muchas sustancias benéficas. Que beba diez cucharadas ahora y otras tantas a la noche.

Una hora más tarde Francisco estaba nuevamente atornillado a su banco y repetía las preguntas y respuestas que debía saber de memoria un creyente próximo a recibir el sacramento de la confirmación.

El director espiritual le entregó una cuerda con nudos prolijamente enrolladas. Le prestaba su látigo personal como prueba de un paternal aprecio. La cuerda de color excremento tenía manchas oscuras: restos de la sangre que testimoniaban el brío de los azotes. Francisco debía aplicarse una severa disciplina esa noche para ingresar puro en la iglesia al día siguiente. Toda Córdoba se agitaba con la inminencia de la confirmación masiva.

Ya estaban llegando caravanas de los poblados circunvecinos, En los accesos de la ciudad y también en la plaza mayor acampaban indios, mestizos, mulatos, negros y zambos, tanto mujeres como varones, traídos por caciques, curas y doctrineros. Reinaba un clima de feria. Circulaban estandartes de órdenes religiosas que reeditaban el fervor de las procesiones. Los catequistas convocaban a su gente para contarla, vigilarla y reiterarle la enseñanza. Pese a su heterogeneidad, eran una réplica de los apóstoles antes de pentecostés: temerosos, ingenuos, miserables.

Francisco también esperaba en esa noche de vísperas. Las dudas que a menudo estremecían su pecho serían borradas cuando la materia del santo crisma y las palabras del obispo lo llenasen de gracia. Se aisló en su celda y encendió el pabulo. Empujó hacia un lado la mesa y la silla, enrolló la estera. Necesitaba espacio para hacerse saltar las impurezas. Se desnudó el torso. Tomó el látigo y, mientras lo desenrollaba, rezó un padrenuestro. Pensó en sus pecados, deseos, imprudencias, destemplanzas. Acudió a su mente el rostro de su padre, la llave de hierro y la biblioteca perdida. Ahí estaba Satanás con sus tentadores disfraces. Aferró la empuñadura y se aplicó un azote en la espalda. Se encorvó. «¡Aguántala, demonio! —exclamó sonriente. Para darse fuerzas rezó otro padrenuestro y desafió a Satanás—. ¡Preséntate de nuevo con tus trampas!», vio la enigmática grabación de la llave española. «¡Aguántate ésta!» Se descerrajó otro golpe. Su piel agredida abrió los poros. Le faltaba aire y palabras duras. Esas imágenes queridas le debilitaban el impulso. Tenía que humillarse, merecer el castigo. «¡Pecador! ¡Miserable!» Se dio el tercer golpe pero más blando que los anteriores. Caminó en el rectángulo de su celda con los ojos y el látigo caídos. Se reconocía indigno, cobarde, viciosos. Repetía «vicioso, vicioso». No era suficiente, no se enardecía bastante. «Cobarde.» Tampoco. «Indigno, hijo de hereje, eso, hijo de hereje, marrano inmundo, eso, marrano inmundo.» «¡Judío de mierda!» Y se aplicó un fuerte latigazo. Y otro. Y otro más. Consiguió desatar la locura y la íntima ferocidad. Silbaba la cuerda y su boca escupía injurias. Los hombros y la espalda se cruzaron de rayas.

De súbito chirrió la puerta e ingresó Santiago de la Cruz. Encontró a su discípulo desencajado, con el pelo revuelto; chorreaba sudor; de su diestra colgaba el látigo tembloroso. Esa figura que irrumpía en su celda podía ser Cristo o Satanás. Su

flagelación convocaba a cualquiera de los dos. Uno para aprobar el sacrificio, el otro para interrumpirlo. En ambos casos correspondía proseguir: más grande la ofrenda al Señor, más grande la desobediencia al demonio. «¡Judío de mierda!» y se dobló con un latigazo formidable. «¡Marrano apóstata!» Otro golpe.

Santiago de la Cruz crispó sus puños. Se le cortaron los frenos. Abrió su boca, los ojos, los brazos, se quitó la sotana y se abalanzó sobre el muchacho semidesnudo, profusamente mojado y doliente. Lo abrazó con fuerza.

—Basta —dijo—. Basta ya.

Francisco dejó hacer. Sus pulmones gemían, desgarrados. Miraba alucinadamente hacia el techo como si desde allí le gorjearan los pájaros.

—Mi querido ángel—susurró el director espiritual acariciándole los brazos y el cuello. Adhirió su torso desnudo al del joven. Aproximó sus labios a la boca agitada y la besó.

Francisco se estremeció. ¿Era Cristo que lo amaba, lo besaba, le frotaba el cuerpo? Un hachazo le partió la cabeza. Agarró con ambas manos los pelos del director espiritual y lo apartó violentamente. Una hoguera estalló en sus órbitas. Junto las últimas fuerzas y lo golpeó aullando. La espalda del fraile se hundió en el muro y extendió las manos. Rogó con palabras disfónicas e incomprensibles. Francisco alzó el látigo y se dispuso a abrirle la cara. Pero demoró un instante, el instante suficiente para percibir el desquicio de la situación. Frente suyo, abochornado por la lascivia y la impotencia, no estaba el diablo, sino su director espiritual. También respiraba agitadamente, también evidenciaba horror. Clavaba las uñas al adobe. Quería desaparecer. La explosión pecaminosa le había deshecho el juicio. De pronto arrancó el látigo a Francisco y se aplicó un golpe sobre la espalda. En seguida otro. Por encima de su cabeza, contra el hombro izquierdo, contra el hombro derecho, alrededor de la cintura, frenéticamente, con odio, murmurando insultos contra sí mismo. Era una tormenta de golpes rudos que no parecía disciplina, sino masacre. Lloraba, quebrado de dolor, y proseguía. Ansiaba destruirse, romper su cuerpo en fragmentos inservibles, convertirse en el polvo primigenio. Francisco contemplaba estupefacto. Su flagelación había sido una caricia en relación con esta otra.

Al fraile se le doblaron las rodillas. Estaba borracho, rebotaba contra las paredes. Y seguía propinándose fatigados latigazos y murmurando injurias. Inspiró hondo, hizo un esfuerzo y se dio el golpe de gracia. Entonces se derrumbó.

Francisco permaneció adosado a su rincón. Estaba perplejo y asqueado. El cuerpo de quien pronunciaba hermosos sermones y era respetado director espiritual yacía tendido como un cadáver mordido por las fieras. Sus heridas eran boquetes boquetes por donde salieron las pestilencias de su alma. Necesitó arrancarse lonjas de piel para que, con la sangre sucia, escaparan los impulsos abyectos. Su respiración era rápida y superficial porque su tórax macerado de cortes no podía expandirse. Con voz

cavernosa susurró a Francisco:

—Ve a mi celda y trae la salmuera y el vinagre.

Francisco supuso que deliraba. El director espiritual repitió sus frágiles palabras y, ante la indecisión del joven, agregó en tono lóbrego: «Es una orden.»

Cuando regresó con un frasco en cada mano, encontró al fraile de pie, sosteniéndose trabajosamente sobre el borde de la mesa, el torso chorreando sangre.

—Pon salmuera y vinagre sobre mis heridas —pidió con voz agotada—. Haz lo que te pido aunque caiga desmayado.

Francisco frunció el entrecejo.

—Necesito más castigo —una puntada le cortó la inspiración; se llevó una mano a las costillas—. Ayúdame.

Francisco procuró sostenerlo.

—No: ayúdame a sufrir más, a purificarme... Primero la salmuera, después el vinagre —se inclinó para exhibir el rayado bermellón de su espalda.

La salmuera desencadenó un incendio. Crujieron sus dientes para ahogar el aullido. Trepidó. Se pellizcó los brazos.

—¡Más! ¡Más! —imploraba.

Francisco vació los frascos. Santiago de la Cruz sacudió la cabeza, fuera de sí.

Columnas de hombres y mujeres descalzos, vestidos con sayales burdos o mantas de colores, ingresaron en la iglesia profusamente iluminada. Entre los grupos penetraron también niños mayores de siete años. Curas, doctrineros, encomenderos y notables oficiarán de padrinos. Circulaban lentamente los estandartes para orientar la ubicación de las columnas según la procedencia. A la izquierda de la nave se aglomeraban las mujeres y a la derecha los varones.

Estaban encendidas todas las luces: los cirios del altar, las velas de la araña pendiente de una soga de esparto, las antorchas del coro, los faroles y candiles de los muros. El olor a cebo derretido se mezclaba con las humaredas del incienso.

El recinto se llenó de gente, olores y calor como si se hubiesen amontonado animales en lugar de personas. Más que un cenáculo, la iglesia parecía el arca de Noé. Hedían a pasto y estiércol, a chanco ya buey, a mula y a chivo, a orina y a mierda de perro. Revoloteaban piojos, chinches y pulgas. Algunos adolescentes chorreaban mocos y lagrimeaban pus. Era un establo que seguramente agradaba al Señor.

Apareció el obispo. Su figura impresionó a los fieles. Llevaba los ornamentos pontificiales: roquete, estola y capa pluvial. Su cabeza estaba coronada por la nevada mitra. En su mano derecha aferraba el báculo, señal de su autoridad. Los hombres y mujeres se empujaron para ver esa presencia deslumbrante, parecida a los santos de las hornacinas. Trejo y Sanabria explicó brevemente el rito que iba a celebrar. Su voz consolidaba las enseñanzas que venían impartiendo los curas y los doctrineros. Extendió sus manos y todos sabían que eso significaba la invocación al Espíritu Santo para que vertiera los siete dones. Luego se acercó a los confirmandos dispuestos en hileras irregulares. Sostenía en una mano el recipiente de plata con el santo crisma. Introducía el dedo pulgar en el líquido y dibujaba en la frente de cada uno la cruz mientras pronunciaba las palabras sacramentales.

Francisco sintió el contacto del dedo y la imposición de la marca. Le rozó la capa pluvial y le produjo un estremecimiento como si fuese la sagrada túnica de Cristo. En su cabeza había sido instalada la *materia* del sacramento (óleo y bálsamo) y el obispo pronunció las palabras de la forma. Ambos elementos se juntaban para operar su transformación: le fluía la gracia divina y quedaba vestido como soldado de la Santa Iglesia. En sus oídos resonaba la fórmula que le aseguraba la concurrencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El obispo, el padrino y el confirmando anudaban una trinidad de hombres al servicio de la Santísima Trinidad que creó el universo. El obispo aplicó entonces al joven una bofetada en la mejilla: era el símbolo de la disposición que debía tener para soportar las afrentas dirigidas al Señor. Lo miró a los ojos, le sonrió y saludó como Jesús a sus discípulos: «La paz sea contigo.» El

confirmando bajó la cabeza y se concentró en su deseada emoción.

Al cabo de casi una hora, tras haber confirmado a todos los presentes, el prelado regresó al altar y rezó en nombre de la feligresía. Por último se dirigió a la multitud que llenaba la iglesia. Estaba pálido, a punto de caer.

—El Señor os bendiga desde Sión, para que veáis los bienes de Jerusalén por todos los días de vuestra vida y poseáis la vida eterna. Amén.

Invitó a rezar conjuntamente el Credo, el Padrenuestro y el Avemaría. Del coro se levantó la llamarada de un motete. Las voces acompañadas por arpa y guitarra dibujaron una melodía que pronto fue acompañada por la misma melodía en otro tono. Se entretejió el contrapunto como un torrente. Las cabezas giraron para descubrir el origen de esa música que retumbaba en las bóvedas. Francisco juntó las manos y se arrodilló en el oloroso bosque piernas y sandalias. Rogó que los dones del Espíritu Santo lo colmaran de fortaleza para no desviarse del camino recto. Que no se avergonzara de su catolicismo y sí de las herejías cometidas por su padre y su hermano. Recordó las palabras de Jesús en el evangelio de Lucas: «El que se avergonzare de mí y de mis palabras, también me avergonzaré yo de él el día del juicio.» Que perdiera el miedo a caer en la tentación, así como los apóstoles perdieron el miedo a los judíos después de Pentecostés.

Lorenzo confesó que tenía deseos de viajar. Estaba harto de vivir rodeado de tierra, montes y salinas monótonas. Deseaba conocer el mar con sus montañas de espuma y los combates de abordaje. Deseaba luchar contra las cimitarras de los turcos y los sables de los holandeses. Tenía demasiada agilidad y brío para seguir masticando aburrimiento entre los indios de Córdoba. «Son insoportables: obedientes y lerdos de inteligencia, han olvidado el arte de la guerra; son como las mulas después de la doma: sólo sirven para llevar una carga.» Prefería los temibles nómadas del Chaco o los calchaquíes: contra ellos podía ejercitar el puñal y el arcabuz. También le gustaría conocer la feria de mulas en Salta.

—Es la asamblea más grande del mundo, me aseguró papá. En el valle se reúnen medio millón de animales. Ni que fueran hormigas.

Lorenzo desbordaba entusiasmo. En vez de llenarse con los pensamientos de los libros o los frailes, coleccionaba la información de los viajeros. Sabía que en la puna, junto a los cerros nevados, circulaba un canal del infierno por donde corría el agua calentada en el centro de la tierra. Cerca de allí reluce la maravillosa Potosí, construida de plata maciza. Y luego la capital del Virreinato: Lima. En Lima los nobles y sus hermosas mujeres se pasean en carruajes de oro. En seguida el Callao, su puerto. ¡El mar! En el muelle cabecean galeones, fragatas, carabelas y chalupas. «Embarcaré rumbo al istmo de Panamá y luego seguiré hacia España. ¡Y a tierra de infieles! Mataré moros con la técnica de matar indios.»

Lorenzo Valdés se exaltaba con sus proyectos belicistas.

—Me tienes que acompañar, Francisco.

Isabel y Felipa continuaban en la residencia de doña Leonor. Pronto sería realidad el monasterio de monjas bajo el santo nombre de Catalina de Siena. Francisco les iba a comunicar su propósito. Equivalía a dejadas más solas aún.

Las actividades seguían el modelo de los conventos españoles. Se ajustaban al horario romano, que tiene resonancia mística. Comenzaban sus actividades al amanecer con los rezos de la *prima*. Después oían misa. A las ocho tomaban el desayuno. Seguían los rezos de la *tercia*, al cabo de los cuales empezaban los trabajos en la sala de labor. Cosían, bordaban, hilaban y tejían. También aquí era preciso frenar las palabras y asordinar la voz, aunque se cruzaban guiñas y ahogadas risitas por cualquier incidente. A las doce se pronunciaban los rezos de la *sexta* y pasaban a almorzar. Mientras sonaban las cucharas y cuchillos, las orejas debían absorber la lectura que se les hacía de un texto sagrado. A las tres había que rezar nuevamente: era la *nona*. Hacían la siesta y luego recibían el catecismo hasta el final de la tarde. A las siete rezaban las *vísperas*. Luego consumían la frugal cena, pronunciaban los rezos de la noche y, ¡a dormir! Los viernes eran distintos porque se examinaban las faltas cometidas y se dictaban las penitencias: las pupilas debían humillarse y denunciar públicamente sus deseos mórbidos e insolencias. También debían enumerar las faltas menores, como distracción en la catequesis o fastidio en la costura.

Santiago de la Cruz arregló la visita. Francisco las sintió crecidas y distantes. Isabel se parecía cada vez más a su padre: la nariz le había crecido, así como la estatura; trasuntaba una ajena seriedad. Eran dos mujeres que infundían respeto. Francisco les contó que se proponía viajar a Lima para estudiar medicina en la Universidad de San Marcos. Dejó pasar unos segundos y añadió que posiblemente no las volvería a ver en años. Las muchachas miraron a su hermano con esforzada neutralidad y lo invitaron a sentarse en un poyo de la galería. Entre los sucesivos bloques de silencio intercalaron comentarios sobre la vida en este futuro monasterio. Los tres evitaban acercarse a los temas penosos: su soledad, su resentimiento, su humillación. Ellas desgranaban las cuentas del rosario y él se pasaba los dedos por su cobriza cabellera. Cuando se agotó el tiempo de visita se pusieron de pie. Francisco quería sorber sus imágenes. Sabía que dentro de poco extrañaría este momento. Ellas bajaron los párpados con el pudor que exigía su nueva condición. Felipa había perdido casi toda su graciosa impertinencia. No obstante, manifestó un irritante pensamiento.

—Harás lo mismo que papá —reprochó.

No se dijeron más. Se les congestionaron los ojos y la garganta. Francisco las abrazó y partió sin volver la cabeza. Cuando llegó a su celda untó la pluma y escribió en un billete: «Apenas consiga dinero, las traeré conmigo.»

También se despidió de fray Bartolomé. El obeso comisario se había recuperado de la apoplejía. Estaba sometido a una alimentación restringida y asquerosa que aseguraba la desintoxicación de su colosal organismo. El fraile tragaba apretándose la nariz. Pidió a Francisco que le contase sobre su proyecto, cuándo se le ocurrió, quién le hizo sugerencias, cómo lo llevaría a cabo. Usaba un tono amistoso y quería ayudarlo, de veras, pero no podía evitar su estilo persecutorio. Francisco, a su vez, lograba responder con certeza aunque su anhelo tenía contornos brumosos. Usó con buen arte el cuchillo de punta para efectuar una sangría y le gustaba ayudar a los enfermos. Suponía que quien prefiere el cuchillo, tiene vocación el soldado; quien prefiere ayudar a los enfermos, vocación de sacerdote; pero quien une ambas tendencias, vocación de médico. Por eso quería estudiar en la *Ciudad de los Reyes*[\[18\]](#).

Fray Bartolomé frunció los gruesos labios porque no le convencía el razonamiento. De todas formas —concedió—, «te inspira un propósito útil. Lo que importa —agregó con repentina solemnidad— es la salud de tu espíritu. No quiero más herejes en tu familia».

Francisco bajó la cabeza, agraviado.

—Cuando llegues a Lima irás al convento dominico. Preguntarás por fray Manuel Montes. Te brindará ayuda cuando le digas quién eres y quién te envía. Él te llevará a la Universidad para que estudies medicina.

Francisco seguía cabizbajo.

—¿Lo harás? —preguntó el comisario.

—Sí, por supuesto.

Le asió una mano. La piel del fraile, aunque gorda, estaba fría. El gato emitió un agudísimo maullido como eco. Fray Bartolomé levantó la diestra y cruzó el aire.

—Te bendigo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El fraile se distendió en su sillón. Había procedido correctamente. Con calidad y firmeza paternal. El joven, empero, no se marchaba. Siguió de pie, en silencio, con la mirada fija en un punto invisible. Algo quedaba pendiente.

—¿Qué ocurre? —se incomodó el sacerdote.

—Necesito su autorización.

—Ya la tienes.

—No es para mi viaje.

Fray Bartolomé frunció de nuevo la boca: ¿para qué, entonces?

—Para despedirme de fray Isidro.

Se le nubló el entrecejo. Su cara se transformó en un pozo. Tamborileó sobre el apoyabrazos y negó con la cabeza.

Francisco presentía esa contestación. Isidro Miranda había sido recluido en el convento de La Merced desde que un espíritu maligno le invadió el cerebro.

Mantenia largas conversaciones con el difunto obispo Francisco de Vitoria y acusaba de judíos a casi todo el clero de la Gobernación. Lo encerraron en su celda y sólo lo visitaba el superior de la orden.

—No —afirmó fray Bartolomé—. No puedes verlo.

Francisco dio media vuelta y se alejó lentamente. Aún esperaba algo.

—Francisco.

Se le aceleró el corazón.

—Ven —dijo el comisario.

Francisco retornó junto al convaleciente y escuchó su pronóstico:

—Encontrarás lo que buscas.

—No entiendo.

—Encontrarás a tu padre.

Fue como una mano abierta pegándole en el rostro. La mirada fosforescente del gato permanecía inmóvil. La mirada seria del comisario también. El pecho de Francisco, en cambio, era un tambor.

—Yo...

—Está confinado en el puerto del Callao. Allí lo encontrarás.

—¿Cómo lo sabe?

—Ahora puedes partir. Que el Señor te bendiga —cerró los ojos, cerró el diálogo.

En vísperas del viaje llenó la petaca de cuero con sus bártulos. Ató en el costado izquierdo de su cinto la honda que le había fabricado Luis con una vejiga y en el derecho una bolsita con las monedas que había ahorrado en esos años de trabajo conventual. Usó una camisa de brin para envolver el grueso libro que Santiago de la Cruz decidió regalarle a último momento, tras una meditación penosa. Francisco no pudo creer en sus ojos: se trataba de una Biblia. Menos bella y casi desprovista de viñetas artísticas pero una Biblia completa que empezaba en el *Génesis* y concluía en el *Apocalipsis*, que contenía el *Cantar de los Cantares* y las *Epístolas* de San Pablo, todos los profetas y todos los evangelios, la historia de los patriarcas y *Los Hechos* de los apóstoles.

Se tendió sobre la estera por unas horas. Se preguntó si llegaría sano y salvo a Lima. La primera parte del trayecto le era conocida: recorrerá en sentido inverso al territorio que desenrolló nueve años atrás con su familia entera. Pero un crujido interrumpió sus divagaciones: las ratas se aprovechaban de la sombra. El siguiente crujido ya no fue habitual. Francisco abrió los ojos y descubrió una silueta en el vano. Se incorporó de golpe y buscó la yesca.

—¿Quién es ?

—¡Shttt!... —la silueta se aproximó despacio. Su torpe movimiento lateral era elocuente.

—¡Luis!

El negro se acuclilló. Sin hacer ruido descolgó de su hombro una pesada talega.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No tenía otra forma de verlo —cuchicheó—. Salté la tapia. Es peligroso, lo sé.

—Me alegro que hayas venido. ¿Sabes que parto hacia Lima?

—Por eso estoy aquí.

Francisco le apretó el antebrazo:

—Gracias.

Se miraron en la oscuridad. El negro tenía olor a tierra.

—¿Te tratan bien, Luis?

—Soy un esclavo, niño.

—¿Me extrañabas?

—Sí. Por eso estoy aquí —repitió.

—Gracias de nuevo.

—Y también porque tengo esto para el licenciado.

—¿Mi padre?

—¿No dice que viaja a Lima?

—Sí. Pero... ¿encontraré acaso a mi padre?

—Lo encontrará.

—Ojalá —se corrió para dejarle más espacio—. ¿Cómo lo sabes tú?

—Soy hijo de brujo.

—Eras muy pequeño cuando te cazaron.

—Como usted era de pequeño cuando cazaron al licenciado.

—No lo cazaron: lo arrestaron. Y lo llevaron al Tribunal de Lima.

—¿Hay diferencia?

Intercambiaron un resplandor. En esa gruta arropada de silencio los dos cuerpos se oyeron los latidos. Unos treinta años atrás el padre del negro Luis, hechicero de su tribu, había sido fulminado por un rayo misterioso y cayó de espaldas. La máscara estridente que le cubría quedó mirando el cielo y no respondió a las sacudidas desesperadas de su hijo. Los cazadores ataron al pequeño y lo golpearon hasta fundir su resistencia. Después le pusieron una pesada coyunda de madera que lo unió a otros negros. Lo hicieron caminar en una larga hilera de la que era imposible fugar. Llovían los azotes. No les daban alimento ni les permitían aliviarse las llagas de los pies. Prendían fuego a las aldeas africanas vaciadas de pobladores. Cuando un negro intentaba huir, lo tumbaban y con un cuchillo largo le cortaban la cabeza. Al tierno Luis lo encerraron en un barrancón junto al puerto donde esperaban a los navíos negreros. Le pusieron grilletes en los tobillos. Algunos cautivos murieron. Cada tres días lo sacaban a tomar aire y comer harina; los obligaban a sentarse en círculo bajo el silbido perpetuo del látigo. Luego, en travesía, las carnes de Luis se ulceraron por efecto de los grillos. En la hediondez de las bodegas despertó con un cadáver sobre su hombro. Los prisioneros permanecían agarrotados, sentados, con el mentón pegado a las rodillas. El cargamento llegaba reducido. Luis dejó de pensar y sentir. Lo hicieron caminar nuevamente por tierra. Prosiguieron las coyundas, los grilletes, el atroz silbido del látigo y Luis decidió morir. Como otros cautivos, se negó a ingerir el agua sucia y la harina. Entonces le quemaron los labios con carbones encendidos. Y lo amenazaron con hacerle comer esos carbones si no tragaba la harina. En Potosí, tras cierta recuperación, logró escapar; pero estaba tan débil que en seguida lo alcanzaron; con una espada le cortaron profundamente un muslo. No lo decapitaron porque su cuerpo joven tenía valor. Lo cosieron y retuvieron hasta que alguien se decidiese pagar algo por esa mercadería fallada. Lo compró el licenciado Diego Núñez da Silva junto con una negra tuerta y también débil, los hizo bautizar con el nombre de Luis y Catalina, los transformó en marido y mujer y los consagró a su modesta servidumbre.

Francisco le tocó el hombro.

—¿Qué has traído para mi padre?

El negro giró la cabeza hacia los lados con innecesaria precaución. Susurró bajito:

—Sus instrumentos de brujo.

—¿Sus instrumentos? ¿No los había llevado a Lima?

—No. Yo los escondí para que no los robasen. A un brujo no se le debe robar el poder: ni la máscara, ni los cascabeles, ni las pieles de lagarto, ni las pinturas, ni la lanza.

Arrimó la talega y le hizo palpar sobre la tela de yute Francisco reconoció pinzas, lancetas, tubos, tijeras, sierras, cánulas. Desató el nudo del cuello e introdujo la mano. Tocó y acarició las herramientas de plata.

—¡Increíble, Luis!

—¡Shttt!... que pueden oír los frailes.

—Casi te arrancaban el secreto —sonrió

—¿Cuando me golpeó el capitán?

—Casi te hacían confesar.

—Pero no confesé.

—Eres un valiente, un digno hijo de brujo. Mi padre estará orgulloso de ti.

—Gracias, niño. Pero... toque mejor los instrumentos. Toque.

Francisco palpó con atención.

—¡El estuche!

—¡Ahá!

—El estuche con la llave española. También la guardaste. Luis: eres una maravilla, un ángel. Estoy impresionado.

El negro acarició la rústica talega. Al rato murmuró:

—Quiero viajar con usted.

Francisco se conmovió:

—Me gustaría que me acompañases, pero temo que no sea posible. No tolerarán tu huida. Te buscarán y castigarán. Yo no puedo comprarte ni mantenerte. Luis: nos harían retornar a los dos. Y también se quedarían con los instrumentos.

El negro cambió de posición; apoyó la espalda contra la pared y recogió las piernas como en un ominoso viaje marino. Se rascó vigorosamente la nuca. Transpiró cólera.

—Quiero volar como un ave, pero no puedo. Quiero trabajar de brujo con el licenciado.

Francisco le apretó nuevamente el antebrazo. La noche fue cruzada por el grito de una lechuza. Para los indios la lechuza traía bendición. A Francisco se le ocurrió una idea.

—Escucha, Luis. Fui a despedirme de mis hermanas. ¿Sabes qué he decidido?

El negro forzó sus ojos en la oscuridad.

—He decidido que apenas consiga dinero, las reuniré conmigo.

—¿En Lima?

—Sí, Volveré a unificar la familia.

—¿Están contentas, ellas?

—No conocen mi plan. No me atreví a decidirlo. Tú lo sabes.

El esclavo asintió. Volvió a rascarse, estiró las piernas. Y también entérate de esto.

Luis levantó la cabeza.

—Te compraré. A ti y a Catalina. Y vendrás con mis hermanas. Nos reuniremos todos.

El negro permaneció inmóvil. Después se arrojó hacia adelante y abrazó torpemente al hijo de su antiguo amo. Francisco le acarició la grasienta cabellera como a un animalito necesitado de protección. Al cabo de unos minutos se incorporaron y se apretaron las manos hasta hacerse doler. El joven abrió su arca e introdujo la talega de yute con el tesoro que devolvería a su padre.

Salió del convento que lo había hospedado durante tantos años. Atravesó el rústico portón y caminó por la calle solitaria con su petaca al hombro. El aire fresco y picante anunciaba la proximidad del nuevo día. Llegó a la explanada. Una veintena de carretas se encolumnaba mientras las tropillas de mulas eran arriadas hacia el camino. Los peones ocupaban su lugar en la parte delantera de los vehículos bajo la luz que colgaba de la picana. Los bueyes se movían lentamente, obedeciendo órdenes y puntadas. Los esclavos descalzos introducían las cargas por la abertura posterior de las carretas en tanto los capataces, con grandes faroles en la mano, recorrían el laberinto de gente y animales supervisando cajas. También controlaban los pértigos, la lubricación de las mazas y la ubicación de los pasajeros.

Francisco reconoció al oficial que últimamente aparecía tras los pasos de Lorenzo. Se desplazaba por la excitada multitud tratando de pescar al hijo de su superior: iba a recordarle que no tenía permiso de viaje. Francisco pagó, subió a una carreta y esperó que arrancase.

Al cabo de una media hora se vocearon las órdenes de partida. La torre sobre ruedas recibió un enérgico tirón y empezó a bambolearse. El convoy enfiló hacia el Norte. Los postillones cabalgaron adelante, indicando el camino que sus ojos adivinaban en la oscuridad. En la carreta de Francisco viajaba un matrimonio proveniente de Buenos Aires con dos pequeñas hijas; iban a la ciudad del Cuzco; el hombre parecía padre de la mujer. De su amigo Lorenzo Valdés, ni señas.

El oficial permaneció en la explanada hasta que salió la última tropilla. Después fue a su casa, bebió un tazón grande de chocolate y se dirigió a la residencia del capitán. Caminó a paso tranquilo, le agradaba el fresco del amanecer y estaba satisfecho de su labor: su tenaz presencia desalentaba al díscolo muchacho. Golpeó la aldaba de hierro. Una luminosidad nacarada se elevaba del horizonte. El sirviente le hizo pasar al salón.

Al rato ingresó el capitán de lanceros, ante quien se puso de pie.

—Sin novedades, mi capitán.

—¡Ahá!

Toribio Valdés lo invitó a sentarse. Ordenó al criado que sirviese chocolate para ambos. El oficial no se atrevió a decirle que acababa de beber en su casa.

—Así que... ¡todo en orden! —dijo Valdés.

—En efecto. Controlé la partida del convoy semanal. Su señor hijo no estaba.

—¡Ahá!

—No partió.

—¡Ahá! ¿Está usted seguro?

—Sí, mi capitán.

—Usted lo viene controlando desde hace un mes.

—En efecto.

—Sírvese el chocolate.

—Sí, gracias, mi capitán.

—Bebe sin ganas ¿No le gusta?

—Me gusta, mi capitán —ingirió un sorbo largo y ruidoso; a la obediencia también había que mostrarla.

—Así que no partió.

—En efecto.

—¡Ahá!... Pero no es así. Mi hijo partió.

—¿Cómo dice, mi capitán?

—Que partió. Delante de sus narices.

—He supervisado carreta por carreta, palpé los bultos, miré las tropillas.

—¡Ahá!

—No estaba su señor hijo, mi capitán.

—Tampoco está aquí.

—Habrá huido a caballo. ¡Corro a alcanzarlo con mis hombres.

—Termine su chocolate —lo detuvo con un gesto—. No hace falta.

—¡Se ha burlado de nosotros!

—De usted.

—De... de...

—Usted le seguía los pasos y él se las, arregló para convencerlo de que viajaría en esta caravana. Fue un buen anzuelo la partida de Francisco Maldonado da Silva. Lo engañó a usted con arte. Quiero decirle que se fue hace rato, no sé cómo, pero se fue. Tuvo la amabilidad de dejarme una respetuosa esquila. Es un muchacho hábil.

—Sí. Me ha confundido. Es hábil.

— Y usted no lo es.

El oficial tosió y unas gotas de chocolate cayeron sobre las botas del capitán de lanceros.

Toribio Valdés lo miró con sorna. Estaba orgulloso de su hijo. Pero debía preocuparlo la ineficacia de sus oficiales.

Los jóvenes amigos se reunieron varios kilómetros al norte de Córdoba. El capataz aceptó que Lorenzo se incorporase a la carreta donde viajaba Francisco y también que atase las riendas de su caballo al vehículo.

Se presentó a los otros pasajeros. Las niñas se llamaban Juana y Mónica. Su madre, de unos veinticinco años se llamaba María Elena Santillán. El maduro padre, José Ignacio Sevilla.

—Sevilla no es un apellido portugués —dijo Lorenzo tras escucharlo hablar.

—Mis lejanos antepasados fueron españoles —reconoció el hombre y pidió a Francisco que le alcanzara una cesta con naranjas, más interesado en cambiar de tema que en comerlas.

Mónica abrazó el cuello de su madre y le preguntó oído por qué «ese mozo» tenía una mancha vinosa entre la mejilla y la nariz.

—¡Porque mi mamá quería comer ciruelas cuando me tenía en la panza! —contestó el mismo Lorenzo amenazando con hacerle cosquillas en el ombligo.

—¿Hasta dónde viajan? —preguntó la mujer.

—Yo, al Cuzco, o a Guamanga —respondió Lorenzo. Ha empezado una gran rebelión indígena en forma de epidemia. La llaman «enfermedad del canto». Es un retorno a la idolatría: los indios rompen cruces, sacan los cadáveres de los cementerios, asesinan a los curas, se cambian los nombres. Hay que reprimirlos. Y yo voy a integrar las milicias de exterminio.

—¡Pero eso ocurrió hace mucho! —exclamó Sevilla.

—¿Hace mucho?

—Claro. Unos predicadores indios anunciaron el regreso de los *huacas*, los antiguos dioses de la naturaleza, y azuzaron a levantarse contra las autoridades. Pero fueron sofocados. ¿Quién te dio una información tan atrasada?

—Unos corregidores.

—Habrás entendido mal. Eso ha concluido.

—¿No se sublevan los indios?

—Sí, se sublevan. También son idólatras en muchos casos. Pero no se trata ahora de una rebelión masiva. Lamento defraudarte. No tendrás contra quién hacer la guerra.

—Después iré a Portobello —se exaltó el hijo del capitán—, después navegaré hacia España y seguiré las tropas que marchan a Flandes, como hizo mi padre, o lucharé contra los turcos en el Mediterráneo o contra los moros en África.

—¿Tienes con qué pagarte esos trayectos?

—¿Pagar? ¡Me pagarán a mí! Y si no, mendigaré un poco y robaré a los infieles. ¿Cómo hace un buen guerrero?

Sevilla reprodujo su expresión resignada.

—¿Tú, Francisco?

—Voy a Lima. Quiero ser médico.

—Ah. Estudiarás allí. Es otro tipo de aventuras, entonces.

—Sí.

Hacen falta médicos en todas partes. Los pocos que circulan por el Virreinato provienen de España o Portugal.

—Su padre ha sido médico —aclaró Lorenzo.

—¿Sí? ¿Cómo se llamaba?

—Se llama —corrigió Francisco—. Diego Núñez da Silva.

—¿Diego Núñez da Silva?

—¿Lo conoce?

Se frotó violentamente la aleta derecha de la nariz. Un súbito ardor frenaba su respuesta.

—¿Lo conoce? —insistió.

—Nos encontramos hace años. Y alguien que viaja en esta caravana se alegrará mucho de conversar contigo.

Después de atravesar las salinas se esforzaron por alcanzar un paraje relativamente acogedor: árboles calvos ofrecían un simulacro de frescura. Se construyó el rodeo habitual, se encerraron las tropillas en un corral de espinos, los esclavos pusieron a asar las reses.

María Elena condujo a sus hijitas hacia el matorral donde se juntaban las mujeres, Lorenzo tenía ganas de trepar los árboles y Sevilla aprovechó para asir el brazo de Francisco y llevado donde su amigo portugués.

Estaba cerca del fogón. Era un hombre de mediana estatura. Vestía una flotante camisa gris y amplios pantalones de brin; un cinto reluciente sostenía la escarcela de cuero y un cuchillo envainado. Le colgaba de la nuca una cruz de plata. Su rostro era vivaz: las cejas espesas amortiguaban el impacto de sus ojos redondos y penetrantes. La nariz arremangada, empero, le confería un toque amistoso a su cabeza rotunda.

—Aquí está —dijo Sevilla.

—Me alegra conocerte —saludó el hombre; y se volvió hacia el peón que asaba su trozo de carne—. Te he dicho que le saques esos bubones.

El negro agarró con la mano el borde de la res por sobre las brasas, casi quemándose, y recortó cuidadosamente las tumefacciones y los ganglios.

—No se dan cuenta que sin esa porquería tiene mejor sabor.

Se alejó de la gente que venía a reservar sus porciones. Sevilla y Francisco lo siguieron. Cuando se cercioró de que no había extraños escuchando, empezó a hablar.

—¿Así que eres el hijo menor de Diego Núñez da Silva?

—Sí. Y usted, ¿quién es?

—¿Quién soy? —se asomaron los dientes en la amarga sonrisa—. Soy Diego López. Y como provengo de Lisboa, me dicen Diego López de Lisboa.

—Mi padre también nació en Lisboa.

—Así es.

—¿Lo conoce?

—Más de lo que supondrías —terció José Ignacio.

Francisco le dirigió una mirada interrogante.

—¿Quieres saber? —preguntó Diego López mientras recogía una vara seca.

Asintió.

—Tu padre y yo —lo miró fijo, dudó un instante— nos conocimos allá, en Lisboa.

—¿En Lisboa?

Removió la hojarasca con su vara como si prefiriese remover hojas secas a recuerdos vivos.

—Entonces... —titubeó Francisco.

José Ignacio Sevilla meneó la cabeza:

—Es inútil —suspiró—. Mi amigo prefiere olvidar.

—¿Prefiero? —se encrespó López—. ¿Crees que «prefiero»? ¿O «debo»?

—Ya lo hemos discutido mucho.

—Pero aún no te has convencido.

—La memoria no se borra con la voluntad.

—Pero hay que poner voluntad para borrarla.

—¿Lo has logrado?

López quebró la vara y miró hacia el cielo.

—¡Vágame Dios!

—Ya ves... —José Ignacio endulzó el tono—. Por ese camino no llegarás al puerto.

—Es, sin embargo, el mejor. Ojalá los alquimistas descubran el filtro del olvido. Entonces uno podría optar.

—Vuelvo a mi tesis: «prefieres» olvidar pero no olvidas, porque entonces dejarías de ser el mismo.

Francisco los escuchaba. Procuraba descifrar el sentido oculto del raro debate. Percibía que tras los vocablos había dolor y miedo.

—Opino tan diferente —añadió José Ignacio Sevilla—, que antes de partir acabé mi décima crónica.

—Felicitaciones —exclamó López irónicamente—. Espero que esas crónicas no te aporten tragedia.

—Todo lo que nos ocurre merece perdurar —se dirigió a Francisco—. Escribiendo crónicas aprendí historia. La historia es una de las ciencias más antiguas. Los griegos le inventaron una musa especial. La historia insufla significado y valor. La amo.

—La historia es un lastre inútil. Peor: un lastre mortífero —gruñó López.

Retornaron al fogón. Desenvainaron sus cuchillos y recogieron buenos trozos de carne. Eligieron una hogaza de pan, la bota de vino y se apartaron doscientos metros hacia la sombrilla de un tala.

Francisco fue conducido al túnel del tiempo, a un trayecto ahíto de perplejidad. Tenía dieciocho años, pero se sintió viejísimo. Recordó que en el ya borroso patio de los naranjos le contaron de un libro árabe que se llamaba *Las mil y una noches* y consistía en una sucesión de relatos que una mujer narraba al califa a lo largo de mil noches. José Ignacio Sevilla y Diego López Lisboa hicieron algo parecido: a lo largo de quince siestas evocaron y discutieron delante suyo, como si fuese el privilegiado califa, otra sucesión de relatos que eran sus heridas, su secreta dignidad y su terror. Integraban una flácida red de individuos en permanente fuga. Estaban formados por sangre abyecta y debían esmerarse para conseguir el aprecio de los hombres. No bastaba parecer cristianos: debían borrar las impurezas de su origen.

¿Cuál era ese origen tan execrable?

José Ignacio Sevilla y Diego López lo conocían bien.

—Nuestro origen no es sólo español. Es español y judío. El término judío es la cifra del mal —acotó López.

Francisco sintió el vértigo que también enloquecía a esos hombres. Una mezcla de odio, amor, culpa. Los judíos españoles —de donde él mismo provenía— eran un desaguisado. Abrió orejas de poseso para beber la más triste de las historias: la de los judíos en España. Su historia. José Ignacio Sevilla, pese a todo, la amaba. Diego López de Lisboa la aborrecía.

Quizá los judíos llegaron a España en los bajeles del rey Salomón y bautizaron *Sefarad* al nuevo país, que en hebreo significa «tierras del fin» o «tierra de conejos». Plantaron bíblicos retoños: viña, olivo, higuera y granado. España les ofrecía una réplica de la tierra que llevaban en el espíritu: los ríos evocaban al Jordán, las altas montañas al Hermón nevado, los páramos al desierto de los profetas. Vivieron en paz con los nativos y cuando se estableció el cristianismo no hubo enfrentamientos: las semillas se regocijaban por igual con una bendición en hebreo o en latín. Los siglos de buenaventuranza recién fueron lastimados por el Tercer Concilio de Toledo que lanzó una ofensiva general antijudía: prohibió los casamientos mixtos y, si estas uniones se llegaban a producir, sus frutos debían ser llevados forzosamente a la pila bautismal. Los judíos no podían ejercer funciones públicas. Tampoco enterrar sus muertos entonando salmos que escuchasen los vecinos.

Sin embargo, estas medidas no fueron acatadas: predominó la disposición tolerante del pueblo sobre la severidad de los sacerdotes. Los reyes visigodos bascularon arbitrariamente: algunos honraban y otros perseguían. Uno de ellos, por ejemplo, declaró que los judíos de España eran esclavos a perpetuidad...

En el año 711 una pequeña hueste árabe cruzó exitosamente el estrecho de Gibraltar y en pocos años casi toda la península pasó a depender del flamante califato

de Córdoba. La ciudad capital se tornó magnificente: su corte atrajo a filósofos, poetas, médicos y matemáticos; nacieron parques con estanques apacibles y palacios llenos de fuentes. Durante tres siglos imperó un clima de fraternidad. En esa atmósfera aparecieron los príncipes judíos en España.

—¿Príncipes judíos? —tartajeó Francisco.

El primer príncipe judío de España se llamó Hasdai. Muchas familias pretenden derivar de su linaje, también los de apellido Silva. Los Silva provenían de Córdoba, y seguramente de Hasdai (Francisco evocó la oxidada llave de hierro). El brillante Hasdai vivió poco antes del primer milenio. Dominaba árabe, hebreo y latín, era médico y diplomático. El emperador de Bizancio, por otra parte, le envió valiosos regalos, entre los que figuraba el libro de Discórides, a quien Plinio citaba, y que era la base de la farmacología. Hasdai lo vertió al árabe. Y en todo el califato empezaron a florecer los estudios sobre el poder curativo de las hierbas. A esto había que agregar el portentoso descubrimiento que se realizó gracias al vínculo de Hasdai con la corte bizantina: en Oriente se había constituido un reino judío, el primer reino judío independiente desde la catástrofe provocada por las legiones de Roma. Su sola existencia probaba que no existía una maldición eterna contra Israel. Hasdai envió varias misiones, algunas de las cuales consiguieron entablar el anhelado vínculo.

Francisco pidió que repitiesen el relato. No lo podía creer.

Más adelante, cuando el califato se fragmentó en un mosaico de pequeños reinos, surgió otro Hasdai: Samuel Hanaguid. Hanaguid significa «el príncipe». También nació en Córdoba y también varias familias —los Silva incluidos— provienen de su linaje. Dominaba matemáticas y filosofía; hablaba y escribía siete idiomas. El vizir de Granada solicitó sus servicios, lo convirtió en su secretario y años después, en su lecho de muerte, recomendó que ocupara su lugar. Era la primera vez que un judío escalaba tan alto en el palacio de la Alhambra. Gobernó durante treinta años. Formó una vasta biblioteca, y se dio tiempo para enseñar en un colegio propio. Francisco reconoció las obsesiones de estos príncipes: eran las de su familia, de su padre, de él mismo. Samuel Hanaguid escribió poemas, tratados y se inmortalizó en la piedra como el autor del Patio de los Leones que hasta hoy ilumina el corazón de la Alhambra.

En Córdoba, de donde provenían los Silva, nació también un príncipe que ya no sólo pertenecía a un Estado, sino a la humanidad: Maimónides. Fue el más grande los filósofos de su tiempo ante quien se inclinaron los doctores de la Iglesia.

—¡Un judío ante quien se inclinaron los doctores de la Iglesia! —retumbó en el aire.

Lo apodaron *Aquila magna*, *Doctor fidelis* y *Gloria orientis et lux occidentis*. Sin él no hubiera sido posible Santo Tomás de Aquino ni su *Summa Theologica*. Fue el médico personal de Saladino y el médico que solicitó el cruzado Ricardo Corazón de

León. Eran tiempos de maravilla. Lamentablemente, crecieron las rencillas entre los reinos musulmanes e irrumpieron hordas de fanáticos. Un predicador afirmó que los judíos habían prometido a Mahoma que si al final del quinto siglo después de la Hégira no llegaba el Mesías, se convertirían al Islam. El delirante se dirigió a las comunidades judías para exigir que cumplieran con el juramento de sus antepasados. Tampoco los musulmanes podían tolerar la supervivencia de los judíos, pese a los frutos de su convivencia anterior.

—¿Qué ocurría, mientras tanto, en los reinos cristianos del Norte de España?

—Cuando empezaron las persecuciones islámicas, los judíos se desplazaron a los reinos cristianos del Norte, por lógica, así como antes habían huido de ellos. Ningún refugio es definitivo en la tierra —suspiró Diego López; y sus ojos redondos esparcieron tristeza—. Los refugios son transitorios. Peor: son ilusorios. La solución es abandonar los refugios.

Sevilla y Francisco presintieron lúgubres palabras.

—Abandonar los refugios... —carraspeó—. La solución, entonces, si existe, es dejar de ser judíos. Definitivamente.

Prosiguieron la marcha hacia el Norte, hacia Santiago del Estero. Luego irían a la hermosa Ibatín. Francisco efectuaba el viaje de retorno por la misma ruta que había transitado años atrás en compañía de su familia entera. Por aquel entonces había sido un niño protegido y dichoso. Contempló a las hijitas de Sevilla, adormiladas junto a su joven madre, y las consideró tan protegidas y dichosas como él lo había sido. Es decir, *precariamente* protegidas. Ignoraban que su padre era un judío secreto, un hombre que podía ser arrestado y quemado vivo. En ese caso no contarían más con su protección ni con recursos para seguir viviendo porque la Inquisición les confiscaría el patrimonio íntegro.

Inspiró hondo para deshacer el malestar que se le amontonaba. ¿Era justo retacear la verdad a la propia familia? Su padre no dijo a su madre que era judaizante. Claro, si lo hubiera dicho, quizá Aldonza no habría accedido a casarse con él. Entonces él hubiera estado condenado a permanecer solo, a sufrir con más intensidad su condición de hombre maldito.

El matrimonio de su padre y el de Sevilla eran, paradójicamente, matrimonios mixtos... Entre cristianos. Cristianos nuevos que se casaban con cristianos viejos. Por lo general era hombre el cristiano nuevo y mujer la cristiana vieja. Contraían esponsales que sólo una parte conocía cabalmente (la otra permanecía engañada). El consentimiento mutuo resultaba imposible: en realidad se casaban dos hombres con una mujer. Los dos hombres estaban fundidos como la máscara y el rostro: la máscara mostraba un cristiano y el rostro ocultaba un judío.

¿No existía solución? Diego López de Lisboa, harto de padecer, encontró la única y terrible: «dejar de ser judíos. Definitivamente». Francisco pensó que si su padre hubiera optado por ese lógico camino cuando desembarcó en América, no habría tenido que transmitir sus creencias a Diego y entonces no habrían sido arrestados. Él, Francisco, gozaría de toda su familia. Quizá su madre no hubiera muerto tan precozmente. No habrían perdido sus bienes ni habrían tenido que ponerse bajo la denigrante tutela de fray Bartolomé. Él, Francisco, no estaría ahora viajando a Lima.

Su padre había insistido, desde que fundó su excéntrica academia, en que el conocimiento era poder. Tenía muchos conocimientos y había leído más libros que muchos sabihondos del Virreinato. No obstante, en el momento decisivo, no sirvieron sus conocimientos. Nadie siquiera advirtió que tenía poder. Se dibujó ante Francisco el rostro de Jesús contraído por el sufrimiento. Aflojó su espalda contra las estacas laterales de la carreta y murmuró porciones del catecismo. Una idea quería emerger, pero la aplastaba con otras, hasta que se abrió. ¡Hacía un paralelo entre Jesús y su padre! Reapareció la imagen con moretones y rayas de latigazos. Jesús era Dios. Tenía todo el poder. Los soldados de Roma se burlaban desafiándole a que lo

demostrase. Pero Cristo permaneció callado, como su padre. Lo golpearon, empujaron, ofendieron. ¿Dónde se ocultaba su dignidad, dónde sus rayos y su fuerza? Si, era capaz de destruir y reconstruir el Templo en tres días, ¿por qué no expulsaba de un soplo a sus verdugos? ¿Tenía todo el poder y no lo usaba? Era un hombre débil. Y los malvados aprovechaban para pegarle y divertirse a su costa. No advertían los brutos que tras su debilidad se escondía: una fuerza infinita. No advertían que el dolor, precisamente, lo hacía grato a los ojos del Padre.

Francisco se tapó la cara. Necesitaba aislarse dentro de la carreta. ¡Qué confusión! ¿No será el dolor tan profundo de los judíos a lo largo del tiempo la misteriosa virtud que los torna inmortales? ¿No será el judaísmo una forma de imitar y actualizar la pasión de Cristo? Meneó la cabeza horrorizado. Esto era herejía.

El indio José Yaru que José Ignacio Sevilla contrató en el Cuzco se comportaba como los demás indios cargadores, pero su rostro y ciertas actitudes evidenciaban una sutil diferencia. Igual que los otros era obediente y silencioso y se movía como un fantasma. Podía instalarse a las espaldas de alguien y seguirlo por un trecho largo sin ser advertido, pero desaparecía de a ratos. En una ocasión la caravana partió sin él; reapareció en la siguiente posta. Cuando se le hacían preguntas, sus contestaciones eran tan parcas y evasivas que quitaban los deseos de seguir hablándole. Sus facciones denotaban tensión, una profunda tensión que disimulaba con su aparente indolencia y estupidez.

Los indios cargadores no eran esclavos, aunque lo parecían. José Yaru era un indio cargador. Su trabajo estaba mal remunerado y era duro. Como los otros, seguía a las caravanas de a pie; dormía a la intemperie; se mantenía a prudencial distancia de los españoles y los negros. No le molestaban los gritos o reproches: era la forma natural de recibir indicaciones, era el trato que le correspondía. ¿Estaba resignado a perpetuidad? Provenía de las alturas del Cuzco. Allí, tocando las nubes, habían reinado los incas. El Cuzco fue la capital de un vasto imperio, el nudo magnético hacia el que afluían los territorios que después formaron el Virreinato del Perú. El gran Inca fue hijo del sol; como al astro, no lo podían mirar de frente. Su reinado fue corto e intenso. Los indios vibraban al oír sus referencias. José, sin embargo, cuando le preguntaban qué pensaba sobre el imperio incaico, sobre el pueblo incaico y sobre las costumbres de los incas, respondían invariablemente: «no pienso».

Sevilla supo que uno de sus hermanos se convirtió en talentoso pintor de iglesias. Reproducía los castigos que infligieron los judíos al Señor Jesucristo; los judíos usaban ropas de españoles; en varias ocasiones llegó a pintarles una cruz de oro en el pecho. También supo Sevilla de una tía que juzgaron por hechicera: en su chamizo ocultaba *huacas* y *canopas* [\[19\]](#) a las que alimentaba con chicha y harina de maíz.

José Ignacio Sevilla conoció a José Yaru en el Cuzco, precisamente. Lo contrató para que trasladase sus fardos de una tienda a otra en el callejón de los mercaderes. Era cumplidor y eficiente. Cuando le canceló el contrato porque regresaba a Buenos Aires, el indio bajó la dura cabeza, juntó las manos sobre el vientre y le espetó a quemarropa que lo llevase consigo.

—¿Por qué? —se asombró Sevilla.

—Porque tengo guerra familiar.

—¿Quieres huir?

—Tengo guerra familiar.

Sevilla no pudo sonsacarle más información. ¿Qué significaba «guerra familiar»? ¿Lo perseguía su suegro?, ¿lo quería matar un cuñado?, ¿cometió bigamia?, ¿lo

repudiaban sus parientes? Necesitaba escapar. Sevilla tuvo lástima de él y también calculó que a cambio de este favor ganaba un buen ayudante. Se hacía cargo de un fugitivo, ciertamente; pero que no huía por causa de la religión, que era lo grave, sino por robo, asesinato o adulterio. Quizá nunca lo supiera. No lo vinculó con su tía hechicera, que era un expediente cerrado ya. A su hermano lo consideraban propiedad de la Iglesia. Trató de perforarle la empecinada cabeza: no descubrió inconvenientes serios y dijo que sí.

José Yaru nunca se quitó las pulseras de cuero. De vez en cuando entonaba un canto fúnebre. Su melodía era como una cinta que ondulaba hacia alguna montaña. Tengo nostalgias de altura —explicaba con razón. Los demás indios solían escucharlo en silencio. Durante las pausas se formaban rondas de cargadores. Aunque José era igual a los otros, parecía convertirse en el centro del grupo como si portara una dignidad que sólo sus hermanos reconocían.

Diego de Lisboa viajaba en otra carreta. No lo acompañaban miembros de su familia esta vez. Tenía cuatro hijos brillantes, de los cuales uno, Antonio, despuntaba como polígrafo[20].

«No puedo reprender a Antonio —cavilaba—. Lleva más lejos que nadie mi decisión de desarraigo: no acepta llamarse López y menos Lisboa. Quiere dejar de ser judío. Repudia mi herencia y, paradójicamente, la recibe porque lo principal de mi herencia (o mandato) es acabar con la carga del judaísmo. Tan lejos corre que se inventó una historia de su nacimiento: asegura que vio la luz en Valladolid, aunque allí no estuvo jamás. ¿Por qué vaya reprocharle? Tendrá más libertad y seguridad que yo, porque yo, lamentablemente, estoy infectado por un núcleo judío que sólo morirá cuando repose bajo tierra. Lo mismo pasa con Diego Núñez da Silva: su núcleo judío fue detectado por los imanes de la Inquisición y ahora purga en Lima la condena. Nos conocimos en Lisboa. Éramos jóvenes y podíamos correr más rápido que nuestros perseguidores. Compartimos el horror. Después aprendimos a compartir la incertidumbre que producía la cambiante conducta de los monarcas; por momentos las autoridades se tornaban benévolas y generaban expectativas de convivencia, por momentos las arrasaba una tempestad de odio.

»Cuando los reyes de España firmaron el Edicto de Expulsión en 1492 —recordaba Diego López—, cien mil judíos emigraron hacia Portugal. Casi todos soñaban regresar a sus hogares españoles. Pero los sueños no se cumplieron. Vencidos los plazos de permanencia, muchos debieron embarcarse y sufrir nuevas desventuras; algunos fueron vendidos como esclavos. Cuando la Inquisición logró instalarse también en Portugal, se hizo evidente que ya no volvería la paz. Millares de individuos intentaron huir del país que por momentos parecía tenderles algún afecto. Acordé con Diego Núñez da Silva fugar al Brasil después que mis padres fueron quemados en un Auto de Fe. No podíamos seguir en esa ciudad. Me ayudó a soportar días y noches de fiebre, de locura. Intenté clavarme una daga porque no me podía sacar la visión de los cuerpos carbonizándose. Dejé de comer y beber hasta perder el sentido. Al cabo de unos meses, insomnes de terror, proyectamos viajar al Nuevo Continente. Allí se radicaban muchos perseguidos: la distancia del poder central facilitaba la erección de comunidades libres y podríamos olvidar. Y renacer. Pero nuestra información no era completa: esa libertad ya había provocado visitas inquisitoriales y se empezó la represión también aquí. No encontramos un Brasil apacible. No. Diego Núñez da Silva, tras evaluar las opciones, eligió arriesgarse hacia el Oeste, hacia la legendaria Potosí. Yo, en cambio, consideré más segura la recientemente fundada Buenos Aires porque estaba más alejada que ninguna otra población de los implacables centros del poder inquisitorial.

»Era paradójico: Diego Núñez da Silva, médico y sin ambiciones económicas, fue hacia el más febril centro de enriquecimiento que funcionaba en el Nuevo Mundo. Yo, un comerciante que reconocía el valor del dinero, fui hacia la chata aldea que vegetaba sobre un río ancho y aburrido. Diego llegó a Potosí y luego se fue a ejercer medicina en San Miguel de Tucumán. Yo desembarqué en Buenos Aires e hice incursiones a Córdoba para iniciar el comercio con frutos del país. En Córdoba, hacia el año 1600, apareció mi viejo amigo con su familia. Estaba mal: huía de la Inquisición. Huía inútilmente: le venía pisando los talones la orden de arresto, que implementó el comisario local.

»Yo, en cambio, estaba bastante bien. Había comprado una pequeña embarcación que bauticé *San Benito* exportaba harina a San Salvador de Bahía y allí la cargaba con aceitunas, papel y vino. La secreta comunidad judía de San Salvador era una confiable contraparte. Hice dinero. Y para evitar el zarpazo de la Inquisición empecé a buscar quien me vendiese un certificado de limpieza de sangre. En Córdoba proliferan los títulos apócrifos; hay verdaderos artistas de la falsificación y un gran respeto por su obra. Contra el escepticismo que a veces me asaltaba pude conseguir un certificado tan bello que parecía una reliquia. A pesar del escudo que significaba ese pergamino recargado con el lacre de los sellos y la firma de notables, había considerado riesgoso mantener mi principal domicilio en Buenos Aires: la joven ciudad se estaba llenando de judíos provenientes del Brasil. Me trasladé pues a Córdoba, donde rápidamente, gracias a mi locuacidad, dinero e iniciativas, fui designado regidor del Cabildo. Arribé entonces a la dolorosa conclusión de que lo tenía sentido mantener en secreto mi condición judía: no resucitaré a mis padres ni daré felicidad a mis hijos. Externamente soy católico, de mi nuca cuelga una cadena de plata con una maciza cruz, asisto a los oficios religiosos y me confieso, Debo corregir mi interior, no el exterior. *Mi imagen es la adecuada, no las nostalgias.* Estoy cansado de huir. Si pudiese, estudiaría teología y me haría sacerdote como Pablo de Santamaría, que fue rabino y se convirtió en uno de los más ardientes abogados de la Iglesia. El martirologio judío ya no tiene sentido: no interesa a los hombres ni conmueve a Dios. ¿Para qué continuarlo?»

Los ásperos reinos cristianos del Norte de España —se enteró Francisco, emocionado— decidieron favorecer a los judíos cuando los Estados musulmanes del Sur empezaron a perseguirlos. La acogida, empero, no condujo a la formación de un vínculo cordial entre la Iglesia y la sinagoga. La Iglesia necesitaba aún consolidarse y la presencia de quienes *fueron* el pueblo elegido cuestionaba la solidez de algunas tradiciones. Empezó a difundirse entonces el gusto por una especie muy peligrosa de torneos: las controversias teológicas. A los cristianos no les interesaba, en el fondo, convencer judíos (podían convertirlos a la fuerza y masivamente): eran ellos mismos quienes necesitaban convencerse. Se convocaba a teólogos de ambas religiones para discusiones públicas que ayudarían a clarificar la verdad. En la práctica, si los cristianos no vencían en la argumentación, se desencadenaba una borrasca que incluía asaltos a las juderías.

Uno de esos afamados polemistas del bando judío provenía del Sur. Decía descender del legendario príncipe Hasdai, el magnífico Samuel Hanaguid y de otras familias cordobesas pletóricas de sabios y artistas. Se llamaba Elías Haséfer, que quiere decir Elías «El Libro». El libro, obviamente, era la Sagrada Escritura. (Posiblemente Séfer se convirtió en Silva, como gustan afirmar los judíos de este apellido.) El torneo se desarrolló en Castilla con gran pompa. Acudieron príncipes, nobles y caballeros. Por parte de la Iglesia asistieron el obispo, superiores de las órdenes religiosas, doctores en teología y eruditos. Elías Haséfer tenía derecho a consultar una gruesa Biblia que pusieron a su disposición, pero asombró a la audiencia vertiendo de memoria largas parrafadas de versículos. Las razones de la Iglesia y las de la sinagoga chocaron como espadas relucientes. Cada parte hacía estallar relumbrones y la primera sesión acabó en un empate. La segunda y la tercera dieron ventaja a los teólogos cristianos, quienes apabullaron a Elías con inesperados argumentos. Los caballeros casi empezaron a golpear sus escudos en señal de alegría, pero la solemnidad del recinto les frenó el entusiasmo. En la cuarta sesión Elías Haséfer, aparentemente debilitado, remontó cada uno de los argumentos con una especie de catapulta y convirtió a sus adversarios en pasmarotes ridículos. Los caballeros ya no querían golpear sus escudos, sino desenvainar las espadas. En la quinta sesión hubo un empate poco claro y en la sexta Elías Haséfer volvió a triunfar. En voz baja consultó el rey al obispo. Se convocó a una séptima sesión, pero el monarca no autorizó el debate. La sesión estaba destinada a premiar el desempeño de los adversarios. Aclaró que se trataba de una diversión, no de un juicio: la verdad de la Iglesia no era objeto de dudas, ni requería la derrota de un sofista judío. El rey entregó regalos a todos los participantes. Cuando tendió la primorosa arqueta a Elías Haséfer, exclamó: «¡Lástima que nos seas abogado de Cristo!» Esta expresión era,

obviamente, otro regalo, quizá más valioso que el material. Al día siguiente los judíos de Castilla velaron a Elías Haséfer, asesinado por una puñalada a pocos metros de su casa.

Estas tragedias no impidieron que de las *aljamas*[\[21\]](#) surgieran astrónomos, traductores, matemáticos, poetas y médicos tan brillantes como los que antaño produjeron los Estados del Islam —contó José Ignacio Sevilla—. Varios ascensos luminosos, no obstante, acabaron en atroces caídas. Un ejemplo fue el de Samuel Abulafia, que llegó a ser un príncipe tan grande como Hasdai. Fue ministro de Pedro el Cruel, rey de Castilla. Su vida excepcional es un modelo que exalta y aterroriza, por eso los judíos siguen recordándolo con ambivalencia. Hubieran preferido olvidarlo. Más aún, que nunca hubiese existido. Abulafia resolvió la asfixia financiera del reino y se ganó el poder de los poderosos. Construyó la famosa sinagoga de *El Tránsito*, en Toledo, con hermosas inscripciones hebreas en torno del Arca. Su residencia fue conocida como *El Palacio del judío*. Las intrigas políticas lo debilitaron. Su lealtad al rey no sólo produjo admiración, sino odio. Sus rivales se desquitaban con ataques al barrio judío. En una de esas furiosas agresiones cayeron muertas cerca de mil doscientas personas con niños incluidos. Finalmente consiguieron desgastar la confianza del monarca. Pedro el Cruel sucumbió a las calumnias y ordenó encarcelar y torturar a quien fuera su querido ministro. Los verdugos se regodearon con el cuerpo del magnífico príncipe, quien murió durante los tormentos.

En la patética historia, tampoco este hecho fue definitorio. Igual que en la lejana época de los visigodos, el pueblo tenía más vocación para la tolerancia que para el desdén. Los españoles tardaron más que el resto de Europa en incorporar su odio. Tan era así que las aljamas gozaron de autonomía y los manuscritos de esa época reflejaban cierto optimismo. El pensamiento filosófico y moral produjo obras notables: en el siglo XIII vio la luz en la España cristiana, precisamente, uno de los libros que más desconcierto genera en los hombres, llamado *Zohar* o *Libro del esplendor*. Es el núcleo de la *Cábala*.

—¿Has oído hablar de los cabalistas, Francisco?

A Francisco no le resultó desconocida esa palabra: la escuchó por primera vez cuando Diego estaba tendido en su lecho con una herida en el tobillo y su padre le efectuaba la abismal revelación. En la empuñadura de la vieja llave de hierro había una grabación. No eran tres pétalos ni tres llamitas: era la letra inicial de la palabra *Shem*, que significa Nombre. Los cabalistas atribuyen al Nombre un infinito poder, manipulan letras y acceden a la profundidad de los misterios.

Recién en el siglo XIV —es decir, hace muy poco en relación con la extendida historia de los judíos españoles—, se impuso, claramente, la intolerancia. Ganaron terreno los fanáticos y su crueldad. Cuando se producían epidemias se acusaba a los

judíos. A veces ni era necesario formular la acusación: el populacho corría directamente hacia las aljamas para matar y robar. Surgieron frailes que urgían exterminar a los infieles *de adentro*; se ponían a la cabeza de turbas excitadas, entraban a saco en las sinagogas, profanaban el altar y entronizaban una imagen. La conversión era vivida por los judíos como una ofensa adicional. Pero algunos conversos, por obra del terror, se mutaron en extremistas del cristianismo para borrar las marcas de origen. Un caso notable fue Pablo de Santamaría, ex rabino cuyo nombre escandalosamente hebraico había sido Salomón Halevi (Diego López de Lisboa lo admiraba). Los Levi descendían de la bíblica tribu consagrada al sacerdocio. El converso se zambulló en los estudios teológicos y consiguió que lo nombrasen archidiácono y canónigo de la catedral de Sevilla. No conforme, ascendió a obispo de Cartagena y arzobispo de Burgos. En esta ciudad compuso una obra incendiaria: *Scrutinio Scripturarum*. Lo empezaron a llamar el Burguense y su manual es utilizado hasta ahora en las controversias para pulverizar los argumentos judíos.

—Hay copias del *Scrutinio* en Buenos Aires, en Córdoba, en Santiago. Y por supuesto que hay varias copias en Potosí, el Cuzco y Lima —señaló López—. Para los familiares y comisarios equivale a una espada —carraspeó, como lo hacía cada vez que le asaltaba la tristeza—. Y, ciertamente, es una filosa espada.

En ese año de conversiones masivas el populacho invadió la aljama de Sevilla y mató cuatro mil hombres, mujeres y niños; las sinagogas fueron derribadas o transformadas en iglesias. Meses después se prendió fuego al barrio judío de Córdoba; en sus calles quedaron tendidos unos mil cadáveres. En seguida se propagaron los asesinatos a la bella Toledo y de allí a setenta localidades de Castilla. Luego aparecieron múltiples crímenes en Valencia, Barcelona, Gaona, Lérida.

Francisco escuchaba, absorbía, trepidaba.

Desde cierta altura los viajeros pudieron apreciar la bonita Salta erigida sobre terreno cenagoso y rodeada por aguas, como si se tratase de un chato castillo. Hernando de Lerma la fundó sobreagua como los aztecas a México. Soñaba levantar una urbe tan grandiosa como aquélla. Rodeando a la ciudad se extendían los potreros que reunían más mulas que en ninguna otra parte del mundo.

La caravana llegó al final de su viaje. Las carretas no podían seguir hacia el Norte: eran dinosaurios que sólo recorrían caminos llanos: desde la pampeana Buenos Aires junto al Río de la Plata —el río más ancho del planeta— hasta la remota Salta, en el pórtico del Altiplano.

Diego López de Lisboa permanecería en Salta, en lo de un proveedor amigo, para ampliar sus transacciones comerciales. Luego regresaría a Córdoba. Llamó a Francisco.

—Quiero despedirme —su nariz respingada se había sonrosado—. Quizá llegues a conocer a mi hijo Antonio, si vuelves a Córdoba.

—O si él va a Lima.

—¿Te quedarás en Lima?

—Estudiaré medicina. Después... Dios proveerá.

—Presiento que Antonio también irá a Lima —se sentó sobre unos fardos.

—Cuando abrases a tu padre —recomendó mientras pasaba el pañuelo por su nuca y su frente— le contarás que hemos hablado mucho y que yo estoy de acuerdo con él.

La cara de Francisco se convirtió en pregunta.

—Sí, de acuerdo con él —aclaró—. Él ha renunciado al judaísmo. Definitivamente. Hizo lo correcto.

—¿Está seguro?

—La Inquisición le impuso una condena leve. Procede así, únicamente, con los arrepentidos de verdad —suspiró—. Tanto sufrimiento para nada. Ya ni es historia, sólo carnicería.

—¿Se puede interrumpir la historia?, ¿ponerle fin?

—Los teólogos demuestran que el pueblo judío existió, y fue elegido, para anunciar y preparar la venida de Cristo. Una vez cumplida esa misión, terminó su historia. Su sobrevivencia agravia el plan divino.

—Pero la realidad...

—La realidad debe someterse a la teología, que es la verdad —volvió a pasarse el pañuelo por el rostro y lo metió en su bolsillo—. No justifico la obstinación de José Ignacio, por ejemplo, que prefiere un camino imposible.

—No es obstinación —José Ignacio Sevilla apareció junto a ellos y los miró con

lástima—. No es obstinación, querido Diego: es convicción.

—¿Estabas escuchando? —se irritó López.

—Sólo la última parte, no te preocupes. Además, creo que no has dicho algo nuevo. Sólo que, me parece, lo has dicho con más énfasis.

—Porque ya no dudo.

—Lamento desengañarte: sigues dudando; por eso necesitas del énfasis.

Diego López de Lisboa volvió a frotarse con el pañuelo.

—Los nuestros son tiempos de prueba —lo consoló Sevilla.

Francisco advirtió que en Salta algunas personas rodeaban sus cuellos con pañuelos y creyó que era una coquetería local. El desengaño lo contrarió. Lorenzo, en cambio, se puso a reír porque el bocio endémico de esa gente le parecía cómico: una bola instalada delante de la garganta. A Francisco le disgustó que se burlase de una enfermedad. Lorenzo no pensaba en enfermedades: esa gente era así, monstruosa, y algunos monstruos existen para divertir a quienes no lo son; ¿para qué Dios creó los acondroplásicos y otros bufones? De todos modos no le interesaban los portadores de bocio sino las mujeres salteñas cuya hermosura lo excitó. Usaban el pelo suelto y boscoso, otras lo ataban en relucientes trenzas; su tez era delicada y miraban con desparpajo.

Buscó y encontró el prostíbulo donde pudo meter sus dedos entre las espesas cabelleras y regodearse con la bella tez. Así lo contó. Pero en realidad se acostó con una mestiza regenteada por una vieja maligna que casi le robó la escarcela mientras se revolcaba en el sucio jergón. Satisfecha la urgencia, Lorenzo volvió a concentrarse en su objetivo más próximo: conseguir mulas, y gratis. «Los botines de guerra sólo cuestan sudor y coraje, no dinero.» Dijo a Francisco que sólo necesitaba una noche para proveerse de una media docena. A la mañana siguiente ya podrían emprender el viaje hacia Jujuy. Si Francisco no tenía ganas de arriesgarse, que lo esperase en el camino.

—Estuviste demasiado tiempo con los frailes para animarte a robar —le dio un cariñoso golpe de puño en el brazo.

Por el amplio valle de Lerma se sucedían los potreros llenos de animales listos para la subasta. Eran corrales construidos con troncos y ramazones de los bosquecillos circundantes. Algunas mulas díscolas hacían excavaciones para burlar el cerco y debían ser trasladadas a potreros reforzados; otras eran mañosas y agitaban a las vecinas. Montado en su caballo rubio, Lorenzo parecía un rico mercader dispuesto a efectuar transacciones honestas. Recorrió los límites de varios potreros, se detuvo a escuchar las negociaciones de los comerciantes e hizo preguntas a los arrieros despistados, se mezcló con otros jinetes, examinó atajos y esperó que la noche encapotada borrara los contrastes. Una fina garúa —anunciadora de las próximas lluvias de temporada— contribuyó a facilitarle la tarea.

La familia Sevilla partió al alborcer. Pretendía llegar a Jujuy esa misma tarde. Convenía segmentar el trayecto con cierta precisión para no quedar a la intemperie: se avecinaba mal tiempo. Francisco siguió al grupo. Don José Ignacio había contratado una recua de mulas con varios cargadores y José Yaru continuaba de ayudante. Llovió durante media hora a poco de abandonar Salta. Los equipajes fueron cubiertos con lonas y los viajeros se subieron los ponchos a la cabeza. Los indios

descalzos tironeaban el cabestro de los animales. Era preciso avanzar de todos modos. Estos chaparrones serán en adelante una vista frecuente. Al cesar la lluvia el camino quedó salpicado de vidrios y una fragancia intensa se elevó hasta las nubes por entre cuyos escarmenados vellones se presentaba nuevamente el cielo azul.

Cuando Salta quedó atrás, oculta por lomas, divisaron a Lorenzo. Descendía trabajosamente de un monte a arrastrando tres mulas. No había logrado un pingüe botín.

Abundaba tanto la piedra suelta que las mulas y el caballo de Lorenzo ya no podían trotar. La Puna producía dolor en el estómago, mareos y fatiga. A cada rato bebían agua o sorbían un poco de caldo con ají. De a ratos caminaban junto a las cabalgaduras para que no se empacasen. Sólo el indio José Yaru tenía aspecto saludable a pesar de su permanente hosquedad; estas tierras eran su patria y esta atmósfera le sentaba bien. Marchaba al encuentro de sí mismo; una progresiva armonía acomodaba su relación con el mundo. Su bienestar se asociaba a hechos terribles —pero también grandiosos— que no podía comunicar a nadie.

Francisco miraba con atención el paisaje espectral. Estaban más cerca del cielo y quizá de Dios. Por aquí había venido su padre cuando era joven, escapando de Portugal y del Brasil. Lo imaginaba viniendo del Este, a través de selvas feroces, y encontrándose de súbito en esta meseta elevadísima y árida rumbo a la legendaria Potosí cuyos cerros manaban la plata. Ya entonces se decía que en diez años ordeñaron a estos cerros más metales preciosos que los indios en dos mil. Decenas de millares de hombres fueron empujados a las minas por el sistema de la *mita*^[22]. El trabajo compulsivo se fue haciendo cruel e insalubre a medida que se agotaban los filones y debían perseguidos en las entrañas del suelo. Francisco penetró en las calles bulliciosas de Potosí. Los muros no eran de plata ni las tejas de oro. Pero circulaban carruajes fastuosos, los hombres y las mujeres usaban ropas coloridas. Los ricos destinaban algo de sus ganancias a la vanagloria y el grueso a los arcones. Predominaban dos entretenimientos: los prostíbulos y los titiriteros. A los primeros los condenaba la Iglesia y a los segundos la Inquisición.

Sermón de por medio era destinado a condenar el pecado de la carne. Insistían que en los lenocinios se regodeaba Satanás atrapando almas. Los sacerdotes acusaban y amenazaban en su lucha desigual. Desde el púlpito miraban con reproche a los varones irresponsables y a las mujeres desvergonzadas —porque todos concurrían a los servicios, incluidas las administradoras de burdel—, pero no conseguían enderezar sus conductas. La Inquisición, en cambio, concentraba sus ataques contra los titiriteros. Sostenía que era arte maligno hacer hablar a muñecos. Las mentes débiles confundían la materia inerte con el espíritu y podían creer en el poder de una imagen profana. Hacía poco toda la región había sido conmovida por una plaga: *la enfermedad del canto*. Miles de indios se habían entregado a canciones y danzas esotéricas porque se les inculcó el regreso de las *huacas*, ridículos dioses de la naturaleza: lagos, montañas, piedras, árboles. Peor aún, se les inculcó que los dioses ya no permanecían en los objetos, sino saltaban a la boca de los indios y se introducían en sus entrañas, cabeza, piernas y brazos. Los hacían danzar frenéticamente durante días y noches. Sus inmundos predicadores decían que

retornaban para combatir a Cristo. La enfermedad del canto —*Taki Onkoy*— convulsionó la montaña. Hubo que mandar expediciones para reprimida. Se descubrió un gran número de hechiceros, hechiceras y *curacas*[23] comprometidos en la nefasta rebelión idolátrica. Hubo que castigar y matar hasta restablecer el orden.

Pero la Inquisición no se ocupaba únicamente de la idolatría. Los titiriteros eran, sobre todo, unos insolentes que pretendían hacer reír y ganar dinero a costa de los dignatarios. En forma oblicua se referían a los pecadillos de un corregidor, los sobornos de un juez, las desventuras de un alguacil o las tentaciones de un sacerdote. Espantoso. Los títeres mostraban cómo hombres de fortuna solían caer en las trampas de un pícaro, así como un obispo podía entregarse a los brazos de una hermosa mujer. Estas historias arrancaban carcajadas pero debilitaban la fe. Los atentados contra la fe, por cualquier procedimiento que fuese, eran merecedores del más severo castigo. En consecuencia, la Inquisición prohibió los títeres.

Lorenzo Valdés no se iba a perder tanto jolgorio. Un buen guerrero necesita saber divertirse, afirmaba. Sus virtudes empiezan con un beso a la cruz y una reverencia a la espada, pero el buen ánimo requiere culos, tetas y vino. Así lo decía su padre ante la redonda jeta de fray Bartolomé. Nadie lo iba a desmentir. El soldado tiene un duro oficio y merece una rotunda paga. La paga se la cobra en las tabernas y los burdeles cuando reina la paz, en el pillaje y las violaciones cuando arde la guerra. Es simple, conocido. Y está consagrado por la costumbre.

Arrastró a Francisco. El lupanar no se distinguía de las casas vecinas, aunque parecía más bajo y oscuro. Estaba en un extremo de la agitada ciudad. La puerta de color verde tenía por aldaba la cabecita de un monstruo que sacaba la lengua. Fueron conducidos al salón por una mestiza e invitados a sentarse. Encontraron varios hombres ocupados en recibir las atenciones de unas mujeres. Reían bajito mientras intercambiaban caricias. Una mulata ofrecía vasos de pisco.

Francisco y Lorenzo empezaron a beber. En seguida se les acercaron dos mujeres. La de tez perlada depositó suavemente su mano sobre la de Francisco. Era tierna y embriagadora. Francisco fue recorrido por una corriente de hormigas. Tras las pestañas oscuras le miraban ojos húmedos. Sus mejillas avivadas por el carmín eran tersas como un prado. La boca pintada balbuceaba turbulencias. Liberó la mano para beber medio vaso. La mujer sonrió; también se apartó un poco. Reconoció al novato, un ejemplar poco frecuente. La divertía seducirlo.

Lorenzo Valdés, en cambio, se incorporó, rodeó la cintura de su compañera y le preguntó dónde podían estar solos. Ella lo guió hacia el patio que conducía a los aposentos con jergones. Se acercó a Francisco otra mujer, muy gorda y desdentada. La envolvía una nube de lavanda. El muchacho temió que viniera a reemplazar a la joven que le había tocado la mano. La vieja sonrió y su fruncida boca se convirtió en un espantoso círculo negro. Francisco se echó hacia atrás. Ella le masajeó la nuca.

—Hijito —lo tranquilizó—: vengo a cobrarte. Quiero que lo pases bien. ¿Te gusta nuestra hermosa Babel?

Francisco miró a la joven y asintió. La gorda extendió su mano cargada de anillos y pulseras. El muchacho hurgó en su escarcela mientras la prostituta y la vieja administradora lo observaban con atención. Unas fuertes carcajadas estallaron en el extremo opuesto de la sala y un hombre enfundado en jubón de seda azul corrió tras dos mujeres que huían hacia el patio.

—¿Me quieres correr? —susurró la muchacha.

—¿Cómo es eso?

—Me corres y... cuando me agarras... ¡me agarras!

—¿Te agarro?

—Sí —entrecerró los párpados violetas con gesto de vencida—. Haces conmigo lo que quieres. Lo que te gustaría hacerme.

Francisco encogió levemente los hombros y estiró las comisuras labiales.

—¿Qué te gustaría? Vamos, dime —acercó su mejilla ardiente. Te gustaría... ¿tocarme la cara? ¿Te gustaría tocarme el cuello? Mira —levantó su cabeza y estiró su garganta de nieve.

Él estaba contraído. Un temblor le recorría el abdomen. Tenía los pies fríos y las manos transpiradas.

—¿Te gustaría meter los dedos por debajo de mi falda? Si me atrapas, soy tuya. Es el trato.

—No quiero correrte —le salió una voz áspera.

—¿Acariciarme?

Francisco la miró con desconfianza, temor, excitación y rabia. Rabia contra sí mismo. Ella volvió a tocarle la mano. Sus dedos dibujaron suaves espirales sobre el dorso y luego se aventuraron hacia la palma. Le hizo cosquillas. Francisco rió apenas y ella aprovechó para trasladar la mano dolorosa a su cuello desnudo.

—Toca —invitó.

Los pulpejos anhelantes de Francisco se extraviaron en la cálida lisura de pétalo y, dirigidos por la gentil Babel, recorrieron su nuca, sus hombros y resbalaron cautelosamente hacia la maravilla de los senos. La cabeza de Francisco se inflamó. Necesitaba poseer, comprimir, besar, derramar. Abrazó con torpeza a Babel y le mordió los labios de ciruela caliente. Ella introdujo sus manos bajo la camisa de Francisco y hurgó bajo las calzas. Comprobó que había eyaculado.

Se soltaron lentamente. Francisco estaba perplejo. La marea que lo ahogaba se descomprimió rápido. Ella insinuó incorporarse, pero él la retuvo.

—¿Qué quieres ahora? —se arregló el cabello—. ¿Qué quieres? ¿Otra vez? Tendrás que pagar de nuevo a doña Úrsula.

Como si doña Úrsula hubiese estado presenciando el episodio, apareció con su

voluminosa mano estirada. Francisco no hesitó. Ya estaba más tranquilo y pudo imitar a Lorenzo.

—Vamos a un sitio donde estemos solos —ordenó.

La turgente Babel lo condujo hacia un pequeño cuarto. Allí, iluminado por bujías, tuvo acceso en plenitud al vibrante cuerpo de una mujer.

Tendidos sobre el jergón de lana, ella le preguntó si era virgen.

—¿Te da orgullo haberme quitado la virginidad?

—¡Yo no te quité nada! —rió—. Tú la perdiste, en todo caso.

—¿Por qué te bautizaron Babel?

—No es mi nombre, sino mi apodo.

—¿Y a qué se debe tan raro apodo?

—Conozco palabras de muchas lenguas. Las aprendo en seguida: quechua, tonocoté, kakán —empezó a vestirse.

José Yaru pidió permiso para destinar una de las dos jornadas que permanecerían en Potosí a visitar unos parientes que desde hacía años vinieron del Cuzco. Muchos indios habían sido traídos mediante la persuasión o la fuerza para servir en las minas de plata con el sistema de la *mita*, que parecía razonable. A medida que transcurrió el tiempo y los filones se escabulleron hacia el fondo de la tierra, los indios empezaron a escasear (por mortalidad creciente y fugas también crecientes), los capataces los obligaron a permanecer más tiempo del reglamentario olvidando que todos esos trabajadores gratuitos debían retornar a sus tierras. Los indios dejaron de dormir porque los obligaron a trabajar también durante la noche. Los rebeldes fueron trasquilados, azotados y sometidos a rigurosa prisión no sólo para devolverlos amansados a las galerías subterráneas, sino para mantener activo el terror de los demás.

La fuerza de trabajo que devoraba las minas pidió más indios a las encomiendas y comunidades próximas. Debían empacar sus rústicas pilchas, recoger su única vicuña, despedirse de los vecinos en una borrachera triste, y emprender el camino de la esclavitud. Eran recibidos como ganado al que se examinaba y redistribuía. Los hombres —y niños vigorosos— eran empujados hacia la ruta de los socavones y el resto hacia un barrio marginal formado por cabañas diminutas, apenas agujeros en el terraplén: reserva que de vez en cuando visitaban los doctrineros para enseñarles a ser buenos católicos.

José Yaru conocía el sitio. Sus pies descalzos tocaban el pedregullo familiar que los conquistadores habían convertido en infierno. Ni un árbol, ni una planta. Tan sólo algunos cardones se erguían como candelabros. No se veían varones sino los domingos, cuando todos debían escuchar misa. Las mujeres se deslizaban como almas en pena: cuidaban los escasos y angostos corrales, golpeaban rítmicamente con el mortero y destilaban la chicha. No levantaron la cabeza cuando José Yaru pasó junto a ellas por la callejuela serpenteante. Nada ocurría ni podía ocurrir que cambiase su destino. Esperaban el regreso fugaz de sus hombres, una alegría breve como el paso de un cometa. Los niños crecían en contra de su voluntad: cuando desarrollasen los músculos reemplazarían a sus padres y formarían las nuevas legiones de mitayos que lo consumiría el monstruo de las minas.

Las puertas de los chamizos eran tan bajas que se las debía atravesar gateando. No tenían más protección que una cortina de totora. José apartó las fibras y miró hacia el interior. El olor rancio se extendió por su cuerpo como una promesa y se acuclilló contra la pared. El breve espacio que tenía frente a sí, hasta la pared de la choza vecina, estaba punteado por las negras bolitas excrementicias de las cabras. Al rato se asomó la cabeza de una vieja. Se arrastró fuera de la chata cabaña y se sentó

junto al indio. No hablaron. Al cabo de varios minutos ella se frotó la cara oscura y arrugada como una pasa uva. José continuaba estático; esperaba. Ella entonces introdujo su mano seca en los pliegues de su falda y extrajo un bulto blanco. Era un pañolón que desató lentamente sobre las rodillas, dejando al descubierto unos vellones de lana negra. Murmuró unas palabras y separó los vellones hasta que apareció una piedra ovalada y cristalina.

José torció su mirada hacia la piedra con embeleso. La hechicera hizo girar el pequeño objeto como si fuese una sacerdotisa manipulando la hostia consagrada. Después estiró su mano izquierda hacia atrás y empuñó una bota llena de chicha. Cerró un ojo para no errar y vertió líquido sobre la piedra,

—Ya le he dado de comer —fue lo primero que dijo—. Ahora necesita chicha. Mira cómo la bebe, cómo le gusta.

José asintió con respetuosa gravedad.

—La encontré para ti. Me la pediste —rodeó con los vellones a la piedra y después envolvió el conjunto con el pañuelo blanco—. Yo no olvido los pedidos. La alimenté bien. Me ha hablado.

Permanecieron en silencio. Silbaba el aire en ese laberinto miserable. Unos niños chorreando mocos cruzaron como sombras.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó José, al rato.

—Que ha llegado la mita de las huacas. Las huacas resucitan de a miles. Vencerán a los cristianos y nos devolverán la libertad.

Volvieron a pasar los niños. Esta vez se detuvieron un instante, contemplaron las figuras inmóviles, apoyadas contra la pared, y el bulto blanco que la vieja sostenía con ambas manos.

—¿Le preguntaste por qué no han triunfado todavía? —insistió José.

Ella giró la cabeza con aire de reproche.

—Porque no acabaron de instalarse en el cuerpo de todos nosotros —dijo—. Cuando cada uno de nosotros tenga una huaca adentro, seremos invencibles.

—¿Qué debo hacer? —estiró el mentón hacia la piedra envuelta.

—Alimentarla con maíz y chicha —le entregó el precioso bulto—. Servirla. En el Cuzco la entregarás al curaca Mateo Poma. Es una huaca poderosa y quiere meterse en el cuerpo de Poma. La huaca te agradecerá el servicio.

José apretó cariñosamente la deidad y la deslizó bajo sus ropas. Era el vehículo de una fuerza inconmensurable. Las huacas retornaban para enderezar el mundo. José y la hechicera permanecieron quietos hasta que el atardecer desplegó su poncho sobre las colinas. Allí dormían muchas huacas, del otro lado había más lomas y picos y alucinantes quebradas. Había arroyos y ríos; había lágrimas. Cada una era una huaca. Todas mantenían vínculos de parentesco con alguna de las dos grandes: Titicaca o Pachacámac. Todas las huacas habían estado vivas y hablaban. Hasta que varios

siglos atrás se impusieron los incas, establecieron el culto único del Sol y abolieron la adoración de las huacas. En aquel tiempo remoto, ¿fueron vencidas o se dejaron vencer? Dicen los hechiceros que se dejaron vencer para no perjudicar a los hombres. Decidieron entregarse a un sueño más profundo que el de los lagartos. Parecían muertas pero no lo estaban porque cada huaca es un dios inmortal. Los incas fracasaron cuando los abandonó el Sol: llegaron hombres blancos montados en caballos y subieron al palacio. Mataron al Inca y derribaron los altares; impusieron su dominio y exigieron que todos obedecieran a Jesucristo. Ordenaron perder la memoria: que los indios cambiasen sus nombres tradicionales por los feos nombres españoles, que enterrasen sus muertos junto a las iglesias en vez de guardarlos con semillas de maíz en confortables tinajas de barro y que se arrodillasen ante un muñeco clavado en un palo. Los conquistadores pusieron el mundo al revés, trajeron enfermedades, mataron gente, ofendieron y violaron. Mandaron millones a las minas e impusieron el régimen de las encomiendas. Los azotes y las espadas doblegaron al pueblo como el viento a los maizales. Tanto dolor penetró en el sueño de las huacas y empezaron a despertar. La desolación les produjo ira. Cada una se ocupó de resucitar a la siguiente. Volvían en auxilio de su pueblo tiranizado: pero no sólo hablarían desde las piedras y los lagos, sino desde las gargantas de los mismos hombres.

Su primera manifestación se produjo en la región de Ayacucho, cerca de las criminales minas de Huancavélica. Sus predicadores irrumpieron en los obispos del Cuzco y de Lima, e informaron sobre los rituales que debían realizar ante la inminencia del cambio. Decían la verdad porque no hablaban ellos, sino las huacas. Instruían que «no creyesen en el Dios de los cristianos ni en sus mandamientos, que no adorasen las cruces ni las imágenes, que no entraran en las iglesias y no se confesaran con los clérigos». Debían estar fuertes para el gran combate. Decían los predicadores que «el Dios de los cristianos era poderoso por haber hecho a Castilla y a los españoles, y haber apoyado al marqués Pizarra cuando entró en Cajamarca y sujetó este reino, pero las huacas eran también poderosas por haber hecho esta tierra y a los indios y a las cosas que aquí se criaban y porque tuvieron la paciencia de esperar dormidas hasta este momento en que darán batalla y vencerán». Un predicador potente fue Juan Chocne. Prometió en nombre de las huacas «que les iría bien, tendrían salud sus hijos y sus sementeras». Pero quienes permanecieran dudosos y sometidos «se morirán y andarán sus cabezas por el suelo y los pies arriba. Otros se tornarán guanacos, venados y vicuñas y se despeñarán de las montañas.» Muchas huacas empezaron a manifestarse en hombres y mujeres que de súbito emitían sonidos en falsete o gruñían mientras otros se entregaban a danzas interminables. Centenares de bocas entonaban cánticos que no eran de este tiempo ni el de los incas, sino que provenían del tiempo en que las huacas sostenían la armonía del universo. Era el *Taki Onkoy*, la enfermedad del canto.

Los hombres blancos se encolerizaron. Lo que parecía otra idiota costumbre de los aborígenes implicaba una revuelta de magnitud y pronunciaron la palabra terrible: «¡idolatría!». Para ellos la resurrección de las huacas se reducía a un culto asqueroso. No quisieron ni enterarse de las hondas emociones que activaban. Sólo sabían qué hacer: ¡extirpar! La enfermedad del canto era una plaga. Los indios no sólo renegaban de la fe verdadera, sino que pretendían recuperar sus raíces preincaicas. Estaban alterados por una ilusión tan ridícula que sólo podía alimentar Satanás. Empezó entonces una persecución despiadada. El visitador eclesiástico Cristóbal de Albornoz emprendió una guerra sin misericordia: volteó hechiceros, curacas y predicadores. Juan Chocne, junto a otros insignes acusados, fue remitido al Cuzco donde le aplicaron el tormento del potro y azotainas. Las huacas se alejaron de sus cuerpos debilitados. Los predicadores dejaron de hablar con verdad: pidieron perdón y dijeron que habían mentido. Muchos fueron condenados a trabajar de por vida en la construcción de iglesias. Los castigos incluían ofensas: eran emplumados, trasquilados y abucheados en público. La represión hizo escarmentar a miles de indígenas y quedó prohibido cualquier rito que evocase el culto de las huacas.

El Dios de los cristianos restableció su orden injusto. Pero no para siempre. José Yaru estaba seguro de que las huacas no habían sido derrotadas: protagonizaron apenas una escaramuza de advertencia. La renovada crueldad de los tiranos será doblemente castigada. En el Virreinato cada indio siguió «conversando» en secreto con la realidad invisible. Dentro de su apariencia baladí, las huacas escondían una fuerza maravillosa. En los valles y las montañas, en la costa y en la Puna se preparaba la gran batalla. José había tenido que huir de las redadas que tendían los extirpadores de idolatrías. Su viaje al Sur resultó providencial. Su guerra familiar era la guerra de la familia indígena de esta porción del mundo contra la familia usurpadora que llegó de ultramar.

El sueño de Francisco fue agitado por el deambular de frailes en el convento dominico de Córdoba. Santiago de Cruz le ofrecía una cadena para azotarse, pero al tender la mano advirtió que era una lanceta. Le abrió la vena al apoplético fray Bartolomé y a continuación los gritos de su entorno le informaron que ya estaba muerto. Sintió miedo y dijo «yo no lo maté». El monstruoso gato lo miraba fijo sus ojos amarillos; refunfuñó, expuso sus dientes, le iba a saltar encima cuando la regordeta mano de doña Úrsula le masajeó la nuca. Dio un violento giro y despertó. A su alrededor dormían otros hombres. La alcoba colectiva del mesón resonaba sibilancias y toses; el aire frío de las alturas apenas morigeraba las flatulencias. Por una claraboya penetraba la claridad del amanecer. Aún tenía pegados los fragmentos del sueño y las imágenes se abrieron al terso rostro de Babel. Se frotó los ojos: iría de nuevo a tocada y poseerla. No podía ordenar su mente. Acomodó su miembro erecto y se incorporó.

—Debo confesarme —se arregló la camisa, avergonzado, y abrochó su cinto—; debo confesarme.

Empujó la crujiente puerta. Lorenzo Valdés despegó un ojo.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo en un rato.

Se lavó en el fuentón que recogía agua de lluvia y salió a las calles pletóricas de urgencia y codicia. Potosí era Sodoma, Gomorra y Babilonia juntas. Los sirvientes negros ya habían iniciado su faena. Algunos carruajes iban en busca de un funcionario o un encomendero. La aurora quitaba el hollín de los edificios y el viento áspero, frío, hacía rodar guijarros.

Ingresó en la primera iglesia. Ya la habían barrido. Lo reconfortó la fragancia del incienso. La abrigada casa de Dios producía una instantánea armonía de espíritu. Se arrodilló y persignó en el extremo de la crujía. Al frente se elevaba el altar mayor con la resplandeciente custodia del Santísimo Sacramento. Un retablo laminado en oro y plata era seguido por una sillería de caoba que culminaba en voluminosos ambones. El templo era más imponente y lujoso de lo que parecía desde el exterior. Su techo estaba colorido por un artesonado cuyas piezas ensamblaban sin clavo alguno como las carretas que se fabricaban en Ibatín.

Rezó un padrenuestro. Después buscó el confesionario. Una mujer sollozaba de rodillas mientras el clérigo, oculto en la discreta cabina, absorbía los yerros humanos y la perdonaba en nombre de la Santísima Trinidad. Aguardó que ella terminase y cuando la vio hacer la señal de la cruz, fue a su lugar. Estaba ensimismado. Necesitaba la voz del sacerdote y su absolución. Avanzó cabizbajo, se dispuso a caer de rodillas.

—¡Francisco Maldonado da Silva! —oyó su nombre.

Era una voz rotunda. Le impactó como un puma sobre la espalada. La voz no venía del confesionario. En la medialuz reconoció al pequeño sacerdote.

—¡Fray Antonio Luque!

El superior de los mercedarios de Ibatín y temido familiar de la Inquisición lo miró con ojos glaciales.

—Me reconoció... —dijo Francisco al cabo de unos segundos, con forzada sonrisa, tras balbucear otros sonidos que no se combinaron en palabras.

—Eres igual a tu padre.

—Sin tanta barba —se la tocó haciendo un mohín. El encuentro le produjo una emoción ambivalente.

—¿Qué haces aquí? —espetó a quemarropa.

—Vengo a confesarme.

—Ya me di cuenta. Pregunto qué haces en Potosí.

—Estoy de paso.

—Viajas a Lima, ¿no?

—Sí.

—¿Buscas a tu padre?

—Sí.

El duro sacerdote escondió sus manos en las anchas mangas del hábito. Su cara no era gentil. Recorrió varias veces el cuerpo de Francisco desde su cobriza cabellera hasta sus gastadas botas. Con estos brochazos oculares conseguía inhibir a sus interlocutores, especialmente si eran más altos que él. No le habló ni facilitó que dijese otra frase. Al rato, con voz tan asordinada que el joven debió inclinarse para escuchar, le volcó su hiel.

—Estoy enterado de tu viaje. En Lima encontrarás a tu padre y al tribunal de la Inquisición.

Hizo otra pausa. A pesar del frío que reinaba en Potosí, el sudor corría por la nuca de Francisco.

—Hubieras debido permanecer en el convento de Córdoba.

—Quiero estudiar medicina —explicó en falsete.

Fray Antonio Luque contrajo las cejas.

—Como tu padre.

—No es el único médico —se aclaró la garganta.

—Médico como tu padre —frunció las cejas—. Y posiblemente serás otras cosas más como él... ¿Judaízas, ya?

La intempestiva acusación le golpeó en la boca del estómago. Movié la cabeza. No sabía qué contestar a un religioso cuando se permitía arremeter tan injustamente.

—He... venido a confesarme. Soy buen cristiano. ¿Por qué me ofende?

—No puedes confesarte.

—¿Cómo dice?

—No puedes confesarte. Estás impuro.

Francisco supuso que el amargo fraile lo vio entrar en el lenocinio.

—He venido a purificarme. Por eso quiero la absolución del sacramento — imploró.

—Estás impuro: ¡tu sangre es impura!

El joven sintió otro golpe en la boca del estómago.

—¿Entiendes lo que te digo? —prosiguió impertérrito—. Eres hijo de cristiano nuevo. Estás sucio de judaísmo.

—¡Mi madre era cristiana vieja! —protestó.

—Era... Está muerta —continuó en tono bajo, monocorde, humillante—. No te quedaste cerca de su tumba: viajas hacia tu padre, el reo de la Inquisición.

—Soy cristiano. Estoy bautizado. Recibí la confirmación. Creo en nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre y todos los Santos de la Iglesia. ¡Quiero salvar mi alma! No me cierre el camino de la salvación. Soy cristiano y quiero seguir cristiano —dijo atropelladamente.

—Los que tienen la sangre impura como tú, tu padre y tu hermano, deben hacer más penitencia y actos de virtud que los de sangre pura. Además, al alejarte del convento has revelado tu escasa disposición al sacrificio por la fe. Tengo motivos, entonces, para desconfiar. Y para exigirte que antes de beneficiarte con el sacramento de la confesión, me digas toda la verdad sobre tus propósitos. Yo quiero tu bien.

Francisco retorció sus dedos contra la espalda. Antonio Luque se excedía en las atribuciones de su investidura. No tenía derecho a vedarle la divina absolución, pero tenía poder. Tenía el poder de alterar sus planes, retenerlo en Potosí, calumniarlo. Y mandarlo de regreso a Ibatín o Córdoba. No había más alternativa que inclinar la cerviz.

Francisco pudo finalmente arrodillarse ante el confesionario de esa iglesia en Potosí y descargar su pecado de fornicación. Fue absuelto en el nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. La penitencia de oraciones que le impuso el cura no fue para él gravosa, sino gratificante. Resonaba en sus oídos la frase: «Anda, y no vuelvas a pecar.»

Pero quedó en su alma fray Antonio Luque. En sus ojos de acero había relampagueado un desdén inmovible por su padre, su hermano y seguramente su descendencia. Francisco se preguntaba qué podría hacer para que Dios y sus ministros lo quisieran. Con qué sacrificios lograría que no le volvieran a recordar su abyecto origen. ¿Lo perseguiría Antonio Luque por toda la tierra recordándole su condición abominable? Así como había venido a encontrarlo en esta iglesia de Potosí, ¿podría aparecer en Lima? ¿Volvería a mirarlo con desprecio y exigirle más degradación que a cualquier otro mortal?

Le contó a José Ignacio Sevilla, quien le explicó tranquilamente que no se sentía agobiado por el desprecio de Antonio Luque y muchos que procedían igual: eran fanáticos que vivían y actuaban como las bestias: pura agresión e irracionalidad. Su esposa María Elena —bello nombre como ella misma lo era— sabía de estas convicciones. Francisco se enteraría de que esta hermosa mujer judaizaba cuando se despidieron en el Cuzco. También era cristiana nueva y aceptó casarse con este hombre mayor para conservar su fe secreta. Las dos hijas aún no tenían edad suficiente para enterarse de la riesgosa dualidad.

Al alejarse de Potosí, Lorenzo Valdés cabalgó entre las mulas de don José Ignacio y su amigo Francisco: parecía un hidalgo custodiado por sendos escuderos. No le afectaban problemas de identidad o de pureza. Todo era simple para él. Además de su caballo y su dinero traídos de Córdoba, ya se había enriquecido con tres mulas. Este viaje armaba su espíritu para las grandes aventuras que vendrían. En Potosí visitó tres burdeles y esperaba divertirse a lo grande en los baños termales de Chuquisaca.

Los indios lules caminaban descalzos junto a las mulas y corrían a buen ritmo cuando éstas podían trotar; observaban el paisaje extraño e invocaban en silencio a sus dioses cuando el Dios cristiano les retaceaba el aire. Mantenían abiertas las orejas para escuchar órdenes: la obediencia les garantizaba su precario bienestar. Marchaba entre ellos José Yaru, que no les hablaba porque casi nunca afluían palabras a su boca; y porque le indignaba que fueran tan sometidos. Bajo su miserable túnica transportaba la huaca que entregará en el Cuzco al curaca Mateo Poma. La piedra cristalina envuelta en lana, firmemente adherida a su piel, le transmitía una fuerza sobrenatural. José Yaru podía comprobar cuán cierta era la resurrección de las antiguas y queridas deidades: dormía mejor, se cansaba menos, tenía apetito, le

sobraba vigor para cargar bultos, empujar mulas y correr kilómetros sin una pausa entre los cerros almenados como castillos que algún día le volverían a pertenecer.

Tras veinticinco leguas de marcha llegaron a la pequeña ciudad de Chuquisaca. A instancias de Lorenzo se alojaron en su famosa casa de baños termales. Allí había corrales, paja y cuartos provistos de catres y buena lumbre.

Las aguas del infierno tenían paradójicas virtudes. Aliviaban el reumatismo, la gota, el asma, la obesidad, la colitis y el acné. Continuamente afluían hombres y mujeres necesitados del generoso tratamiento. Potosí proveía una clientela permanente. También venían de la ciudad de La Plata, de Oruro y La Paz. Las caravanas de mercaderes, soldados y holgazanes que recorrían el Altiplano entre Cuzco y Lima hacían aquí posta obligada.

Los baños eran amplios cuartos de piedra iluminados por antorchas languidecentes. Vestidos con ropa basta y descartable, los huéspedes descendían a los piletones por una ancha escala. El agua sulfurosa provocaba una entusiasta sensación. El vapor enmascaraba los rostros. Los enfermos y los sanos que se sumergían lanzaban gemidos de placer. Los minerales salúferos entraban en la respiración y en los poros. Los cuerpos gozaban estremecidos.

Los varones y las mujeres mantenían una prudente distancia con sus túnicas mojadas y adheridas al cuerpo, pero casi todas las vergas se ponían duras. Estaba permitido el ingreso simultáneo de indias, mulatas y mestizas. Entre los copos de vapor y pizarra se producían acercamientos lascivos. Los cuerpos lubricados se soliviantaban por un hambre repentino. Las exclamaciones, los llamados y las obscenidades rebotaban en las paredes cómplices. La promiscuidad era un atractivo inconfesable e irresistible. Hasta clérigos solían enfermarse para justificar una temporada de cura en esta sentina. Lorenzo celebró cuatro coitos en una tarde. Pero todos se cuidaban de ocultar el pecado para que el furor inquisitorial no cerrara los baños, aunque ya habían caído en la mira de algún familiar.

En las mesas del enorme comedero los visitantes escribían su nombre con la punta del cuchillo. Algunos no lo hacían por frívolos, sino para dejar noticias de su paso a un pariente extraviado con el que no se podían encontrar.

Sevilla y Francisco prefirieron continuar el viaje a la madrugada siguiente. Les esperaba una jornada difícil: atravesar el río Pilcomayo.

Bajaron el caudaloso torrente por una cuesta. A los lados se extendía una apolillada alfombra de rancheríos con sementeras de cebada. Un baquiano tuerto, contra el óbolo de rutina, los guió hacia el vado. Anunció que, de todas formas, era peligroso atravesar y aconsejó proveerse de más ayuda. Unos mestizos permanecían acuclillados en las márgenes a la espera de la demanda que formularsen los viajeros. Sevilla se acercó a la oreja de Francisco.

—Ellos mismos se ocupan de hacer pozos en el vado para que se hundan las mulas. Así tienen ganancia asegurada. Ya los conozco.

—¿Hará lo que propone el baquiano?

—¿Pedir más ayuda? Por supuesto. Dependemos de ellos. Una mula arrastrada por el río costará más que arrojarles un puñado de monedas a cinco o seis de esos gandules.

Francisco palpó su equipaje, reconoció las piezas del instrumental y tiró del freno para que la mula entrase en el río.

La hermosa ciudad de La Plata^[24] hizo honor a nombre. Los recibió como un castillo erizado de banderas. Sus grandes residencias tenían la magnificencia de palacios. La casa del presidente de la Real Audiencia era un edificio rematado por tejas y un almenar argentado. El exhibicionismo de esta ciudad hacía un fuerte contraste con la mentirosa modestia de Potosí. En La Plata los edificios eran grandes y suntuosos como correspondía a gente con poder; en Potosí eran provisorias como correspondía a gente de paso. En La Plata se acumulaban las fortunas y se las mostraba; en Potosí se acumulaban y escondían. La Plata era ostentosa y franca; Potosí cruel e hipócrita. Francisco pensó que fray Antonio Luque debía sentirse a gusto en Potosí.

El clima se tornó benigno. Por las calles limpias paseaban hermosas mujeres escoltadas por sirvientas negras. Los entogados miembros de la Real Audiencia se distinguían por sus capas lujosas y la lisonjera veneración que les brindaban a su paso. En La Plata, además, había muchos hombres eruditos.

—Diego López de Lisboa —contó José Ignacio Sevilla— tiene ganas de venir aquí para cursar estudios teológicos.

—¿Eso dijo?

—Quiere consolidar su fe cristiana. Borrar sus raíces.

—Si pudiera... —suspiró Francisco.

—No lo conseguirá. Es una marca indeleble.

—¿Una maldición?

—Ni Job ni Jeremías llamaron maldición a las pruebas del Altísimo —se encrespó José Ignacio.

La catedral relucía con sus espejos interiores. Anchas cantoneras de plata rodeaban al altar mayor. Candeleros altísimos iluminaban a día la espaciosa nave. Francisco rogó al Señor que abreviara su viaje: ya soñaba el ingreso a la soñada Lima.

Siguieron hacia Oruro, donde se fundían las barras de plata. Lorenzo trató de seducir a varias mujeres coquetas. No tuvo éxito, aunque le aseguraron que eran ligeras para ocultarse con un hombre y más rápidas aún para atarlo en matrimonio.

Ascendieron a La Paz. En el camino unas indias envueltas en sus ponchos de colores les vendieron huevos helados. Los indígenas no supieron antes de la conquista española que los huevos eran comestibles. Aún se resistían a ingerirlos. También vieron grupos de mujeres examinando coladores en los arroyos: buscaban pepitas de oro que luego entregaban a sus amos. La cosecha era insignificante. La Paz, sin embargo, lucía como una población rica, cuyas viviendas sobrecargaban la decoración. Circulaba mucho terciopelo y rutilantes alhajas.

La reducida caravana avanzó otro tramo. Los viajeros se internaron en la pampa de Pacages. Allí se reunían columnas de mitayos antes de marchar hacia las minas de Potosí. Era una feria triste, multitudinaria y variopinta. Cada indio conducía a su mujer y sus hijos. Los condenados formaban grupos identificados por un pabellón: era la bandera que debían seguir, el emblema de su ceniciento destino. Cargaban bultos en sus espaldas y llevaban unos pocos carneros y vicuñas.

José Ignacio Sevilla ordenó detener la marcha: atrás, a casi un kilómetro de distancia, se quedó el indio José Yaru convertido en estatua. Miraba a esa muchedumbre prisionera y resignada con profunda desazón. No podía acercarse ni huir; el espectáculo era un tormento. Sevilla fue en su busca. Francisco miró al indio con pena, con inefable solidaridad.

Llegaron al Titicaca. Estaban en el techo del mundo. Tupidos cañaverales marcaban el límite de las aguas. El lago era vasto como un mar. Único. A su espejante superficie la surcaban balsitas de totora que construían los indios desde tiempos inmemoriales. Hacia la orilla se comprimían largos festones de limo, como algodón mojada.

José Yaru venía teniendo actitudes bizarras. Una noche se levantó sigilosamente y fue a un claro; se sentó sobre las rodillas y quedó mirando la luna; el frío le endurecía las crenchas. Con una mano acariciaba un bulto atado al pecho. Lorenzo comentó la excentricidad a Francisco.

—¿Lo hace todas las noches? ¿Adora la luna?

José demoraba el acatamiento de las órdenes. Se mantenía separado de todos, incluso de los indios lules.

Francisco lo vio alejarse hacia el cañaveral que rodeaba al lago. José miraba con demasiada preocupación en torno suyo. ¿Robó? ¿Pretendía ocultar algo? Lo siguió en puntillas y fue testigo de una escena alarmante. José Yaru se acuclilló, introdujo la mano bajo su manchada túnica y extrajo un lío blanco. Lo desató, abrió un vellón oscuro y tomó delicadamente, con tres dedos, la piedra cristalina. Después la frotó con harina de maíz y le vertió chicha. Murmuró unas palabras. Extendió el pañuelo blanco sobre la hierba mojada, deshizo el vellón y encima colocó la piedra. La contempló un largo rato, tan quieto como si él mismo fuese otra piedra inmóvil. Entonces el mineral le habló en falsete. Palabras en quechua lo hicieron sacudirse como si operaran resortes. Temblaron su cabeza, los hombros, las piernas. Después retornó el sosiego. José Yaru envolvió la piedra, la ató a su pecho y disimuló con la túnica.

Este acto de hechicería estremeció a Francisco. Vio algo abominable y comprometedor. Era preferible partir, ignorar el episodio. Pero ya fue tarde. José Yaru saltó como un felino y lo derribó. El indio estaba transfigurado. Tenía la ferocidad de un calchaquí: los hombros inmensos, la cabeza ingurgitada.

—Es idolatría... —balbuceó Francisco mientras trataba de romper su abrazo bestial—. Es peligroso... Te quemarán vivo.

José le apretó la garganta con ambas manos. Comprimía para ahorcado. Sus dedos encallecidos se hundieron hasta los huesos. Quería matar. De repente, lo soltó. Retrocedió unos pasos. Tenía súbito miedo. Miedo a que le arrebatasen el lío atado a su pecho. Retrocedió más.

—Va... a denunciarme —extendió su índice tembloroso.

—Es idolatría, José —insistió Francisco mientras giraba la cabeza y se masajeaba el cuello—. Pero no te voy a denunciar.

José lo miró con desconfianza.

—No te voy a denunciar —repitió—. Pero no vuelvas a cometer este pecado.

La nueva etapa incluía la cordillera de Vilcanota. José Ignacio Sevilla previno que su travesía iba a resultar difícil. En efecto, desde que ingresaron en sus abisales vericuetos la lluvia alternó con el granizo. Una nevada nocturna cubrió de leche todo el paisaje. Pudieron orientarse por los contornos almenados de las montañas. Los arroyos arrastraban trozos de hielo. El viento lastimaba la piel. Se refugiaron en una cabaña. El fuego y la sopa caliente los reconfortó. Los puesteros sabían cuánto valía en ese paraje un caldero hirviendo habas, coles y carne de oveja. María Elena y sus hijas usaban tanto abrigo que parecían fardos.

Los ascensos y descensos del camino los introdujeron finalmente en un clima tibio. Hicieron escala en un par de postas y llegaron al pueblo de Combapeta, que era famoso por sus habitantes longevos y un fantasmagórico color añil. Muchos tenían más de cien años. Reían con todos los dientes y caminaban sin bastón. Esta maravilla anunciaba la siguiente: el Cuzco, capital del otrora fabuloso imperio incaico.

El sol quebraba sus rayos contra las torres de la antigua capital del imperio. El paisaje era mágico. Los arroyos habían sido transformados en acequias. Los sembradíos se extendían en geométricas terrazas sostenidas por alineamientos de pircas. Breves hileras de indios confluían desde los alrededores aportando alimentos sobre el lomo de las llamas. Desde lejos se advertía que era una ciudad vieja, con personalidad e historia.

Avanzaron por el zigzagueante camino hasta penetrar en las callejuelas que en otros tiempos se habían estremecido con el paso del Inca y sus cortejos majestuosos. Cruzaron varias plazuelas enmarcadas por viviendas de frentes calizos y techos sonrosados de tejas. Entre las casas alternaban establos con corderos, llamas, cerdos y gallinas. Llegaron a la plaza mayor y su hermosa catedral. Decenas de mestizos construían un tablado delante de su pórtico para la gran Fiesta de Dios.

Sevilla había propuesto que Francisco y Lorenzo se alojaran también en la espaciosa residencia de su amigo Gaspar Chávez, quien era el propietario del obraje que proveía telas a numerosos comerciantes de la región. Chávez no tendría inconveniente en hospedados por unos días. También los indios lules y José Yaru encontrarían suficiente lugar para dormir y comer en sus galpones. José Yaru estaba más tenso que nunca: debía transferir la huaca.

Chávez usaba un sombrero de fieltro azul que no se quitaba para comer ni dormir. Se lo encasquetó al empezar su calvicie, decía riéndose de sí mismo: hasta aprendió a bañarse con el sombrero puesto. Le faltaban dos incisivos inferiores y al hablar se le escapaba la lengua por la ranura. Este desagradable rasgo se compensaba con su ruidosa amabilidad. Recibió a los Sevilla con exclamaciones de júbilo que se oyeron en muchos metros a la redonda. Besó a las niñas y dijo que, por supuesto, los dos

jóvenes podían vivir en su casa todo el tiempo que desearan permanecer en el Cuzco.

—Supongo que están interesados en la Fiesta de Dios —asomó su lengua entre los dientes.

—Sí —respondió Lorenzo.

—¡Es magnífica! Una fiesta de Dios, de la Iglesia y los buenos cristianos —enfaticó Chávez con movimientos linguales que parecían obscenos.

—¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó después Francisco, en un aparte, a José Ignacio Sevilla.

—¿A Gaspar? A ver... —calculó—. ¿Cuántos años tiene tu hermano Diego? ¿Cerca de veintiocho, ya?

—Sí.

—Entonces, hace unos treinta que conocí por primera vez a Gaspar Chávez. Un buen manojo de tiempo, ¿verdad?

—¿Aquí, en el Cuzco?

—Cerca de aquí, en la montaña. Tu padre fue testigo de nuestro encuentro,

—Cuénteme.

Sevilla sonrió.

—¿Quieres más historias? —hizo un guiño cómplice—. Fíjate —le puso las manos en los hombros—; el apellido Chávez tiene un origen particular. Su sonido y ortografía lo disimulaban, pero no demasiado. Proviene de la palabra *Shabat*, «sábado»,

—¿Es judío?

—¡Shtt! Es un buen cristiano. ¿No acaba de elogiar la Fiesta de Dios?

Francisco lo miró de sesgo.

—Va a misa —enumeró—, se confiesa, carga las andas en las procesiones, aporta sustanciosos óbolos a las órdenes religiosas. ¿Qué más puedes pedirle?

El obraje de Gaspar Chávez se había extendido a las casas vecinas. Eran colmenas enhebradas por patios y traspatios llenos de corredores cubiertos, de tal forma que la lluvia no molestase el trabajo de los indios y mestizos conchavados, ni se arruinasen los centenares de telares en permanente acción. Entre los telares ardían fogoncillos para calentar el ambiente durante los inviernos. Pero el trabajo no sólo era por contrato o compulsión: también para cumplir penas. Francisco se enteró de que las autoridades convinieron con los obrajes de la zona que éstos incorporasen ladrones y otros delincuentes: de esta forma se ganaban el sustento y reducían los gastos de vigilancia. Les ataban los tobillos con argollas de hierro; si observaban buena conducta, recibían mejor ración y podían ascender a *trabajador voluntario*. El fuerte olor de la lana y los orines eran amortiguados por los esclavos que circulaban entre los telares con escobas, ceniza y cubos de agua. Pero ni el agua, ni la ceniza, ni las escobas podían eliminar un olor más intenso: el de la sorda cólera que se

transmitía a los carretes, a las agujas, a las tinturas y a los géneros, cólera que recorrería el Virreinato.

La Fiesta de Dios, mientras, venía preparándose desde semanas antes con oficios en las iglesias y procesiones. Los indios recibían mayor dosis de catequesis, las campanas repicaban ansiosas, los sacerdotes llevaban a los fieles a los cementerios. En el barrio de los artesanos se apuraban nuevas cruces, oriflamas y pendones mientras en los barrios marginales se fermentaba chicha y pintaban máscaras.

La impaciencia se dilataba en el pecho de José Yaru: debía encontrar al curaca Mateo Poma y le informaron que había partido hacia Guamanga. También le dijeron que retornaría para la Fiesta de Dios. Le sonó de mal augurio.

Las multitudes empezaron a concentrarse en la plaza mayor del Cuzco. Las columnas de fieles presididas por pabellones se enroscaban como enormes culebras. Sonaron de nuevo las campanas con desusada insistencia y muchos cayeron de rodillas. Empezaba el desfile de las órdenes religiosas: primero los dominicos, después los mercedarios, los franciscanos, los jesuitas, los agustinos, las monjas; cada una con sus insignias. A corta distancia avanzaron el comisario y los familiares del Santo Oficio de la Inquisición con los cirios llameantes. Tras los eclesiásticos se encolumnaron el Cabildo secular y la nobleza con sus vistosos trajes. Los hidalgos caminaban detrás, con arrogancia, cerrando la procesión. Estallaba la Fiesta.

Un rumor se extendió por la plaza colmada: el redoble de campanas consiguió desgarrar las nubes y una cascada de sol bañó el pórtico de la catedral. En ese milagroso instante apareció el obispo engrandecido por la mitra y la casulla con la sagrada custodia en sus brazos. Lo cubría un palio sostenido por los eclesiásticos y seculares más dignos de la ciudad. Entre ellos marchaba Gaspar Chávez con rostro serio y la calva reluciente (no cierto que jamás se quitaba el sombrero; lo hacía ante el Señor Jesucristo). Los monaguillos incensaban a ritmo entre las filas mientras desde los balcones arrojaban flores y asperjaban con aguas aromáticas. De a trechos el obispo se detenía para que se arrodillasen en torno a la sagrada custodia y la adoraran. Sobre el oleaje de devotos flotaban las letanías.

Esta primera parte ocultaba los contrastes de la siguiente. La secuencia exigía varias horas de contención antes de soltar las amarras. El obispo retornó a la catedral con mayestática lentitud. Fue guardada la custodia, enrollado el palio y puestas a buen cubierto las cruces.

José Yaru fatigaba sus ojos para descubrir al curaca Mateo Poma: su huaca volvió a hablarle: sobrevendría una catástrofe si no pasaba al cuerpo del curaca; incluso provocó dolores en las piernas de José como advertencia de huesos que se romperían.

José Ignacio Sevilla había presenciado esta Fiesta de Dios en otra de sus visitas al Cuzco. Dijo a Francisco que se preparase para un espectáculo pagano.

—Y tolerado por la Iglesia —susurró con fastidio—. Son incomprensibles

concesiones para «salvar el alma» de los indígenas. Llamen Fiesta de Dios a un rito local, que es el carozo. La procesión que vimos y otros detalles superficiales son un envoltorio, apenas. Ya verás.

El ulular de nuevas columnas que confluían desde los alrededores sobre la plaza mayor anunció el inminente desenfreno. Entre los hidalgos, los nobles y los clérigos se introdujeron indios saltarines empaquetados de adornos. Los cubrían lienzos coloridos, láminas relucientes y abalorios. La gente les abría paso: anunciaban el incontenible regocijo.

—¿Qué los pone tan contentos? —preguntó Francisco.

—No Dios, precisamente —José Ignacio Sevilla se rascó una oreja—, sino dioses. *Sus dioses.*

—¿Idolatría?

—Representarán la lucha del Bien contra el Mal. Esto lo vienen haciendo desde antes que naciera Cristóbal Colón. Pero ahora no tienen más alternativa que representar al Bien con el arcángel Gabriel y al Mal con el Diablo. Es tan indígena esta fiesta que incluyen una mujer del Diablo porque en su culto primitivo no hay poder sobrenatural sin el concurso de lo femenino. La llaman *Chinasupay*.

Una tromba de monstruos rodó hacia el centro de la plaza. Estallaron gritos cuando se manifestó entre los disfraces una máscara enorme con cuernos ondulantes, ojos saltones y boca entreabierta por el tamaño de los dientes. De su frente salían víboras bicéfalas y lagartos. Estaba envuelto por una lujosa capa bordada. Era el Diablo, al que la población festejó alborozada, especialmente cuando se divertía amenazando con atrapar a quienes tenía cerca. A su lado daba saltitos la *Chinasupay*, vestida de india montañesa con un tridente en la mano.

El griterío aumentó en el instante que una gorda serpiente de bailarines disfrazados con estridencia penetró hasta el centro. Con giros sincronizados despejaron el frente del palco donde se habían instalado las autoridades civiles y religiosas del Cuzco. La multitud cedió un amplio semicírculo y los actores formaron ronda para el saludo inicial. Acompañándose por cajas, erkes, quenás y sikus[25] dieron rítmicos pasos hasta formar una espiral en cuyo centro vibraba el Infierno. Rodeados por este ovillo retozaban el Diablo, la *Chinasupay* y los dioses del placer. Sus contorsiones eran temerarias. Los indios y mestizos que inundaban la plaza los imitaban con un alborozo cercano al trance.

Del palco se desprendió el arcángel Gabriel envuelto en túnicas blancas y arremetió contra el cerco que protegía a los demonios. Pero los danzarines no lo dejaron avanzar y el arcángel, bruscamente frenado, pasó a ser víctima de tentaciones. Uno tras otro, se le presentaron los ruidosos pecados capitales con ademanes, contorsiones, gritos, expectativa. El arcángel los fue derrotando en sucesivas luchas danzadas. Finalmente rompió el muro y espantó al Diablo y sus

secuaces. Los danzarines levantaron en hombros al arcángel y formaron una estrella de cinco puntas. Instrumentos y voces se anudaron para acompañar la danza del triunfo final. Los ponchos ondularon como las alas del cóndor. El Diablo retornó para atacar por la espalda al arcángel y éste lo volteó con su espada. El Diablo rodó acrobáticamente y se quitó la máscara: aceptaba su fracaso y recibió una ovación.

El Diablo era el curaca Mateo Puma. José Yaru lo había reconocido por una cicatriz blanca que le cruzaba el cuello. Se abrió paso entre la multitud y lo abrazó.

Esa noche, mientras se desarrollaba la tradicional borrachera en torno a los fogones, el curaca Mateo Poma recibió a José Yaru ante la puerta de su choza. A su lado yacían los conejos que le habían traído sus fieles como tributo. Los habían condimentado con pasta de maíz y sebo de llama —tal como prescribían los viejos hechiceros— y fueron regados con chicha. José extrajo el lío y lo abrió ante el curaca. La piedra cristalina pasó solemnemente a la mano de Mateo Poma, quien le frotó harina le vertió chicha.

—¿Qué te dijo? —preguntó a José.

—Que debía encontrarte en seguida y anunciarte que las huacas vienen en gran número para quebrar los huesos de los cristianos.

Las llamas del fogón daban brucas pinceladas sobre los reconcentrados rostros de los indios. Mateo Poma se acarició la cicatriz de su cuello. También presentía la inminencia del terremoto.

Esa noche los visitantes eclesiásticos y sus ayudantes armados completaron la redada. Entre los reos atrapados que serían sometidos a interrogatorio, tortura y condena por prácticas de idolatría figuraban el curaca Mateo Poma y el indio José Yaru. Algunos, sometidos al potro, terminarían con los huesos quebrados.

Mientras, la Fiesta de Dios llegaba al cielo: los fuegos artificiales desparramaban fugaces víboras de color e iluminaban los ojos extasiados de los fieles.

—En siete días más llegarás a Lima —aseguró don José Ignacio.

—Ya quisiera estar allí —confesó Francisco—. El viaje se me ha hecho largo.

—Te comprendo. Pero ahora la ruta no ofrece dificultades serias. Hasta Guamanga continuará el trajín de ganado. Encontrarás cuestras, quebradas y algunos cañaverales barrocos, pero, como te dije, no son obstáculos importantes. Atravesarás el hermoso puente de Abancay, de un solo arco, que construyeron los primeros conquistadores para facilitar el tránsito con el Cuzco. Ah, después verás algo divertido.

—¿Qué?

—Divertido y loco. Un cerro aislado donde se construye una iglesia a la Virgen. ¿Te das cuenta? Una iglesia solitaria en medio del desierto. Sin fieles. Por lo general se instala primero una población y después se levanta el templo. O ambos a la vez, pero no a la inversa. Ahí se procede a la inversa. ¿La razón de esta extravagancia? Dicen que el peregrino fue allí con la sagrada imagen y su peso aumentó de golpe. Supuso que se trataba de un milagro: que la imagen deseaba quedarse. Y empezaron a construir una iglesia en el yermo.

Francisco meneó la cabeza.

—Y bien. De Guamanga a Lima ya no tendrás otras paradas curiosas. Eso sí: te crecerá la impaciencia.

—Ya ha crecido bastante.

Apretó las manos ásperas de José Ignacio Sevilla y contempló largamente su rostro de viejo sabio. Por un instante creyó ver el océano en sus pupilas. Después fue a despedirse de María Elena y sus hijas.

Las pequeñas cambiaron bromas sobre las peripecias del viaje. Mónica recordó las salinas y Juana quiso hablar sobre la impresionante mezcla de mulas que los arrieros tramposos efectuaron antes de llegar a Salta. Mónica se burló de su hermana porque confundió pavos con cuervos. Y Juana se desquitó recordándole su miedo a quemarse en los baños de Chuquisaca. Mónica dijo que ya no la molestaba la mancha facial de Lorenzo y Juana se atrevió a tocar el brazo de Francisco y confesarle que lo extrañaría. La súbita ternura fue como un relámpago. Francisco se inclinó hacia las pequeñas y las besó: sus mejillas eran las de Felipa e Isabel.

La esposa de Sevilla lo guió hacia un aparte.

—Me dijo José Ignacio que estás impaciente por llegar a Lima. Quiero transmitirte esperanzas —sonreía como tantos años atrás lo hizo Aldonza—. Encontrarás a tu padre. Y juntos podrán orar al Señor.

—Muchas gracias, de veras.

—Cuando estén juntos, recuérdanos.

—Lo haré. Seguro que lo haré.

—Somos hermanos, sabes.

Francisco esbozó un gesto de sorpresa.

—Hermanos en la historia y en la fe —aclaró ella mirándolo con intensidad.

—Usted... ¿También usted?

Elena contrajo la frente y recitó:

—*Shemá Israel...* Recuerda eso, Francisco. Es la clave. Nuestra clave.

La súbita frontalidad de esta mujer lo azoró.

—«Escucha Israel—añadió ella en tono de plegaria—: el Señor, nuestro Dios, el Señor es único.»

—Lo dijo mi padre hace muchos años, cuando terminó de curarle una herida a mi hermano. Pronunciadas es judaizar. Es muy peligroso.

—Esas palabras son la fortaleza que nos dignifica. Nos sostienen, Francisco. Nos sostienen como los elefantes portentosos que míticamente sostenían el mundo.

Durante el trayecto final Lorenzo Valdés y Francisco Maldonado da Silva evocaron al indio José Yaru. Lorenzo cabalgaba en su corcel rubio y Francisco en una mula; las acémilas restantes llevaban el equipaje. Atravesaban una planicie cercada por el muro lila de los cerros.

—Lo descuartizarán —pronosticó Lorenzo sin inmutarse—. A menos que tenga la lucidez de arrepentirse e implorar perdón de rodillas y con lágrimas sinceras.

—Han arrestado a mucha gente, no matarán a todos.

—José es un indio pertinaz, tiene arraigada la idolatría. A él lo castigarán fuerte.

—¿Cómo lo sabes? —Francisco se sintió molesto.

—No se levantaba de noche a mirar la luna?

—¿Eso es idolatría?

—¡Qué, si no! Le hablaba, yo lo vi.

—Hablabas a una piedra.

—¿Sí? ¡Peor, entonces?

—¿Cómo peor?

—La luna, por lo menos, tiene encanto, misterio. Una piedra... —Lorenzo torció la boca con repugnancia.

—O una madera, o un lago. El universo.

—Sí, ellos creen que son dioses. Creen en cualquier cosa. Son brutos. Ignorantes. Y no quieren aprender.

—O les enseñan mal.

—También —reconoció Lorenzo—. Los clérigos juntan a los indios y les hacen repetir la doctrina. ¡Bah! Repiten sin entender. Imagínate: ni yo entiendo toda la doctrina, ¿qué esperan de estos pasmarotes? Cuando uno de sus lenguaraces les explica, ¡vaya a saber qué les dice! Los clérigos se tranquilizan oyéndolos repetir palabras o viéndolos persignarse: quieren suponer que ya están evangelizados. Quieren suponer, es más cómodo. Porque no saben ser tan idiotas para tragarse el cuento.

—¿Qué cuento?

—Que ya están evangelizados. Los indios fueron idólatras y siguen idólatras. Lo único que extirpar su idolatría, lo único, escúchame bien, es el potro, la horca y los azotes.

—Hace años que empezó la extirpación de idolatría con todo eso —Francisco tenía un rechazo visceral a ese método.

—Sí.

—Y no las extirparon.

—No del todo. Pero hay menos que antes.

—No estoy seguro —replicó Francisco.

Lorenzo aflojó sus manos sobre el pomo de la montura.

—¿No?

—Creo, Lorenzo, que esta idolatría obstinada y que la famosa plaga del *Taki Onkoy* tienen una razón más profunda que la ignorancia de los indios.

—El Diablo.

—No se trata de la maldad, solamente.

—¿Qué, entonces?

—No lo sé, o no puedo explicarlo.

—La idolatría no tiene profundidad, Francisco. Hace creer en lo superficial, en lo que reciben los ojos o el oído. Es un engaño del demonio.

—¿Sabes? Aunque siento asco por la idolatría, esta idolatría de los indios no me subleva. Diría que... me conmueve.

—¿Estás loco? ¿Qué hace mejor a la idolatría de los indios?

—No es mejor. Expresa algo.

—Que son unos brutos.

—Fíjate. La abandonaron por el dios Sol que impusieron los incas. Luego abandonaron el dios Sol por Nuestro Señor Jesucristo que impusimos los cristianos. Ahora abandonan al Dios de los cristianos para retornar al principio —discurría con esfuerzo, eligiendo cada palabra, inseguro.

—¿A dónde quieres llegar?

—No lo sé bien —Francisco encogió los hombros—. Quizá a que esos dioses realzan su identidad, su raíz. Son los dioses de ellos, no los impuestos por otros.

—¿Una piedra realza la identidad? —rió Lorenzo.

—Muchas piedras y montañas y árboles. Toda la tierra que conocen y sus antepasados y sus padecimientos. Todo eso necesita expresarse a través de una religión propia. La creencia en esos dioses absurdos les insufla algo así como el reconocimiento de su importancia. Son dioses que protegen los respetan a ellos. Nuestro Señor Jesucristo, en cambio, respeta y beneficia a los cristianos solamente. ¿Por qué lo van a querer, entonces?

—Tus ideas son ridículas. Confunden y molestan.

—No las tengo del todo claras aún.

—Mejor que las olvides —Lorenzo estiró el rebenque y lo hundió en las costillas de Francisco—. ¡Eh, proyecto de fraile! Mejor que las olvides, en serio. Piensa en otra cosa. Piensa en las mujeres. Ahora que nos acercamos a Lima, ni se te ocurra hilvanar estas herejías en voz alta.

Desde una loma pudieron ver la recta banda azul del océano Pacífico. Ambos sabían que empezaba su aventura mayor.

Libro tercero: Levítico

La ciudad de los reyes

Lorenzo Valdés y Francisco Maldonado da Silva ingresaron a Lima por el Sur y se toparon con la guardia de caballería montada sobre altos corceles con chapetones de metal dorado sobre los relucientes arneses. Levantaban globos de tierra en su avance hacia la plaza de Armas. El colorido desfile con las alabardas verticales y el estandarte desplegado provocaba la atención de las gentes que, no por habituadas, dejaban de admirar su lujo y apostura. Las calesas de dos ruedas, tiradas por una mula, se apartaban hacia las calles adyacentes o se introducían en portal cuando advertían la proximidad de la tropa. La guardia de caballería iba en busca del virrey Montesclaros para escoltar su paseo y nada podía estorbarla. Recorrió la ruidosa calle de los Espaderos; Francisco y Lorenzo la siguieron. Fraguas y martillos enderezaban hojas de acero y moldeaban empuñaduras artísticas que se exponían sobre panoplias con forma de escudo. Infanzones e hidalgos que gozaban la evaluación de esta mercadería se corrieron de mala gana para dejar paso a la guardia del virrey. Los enjaezados corceles torcieron al callejón de los Petateros. Aquí se elevaban pirámides de cofres, arcones, arquetas y petacas. La guardia penetró luego en la espaciosa calle de los mercaderes, atiborrada de tiendas con géneros, especias, vinos, zapatos, botas de cordobán, tinturas, joyas, menaje, aceite, cirios, monturas, sombreros. Los esclavos corrieron apresuradamente los tabloncillos de exhibición para que no los voltease la espuela de un soldado. Lorenzo aprovechó el caos para meter en su bolsillo un mazo de naipes.

La guardia iluminó la colosal plaza de Armas. Al frente se alzaba el palacio Virreinal cuyas líneas sobrias disimulaban el lujo interior. A un lado estaba la catedral, en el sitio de la primitiva iglesia que mandó construir el fundador de Lima. Al otro lado el Cabildo. Eran el poder político, religioso y municipal tocándose, empujándose. El mismo despliegue que en Ibatín, Santiago, Córdoba y Salta.

La grandiosa plaza deslumbró a Lorenzo y a Francisco. No sólo servía para efectuar procesiones y corridas de toros como en las otras ciudades, sino para los Autos de Fe. «Aquí fue reconciliado mi padre.»

—¡Quisiera ser contratado por la guardia de caballería! —suspiró Lorenzo mientras palpaba los hurtados naipes.

«No quisiera llegar al Callao», pensó Francisco.

Tras ellos, la rueda de una calesa mordió el borde de la acequia que corría por el centro de la calle, y volcó. El carruaje siguiente intentó esquivada, pero enganchó su estribo de bronce y quedó cruzada. En seguida se produjo un amontonamiento de carruajes y berlinas. Dos oficiales se abrieron paso con las armas en alto. De las ventanas asomaron rostros enojados y algunos puños. Numerosos hidalgos corrieron para observar de cerca el desarrollo del incidente. A Francisco le sorprendió la

elegancia de los hidalgos. Muchos de ellos vestían calzones rematados en la rodilla con una charretera de tres dedos de ancho. Usaban zapatos de doble suela para protegerse mejor de la humedad. De un ojal del chaleco pendía una cadena de oro con un escarbadiantes también de oro.

Francisco preguntó por el convento de Santo Domingo. Allí debía encontrar a fray Manuel Montes, tal como le había indicado en Córdoba el comisario Bartolomé Delgado.

Entraron con el recogimiento que exige un lugar sagrado y encontraron un interior fastuoso. El altar relucía y en su extremo opuesto se elevaba el coro de cedro tallado. Francisco se persignó y rezó. Caminó en puntas de pie hacia una puerta lateral y movió la tranca sin hacer ruido. Entonces lo asaltó la maravilla, una selva de luces: donde imaginó estaría el patio brillaban zafiros y rubíes sobre paneles de oro. Parpadeó encandilado. En el centro del claustro se levantaban palmeras entre macizos de flores azules, amarillas y rojas. Avanzó con miedo de romper un hechizo, se acercó a la pared y acarició la fresca superficie. Los azulejos estaban fechados en Sevilla. Recién los habían traído y colocado.

Lorenzo Valdés se abalanzó sobre el tesoro y hurgó con las uñas: tal vez pudiera extraer algunas de las gemas que parecían disimularse bajo la capa vidriada. Decepcionado, exigió a su amigo que volvieran a la plaza Mayor: era más divertido.

—Ya encontrarás a tu fraile.

No apareció ningún sacerdote y Francisco prefirió seguirlo hacia la calle que los envolvió con ruidos.

Cruzaron el flamante puente de piedra, llegaron a la Alameda refrescada con árboles y fuentes y contemplaron el majestuoso paseo del virrey Montesclaros con su corte de nobles, pajes e hidalgos que competían por estar cerca suyo y dirigirle algunas palabras. Después bajaron hasta el río Rímac y bebieron junto a sus cabalgaduras. El virrey, de regreso al palacio, se detuvo junto a los torreones del puente para leer su nombre y sus títulos grabados sobre la piedra. Luego su mirada descendió hacia unos aguateros, las negras lavanderas y los dos amigos junto al Rímac.

Lorenzo Valdés lo advirtió. En voz baja proclamó su alegría:

—¡Me ha visto! ¡El virrey se ha fijado en mí!

Ya se sintió parte de la milicia real. Su futuro de gloria estaba asegurado.

Le angustiaba llegar al Callao, aunque su extenso viaje tenía ese puerto como meta: allí estaba su padre; le angustiaba encontrarse con Manuel Montes, pero había prometido hacerlo; no quería pasar ante el palacio del Santo Oficio, aunque la curiosidad lo devoraba. Se dispuso a afrontar tres desafíos. Lorenzo Valdés le regaló una de sus mulas: las dos restantes y el hermoso caballo le alcanzaban para presentarse con dignidad ante el jefe de la milicia. La mirada del virrey ya era su certificado de admisión: iría a extirpar idolatrías, luchar contra incursiones piratas o domesticar indios alzados. Empezaba su carrera militar. Francisco prometió reencontrarlo y, arrastrando la mula, fue hacia el edificio de sus pesadillas: el palacio de la Inquisición.

Caminó por la arteria que seguramente habían recorrido su padre y su hermano cuando fueron llevados a la cárcel. Era una calle activa donde no quedaban rastros de cautivos. Sobre el lomo de su mula estaban bien atadas las alforjas con el instrumental, el estuche y la Biblia. Al dar vuelta la esquina el jumento se detuvo. Francisco sintió el mismo choque. La fachada imponente lo frenó. Bajo la elevada imagen religiosa centellaba el apotegma *Domine Exurge et judica Causa Tuam* (Levántate Señor y defiende tu causa). Un par de columnas salomónicas hacían guardia de honor a las hojas de la puerta monumental. Por ahí entraban y salían los dignatarios y su temible poder. Un ala negra batió la puerta, que se entreabrió para permitirle penetrar raudamente. La hoja volvió a cerrarse. En torno a Francisco el aire se había tensado: había entrado el inquisidor Gaitán. Francisco llevó la mano al equipaje y se asustó: había desaparecido el instrumental y el estuche. Palpó de nuevo, aflojó una correa, metió la mano. Allí estaban, sin embargo su frente se cubrió de gotas. El palacio se extendía bordeado por una larguísima y siniestra muralla que separaba al Santo Oficio de la ciudad.

Oprimido, retornó al convento. Cruzó la bella iglesia y entró en el claustro. Los azulejos ardían. Fray Manuel Montes lo recibió con lacónica amabilidad. ¿Lo estaba esperando? Su tez evocaba una máscara de muerto. Los ojos escondidos en la profundidad de las órbitas parecían cubiertos por una película también blanquecina. Había algo de momia en su conformación. Era un hombre seco. ¿Por qué fray Bartolomé le ordenó presentarse ante un clérigo tan desagradable?

Fray Manuel, sin formular preguntas —ya conocía lo necesario—, guió a su joven huésped hasta una celda vacía de gente y de cosas: ni jergón, ni estera, ni banco, ni mesa. Era un tugurio estrecho con una ventanilla en lo alto. Quedaba en los fondos.

El fraile entró primero y se quedó mirando el piso de tierra apisonada como si contase las baldosas que no existían. Después, con una lentitud que aumentaba la opresión, recorrió cada una de las cuatro paredes cuyo adobe se encogía de

vergüenza. ¿Qué buscaba? Finalmente examinó el techo de cañas bajo las cuales se cruzaban unas vigas.

—Dormirás aquí —dijo sin emoción; su voz era fúnebre como su rostro—. Dentro de tres días, irás al Callao —hizo una pausa y lo miró de frente por primera vez—. Dentro de media hora cenarás en el refectorio.

Francisco depositó sus bultos sobre el piso y fue a lavarse. ¿Por qué debía aguardar tres días aún para reunirse con su padre? Descubrió el pasillo que conducía al hospital del convento. Tenía buena reputación, según oyó decir en Chuquisaca y el Cuzco. Su padre había deseado instalar uno en Potosí, para los indios, pero no obtuvo respaldo. Éste, en cambio, se destinaba a los frailes y, especialmente, a los prelados y hombres importantes de Lima. Tal vez aquí podría aprender medicina. Se deslizó tímidamente por el pasillo. Desembocaba en un traspatio alrededor del cual se alineaban las habitaciones de los pacientes. Vio la botica: un cuarto tapizado de botellas, frascos, vasijas, cacharros y tubos. Sobre una mesa se tocaban un balancín con alto ástil y un reloj de arena. Al costado viboreaban las serpentinas del atanor.

Sintió que alguien respiraba a su lado. ¿Una alucinación? Un negro vestido con el hábito de la orden lo miraba con ojos mansos. ¿Podía un fraile dominico ser negro? ¿Tan distintas eran las normas en Lima? La alucinación habló con amabilidad. Preguntó si podía servirle en algo.

—N... no. Estaba recorriendo. Pernoctaré en una celda, por indicación de fray Manuel Montes.

—Está bien, hijo.

No era negro, sino mulato. Y vestía el hábito de los terciarios, el nivel inferior de la orden, con gastada túnica blanca, escapulario y manto negros, pero sin la capucha de los sacerdotes. Su raíz africana impedía convertirlo en un fraile regular, seguramente.

—¿Necesitas algún remedio? —insistió el mulato.

—No, de veras. Sólo deseaba conocer el hospital. Nunca vi uno.

—Oh, es muy simple. Creo que todos los hospitales son iguales. Yo soy el barbero de éste.

—¿Sí? También quiero ser barbero, o cirujano, o médico.

—¡Enhorabuena! Necesitamos médicos y cirujanos piadosos. Hay muchos charlatanes, ¿sabes? Y producen gran daño —sus ojos emitían un fuerte brillo—. ¿Estudias?

—Quiero empezar.

—Enhorabuena, hijo. Enhorabuena.

—Fray Manuel Montes me ordenó concurrir al refectorio. Discúlpeme, voy a prepararme.

—Está bien. Debes hacerlo.

Francisco regresó a su celda y extrajo la ropa que había lavado en el camino. Se cambió y fue a cenar.

Buscó a fray Montes y al mulato. Otro fraile le indicó dónde ubicarse como si le hubiesen reservado lugar. ¿Toda la orden estaba enterada de su presencia? Decenas de ojos confluían en él. ¿Qué importancia tenía?, ¿por qué lo miraban con tanta seriedad?, ¿acaso ya acusaban de algún crimen?

Conocía el ritual del refectorio. Lo había incorporado en el convento dominico de Córdoba. Pero esta sala lucía más suntuosa. Aquí los bancos eran de madera labrada y el piso estaba embaldosado. Había también más clérigos. Grandes antorchas iluminaban la sala. Los religiosos permanecían de pie junto a las mesas con la capucha sobre el rostro y las manos escondidas bajo el escapulario. Un fraile pronunció el *Benedicte*. Otro cantó el *Edente pauperes*. Todos tomaron asiento.

Mientras un fraile leía en latín desde un púlpito, los sirvientes se desplazaban en silencio con las bandejas llenas. Traían cazos con humeante mondongo. Las cucharas de los comensales empezaron a moverse después de la bendición y una plegaria especial por el restablecimiento del prior de la orden, padre Lucas Albarracín.

La palabra de Dios descendía monótonamente y era interferida por el sorber gozoso de las bocas hambrientas. Alimento del espíritu y del cuerpo simultáneo y disonante. Francisco oteaba a los lados y advertía que los frailes seguían espiándolo.

Identificó a fray Montes. No al mulato, quien ingresó después con una bandeja. Era miembro de la orden, pero también oficiaba de sirviente. Su porción africana no lo dejaba ascender en la jerarquía sacerdotal y tampoco desprenderse de la maldición que Noé descargó en el principio de los tiempos sobre su tiznado hijo Cam. Lo llamaban —con mezcla de afecto e ironía— «hermano Martín».

Después del servicio de completas —narraría Francisco— retorné al cubo desolado que me asignó fray Manuel. Conseguí una vela, corrí hacia un ángulo mi equipaje y me tendí junto a la pared. Su húmeda rugosidad aminoraba mi desamparo. Sentí el adobe del muro como el lomo de la mula: resistente y confiable. Su grosor de un metro ¿me separaba de otra celda?, ¿dormía allí algún criado, probablemente? Me pregunté a qué se debía el misterioso aislamiento en que fray Montes prefería mantenerme durante la noche. No quería que nada me acompañase, sino los contornos de esta cueva. Me pregunté por qué me retenía en esta ciudad otro poco aún, como si no fuesen bastantes los años que viví lejos de mi padre o los meses que me llevó viajar hasta aquí. Dijo que sería mi confesor y entonces también me pregunté si debía tomarlo como gesto de cariño o de vigilancia.

Me pareció oír los ronquidos del criado que dormía al otro lado del muro. La oscuridad era levemente clareada por el alto y estrecho ventanuco. Unos sapos croaban cerca del aljibe. Aumentaron los ronquidos. No eran de una, sino de varias personas. El muro adelgazó: se había transformado en una lámina que transmitía y agrandaba los ruidos. Ya no sonaban rítmicos ni apacibles, sino en torrente. Evoqué las crecidas del río del Tejar. Eran ratas que corrían por las cañas, las vigas, el muro, el piso, mis piernas, mi cuello. Desencadenaron un estrépito de alud. Necesitaban explorar el territorio que yo les había invadido.

Me moví despacio. No convenía declararles la guerra y sí convencerlas de que me aceptaran como vecino. Alternaban las caricias de sus cuerpos aterciopelados que disparaban por mi pecho, con los fugaces pellizcos de sus uñitas. De vez en cuando se detenían y, al girar bruscamente, me abofeteaban con su larga cola. Dejé que me recorrieran e identificaran. Tras unas horas de actividad me venció el sopor.

Las demás noches fueron más tranquilas.

Fray Manuel me confesó antes de mi partida hacia el mar. Quería saber qué había tocado.

—Ratas —dije; y me asusté por la irónica insolencia de mi respuesta.

El cadavérico fraile permaneció en silencio. Sus largas pausas me hacían doler. Después formuló un pedido, extrañamente gentil:

—Reza por la salud de nuestro prior.

Francisco atravesó la población portuaria del Callao sin detenerse, pero mirando con ansiedad: cualquier espalda podría ser la de su padre. Los carruajes transportaban cestas desbordantes de pescado cuyas escamas plateadas enardecían la codicia de los aventureros. Junto al muelle se bamboleaban varios galeones con el velamen enrollado. Viviendas chatas se arracimaban junto al puerto y en la plaza aparecieron los cañones encargados de la defensa.

Nunca estuvo tan cerca del mar. El aire fresco y salobre le exaltó. Esa superficie azul que se extendía hasta la recta línea del horizonte era de una majestad sobrecogedora. No muy lejos se elevaba el lomo de una isla. Entre esa isla y la costa se desplazaban chalupas y botes de pescadores. Había llegado al punto donde embarcaban y desembarcan desde virreyes hasta negros angoleños, desde el sebo de las velas hasta los metales preciosos de las minas. Por aquí van y vienen riquezas y ambiciones. Es el portón magno que une el Virreinato del Perú con el resto del mundo. Oficiales armados controlaban la documentación de la incesante mercadería. Caminó hacia el Sur. Quería tocar el agua. Las olas se desenrollaban como alfombras sobre la arena. Bandadas de aves descendían a la resaca. Ingresó en la playa; sus pies se hundieron en la blanda superficie. Era una sensación inédita. Se dirigió al ondulado festón de espuma e introdujo un pie en el agua fría. Tocaba algo que posiblemente besó las costas de España, China, Tierra Santa, Angola. Se arremangó el pantalón de brin, avanzó más y se mojó la cara. Lamió gotas saladas. Un pescador le hizo señas desde su inestable embarcación como si lo saludase en nombre de los fabulosos habitantes submarinos. Giró y tuvo acceso a un paisaje diferente: la chata Callao, legendario puerto por donde fluían la plata y el oro, era un conjunto de poliedros cenicientos pegados a un vasto muelle en una punta y a la iglesia mayor en la otra. Ahí tendría que estar su padre; así lo ordenó la Inquisición y así lo dijo Manuel Montes. Pero no se atrevía a preguntar por él, tan fuertes eran sus ganas de verlo y su temor a una sorpresa. Era un *reconciliado*. Y los reconciliados, aunque se acogiesen al perdón, cargaban el estigma de un crimen que nada ni nadie podía borrar. Seguramente vestía el sambenito, ese escapulario infamante que llegaba hasta las rodillas y vociferaba su condición repudiable. Quienes eran humillados con esta prenda terrible debían usarla a perpetuidad para que los fieles los discriminaran. Y tras su muerte el sambenito sería colgado junto a la puerta de la iglesia con su nombre en letras gigantescas para que su descendencia también sufra la debida mortificación.

Retornó al muelle, cruzó el caleidoscopio de embarques y se detuvo junto a un par de cañones. Sus órbitas contraídas recorrieron a la multitud en movimiento. ¿Por qué lo buscaba en la calle si su lugar de trabajo era el hospital? Francisco tenía conciencia de su voluntario rodeo: temía descubrirlo.

Sentado en un rincón de la explanada, un mendigo desgranaba sus mendrugos bajo una corona de moscas. Su ropa estaba cubierta por el espantable sambenito. Los sucios cabellos blancos caían desordenadamente sobre su rostro punteado de verrugas. ¿Eso era lo que quedaba de su padre? Se acercó lentamente al escombro. Estaba aislado por una frontera invisible que sólo cruzaban las moscas. Francisco se detuvo a un par de metros. El mendigo lo miró con indiferencia. No podía ser su padre: no eran los ojos, ni la nariz, ni los labios, ni las orejas, ni los pómulos que recordaba. Dio media vuelta. «Debo prepararme —reflexionó—: tal vez lo hayan devastado como a este infeliz.»

Arrastró a su mula. Se internó en la callejuela del Este. Los excrementos lo obligaron a cruzar varias veces las acequias. Divisó la iglesia y el convento. Allí, tras la ondulada tapia, funcionaba el hospital del Callao. Su pulso aumentó la velocidad. Tuvo que repetir el nombre de su padre al sirviente que hacía inexplicable guardia ante la puerta. El sirviente se dirigió a un hombre de espalda doblada, quien vino al encuentro de la visita. Se inclinaba mucho hacia izquierda y derecha, como si le fallasen los pies. A medida que la luz exterior clarificaba su imagen, Francisco pudo reconocerlo. Parecía que los años hubiesen prensado su estatura, encanecido los cabellos y la barba, arrugado su piel, afilado sus pómulos. Se miraron con perplejidad.

Tembló su labio al musitar: «Francisco.» Para convencerse, necesitó repetir el nombre: «Francisco.» Francisco le besó el rostro con la mirada, pero su mirada veía también el pintarrajeado sambenito que hada escarnio de su dignidad. Se tomaron de las manos. Francisco percibió que eran las de antes, pero huesudas, débiles. Permanecieron como dos árboles en el centro de una tormenta que aullaba recuerdos, preguntas, júbilo y pavor. Cada uno sintió chicotazos de una emoción fuera de dique. Aguantaron con estoicismo el borbotón de palabras y llanto que pujaban por derramarse. Diego Núñez da Silva dio un paso y abrazó a su hijo. Rompió la cautela que se había prometido mantener para no mancharlo con su sambenito. Después lo invitó a sentarse en el poyo de piedra.

Se siguieron mirando a hurtadillas. El padre, mareado de sensaciones, gozaba la apostura de su hijo: su breve barba cobriza, los ojos profundos e inteligentes, sus hombros viriles. Era la réplica de sus años mozos. Le querría preguntar por Francisquito, el niño curioso, travieso y osado que quedó atrás, que escuchaba con embeleso sus historias y sacaba de quicio al maestro Isidro Miranda.

Francisco observó a través de la refracción que producían las lágrimas las secuelas del sufrimiento en su padre. ¿Qué restaba de aquel hombre poderoso y culto? Sólo las cicatrices del tormento y la degradación.

Permanecieron en silencio.

Las gargantas apretadas. Las palabras nada podían expresar en ese momento.

El virrey del Perú movió la cabeza y su barbero le infligió un rasguño en la mejilla. Pidió encrespadas disculpas y con un algodón detuvo la sangre. Después repasó con la navaja el corte de las patillas y puso esmero en la barbita afinada que descendía desde el labio inferior como una cinta. Usó tijeras, peine y clara de huevo perfumada para estirar los largos bigotes, imprimiendo a sus extremos un optimista giro hacia arriba.

Su ayudante de cámara le presentó la ropa. Su Excelencia lo miraba de soslayo sin moverse para que el barbero no reincidiera. Aprobó con señas los guantes de gamuza, los zapatos de pana, el chaleco de terciopelo y la camisa de seda. Usaría, como siempre en estas recorridas, el sombrero de alta copa, la golilla forrada con tafetán y una reluciente capa azabache. Luego regresaría al palacio para agregarse los atributos de su investidura: recibiría al Inquisidor Andrés Juan Gaitán, que parecía malhumorado. Este hombre era como una astilla bajo la uña. «Actuaré con prudencia», pensó.

El marqués de Montesclaros, virrey del Perú, provenía de la mejor nobleza de Castilla la Nueva. Tenía suficientes títulos para demoler a cualquier adversario, Pero en estas tierras salvajes abundaban quienes le hacían zancadillas a su gestión e intentaban cuestionar los usufructos que con pleno derecho obtenía el poder. A los 32 años de edad Su Majestad Felipe III lo había nombrado virrey de México, país que gobernó durante cuatro años, tras los cuales fue designado virrey del Perú. El soberano solía decirle con simpatía «mi pariente».

«Cuando Su Majestad me nombró para el Virreinato México —evocaba—, embarqué con mi esposa, mi confesor y capellán, y veintiocho criados y pajes. México es la mejor escuela para los futuros virreyes del Perú porque ofrece menores escollos para gobernar, fácil comunicación con España y poca extensión. El Virreinato del Perú, en cambio, es una superficie ilimitada que se abre en las calderas del Ecuador y se pierde en el Polo Sur, ahíto de vallas y misterio.

»Antes de completar mi cuarto año de gobierno en México el rey decidió mi nuevo destino: Perú. Tenía que retornar a España antes de asumir en Lima. Volví a embarcarme, pues, pero enfundado por el duelo: mi esposa acababa de perder nuestro único hijo. En el trayecto murió ella también. La enterré en La Habana. El océano se ocupó de lavar mi tristeza con tal eficacia que a poco de retornar a Madrid conocí a la dama que puso una castañuela a mi corazón. Contraje segundas nupcias, escuché las instrucciones reales y confeccioné un séquito parecido al que años atrás llevé a México. Penetré en Lima el 21 de diciembre de 1607, fecha que tengo bien grabada porque al día siguiente presenté el juramento de estilo y tuve el choque que arriesgó el éxito de mi gestión. En efecto, se tenían que elegir los alcaldes ordinarios: las

fiestas de recibimiento que me ofrecieron y las afirmaciones sobre la impostergabilidad de la elección me sonaron a encubrimiento. Pensé que estas gentes se habían acostumbrado a timar virreyes. Les agrié sus expectativas al ordenar en forma inconsulta que la elección se haría trece días más tarde en mi palacio y ante mi presencia. Se inclinaron cariacontecidos: tuvieron que deglutir la primera lección. Les apliqué la segunda unos días más tarde. Examiné las Cajas Reales y descubrí su apabullante desorden. Los pícaros y los negligentes trataron de confundirme con explicaciones sibilinas y yo les retribuí la atención con un golpe de maza en el pecho: les dije que ese mal tenía un remedio llamado Tribunal de Cuentas. Varios dignatarios movieron la lengua para decirme, con los labios cerrados, *vade retro, Satanás*. No me acobardé ante estos bandidos refinados. Establecí el Tribunal en sala aparte, con la debida autonomía. Me odiaron por el Tribunal de Cuentas y me maldijeron por el que instalé después: el Tribunal del Consulado que mis antecesores no habían conseguido poner en marcha a pesar de la cédula real que se había firmado más de una década atrás. La oposición venía de los encomenderos que sobornaban a los regidores y oidores para que no creciera la influencia de los comerciantes. Yo estaba decidido a establecer el orden en este colosal desorden que tanto beneficia a los bellacos.

»Atribuyen a mi juventud que sea expeditivo. Error. No se trata de años, sino de asumir en plenitud la autoridad. En el Perú yo represento al Rey: no sólo tengo el derecho sino la obligación de actuar como si fuese el soberano, como si él en persona estuviese aquí. Pero me limitan las cédulas reales que sólo se firman en España y el riesgo de ser destituido por el combustible de las intrigas palaciegas. Contra el primer inconveniente no tengo más alternativa que la negligencia (sobre la cual aprendo a diario de mis subordinados). Contra el segundo aplico a rajatabla mi axioma de que nadie es más útil que el despensero: por lo tanto me he propuesto ser el despensero del Rey; tapo a Su Majestad con gruesas sumas, al extremo de que sus enajenadas y agónicas rentas dependan cada vez más de mis envíos. En sólo ocho armadas le remití diez millones de pesos oro.

»También atribuyen a mi juventud los pecados de la carne. Como si no los tuvieran los seniles que, además de inducir al vicio, dejan insatisfechas a las mujeres. En Lima abundan las damas atractivas que hacen lo necesario para desplazarse hasta mis aposentos reservados. Y a ellos les da envidia. También envidian mis dotes poéticas. Son la hez la miseria humana. Nada me perdonan, los bribones. Ya he oído que aspiran a impulsar *un juicio de residencia*[\[26\]](#) cuando termine mi mandato. Me aborrecen por las obras buenas que realizo, pero me denunciarán por las malas. Las malas a veces me permiten llevar adelante las buenas: si no me hubiera enriquecido y no hubiera enriquecido a mi corte, no habría tenido la energía material y espiritual para continuar al frente de este infecto Virreinato.»

El barbero quitó la toalla que rodeaba el cuello del apuesto marqués y el paje le

ayudó a vestirse. Tras la puerta hacían guardia los alabarderos. Esperaban varios dignatarios. Todo estaba dispuesto para la visita al flamante puente de piedra, una de sus obras más costosas y queridas.

Mientras, a la vuelta del palacio, el inquisidor Gaitán ultimaba la estrategia de su enojosa entrevista con el virrey.

La comitiva oficial se desplazó hacia el nuevo puente de piedra tendido sobre el río Rímac. Unía el casco de la capital con el barrio de San Lázaro. El torrente que dividía a Lima tenía un bello nombre: «río que canta». Sus aguas rodaban sobre piedra y desiguales alfombras de arena. Provenía nutrición y frescura a los alrededores secos. Pero dificultaba las conexiones con los valles del Norte y mantenía relativamente aislados importantes sectores de la ciudad. El marqués de Montesclaros se había propuesto construir una obra que resistiera la corrosión del tiempo. "Que sea una estrofa inmortal.» Había escuchado sobre un maestro de cantería que vivía en Quito y edificaba obras admirables. Le previnieron, sin embargo, que no existían recursos para efectuar un gasto de esa envergadura. El marqués de Montesclaros reflexionó con su habitual rapidez y, antes de que sus interlocutores acabasen de enumerar los escollos, se dirigió a su ayudante de la derecha: "Pida al Cabildo que mande venir a ese iluminado alarife.» Se dirigió a su ayudante de la izquierda: «Obtendremos los recursos de nuevos impuestos: no voy a tocar una moneda del Rey.» Llamó a su consejero económico y resolvió que, para el nuevo puente, se cobrasen dos reales por cada carnero en Lima y demás ciudades del Perú, y un real adicional sobre el impuesto que ya existía sobre cada botija de vino. El consejero se atrevió a preguntar si había oído bien, y si el marqués de Montesclaros deseaba que, efectivamente, se cobrase en otras ciudades para un puente que sólo embellecería a la capital.

—Desde luego —rió el marqués—. Porque en Lima estoy yo. Es un impuesto educativo.

La parte del puente cercana al palacio se abría con un airoso arco. Caminando sobre su sólida extensión podía escucharse el canto incesante del Rímac que trotaba bajo los pies. El pretil de ambos lados era suficientemente grueso para detener las embestidas de los carruajes sin control. En el extremo que desembocaba sobre el barrio de San Lázaro se elevaban dos torreones donde fueron grabadas las inscripciones alusivas a la ejecución de la obra. El virrey se detuvo a leerlas con atención, no vaya a ser que una mano traviesa haya distorsionado su nombre u olvidado alguno de sus títulos más sonoros.

Sus acompañantes creyeron que concluía la visita. Pero el virrey prefería seguir caminando. Necesitaba más distensión para su entrevista con el inquisidor Gaitán. Siguió, pues, hacia la Alameda. Era el hermoso paseo que había mandado construir simultáneamente con el puente. (Los clérigos austeros deploraban que gastase una

fortuna en mejorar el paisaje de este mundo.) La corte virreinal, los ministros, los oficiales y soldados de la milicia, así como las damas de Lima, se habituaron a pasear por *su* Alameda. El solaz y la conversación facilitaban el cruce de miradas; las miradas creaban sutiles códigos; los códigos solían concluir en furtivas transgresiones. Cuando se criticó libremente al marqués de Montesclaros, se dijo que inventó la Alameda para «censar y cazar» a las mujeres de Lima.

El virrey ordenó regresar a palacio. Saludó otra vez a los esbeltos torreones del puente y miró el río. Hasta sus márgenes descendían los aguateros y las negras lavanderas. También algunos jinetes para dar de beber a sus cabalgaduras. Entre éstos apenas vio a dos jóvenes que llegaban del Sur, uno montado en corcel rubio y el otro en una mula.

«Es penoso discutir con estos cuervos —pensó el marqués de Montesclaros mientras se acomodaba en su dorado sillón para soportar la inminente batalla—. Nada les alcanza. Si pudieran, acapararían el poder absoluto del reino y de la Iglesia. Los inquisidores son como monstruos de dos cabezas y pretenden dominar tanto la jurisdicción civil como la eclesiástica. Desde la teta se los llenó de prerrogativas. Ahora ya no es posible frenarlos. Además, exigen que todos sus funcionarios, sirviente y esclavos deban responder únicamente al Santo Oficio por el solo hecho de servirlo. Es como si los barberos pretendieran ser juzgados por los barberos y las putas por las putas.

»Varios de mis predecesores rogaron al Rey que pusiera límites a la prepotencia de los inquisidores. Fue en vano. Con intrigas y terror arrancaron una cédula real tras otra en su beneficio. Lejos de Lima, los familiares de la Inquisición se exceden más aún. Tan es así que el arzobispo pidió moderación a los inquisidores en la defensa de familiares que no son pacíficos ni prudentes. Inútil. El Santo Oficio es una cofradía donde basta ser miembro de ella para coronarse ángel. ¡Qué despropósito!

»El conde de Villar, mientras era virrey del Perú, denunció los abusos de los inquisidores que tienen amedrentadas a las repúblicas —decía— y temerosos y oprimidos a los ministros de Su Majestad. Ante un ataque por mar de unos navíos ingleses ese virrey ordenó acudir a defender el puerto del Callao como era lógico, pero el inquisidor emitió una contraorden: que los ministros y familiares del Santo Oficio vigilasen primero la casa inquisitorial. El virrey hizo notar que si él había ordenado defender la ciudad, miedosos del inquisidor, se excusaron de obedecer al virrey. Tuvieron su buena razón, porque el conde de Villar, por desafiar al Santo Oficio, fue excomulgado (luego absuelto). Al dejar su cargo pretendió hacer las paces con los inquisidores. Les mandó decir que, para ofrecer buen ejemplo a los vecinos, él daría el primer paso yendo al Tribunal para despedirse, pero los inquisidores no aceptaron recibirlo. En su última carta al Rey le confesó que los inquisidores denigraban la cristiandad y él se declaraba, por lo tanto, "indevoto" del Santo Oficio.

»De ahí la necesidad de las concordias, que son una especie de emplasto jurídico para sosegar a estas fieras. Urge impedir que devoren el Virreinato íntegro. Quieren la superioridad civil y eclesiástica; quieren funcionar como hermanos mayores de la Audiencia; quieren que todo sea de su competencia y dominio; quieren tener al virrey bajo la suela de sus zapatos.

»Por fin se firmó la concordia de 1610. ¡Qué alegría cuando la recibí! ¡Qué decepción más tarde!: tan sólo introducía restricciones menores. Pero gracias a esta concordia los negros de los inquisidores ya no pueden ir armados y los inquisidores, aunque tienen aún derecho a enterarse sobre la salida de los correos, no pueden vedar

su partida como antes. La concordia aconseja tener especial cuida en la selección de los familiares y ministros (a varios yo hubiese mandado a la horca). Tampoco puede ya el Santo Oficio prohibir que los obispos trasladen a los religiosos calificadores sin su consentimiento. Y se les bloquea, además, su intervención en los asuntos universitarios.»

El marqués de Montesclaros vio la temida figura del inquisidor Andrés Juan Gaitán en el vano de la puerta. Su rostro parecía una calavera apenas forrada por la piel tirante. Su palidez contrastaba con la túnica negra de su investidura. Avanzó con paso firme y lento. Hasta en el andar proclamaba soberbia.

Pronunciados los saludos de estilo, se ubicaron frente a frente. Eran adversarios manifiestos que no podían expresar el monto de su desconfianza y antipatía. Las cargas de hostilidad debían intercambiarse con envoltorios de terciopelo.

—Fue usted muy gentil al difundir la concordia con tambores y atabales —dijo el inquisidor.

—Todo lo que atañe al Santo Oficio es de primera importancia —retrucó el virrey.

—Distribuyó, además, copias entre particulares —agregó irónicamente.

—El pueblo debe estar informado.

—La concordia tiene muchos puntos que merecen corrección, Excelencia.

—Todo es perfectible, desde luego.

—Por eso he venido. Presumo que reconoce cuánto necesita del Santo Oficio la salud del Virreinato.

—Presume usted bien.

—Las idolatrías siguen alterando el alma de los indios y las herejías el alma de los blancos. Tenemos noticias sobre el continuo ingreso de judaizantes: no hay portugués que merezca eximirse de sospechas. Abunda la bigamia. Crece el amancebamiento. Circulan libros llenos de inmundicias. ¡Hasta se encuentran luteranos entre nosotros!

—Es un catálogo atroz. Y exacto, además —concedió el virrey.

—Por eso he venido a verle.

—Lo escucho con interés y devoción.

—Por eso, Excelencia, es peligroso mellar la autoridad del Santo Oficio.

—¡Quién se atrevería!

—La concordia...

—Creo que es un documento tibio.

—¿Poco duro con el Santo Oficio?

—¡No quise decir eso, válgame el Señor! Quise decir que no modifica la situación previa en grado significativo, para bien del Santo Oficio, y para bien del Virreinato, obviamente.

—Algunos oficiales reales creen que esta concordia los faculta para apresar a los oficiales de la Inquisición. Ya se han producido hechos aberrantes, en los que se evidenció resentimiento y crueldad.

—No estaba enterado —protestó el virrey.

—Olvidan que atentar contra los miembros del Santo Oficio es como atentar contra la Santa Sede. Es un sacrilegio.

—Por supuesto. Castigaré a quienes cometieron ese atropello imperdonable.

—Me complace tan viril reacción.

—Es mi deber.

—Gracias, Excelencia —estiró los pliegues de su túnica y acomodó la pesada cruz que llevaba al pecho—. Tengo otra queja, si Su Excelencia lo permite.

—Desearía conocerla. Ilústreme.

—La concordia nos prohíbe dar licencias para salir del Perú; nos quita esa prerrogativa.

—En efecto.

—Es un error muy grave.

—Si usted lo dice... Pero ¿qué puedo hacer yo? Es la voluntad del Rey —estiró los labios enigmáticamente.

—La licencia para viajar nos permite descubrir herejes fugitivos, Cuando alguien solicita una licencia en el Santo Oficio, se busca su nombre en el registro de testificaciones. Si existe una denuncia, ese reo no escapa.

—Tiene usted razón. Y es lamentable que se haya privado al Santo Oficio de un instrumento tan eficaz. Yo sin embargo, no puedo modificar ese artículo —concluyó con repentina firmeza.

El inquisidor le clavó sus pupilas envenenadas durante un largo segundo. Después bajó los párpados y con forzada amabilidad replicó:

—Puede... En todo caso, volveremos a conversar sobre ello. Ahora quiero formular otra queja: la concordia prohíbe que tengamos negros o mulatos armados.

—Efectivamente.

—No se debe anular este privilegio. La Inquisición funciona en Lima desde hace cuarenta años. Suena a vejación. ¡Qué es eso de desarmar al Santo Oficio!

—Me asombra usted.

Los ojos de Andrés Juan Gaitán eran moharras de acero.

—Me asombra usted —repitió el virrey—. Y me entristece: ¿quién sería tan puerco de intentar vejar al Santo Oficio?

—Pero esto debe ser corregido, entonces.

—Pero los negros armados a veces cometen tropelías. Son un peligro real.

—No cuando acompañan a funcionarios —replicó el inquisidor.

—En esas condiciones disminuye el peligro, sí.

—Le pido un decreto de excepción, entonces.

—¿Un decreto de excepción?

—Que los negros puedan llevar armas cuando acompañan a los inquisidores, al fiscal y al alguacil mayor del Santo Oficio.

—Lo pensaré.

Gaitán acarició su cruz. No le satisfizo la respuesta.

—¿Puedo solicitar a Su Excelencia un plazo?

—No le doy un plazo, sino mi promesa de contestarle a la brevedad.

El inquisidor advirtió que la audiencia llegaba a su fin. Este maldito poeta metido a virrey —pensó— quiere tener la última palabra y sacarme de aquí sin un compromiso. Pues no me iré antes de refregarle un recordatorio en su carita de malviviente.

El marqués de Montesclaros se incorporó. Era la señal inequívoca. El inquisidor debía hacer lo mismo y despedirse, según las normas del protocolo. Pero el inquisidor pareció víctima de una súbita ceguera: ni lo vio ni se movió, abstraído en la cruz que ocupaba la superficie de su pecho. Competían el poder del César y el poder de Dios. Andrés Juan Gaitán, representante de Dios, era casi Dios. Con estudiada voz de ultratumba le descerrajó el debido discurso. Habló sentado, como si gozara de la cátedra, a un virrey crispado y prisionero.

—Desde la fundación de la Iglesia —dijo como si le hablara a sus propias flacas manos ocupadas en acariciar la cruz—, castigo del crimen de herejía estuvo a cargo de los sacerdotes. Para que no hubiera descuidos, el papa Inocencio III creó el Tribunal de la Inquisición. Gran Papa, gran santo. Y para que la Inquisición no padeciera vallas en su tarea sublime, tanto los papas como los reyes la han eximido de la jurisdicción civil e incluso de la eclesiástica ordinaria. Todos sus miembros gozan de prerrogativas. Prerrogativas, privilegios e inmunidades para que su tarea redunde en el aumento de la fe. Como los asuntos relativos a la fe pertenecen en última instancia al Papa, la jurisdicción principal del Santo Oficio es eclesiástica. La jurisdicción civil, en cambio, y la de un virrey, y la de una Audiencia por extensión, están por debajo de aquélla. Así como la tierra está debajo del cielo.

Elevó lentamente la cabeza. Simuló sorprenderse. Como si no hubiera advertido que le estaba faltando el respeto al virrey. Hizo una reverencia disfrutando su pequeña victoria. Giró y caminó con estudiada majestad hacia la puerta, dueño del tiempo y del espacio.

El marqués masticaba algunas frases: *todas las prerrogativas... todas las prerrogativas.*

El tabuco de mi padre —contaría Francisco— quedaba a la vuelta del hospital portuario. Me costó disimular la pena que sentía por este hombre vencido que adoptó, incomprensiblemente, una marcha bamboleante y grotesca. Me dolía su sonrisa, de perpetua disculpa. Era una lastimosa reproducción del médico que años atrás pisó firme en Ibatín. Sus manos terrosas colgaban como trapos. Miraba el suelo, desconfiado de su vista. Cuando me llevó por primera vez a su casa se detuvo frente a una puerta formada por listones que unían dos travesaños.

—Aquí es —murmuró avergonzado.

Empujó y entró. No tenía llave ni candado ni tranca una de las tres bisagras estaba rota. Me abochornó el agujero negro que era su vivienda. De repente se iluminó el portal de Ibatín y el patio de naranjos. El color pastel era revuelto con círculos azulinos. La intensidad de esa imagen me produjo un mareo. Avancé hacia el rectángulo oscuro y olí la salobre humedad del interior. A medida que se apagaba el relumbre de Ibatín, empecé a divisar las paredes de adobe parcialmente encaladas, el piso de tierra y el techo cañizo por donde se filtraba la nubosidad del Callao.

—Nunca llueve —justificó mi padre.

Vi sus objetos. Pocos y ruinosos. Una mesa sobre la que se apilaban papeles, libros, una jarra de latón y un cazo de barro. Un estante con más libros. Un jergón de paja bajo ese estante con un blandón de bronce junto a la cabecera. Dos bancos, uno adherido a la mesa y el otro a la pared. En el fondo se tocaban un cofre y una alacena sin puertas. Varios clavos fijados en el muro eran los percheros. Se quitó el sambenito y lo colgó de uno de esos clavos.

Abrió los brazos huesudos: «Estás en tu casa», quería decir. Una casa lúgubre, testimonio de su caída. Corrió el segundo banco hasta la mesa. Después abrió el cofre: buscaba elementos que mejorasen la fisonomía del recinto y expresaron su alegría por mi llegada. Su preocupación por mi bienvenida resultaba intolerable. Enfatizaba su decadencia.

Descargué mi equipaje y la mula agradeció con un estremecimiento. Lo instalé en el centro de la pieza. El golpe sordo llamó la atención de mi padre. Su mirada pretendía decir: «¿Qué traes?» Extraje mis ropas, la gruesa Biblia y una talega. Le invité a que se acercara. No entendió. Que se acercara, que abriese la talega. «¿Un regalo?», supuso conmovido. Sí —quería explicarle, pero mis labios no podían emitir sonido—, es un regalo que viene de Córdoba; me lo entregó tu fiel esclavo Luis antes de mi partida y lo he vigilado como un tesoro de rey a lo largo del viaje.

Papá se inclinó, palpó el rústico saco e inmediatamente refulgieron sus ojos con la intensidad de otros tiempos. Reconocí el relámpago fugaz. Sus dedos abrieron el nudo y en seguida extrajo un escoplo; lo frotó contra su manga y lo acercó a la luz.

Una sonrisa que por fin no era disculpa llenó su cara. Lo dejó cuidadosamente sobre la mesa como si fuera de cristal. Sacó una cánula, también la frotó e hizo chispear junto a la luz. Recogió, acarició el estuche de brocato y lo agitó para oír la respuesta de la llave española. Meneó la cabeza con una expresión de gratitud infinita.

Entonces le conté de Luis. Correspondía narrarle su prodigio: cómo escondió las piezas, cómo soportó el castigo del capitán Toribio Valdés y el interrogatorio del comisario. Pero me detuve cuando iba a describir sus escapadas al matadero para calmar nuestra hambre con sus hurtos. Aún no podía descender al pozo de la tragedia. Me mantuve, pues, en los límites anecdóticos del viaje. Debía circunvalar el árbol hasta adquirir aliento y atreverme a seguir una rama, y finalmente deslizarme por el grueso tronco hasta la raíz. Mejor comenzar por lo reciente; era menos doloroso.

—Vi al virrey, ¿sabes?; estaba cruzando el puente de piedra. Lorenzo insistía en que él lo miró; y que esa mirada era una invitación concreta para incorporarse a su cuerpo de oficiales.

Nada dije, en cambio, del palacio inquisitorial ni la aparición del inquisidor Gaitán. Lorenzo era un buen amigo —volví a hablar de él para diferenciado de su padre, el capitán de lanceros—. Creo que hará carrera, que oiremos de sus hazañas. Luego rememuré otras peripecias del viaje. Mencioné personas que papá conocía: Gaspar Chávez, Juan José Sevilla y Diego López de Lisboa. Ante sus nombres le tembló el mentón y bajó los párpados. No hizo comentarios. No hizo comentarios sobre nada. Se limitaba a escuchar con interés. A menudo se retorció los dedos. Durante horas, en su húmedo tabuco resonó mi monólogo. Parecía lo mejor, lo soportable.

Cuando se agotó mi viaje retrospectivo y llegué al comienzo, a los detalles de mi partida, me encontré hablando del convento dominico de Córdoba. Me despedí de fray Bartolomé —dije—, a quien efectué una sangría. Sí, una sangría... Y me dispersé contando la hazaña porque era duro narrar otras cosas como el triste fin de Isidro Miranda, encerrado en su celda por demente. En forma salteada le conté de mis lecturas, la confirmación y el aprecio que me brindó el formidable obispo Trejo y Sanabria. Después no pude resistir y hablé de mis hermanas. «Estaban bien» (repetí expresiones de mi madre), bajo el amparo de un monasterio.

Los párpados de papá se empezaron a levantar con más frecuencia. Pero su mirada transmitía pesadumbre. Un dolor intenso y misterioso paralizaba su lengua. No podía contar. No podía preguntar. Pero agradecía mi relato fragmentado y zigzagueante como agua de una fuente amarga, imprescindible. Quería saber de Aldonza, lo decían sus ojos. Quería saber, porque ya le enteraron de su muerte en forma abstracta, como a nosotros nos habían enterado de sus tormentos y reconciliación. Yo aún no podía hablar de mamá. Reconstruí, en cambio, la mágica visita de fray Francisco Solano. Fue una aparición —exclamé—. Lo acompañaba su

giboso ayudante, durmió en un canasto y... criticó la denominación de *cristiano nuevo*, papá. Me esforcé por recordar la brillante argumentación del fraile contra esa calificación discriminatoria. Aseguré que era un santo, que realizó milagros vistos por miles de personas. Y era un santo porque, además de los milagros, desafió a la chusma acompañándonos a la iglesia por la calle invadida de curiosos. Conté sobre el pintoresco vicario que tuvo en La Rioja y a quien acusaron de judaizante.

—Y el aprecio que tuvo por tu gesto, papá, cuando compraste la vajilla del procesado Antonio Trelles.

Otra vez izó los ojos, estremecido. Pero no habló.

Conseguí narrarle las atrocidades que padecimos tras su arresto y el de Diego. Entré a saco en la dolorosa profundidad.

—A propósito, papá, ¿qué sabes de Diego?

Hundió la cabeza entre los hombros y se llevó una mano al costado. Esa pregunta fue una estocada. Se tapó el rostro contraído. Empezó a llorar. Era la primera vez que lo veía llorar, con sacudidas y ahogo.

Yo no supe qué hacer con mis palabras, mis dedos, mis piernas. ¿Qué le habría pasado a Diego? ¿Murió?, ¿perdió la razón?, ¿lo encerraron nuevamente? La cordillera derrumbándose no me habría producido más angustia que ver a mi padre roto en cascajos. Me acerqué. Tímidamente apoyé mi mano sobre su espalda temblorosa y húmeda. Era un saco lleno de sufrimiento. Se apaciguó apenas y me devolvió la caricia.

—Partió —dijo con voz arenosa—. Después de cumplir la penitencia en un convento, pidió autorización para irse del Perú. Embarcó hacia Panamá. Evitó despedirse... Vaya a saber dónde estará ahora; qué es de su castigada vida.

Apoyó sus puños sobre las rodillas y se irguió con dificultad. Me pareció oír el crujido de sus envejecidas articulaciones. Se balanceó hasta el brasero, donde estaba a punto de hervir el agua. Sin mirarme por la vergüenza, pidió que le alcanzara unos trozos de tasajo, coles y ají.

Mientras cocinaba en esa primera noche que pasamos juntos, dijo que había velas en la alacena, una manta para mí en el cofre y pan de la mañana en un cesto junto al anaquel. No me di cuenta en ese momento de que habíamos empezado el diálogo. Elemental y exangüe, pero diálogo al fin.

¡Hipócritas! —maldijo por lo bajo el virrey—. El inquisidor Gaitán dedicó su sermón a condenar la vanidad y la soberbia mirándome fijo. Citó el capítulo VI de San Mateo: *Cuando oras no seas como los hipócritas, pues ellos aman orar en las sinagogas y en las calles, en pie, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su pago. ¿Quiénes son los que gustan exhibirse ante los hombres y recibir sus honores sino los inquisidores mismos?*

A poco de mi llegada ya tuve que soportar sus insolentes reclamos. En el primer domingo de Cuaresma se iba a leer el edicto de fe en la iglesia mayor, tal como era la costumbre. Los alcaldes fueron a buscar y escoltar a los inquisidores directamente a la sede de la Inquisición y no a sus residencias. ¡Para qué diablos se les ocurrió innovar en esta ridícula materia! Los inquisidores se sintieron agraviados por el cambio de protocolo y, al organizarse el cortejo, no permitieron que los alcaldes se pusieron a su lado: les ordenaron pasar adelante como Funcionarios inferiores que abren paso y anuncian a los superiores. Los alcaldes se sorprendieron por la dureza del trato y, con palabras respetuosas, expresaron que debían conservar sus lugares en razón de su investidura. Los inquisidores les hablaron con odio, los insultaron y amenazaron. Los alcaldes tuvieron miedo, pero creían que aún estaban en condiciones de llegar a un acuerdo. Los inquisidores se manifestaron más ofendidos aún y mandaron prenderlos y encarcelarlos con grillos. Los alcaldes azorados, abandonaron la comitiva y corrieron a mi palacio. Yo les brindé protección porque, de lo contrario, perdía mi autoridad y los inquisidores pondrían la bota sobre mi cabeza. Esto no terminó ahí, por cierto: ahí empezaba.

Escribí a los inquisidores (con halagos y cortesías de introducción, ya que si entre hipócritas estamos...) diciéndoles que, mi juicio, los alcaldes al defender su jurisdicción y preeminencias no habían cometido desacato. En cambio (no podía frenar mi gozo de hundirles la espada), dije ellos sí se excedieron al mandar prender a los alcaldes, uno de los cuales era digno caballero de Calatrava. Les infligieron insultos, los hicieron derribar del caballo y amenazaron ponerles grillos, medida que sólo se usa para delitos graves. Por todo ello les proponía olvidar el caso.

El Inquisidor Verdugo (acertado apellido para un hombre tan piadoso) contestó al día siguiente. Relampagueaba cólera. Pero con fina ironía (ya que entre hipócritas estamos...) elogió mis esfuerzos por fortalecer la autoridad del Santo Oficio, a la cual estaba obligado (también me hundió la espada) como particular, como virrey, y para cumplir la voluntad de Su Majestad (de paso me recordaba que soy un subordinado). Verdugo calificaba el hecho (de no haber ido los alcaldes a buscarlos a sus casas sino a la sede de la Inquisición) como gravísimo y escandaloso. Según su punto de vista, la actitud de los alcaldes revelaba subversión contra la autoridad del Santo Oficio,

deseos de obstruir su sagrada obra y un mal disimulado odio. El comportamiento de los alcaldes tuvo el agravante de humillarlos públicamente por abandonar la comitiva sin autorización ni dejarse prender. En consecuencia —concluía su carta—, yo debía limitarme a permitir que el Santo Oficio hiciera lo suyo y sólo brindar mi auxilio cuando me lo solicitasen.

La insolencia del inquisidor me puso los pelos de punta y, sin calcular el riesgo que implicaba para mi cargo y mi vida, respondí en el acto, sin las corteses mentiras de estilo. Dije que no podía consentir se metiera en mi jurisdicción porque aquí, en Lima, el representante de Su Majestad era yo. También le dije, con todas las letras, que en este caso era difícil separar lo esencial de lo generado por el amor propio. Le volví a clavar la espada pero hasta el mango (y se la revolví en las tripas), expresándole que era posible amar y respetar al Santo Oficio aunque no se acompañe a los ilustrísimos inquisidores desde el zaguán de su casa para un acto tan ordinario como la lectura de un edicto de fe. Y que me parecía una exageración calificar la conducta de los alcaldes como desacato, escándalo público, oposición y odio al Santo Oficio. Propuse remitir el asunto a Su Majestad.

El inquisidor tardó en contestar esta vez y evaluó cada palabra. Escribió que el caso de los alcaldes pertenecía al Santo Oficio (el muy perro tenía como norma no ceder nunca) y que si yo hubiese permitido el arresto de los alcaldes, todo ya se habría solucionado. Que gustosamente pondría la causa en mis manos, pero se lo impedían sus obligaciones.

Consulté con la Real Audiencia, naturalmente, y algunos oidores opinaron que no había razón para ceder. Fue entonces cuando tuve noticia de los cargos que los perros iban a levantar en mi contra, fabricando calumnias que llegarían oblicuamente a la Suprema de Sevilla. Decidí aflojar (contra mis convicciones y sentimientos), no vaya a ser que una estulticia de protocolo se convirtiese en mi irrefrenable desgracia. Sentí tanto asco que escribí al Rey: dije que estos venerables padres (me esforzaba por mantener las formas) eran muy celosos de su jurisdicción; tras las críticas de protocolo se escondía un celo en ascuas por el espacio de poder. No sólo compiten conmigo y toda la jurisdicción secular: también con la Iglesia. Me alivió enterarme poco después de que el arzobispo Lima pensaba igual. Escribió —¡el arzobispo, no yo!— que los inquisidores pretenden gozar de las mismas preeminencias que el virrey.

¡Menos mal que el arzobispo se llama Lobo Guerrero! No es un hombre que se acobarde. Pero uno de los inquisidores se llama Francisco Verdugo... ¿Qué ha pretendido Dios de mí al ponerme entre un Lobo Guerrero y un Verdugo? No debe ser simple casualidad.

Francisco volvió a instalarse en la celda vacía del convento dominico de Lima. Fray Manuel Montes lo acompañó, como de costumbre, entró primero y corroboró la ausencia de objetos. Ignoraba a las ratas.

—Dormirás aquí —dijo fríamente como si fuese la primera vez.

Las ratas saludaron con su precipitación de torrente.

A la madrugada pasó el hermano Martín. Los contornos de los árboles recién empezaban a mostrarse. No lo saludó, lo cual era extraño en él; algo grave ocurría. Francisco se deslizó hacia el hospital. Vio la botica abierta e inspiró sus fragancias. Volvió el hermano Martín a la carrera y tropezó con fray Manuel, quien avanzaba lentamente con paso rígido. Martín cayó de rodillas y le besó la mano. El fraile la retiró bruscamente. Martín le besó los pies y el fraile retrocedió.

—¡No me toques!

—¡Soy un mulato pecador! —dijo Martín a punto de quebrarse en un sollozo.

—¿Qué has hecho?

—El prior Lucas se ha enojado porque traje un indio al hospital.

Fray Manuel permaneció callado, los ojos perdidos en lontananza. Después se curvó para que no lo alcanzaran los dedos implorantes del mulato y se escabulló a la capilla. Francisco se acercó a Martín, que yacía tendido boca abajo.

—¿Puedo ayudarte?

—Gracias, hijo.

Le ofreció su mano.

—Gracias. Soy un pecador impenitente —rezongó—. Un pecador inmundo.

—¿Qué ha pasado?

—Desobedecí. Eso ha pasado.

—¿Al prior?

—Sí. Para salvar a un indio.

—No entiendo.

—Un indio cubierto de heridas y de llagas se desvaneció anoche frente a la puerta del convento. Corrí a levantarlo; estaba vivo, pero exhausto —movía nerviosamente los dedos—. Sólo gemía. Fui a pedir permiso al prior, que está enfermo también. Lo negó; me recordó que éste no es un hospital de indios —levantó un pliegue de su túnica y se secó la cara—. No pude dormir, me pareció entender que el Señor, a través de mis sueños, me ordenaba prestar ayuda a ese pobre infeliz. Fui a la puerta. Era la mitad de la noche y ahí estaba, tendido, cubierto de insectos. Las sombras me confundieron, porque a vi Nuestro Señor Jesucristo después de la crucifixión —ahogó el llanto—. Lo cargué sobre mi hombro. Era tan liviano... Lo llevé a mi celda, lo recosté, lo atendí. Pequé miserablemente.

—¿Por qué pecaste?

—Desobedecí a mi prior. Introduje al indio y éste no es un lugar para indios. Hay un orden en el mundo.

—¿Qué harás ahora?

—No sé.

—Estás en pecado.

—Sí. Fui a contarle al prior, como corresponde. Recién fui a contarle. Se enojó mucho. Y está muy enferme. El enojo le hará mal.

—¿Por eso te arrojaste a los pies de fray Manuel?

Lo miró perplejo.

—Fray Manuel es un ministro de Dios —dijo, asombrado de que Francisco mezclara los temas.

—Pero él no sabía de tu desobediencia.

—Claro que no: se lo acabo de decir. Me arrojaría a sus pies porque edifica humillarse ante un ministro Dios. Francisco: ¡qué tonto eres!... Hubiera hecho lo mismo aunque no tuviera el problema del indio. Cada sacerdote me genera amor, devoción. Es un ministro del Todopoderoso y yo siento alegría arrojándome a sus plantas. ¿No te ocurre lo mismo?

Francisco no pudo responder. Lo llevó al hospital.

—¿Quieres ayudarme? —su invitación era tan apagada y triste como su rostro.

—Sí.

—Lavaremos a los enfermos. Después les serviremos el desayuno.

Por todas partes hervían hierbas aromáticas. Las nubes de vapor medicinal se imponían a las vaharadas hediondas que emitían algunos pacientes. Recogieron las bacinas con excrementos y las lavaron. Algunos hombres dormitaban entre fiebres, otros se quejaban. Martín le cambió el vendaje a un mercader que había sido recientemente amputado por una gangrena. Después curó a un oficial del Santo Oficio apuñalado en el muslo por negro demente. Atendieron a un par de frailes desdentados, puro hueso, que trajeron de la jungla. Ya otro mercader con verrugas infectadas.

El hermano Martín estaba inusualmente sombrío, pero mencionaba a cada enfermo por su nombre, les acariciaba la frente y murmuraba plegarias, les acomodaba los jergones, atendía los reclamos. Después llamó a la servidumbre para que barriese los cuartos. También agarró una escoba. Se fijó si había agua en las jofainas, si repusieran las bacinas individuales y nuevas hierbas en los calderillos. Se secó la frente con la manga de su hábito.

—¿Qué harás con el indio? —preguntó Francisco nuevamente.

—Vuelvo junto al prior. Le suplicaré una pena severísima, por desobedecerle, por comportarme como un mulato despreciable.

—¿Y el indio?

—El indio... —caviló—. Desobedecí. Eso es pecado. Pero el indio... ¿Es acaso la caridad inferior a la obediencia? Se lo preguntaré de rodillas.

Marchó lentamente, cabizbajo. Siguió preguntándose cuál era la jerarquía de la caridad. Le quemaba saberlo.

El prior estaba muy débil para resolver enigmas. Le ordenó azotarse, ayunar y ponerse guijarros bajo la estera. Pero autorizó que el indio siguiese en el hospital, aunque recluido en la pequeña celda de Martín.

Martín se arrastró como un perro en torno al catre de fray Lucas para agradecerle su piedad y prometió aplicarse las penitencias.

La enfermedad del prior se había convertido en un problema agobiante del convento y de la orden dominica. Aunque se alimentaba y bebía copiosamente —los criados se ocupaban de prepararle guisados nutritivos y escogerle el agua fresca del amanecer—. Empeoraba de día en día. A su rápido decaimiento se añadió una acelerada pérdida de la vista.

Francisco se sentía incómodo. Rodaban espectros; todos tenían mal humor; en el refectorio se comía tensamente. A cada lado se efectuaban servicios religiosos extras; y cada uno debía sentirse culpable de la enfermedad. Francisco también. Por si no lo sabía, fray Manuel Montes se lo descerrajó de frente: debía hacer actos de contrición y liberarse de algo peligroso que habitaba en su sangre abyecta y que había empezado a crecer seguramente desde que reencontró a su padre en el Callao. Francisco se retorció los dedos y rezó mucho.

Nadie se atrevía a mencionar la complicación que ensombrecía el pronóstico. Los frailes debían azotarse para eliminar los pecados que descendían transformados en enfermedad sobre el estragado cuerpo del prior. Se realizaban procesiones nocturnas en torno al claustro bajo la trémula luz de los cirios. Se flagelaban en grupos. Los látigos giraban sobre las cabezas y golpeaban pesadamente en los hombros y espaldas hasta hacerlos sangrar. Las rogativas crecían de volumen hasta conmover el cielo. Algunos caían al piso enladrillado y lamían las gotas de sangre, emblema de la derramada por Cristo, hasta que las lenguas se convertían en otra fuente de hemorragia purificadora.

Francisco presenció uno de los solemnes ingresos del doctor Alfonso Cuevas, médico del virrey y la virreina. Fue su primer contacto con la alta medicina oficial. Tras el fracaso de los tratamientos que recomendaron varios físicos, cirujanos, herbolarios, especieros y ensalmadores, la orden dominica había decidido solicitar su concurso, previa autorización de Su Excelencia. El virrey Montesclaros accedió, por supuesto, y el facultativo empezó a asistirlo. Anunciaba su hora de arribo con antelación para que le preparasen buena luz y una muestra de orina en recipiente de cristal. Los frailes se excitaban, discutían sobre qué candelabros y qué recipientes, quién aguardaría al médico en la puerta de calle, quién en el primer patio, quién ante la celda de fray Lucas y quién dentro de la celda para escuchar sus palabras. El convento se alborotaba desde que anunciaban su visita. Martín corría con la escoba y sus criados ayudantes para limpiar otra vez el cuarto que ya había sido limpiado.

El doctor Cuevas llegaba en su carroza, como era habitual, un criado le abría la portezuela y otro le ayudaba a descender. Parecía la recepción a un agasajo. Vestía calzón de paño negro a media pierna y zapatos con gruesas hebillas de bronce. De un chaleco de terciopelo pendía una cadena de plata con sellos relucientes. Se quitaba la

capa y el alto sombrero, que recogía un fraile con tres reverencias. Atravesaba el claustro como un ángel de la victoria. Francisco corrió tras los frailes y, a través de hombros y cabezas, pudo atrapar fragmentos de su embriagadora visita.

El doctor, tras examinar aspecto y olor del paciente, estudió su orina y se dispuso a formular su impresión. Esta vez —señaló con el ceño nublado— reconocía que fray Lucas Albarracín estaba decididamente grave.

Los sacerdotes rumorearon alarma, congoja. Martín se mordió los labios y oprimió el brazo de Francisco un par de veces. Según la *Articella* de Galeno, el *Canon* de Avicena y las opiniones de Pablo de Egina —agregó el facultativo—, Lucas Albarracín acumulaba síntomas que existían más oraciones que sangrías (indirecta alusión al mal pronóstico). Dijo que se habían acumulado cinco trastornos que empezaban con la letra «pe»: Tenía una «*pentape*». Levantó su delgado bastón y señaló partes del cuerpo yacente. Enumeró y tradujo para su audiencia: *prurito* (picazón), *poliura pálida* (meadas frecuentes e incoloras), *polidipsia* (sed), *pérdida de peso* (eso lo entienden), *polifagia* (hambre exagerada). Además, ha desaparecido el pulso que late sobre el pie. Hizo otra pausa y se dispuso a clarificar el valor de las amenazas en la clínica. Para ello citó a Hipócrates, Alberto Magno y Duns Scoto. Debía proveerse calor a la pierna. Si el pulso no retornaba en un tiempo prudencial, habría que tomar medidas heroicas. Explicó entonces, con renovadas citas de los clásicos (pero incluyendo esta vez una parrafada del gran cirujano Albucasis), que las medidas heroicas tenían muchas veces el premio de una satisfactoria curación. No dijo aún cuál sería la medida heroica. Extrajo su perfumado pañuelo, rozó elegantemente su boca y su nariz e indicó el régimen alimenticio: tisanas, verduras y caldo de gallina.

Recuperó su sombrero y su copa. Caminó por entre el enjambre de sacerdotes hacia la puerta con más apostura que al llegar. Parecía un general romano después del triunfo. Los frailes sonreían contentos y reiteraban sus gracias al Señor. No hicieron preguntas, porque significaría insolencia. En cambio rebotaba el vocablo esperanzado «curará», «curará». Con semejante doctor el Demonio se retorció como una cucaracha en el brasero.

Francisco también sintió alivio. Cuevas tenía habilidad para apaciguar el entorno, aunque la salud del enfermo no acusara modificación. Poco después Cuevas ordenaría la medida heroica y Francisco tendría acceso a la ferocidad de un acto quirúrgico en la Ciudad de los Reyes, a metros de la Universidad de San Marcos, en este mismo antiguo convento de Lima.

No olvidaré —se regodeaba el elegante marqués de Montesclaros— la pulseada que tuve con los inquisidores Verdugo y Gaitán con motivo del último Auto de Fe.

Los recursos del Tribunal y de los reos eran escasos para desplegar la pompa que tanto les gusta. Entre los reos había miserables de variada naturaleza y unos pocos valiosos; recuerdo a un médico portugués que arrestaron en la lejana Córdoba, apoyado sobre muletas y que, a pedido mío, fue enviado después de la reconciliación a trabajar en el hospital del Callao para aliviar nuestra crónica carencia de facultativos. Los inquisidores decidieron efectuar el Auto de Fe en la catedral. Me opuse y ordené que se realizara con el mismo ceremonial del inmediato anterior. Yo sabía que, al elegir la catedral, pretendían obtener por lo menos otra ganancia a cambio, esta vez a costas del pobre Lobo Guerrero. Dije: no les daré el gusto. Los inquisidores, simulando hipócritamente buena disposición, trataron de torcer mi voluntad. Propusieron, los muy viles, que si yo me sentía incómodo en la catedral, que no me molestase en concurrir... Mi mirada llena de cinabrio cerró la entrevista. Entonces llamaron a mi confesor y le exigieron que me persuadiera. ¡Son increíbles!

Claro. Los Autos de Fe implican un acontecimiento que combina miedo y diversión. El pueblo es convocado mediante pregones y las personalidades con invitaciones especiales. Pero antes de comenzar, las autoridades civiles y eclesiásticas, ¡deben ir en busca de los inquisidores! (aquí empieza la pública genuflexión que tanto aman), para después marchar en procesión hacia la plaza Mayor. Primero camina el virrey junto a los inquisidores (segunda genuflexión: significa que su poder se homologa al mío). Delante va el estandarte de la fe, llevado ¿por quién?: el fiscal del Santo Oficio (tercera genuflexión). Siguen la Audiencia, los Cabildos, la Universidad. Una vez llegados a la plaza escalamos solemnemente el tablado donde también se sigue un riguroso protocolo. El virrey y los inquisidores se sientan juntos en la grada más alta bajo un dosel, igualándose nuevamente al representante de Su Majestad con ellos (cuarta genuflexión). A los lados y delante se distribuyen las demás autoridades, con la misma secuencia que en la procesión. En las gradas inferiores los religiosos de las órdenes; es decir, muy por debajo de los inquisidores y demás funcionarios del Santo Oficio (quinta genuflexión). Enfrente del tablado oficial se sitúa a los penitentes, hasta donde llega una pasarela que ocupan los reos de uno en uno cuando se da lectura a las sentencias. En torno se distribuyen las gradas para el resto de la multitudinaria concurrencia.

Cuando me explicaron este ceremonial por primera vez y concurrí a uno de ellos en España, estaba lejos de sospechar cuántos conflictos de preferencia y etiqueta pican como ronchas a cada funcionario: se desesperan por ganar un centímetro de ventaja. Esto ocurre en Madrid, México, Lima o cualquier otra parte donde se celebre

un Auto de Fe. Algunas pretensiones tocan el cielo de ridículas.

Todos mis antecesores padecieron la insolencia de los inquisidores y éstos siempre se han quejado de que los virreyes les querían socavar la autoridad. Los puntos más sensibles se reiteran en polémicas salvajes. ¿Cuáles son esos estúpidos puntos que nadie quiere ceder? Recuerdo algunos: el lugar que debe ocupar el virrey: si a la derecha, al medio o a la izquierda de los inquisidores; las almohadas que puede usar el virrey y no los inquisidores o las almohadas que los inquisidores desean homologar con el virrey... Cada una de estas idioteces se defiende con cañones. Yo mismo, advirtiendo la enorme estulticia, no puedo dejar de pelear como una fiera.

Domina la puja desorbitada. Y un horror —también desorbitado— a perder cada oportunidad, como si fuese la única o la última. Para ser ecuánime, debo reconocer que esta locura me atenaza con igual fuerza que a los inquisidores. Les aventajo sólo porque en mi alma predomina la miel sobre la hiel y el amor a la vida sobre la obsesión de la muerte. No tengo vocación de santo.

¿Quién no recuerda el desaire que les hizo a los inquisidores mi esclarecido antecesor, el conde de Villar? Ese hombre era un virrey—genio. Supongo que después de aquel desaire los funcionarios del Santo Oficio no se pudieron dormir por años sin antes rogar que su alma sea despedazada con carbones y molida con mierda en las cuevas del infierno. Días antes de aquel memorable Auto de Fe, el Santo Oficio mandó pregonar que nadie, excepto las personas principales, llevaran armas ese día (para poder diferenciarse mejor del populacho). Villar, enterado de la retorcida sutileza, decidió aprovecharla para desacreditarlos. Pretextando una latente insurrección de negros, ordenó movilización general: que los fieles concurriesen armados. Los inquisidores volaron a pedirle que se retractase y llegaron a expresar frontalmente que esta medida agraviaba al Santo Oficio. El conde de Villar no accedió, por supuesto. Los inquisidores tampoco: mandaron repetir su pregón y agregaron que ninguna persona anduviese a caballo durante la ceremonia (para diferenciarse también con esto, porque ellos irían montados). El virrey protestó, pero ahora los inquisidores se hicieron los sordos. Cuando llegó el día del Auto, ¿qué hizo el conde de Villar? Se presentó junto con su hijo a caballo, se adelantó a los inquisidores (los dejó atrás, los abandonó) y subió al tablado solo, sin aguardar su acompañamiento. Hizo algo peor aún: en lugar de ubicarse en el sitial previsto y compartirlo con los inquisidores, se sentó en un aparte. Dijo que estaba allí como representante del Papa, no como virrey. Les cambió el libreto. Los inquisidores le suplicaron que se aviniese al protocolo, que no los ofendiera públicamente. Contestó que no era su ánimo ofender, sino manifestar que los respetaba y amaba. ¡Era un genio, indudablemente! Apenas empezó el sermón ocurrió lo que ni siquiera un adivino podía imaginar: se levantó y abandonó el acto. Para que no lo castigase la Suprema de Sevilla, el conde suministró las debidas excusas: dijo que estaba

enfermo, que permaneció en el acto cuanto pudo y que, a punto de perder el conocimiento, se tuvo que retirar.

Este magnífico virrey inspiró mi comportamiento en el Auto de Fe que ahora evoco. Me opuse a que lo hicieran en la catedral con la misma firmeza que él hubiera tenido, y exigí que repitiesen el ceremonial del anterior, que no les había resultado tan oneroso. Solicitaron ayuda económica, los desvergonzados. Les demostré (con artilugios) que estaba más pobre que ellos. En fin, irritados a más no poder, amenazaron con suspender el Auto. Está bien —dije—, que lo suspendan.

Avanzaba el día. La gente se había volcado a la calle. Los reos estaban listos, con sus corozas, sambenitos y cirios verdes. Se sucedían las idas y venidas de funcionarios entre mi palacio y el de la Inquisición. Conseguí doblegarlos (¡gracias, conde de Villar, que me ayudaste desde el otro mundo!). Recién al mediodía se puso en marcha la comitiva hacia el Tribunal. Antes, ya habían hecho desfilar a los reos ante las puertas del palacio para que mi mujer los pudiese ver desde la celosía de una ventana. El espectáculo no es demasiado frecuente. La ceremonia se cumplió de acuerdo a mi voluntad. Gaitán y Verdugo trituraron sus muelas. En el tablado sólo yo gocé de almohadas a los pies. Se lo tenían merecido. Fue un enérgico tirón de orejas.

Pero no les hizo gran efecto. Mis espías pudieron leer la carta tempestuosa que escribieron a la Suprema de Sevilla. Dijeron que no pudieron dilatar más la celebración del Auto de Fe porque los relajados tenían mala salud, y que se podían morir antes de la ejecución, con lo que el Auto de Fe perdía su fuerza aleccionadora. Tampoco podían romper conmigo. Escribieron que soy colérico y tenaz (¡no les pude agradecer el elogio!) y su enfrentamiento, de seguir, podía derivar en disturbio y escándalo. Dijeron que las cosas iban mal en el Virreinato por mi culpa. Que había que poner remedio urgente porque mi brazo acá es poderoso y la Suprema, aunque más poderosa que yo, estaba lejos.

Fray Manuel Montes —recordó Francisco— había anunciado su decisión de gestionar mi admisión a la Universidad de San Marcos. La voz monocorde y apagada no entró en detalles. Era la misma voz que en el confesionario, mediante esporádicas puñaladas, me extraía el tuétano de los pecados y lograba hacerme expresar una desesperada adhesión a la religión verdadera. El temor de no ser aceptado en San Marcos incrementaba mis esfuerzos por agradar. Pero nunca podía enterarme, por su expresión de ultratumba, si había tenido éxito. Sospeché que habló con el rector de San Marcos y el Real Tribunal del Protomedicato. Así como la Universidad se encargaba de la enseñanza, el Protomedicato era responsable del control profesional: perseguía a los charlatanes, reconocía títulos, vigilaba el funcionamiento de los hospitales.

Fray Manuel me notificó que debía presentarme a clase. Lo dijo con la misma indiferencia de siempre. Alternaría entre Lima y el Callao: seguiría los cursos en Lima y podría entrenarme en el hospital del Callao junto a mi padre; en Lima pernoctaría en el convento. Me conmovió la generosidad escondida tras su apariencia de cadáver. Sentí gratitud e imité a Martín: caí de rodillas y tomé su mano para besarla. Su piel era fría y blanduzca como la de un reptil. La retiró espantado.

—¡No me toques! —reprochó.

—Quiero expresarle mi felicidad.

—Reza, entonces.

Se limpió en el hábito la mano que rocé.

Fui a la Universidad con excitación. Se abría un mundo deslumbrante. Existía una biblioteca grandiosa con todos los libros que conocí en Ibatín y Córdoba y muchísimos cuya existencia ni sospechaba. Por sus claustros circulaban eruditos en ciencia natural, filosofía, álgebra, dibujo, historia, teología, gramática. Flotaban los espíritus de Aristóteles, Guy de Chauliac, Tomás de Aquino, Avenzoar. Y existían reminiscencias de las viejas Universidades de Bolonia, Padua y Montpellier. Referencias salpicadas unían a esta casa de estudios con las famosas escuelas médicas de Salerno, Salamanca, Córdoba, Valladolid, Alcalá de Henares y Toledo. Desde la cátedra se leían durante hora y media los textos luminosos que, de cuando en cuando, el profesor glosaba con elegancia. Algunos nombres sonaron familiares y yo me exaltaba: Plinio, Dioscórides, Galeno, Avicena, Maimónides, Abulcasis, Herófilo.

Supe que Abulcasis, el cirujano más grande de España, también fue cordobés de nacimiento, y reunió sus experiencias en una enciclopedia de treinta libros que pronto fue traducida del árabe al griego y latín. Me encandiló el reencuentro con Plinio, de quien sólo había captado sus narraciones fantásticas; era más que eso: era un emperador

de sabiduría. El pensamiento saltaba por encima de las barreras: los egregios padres y santos de la Iglesia alternaban con las ideas de moros, judíos y paganos.

A las clases no sólo asistían estudiantes, sino doctores, licenciados, bachilleres, clérigos y nobles. La lectura de los grandes textos constituía un acontecimiento solemne. En religioso silencio escuchábamos las frases que goteaban el oro de la verdad.

Es odioso reconocerlo —pensaba el iracundo inquisidor Andrés Juan Gaitán—, pero negarlo sería mentir. Los obispos del Virreinato no tienen simpatía por el Santo Oficio. Desde el comienzo nuestras relaciones fueron tensas. Y no por culpa del Santo Oficio, que llegó a estas tierras salvajes para poner orden en las costumbres disolutas y defender la fe.

El Señor, que lee en el interior de las almas, sabe que pienso con justicia al indignarme con el primer arzobispo de Lima, Jerónimo de Loaysa, porque no nos acogió amorosamente. Publicó un edicto nombrándose inquisidor ordinario. Quería retrotraer la sagrada guerra por la fe a los tiempos primitivos en los que aún no se había creado el Tribunal del Santo Oficio y eran ellos, los preladados, quienes se encargaban de perseguir las herejías. Con ese gesto evidenció que competía con nosotros y deseaba marginarnos.

Tampoco perdonaré a otro obispo, el del Cuzco, Sebastián de Lartaun, quien manifestó públicamente que le pertenecían los asuntos del Santo Oficio... Me hubiera gustado ponerle una antorcha en la lengua. Fue tan injusto y provocador que prendió a un comisario y lo afrentó encerrándolo engrillado en una mazmorra.

Ocurre que los obispos estaban acostumbrados a que todos los asuntos fueran de su jurisdicción y el Santo Oficio les cercena una cuota de poder. En algunos casos nos peleamos (lo reconozco horrorizado) como mercaderes por un cliente. ¡Qué indigno!

El hueso más duro de pelar es la competencia por nuestros propios funcionarios. ¡Quisiera descuartizar a los obispos que nos disputan incluso este campo! ¡Deberían arder como los marranos! ¿Puede haber algo más injusto y perjudicial? El Santo Oficio, para cumplir su sagrada misión, necesita colaboradores sacrificados y eficientes. Entre los más notables, por su distribución estratégica, están los comisarios. Conforman el brazo largo que puede atrapar en lugares inverosímiles a esos excrementos del demonio que son los herejes. Pero resulta que los comisarios, por su delicada función, deben ser clérigos y, en consecuencia, sujetos también al obispo. Pero ni el obispo ni su tribunal ordinario quieren entender que, desde el momento en que un clérigo pasa a integrar el Santo Oficio (tribunal extraordinario), queda incorporado a una legión superior. La legión superior, el Santo Oficio, tiene sobrados instrumentos para controlar, juzgar y castigar sus faltas, sin el concurso del nivel inferior. Pero no. Desconfían y perturban. Aprovechan cualquier error y artilugio para menoscabar nuestra autoridad.

Como si no fuera suficiente la antipatía de los obispos, también sufrimos la de las órdenes religiosas... Muchas veces hemos tenido que encomendar ciertas tareas a los miembros de las órdenes; lo hacemos para salvaguardar la religión verdadera. ¿Y qué dicen sus superiores? Que encomendamos las tareas sin consultados, y por ende,

producimos escándalo y alboroto. Pero ¿cómo los vamos a consultar si las misiones, para ser eficientes, necesitan permanecer en secreto?

Las injurias no tienen límite. De ahí que muchas veces procedamos con violencia. Es el único lenguaje que atraviesa su sordera tenaz. El Santo Oficio es la mejor arma de Nuestro Señor Jesucristo y no vamos a permitir que se la ignore, margine y estropee. Por el contrario, redoblabremos nuestro celo y combatividad.

¿Era mi padre otra vez un sincero cristiano? ¿Había abandonado definitivamente sus prácticas judaizantes? ¿Aceptaba vestir el sambenito como una merecida sanción? En mis plegarias rogaba que así fuera. Sufrió demasiado. Necesitaba paz. Asistía a misa en ayunas para recibir en mejores condiciones la comunión. En la iglesia se arrodillaba, persignaba y permanecía aislado. Su sambenito facilitaba el aislamiento porque los demás fieles se apartaban de él, como si hediera. Era un réprobo que se consumía lentamente. Quizá en las alturas recibían con dulce sonrisa su dolor, pero en la tierra incrementaba el desprecio de los soldados de Roma soltaron carcajadas cuando Jesucristo cayó bajo el peso de la cruz y los parroquianos del Callao hubieran reído en pleno ofertorio si a mi padre le hubiese caído una viga sobre la nuca.

También asistía a las procesiones. No llevaba las andas (se lo hubiesen prohibido) ni se acercaba a las sagradas imágenes para evitar los empujones de rechazo. Se instalaba en la periferia de la multitud, aislado siempre, y movía los labios. Los familiares del Santo Oficio que desde escondidos ángulos se encargaban de su vigilancia no podrían formular críticas a su conducta.

Pasaba casi todo el día en el hospital. No lo cansaba examinar pacientes, controlar sus medicinas, cambiar vendajes, consolar desesperados, anotar observaciones clínicas. Sus enfermos eran los únicos que lo recibían con amabilidad. El sambenito no los disponía mal, lo tomaban como la ropa del doctor. Su presencia no era un eructo del demonio, sino esperanza de salud. Muchas veces se sentaba junto a un enfermo grave y lo acompañaba en sus oraciones.

Le debo gran parte de mi formación médica. Lo acompañé y asistí en sus recorridas incesantes. Gustaba repetir un aforismo de Hipócrates que nadie acata: Hipócrates exigía usar los propios ojos, cosa que no ocurre casi. Y me daba un ejemplo tragicómico. Aristóteles sostuvo (vaya uno a saber por qué) que las mujeres tenían menos dientes que los varones. La Biblia, por su lado, nos cuenta que Adán perdió una costilla cuando el Señor creó a Eva. En consecuencia, las mujeres tienen menos dientes según Aristóteles y los varones menos costillas según la Biblia. A partir de este seudodogma surgieron discursos elegantes sobre la sublime compensación de dientes por costillas... A nadie se le ocurrió contar las costillas y los dientes de varios hombres y mujeres sanos. Si lo hubieran hecho sabrían que el defecto de Adán no es hereditario y que la boca examinada por Aristóteles no ha sido la de una mujer intacta.

Conversando sobre el mismo tema, dijo mi padre que al hechicero nunca se le ocurre que una herida cure sola. Supone que debe mediar el tratamiento y, cuando las cosas marchan mal, debe encontrar al enemigo responsable: un espíritu u otro hechicero. Quienes leen correctamente a Hipócrates y observan con atención, en

cambio, se enteran de que muchas heridas, para curar más rápido, sólo necesitan que se las deje en paz. Esto se aprende en la clínica.

Mucho más adelante me habló del juramento hipocrático. No sospeché a dónde quería llegar. Era el más antiguo, dijo, el que impone dignidad a nuestra profesión. Pero no es el más correcto. Existe otro que él prefería y recitaba de cuando en cuando. Me aseguró que conmueve, que despierta, que dispone a emprender la tarea diaria con fuerza y lucidez. Hizo un silencio largo. Necesitaba prepararme. Pregunté a cuál juramento u oración se refería. Alzó sus profundos ojos negros, repentinamente agrandados y dijo con solemnidad:

—Maimónides[27].

Si pretendió estremecerme, lo logró. Aunque hablábamos de medicina, elípticamente puso entre nosotros a un judío. Aunque no se trataba de religión, sino de ciencia.

Esa noche buscó unas hojas manuscritas en latín. Eran la famosa oración. En lugar del nombre Maimónides —que podía suscitar inconvenientes—, decía *Doctor fidelis, Gloria orientis et lux occidentis*.

Mientras yo lo leía, mi padre no retiró su mirada de mi cabeza.

Caminaron por la orilla del mar, alejándose del Callao y su ruidoso puerto. Ambos querían desprenderse de la vigilancia ubicua que los aherrojaba día y noche. En el hospital no podían hablar porque un barbero, el boticario, un fraile, un sirviente, podrían malinterpretarlos y pronunciar la frase que operaría como relación. Se pondría entonces en movimiento la maquinaria que rueda hacia un funcionario del Santo Oficio. La delación es una virtud; y don Diego era un penitenciado, un sospechoso vitalicio; como dice el refrán: «Quien peca una vez, peca dos.» El Tribunal apreciaría a quien se acercase para contar que dijo esto o aquello. Su vivienda tampoco era segura: en las casas de los penitenciados se instalaban orejas invisibles de gran poder. En la cárcel muchos reos decían haberlas logrado identificar.

Francisco conocía la playa: aquí había venido antes de reencontrarse con su padre; había necesitado hacerle una reverencia al océano e impregnarse de eternidad antes de poner a prueba su fortaleza espiritual.

Las olas se estiraban como lenguas. Dibujaban una línea ondulada, inestable. ¿Eran otro alfabeto de Dios? Quizá ese trazo móvil era el relato maravilloso de otra vida tan compleja como la que se desarrolla sobre la tierra. ¿No sería la inconmensurable loza azul de superficie marina el cielo de otra humanidad que respira agua y recibe el hundimiento de los barcos como blandas caídas de meteoritos?

Diego Núñez da Silva caminaba con esfuerzo. Sus pies habían quedado dañados definitivamente.

Llegaron hasta los acantilados: una muralla de rocas y canela construida por las olas en milenios. Don Diego se quitó el sambenito y lo enrolló prolijamente hasta convertirlo en un cilindro delgado. Lo afirmó bajo la axila. Desprovisto de esa prenda humillante, a Francisco le pareció más alto. El lejano Callao se convirtió en una cresta que, por momentos, desaparecía tras las anfractuosidades. Estaban libres. Sólo se oía el rodar de las aguas y los chillidos de las gaviotas. El cielo eternamente encapotado era una gruesa lámina de cinc. El viento le abrió la camisa a don Diego que disfrutó el amistoso masaje en torno al cuello. También le abrió tules íntimos. Pudo hablar de su miedo al dolor físico. Nadie lo escuchaba, sino Dios, Francisco y la naturaleza.

—Desde niño me ha aterrado el dolor, ¿sabes, Francisco? Crecí escondiéndome en sótanos y tejados cuando asaltaban el barrio judío de Lisboa; sufría palizas en la Universidad; presencié un Auto de Fe; envolví mi cabeza con mantas para no escuchar el clamor de quienes eran quemados vivos.

Disminuyó la marcha; los recuerdos agitaron su respiración; inspiró varias veces por la boca y, sonriéndole apenas a Francisco, se impuso concluir el dramático

panorama.

—Apenas pude sostener a mi amigo López de Lisboa cuando ejecutaron a sus padres. ¿Había consuelo? Estudié medicina para matar el dolor en los otros, con la secreta ilusión de que así eliminaría el mío, tan agudo. Fue entonces —se desvió hacia la medicina, necesitaba oxígeno— cuando descubrí a Ambrosio Paré. ¿Sabes quién fue ese cirujano genial?

Francisco negó con la cabeza.

Le contó sobre la habilidad de Paré para ligar los vasos sangrantes en vez de cauterizarlos bárbaramente con una antorcha o el hierro al rojo. El enfermo, además de sufrir la herida —explicó—, debía aguantar las quemaduras del tratamiento. Eso no tenía lógica.

—Yo mismo no tenía conciencia del monto de pavora que me producía el dolor —insistió sin empacho.

Recordó el instante en que los inquisidores ordenaron enviarlo a la cámara de torturas. Era su primera referencia frontal sobre el tema. Francisco se tensó. Don Diego, como si hubiera logrado atravesar el muro que le impedía expresarse, siguió narrando mientras caminaban.

—Hasta ese momento, en la prisión había mantenido una relativa serenidad. Pero cuando empezaron a sugerirme la tortura imaginé golpes, quemaduras, retortijones, calambres y puntadas. Transpiré, se me nublaba la vista. Los inquisidores exigían nombres, delaciones. No bastaba arrepentirse, volver a ser un buen cristiano y cargar para siempre el estigma de una falta; debía aportar, como ofrenda insoslayable, el nombre de otros judaizantes. La Inquisición no cumple su sagrada misión limitándose a enmendar a los extraviados: tiene que aprovechar cada extraviado para atrapar muchos más. Así depura la fe.

El majestuoso paisaje contrastaba con la lúgubre evocación. Era un marco demasiado bello para una pintura demasiado oprimente. Rememoró la noche atroz.

—Me revolcaba en la celda como un niño. Gemía, temblaba. Nunca había descendido a tanta indignidad. Esperaba que vinieran a buscarme. Cada ruido me sobresaltaba. Me quebré estas uñas arañando los muros. Tiritaba de frío. ¡Ah, qué espantoso! A la madrugada sonaron las trancas metálicas; era el sonido que aguardaba minuto tras minuto. Los esbirros me palparon el sayal: como si hubieran visto cuando me oriné y vomité encima. Me entregaron otro. Yo no tenía fuerzas ni para preguntar. Dejé que me arrastrasen por los pasillos siniestros hasta una cámara vasta, iluminada por antorchas. El resplandor sacaba brillo a extraños aparatos. A la vera de cada uno había una mesa y una silla. Eran escritorios donde un notario de la Inquisición tomaba nota de cada palabra que se pronunciase. El acto cruel estaba revestido de minuciosa legalidad y obedecía a una secuencia pautada. Todo perfectamente organizado. Los funcionarios procedían de acuerdo a normas.

Francisco le aferró el antebrazo para transmitirle su aflicción y, al mismo tiempo, alentarle a continuar hablando: debía sacarse esos bloques de oprobio. Don Diego le devolvió la viril caricia.

—La luz reverberaba en el sudor de los verdugos —evocó cabizbajo—. Los cuerpos de los pecadores se retorcían como lagartijas. Había orden: un notario, un verdugo y algunos ayudantes para cada reo. Oí aullidos entre las sombras. Y entre los aullidos y el pánico se filtraba una voz imperiosa reclamando a las víctimas que hablen, que hablen, que hablen; si no lo hacían aumentaba la intensidad. Decía «intensidad» a secas. Pero se refería a la intensidad del feroz descoyuntamiento, de los vergazos, del suplicio del agua, de las mancuernas con púas.

—Yo tenía los ojos velados por el terror y sólo captaba parcialidades, sólo las captaba —decía— porque aún no se dedicaban a mí, aunque me dejaban ver y oír para ablandarme. Unos hombres destrozaban a otros con parsimonia.

Se detuvo nuevamente para inhalar bocanadas de aire. Francisco lo miraba como a un prodigio sobrecogedor: la misma cara que en Ibatín narró historias edificantes, aquí desovillaba una descripción del infierno.

—De súbito percibí una seña —continuó—. Se me heló la sangre. Rogué y caí de rodillas. Con diabólico entusiasmo me quitaron el sayal. Mi desnudez y vergüenza aumentaron mi parálisis. Me tendieron sobre un tablón. Alguien me tomó el pulso, me tocó la frente mojada. Era el médico. La Inquisición usa médicos para controlar las torturas. Lo miré intensamente y en mi mirada corría la súplica al colega, al esculapio que estudió a Hipócrates e hizo suyo el mandato de *Primum non nocere*. Pero este médico cumplía la tarea que le habían encargado y no se impresionaba por mi castañeteo, ni mi taquicardia, ni mi vasoconstricción. Dijo con indiferencia: «Pueden empezar.» Me habían instalado en el potro de descoyuntamiento. Ataron mis muñecas y tobillos a cuerdas que se conectaban a un timón. El notario, un fraile dominico, untó la pluma en el tintero y aguardó los nombres que yo debía aportar. El verdugo empuñó el timón y lo hizo girar. Sentí el tironeo asesino. Aullé: me arrancaron los brazos y hacharon las ingles. Se detuvo la tracción, pero sin ceder. Los tendones del pecho eran brasas. Que diga los nombres. No pude hablar. Otra vuelta de timón y me desmayé.

»En el calabozo fui atendido por un barbero, quien me aplicó paños húmedos en las articulaciones desgarradas y me practicó una sangría. Se me formaron vastos hematomas. La Inquisición era paciente y aguardó a que me recuperase para seguir con otros tormentos.

»Supuse que me someterían a la garrucha —continuó don Diego—; era peor que el potro. Atan los brazos a la espalda y enganchan las muñecas a una polea; de la ligadura en las muñecas izan todo el cuerpo en esa forma antinatural. Los hombros se tuercen y sus tendones se van cortando de uno en uno con rapidez. Si la contextura

física es resistente, cargan pesas a los tobillos. Y si aun así el reo continúa pertinaz, lo dejan caer de golpe. Calculé que no saldría vivo de esta prueba. El verdugo, sin embargo, había preparado otro tormento. Me acostaron sobre el nefando tablón, me ataron las extremidades y el cuello con ásperas correas y metieron un embudo en mi boca que me produjo arcadas; rellenaron su alrededor: con trapos. Aumentaron las arcadas. Ni podía respirar. Pero eso era principio. El notario untó su pluma y aguardó. Era excepcional que alguien no se persuadiera de confesar en estas condiciones. Al método lo llamaban cariñosamente «cantar en el ansia». El verdugo empezó a vaciar un barril de agua en el embudo. Yo tragaba, me ahogaba, tosía, tragaba de nuevo, sentía que por fin llegaba la muerte. El médico ordenó interrumpir la prueba. Sacó la larga tela, me puso boca abajo y golpeó brutalmente mi espalda. La consecuente congestión pulmonar duró semanas. Traté de conseguir un veneno para suicidarme. No sé, Francisco —sus conjuntivas estaban rojas— cómo te digo esto sin rodeos. No sé.

Francisco volvió a oprimirle el antebrazo.

—Llegó el día del oprobio, hijo mío —levantó la cabeza hacia el colchón de nubes como si pidiera a Dios que también lo escuchara—. Tirité toda la noche. No existía la clemencia. Yo era una oveja en el matadero. A madrugada los esbirros hicieron sonar las trancas y me ofrecieron el sayal limpio: había vuelto a orinar y vomitarme encima. ¿Qué me esperaba ahora? ¿El cepo y los vergazos? ¿Las mancuernas? ¿Cilicios? ¿Más potro, más garrucha, más suplicio del agua? Me tendieron sobre otra mesa. Me ataron las extremidades en cruz: abiertos los brazos y juntas la piernas. Así mataron a Jesucristo, pensó, sólo que a Él lo pusieron vertical y a mí me mantienen acostado. Los pies sobresalían en el aire; aún no entendía para qué. El dominico untó la pluma y reiteró que esperaba los nombres. En mi cabeza revoloteaban los nombres de personas que no podía entregar. Quería espantarlos para que no se engancharan a mi campanilla y afloraran a mi lengua. Terrible. Mencionarlos era condenarlos para siempre. Pensé en animales. Decía puma, víbora, pájaro, mirlo, gallina, vicuña, cordero, para que no dejasen espacio al nombre de una futura víctima. Pero me aterró: un hombre de Potosí se llamaba Cordero y quizá ni era cristiano nuevo. Cometería un crimen. Entonces empecé a llamar con exasperación a los grandes ya fallecidos: Celso, Pitágoras, Herófilo, Ptolomeo, Virgilio, Demóstenes, Filón, Marco Aurelio, Zenón, Vesalio, Euclides, Horacio. Mientras fluía ese torrente, el dominico acercó la oreja para atrapar la valiosa declaración... Me engrasaron pies con manteca de cerdo. Después instalaron por debajo, casi tocándome los talones, un brasero desbordante. El calor, incrementado por la manteca, atravesó mi piel. Intenté recoger las piernas, pero no pude. Ésta era la tortura que me haría hablar: lenta, penetrante, insoportable.

»—Los nombres —reclamaba el inquisidor.

»—Plinio, Suetonio, Lucanor, Eurípides —contestaba desesperado. El verdugo apantallaba las brasas. La manteca encandecía los pies y goteaba ruidosamente.

»—Los nombres.

»—David, Mateo, Salomón, Lucas, Juan, Marcos, San Agustín, San Pablo —y acudieron a mi mente desequilibrada los animales que prefería evitar: hormiga, rata, sapo, luciérnaga, perdiz, quirquincho.

»—Los nombres...

»El dolor me atravesaba el hueso. La quemadura lenta era peor que el potro, la garrucha, el cepo y el agua. «Has caminado el sendero del pecado», dijo un fraile. «Si no hablas, no podrás caminar siquiera el de la virtud.» Me desmayé y me concedieron varias semanas para curarme. La Inquisición tiene tiempo: es hija dilecta de la Iglesia y participa de su inmortalidad. Pero la curación no fue satisfactoria. El fuego produjo lesiones irreversibles. Ya ves: camino igual que un pato —estiró los índices hacia sus botas—. Mientras aplicaban ungüentos en contra de mi voluntad pues, como ya te dije, creo en la regeneración espontánea de los tejidos, me siguieron insistiendo en la obligación de aportar el nombre de otros judaizantes. Yo tenía una esperanza inconfesable: mis heridas se infectarán, contraeré gangrena y entonces terminará el suplicio. No esperaba el golpe artero que cambiaría ese rumbo.

Don Diego desenrolló el sambenito y lo tendió como una alfombra sobre la arena. Se sentó con las piernas recogidas. Francisco lo imitó. Tras una pausa, entró en el cubo más doloroso de sus recuerdos.

—Me visitó mi abogado defensor, que es un funcionario del Santo Oficio cuya tarea consiste en convencer a los prisioneros de que sólo existe un camino para recuperar la libertad: someterse. Hasta ese momento pude evitar que mis labios me traicionaran. Pese al terror y al desamparo, no mencioné los rostros que acudían a mis sueños y duermevela: Gaspar Chávez, José Ignacio Sevilla, Diego López de Lisboa, Juan José Brizuela. El abogado me informó que Brizuela ya había sido arrestado en Chile y se comportó con más virtud: reveló nombres. Y uno de esos nombres era Diego, mi hijo mayor. Te aseguro, Francisco, que nunca sentí un golpe más atroz. Quedé atontado.

Contrajo el rostro y sacudió la espalda doblada. Francisco se levantó, se quitó la capa y rodeó con ella los hombros anchos de su padre. ¡Cómo quería a este hombre! ¡Cuánto le dolía verlo sufrir! Su padre le agradeció con unas palmaditas en la mano, después se frotó rudamente las órbitas mojadas.

—En la siguiente sesión fui acostado nuevamente para el suplicio del fuego —prosiguió en voz muy baja, casi inaudible—. La manteca en los pies me produjo una convulsión, Francisco. Enloquecía. El inquisidor fue preciso esta vez.

»—Tu hijo Diego ha judaizado; lo sabemos. Testifícalo —susurró a mi oreja.

»—¡Es un pobre retrasado mental! —gemí—. Es un inocente.

»—¿Ha judaizado?

»—Ni sabe qué es judaizar, es un tonto —seguí mintiendo; en ese instante no se me ocurría otro recurso.

»—¿Ha judaizado? Testifica esto con un sí —su boca enrojecía mi oreja.

»—No sabe nada —sollocé.

»—¿Ha judaizado?

»—Es como si no hubiera, porque, ¡es tonto! —grité—. ¡Es inocente! ¡Es idiota!

»—Entonces ha judaizado. Retiren el brasero.

»La pluma del notario rasgó en el papel las frases confirmatorias. El inquisidor sabía que bastaba una ranura para que se abriera el torrente. Yo había testificado en contra de mi propio hijo, también pecador. Trataría de salvarlo, por supuesto, pero en mi discurso torpe aparecían los datos que transformaron la sospecha en certeza.

»No podía sentirme más despedazado. La brusca suspensión de la tortura no me aportó alivio, sino pavor. Era la prueba de que habían conseguido lo que se proponían, y que yo había condenado al pobre Diego. Perdí entonces las últimas amarras: era una basura que flotaba en el abismo. No había ya nada que hacer, ni defender, ni rescatar. Nada. El Santo Oficio, en cambio, aprovechaba en ese momento su infinita ventaja: la basura que era yo obtendría la misericordia de algo real y poderoso si me entregaba en sus brazos. Debía cancelar toda resistencia y toda discreción: debía confesar hasta las heces.

—¿Lo... hiciste? —dudó Francisco. Don Diego asintió.

—Lo hice —inhaló una profunda bocanada de aire—. Yo era cadáver; mi alma se había despegado, enloquecida, y vaya a saber por dónde penaba. Conté que había instruido a Diego en el judaísmo. Conté la verdad: se había herido un tobillo y aproveché el clima íntimo para explicarle quiénes éramos. Conté que Diego se sorprendió, se asustó, no era fácil aceptar que uno desciende de judíos.

»—¿Qué más? —me preguntaron.

»—Le prometí enseñarle nuestra historia, tradiciones, festividades —confesé—. Lo hice en Ibatín y continué enseñándole en Córdoba.

»—¿Qué más? —insistieron.

Don Diego se inclinó hacia adelante y borró con la mano los dibujos que fue haciendo en la arena mientras reconstruía su viaje al infierno.

—Lo que ahora no puedo borrar —cambió de tono y meneó la cabeza blanca— es aquel lejano momento: cuando en la penumbra, en Ibatín, expliqué por primera vez al pobre Diego que teníamos sangre judía. ¡Qué cara puso! Creo que lo asaltó la premonición de su tragedia.

Francisco asintió.

—Hace tantos años... No me pude contener, entonces. Estábamos solos en su cuarto. Completamente solos. Él, con su pierna vendada; yo, sentado a su vera. En

penumbras. En silencio sobrecogedor, casi sagrado.

Francisco giró la cabeza y recorrió con mucha lástima los pliegues de ese rostro cortajeado por arrugas.

—No, papá. No estaban solos.

Don Diego se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—Yo fui testigo.

—Pero... —tartajeó el padre— ¡eras muy pequeño!

—Y curioso. Los espíe desde las sombras.

—¡Francisquito!... —se le anudó la garganta al evocar la criatura que había sido—. Me ofrecías la bandeja de bronce con higos y granadas. Me reclamabas cuentos e historias —se quitó la capa que puso en sus hombros y se la devolvió—. Toma: estás desabrigado.

—Quédatela; por favor, papá.

Recordaron la tarde en que abrió el estuche forrado en terciopelo rojo y les explicó el maravilloso magnificado de la llave española. Recordaron las clases en el patio de los naranjos. El viaje a Córdoba y el robo de su cofre con libros en medio de las salinas. Recordaron el escaso tiempo que vivieron juntos en Córdoba, en la casa que les había dejado la familia de Juan José Brizuela. Y después recordaron los brutales arrestos.

—Me ilusioné, Francisco. La desesperación hace que uno se mienta a sí mismo —lamentó su padre—. En la mazmorra, después de confesar, es decir entregarme a los «clementes» brazos del Santo Oficio, supuse que el pobre Diego y yo recuperaríamos la libertad. Actué como indicaba mi abogado «defensor». Imploré con lágrimas la misericordia de la Inquisición. Expresé mi arrepentimiento. Abjuré repetidas veces de mi inmundo pecado. Insistí en que deseaba vivir y morir en la fe católica. Rogué ser admitido a reconciliación. Pedí por mi hijo, a quien llevé por la mala senda, aprovechándome vilmente de su corta edad y su débil entendimiento. Quería vivir para enmendarlo, enseñarle a comportarse como buen católico, ser merecedor de la gracia divina y convertirme en un soldado de Jesucristo. Dije e hice todo eso, Francisco. Nunca me quebré tanto.

Volvió a dibujar signos en la arena.

—Me comunicaron que también abjuraba mi hijo. Pero ambos debíamos aguardar el próximo Auto de Fe para recuperar la libertad. Nuestro mantenimiento en la cárcel no era problemático porque se pagaba con los bienes que oportunamente me habían confiscado. Era duro seguir esperando sin una fecha en el horizonte. Yo caminaba con ayuda de muletas. No me dejaron ver a Diego. A pesar de mi mansedumbre, con frecuencia volvían a lastimar mis muñecas y tobillos con los grilletes de hierro para recordarme que seguía preso y que mi falta había sido muy grave.

Abrumado, Francisco se levantó, caminó hasta el borde del mar y se arremangó los pantalones. Avanzó en el agua hasta que le llegó a las rodillas. Se lavó la cara y permaneció absorto en la rectitud del horizonte. Las gotas salobres y frías resbalaban por su piel. No sólo escuchaba el deseado relato de su padre: lo sufría. Regresó junto al encanecido médico, le acomodó la capa sobre los hombros y volvió a sentarse a su lado.

—¿Cómo fue el Auto de Fe, papá?

Don Diego arrojó un trozo de conchilla hacia el festón de espuma y se reconcentró. Faltaba expulsar este hueso de su garganta.

—El día anterior al Auto de Fe vinieron a leerte la sentencia. Recibí en mi estrecha mazmorra a oficiales y clérigos que hacían cortejo al inquisidor, quien traía en la mano grandes pliegos. Su cara parcialmente iluminada por la luz vacilante de un blandón estaba ausente. Me comunicó fríamente la sentencia. El abogado defensor me hundió su codo en el tórax y tuve que caer de rodillas y agradecer la clemencia del Señor y del justo Tribunal. Las horas que faltaban para el inminente Auto debían ser consagradas a la oración. Me acompañó un piadoso dominico. Ese tiempo se parecía al velatorio de un muerto. Antes del amanecer sonaron hierros, gritos, tacos y escudos. Me pusieron este sambenito —lo acarició—. Fíjate: una prenda tan ordinaria que reúne tanto desprecio. Apenas un escapulario de lana, ancho como el cuerpo, que llega sólo hasta las rodillas; su cortedad lo diferencia del que usan los frailes, claro. Su color amarillo debe relacionarse con algo feo y sucio, porque evoca la condición judía. Felizmente carece de pinturas en forma de llamas: yo no era un condenado a la hoguera. Cuando reunieron a los penitenciados para iniciar la marcha hacia el Auto de Fe, vi a tu hermano Diego con otro sambenito igual. ¿Te imaginas mi turbación? Lo miré con ganas de abrazarlo, besarlo, y pedirle perdón. Necesitaba pedirle perdón. Pero tu hermano Diego, Francisco, no quería mi perdón. Desvió los ojos. La cárcel y la tortura lo alejaron de mí para siempre. Le pusieron una vela verde en la mano y procedieron de la misma forma conmigo. Nos ordenaron avanzar por los lúgubres corredores. Pegado a mi hombro caminaba el fraile dominico insistiendo en sus plegarias. Yo no dejé de mirar a Diego, quien parecía huir de mí, con susto y vergüenza.

Se interrumpió. Las brasas del recuerdo le secaban los pulmones y necesitaba inspirar grandes bocanadas de aire.

—Cruzamos las altas puertas del Santo Oficio rumbo a la plaza de la Inquisición. Fuimos recibidos en la calle con hiriente júbilo. Éramos monstruos que poníamos color a la rutina. En torno desfilaban caballeros y órdenes religiosas con gran boato. Estaban las compañías armadas del virrey; hacían ruido los arcabuceros; delante de la Audiencia iban los maceros de la Corona; entre los funcionarios caminaban los pajes. Nos hicieron caminar delante del palacio, como animales exóticos, para que nos

disfrutara la virreina oculta tras las celosías. No sé por qué el acto se demoraba mucho y los condenados desfallecíamos. Parece que se había producido un enredo de protocolo. Finalmente fuimos conducidos al patíbulo. Éramos criaturas lamentables, atrozmente cómicas. En la cabeza llevábamos un cucurucho de cartón pintado y en la mano una vela verde. De pie, atravesados por las miradas despreciativas de la muchedumbre, debíamos escuchar los largos sermones. Y tras los sermones, las pormenorizadas sentencias. Cada reo era tratado en forma separada. Los relajados pasaban al brazo secular para que éste les diera muerte con horca y luego hoguera, o directamente hoguera. Los penitenciados éramos castigados públicamente: algunos con azotes, otros con diversas condenas: salvábamos la vida gracias al arrepentimiento. Yo fui penado a confiscación de bienes, sambenito, castigos espirituales y cárcel por seis años. La sentencia de mi hijo fue menor: confiscación de bienes, hábito por un año, penitencias espirituales y seis meses de reclusión absoluta en un monasterio para su reeducación. Luego me avisaron que, por pedido del virrey Montesclaros y la bondad de los ilustrísimos inquisidores, debía radicarme en el Callao y trabajar en su hospital portuario. De esta forma, Francisco —hizo una irónica mueca—, recuperé mi libertad y me hicieron volver a la religión del amor.

En el convento de Lima crecía la atmósfera sepulcral. La dolencia del prior Lucas Albarracín alteraba todas las actividades. El doctor Alfonso Cuevas, tras otro exordio florido, había pronunciado la horrible palabra: «gangrena». Se aproximaba el instante de la medida heroica a la que había hecho referencia en visitas anteriores. Se multiplicaron las preces, letanías, misas y flagelaciones para que el cielo le devolviera la salud.

El hermano Martín estaba ojeroso y más flaco. Tomó como responsabilidad personal el padecimiento del prior. Concurría asiduamente a su cuarto: cambiaba el agua que había cambiado recientemente y renovaba las hierbas del calderillo que ni habían alcanzado a hervir. Iba y venía agotándose, con la esperanza de que su agotamiento fuese bien visto por el Señor y entonces concediera el esperado milagro. Ayunaba. Atendía después a cada uno de los pacientes y se encerraba en su celda para flagelarse con la energía de un potro. Sobre sus heridas se ponía una tela áspera, rodeaba su cintura con el cilicio y volvía a correr hacia el lecho de fray Lucas.

El doctor Cuevas pidió que se realizara una sesión capitular de la orden porque urgía tomar la decisión. Al padre Albarracín había que amputarle la pierna gangrenada antes de que el mal se extendiese al muslo y acabara con su vida. Los frailes sollozaron y se golpearon el pecho con sentidos *mea culpa*. El doctor trajo a un cirujano de toga larga que revisó cuidadosamente al enfermo y coincidió en la perentoriedad del acto quirúrgico. Prometió ocuparse de proveer dos cirujanos de toga corta para realizar la amputación.

El hermano Martín prestaba varios servicios. Estaba alerta a la menor solicitud para lanzarse como un rayo. La celda del superior —donde se efectuaría el tratamiento— fue provista con jofainas, braseros anchos, vendas, ungüentos, aceite, hojas de malva, ají molido y botijas llenas de aguardiente. Francisco ayudaba a Martín: iba a entrar de lleno en la cirugía mayor de su tiempo.

Sobre una pequeña mesa cubierta con mantel blanco ordenaron el instrumental: bisturí, serrucho, escoplo, martillo, pinzas y agujas. A un costado pusieron media docena de cauterizadores que eran largas espátulas de acero con mango de madera.

El doctor Cuevas se excusó de asistir a la operación porque, como médico, no quería interferir en las decisiones del eminente cirujano de toga larga. Éste ordenó que, desde las vísperas, se hiciera beber al enfermo un vaso de aguardiente cada media hora. Varios frailes se ofrecieron para velar junto al padre Albarracín y, bajo el control riguroso de un reloj de arena, ofrecerle la bebida.

Nunca el prior había ingerido tanto. Al principio le ardió la garganta y emitió débiles protestas. Después empezó a reconocer que le gustaba y sonrió. Los frailes reconocieron en esa olvidada sonrisa un signo del Señor y dieron gracias ante la

inminencia del milagro. El padre Albarracín pidió más aguardiente antes de cumplirse la estricta media hora. Le recordaron la indicación del cirujano. El superior dijo que «se cagaba en el cirujano" y quería otro vaso de aguardiente. Los frailes se asustaron ante la ominosa alternativa de cometer pecado de desobediencia o pecado de negligencia. Uno sostuvo, con lógica, que era peor la desobediencia porque se efectuaba contra el superior de la orden, en cambio la negligencia sólo contra un cirujano. Tanto le satisfizo su propio razonamiento que se encaminó a la botija para satisfacer el incipiente vicio del enfermo. Otro lo detuvo de la manga. Dijo que en este caso era peor el pecado de negligencia porque podía costar una vida. El padre Albarracín se incorporó en el lecho como si hubiera recuperado diez años; tenía la nariz roja y los ojos brillantes y les gritó que dejaran de hablar estupideces y llenasen de una vez el vaso. Entre los clérigos hubo forcejeos y, mientras uno mostraba desesperadamente el reloj, otro le alcanzaba el aguardiente. El superior agarró el vaso con mano temblorosa, lo bebió de golpe, eructó y lanzó una horrible blasfemia. Los frailes se santiguaron, golpearon sus pechos y exigieron al diablo que se fuera del convento haciendo círculos en el aire con sus cruces.

A la mañana vinieron el cirujano de toga larga, los dos de toga corta y el séquito de barberos. El padre Lucas Albarracín apenas podía abrir los ojos y murmurar monosílabos. Alzaron su cuerpo liviano: frágil envoltorio de dos litros de alcohol. Lo depositaron tiernamente sobre la mesa de operaciones. Sus piernas quedaron colgantes. El cirujano de toga larga indicó que acercaran el respaldo de una silla para apoyar ahí el talón. De esta forma, la extremidad gangrenada quedaba en el aire y bien expuesta.

Los frailes elevaron el volumen de sus plegarias. Tenían que llegar al cielo antes que el bisturí. Aún era posible un milagro. Martín y Francisco se ocuparon de mantener los cauterizadores hundidos entre las brasas.

Con un trapo húmedo le lavaron la pierna enferma y luego la secaron. Era el último gesto amable. El cirujano de toga larga autorizó el comienzo de la secuencia. Los de toga corta se instalaron uno de cada lado. Echaron una ojeada al instrumental y se persignaron. El de la derecha instaló un torniquete bajo la rodilla y lo apretó hasta que el enfermo, desde sus vapores alcohólicos, emitió un gruñido. Los barberos se ocuparon de aprisionarle la otra pierna, los brazos, la cabeza y el pecho. A pesar de su mayúscula borrachera, era previsible una reacción.

El resplandeciente bisturí penetró en la carne y anilló la pierna. El corte fue neto y decidido. Unos haces musculares, empero, se resistían en separarse. Hubo que mover la hoja como si estuviese cortando un trozo duro de asado. El padre Albarracín gritó: «¡La puta madre!» El cirujano continuó su labor mientras las plegarias subían para interferir las palabrotas. Chorreó abundante sangre en la palangana colocada debajo y cuyo control estaba a cargo del segundo barbero.

—Cauterizadores —ordenó el cirujano de la izquierda.

Martín sacó el acero al rojo, casi blanco ya, y lo entregó al cirujano quien lo introdujo en el interior de la herida. El contacto del fuego con la sangre produjo chirrido y humareda. El padre Albarracín pegó un brinco que casi voltea a los ayudantes y se lanzó a blasfemar.

—Serrucho.

El cirujano de la izquierda continuó ahora con el trabajo. Introdujo la hoja en la herida y realizó enérgicos movimientos de vaivén. En cuatro aserradas seccionó el envejecido hueso. El otro cirujano se quedó con la parte inferior de la chorreante pierna en el aire.

—Cauterizador.

Francisco le alcanzó el siguiente. Lo aplicó sobre la enorme herida. El padre Albarracín lanzó un estertoroso: «¡Carajo!», y perdió el conocimiento.

—Otro cauterizador.

Martín entregó el tercero mientras Francisco revolvía en el fondo de las brasas a los restantes. La celda parecía un asador lleno de humo. El cirujano de toga larga levantó un candelabro y miró por entre las nubes el muñón cauterizado. Opinó que ya se podía vendar.

Un coro de preces agradeció el feliz término del acto quirúrgico que se había realizado en apenas seis minutos. Le cubrieron la herida rojinegra con aceite mientras uno de los barberos le hacía inhalar polvo de ají para que recuperase el conocimiento.

Por la tarde llegó en su carroza el doctor Alfonso Cuevas. Avanzó con mayor solemnidad aún, como si los problemas graves incrementasen geométricamente su importancia. Examinó al enfermo, que no había recuperado la conciencia. Su aliento exhalaba nubes de alcohol. El pulso radial era rápido y difícil. Una transpiración fría y dulce refrescaba su cuerpo, lo cual indicaba que no tendría fiebre como suele ocurrir tras una operación. La herida no manchó el vendaje; la cauterización fue exitosa. Pidió ver la orina. «No ha orinado», respondieron los frailes. Entonces el doctor Cuevas se levantó, echó una última mirada y dijo que el mal no se escapó por la herida. Había quedado en el cuerpo del superior.

Estallaron las exclamaciones de sorpresa.

Martín, arrodillándose, preguntó qué se haría con el pedazo de pierna amputada. El facultativo extrajo su amplio pañuelo, rozó su nariz y dijo con aire fastidiado: «Enterrada, pues. ¿Qué otra cosa querría hacer?» Después habló sobre las complicaciones del postoperatorio e indicó varios brebajes que debían ser suministrados con cucharita, cuidadosamente, evitando que se ahogara al tragar.

Martín sufría mucho. ¿Dónde enterraría el trozo de extremidad? La había envuelto en un paño blanco como a una reliquia. Si el superior era un santo, ese pie tendría poderes milagrosos. Pero era un santo que estaba vivo: no podía atribuir más

poderes a una porción que al conjunto. Apretó el pie amputado contra su pecho como si fuera un bebé y lo depositó junto a la imagen del Señor Jesucristo que tenía en su celda, con la esperanza de recibir alguna orientación.

Después llegó el cirujano de toga larga y los dos de toga corta. Examinaron el vendaje y se miraron con satisfacción. La intervención quirúrgica fue rápida, perfecta. Hicieron un buen trabajo. Sólo cabía esperar que recuperase la conciencia y empezara a comer. El cirujano de toga larga preguntó por el pie amputado. Martín tembló, cruzó las manos y cayó de rodillas.

—Lo he guardado como reliquia —dijo.

Los cirujanos volvieron a mirarse. Comprendieron que, ante semejante destino, mal caería su pretensión de llevarlo a casa para los ejercicios de disección anatómica. La Iglesia no aprecia este arte necrófilo. Los concilios de Reims, Londres, Letrán, Montpellier y Tours prohibieron en forma terminante el ejercicio de la medicina y cirugía por el clero, así como la disección de cadáveres en cualquier circunstancia porque *Ecclesia abhorret a sanguine*.

El padre Lucas Albarracín no recuperó la conciencia. Pasó de la borrachera a la muerte. Su rostro tenía la sonrisa que se manifestó por primera vez en vísperas de su operación, mientras disfrutaba el aguardiente.

De regreso al Callao, abrió la puerta sin llave ni tranca de la vivienda paterna y depositó sobre su jergón la alforja con enseres. Contenía una muda y los *Aforismos* de Hipócrates que había llevado a Lima. El cuarto estaba en orden, tal como lo había dejado días atrás. El clavo ruginoso donde su padre colgaba el sambenito se mostraba impúdicamente desnudo.

—Lo encontraré en el hospital —pensó.

La muerte de fray Lucas Albarracín le activó el miedo por la salud de su propio padre. No podía tolerar el apergaminamiento de su piel, la fea redondez de su espalda, la astenia de su voz. Y esa marcha bamboleante e insegura que dejaron los tormentos. Quería comentarle el triste final de fray Lucas y, sobre todo, discutir la brutal operación que había presenciado. ¿La hubiese recomendado?, ¿hubiese usado la misma técnica?

Lo encontró en el hospital, efectivamente. Le alivió observarlo junto a un enfermo, examinando su tórax con intensa concentración. Era un viejito prematuro. Quería abrazarlo, decirle que lo quería mucho y anhelaba recoger toda su sapiencia, toda su bondad. Permaneció de pie a su lado hasta que él advirtió su presencia. Se sonrieron, cambiaron unas palmadas en los brazos y fueron a un aparte. Francisco le contó su reciente experiencia amarga.

—¿Hubieras indicado la amputación, papá?

—No sé —rascó su cabellera—. ¿No dice Hipócrates *Primun non noscere*?

—¿No lo hubiera matado el proceso gangrenoso, de todas formas?

—*Primun non noscere*... Por tu descripción, Francisco, el superior ya estaba muy débil. No podía soportar una ingesta de aguardiente y menos que le amputaran una pierna. Advirtió que su padre también estaba débil. ¿Era comparable su aspecto enfermizo con la agonía del superior?

—Pero había que ayudado —insistió Francisco—. Algo había que hacer.

Don Diego plegó la comisura de sus párpados.

—El buen médico debe reconocer sus limitaciones. Cuidado con los éxitos imposibles, porque los paga el enfermo. A veces, lo único que cabe hacer, porque algo hay que hacer, es ayudado a bien morir.

—No me parece un buen consejo, papá.

—Yo opinaba lo mismo a tus años.

El hospital era un edificio oscuro, con ventanas estrechas y polvorientas. Sus paredes habían sido levantadas con adobe y calicanto. El techo se reducía a un entramado de cañas largas unidas mediante hojas de palmera. Constaba de tres salas donde se alineaban jergones y esteras. Podía albergar muchos enfermos, especialmente heridos. El Callao era el puerto principal del Virreinato y recibía

tripulaciones agotadas. También abundaban las víctimas de peleas protagonizadas por mercaderes, negros, hidalgos y algún noble. Cuando desembarcaban los restos de un naufragio, ni el vestíbulo quedaba libre: se acostaban dos o tres pacientes en cada jergón y se cubría con paja el pasillo para los restantes. Esas jornadas eran agotadoras y exigían el concurso de frailes y monjas para brindar consuelo, distribuir raciones y sacar los cadáveres. Aquí Francisco adquirió su formación práctica.

El envejecido Diego Núñez da Silva se acuclilló ante un hombre de mediana edad que tenía el rostro desfigurado por una quemadura. Lo examinó de cerca, prolijamente.

—Está mejor.

El hombre sonrió agradecido.

—Le aplicaré otra capa de unguento —miró hacia su bandeja con varios cazos llenos de sustancias verdes, amarillas, rojas y marfileñas. Eligió la última. Parecía cebolla. La depositó suavemente sobre las llagas húmedas.

—¿Es cebolla? —cuchicheó Francisco.

—¡Ahá!

—¿No se curaría más rápido espontáneamente? —guiñó.

—En este caso gana la cebolla. ¿Te cuento? —se incorporó con ayuda de su hijo y marchó hacia otro enfermo—: Ambrosio Paré fue cirujano de guerra. Lo llamaron para atender a un quemado grave. Corrió a buscar los unguentos de rutina. En el camino tropezó con una de las prostitutas que marchaban tras los ejércitos. Ella dijo que las quemaduras se curan mejor con cebolla picada. Paré, abierto a toda información, ensayó el método...

Se interrumpió; estaba agitado; inspiró hondo cuatro o cinco veces; prosiguió.

—El resultado fue satisfactorio. Pero aquí viene lo interesante para ti —levantó el dedo índice—. Otro hombre habría dicho «la cebolla cura todas las quemaduras». Él, en cambio, antes de afirmar semejante cosa, se preguntó, igual que tú ahora: «¿No se habría curado la herida con mayor rapidez sin la cebolla?» Ahí tienes al médico verdadero: se hace preguntas, investiga siempre. ¿Qué hizo, entonces? Probar otra vez. ¿Cómo? Pues cuando se le presentó un soldado con el rostro quemado bilateralmente, le aplicó cebolla en una mejilla y a la opuesta dejó sin tocar. Comprobó que la tratada curó más rápido. Yo hice lo mismo hace unos años.

Se sentó junto a otro herido. Necesitaba descansar; mientras recuperaba el aliento, contempló al paciente que volaba de fiebre. Un barbero bizco y greñado le aplicaba paños mojados en la cabeza, el pecho y los muslos. Un disparo de arcabuz le desgarró el brazo izquierdo. Las balas tienen el tamaño de una nuez y producen heridas grandes y deshilachadas. Don Diego quitó el paño. Apareció el cráter bermellón con un reborde azulino; ampollas doradas estaban a punto de romperse; pequeñas lombrices danzaban en el interior de la herida. Con una pinza fue extrayéndolas una

por una y las arrojó al brasero. El paciente emitía sonidos inconexos; su delirio febril había aumentado.

—Debería cauterizar con aceite de saúco hirviendo —reprochó el barbero.

Don Diego negó con la cabeza. Examinó los cazos de su bandeja y eligió yema de huevo seca, que espolvoreó en el centro del boquete. Después roció con aceite de rosas y trementina.

—Esto es mejor.

El barbero gruñó, disconforme.

—Siga con los paños frescos. Y trate de hacerle beber mucha agua. Dentro de un rato vendré con el nitrato de plata para hacerle una topicación.

Fueron hacia la botica en busca del producto. Cuando estuvieron lejos del barbero, reconoció que ese herido evolucionaba mal. Pero no usaría el aceite de saúco abrasante. Entraron en la botica y pidió nitrato de plata. El boticario era un hombre calvo de barba en abanico; usaba mandil de herrero. Dijo que se sentaran y esperasen. Estaba preparando un frasco de *teriaca*[\[28\]](#). Se habían terminado sus reservas en el Callao y también en Lima. Había emergencia.

—Apúrese, entonces —ironizó don Diego.

Francisco se acomodó en un banco y aflojó su espalda. Inhaló el escándalo de olores que vociferan en una botica y se sintió repentinamente feliz. Su padre, aunque desgastado, parecía haber recuperado algo de fuerza y humor. Ocurría cuando funcionaba como médico, evocaba a Paré y Vesalio (aún no reconocidos por la Universidad, pero tolerados por la Inquisición) o se burlaba de la *teriaca*.

—Es una mistificación estúpida —dijo.

—Cállese, incrédulo —chistó el boticario mientras estrujaba en el mortero la carne de víbora.

—No se olvide que debe agregarle sesenta y tres ingredientes.

—Ya los tengo preparados.

—Que no vayan a ser sesenta y cuatro ni sesenta y uno —sonrió—. Fallaría.

—Quisiera verlo a usted con un veneno en el estómago. Quisiera verlo si no correría a pedirme la *teriaca*.

—Seguro que correría. Pero a vomitar el veneno... La *teriaca* me lo haría absorber más rápido.

—Usted es un ignorante presuntuoso.

—Claro que sí —carcajeó—. Si soy presuntuoso, debo por fuerza ser ignorante. ¿Conoce usted algún presuntuoso que sea sabio?

—¿De qué está compuesta la *teriaca*, papá?

—Ya oíste —intervino el boticario mientras se rascaba la lustrosa calva—: carne de víbora y sesenta y tres ingredientes. ¿Te los nombro?

—Creo que no vale la pena —terció don Diego—: basta con poner un poco de lo

que hay en cada frasco. Y si no llegas a las sesenta y tres sustancias agregas una hoja de lechuga, granos de maíz y orina de perro.

—Usted se burla porque es un incrédulo. Ojalá lo envenenen., ¡Suplicará por la teriaca! —su barba en abanico se elevaba como la cola de los pavos. Llenó un perol con nitrato de plata.

—Tome. Y váyase. Así trabajo tranquilo.

Regresaron donde el herido por bala de arcabuz. El barbero bizco y rudo le seguía aplicando trapos mojados. Continuaba la fiebre. Don Diego levantó el apósito.

—Le haré las topicaciones. Son muy efectivas.

—No mejorará sin la cauterización —murmuró el barbero con disgusto.

Don Diego tomó el hisopo como una pluma de escribir y lo untó en el frasco. Pintó la herida desde el centro húmedo hacia los bordes inflamados e irregulares. El paciente proseguía emitiendo broncos quejidos, sin noticias del tratamiento que le efectuaban. Alrededor sonaban los pedidos de ayuda. Bastaba que se atendiera con esmero a uno para que los restantes empezaran a desesperarse. El médico le hablaba a su hijo mientras movía el hisopo con destreza. No era un pecado reconocer que le debía este procedimiento a los moros. Aunque se los consideraba hombres de sangre abyecta, descubrieron las propiedades benéficas del alcohol y el bicloruro de mercurio. Enseñaron a usar el nitrato de plata.

—¿Lo sabía? —se dirigió al barbero.

—No soy hombre de letras —se excusó altivamente, uniendo más sus ojos bizcos.

El pecado cubre al mundo como las tinieblas cubrían el abismo antes de la Creación —decía con rabia el inquisidor Andrés Juan Gaitán—. Los hombres que deberían combatido con más energía son los que con más irresponsabilidad se entregan a sus brazos.

El virrey, por ejemplo, representante del monarca que Dios ha ungido, es un azote público. Ni siquiera me envió una carta de agradecimiento cuando accedí a regañadientes que el médico portugués Diego Núñez da Silva (mercidamente condenado por judaizante) abreviara sus años de cárcel para ser afectado a su hospital portuario. El virrey es un poeta morboso y hedonista que no deja pasar un día sin provocamos disgustos. ¿Qué autoridad moral tiene? Ya ha maculado la virtud de muchas damas y ofendido la integridad de varios caballeros. Favorece en demasía a parientes y paniaguados. Es verdad que no es original en esta materia, porque todos los virreyes fueron corruptos... No me temblará la mano cuando firme mi denuncia. Son hechos que tengo registrados con prolijidad. Este pecador ha tenido la arrogancia de nombrar maestros de plata en la Armada del Mar del Sur a varios de sus ridículos criados. A su favorito Luis Simón de Llorca lo designó maestro del galeón *Santa María*, capitana de la Armada; este Llorca es un ladrón que dejó fuera de registro novecientas piezas de mercaderías, en complicidad (sí, en complicidad, esto es obvio) con su benefactor. Ocurrió algo más grave con su criado Martín de Sant—just, que trajo mil novecientas barras de plata y mucha mercadería fuera de registro y tardó dos años en pagar los fletes, que fueron menos que los debidos. En la misma línea de corrupción se condujo otro de sus criados, Luis Antonio Valdivieso que, aprovechando su inmerecido cargo de maestro de plata, pasó tanta mercadería sin registro que el fiscal de Su Majestad ya no pudo seguir haciéndose el distraído porque acabaría en la horca. Dispuso visitar el navío —previo cobarde anuncio, para no malquistarse con el virrey— y descubrió bajo el pañol de la pólvora los restos de embarques ilegales fabulosos.

El marqués de Montesclaros cedió la plaza para ferias y mulas a su sobrino, quien seguramente le agradece el favor con un porcentaje de sus ganancias. Ha entregado fértiles tierras para que sus parientes gocen de rentas (y le devuelvan el favor bajo cuerdas) en lugar de venderlas para beneficio de la ciudad. ¡La corrupción no tiene límites!

Estas iniquidades podrían ser disminuidas o extirpadas si el Santo Oficio pudiese intervenir. Pero se lo bloquea desde el lado civil y el lado eclesiástico. Se lo bloquea porque se le teme. Y se le teme porque golpea con la espada en el centro del pecado.

Si por lo menos los hombres de la Iglesia no interfiriesen con sus escrúpulos. Si ellos, que han sido instruidos en la fe, ayudaran a facilitamos la tarea. ¡Oh, Santísima

Virgen, cuántos pecados cometen tus presuntos servidores y cuánta resistencia oponen a nuestra justa investigación y condena!

El duelo por la muerte del prior Lucas Albarracín incrementó la inseguridad de Francisco. Su albergue en la celda de las ratas y su continuidad en la Universidad de San Marcos dependía de fray Manuel Montes, quien no actuaba sino bajo el consentimiento de oscuros superiores que nunca daban la cara. Cuando Francisco atravesaba el portón del convento —ya no tema que entrar por la pared lateral de la iglesia ni cruzar el claustro azulejado— para llegar a su tabuco, le asaltaba la expectativa de que un fraile lo detuviese con ojos despreciativos e informara que se acabó la hospitalidad: ni celda, ni estudios de medicina: ¡a la calle! Sin embargo, proseguía sus clases y aprendía junto al hermano Martín en el convento de Lima y junto a su padre en el hospital del Callao.

Martín lo trataba con estima. En una oportunidad, mientras curaban las picaduras que dejaron casi paralíticos a un fraile, el mulato reconoció que Francisco jamás se había quejado de su celda, La usaban para penitencia; tras su muro posterior se solía enterrar basura.

—Yo tengo sangre de negro, tú de judío —explicó resignadamente.

Francisco no supo si debía hacer un comentario. No se le ocurría tampoco un comentario pertinente. Martín le acarició con sus ojos mansos.

—Es una carga que nos impuso el Señor para probar nuestra virtud.

En otra ocasión atendieron juntos a un encomendero atacado por la misteriosa enfermedad que consternó y quebrantó al mismo conquistador Pizarro. Tenía el cuerpo y la cara deformados por tumoraciones asquerosas que aparecieron de súbito. Eran verrugas grandes como higos. Aunque aparecían en cualquier parte, visible o púdica, la mayor cantidad se localizaba en el rostro. Esas tumoraciones colgaban de la nariz, la frente, el mentón, las orejas. Algunas crecían más que otras y llegaban al tamaño de un huevo. Dolían y sangraban. Se infectaban. Cuando la expedición de Pizarro fue asaltada por este mal, algunos lo atribuyeron a picaduras de insectos venenosos y a maldiciones de hechiceros indígenas. Pero un sacerdote recordó que las enfermedades son siempre castigos del cielo y había que buscar su origen en los pecados que ya estaban cometiendo los conquistadores.

—Este encomendero reconoce su maldad con los indios —susurró Martín—. Ahora promete ser bueno con ellos y no retacearles la paga.

Francisco le ayudaba a pinchar los abscesos de las verrugas, avivar los bordes infectados y cubrirlos con estiércol de palomero.

—Algunos médicos opinan que se curarían más rápido dejándolas evolucionar espontáneamente —aportó Francisco sin mencionar a su padre.

—He oído eso —reconoció Martín—. Pero aquí nos ordenan usar polvos, ungüentos y emplastos. Yo no tengo autoridad para redargüir. Soy un mulato barbero.

—Podríamos ensayar.

—Sería desobedecer.

—Pero los enfermos se beneficiarían... No creo que se trate de una desobediencia.

—En todo caso, pregúntale al médico. Sin su autorización, nada será cambiado.

Martín introdujo los pulgares en su boca, los lamió y después los deslizó por las pústulas del encomendero. La saliva era un fluido lleno de virtudes curativas que utilizó Jesús para sus milagros.

—Con la saliva sería suficiente —opinó Francisco.

Martín lo miró fijo.

—No seas tentado por la desobediencia.

Más tarde, aguardando cerca de la botica, Martí reconoció nuevamente la buena conducta de Francisco.

—En ti sólo descubro pequeños brotes de rebeldía. Ten cuidado. Que ese pecado de Lucifer no malogre tus méritos.

—¿Es rebeldía? —preguntó Francisco honestamente—. Si una herida se cura más rápido sin agregarle otras sustancias, ¿por qué actuar en contra de lo mejor para el paciente?

—El paciente no es un ser aislado en el universo: es parte de la Creación, del plan divino. Su enfermedad es producto de sus pecados, pero su curación y tratamiento involucran las virtudes y tentaciones del prójimo. ¿Quién sabe dónde está puesto el ojo del Señor? Tal vez en el médico más que en el paciente. ¿Importa más la rapidez de su curación o la prueba de quienes lo curan? No sabemos. Tal vez moleste más al Señor tu desobediencia que los lamentos del encomendero. Tal vez quiere que sufra unos días adicionales para ablandarle el corazón... Por eso te digo, Francisco: ten cuidado.

—A veces me pregunto si al Señor le agrada que calle siempre, me humille y tema. ¿Es así como el Padre quiere ver a sus amados hijos?

—Tu modestia es grata al Padre. De eso no tengo dudas. Te hizo nacer con sangre abyecta para que lo recuerdes siempre. Así procedió conmigo también; es un privilegio, si lo miras con atención. Tenemos una marca que nos muestra en forma inequívoca el camino: ser inferiores, sumisos. Así nos quiere para agrandar su gloria.

Francisco se acarició la corta barba cobriza. Eran tan complejos los caminos del Señor.

—Has sido amado por tu padre terrenal. Lo tienes cerca en el Callao, hablas con él —dijo Martín—. Yo, en cambio, recibí precozmente su justo desprecio. Era un gentilhomme castellano a quien mi madre, una negra africana, le dio un par de mulatos. No quiso reconocernos, por supuesto, y nos abandonó. Su desprecio me indujo a volcar íntegramente mi amor al Padre Eterno. En ese aspecto, Francisco, te llevo ventaja... El gentilhomme regresó incidentalmente cuando cumplí ocho años,

parece que le hablaron bien de mí y resolvió ubicarme en una escuela. Pero después me abandonó de nuevo. El Señor me ayudó, como siempre. Y acabé convirtiéndome en barbero. Cuando adulto sentí el llamado de los claustros y fui aceptado en esta orden —le puso la mano sobre la rodilla—. Mi destino es recto y claro. ¿Tengo derecho a reclamar nuevos indicios? Soy un perro mulato, un ser horrible y, no obstante, tengo el privilegio mayúsculo de vivir en una casa de Dios, servir a sus ministros y tratar a sus enfermos. Creo que el Señor me ha favorecido más que a ti, Francisco, porque mi bajeza se reconoce por el solo color de la piel. Pero tú también tienes ventajas. Debes aprender a descubrirlas para el aumento de tu virtud.

—No lo había pensado así —reconoció.

—Me emociona lo que dices. El Señor y la Virgen me han inspirado para ayudarte.

—Eres muy bueno, Martín.

—Sólo para gloria del Señor.

—Y eres piadoso.

—Para gloria del Señor —se santiguó y pronunció un padrenuestro.

En el tiznado caldero hervía el agua con papas, choclos, coles, tasajo, ají, cebolla y porotos. Padre e hijo contemplaban la cocción en la relativa intimidad de esa vivienda: orejas invisibles escuchaban en los muros.

Don Diego había tenido una jornada cansadora por el arribo de un galeón con su tripulación atacada por una enfermedad que producía hemorragias digestivas, gingivales y hasta del aparato respiratorio. Pudo conseguir pulmones secos de zorro, que se estiman ideales para combatir las obstrucciones, y mandó poner telas de araña en las encías para frenar las hemorragias. También ordenó algo más importante: hacerles ingerir una buena dieta porque estaban consumidos por la inanición.

Francisco, en cambio, traía noticias más inquietantes. El virrey Montesclaros había efectuado una visita a la Universidad acompañado por su corte y su guardia. Quería informarse sobre la marcha de esa casa de estudios y rendirle su homenaje. Se enfatizó esto último porque la Universidad de San Marcos ya era «una joya de las Indias Occidentales» y «ponía alas al espíritu ilustrado».

Joaquín del Pilar era un amable condiscípulo que había presenciado otra visita.

—Me advirtió que vería las luces de los fuegos artificiales en pleno día —contó Francisco—. Según él, no se trataba de una amenazante inspección por parte de la autoridad civil ni un informe de las autoridades académicas. Tampoco interesaba la capacitación profesional ni el enriquecimiento de la biblioteca. Era una visita a la Universidad que no se relacionaba con la Universidad. ¿Con qué entonces?, le pregunté. Mi compañero respondió: con el espectáculo.

Don Diego introdujo el cucharón y llenó dos cazos con sabroso puchero.

Joaquín del Pilar era algo mayor que Francisco y estaba a punto de presentar los trabajos públicos que le reportarían el título de licenciado en Medicina. Este examen teórico debía ser precedido por otro en filosofía natural, que ya había aprobado. La ceremonia se cumpliría con toda solemnidad en la iglesia, frente al altar de Nuestra Señora La Antigua, patrona de los grados académicos. Francisco recogió esta información con mezcla de esperanza y miedo: ¿podría él —hijo de penitenciado— concluir sus estudios, testimoniar los conocimientos prácticos que de veras estaba adquiriendo, rendir exitosamente las pruebas de filosofía natural que ama y, por último, concitar la atención del solemne cuerpo académico en su examen de graduación?

—Es otro espectáculo —le aseguró Joaquín—. Y yo lo tomo así, para estar más tranquilo —agregó—, y porque es verdad. Fíjate —enumeró con los dedos—: los Autos de Fe son un espectáculo; las procesiones otro espectáculo; la asunción del virrey, lo mismo; la asunción del arzobispo, y así sucesivamente. Todos espectáculos. También la elección del rector de la Universidad. Como te das cuenta, puro

espectáculo también, porque tras la elección se pronuncia un discurso que dura varias horas, plagado de repeticiones, exageraciones, golpes de efecto, promesas, amenazas y elogios desafortunados a las autoridades oficiales.

»Yo seré el protagonista de mi graduación —agregó Joaquín— así como tú, Francisco, de la tuya. Pero en realidad somos muñecos de un espectáculo que funcionaría igual sin nosotros. Ya te dije la secuencia. Jurarás ante el altar de Nuestra Señora La Antigua. Habrá un alto dosel con insignias de la Universidad y la Corona. El rector se sentará en una silla de garboso respaldo frente al altar. Deberás ir en busca del decano y acampanarlo a la iglesia, así como los alcaldes buscan a los inquisidores para los edictos de fe. Cuando todo esté pronto, empezará la ceremonia, perdón, el espectáculo —continuó Joaquín—. Te abrirán textos al azar, especialmente los de Galeno y Avicena. Deberás leer un párrafo y comentarlo. Demostrar en bello latín que los conoces, los aceptas y los amas, delante de un público que pasará horas de diversión escuchándote o esperando que caigas en una trampa.

—Espectáculo... —masticó don Diego.

—¿Tú no has pasado por lo mismo, papá?

—Sí. Claro que sí. Es el modelo de la graduación que se repite en todas partes. Creo que proviene de Salamanca. Tal vez sea más acertado decir «representación» o... —buscó la palabra— «apariencia».

—¿Por qué?

—Y, porque, me parece, sería como jugar a los naipes. Unos timan a los otros. Cualquier oportunidad sirve para consolidar esa apariencia.

—No entiendo.

—Pompa, discursos, ceremonial... para mantener o ganar espacios de poder, Francisco. Cada uno de esos «espectáculos», desde la graduación al Auto de Fe, son la arena donde se lucen los toreros para diferenciarse de los toros.

—Pero en la graduación se trata de evaluar al futuro bachiller o licenciado.

—La graduación se realiza para darle el título a un profesional, es verdad, y el Auto de Fe para castigar a varios pecadores. Siempre hay un objetivo manifiesto —llenó otro cazo para Francisco—. Pero ocurre que ese objetivo se usa para desencadenar una parafernalia que tiene como finalidad última y oculta el poder: cultivan el feo arte de la hipocresía.

—¿Adhieren públicamente a Galeno y aceptan a Vesalio?

—Por ejemplo.

—O expresan un amor inexistente por el virrey, papá. Eso lo escuché. Fue impresionante.

—Cuéntame.

—Joaquín me confió, antes de empezar el acto, que el rector detesta al virrey.

—Siempre hubo tensión entre los virreyes y los clérigos.

—Sin embargo, papá, el rector pronunció un discurso rimbombante con ridículas poesías, además.

—Dicen que el marqués es poeta.

—Si es un buen versificador, se habrá aburrido.

—¿Tan pobres eran los poemas?

—Sólo espuma.

—¿Espectáculo, quieres decir?

Francisco arremolinó las cejas al recordar una presencia:

—¿Sabes quién integraba la guardia personal de Montesclaros?

—No.

—Lorenzo Valdés.

—¿Tu compañero de viaje?

—Y ambicioso hijo del capitán. Cambiamos miradas todo el tiempo. Es admirable que haya ascendido tan rápido.

—Debe ser bueno para las armas.

—Le sentaba muy bien el uniforme.

—¿Quiénes más hablaron? —preguntó al rato don Diego mientras retiraba el caldero de las brasas.

—El maestro de Artes, el protomédico y el inquisidor Gaitán.

—Dijiste...

—El inquisidor Gaitán.

Sobre don Diego bajó una sombra. Desde su repentina oscuridad, con pesadez, preguntó:

—¿Qué dijo?

—Lo mismo que los otros —comentó Francisco, también perturbado—. Aunque algo más breve. Exaltó las virtudes éticas y creadoras del virrey.

—Ahá —carraspeó su padre—. Sus virtudes éticas y creadoras...

Se arrastró hasta el jergón. Francisco lo ayudó a recostarse. La jornada fue agotadora y su poca resistencia se debía a eso, a la jornada agotadora. Así repitieron ambos, era lo mejor. Como consuelo. También representaban.

—Conocí al padre de tu condiscípulo —murmuró don Diego mientras abría el libro para su lectura de la noche.

—¿Al padre de Joaquín?

—Nos conocimos a casi cuatro mil metros de altura.

—¿Sí? ¡La sorpresa que le voy a dar! No creo que lo sepa.

—No. Murió cuando Joaquín era muy pequeño.

—¿Qué sabes de él?

La tarde se destempló. Aprovecharon para alejarse hacia la playa protegida por las rocas de los acantilados. Allí no había orejas delatorias. El mar estaba más picado que la última vez y elevaba crestas espumosas hasta la lejanía parda. Las gaviotas revoloteaban, indiferentes al tiempo de otoño.

—El mar —farfulló don Diego—. No es un sitio propicio para revelaciones. Ni siquiera cuando se abrió ante la vara de Moisés.

Francisco lo escuchaba con tensión. Esa referencia activaba sus recuerdos de Ibatín.

—Moisés partió el mar Rojo; el pueblo fue testigo de un milagro impresionante, pero la revelación ocurrió mucho más tarde, en el desierto, en la montaña.

—El desierto inspira a los profetas —glosó Francisco—. También hacia allí fue Jesús después de su bautismo.

—Yo fui al desierto, Francisco —confesó de golpe.

El joven detuvo la marcha. Se miraron junto al mar, donde no suelen producirse las revelaciones: pero estaba a punto de ser develada una.

—¿Cuál desierto?

—Lo mencioné la otra noche. Está a cuatro mil metros de altura. Es una réplica del Sinaí —se cubrió la cabeza con la manta; parecía un profeta—. ¿Sabes quién nos guiaba?

Francisco ató cabos.

—Imaginas correctamente —asintió—. Pero deberías conocer toda la historia para entender ese peregrinaje —miró hacia el horizonte malva—. Yo venía de Portugal. Ese hermoso país que podía haber funcionado como refugio piadoso fue convertido por los fanáticos en un campo de batalla. Nuestra familia y nuestros amigos eran ofendidos, golpeados, asesinados, convertidos a la fuerza y después perseguidos por presunta lealtad a las antiguas creencias. Presencí el Auto de Fe atroz en el que fueron condenados a la hoguera los padres de un amigo. Tú lo conoces.

—Diego López de Lisboa.

Su padre contrajo el rostro. La evocación aún dolía como un cuchillo en la garganta.

—Huimos al Brasil, como tantos. No éramos originales —forzó una sonrisa—. Las autoridades no permitían que embarcásemos hacia otros rumbos como por ejemplo Holanda o Italia, sino a colonias portuguesas: nos odiaban y, ¡qué curioso!, nos retenían.

—¡Para exterminarlos! —interpretó Francisco (dijo «exterminarlos», en tercera persona, marcando que no se incluía entre los judíos).

Su padre levantó la mirada.

—Tal cual... También lo sabes. Exterminarnos como a insectos —tosió—. Pero en algunos períodos, arbitrariamente, obligaron a que muchos conversos nos fuéramos al Brasil. ¿Por qué? ¿Para qué? No lo sé. Ellos tampoco. Estaban borrachos de odio.

—Diego López de Lisboa se atrevió a narrarme su viaje al Brasil y la decepción que tuvieron al llegar.

—Dices bien, hijo: «se atrevió», el pobre. El miedo, cuando se instala se arraiga.

—Aborrece su pasado.

—Sí, es horrible... Quiere olvidar, por supuesto. Pero no lo logra.

—Lo intenta, por lo menos. Quiere ser un buen católico.

El padre frunció los párpados. ¿Francisco le hacía un reproche? ¿Era su amada y cultivada memoria la responsable de su desgracia, en opinión de su hijo?

—Llegaste a Potosí —Francisco le recordó el cabo de su historia.

—Sí. Llegué, me instalé, trabajé —contempló hacia las gaviotas que descendían delante suyo—. Y me decepcioné. La explotación de los indios es desalmada. Ni las mulas padecen tanto maltrato. Mueren de a miles en los socavones. Tuve gran lástima. Me parecieron una réplica de los antiguos hebreos bajo la tiranía del faraón —miró en torno para cerciorarse de que no había testigos: esto no lo podía decir ni en sueños—. Concebí la idea instalar un hospital para los indígenas.

—Y no conseguiste respaldo —se adelantó Francisco.

—También lo sabes... No interesa su salud, sino su productividad. Cuando ya no sirven, como la mula manca o vieja, ¡que se mueran!

Hizo silencio. Había cesado la garúa. Una claridad que no podía manifestarse a pleno pujaba entre el acolchado de nubes amarillentas. Brochazos ocres se multiplicaban en los acantilados sombríos. Ambos se arrebujaron en sus mantas.

—Entonces decidiste viajar al Sur, a Ibatín —enganchó Francisco.

—No. Fue cuando marché al desierto —inspiró profundamente el aire salitroso—. Caminé hacia las cumbres, hacia la proximidad con Dios. Me rodeaba el viento seco, la vastedad. Tuve sensaciones potentes. Caminaba cuesta arriba con un vigor desconocido. El firmamento azul me grabó una sonrisa. Yo había dejado de sonreír en Lisboa. Durante años mi cara expresó luto, únicamente. En ese lugar, en cambio, se aligeró mi corazón.

—¿Con quiénes ibas?

—Ya te lo puedo decir. Ya lo dije. Ya sabes quién nos dirigía. Fue parte de mi confesión en la cámara de torturas.

Francisco tragó saliva. Su padre se interrumpió. Una piedra lo invitó a sentarse. Estaba cansado. Levantó una ostra y dibujó sobre la arena; en seguida borraba con el pie. Finalmente dibujó la letra *shin*. Francisco la reconoció: era la misma que estaba grabada en la empuñadura de la llave española: una gruesa raya horizontal de la que

se elevaban tres palitos coronados cada uno por una gota oblicua.

—Peregrinamos al desierto para leer la Biblia —prosiguió—. En el desierto fue entregada la palabra de Dios a los hombres. Fuimos para entender mejor esa palabra. Estudiada. Amada. Reverenciada. Éramos una docena de conversos. La idea fue gestada y estimulada por Carlos del Pilar, el padre de tu discípulo, aun antes de mi arribo a Potosí. Fui uno de los últimos en incorporarme al grupo. Conoces algunos de aquellos osados y piadosos compañeros: Juan José Brizuela, José Ignacio Sevilla, Gaspar Chávez, también Antonio Trelles, que se radicó en La Rioja.

—Sí, papá. Y la mayoría terminó en las cárceles del Santo Oficio.

Don Diego volvió a fruncir los párpados. ¿Otro reproche?

—Trelles —carraspeó— fue arrestado en La Rioja y Juan José Brizuela en Chile. Gaspar Chávez, lo has visto, regentea un próspero obraje en el Cuzco y José Ignacio Sevilla se ha instalado en Buenos Aires o, tal vez, como te ha insinuado en el viaje, decida quedarse también en el Cuzco.

—Papá: ¿para qué fueron al desierto?, ¿hay algo que no me has dicho todavía?

Borró la letra *shin* y arrojó la ostra a un amontonamiento de de aves. Se alborotaron. Francisco temió que volviera a retraerse, como al principio, que sus heridas impusieran nuevamente la mudez.

—Estábamos aturdidos por el dolor, Francisco —apretó la manta en torno a su cuello—. Quizá ahí residía la clave de ese peregrinaje pietista y arriesgado. Cada uno traía su equipaje de muertos y afrentas. Las Indias Occidentales tampoco proveían paz, como prometía nuestra ilusión. En Portugal chocaban los católicos contra los judíos y los conversos. Aquí, además, chocan los católicos contra los conversos, contra los indios, contra los negros, contra los holandeses. Chocan los indios entre sí, los católicos entre sí, mestizos con indios y mulatos con mestizos. Es un caos. Se dan cabezazos las culturas diferentes. Y las autoridades resbalan de transgresión en transgresión. Se mueve todo. Es la vivienda de Leviatán que se agita. Nada es estable. Nada garantiza continuidad ni sobrevivencia. Carlos del Pilar nos incitaba a buscar el silencio de las altas cumbres y la luz del Señor. Por eso fuimos al desierto.

—Eso no es pecaminoso.

—¿Pecaminoso, dices? No, no es un pecado aislarse. Quizá algunos interpreten como indicio de herejía leer las Sagradas Escrituras sin la orientación de la Iglesia.

—¿Eso confesaste a la Inquisición?

—Sí. Pero no quedaron satisfechos.

—Querían algo más grave, ¿no?

—Ahá.

—Que esa docena de hombres se aisló para judaizar. ¿Eso querían que dijeras?

Un trémulo resplandor le agitaba las órbitas.

—¿Qué es para ti judaizar, Francisco? —lo miró rectamente a los ojos.

Tras un instante de dudas, el joven espetó provocativamente:

—Ofender a Nuestro Señor. y a la Iglesia. Un crimen.

—No lo especificas. Tu acusación es muy vaga.

—Es la práctica de ritos inmundos —añadió con voz insegura.

—¿Qué ritos?

—Agraviantes para Nuestro Señor.

—Así se afirma, en efecto. Pero ¿cuáles son esos ritos? Precísalos.

—Ya me explicaron que no adoran una cabeza de cerdo —esbozó una sonrisa.

—Te has puesto muy nervioso... —le tomó la mano—. Francisco: cuando judaizaba —acentuó el carácter pasado—, nunca agravié a Jesucristo ni a su Iglesia. Eso suponen quienes se la pasan agraviando a los judíos.

—Me tranquiliza oírtelo decir.

—Esos ritos inmundos consisten en respetar el sábado vistiendo camisa limpia, encendiendo luces y dedicando la jornada al estudio y la reflexión. Otro rito inmundo es celebrar la liberación de Egipto bajo la guía de Moisés. Ayunar en septiembre para que Dios perdone nuestros pecados. Leer la Biblia. ¿Dónde está lo inmundo? ¿Dónde las ofensas al cristianismo? El judaísmo es una religión basada en la solidaridad. Por eso se reúnen varias personas para rezar, para estudiar, para pensar. Por eso fuimos en grupo al desierto.

—¿También esto confesaste?

—A medias. Procuré confundirlos. Cada palabra podría convertirse en un agravante. Convenía retacear información, cualquier dato. Nunca se podía saber qué conexión harían. Pero cuando me enteré de que habían arrestado a Diego, se derrumbaron mis defensas. Me abrí como una sandía. Les hablé sin freno. Esperaba que reconociesen mi honestidad, mi transparencia.

—¿Comprendieron?

—Se les ablandó el rostro. Parecía que mis palabras llegaban a su alma tan severa. Dije muchas cosas. El notario rompió plumas en su precipitación. Dije que los ritos inmundos no eran más que éstos. Y era verdad. Y que, buscando nuestra unión con Dios, en realidad buscábamos nuestra paz en la tierra, recuperar y valorar nuestra identidad. Porque, ¿quiénes éramos?: despreciables portadores de sangre abyecta, herederos de la perfidia e instrumentos del diablo.

Don Diego miró hacia la lejanía. Una embarcación se aproximaba lentamente al Callao.

—¿Sabes cómo terminó mi confesión?

—Dando nombres —murmuró Francisco.

La tez cenicienta de su padre se tornó perlada, azulina, cadavérica.

—Los inquisidores no me comprendieron —carraspeó—; no estaban ablandados y satisfechos por mi sinceridad, sino porque las testificaciones que habían recogido

previamente resultaban ciertas. Yo *había* judaizado, realmente; y los hombres denunciados que me *habían* acompañado a la montaña, *habían* judaizado conmigo. Eso era lo único que les importaba: su máquina era perfecta. Las acusaciones que habían recogido se confirmaban. Mi desamparo, desesperación y razones profundas no llegaban ni a la cera de sus oídos.

—¿Entonces?

—Con lágrimas confesé haber leído la obra edificante de Dionisio Cartujano. Dije que me instruí con ella y que, gracias a ella, retorné a la religión católica. Aseguré que nunca volví a judaizar.

Francisco lo observó en silencio. Sus ojos preguntaban: «¿dijiste la verdad, acaso?».

Tras la nubosa cortina, un semicírculo de azogue penetraba en el océano. El viento tenue exigía desocupar la playa; empujaba el cabello sobre la nariz. Decidieron regresar.

—Juan José Sevilla, Gaspar Chávez y Diego López de Lisboa sienten mucha gratitud por ti —comentó Francisco.

Su padre asintió.

—No fueron denunciados, felizmente —suspiró—. Espero que sigan a salvo. Este asunto, que podría ser rotulado «peregrinaje al desierto», ya se cerró.

Una postrera pincelada carmesí daba carácter espectral a los apesadumbrados caminantes.

—Estoy al final de mi vida, Francisco. Quiero recomendarte algo —le puso la mano en el hombro—: no repitas mi trayectoria.

Después añadió otras palabras. El viento las estiraba como un elástico.

—Mi final es peor aún. Lo estás viendo.

Francisco se quitó el pliegue de su manta que le subía a la boca.

—No quieres que judaíce. ¿Es eso?

—No quiero que sufras.

Advirtió la ambivalencia de su padre.

Entraron en las callejuelas del Callao. Junto a la puerta de su casa los esperaba un negro provisto de una linterna. Había amarrado un galeón de Valparaíso con algunos enfermos —informó—. Debía ir inmediatamente al hospital. Entre los viajeros venía el comisario de la Inquisición en Córdoba, fray Bartolomé Delgado.

En la lejana Córdoba el delirio de Isidro Miranda había podido ser ocultado por más de un lustro en el convento de La Merced, donde el viejo clérigo de ojos saltones fue encerrado por orden del comisario inquisitorial. Pero trozos de ese delirio se escaparon como lagartijas. Sus locuras sobre judaizantes infiltrados en el clero asustaron a todas las órdenes religiosas y urgía hacerla callar. Las denuncias fueron consideradas falsas, aunque peligrosas. Seguramente el diablo o uno de sus sirvientes se introdujo en la cabeza de crápula.

El comisario Bartolomé Delgado decidió hacerlo exorcizar. Había que sacar el demonio de su cuerpo. Isidro Miranda no era el sumiso fraile de otros tiempos, sino un espantajo en llamas que escupía barbaridades por su desdentada boca. Fray Bartolomé consiguió traer un dominico precedido por la reputación de exorcista enérgico. Le pidió que actuase de inmediato. Y si para arrancar a Satanás de sus entrañas era preciso arrancarle también la lengua y hasta sus inservibles testículos, que procediera sin contemplaciones.

El exorcista era un hombre de fornida complexión y voz potente. Se encerró con fray Isidro en una pequeña celda y le blandió la cruz delante de los ojos saltones como si fuese la espada del Cid Campeador. Pronunció fórmulas y ordenó al diablo que abandonase el cuerpo del anciano. Satán debió haber sentido el golpe porque fray Isidro empezó a correr en redondo. Sus piernas eran ente ágiles, como las del Maligno. Huía de la voz atronadora, pero sin dejar de hablar. Ambos hombres compitieron en el volumen de sus gritos y la velocidad de la carrera. La cruz del exorcista perseguía la flaca nuca de Isidro Miranda haciendo movimientos de vaivén como si le descargara hachazos. El demonio se aprovechaba de las últimas energías del viejo, obligándole a resistirse. Pero las débiles extremidades cedieron y fray Isidro se derrumbó. Entonces el hercúleo exorcista estrujó, tironeó, cortajeó y finalmente arrancó del castigado cuerpo al demonio: lo oprimió sobre la mesa asperjada con agua bendita y lo encegueció con el resplandor de la cruz.

Fray Bartolomé Delgado recibió un prolijo informe del operativo. «Acabamos con la pesadilla», suspiró aliviado.

La ponzoña que se consiguió derramar a través del enclenque fray Isidro, no obstante, fue registrada por las antenas del Tribunal inquisitorial. En Lima se consideró que el asunto no era tan simple. Se puso en duda la demonización del viejo fraile.

Y toda la historia sufrió un vuelco inesperado.

Uno de los inquisidores —se insiste en Andrés Juan Gaitán— interpretó que las denuncias del escuchimizado fraile eran verosímiles. Y que los afectados dieron impulso al cuento de la posesión diabólica para impedir que se los arrestase.

Resultaba inaceptable que un hombre perspicaz como Bartolomé Delgado hubiera perdido el tiempo haciéndolo callar con un exorcismo, en vez de convocar a su notario y consolidar el torrente de información.

La orden inquisitorial partió en seguida. Ambos frailes —el destrozado fray Isidro y el atónito fray Bartolomé— debía viajar a Lima y someterse a juicio. Uno daría cuenta de los judaizantes que dice conocer y el otro de su gravísima negligencia encubridora. Ambos incurrieron en faltas groseras. Isidro Miranda no se dirigió con la debida contrición de espíritu a un representante del Santo Oficio para testificar, sino que transformó sus datos en escándalo público: aparentó locura. Bartolomé Delgado desperdió la información que se derramaba a sus pies y (¡peor aún!) la quiso destruir con un exorcismo como si temiese quedar también involucrado: aparentó eficiencia.

Fray Bartolomé sufrió varios desvanecimientos en su viaje al puerto chileno de Valparaíso, donde debía embarcar. No lograba conciliar su nueva situación de arrestado con su carácter de funcionario del Santo Oficio. Le costaba reconocer en los oficiales que lo vigilaban día y noche una autoridad superior a la suya. Le asaltaban chuchos de frío en días calurosos. Su otrora turgente papada se convirtió en un pingajo. Durante el cruce de la cordillera de los Andes murió de frío su enorme gato blanco. Lo enterró en la nieve y durante días alucinó sus ojos de oro entre las cumbres heladas.

Fray Isidro llegó al puerto colgado de una mula. Cuando el galeón estuvo en alta mar pidió a fray Bartolomé la extremaunción. El obeso sacerdote se conmocionó ante la inminencia de otra muerte. Con arcadas y visión trémula se puso la estola, preparó el óleo sagrado y dijo las palabras sacramentales. El consumido misionero, maestro y delator sintió la cruz sobre su frente y voló al otro mundo. Pero sus ojos de espanto y asombro no pudieron ser cerrados: emitían una llamada siniestra.

El capitán del barco ordenó arrojar el cadáver al mar, Fray Bartolomé recuperó entonces su aguda lucidez y entendió que el Tribunal del Santo Oficio no toleraría un segundo despilfarro. El primero fue no indagar el nombre de los presuntos judaizantes que deliró Isidro Miranda; el segundo sería perder el cuerpo de Isidro Miranda. Si el Santo Oficio decidía que este finado merecía la hoguera, no perdonaría que lo hubiera regalado a los peces: su cadáver debería sufrir la depuración del fuego en un Auto de Fe. Por consiguiente, el comisario enfrentó al capitán y logró que vaciaran un cofre para guardar los restos del finado. Recién en Lima sería enterrado, después de que el Tribunal decidiera qué hacer.

A los pocos días empezó el temido proceso biológico. Una fetidez insoportable salía por las ranuras del cofre. Lo envolvieron con mantas. El capitán insistió en que no podrían conservado hasta el término del viaje. Lo cubrieron con cebollas. Inútil. El olor se expandía a todos los rincones del barco. Decidieron ponerlo en un rincón de la

bodega por cuyo ojo de buey se vaciaban las bacinas: los excrementos amortiguarían la hediondez del cadáver.

Una noche la tripulación fue despertada por una explosión. Estallaron las maderas como si hubiese encallado la nave. No obstante, ella proseguía deslizándose sobre las aguas. Era el cofre que había reventado por la presión del cadáver descompuesto. El capitán, furioso, ordenó arrojarlo inmediatamente al mar. El comisario lo agarró con ambas manos, desmayándose de náuseas, y amenazó al capitán con la hoguera si se animaba a cometer tal crimen. Acordaron ponerlo en cubierta, atado al palo mayor. Su podredumbre sería arrancada por el viento.

Las mantas que cubrían el cofre se abrieron como banderas. Voló la tapa. El cuerpo del otrora enteco sacerdote se elevó como un gigante. Su abdomen era un globo fantástico que crecía diariamente y sus ojos desorbitados un par de braseros que espantaban a las nubes. La nave recorrió el Pacífico sostenida por un monstruo inverosímil. En el puerto del Callao hicieron falta muchos cargadores para descenderlo.

Fray Bartolomé Delgado partió en seguida a Lima escoltado por oficiales de la Inquisición. Varios bueyes arrastraron la colina pestilente en que se había transformado Isidro Miranda.

En el convento de Lima hubo consternación —contaría Francisco—. No sólo se lamentaba el fallecimiento del prior, sino que se hablaba excitadamente sobre el inesperado arresto de Bartolomé Delgado y el inexplicable crecimiento posmortem de Isidro Miranda. El hecho trastornó en particular a fray Manuel Montes, quien se convirtió en un definitivo muñeco de cera. Permanecía inmóvil en la galería azulejada; y sus ojos ausentes (los labios no se movían) reiteraban una frase enigmática: «Han tocado el Mal.» Le pregunté si podía ayudarlo. No contestó. Ni siquiera pareció reconocerme. Me enteré de que era medio hermano de fray Bartolomé.

El cadáver de Isidro Miranda fue inhumado en una fosa gigantesca. Parece que el Santo Oficio apreció los esfuerzos realizados para ponerlo a su disposición. Si cometió una herejía imperdonable, los huesos serían oportuna mente desenterrados para que la hoguera los castigase y devorara. Era su destino casi seguro. La monstruosa deformación no podía ser sino obra del demonio. En vida fue un ser pequeño y frágil. Pero tenía ojos desproporcionados: signo turbador. Según las versiones callejeras, Satanás engañó al exorcista: jamás salió del viejo cuerpo, ni huyó en forma de ráfaga ni se metió en el aljibe. El Maligno se quedó tranquilo en la sangre del fraile. Por eso, cuando expiró en alta mar, todo el cuerpo se transformó en un caldero de pestilencia, una guarida de Belcebú. Sus vísceras hinchadas albergaron un aquelarre. Su carne no se sometió a las leyes de la muerte, sino a los caprichos obscenos de las bestias infernales. Sólo las llamas pondrían fin a tanta subversión.

Me impresionó enterarme del parentesco que unía al gordo comisario de Córdoba con fray Manuel Montes. Ahora podía entender la delegación de su severa paternidad postiza: fray Bartolomé quiso que yo fuera vigilado de cerca y, al mismo tiempo, ayudado en mi carrera. Fray Manuel aceptó su pedido y lo cumplió a conciencia. Ni uno fue tan malo ni el otro tan frío.

El convento aún permanecía envuelto por el aire fúnebre. La muerte del prior había empapado de amargura todos los rincones. Se activaron los sentimientos de culpabilidad. A toda hora se oían los chicotazos de las flagelaciones. Martín estaba más ojeroso y acelerado que dos semanas atrás. Fray Manuel deambulaba como Lázaro antes de sacarse las telarañas de ultratumba. Lo crucé al salir para mi clase de filosofía. Seguía repitiendo: «Han tocado al Mal.» No respondió a mi saludo. ¿Qué quería decir?

En la biblioteca encontré a Joaquín del Pilar. Leía y tomaba apuntes. Lo acompañaban gruesos volúmenes de Galeno y Avicena. No era un sitio para conversar y menos aún, contarle que mi padre conoció al suyo. Le hice un saludo con la mano y fui hacia los cargados anaqueles en busca de la *Summa Theologica*.

Mientras recorría las letras doradas de los lomos con creciente deseo de zambullirme en sus contenidos, leí *Pablo de Santamaría: El burguense*. Empecé a jadear. ¿Esta era la famosa obra del rabino Salomón Haleví que se bautizó durante las matanzas de 1391, cambió su nombre, vistió los hábitos y ascendió meteóricamente a arzobispo de Burgos? ¿Éste era el texto que funcionaba como una espada invencible? Lo copiaban con ahínco los amanuenses de España y se distribuía por todas las ciudades para quebrar el espinazo de los judíos. La inteligencia que había estado al servicio de la sinagoga se transformó en inteligencia al servicio de la Iglesia. Releí su título. Era el célebre libro, indudablemente: *Scrutinio Scripturarum (Examen de las Escrituras)*. Miré hacia Joaquín. Tuve un acceso de vergüenza. Saqué el volumen. Estaba escrito en elegante latín. Polemizaban dos personajes: Saulo y Pablo. Uno (judío) representaba la sinagoga, el otro (cristiano) la Iglesia. Uno defendía la ley de Moisés, el otro la de Jesucristo. Cada uno argumentaba con erudición. Saulo era viejo que se resistía a ver la luz del Evangelio y Pablo el joven que se la proveía a chorros. Leí agitadamente.

Olvidé que las horas corrían. Una mano se apoyó en mi hombro. Era Joaquín, haciendo señas de que estaban por cerrar. Levanté el libro y lo devolví al anaquel que compartía con otros grandes como San Agustín, Santo Tomás, Duns Scoto y Alberto Magno. El denso texto me había mareado. Cada página era un torrente de citas. Sólo un hombre que había recorrido muchas veces la Sagrada Escritura podía hacer tantas acrobacias con los versículos. El autor la había estudiado a fondo como rabino y luego luego, otra vez, como canónigo y obispo. Nadie podía ser más ducho. Sus páginas me atraparon, los argumentos y las refutaciones eran brillantes. Tenía que seguir hasta el final. Algo se acomodaba en mi interior. En el *Scrutinio* casi siempre triunfaba el joven Pablo. Sus razones eran más fuertes. Pero su éxito sobre el apabullado Saulo no me daba tranquilidad.

Fuimos a la taberna de la vuelta. Allí se reunían los estudiantes. El bullicio retumbaba en los muros pintarrajeados caricaturas e inscripciones. En un rincón humeaban los calderos. Circulaban negros y mulatos de ambos sexos con bandejas. Distribuían jarras de vino, botijas con aguardiente y cazuelas llenas de guisados. En torno a las mesas se hablaba a los gritos y cantaba. Algunos estiraban la mano para pellizcar a las mulatas y hacerles volcar las fuentes. El tabernero, rubicundo y sudado, impartía órdenes desde el mostrador. Nos hicieron lugar al reconocernos. En el estrecho banco nos palmeamos y empujamos como niños. Necesitábamos desentumecernos de las clases y lecturas. Durante todo el día escuchábamos al solemne y monótono profesor o estudiábamos en la biblioteca.

Atrapé un pedazo de pan y lo devoré antes de que llegara el guiso. Un compañero se burló de mi hambre y otro me hundió el codo en el estómago. Bebí vino, le devolví el codazo y amenacé con estamparle la cazuela en la jeta. Cantamos. Me lastimé la

boca mientras bebía: un condiscípulo hizo caer a una mulata encima nuestro. El tabernero vino con los puños en alto. La mulata se reincorporó trabajosamente mientras le manoseaban las tetas. Joaquín ordenó otra vuelta de aguardiente.

Una hora más tarde me encaminé solo y algo mareado hacia el convento dominico. El bullicio de la taberna y los efectos del alcohol alternaban con el grotesco fin de Isidro Miranda, el arresto de Bartolomé Delgado y la ardiente disputa del judío Saulo y el católico Pablo en el *Scrutinio Scripturarum*. La acequia de aguas servidas serpenteaba por el centro de la calle con brillo de espejos rotos. Exhalaba un olor inconfundible, casi un rasgo identificatorio de esta Ciudad de los Reyes. Para que la gruesa penumbra no me hiciera trampas, marché rozando los muros de adobe encalado. Llegué al portón del convento. Me apoyé en su jamba. El cielo seguía cubierto por una tapa de nubes.

Atravesé un corredor, Poco después quedé espantado.

Fray Manuel Montes, ahído de culpas, arrastró hacia su celda el ancho brasero que sirvió para calentar los cauterizadores quirúrgicos. Lo llenó de tizones incandescentes hasta que se transformó en un fantástico recipiente lleno de rubíes. Emitían una luz sanguínea. Rezó a la imagen que sacralizaba su cubículo. Levantó las manos y mostró sus palmas a la Virgen. No pensaba en Bartolomé, su medio hermano arrestado por el Santo Oficio: pensaba en sus propios horribles pecados. Volvió a decir: «Han tocado el Mal. Estas manos han tocado el Mal.»

Se incorporó, tragó las lágrimas y caminó tres pasos hasta el brasero. Se arrodilló nuevamente. La luz púrpura pincelaba su rostro huesudo. Esa lumbre fascinaba. La ceniza afelpaba los carbones que se iban desgranando lentamente en guijarros vivos como ojos. Otra vez levantó las manos y con una violenta flexión las aplastó sobre las brasas. El chamuscamiento de carne asada rebotó en los muros. Por entre los dedos abiertos se elevaron culebras de humo. Fray Manuel tiritaba: «Han tocado el Mal.» El dolor insoportable lo estimuló a hundir más aún sus falanges y destrozadas con el filo de los carbones ardientes. Le chorreaba el sudor. Una mueca de placer deformaba su rostro seco. Entraba en un espasmo convulsivo. Aún pudo sumergir más las extremidades entre los rubíes despiadados. Pegó un grito de victoria y cayó desvanecido.

Las quemaduras le habían llegado al hueso y con sumieron articulaciones, nervios, venas. Le quedaban dos muñones desprolijos. Cundió la alarma. Lo trasladaron al hospital. Despertaron a Martín, al boticario, a los sirvientes. Entre las pesadas sombras chocaban los cuerpos apurados. Unos buscaban a otros farfullando plegarias y *mea culpas*. Martín le aplicó los primeros cuidados. El corazón latía débilmente; podía morir.

Francisco fue llevado en seguida junto a su benefactor. El cuadro era horripilante. De los flacos antebrazos salían dos ovillos negros con trozos de mica. Martín insistía en que era un santo.

—Lástima que no podrá usar sus manos para otras obras de caridad —replicó Francisco con repugnancia.

—Es un santo, es un santo —repetía Martín mientras se esmeraba por mantener en el aire los muñones y cubrirlos con sustancias emolientes.

—Es casi un suicidio —Francisco se sentía descompuesto.

—No —porfiaba Martín—. Es un sacrificio del cuerpo para la purificación del alma.

—Podía quedarse sin cuerpo. Si no se desmayaba hubiera seguido con los antebrazos, con los hombros, con la cabeza. Más sacrificio, más. ¿Así te gusta?

Martín lo miró azorado.

—¡Qué dices, judío imbécil! ¡Este santo fraile estar oyéndote!

—Está casi muerto.

—Dios lo bendijo con el desmayo oportuno. ¿No te das cuenta? —por primera vez en sus ojos relampagueó la cólera—. Cállate ya. Y ayúdame a vendarlo.

Francisco desenrolló la tela y dio vueltas en torno a la mano quemada. Trabajaron en tenso silencio. Después acomodaron el cuerpo de tal forma que su cabeza quedase algo elevada.

Martín miró fijamente a Francisco. Estaba lagrimeando. La luz temblorosa hacía resplandecer su transpiración.

—¿Qué te pasa?

Martín se mordió los labios, tragó saliva.

—Te pido que me perdones. No tengo derecho a ofenderte.

—Está bien.

—Perdóname.

—Te perdono.

—Gracias. Soy un perro mulato. Un pecador irredimible... —frenaba su inminente sollozo—. No tienes la culpa por tu sangre judía. Ni la proximidad de hombres como fray Manuel alejan mi proclividad al pecado.

—No seas tan duro contigo.

Martín le apretó la muñeca. Su rostro se apasionó:

—Ven a flagelarme —le propuso.

—No...

—Ven. Te lo suplico. Debes castigar mi destemplanza.

Por mis pecados murió el padre Albarracín. Por mis pecados se quemó fray Manuel.

Francisco apartó su muñeca. Le invadió un progresivo malestar. En su cerebro se mezclaban el vino de la taberna, el *Scrutinio Scripturarum*, la metamorfosis macabra de Isidro Miranda y el autocastigo de fray Manuel. Ahora Martín le pedía que se transformase en verdugo. Se pasó la manga por la frente y salió al patio betuminoso. Un conjunto de ojos lo detuvieron. Eran los frailes que se agrupaban para rezar por el accidentado. Intentó abrirse paso. No lo dejaron avanzar.

Súbitamente las tenazas mordieron su estómago. Una cinta de fuego le subió a la garganta y su vómito salpicó los hábitos que le rodeaban.

Las ratas de la solitaria celda se habían acostumbrado a las estancias de Francisco. Corrían por los tirantes y los muros para confirmar la posesión del territorio. Se columpiaban del techo cañizo o atravesaban como un relámpago el piso de tierra, pero no les importaba el cuerpo del estudiante. Incluso evitaban cruzar por encima de sus piernas o su cara como al principio.

No eran los roedores, por lo tanto, quienes esa noche le impidieron dormirse. Por el entramado de su fatiga colaban los cataclismos recientes. Las extremidades carbonizadas de Manuel Montes aún emitían humo; sus dedos eran garras negras con incrustaciones de sangre y marfil que salían de un cuerpo exánime al que rodeaba un coro de frailes plañideros. Entre las sotanas aparecían dos personajes artificiales con mantos antiguos cuyas bocas se movían como las de los muñecos articulados: evocaban las Sagradas Escrituras con amplio conocimiento, pero falta de lógica. Polemizaban. Mejor dicho: teatralizaban una polémica. Saulo —viejo y caduco— decía exactamente aquello que Pablo —joven e inteligente— podía refutar. Y cuando Pablo se dispersaba en un argumento débil, su adversario senil le ayudaba con otro para que volviese a darle golpes en la cabeza. El decrepito Saulo se esforzaba por perder con tantas ganas como el brillante Pablo por triunfar. Del *Scrutinio Scripturarum*, Francisco retornaba al pobre fray Manuel. ¿Y si se moría? ¿Quién se ocupará de reservarle este desolado cubículo? ¿Quién oficiaría de tutor ante las autoridades universitarias?

Mientras su cuerpo giraba en los vellones de un sueño escurridizo, en el ventanuco se fue instalando una luminiscencia opaca. Estaba en el centro de la noche y Francisco quedó prendido al cuadro como Moisés a la zarza ardiente. De ahí tenía que llegar una revelación. Entonces oyó la sibilancia de un vergazo y el quejido subsiguiente. No eran palabras, como las que escuchó Moisés, sino expresiones de una azotaina. Los golpes continuaron a ritmo parejo. El hermano Martín se hacía propinar la tercera tanda de golpes cerca de Francisco para que no hubieran dudas sobre el pecado que intentaba limpiar. Francisco, acorralado, de nuevo se tapaba las orejas para huir. Pero rebotaba contra las manos carbonizadas de fray Manuel y la engañosa polémica de Saulo y Pablo.

El hermano Martín gustaba someterse a una flagelación sistemática quincenal, además de las que se propinaba en los interregnos. Cuando terminaban las completas el convento se recogía en el silencio, se encerraba en su celda a rezar. Progresivamente su cuerpo y su alma se dividía en muchos pedazos, todos vivos y ardientes. Los ojos enrojecidos del mulato se convertían en botones extasiados, sus músculos en cuerdas tensas. Desnudaba su torso, corría hacia el muro la parihuela que usaba de lecho y servía en el convento para trasladar los cadáveres y descolgaba

una cadena con ganchos de acero. Su mente pasaba a ser varios personajes. La penumbra, el aislamiento y los torbellinos interiores producían una fragmentación fantástica. Su brazo empuñaba la cadena y se transformaba en su padre. El brazo castigaba con rabia al engendro que pretendía ser un hijo. Le gritaba: «¡perro mulato!». Descargaba con ira sobre los hombros oscuros su decepción profunda. En vez de un descendiente blanco le apareció esta cucaracha. «¡Negro ridículo! ¡Idiota! ¡Asqueroso!» Las injurias fortalecían el brazo. Martín era Martín (doblegado y sufriente), pero al mismo tiempo era su padre (maravilloso y resentido). Sus hombros pertenecían a un réprobo, su brazo a un noble. De su boca salían los insultos y la sonrisa del poder. Por varios minutos funcionaba como el gentilhomme Juan de Porres a quien el rey de España había distinguido con misiones en las Indias.

También se convertía en el rudo negrero que cazaba piezas humanas en el África y les impedía la fuga aplastando sus espaldas con zurras. Como ésta. Tenía que destruir el peligroso amor por la libertad y pisotear los ímpetus de rebeldía. Martín captaba esos rescoldos en su interior. Había que apagados a vergazo limpio. «¡Toma, negro desobediente! ¡Aguántate ésta negro bandido!» Era un monstruo que debía lamer las sandalias de quienes estaban arriba. Su espalda se abría en tajos; las gotas de sangre salpicaban las paredes.

Cuando el brazo robusto de su padre y de los negreros conseguía tumbarlo, cesaba la paliza. Martín jadeaba en el suelo. Los salvajes que habitaban su sangre quedaron heridos o muertos, como él. Pero su espíritu se sentía aliviado. Tras recobrar aliento en unos minutos, se agarraba de la mesa o la parihuela y trepaba sobre sus rodillas hasta incorporarse. Colgaba la cadena y cubría sus hombros lastimados con una sarga gruesa. Salía al patio. El aire fresco de la noche le regalaba una caricia. Junto al aljibe las ranas hacían vibrar castañuelas. Martín se arrastraba entre las tinieblas hacia la sala capitular. Podía hacer el camino con los ojos cerrados. Abría la puerta, sigilosamente: no despertaría a los frailes, que estaban lejos. Se arrodillaba ante la imagen de Cristo y descansaba, meditaba.

En su mente se ordenaban trabajosamente los fragmentos en ignición. Su brazo podía ser el de los soldados que flagelaron la divina piel. Imitar a Jesús es bueno y purificador. *Imitatio Christi*: actuar con impotencia, dejarse maltratar. Llenaba su alma con el ejemplo supremo de Nuestro Señor y retornaba lentamente a su celda. Sus ojos en trance volvían a refulgir. Arrancaba la tela de sus hombros y hacía saltar los coágulos. Empuñaba la cadena, reiniciaba la disciplina. A los insultos anteriores solía añadir, con dolor intensísimo, «¡Bastardo hijo de puta!». De pronto Martín era su madre. Caía de rodillas. La cadena se enrollaba en su cuello; luego giraba en el aire y de nuevo laceraba los hombros. La negra panameña que fue arrastrada por el gentilhomme y parió un mulato gritaba ahogada: «¡misericordia, Señor!, ¡misericordia!». Tuvo el privilegio de ser fecundada por un elegido del Rey y largó al

mundo un feto de tinta. Martín también era su raza: los negros cazados en tierras remotas y atados como animales, sometidos al hambre, la sed y luego hundidos en las bodegas irrespirables de los barcos. Allí morían, entre los excrementos y las lombrices que se pegoteaban a sus heridas. Y entonces se los arrojaba al mar. Sus cadáveres formaron un tapiz submarino entre África y las Indias. Martín gritaba «¡misericordia, Señor!, ¡misericordia!» desde su desamparo abismal. No había un fray Bartolomé de Las Casas que pleitease por ellos. Ni siquiera un hombre milagroso como Francisco Solano les dedicó un sermón. Bajo la lluvia de cadenas era Cristo y Cristo era una multitud de negros desvalidos, y la multitud de negros giraba mareada en la celda clamando piedad. Tanto dolor tenía que rozar, aunque más no fuera, un peldaño del trono celeste.

El brazo severo se debilitaba. Sin aire y sin fuerza, se abandonaba boca abajo sobre la parihuela: era un cadáver como los que se transportan sobre los duros travesaños. Se adormecía por unas horas.

La flagelación sistemática, empero, incluía cada tanto una tercera etapa. Cuando la misteriosa luminosidad se fijaba a su ventanuco —como esa noche lo hizo en el de Francisco—, una aguja le atravesaba el entrecejo. Descendía del vehículo fúnebre y recogía unas varas de membrillo. Se asomaba a la puerta para verificar la ausencia de curiosos. La atmósfera ya estaba fría y los contornos parecían revestidos por un musgo de escarcha. Recorría los vericuetos familiares del convento rumbo al muro. Por una de sus fallas hacía pasar al indio que había contratado. Era un hombre bajo, de espaldas anchas y rostro taciturno. Pertenecía a la otra multitud despreciada. Martín, un siervo del Señor, le ofrecía el símbolo de un desquite. Quien representaba a los extranjeros, al Rey y a Jesucristo (en ese orden ascendente), permitiría ser castigado por quien representaba a los nativos, el Inca destronado y la idolatría extirpada. Un inferior indio recordaría al superior clérigo que no debe vanagloriarse, y que el ofendido puede ofender. Se miraban fugazmente. Parecían cubiertos por una película de estaño. En ceremonia cargada de un significado atroz, procedía a entregarle las varas de membrillo como un general derrotado rinde su espada. El indio recibía el arma en silencio, rígido como una imagen de iglesia. Martín se desnudaba el torso y levantaba un brazo. Era la señal. Entonces el indio se convertía en el representante de millones.

Francisco se revolcaba en su celda, irritado por la secuencia de azotes. Los silbidos violentos zumbaban cerca. Y sus nervios se retorcían al oír los quejidos. Se paró, dio vueltas en torno a las paredes húmedas, pateó una rata con tanta ira que la aplastó en las cañas del techo. Su chillido convulsionó a las demás. Francisco salió corriendo. Los bloques negros de plantas y muros le impidieron llegar en un instante al improvisado cadalso. Martín yacía de bruces sobre la tierra. El indio seguía descargando los golpes con regularidad. Francisco lo empujó violentamente y casi lo

derribó.

—¡Basta!

El indio se asustó; retrocedió unos pasos. Francisco le hizo soltar las varas y ordenó que se fuera. Tras una corta vacilación se esfumó por la grieta del muro.

Martín, entre los vahos de la semiconciencia, farfullaba automáticamente:

—Más, más...

—Soy yo, Francisco.

Interrumpió la retahíla. No lo conectaba con el indio. Se esforzó en unirlos. Despertaba de un pesado sueño. Giró la cabeza. De pronto se avergonzó.

—Cúbreme —dijo.

Le tendió el sucio hábito sobre la espalda florecida de sangre.

Después pidió que lo ayudase a ponerse de pie. Sus miembros se doblaban como hojas de lechuga. Francisco lo cargó sobre su espalda. A medida que lo aproximaba a su celda el mulato recuperaba las energías. Empezó a caminar. Abrió la puerta, trepó a su lecho fúnebre y se tendió boca abajo.

—Gracias.

Francisco le alcanzó una jarra de agua.

—Y perdóname —agregó—. No tenía derecho a ofenderte.

—Ya te he perdonado.

—Yo tenía bien merecida esta flagelación.

Pocas horas más tarde el hermano Martín apareció con entusiasmo en el hospital. Su rostro no traslucía los desmesurados ejercicios nocturnos. Era un lirio despojado de mácula[29].

—¿Te has dado cuenta, Francisco —dijo su padre—, de que me las arreglo para permanecer menos tiempo en el hospital?

—Solamente cuando estoy yo, supongo.

—Supones bien —se acomodó el sambenito que el viento del mar empujaba hacia un hombro.

—Estas caminatas benefician tu salud.

Don Diego sonrió melancólicamente.

—Recuerdo de salud, querrás decir —corrigió.

—Estás mejor que cuando vine.

—Sólo en apariencia. No sirve engañarse. Mis bronquios han envejecido demasiado.

—Mientras permanezca en el Callao, haremos este paseo por la playa todos los días. Te pondrás fuerte, papá. Cuando estuvieron suficientemente lejos de espías y delatores, Francisco entró a saco:

—En la Universidad encontré un libro importante —hacía rato que ardía por compartir su turbación.

—¿Sí? —los ojos endrinos del padre se iluminaron. ¿Cuál?

—El *Scrutinio Scripturarum*.

—Ah —volvió a ensombrecerse.

—¿Lo conoces?

—Sí, por supuesto.

—¿Sabes que me parece falso? —aventuró un calificativo.

Su padre cerró los ojos. ¿Le había entrado arena? Empezó a restregarse.

—Sentémonos aquí —propuso aparentando dispersión.

—¿Has escuchado? —reclamó Francisco.

—Que te pareció falso, dijiste... —tendió el sambenito como una alfombra. Sus articulaciones dolían.

—Saulo, el judío que defiende la ley de Moisés —contó exaltado—, se deja ganar como un idiota. Desde la primera página está condenado a perder. Sólo habla para que el joven Pablo le salte encima y lo refute.

—Tendrá más razón Pablo —lo consoló.

—Pablo tampoco me convence. No escucha —Francisco se enardecía—. No es un diálogo. Todo está escrito para demostrar que la Iglesia es gloriosa y la sinagoga un anacronismo.

—La Iglesia valora mucho esta obra. Se ha distribuido por doquier.

—Porque le rinde pleitesía —se llevó la mano a la boca al advertir la temeridad de sus palabras; trató de corregirlas—. No la defiende con las armas de la verdad,

papá.

Don Diego intuyó que su hijo se deslizaba hacia una pendiente.

—¿Cuáles son las armas de la verdad? —su respiración también se agitaba.

Francisco miró hacia atrás, hacia el acantilado ocre con salteadas guedejas verdes y hacia el Norte y el Sur de la playa vacía. Nadie lo escuchaba: podía seguir abriendo sus dudas, su fastidio y rebelión.

—¿La verdad? —sus ojos refulgían—. Responder si a partir de Jesucristo vivimos realmente en los tiempos mesiánicos que anunciaron los profetas. La Biblia asegura que los judíos dejarían de sufrir persecución tras la llegada del Mesías y ahora no sólo la sufren, sino que ni tienen derecho a existir.

Diego Núñez da Silva lo miró con susto.

Francisco le apretó su arrugada mano.

—Papá. Dímelo de una vez...

Las olas se desenrollaban sobre la arena con un rumor caudaloso y dibujaban a su término una larga serpiente de espuma.

—No quiero que sufras lo que yo he sufrido —respondió quedamente.

—Ya lo dijiste. Pero el sufrimiento es misterioso, depende como lo sientas — Francisco lo alentaba a sincerarse.

—Yo no creo en la ley de Moisés —afirmó de súbito don Diego.

Francisco abrió grande los ojos, azorado.

—No es verdad...

Su padre se mordía los labios. Masticaba vocablos y pensamientos.

—No lo creo en lo que no existe —añadió.

—¿Dices que no existe la ley de Moisés?

—Es un invento de los cristianos —agregó—. Desde su visión cristocéntrica han armado algo equivalente para los judíos. Pero para los judíos sólo existe la ley de Dios. Moisés la ha transmitido, no es el autor de ella. Por eso los judíos no adoran a Moisés, ni lo consideran infalible, ni absolutamente santo. Lo aman y respetan como gran líder, le dicen *Moshé Rabenu*, «nuestro maestro»; pero él también fue castigado cuando desobedeció. En la Pascua judía, cuando se narra la liberación de Egipto, Moisés no es mencionado nunca. Quien libera es Dios.

—En esa ley crees, entonces —Francisco lo encerró para aclarar sus dudas de una buena vez.

—En la ley de Dios.

—¿Eso es la horrible inmundicia que llaman judaizar? —su insistencia era implacable.

Don Diego lo miró a los ojos.

—Efectivamente, hijo: respetar la ley de Dios escrita en las Sagradas Escrituras.

El fragor de las olas contribuía a la soledad del ambiente. El rodar de las aguas

magnificaba la quietud de la arena, del acantilado, de la atmósfera. Francisco estudió la leñosa cara y los dedos sarmentosos que jugaban con un montículo blanquecino. Eran el rostro y las manos de un hombre justo. Sintió arrebató.

—Quiero que me instruyas, papá. Quiero convertir mi espíritu en una fortaleza. Quiero ser el que soy, a imagen y semejanza del Todopoderoso.

El viejo médico sonrió.

—Lee la Biblia.

—Sabes que lo vengo haciendo desde hace años.

—Por eso me entiendes en seguida, Francisco.

Francisco se sentó junto a su padre, también de cara al océano. Sus hombros se tocaban. Sentían un íntimo regocijo por la explicitación de la alianza. Al padre le encendía un inefable orgullo: la calidad de su simiente. Al hijo le embargaba una intensa emoción: la integridad de su ascendencia. Por fin consiguieron transmitirse el tenaz secreto. Por fin se confiaban por entero.

—Siento que no estoy solo, papá —extendió sus manos hacia adelante, hacia el índigo con resplandores de plata; luego hacia arriba, hacia las gaviotas que navegaban sobre ondas invisibles—. Pertenezco a una familia llena de poetas, príncipes y santos. Mi familia es innumerable. Así me enseñaste desde niño.

—Pertenece a la antigua Casa de Israel, a la sufrida Casa de Israel, que es también la Casa de Jesús, de Pablo, de los apóstoles.

—Mi sangre abyecta es igual a la de ellos. Tan digna como la de ellos.

—Eso no lo pueden aceptar. No lo quieren ver. Trazan una frontera alucinada entre los judíos a quienes veneran y los judíos a quienes desprecian y exterminan.

—El *Scrutinio* pretende agrandar esa frontera, precisamente —Francisco no podía quitarse la acidia del libelo—. Saulo y Pablo: los pinta próximos, pero tan distintos. El apóstol San Pablo había sido el rabino Saulo antes de la conversión, como Pablo de Santamaría había sido el judío Salomón Halevi. Halevi se olvidó de su origen; su ambición lo llevó a tanta indignidad, papá.

—Su miedo, hijo... —le corrigió—. El miedo es peor que la muerte. Yo he tenido ese miedo.

Francisco asintió con pena. Era el punto más doloroso.

—Por miedo abjuré, lloré, mentí, confesé —murmuró el padre—. Se desintegró mi persona... Decía lo que me ordenaban.

—Papá, por favor, dime: ¿en algún momento volviste a la fe católica?

Abrió las manos, repentinamente sorprendido. Se mesó la barba.

—Preguntas si volví... Pero ¿alguna vez estuve en ella? Para los católicos, basta recibir el bautismo. Pero eso lo fuerzan. El proselitismo así es fácil. Pero quien es bautizado contra su voluntad no cree con el corazón. Es como si te pidiesen que jures lealtad a alguien pero otro lo hace por ti; luego te llaman traidor por no ser leal a

quien jamás juraste lealtad... Un mecanismo que haría sonreír, si no fuese trágico.

—¿El bautismo no derrama la gracia?

—La gracia llega con la fe. Hijo: muchas veces he deseado tener fe en los dogmas de la Iglesia para dejar de ser un perseguido. Me has visto en los servicios y las procesiones: no siempre concuro para simular. Me concentro, escucho, rezo, trato de sentir. Pero sólo veo una ceremonia ajena.

—¿Dejarías de ser judío, papá?

—Como tantos. Como millones. Pero también tendría que dejar de ser quien soy. Olvidar a mis padres, mi historia, la llave de hierro. Pensar de otro modo. Se quiere, pero no se puede.

—No es sólo la religión, entonces.

—Por supuesto. Es algo más profundo.

—¿Qué?

—No lo consigo atrapar. Quizá sea la historia. O el destino común. Los judíos somos el pueblo de la Escritura, del libro. La historia es libro, letra escrita... ¡Qué paradoja!, ¿no? Ningún otro pueblo ha cultivado tanto la historia y, al mismo tiempo, es tan obstinadamente castigado por ella.

Al rato, el padre murmuró:

—No es fácil ser judío como no es fácil el camino de la virtud. Ni siquiera eso: no está permitido ser judío.

—¿Entonces?

—O te conviertes de corazón...

—El corazón no responde a la voluntad —lo interrumpió Francisco—, lo acabas de reconocer.

—O simulas. Es lo que hago.

—Representación, apariencia. Somos iguales o peores que ellos —meneó la cabeza, apenado—. Qué triste, que indigno, papá.

—Nos obligan a ser falsos.

—Aceptamos ser falsos.

—Efectivamente.

—¿No hay otra posibilidad?

—No hay. Somos reos de una prisión indestructible. No hay alternativa.

Llegaba el momento de marcharse. La grisácea cortina de nubes se inflamaba en el horizonte. Empezó a refrescar. Las olas avanzaban sobre la arena.

—Me cuesta resignarme —musitó Francisco—. Presiento que existe otro camino, muy estrecho, muy difícil. Presiento que romperé los muros de la prisión.

Un nuevo adversario del Santo Oficio se yergue cautelosamente —barruntaba en su adusta cámara el inquisidor Andrés Juan Gaitán—. Es más peligroso porque une a su vigor una devastadora habilidad política. Nació para defender la religión verdadera del asalto protestante, pero manobra para quedarse con todo el poder de la Iglesia: la Compañía de Jesús. Desarrolla una ambivalencia sutil: agresividad y piedad. Los jesuitas, en el corto lapso de su existencia, ya se han colocado a la par de las otras órdenes religiosas. No conformes con tanto éxito, suelen informar descaradamente sobre debilidades e incompetencia de los dominicos, franciscanos, mercedarios y agustinos para, indirectamente, demostrar que son los mejores. Su falta de modestia les ha permitido avanzar en todos los terrenos. Han encandilado a Roma y Madrid. Su próximo objetivo, que abordarán con retorcidas estrategias, es el Santo Oficio. Debo conversar sobre este punto con mis colegas inquisidores. Pero también con ellos (¡hasta qué punto han avanzado en su penetración!) debo hacerlo cuidadosamente. No vayan a suponer que me mueven intereses ajenos a la pura defensa de la fe.

Una muestra cabal del retorcido método que usan los jesuitas para ganar poder es su política con los indios. Insisten en las técnicas piadosas. Aseguran que evangelizan más rápido y mejor. Son unos pícaros: en primer término, carecen de originalidad porque desde fray Bartolomé de Las Casas en adelante, muchos sacerdotes ya han pleitado en favor de los naturales. En segundo término, su objetivo no se reduce a la evangelización, sino aprovecharla en beneficio de su poder. Las reducciones de indios que empiezan a construir lo evidencian: quieren formar verdaderas repúblicas bajo su exclusiva jurisdicción. Con la excusa de que los encomenderos son crueles y voraces han excluido otra presencia que no sea la suya. Son encomenderos con sotana. Y muy ambiciosos.

Otra acción similar se cumple ante nuestras narices. Si tiene éxito, habrá un cierre de pinzas contra Lima: el virrey, el arzobispo y la Inquisición deberemos inclinarnos ante la todopoderosa Compañía de Jesús. Lo digo por lo siguiente: de un lado crecerá la república jesuítica del Paraguay con millares de indios guaraníes a su servicio; del otro, la república jesuítica de Chile con millares de indios araucanos. Ambos bloques nos asfixiarán y someterán. Esto, tan evidente como el sol, no se ve por la intensidad de su misma evidencia. Los jesuitas tienen la gazmoñería de presentar sus éxitos corporativos como victorias de la fe. Y logran ser creídos.

Que pretenden socavar la autoridad del Santo Oficio cae de suyo. QUITAN importancia a la vigilancia de los cristianos nuevos, opinan que las prácticas judaizantes no conmoverán a la Iglesia e insisten en la prioridad de la evangelización indígena. El Santo Oficio no se ocupa de evangelizar, sino de impedir que se inoculen venenos a la fe. Pero en las Indias los jesuitas no se interesan por los venenos. Más

aún: los descalifican. Indirectamente, entonces, descalifican al incomparable antídoto: la Inquisición.

No me asombra que el marqués de Montesclaros haya establecido una alianza con la Compañía. Este hombre se aliaría con Lucifer para perjudicar al Santo Oficio. Parece no haberse dado cuenta de la inmensa reducción jesuita que se proponen levantar en Chile. Ahí el rostro visible de la Compañía es el padre Luis de Valdivia, un hombre astuto que simula infinita bondad. Ha conseguido poner a su favor a la corte de Madrid y de Lima. Increíble. Ni siquiera habla bien: pone un vocablo en lugar de otro, olvida palabras. Un hombre así no obtendría confianza ni recursos si no estuviese apoyado por eminencias que se mueven en las sombras. Según su opinión, hay que abolir la servidumbre personal y los malos tratos, respetar los territorios indígenas y predicarles el Evangelio en su lengua. Los ejércitos se limitarían a defender el terreno adquirido. Este plan ha sido bautizado *guerra defensiva* (*defensiva* para la Corona, *ofensiva* para la Compañía de Jesús). En efecto, serían jesuitas quienes se internarían en los territorios vedados al ejército y allí edificarán reducciones tan grandes como las del Paraguay.

El padre Luis de Valdivia, apoyado por el Rey, el virrey y el gobernador (no le falta nadie), convocó a un aparatoso parlamento con los caciques. Les prometió la paz y dispuso que tres jesuitas se internaran en los bosques de Arauco para predicarles el Evangelio en el idioma nativo. Algunos opinan que la ingenuidad de Valdivia tocaba lo maravilloso. Yo creo en lo opuesto: su ambición lo aceleraba y enardecía. Anhelaba controlar de inmediato en esas extensiones. No midió los riesgos, ni el rencor, ni la ferocidad de los araucanos. Es el responsable por la suerte de esos frailes, que fueron despedazados salvajemente. El castigo del cielo no podía ser más elocuente. Pero los jesuitas no se dieron por aludidos. En lugar de reconocer su error y disculparse ante los hombres experimentados que enronquecieron machacando advertencias, y anular su plan de indebida y oblicua conquista, se dedicaron a revestir la inútil muerte de sus hermanos con el disfraz del martirio. ¡Nada los frena en su ambición! Leo el juego de la Compañía y no caeré en él. Nuestra estrategia deberá consistir en sabotear sus éxitos. Por lo tanto, convertiremos cada presunto milagro jesuita en un sospechable truco del demonio. De esta forma les meteremos miedo y los tendremos a raya. Nuestras hogueras tienen poder de la convicción.

¿Quién no sabía que la sorda guerra entre diversas jurisdicciones del Virreinato —poder civil, Iglesia, Santo Oficio, Compañía de Jesús— se agregaba a la lucha dentro de cada jurisdicción? La consigna indicaba uniformar esa variedad incontrolable bajo la autoridad del Rey y la fe en Cristo los inquisidores maldecían al virrey y éste no los regateaba su venenosa reciprocidad. El arzobispo tenía severas disputas con ambas partes por violaciones a sus respectivos límites. Hasta el Cabildo de Lima, que tenía una labor estrictamente municipal, pretendía meterse en la intimidad de los conventos, cárceles de la Inquisición y negocios del virrey. La Audiencia, encargada de la justicia, se veía interferida, sobornada y burlada y devolvía las atenciones con otras interferencias, sobornos y mofas. Incluso la Universidad de San Marcos, orgullo del Virreinato, era prisionera de todas las jurisdicciones a la vez y contaminada por sus conflictos.

Esta lucha constante fue interrumpida bruscamente. El autor del milagro no fue uno de los protagonistas locales, sino un holandés. Se llamaba Joris van Spilbergen (nombre que, en español, se simplificaba como Jorge Spilberg). El licenciado Diego Núñez da Silva recibió la orden de evacuar a los enfermos crónicos del hospital portuario y prepararse para recibir heridos. Francisco, Joaquín del Pilar y demás estudiantes, bachilleres, licenciados y doctores de Lima fueron emplazados para dirigirse al Callao y colaborar en la defensa. Joris van Spilbergen era un pirata dispuesto a convertir en cenizas la Ciudad de los Reyes.

Una súbita solidaridad sopló como viento nuevo en el Perú. Españoles, criollos, indios, mestizos, negros, mulatos, zambos, seglares, nobles, artesanos, labradores, mercaderes y eclesiásticos marginaron transitoriamente sus rencillas para unirse en contra del enemigo externo.

Holanda, luego de sostener cuarenta y dos años de lucha para conquistar su independencia, había conseguido un progreso asombroso. La interminable guerra de Flandes (en la que había intervenido el capitán de lanceros Toribio Valdés y a la que su hijo Lorenzo aún soñaba incorporarse) concluyó en un pacto *sui géneris*. Pero el monopolio que España había pretendido imponerle obligó a que los holandeses buscasen con las armas en la mano los productos que necesitaban en los mares de Asia. Por eso las cláusulas del acuerdo sólo se aplicaron en Europa, no en ultramar. La guerra prosiguió en las remotas Molucas y archipiélagos vecinos. Ahora parecía extenderse a las Indias Occidentales. Era novedoso e intolerable para España que los Países Bajos también le disputasen en América.

Los holandeses decidieron explorar una nueva ruta hacia el Asia por el estrecho de Magallanes. Formaron una escuadra con abundante tripulación y la confiaron al inteligente y maduro almirante Van Spilbergen. Los buques atravesaron el Atlántico

sin inconvenientes, excepto el conato de sublevación en uno de ellos. Arribaron a las costas del Brasil. Luego prosiguieron hacia el Sur: tenían que cruzar el estrecho antes de que los vientos invernales frustraran su propósito. La aventura era altamente peligrosa y una de las naves, aprovechando el amparo de la noche, desertó. El almirante recordó escuetamente: «tenemos la orden de pasar por el estrecho de Magallanes; y yo no tengo otro camino. Que nuestras naves no se separen». La escuadrilla penetró en el laberinto de hielo pese a los riesgos de naufragio. Los canales eran blancos sepulcros donde los silbidos anunciaban la muerte. Las olas rompían contra los muros de mármol y los aludes de espuma ocultaban el zigzagueante camino. Los barcos podían quebrarse contra los bloques helados o encallar entre las rocas. La ruta era embustera: un día creyeron que estaban nuevamente a la entrada del estrecho. Finalmente se reunieron los cinco buques en la bahía de Cordes, tras esquivar marejadas y corrientes que podían haberlos hundidos. Agradecieron la ayuda de Dios.

Mientras, los espías españoles destacados en Holanda se enteraron de esta misión intrusita e hicieron la denuncia a Madrid. Mientras Spilbergen se aprovisionaba de leña, agua y víveres en el Sur de Chile, navegaban hacia Lima las advertencias sobre su avance y peligrosidad. Pronto se agregarían las noticias de sus últimas acciones.

El marqués de Montesclaros consultó a sus asesores, pero en la soledad de su poder prefirió designar jefe de la flota virreinal a su sobrino Rodrigo de Mendoza. Era un hombre joven y valiente, aunque sin experiencia. El nepotismo del virrey no cedía ni siquiera ante una amenaza de esta envergadura.

Los holandeses navegaron hacia el Norte manteniendo la costa chilena a la vista. Cuando les parecía encontrarse frente a lugares despoblados y fértiles, desembarcaban por una jornada y renovaban sus provisiones.

En tierra aumentaba el miedo a enfrentados. Se trataba de filibusteros protestantes que no hesitarían en vejar a los españoles de la peor manera (aunque negociaban con los indios y no asesinaron a los pobladores de la isla Santa María, donde fueron agasajados por su alebronado corregidor).

Llegaron a Valparaíso y cundió el pánico. La escuadrilla extranjera, con su orgulloso velamen desplegado, siguió hasta la playa de Concón. La esperaba un grupo de 700 hombres, en su mayoría enviados desde Santiago de Chile. El navío *San Agustín* que permanecía anclado en la costa, listo para zarpar con sus mercaderías, fue hundido precipitadamente por los mismos defensores ante el peligro de que los holandeses consiguieran apoderarse de su cargamento. Spilbergen bajó a tierra con 200 hombres y una pieza de artillería. Los españoles incendiaron sus casas mientras los holandeses hacían fuego. Hubo más destrozos y gritos que víctimas. Durante la bruma del anochecer el invasor decidió reembarcarse para embestir cuanto antes las fortificaciones del Callao. Se decía que un hombre menos aguerrido que el pirata

Spilbergen se habría dado por contento y hubiese dirigido su escuadrilla hacia las Molucas, que era su destino final. Pero sabía que Lima era el centro económico y político del Virreinato, la aprovisionadora del oro y la plata que los galeones derramaban en Sevilla.

El sobrino del virrey Montesclaros escogió interferir a los raqueros protestantes en alta mar. Tenía motivos para no confiar en la defensa terrestre porque las tropas estaban mejor preparadas para un desfile que para una batalla en serio.

La vigilia se cargó de tensión. Más de 2000 hombres fueron apostados con arcabuces, espadas y cuchillos para repeler el desembarco inminente. A Francisco le entregaron una lanza y una adarga. Se sintió ridículo. La mayoría de los vecinos no sabían usar con destreza las armas que se distribuyeron. Los oficiales encargados de artillería recién se enteraron de cuán deteriorados estaban los cañones: simples monumentos que no se usaban ni para ejercicios; en muchos de ellos no calzaban los proyectiles. La desesperación aumentó la ira y algunas piezas fueron destrozadas a patadas.

Los sirvientes multiplicaron antorchas hasta los puestos lejanos para mostrar a los filibusteros que había mucha gente en guardia insomne. Los clérigos recorrían los grupos y se detenían entre los soldados para echarles la bendición. Los soldados recibieron la consigna de distribuirse también a lo largo de la costa y vigilar a los vecinos para impedir que el miedo fomentara su desertión. Entre ellos, montado, daba órdenes Lorenzo Valdés.

El frío de julio calaba los huesos. Había mucha gente nerviosa y sin saber qué hacer. Se habían encendido fogatas para hervir sopas. A su calorcito se aproximaban los inexpertos defensores. Necesitaban comentar versiones. El sobrino del virrey era un mozalbete irresponsable para unos y un brazo implacable para otros.

—Será comido vivo por el holandés —aseguró un vecino mientras sorbía ruidosamente el caldo de su jarra.

—No es verdad. Capará al holandés y le meterá las bolas en la boca —replicó un joven exaltado.

—Es cierto —apoyó otro hombre mientras tendía su jarra al negro que hundía el cucharón en el caldero—. Los piratas ni se atreverán a pisar tierra. Miren todas las antorchas encendidas: se pierden en la distancia. Saben que somos millares de soldados.

El vecino escéptico largó una carcajada socarrona:

—¿Millares de soldados? Unos pocos, no más. Somos millares de vecinos sin entrenamiento. Eso somos.

—¿No será usted portugués? —se enojó el joven.

—No. ¿A qué se debe la insinuación? ¿Acaso pronuncio mal el castellano?

Francisco se sintió incómodo. Su padre era un médico portugués que hacía

guardia abnegadamente en el hospital y atendería a estos hijos de puta en caso necesario.

—Los portugueses se alegran con las provocaciones de Holanda.

—Yo no me alegro, jovencito —reprochó con énfasis—. Ni soy portugués. Además, le ruego que no sea bruto y no confunda.

—No le permito...

—Es usted demasiado pequeño para darme permisos. Le decía que no confunda —lo apuntó con su jarra; los ojos chisporroteaban—: una cosa son los portugueses y otra los judíos portugueses —acentuó la palabra judío.

El correo se silenció ante la repentina autoridad del hombre. Sólo llegaban las voces de otros grupos, relinchos de caballos y el rumor incesante de las olas.

—Los judíos portugueses son quienes se alegran —aclaró al rato—. Los protestantes son sus amigos en el odio a nuestra fe.

Francisco no pudo seguir bebiendo su ración. Quería arrojársela a la cara.

—Todos los portugueses son judíos —afirmó otro hombre.

—No todos.

—Yo no conozco uno solo que no lo sea.

Francisco giró hacia los cascos que se aproximaban. Era Lorenzo. Le hizo señas.

—¡A desconcentrarse! ¡Vamos! —rezongó el apuesto jinete—. ¡Cada uno a su lugar!

Los hombres se hicieron llenar nuevamente las jarras y se dispersaron lentamente por las murallas de sombra.

—¿Cómo estás? —se alegró Lorenzo al verle la lanza y el escudo apenas iluminados por la fogata.

—Mal —sonrió Francisco.

—¿Tienes miedo, acaso?

—Estaría mejor aprontando instrumentos en el hospital, que con estas armas.

—Es verdad que no te sientan —rió.

—Pero órdenes son órdenes.

—Así es —acarició la cerviz de su caballo—. Un médico también debe empuñadas. ¿Acaso tu padre no hacía guardia en Ibatín?

—Yate lo conté. Es cierto.

—Tú haces guardia en el Callao —se acomodó el morrión—. A propósito: ¿cómo está él?

Francisco bajó la cabeza. Lorenzo se arrepintió de la pregunta.

—Discúlpame.

—Nada que disculpar... Está decaído y enfermo. Permanece en el hospital. Es su puesto. Atenderá los heridos.

—Si los hay.

—¿No crees?

—Mira la línea de antorchas. ¿Supones que unos pocos piratas desembarcarán para hacerse carnear por miles de soldados?

—No son todos soldados.

—Ellos no lo saben —tironeó

Francisco.

—Adiós.

Francisco caminó hacia la muralla y se sentó en el paramento. Apoyó las armas contra el muro, aflojó su cinto y se acurrucó bajo su sombrero y su manta. Debería dormir un poco. Revoloteaba una nueva acusación: «portugués». Hasta entonces era necesario demostrar que no se tenía la abyecta sangre de judío, ahora había que agregar que no se tenía la sospechosa nacionalidad de portugués.

Horas más tarde se irguieron tras la línea del horizonte los temidos velámenes. Aprovechaban el viento en popa para acercarse rápidamente al Callao. Spilbergen —asesorado por el diablo, cundía— no sólo vio las antorchas: sabía del cansancio, inexperiencia y miedo de los defensores. Sus cuatrocientos corsarios alcanzaban para romper las barreras, vencer a los soldados y levantarse un botín sin precedentes.

Rodrigo de Mendoza saltó a su nave y ordenó atacarlos en el mar. Su pequeña flota se precipitó desordenadamente contra los intrusos. La tierra se encendió de pavor. Los oficiales recorrían al galope los puestos y empujaban a los remisos. Los artilleros transpiraban con la infecunda recuperación de los cañones. Los negros eran corridos hacia la playa para que sus pechos sirviesen de primera oposición al desembarco. Francisco se apostó junto a otros defensores provistos de adargas y puñales.

El choque estalló a la altura de Cerro Azul. El recíproco bombardeo levantó una humareda que ocultó las naves. Por entre los densos globos cenicientos relampagueaba el fuego de los cañonazos. Muchos hombres cayeron al agua. Desde tierra no se podían diferenciar las banderas en medio de las espumas cargadas de tizne. Sin embargo, era evidente que la batalla se iba aproximando al puerto a medida que concluía la terrible jornada. Las explosiones sonaban con intensidad creciente y se podían oler las nubes de pólvora. Rodrigo de Mendoza, sucio de hollín y de sangre, creyó adivinar la maniobra de Spilbergen: aprovechaba la penumbra del ocaso para llegar a la costa. Ordenó perseguido resueltamente. Le disparó varios cañonazos. La oscuridad aumentó y fue imposible reconocer a tiempo el trágico error: no estaba atacando a la nave capitana del holandés, sino a una de sus propias galeras, que se hundía en medio de una vocinglería espantosa. Spilbergen, más experimentado, se dedicaba a recoger a sus hombres y apuntaba la proa hacia el refugio que ya había acondicionado en una anfractuosidad de la isla San Lorenzo para curar los heridos y hacer las reparaciones de su escuadrilla.

Las naves piratas volvieron a romper la quietud del horizonte tres días después. Los cinco barcos, en acelerado avance, produjeron una conmoción indescriptible. Varios clérigos, sin las debidas precauciones, alzaron las imágenes de los santos, las cargaron en andas y trasladaron a la orilla del mar: desde allí podrían brindar mejor ayuda contra los enemigos de la fe. Volvieron a distribuirse armas. A Francisco le entregaron esta vez un arcabuz.

—Yo tenía adarga y lanza —dijo.

—¡Coja esto y no proteste, carajo! —el fastidiado oficial lo empujó hacia la muralla mientras tendía otro arcabuz al vecino siguiente.

Los soldados golpeaban con el plano de sus espadas a los negros e indios que se resistían a alinearse en la playa para ofrecer sus pechos. El almirante de la flota no alcanzó siquiera el muelle cuando un bombazo estruendoso desmoronó la esquina de San Francisco. Otro proyectil pasó por encima de la población y desbarató chamizos marginales. El pánico se generalizó. Ya era tarde para detenerlo en el mar. Las rogativas, bendiciones y confesiones se elevaban con más fuerza que las nubes de pólvora.

Spilbergen, empero, no había planificado librar una batalla terrestre: era desproporcionado el número de hombres. Se despedía con una risotada, como buen engendro de Satanás.

El virrey extrajo enseñanzas de este suceso cruel y humillante: dispuso perfeccionar la minúscula armada y corregir su artillería inservible; la guerra no sólo debía librarse contra los naturales y los competidores internos, sino contra los enemigos de España.

El inquisidor Andrés Juan Gaitán fue más lejos aún. Opinaba que la incursión de los holandeses no sólo respondía a la ambición de su comercio y el creciente odio a la Iglesia, sino a los pedidos de los marranos portugueses. En su afán de volver a los inmundos ritos, convencían a los protestantes (holandeses, ingleses, alemanes) para venir a perturbar el orden de estas tierras. Muchos conversos habían logrado huir hacia el mar del Norte y, desde allí, estimulaban expediciones como la de Joris van Spilbergen. ¿Acaso los holandeses no atacaron el Brasil y, tras algunos éxitos, permitieron que los judíos retornasen a sus rituales y abrieran sus infectas sinagogas? Era una conspiración, obviamente. Por lo tanto, no alcanzaba con repeler los ataques esporádicos ni —como pretendía el ineficiente virrey— con mejorar la flota y la artillería: era preciso descubrir, perseguir y exterminar al enemigo interior. Andrés Juan Gaitán lo dijo frontalmente:

—El enemigo interior se llama *marrano*.

¡Buena me la hicieron! —cavilaba el marqués de Montesclaros en el galeón que lo llevaba de regreso a España—. Mientras yo defendía Lima y el Callao del pirata Spilbergen, Felipe III designaba mi sucesor. Es el injusto premio que debemos soportar los funcionarios abnegados y conscientes. Mis méritos no modificaron la decisión real porque sobre ella pesaban intereses espurios y la voluntad del inclemente Santo Oficio.

Mi sucesor es don Francisco de Borja y Aragón, conde de Mayalde. Pertenece a una familia plagada de escándalos y uniones ilícitas —que incluyen infiltraciones de moros y judíos—. Esa familia tuvo la fortuna de producir un hombre como San Francisco Borja, cuya santidad pudo lavar parte de sus máculas. Mi sucesor consiguió casarse con la hija del cuarto príncipe de Esquilache. De modo que vendió sus bolas para enfundarse un título de clarines. Se hace llamar, sin el mínimo pudor, príncipe de Esquilache, para que en la corte nadie se atreva a estorbarle el paso.

Se me hace que este príncipe de utilería gestionó su designación para venir a divertirse en el Perú y llenar sus cofres de oro sin pensar en los abrumadores conflictos aquí reinantes. De su cinto cuelga un reluciente espadín, pero su mano debe temblar ante el contacto de una espada. Es un cobarde. En octubre, cuando ya el pirata Spilbergen y sus navíos estaban lejos del Virreinato, él y su séquito de 84 criados permanecía en Guayaquil esperando seguridades de la Audiencia. No quería entrar en Lima antes de que estuviesen listas las defensas que yo mismo empecé a implementar. También dejó en Panamá a su primo para asegurar mejor esa plaza, tan codiciada por los filibusteros. En realidad pretendía asegurar su bienestar en Lima. Y no ha dudado en elegir a un pariente. Quienes me acusan de nepotismo deberían observarlo también a él.

Dicen que me imita, que es poeta. Por lo que conozco, escribe en forma lamentable. Se ufana de dominar el estilo humorístico. Es de los que piensan que hacer reír a un hombre equivale a desarmarlo y hacer reír a una mujer es ponerla al borde de la cama. Apenas desembarcó en el Callao, un autor local (imaginativo pero obsecuente) que yo he celebrado quiso ganar su favor enalteciendo su linaje. Se llama Pedro Mejía de Ovando y tituló a su obra *La Ovandina*. Como el nuevo virrey no se mostró dispuesto a una importante retribución, el interesado poeta deslizó en su linaje el nombre de algunos moros y judíos. Esta injuria determinó que los inquisidores Francisco Verdugo y Andrés Juan Gaitán tomaran inmediata ingerencia en el asunto y prohibieran el texto que, paradójicamente, había contado con la autorización de la propia víctima.

El primer trabajo de este príncipe al llegar a Lima fue enterarse de las defensas. Le pareció bien las que yo puse en marcha. Pero le preocuparon sus costos. Quería

hacer buena letra con Madrid remitiéndole más fondos que los muchos que yo mandé, reservándose para si una gorda porción. El mantenimiento del ejército y la escuadra exigía muchos pesos, porque el casco de los barcos y su velamen se deteriora rápidamente por la humedad del aire y la salinidad de las aguas. El pánico que desencadenó el ataque holandés se tradujo en una emigración de numerosos vecinos que optaron por trasladarse a ciudades del interior. Para conservar una buena dotación de soldados y marinos había que pagar buenos y puntuales salarios. Todo esto exigía dinero y había que ajustar la administración. En sus primeras cartas al Rey no me hizo críticas aunque, indirectamente, insinuaba prontas y notables mejoras. Quería reducir drásticamente los costos de la armada y el presidio del Callao: amenazó a los contadores, recortó personalmente varias partidas, dijo que los 409 000 pesos a que ascendía mi fenecido presupuesto era un disparate. Después me reí a mandíbula batiente: todos sus desgañitados esfuerzos consiguieron reducirlos a 390 000...

Pero este príncipe de Esquilache no debería preocuparme más. Son otros quienes andan conspirando para hacerme un juicio de residencia. Son unos ingratos de mierda: nunca les parecieron suficientes mis favores.

Por suerte los juicios de residencia se reducen a la angustia del juicio en sí. El fallo y las consecuencias se demoran, se diluyen y se olvidan. Basta con tener buenos amigos en la corte.

La taberna vecina a la Universidad trepidaba risas, aguardiente y guisados picantes. Lorenzo Valdés, Joaquín del Pilar y Francisco solían encontrarse allí. Lorenzo gustaba pellizcar las nalgas de las negras que recorrían las mesas con sus fuentes humeantes y les pedía a sus amigos que no fueran afeminados, que hicieran algo peor. Después empujó a Francisco hasta un penumbroso aparte.

—Te aviso —lo miró desasosegado— que vienen tiempos difíciles para los portugueses.

Francisco le sostuvo la mirada. Sus pupilas refulgían entre las sombras y el humo.

—Yo soy criollo: nací en el Tucumán.

—No te hagas el distraído —Lorenzo se entristeció de golpe—. Ocurre algo feo —le cogió el brazo.

—Estoy dispuesto a escucharte.

—Creo, Francisco —tragó saliva—, que en Lima te cerrarán las puertas. Tu padre...

—Ya lo sé —interrumpió.

—Pronto conseguirás el título de bachiller. Es lo que pretendías ganar aquí. A partir de entonces...

—¿Qué?

—Te vas donde no te jodan. Eso deberías hacer.

—¿Existe ese lugar? —su rostro se convirtió en una mueca interrogativa.

—Lima es un puterío. ¿O no?

—¿Ya no te gusta?

Lorenzo le apretó el brazo.

—Cuando atacó el pirata Spilbergen no te sentía cómodo con una lanza. ¿Vas a sentirte cómodo con las sospechas y calumnias? Aquí la intriga es el pan cotidiano.

—Yo no tengo manchas. Ni participo de intrigas.

—¿A mí me quieres convencer? Yo no soy tu enemigo —movió su acusatorio índice en derredor—. En cambio, muchos de los que hoy beben junto con nosotros, mañana festejarían tu condena por el Santo Oficio.

—¿Debo irme de Lima? —le subía la rabia—. ¿Debo huir esta noche?

—Me preocupa todo lo que se dijo de los portugueses en el cuartel: se dijo que invitaron a Spilbergen. Todos los portugueses son traidores y entregadores. Todos son marranos.

—Absurdo.

—Ya ves.

Francisco vació la jarra.

—¿A dónde ir? —frunció el entrecejo—. ¿A Córdoba?

—¿Volverías a Córdoba?

—No.

—Estoy de acuerdo.

—¿A Panamá? ¿México? ¿La Habana? ¿Cartagena? ¿Madrid?

—No lo tienes que decidir ya.

—¿Existe un lugar propicio, acaso? ¿Conoces alguna remota arcadia?

Lorenzo apretó los labios y lo palmeó afectuosamente.

—Debe existir.

—En Plinio.

—¿Dónde?

—En los libros de Plinio —aclaró—. Allí viven los monstruos con pies para atrás y dientes en el abdomen.

Lorenzo rió.

—Dicen que los han visto en el Sur —recordaba—, en el país de Arauco.

—¡Qué imaginación!

—El jesuita Luis de Valdivia tiene embelesado al nuevo virrey con sus relatos sobre Chile —Lorenzo levantó una jarra de aguardiente—. ¿Ves? Ahí tienes un nuevo lugar.

Francisco Maldonado da Silva sintió que algo importante se articulaba en su espíritu. ¿Sería Chile el escenario de su plenitud?

Libro cuarto: Números

Chile, la breve Arcadia

Papá murió en el Callao en 1616. La carga de sufrimientos lo aplastó de golpe. En los últimos días sólo se desplazaba con ayuda. Era una luz fuerte en un pabillachoso.

Durante los años en que disfruté de su compañía me transmitió más medicina práctica que los empingorotados profesores de la Universidad. Releímos los clásicos y nos divertimos con las recetas indígenas que, a menudo, daban resultados excelentes. Me entusiasmó con los descubrimientos de un examen clínico atento y demostró la importancia de seguir la evolución de cada enfermo tomando apuntes. No olvidaré la analogía que desarrolló entre el cuerpo humano y un templo. Dijo que el profesional debe aproximarse al cuerpo con devoción. En sus apretadas dimensiones contiene tantos enigmas que no alcanzan los sabios del universo para descifrarlos. Esa máquina formada por huesos, nervios, músculos y humores es la sede visible de un espíritu con el que está misteriosamente entrelazado, Los desajustes de la máquina se proyectan en el espíritu y viceversa. Así como un templo está construido con materiales que se encuentran en todos los edificios, un cuerpo está formado por los elementos que dan vida a un animal o una planta. Pero contiene algo que no existe en el animal o la planta. Dañarlo es profanarlo. El cuerpo es y refleja al mismo tiempo un misterio insondable. No existen dos cuerpos idénticos así como no existen dos personas idénticas. Aunque los parecidos son infinitos, infinitas también son las diferencias. Un buen médico detecta las semejanzas para ver en uno lo aprendido en otro; pero no debe olvidar que cada ser humano tiene una cuota de singularidad que es necesario reconocer y respetar. Cada hombre es único en evocación del Señor, que es Único. Cuidar su integridad y alargar su vida es un cántico de gratitud. Torturado, tratarlo con negligencia, matarlo, es una blasfemia. Es entrar a saco en un templo, derribar el altar, ensuciar el piso, voltear las paredes y permitir que lo rapiñen las alimañas. Es mofarse de Dios.

Las pláticas sobre medicina concluían con frecuencia en los temas judíos. Me hizo conocer las opiniones de Filón de Alejandría y Maimónides sobre las normas dietéticas que tratan de respetar los judíos cuando no son objeto de persecución. Me enseñó el alfabeto hebreo sobre hojas de papel que luego quemaba. También me enseñó las festividades y su significación.

Desde el viernes a la tarde nos preparábamos para recibir el sábado: era un secreto que compartíamos en jubilosa complicidad porque para nosotros era la fiesta. En el arcón teníamos lista la ropa que arrugábamos para disimular por si irrumpía un delator y un mantel blanco con una vieja mancha. Preparábamos una comida diferente a base de codorniz, pato o gallina bien sazonados, guarniciones de habas, cebolla cocida, aceitunas y calabaza, y postres de frutas secas o un buen budín. La

vivienda no era distinta en apariencia, pero se cargaba de dignidad. El sábado — repetía mi padre— es una reina que visita el hogar de cada judío: ingresa con sus tules, invisibles gemas del cielo, perfume de valles florecidos y sus melodías de arpa. El candelabro emite secreta energía al convertirse sus brazos en altas antorchas. Durante seis días es el hombre despreciado y calumniado que huye, se esconde o disfraza para sobrevivir. En el sábado se siente un príncipe. Descansa como Dios ha descansado, celebra como Dios ha celebrado.

Si un familiar de la Inquisición hubiera volteado la puerta, nada diferente habrían visto sus ojos: el padre y el hijo comían a la mesa con la vajilla habitual y tenían abiertos unos libros, como también era habitual. Esa apariencia cotidiana encubría la realidad: el padre y el hijo gozaban el sábado porque habían pronunciado la bendición (en voz baja, para que no la escuchasen las orejas incrustadas en los muros), comían con elegancia (como se hace en los banquetes), sentían sus corazones felices (porque honraban a Dios y sus mandamientos) y leían y comentaban la Sagrada Escritura que el Señor les confió al pie del Sinaí.

La noche del sábado era una gloria. Íntima, secreta, calma. Brillante. Antes de levantarnos solía recomendarme que no ignorase mi circunstancia. Éramos marranos, es decir, carne de verdugos. Al día siguiente deberíamos seguir escondidos bajo el disfraz. Tenía la obligación de cuidarme para que el templo que era mi cuerpo no fuese profanado. No debía arriesgarme ante quienes jamás comprenderían mis derechos.

En esas noches de apacible alegría analizamos el extraño privilegio —y las obligaciones— que entrañaba recibir directamente la Palabra infalible. Reflexionamos sobre la envidia y específicamente sobre el miedo enorme que producía la posesión de esa Palabra. Era como dominar el rayo. Esa Palabra fue enseñada a los judíos en forma sistemática desde los tiempos de Ezra, el escriba. Semanalmente se leía una porción, de tal suerte que a la vuelta del año se completaba su lectura. Pero no sólo la leía el sacerdote: los mismos fieles ascendían al tabernáculo, sacaban los rollos sagrados, los abrían, contemplaban la pareja letra en caracteres hebreos y pronunciaban las frases resonantes.

—Por eso creé la academia de los naranjos en Ibatín. El estudio es nuestra obsesión.

Nos divertíamos haciendo acrobacias con los versículos: uno decía de memoria algunos y el otro los ubicaba en el libro correspondiente. A mi padre le gustaba recitar los *Salmos*. Yo prefería los profetas. Son un catálogo de la condición humana. No falta ninguna de las virtudes ni de los vicios, las ilusiones o las desesperanzas.

—No repitas, Francisco, mi trayectoria atroz —insistía a menudo.

Las últimas semanas de vida guardó cama. Le dolían los pies y empeoró su afección pulmonar: nunca se había recuperado completamente del tormento del agua.

Se extinguía lentamente. Una tarde su mano temblorosa acarició el estuche forrado en brocato y dijo:

—Esta llave simboliza la esperanza en el retorno... Tal vez simboliza algo más fuerte aún: la esperanza, simplemente.

Besó el estuche y me lo entregó. Después su índice recorrió vagamente los anaqueles en penumbra. Con sus ahorros había seguido comprando libros sin cesar. Había formado otra respetable biblioteca cuyas dimensiones no eran inferiores a la que expropiaron en Córdoba. Recuperó varios de sus autores queridos. Ahí estaban Hipócrates, Galeno, Horacio, Plinio, Vesalio, Cicerón. Incorporó además, el *Tesoro de la verdadera cirugía*, *Antidotario general*, *Drogas y medicinas de las Indias Orientales*, *Diez privilegios para mujeres preñadas con un diccionario médico*. Junto a ellos se alineaban tratados sobre leyes, propiedades de las piedras, historia, teología. Un largo tramo lo ocupaban obras de literatura, entre las cuales se destacaban las Comedias de Lope de Vega.

—Son tuyos —dijo.

Finalmente apuntó hacia el *Scrutinio Scripturarum* de Pablo de Santamaría.

—Lo compré para que te des el gusto de refutarlo. Pero hazlo mentalmente; no lo escribas. Eso podría llevarte a la hoguera.

Su respiración empeoró rápidamente. Le acomodé las almohadas y agregué las mías. No se aliviaba. Su piel se tornó lívida. Los labios y la lengua estaban secos. Le ofrecí cucharaditas de agua. Hasta sus conjuntivas se iban oscureciendo.

Se moría. Apretó mi mano: le desesperaba la asfixia. Quería decirme algo. Aproximé mi oreja a sus labios índigos. Mencionó a Diego, Felipa, Isabel; yo le prometí que me ocuparía de buscados. Mis hermanas seguían en el monasterio de Córdoba, seguramente estaban bien.

Fui a renovar las hierbas medicinales que hervían en el caldero. En realidad fui a secarme las lágrimas para que no viese mi quebranto.

Con el poco aire que le restaba, alcanzó a sonreír. Sonrisa extraña y profunda. Inspiró para cada palabra, que desgranó solemnemente:

—¿Recuerdas?... *Shemá Israel, Adonai... Elohenu... Adonai Ejad.*

Se rindió tras el esfuerzo. Cerró los ojos. Le mojé los labios y la lengua. Lo apantallé. Su agonía era un suplicio.

Tanteó el borde de su lecho hasta encontrar mi mano y la acarició.

—Cuídate... hijo mío.

Fueron sus últimas palabras. Su cabeza estaba azul y sus párpados hinchados. La respiración acelerada cesó. La mirada quedó fija: parecía asombrada por el objeto que colgaba junto a la puerta: el infamante sambenito.

Cerré sus ojos y quité algunas almohadas. Su piel empezó a clarear; parecía dormir. Yo solté mi llanto. En absoluta intimidad, sin freno alguno, pude sacudirme,

hipar, emitir quejidos y bañarme en lágrimas. Después, cuando el desahogo me alivió, susurré:

—Ahora te puedes distender, papá. Ya no te perseguirán espías ni verdugos. Dios sabe que fuiste bueno. Dios sabe que Diego Núñez da Silva ha sido un justo de Israel.

Me lavé la cara y di unas vueltas por la habitación. Papá había muerto como judío, pero debía simular lo contrario. Era preciso efectuar un velatorio y enterrado como exige el disfraz. Sería gravemente sospechoso que no se hubiera confesado antes de morir ni recibido el óleo de la extremaunción. Él había fallecido, pero no la farsa a que estaba condenado. Dejé su cabeza descubierta y arreglé las cobijas como si estuviese durmiendo. Salí en busca del sacerdote. Mi dolor no requería afeites: las lágrimas que se derraman por un padre muerto no se diferencian de las que fluyen por un padre agónico. El cura se impresionó por mi cara. Dije que él sufría un intenso dolor cardíaco y le imploré que se apurase. Lo hice correr por las calles. El sacerdote, agitado, me gritaba palabras de consuelo.

Cuando enfrentó el cadáver me miró desconcertado. Volví a llorar.

El resto de las ceremonias se cumplió en regla. La «apariencia» funcionó bien. Mi padre murió en la fe que animaba su espíritu y fue enterrado en la fe que exigía la sociedad. De lo primero sólo yo fui testigo. De lo segundo un par de barberos y el boticario del hospital, además el sacerdote, los sepultureros y escondidos espías.

El ayudante de sargento Jerónimo Espinosa tiene presente la orden que le impartieron en Concepción cuando le confiaron el prisionero: deberá introducirse en Santiago de Chile durante la noche cerrada para que la presencia del reo —hombre muy conocido en la ciudad— no genere tumulto.

Aguarda, pues, la densificación de las tinieblas. Entonces ordena reanudar la marcha. En una hora se habrá liberado de esta complicada misión.

Francisco Maldonado da Silva cabalga a su lado. Es un inusual prisionero. Su increíble postura le produce malestar.

Mi padre apareció en mis sueños con su denigrante sambenito, marchando a los tumbos, arrastrando los pies de torturado. A menudo reaparecían las escenas de Ibatín y de Córdoba y otra vez el brutal arresto, la rapiña inquisitorial, fray Bartolomé escoltado por su felino y un notario, el castigo horrendo al negro Luis por preservar los instrumentos quirúrgicos.

El único ante quien podía confiarme en esos días de luto era Joaquín del Pilar. Me escuchaba con paciencia; unas semanas después propuso aliviar mi duelo visitando a gente que sufría en grado superlativo.

—Un buen médico debe mirados de cerca, tocarlos.

Relató entonces que su familia también había contado con una pareja de negros. Joaquín los quiso mucho porque se ocuparon de atenderlo, jugar con él y brindarle amparo cuando se murió precozmente su padre. Un día la negra se hizo un profundo corte en el dedo mientras cocinaba y no sintió dolor. Ese privilegio fue su condena: diagnosticaron que era leprosa. El Protomedicato mandó investigar y se descubrió que su marido ya había contraído la enfermedad, aunque había guardado secreto. Ambos fueron exiliados en seguida. No se los consideró portadores de una peste, sino que eran la peste, y fueron empujados a punta de las lanzas hacia el barrio infame. Los leprosos debían quedar aislados en un miserable sector de Lima hasta morir porque su enfermedad era incurable y contagiosa. Ni sus cadáveres saldrían de allí.

Me propuso ayudado con las amputaciones y las curaciones con hierbas medicinales, alcohol y nitrato de plata.

—Ahí vive Hipócrates —afirmó—. No en las aburridas lecturas.

Mi pesadumbre era tan agobiadora que no tenía ánimo para aceptar ni rechazar. Me dejé llevar.

Cruzamos el puente de piedra con sus orgullosos torreones. En lugar de encaminarnos hacia la fragante Alameda, torcimos hacia el reducto de leprosos establecido en el barrio de San Lázaro. Todos eran negros. Padecían la más antigua y espantosa de las enfermedades. Eran la muestra rotunda de la cólera divina.

—¿Sabes por qué son ellos los castigados? —preguntó Joaquín.

—El obispo Trejo y Sanabria —dije— me explicó hace mucho que Noé condenó a los descendientes de su atrevido hijo Cam.

—El negro Cam... —musitó Joaquín—. «Que su simiente sirva a la de Sem y Jafet.» De ahí la esclavitud. Eso también lo escuché en varios sermones.

—Es la explicación que deja tranquilos a los traficantes y dueños de esclavos.

—¿No la consideras válida, acaso?

—La Biblia está llena de maldiciones y bendiciones —titubeé—. A veces se contradicen.

—A veces se las acomoda a lo que conviene. Pero ¿no era suficiente plaga la esclavitud para, encima, descargarles la lepra? Te pregunto sin segundas intenciones. No tengo la respuesta.

—Yo tampoco, Joaquín. No sé. Dios es todopoderoso y omnisciente. Nuestro pequeño cerebro apenas puede registrar las experiencias de una corta vida.

—¿Sientes el olor? —inspiró sonoramente.

—¿Ahí es el barrio?

—Sí. Un pedazo del infierno. ¿Te animas a seguir?

—Me animo —dije con indiferencia—. Podríamos contagiarnos, además.

—Hace medio siglo que aparecieron los leprosos y se los amontona en esa cuadra. Hasta ahora ningún blanco contrajo la enfermedad.

—Alguna vez podría ocurrir.

—No ha ocurrido. En Lima es enfermedad de los negros. Es el único honor que se les ha concedido en exclusividad, generosamente.

El amontonamiento de chamizos apenas dejaba lugar para estrechas callejuelas por donde corrían acequias hediondas. Unos niños negros aparentemente sanos se precipitaron hacia nosotros. Éramos una visita infrecuente. De los huecos se asomaron hombres y mujeres envueltos en túnicas que alguna vez fueron blancas. Con ellas denunciaban, como exigía la ley, su condición de leprosos. Una negra corrió tras el niño que pretendía agarrar mi jubón, sacó su mano de la túnica y le atrapó el cuello: le faltaban dos dedos y tenía manchas calcáreas. Percibió mi mirada de asombro y desapareció en seguida. Después se nos cruzó un hombre sin nariz. De las paredes nacían figuras espectrales. Algunas columnas de humo delataban calderos y hornos de pan. Esa basura vivía como el resto de los humanos.

Seguimos avanzando hacia la capilla. Mi abatimiento empezó a ser perforado por la creciente consternación. Aparecían miembros reducidos a muñón, heridas infectadas con piojos, carne podrida que deja al aire los huesos. Empujé a Joaquín para evitar que lo golpease un enano sin piernas que se desplazaba velozmente sobre una tabla provista de rodillos. De un lado y otro veía asomarse entre tules seres en continuo proceso de pérdida: dedos, orejas, nariz, ojos, mentón, antebrazos eran objeto de amputaciones espontáneas implacables que hacían mofa a la presunta unidad del cuerpo.

Estos muñecos desarmables formaban familias y tenían hijos sanos (por un tiempo). Sus almas necesitaban alimento, como los demás. Los sacerdotes, empero, no encontraban forma de brindarles la debida dedicación. De tanto en tanto, protegidos con cruces y rosarios, se aventuraban hasta la capilla mientras unos monaguillos se encargaban de empujar con un largo bastón a los irresponsables que pretendían tocarles el hábito.

—También ha venido el hermano Martín de Porres —comentó Joaquín.

—Sé que lo han reprendido todas las veces. Le han dicho que puede llevar el contagio al hospital.

—Ha seguido viniendo de todos modos. Donde hay sufrimiento, aparece.

—Es un alma excepcional —dije.

Joaquín encontró al esclavo que alegró su niñez. Estaba sentado sobre una piedra junto a su chabola. Parecía anclado a la podredumbre. No tenía manos ni pies. Su cara exhibía un horrible agujero en el sitio de la nariz. Levantó los ojos al oír su nombre y se iluminó con una sonrisa desdentada. Tendió los muñones hacia Joaquín. Mi condiscípulo asió el izquierdo, que tenía una llaga vercosa.

—Se te ha vuelto a infectar —lamentó.

Alrededor de la llaga se extendía su piel dura y agrietada como madera forrada de ceniza. Abrió la petaca para empezar la curación. La gritería se acercaba. De súbito un torrente de leprosos, agitando sus túnicas mugrientas, se abalanzó por la callejuela: los perseguían oficiales montados. Rengos y ciegos se precipitaban como árboles desgajados. La polvareda apenas disimulaba los brazos de los oficiales que golpeaban sin escrúpulos mientras sus cabalgaduras empujaban y pisoteaban para abrirse paso.

Nos aplastamos contra la ondulada pared de la chabola los negros sin túnica saltaban por sobre los leprosos despavoridos. Era evidente que la policía trataba de alcanzarlos. Los ágiles fugitivos nos vieron e intercambiaron una mirada. Al instante sentí el aliento de uno de ellos sobre mi mejilla y un puñal en la garganta. Nos convirtieron en rehenes. Los jinetes se detuvieron a pocos metros, irritadísimos. Todos gritaban. Se mezclaban las órdenes insultantes de los oficiales con las amenazas de nuestros captores.

—Suelten las dagas, asesinos —exigió un soldado.

—¡Váyanse, váyanse! —replicaron jadeantes los negros.

Uno de los oficiales era Lorenzo Valdés. Supe más tarde que venían persiguiéndolos desde el puente, donde acuchillaron a un gentilhomme. Pretendieron desaparecer entre los leprosos. Ambos eran fuertes. En su nerviosismo mi captor no advertía que la punta de su daga me cortaba la piel. Todo ocurría vertiginosamente, un silbido hirió mi oído y al instante sentí un golpe seco. El brazo del negro se aflojó. Me di vuelta y choqué con la lanza que lo perforó el cráneo. Se derrumbó lentamente. De su cabellera crespa fluía sangre con materia cerebral. El captor de Joaquín quedó paralizado de terror y le quitaron fácilmente el arma.

Lorenzo se apeó.

—¿Estás bien? —pasó un dedo por mi cuello lastimado.

—Sí. Gracias.

El uniforme aumentaba su imponente. Hasta la mancha vinosa de su cara parecía haber disminuido.

—¿Qué hacías aquí?

—Ya soy médico, no te olvides —expliqué con una mueca.

Me palmeó con afecto.

—Estos asesinos pretendieron esconderse entre los leprosos —hizo una seña a los soldados para que apartaran el cadáver.

—No era mala idea.

—Creían que no nos atreveríamos a meternos...

—No te conocían.

Volvió a palmearme.

—Francisco —se arrimó a mi oreja—. Sé que partes a Santiago de Chile.

—No te faltan espías, ¿eh?

—Gracias a Dios... y a mis escrúpulos.

—¿Te parece un buen sitio para mí?

Sonrió.

—Mientras no te arriesgues entre los indios araucanos. Los calchaquies que asustaban a Ibatín son ángeles en comparación.

—Me refiero a la ciudad de Santiago.

—Dicen que es hermosa. Y que sus mujeres son hermosas.

—Gracias por el dato.

—Ahora en serio, Francisco —me puso la mano en el hombro—. Haces bien en partir. El nuevo virrey, que es un príncipe, se entienda a las maravillas con el Santo Oficio. Esto es novedoso aquí, en Lima. Así comentan en el cuartel. Y esa buena relación se traducirá en... bueno, ya sabes.

Montó. Su esbelto caballo caracoleó en la sucia callejuela y casi derrumbó la pared de una chabola.

—¡Ten cuidado! —exclamó alejándose al trote.

Lo llevan directamente al convento de San Agustín. Ya le han reservado una celda provista de grilletes. Francisco no ofrece resistencia. Da la impresión de tener cierto apuro. Dice al monje que le instala los anillos de hierro en pies y manos que está listo para hablar, ante las autoridades.

Jerónimo Espinosa es recibido en la sala por fray Alonso Almeida, calificador^[30] del Santo Oficio, en presencia de un notario que arrancaron del lecho y no cesa de bostezar. El calificador ordena al ayudante de sargento entregar los bienes confiscados. El notario rasga su pluma sobre los largos pliegos: el inventario no suscita objeción alguna. Ahí están 200 pesos, dos camisas, dos calzones, la almohada, el colchón, dos sábanas, el acerico, una frazada, un almofrez y el vestido fraileesco sin ojales ni botones que el prisionero usará en las audiencias con el Tribunal.

Jerónimo Espinosa obtiene un recibo con sello y firma. Puede regresar a

Concepción. Se siente aliviado. No ha contado, por supuesto, que estuvo a punto de perder al cautivo. En el viaje de retorno prohíbe que se hable de él.

Al día siguiente de mi arribo a Santiago de Chile fui a visitar el único hospital. Tenía doce camas, algunas sábanas y tan sólo cinco bacinas que los enfermos compartían para orinar y defecar. Su instrumental se reducía a tres jeringas. Hablé con el barbero cirujano Juan Flamenco Rodríguez, quien me estimuló a presentarme para el cargo vacante de cirujano mayor. Dijo que había mucho trabajo y hacía falta un profesional con títulos. Juan Flamenco Rodríguez me guió por los recovecos del edificio y protestó ante la botica vacía: «Ni siquiera tenemos un herbolario.»

Entrevisté a las autoridades, exhibí mis diplomas de la Universidad de San Marcos, informé sobre experiencias en los hospitales del Callao y Lima e incluso ofrecí utilizar mi caja de instrumentos hasta que el hospital consiguiera su propia dotación. Me recibieron con alegría, con alivio. No se cansaban de repetir cuán providencial había sido mi llegada. Desde que el gobernador fundó un hospital en esta ciudad y otro en la sureña Concepción, la prioridad que nunca pudo ser satisfecha fue la de un profesional universitario. Yo sería el primer médico legítimo del país. Esta afectuosa recepción me dio fuerzas para soportar los desalientos del trámite, que son moneda corriente en todo el Virreinato.

En efecto, a mediados de 1618 tuvo lugar una sesión del Cabildo en la que se fijó por escrito que el hospital de Santiago necesitaba perentoriamente un médico; y se encargó al procurador general que empezara a reunir los fondos para afrontar mi sueldo. Aunque yo preguntara y apurase, recién ocho meses después volvió a discutirse la «urgencia» y aprobaron que sirviese en el hospital junto al barbero Juan Flamenco Rodríguez. Este notable envión al trámite no significaba, empero, su cierre: tenía que esperar la firma del gobernador. y el gobernador se pasaba la mayor parte del tiempo combatiendo a los indios araucanos en el Sur.

Juan Flamenco Rodríguez encogió los hombros.

—Sólo cabe esperar.

Después me guiñó:

—Usted no puede atender los enfermos del hospital hasta que el decreto esté en forma, pero puede darme consejos para ciertos casos difíciles.

Comencé a brindar mis servicios a los habitantes de la ciudad. Me respaldaba un diploma coruscante de sellos y firmas, las comadres difundieron mis méritos. Tuve la prudencia de callar críticas a los curanderos, clisteros y ensalmistas que ofrecían remedios maravillosos: aprendí a ejercer el silencio como una técnica esencial que merece incorporarse a la bella oración de Maimónides. En todas las poblaciones del Virreinato medran los embaucadores de la salud y su irresponsabilidad es tan grande que no tendrían escrúpulos en inventar ríos de calumnias en contra de mí. Mi condición de marrano (de personalidad encubierta, dividida y mentirosa) me ayudó a

callar aun cuando espumaba indignación. Los pacientes crónicos atribuían su desgracia a los malos tratamientos y deseaban convertirme en cómplice de sus denuncias.

En agosto de 1619 —había transcurrido más de un año— el gobernador Lope de Ulloa firmó mi designación. ¡Albricias! ¿Podía ya hacerme cargo del hospital? No: era preciso que el documento llegase a Santiago. Fue firmado en Concepción y tardaría alrededor de una semana. Transcurrido ese lapso, la minuciosa administración necesitaba labrar el acta de nombramiento. Para que esto se cumpliera el expediente circuló por varios escritorios durante cinco meses adicionales. Pensé que convenía olvidar el decreto, el hospital y mi crepuscular entusiasmo.

A mediados de diciembre me anunciaron que estaba organizándose el acto de mi juramento. ¿Un acto especial? Sí, especial. Un acto aparatoso. Un *espectáculo*, como diría mi condiscípulo Joaquín del Pilar. La tardanza de los últimos días tuvo más relación con los avatares del espectáculo que con los requerimientos de la salud pública. Para la ceremonia fueron convocados el Cabildo, la Justicia y el Regimiento con ropa de etiqueta; se distribuyeron los asientos de alto espaldar. Solemnemente, los funcionarios tomaron ubicación bajo los estandartes del Rey y la muy noble ciudad de Santiago de Chile. Se contemplaron unos a otros con orgullo, desprecio y envidia, según los sitios. Después un oficial leyó el largo decreto. El gobernador mandaba que el Cabildo, la Justicia y el Regimiento de la ciudad, así como sus demás personajes y moradores, reconocieran el digno cargo. Me sorprendió la importancia que le atribuía porque ordenaba, textualmente, que se me «guarden y hagan guardar todos los honores, gracias, mercedes, preeminencias y libertades, prerrogativas e inmunidades que por razón de dicho oficio debéis haber y gozar, sin que os falte cosa alguna».

Juan Flamenco Rodríguez se alisó los bigotes, sonrió con malicia y dijo que me había reservado algunos casos difíciles.

En la celda del convento agustino de Santiago, Francisco trata de darse fuerzas invocando los hermosos años que pasó en esta ciudad. Recuerda su llegada en 1617, tras la muerte de su padre y el clima persecutorio que se había desencadenado en Lima tras el ataque de los holandeses. Recuerda su primera visita al pequeño hospital, el largo trámite de su designación, el pomposo juramento y la camaradería con Juan Flamenco Rodríguez.

Le molestan los grillos. Desea que lo interroguen, que lo amonesten de una vez. Quiere enfrentarlos. Pero el Santo Oficio es paciente, metódico. Demoledor.

Los aldabonazos insistentes amenazaban voltear la puerta. Salté del lecho y avancé con las manos extendidas. La espesa noche desorientaba mis pasos. Abrí y una figura encapuchada, apenas visible, llenaba el vano.

—El obispo está grave —dijo jadeante, sin saludo previo.

—Ya voy —contesté.

Me vestí precipitadamente y recogí la petaca. Lo seguí a largos trancos. Las calles de Santiago de Chile estaban desiertas, débilmente plateadas por la luna. Antes de avistar la residencia episcopal vinieron a nuestro encuentro otros dos hombres.

—¡Rápido! —exigieron.

Empezamos a correr. Un pequeño grupo que sostenía varias lámparas aguardaba ante el portal. Me condujeron directamente a la alcoba del prelado. Cada diez metros se hallaba apostado un fraile con un cirio encendido.

—Hágale una sangría, doctor. Es urgente. Se muere —suplicó su ayuda de cámara.

Me senté junto al enfermo. Pedí más luz. El temible obispo ciego de Santiago de Chile y ex inquisidor de Cartagena tenía la piel blanca como la funda de su almohada. Sus cabellos pobres y cenicientos estaban húmedos. Le tomé el pulso, que era débil y rápido. Toqué su frente fría. Tenía los ojos semiabiertos: en el lugar de las pupilas existía una mancha de cal. Este hombre indefenso fue la hélice que el último domingo arrojó llamaradas contra la feligresía encogida de miedo. Durante esa tempestad no hubiera podido imaginarlo en la cama, anémico, casi fulminado por sus propias amenazas.

—Ya ha sangrado mucho —expliqué tendiendo el mentón hacia la bacina.

—No es sangre de la vena —porfió.

—Es sangre. Sangre negra. Su pulso desaconseja otra extracción.

—¿Qué hará, entonces?

—Le daremos leche. Y pondremos paños fríos en el abdomen —el ayudante de cámara no entendía; entonces añadí—: En cambio abrigaremos su pecho, brazos y piernas.

El ansioso ayudante gruñó, disconforme:

—Es un remedio demasiado cauteloso para un cuadro tan serio.

—Es verdad —contesté—; pero se hará como yo digo.

El hombre se inclinó ante la firmeza de mi voz y salió a transmitir mi orden. El viejo prelado empezó a buscar mi mano sobre la sábana.

—Bien, hijo —susurró con un esbozo de sonrisa—. Todavía saben obedecer.

—Están muy preocupados por su salud, Eminencia.

—También yo estoy harto de sangrías —apenas podía hablar.

—Ha tenido una hemorragia intestinal alta. No se justifica sacarle más sangre ahora.

—¿CÓmo es una hemorragia intestinal? —preguntó con esfuerzo.

—Negra, muy negra.

—¿Eliminé sangre negra, muy negra?

—Sí.

—Entonces me he purificado. Sangre negra, sangre mala —suspiró.

—Le aconsejo que no se fatigue, Eminencia.

—Más me fatigan... esos imbéciles —agregó con fastidio.

Su rostro era el de un hombre sometido a perpetuas pruebas. Irradiaba el carácter de una talla angulosa. Su frente estaba partida por un surco hondo en el que confluían cejas hirsutas. Tenía majestad. ¿Era éste el hombre que predicó con el rencor hirviendo? En la iglesia no había estado pálido como ahora, sino rojo de furia. Predicaba la humildad a los gritos y exigía más limosnas: cada uno de los fieles podía dar el triple, quíntuple. Amenazó con enfermedades, sequías y catástrofes por quedarse con las monedas que debían obrar con altruismo. Recordó que había mandado confeccionar una lista de los ricos para mencionarlos en sus oraciones, pero no los iba a mencionar para conseguirles una bendición, precisamente. Azotó a los cristianos de poca fe que maltratan a los indios y a los esclavos: son pecadores que no aman al prójimo y no entrarán en el reino de los cielos. El templo oscilaba como una nave en la tormenta.

Una chinche picó mi muñeca. La aplasté contra el piso. El prelado interpretó bien los ruidos.

—Acaba de matarme una amiga —susurró.

—Una chinche.

—Las únicas amigas santas.

—Si Su Eminencia no se ofendiera, le diría algo.

—Diga.

—Veo demasiadas chinches por abajo y por arriba de las sábanas. No le ayudarán en su convalecencia. Usted necesita reposo, distensión.

Parpadearon sus ojos opalescentes. Los labios delgados se movieron sin emitir sonido, buscando la respuesta adecuada.

—No permitiré que las saquen —afirmó con voz arenosa—. Muerden mi carne para limpiarme el alma. También son criaturas de Dios.

—No lo dejan descansar, Eminencia.

—Rompen mis sueños... ¿entiende? —agregó enojado.

No insistí. Le ayudé a beber la leche y mostré a su ayudante cómo aplicar los paños fríos en el abdomen mientras abrigaban el resto de su cuerpo.

No recidivó la hemorragia, felizmente. En mis sucesivas visitas fui registrando el

progreso de su convalecencia. Apreciaba mi actitud como un gesto de autoridad profesional. De pronto una tarde preguntó a quemarropa si estaba dispuesto a casarme. Me sobresaltó: este hombre se ocupaba de todo. Tras mi sorpresa por lo intempestivo de su curiosidad, confesé que me gustaba la hija del gobernador interino.

—Aprecio su sinceridad, doctor; ya lo sabía —comentó seriamente.

—¿Ha puesto a prueba mi sinceridad entonces? —sonreí.

—Siempre estamos ante el examen del Señor.

—Aún no tuve la respuesta de su padre, sin embargo.

—El gobernador no es su padre carnal, sino adoptivo

—Pero actúa como si fuera el verdadero padre.

—Sí. Infiero que no hará objeciones. Le agradecerá que usted se incorpore a su familia —levantó el índice—: una vez, claro, que se arreglen las negociaciones por la dote.

—No tengo mucho para ofrecer.

—¡No sea avaro! —empezó a encenderse—. Es usted un buen médico y ganará mucho. Desde fin de mes comenzará a oblar su limosna, como todo el mundo —ordenó—. Quiero que su mano sea tan generosa con el dinero como es hábil con las enfermedades. La caridad iluminará su inteligencia.

—Trataré, Eminencia, trataré —me picó otra chinche. La aplasté con una sonora palmada.

—¡No sea el asesino de una santa! —protestó con imperturbable seriedad.

—Son virulentas.

—Maravillosas. Rompen mis sueños.

—No le entiendo.

Torció la boca, muy extrañado. Y formuló una interpretación asombrosa.

—Rompen mis sueños... ¿No entiende? El sueño es como una cáscara en cuyo interior somos víctimas del demonio. Esto es sabido. Rodamos en su concavidad sin punto de apoyo. Nuestra voz no llega a nadie y nuestra fuerza es menor que el soplo del aliento. Dentro de la cáscara impermeable del sueño, el demonio hace con nosotros su capricho.

—No siempre el sueño es pesadilla.

—¿Se refiere a los sueños placenteros?

—Por ejemplo.

—¡Son los peores! —sus ojos blancos refulgieron como proyectiles de metal.

Guardé silencio.

—Son los peores. El demonio nos engaña. Y consigue hacernos incurrir en pecado mientras dormimos. Dentro de la cáscara nos convertimos en esclavos de la tentación... Intervienen, entonces, mis únicas amigas, las únicas que no saben de

lujuria: las chinches. Pellizcan mi carne y quiebran la cáscara, rompen el sueño. Me devuelven a la vigilia armada.

—Pueden despertarlo en un momento en que no sueña —asombrado, me escuché porfiarle.

Movió sus labios en busca de respuesta.

—¡Siempre se sueña! —exclamó—. El demonio aprovecha nuestro descanso. Cuando aflojamos los músculos y cambiamos las tensiones de defensa por el relajamiento horizontal, entonces nos encierra en esa cáscara impermeable y nos corrompe. Otra de sus perversiones es hacernos olvidar lo ocurrido para que no tengamos la posibilidad de expiar el pecado. ¿No tiene la sensación, al despertar, de que muchas imágenes que fueron intensas se fugaron como los vapores del amanecer? Ahí tiene, pues. Ahí tiene la prueba de su perversidad. A menudo no queda ni el vapor. Nada. Uno se ha revolcado en la concupiscencia durante la noche y luego se levanta para cumplir la jornada como si estuviese limpio.

—¿Somos culpables de un pecado ajeno a nuestra voluntad?

Sus manos huesudas plegaron el borde de la sábana. El tajo vertical del entrecejo se pronunció.

—Somos culpables de permitir que sobreviva, en nuestro espíritu, la tentación. Y el demonio se aprovecha. Nuestra culpa reside en no combatirla con la debida constancia. Somos pecadores, hijo. La carne es débil—apretó mi mano—. Por eso usted debe casarse pronto.

—Gracias, Eminencia.

—Los sacerdotes, en cambio, tenemos que proseguir nuestra lucha. El voto de castidad no sólo se cumple con la abstinencia, sino impidiendo que la mujer invada nuestros sentidos.

—¿Es posible?

—El Señor me ha bendecido con la ceguera: por lo menos no las veo más. Pero el demonio las lleva a mis sueños —se interrumpió; contrajo la cara, después tanteó mi mano—: Quiero levantarme, doctor. Ya me siento en condiciones.

Antes de que le pudiese responder, su pensamiento retornó al tema obsesivo.

—¡Son peores que los judíos y los herejes! —chasqueó los labios y paró la oreja: quería percibir mi reacción.

—¿Las quiere excluir del mundo? —completé su idea con indisimulable malestar. Este hombre durísimo ¿me estaba sometiendo a una hábil investigación? ¿Sospechaba mi origen?, ¿había advertido mi judaísmo? Su abrupta pregunta sobre mi casamiento y su no menos intempestiva referencia a los judíos y herejes me preocupó.

Vi a Isabel Otañez en la misa del domingo. Estaba en primera fila, junto a sus padres adoptivos. La vi comulgar con devoción. Al finalizar el servicio me paré junto al pasillo central. Los dignatarios salían con paso lento y solemne, lucían sus mejores ropas y en sus rostros se combinaba el sacralizante aroma del incienso con el luciferino anhelo de exhibición. Ella pasó cerca y nuestros ojos se tocaron. Los suyos tenían el nostálgico color de la miel. La seguí sin darme cuenta de que estaba mezclándome con los funcionarios. La delicadeza de su figura me pareció extraordinaria. El codo de un regidor me sacó de la mayestática fila; entonces caminé hacia la nave lateral y traté de alcanzarla en la calle. Estaba rodeada por su familia y varios soberbios cortesanos. Me parecía la mujer más hermosa de Chile. Quería mirar otra vez sus ojos. Estaba enloquecido como una abeja en las cercanías del néctar. Arreglé mi camisa, capa y sombrero, alisé mi breve barbita y ordené los cabellos de mi nuca. Caminé hacia el colorido grupo. El sol se refractaba en los bordados y las pedrerías. Un alabardero me cerró el paso; su movimiento brusco hizo girar varias cabezas y ella me miró otra vez. Me alejé con esperanza.

Dos semanas más tarde apareció un mensajero en el hospital. Traía una esquila de don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor, gobernador interino, que se había convertido en mi paciente. Me invitaba a su residencia para una tertulia. Hice girar el grueso papel entre mis dedos con cierta incredulidad. Mi nombre estaba bien escrito y el abultado sello identificaba a la más alta autoridad del país. Si bien yo lo había empezado a asistir por sus crónicas dolencias, esta invitación implicaba un acercamiento a Isabel.

El gobernador interino había asumido sus funciones pocos meses atrás. Era un hombre de carácter que deseaba acumular títulos, méritos y fortuna para convertirse en gobernador efectivo. Ya llevaba diez años de servicios en la magistratura y consideraba que aún no había acaparado el poder ni las riquezas que su talento y sacrificio merecían. Sus antepasados integraron las primeras y gloriosas legiones que conquistaron Nueva España. Había estudiado jurisprudencia civil y canónica en la Universidad de Salamanca, donde fue galardonado con el título de Doctor en ambos Derechos. Llegó al agitado reino de Chile en mayo de 1619 (yo aguardaba mi designación en el hospital de Santiago). Encontró que la Real Audiencia, donde debía asumir como oidor, había dejado de funcionar por muerte de casi todos los restantes miembros. Sin tardanza, acompañándose de algunos abogados, reinstaló el tribunal. Estaba decidido a hacerse notar: advirtió que estaba muy difundida la costumbre de hacer promesas y regalos a familiares o criados de los jueces para conseguir beneficios y, sin pensarlo mucho, mandó pregonar un bando en el que apercibía con multas e inhabilitaciones a quienes usaran esos métodos corruptos para conseguir sus

pretensiones. El obispo lo felicitó públicamente por tan oportuno y saludable decreto.

Tanta aceleración conmocionaba el tradicional ritmo de los asuntos públicos. Podría decirse que este hombre fue un ataque por sorpresa a todo Chile. En efecto, por hallarse el entonces gobernador López de Ulloa ocupado en la guerra del Sur contra los indómitos araucanos, asumió intempestivamente el gobierno civil de Santiago y se dedicó a las construcciones y otras obras públicas que hicieran campanillar su nombre y le proveyesen (indirectamente, con hábiles garabatos contables) un importante ingreso extra. Pensaba que si era el autor de las iniciativas y quien se esforzaba por hacerlas realidad, era justo que una parte del gasto se convirtiera en su ganancia privada. Esto no agradó al obispo.

En diciembre de 1620 llegó a Santiago la noticia de que en la ciudad austral de Concepción había muerto López de Ulloa. El mensajero traía dos documentos en sus manos fatigadas: la certificación del deceso y ¡la designación de Cristóbal de la Cerda y Sotomayor como su sucesor en el mando! (el fallecido gobernador tuvo la grandeza de firmar el decreto antes de expirar). Era necesaria la confirmación del nuevo mandatario ante la Real Audiencia, pero Cristóbal de la Cerda no iba a permitir que esa oportunidad naufragase en los laberintos burocráticos que conocía muy bien. Como la Real Audiencia carecía de algunos miembros (murieron unos oidores y el fiscal se hallaba en Lima) decidió que era urgente el pronto despacho. Sin pérdida de un solo día, se adueñó del sello de la Audiencia, de la representación del Rey, y él mismo legalizó su propio nombramiento. Luego convocó al Cabildo de Santiago ante el cual, solemnemente, prestó el juramento de estilo. Para que no flotaran dudas sobre el poder que investía, uno de sus primeros actos fue anular otro, que era un nombramiento hecho por su predecesor: elocuente forma para demostrar que «a rey muerto, rey puesto»...

Quienes pensaban que la suya era sólo fogosidad de letras, números y trámites, se equivocaron. A su despacho de flamante gobernador interino llegó en seguida el reclamo de auxilio militar: los capitanes de los fuertes del Sur pedían socorro ante el incremento de las sublevaciones indígenas. Don Cristóbal no perdió tiempo. Aunque era ajeno al ejercicio de las armas, reunió una columna de ciento treinta hombres y se instaló a la cabeza de las tropas. En su decidido avance recibió más noticias desalentadoras: miles de indios cruzaban la frontera del ancho río Bío—Bío, robaban tropillas de caballos, mataban españoles e incendiaban las viviendas. Estas correrías demostraban que la *guerra defensiva* inventada por el jesuita Luis de Valdivia y respaldada por el Rey y el virrey fracasaba estrepitosamente. En Concepción reunió a muchos capitanes y les pidió su evaluación descarnada. Coincidieron en el repudio: la estrategia defensiva provocaba la despoblación creciente de los fuertes y la agresividad, también creciente, de los indios. En lugar de pacificar el reino, se lo estaba convirtiendo en una hoguera. El gobernador interino, fiel a su carácter, decidió

escribirle al Rey una carta frontal. Suponía que estaba en condiciones de producir un cambio que elevaría su nombre a las nubes.

Mientras esperaba la respuesta del soberano y proseguían las acciones contra los indios rebeldes, retornó a su actividad administrativa. A pesar de los escasos recursos, llevó adelante obras públicas como edificios para el Cabildo y la Audiencia, una cárcel y un amplio tajamar de piedra sobre el río Mapocho. Esto, con ser controvertido, no produjo aún el escándalo que vendría con la ordenanza sobre la abolición del servicio personal de los indígenas. Sobre ello se polemizó en la tertulia.

Llegué a la residencia oficial a media tarde. En los portones hacían guardia soldados armados. Presenté la esquila y fui conducido al interior. Era la primera vez que entraba en un palacio como visita. Evoqué a mis lejanos ancestros, cuando ingresaron tímidamente en el castillo de un califa para después convertirse en príncipes poderosos. Los atenazaba el miedo por su ilegitimidad: eran plebeyos y eran judíos. Prestaron grandes servicios, tenían estudios y buenas intenciones. Pero algunos provocaron demasiada envidia y acabaron trágicamente.

Me guiaron a la sala de recepción en la que ya estaban reunidas varias personas. A medida que me acostumbré a la penumbra pude distinguir en un extremo a un grupo de mujeres.

El gobernador interino me recibió con exageradas muestras de afecto, pero no se movió de su mullida butaca como correspondía a su investidura o comodidad. Una pierna se apoyaba sobre un cojineté de raso y sus dedos acariciaban las puntas redondeadas de los apoyabrazos como si fuesen frutas. Estaba prolijamente afeitado en torno a un bigote fino y una barbita triangular. Los ojos pequeños pinchaban como agujas y no perdían detalle. Sentí que me había examinado de abajo hacia arriba: calculó mis bienes por la forma de vestir y mi temperamento por la de pararme; después puso atención en mis palabras. No eran falsas las versiones sobre su sagacidad.

Don Cristóbal me presentó a los otros invitados: un teólogo desdentado, un capitán, un matemático flaco bizco, un notario y un joven mercader cuyo rostro conocido me estremeció. En estas reuniones tomaba contacto con las personalidades de la ciudad —dijo— y alimentaba su espíritu. En el extremo del salón estaban su esposa, su hija y algunas damas que gustaban entretenerse escuchando las sustanciosas conversaciones. Abrí mis pupilas para capturar la imagen de Isabel y alcanzar a percibir la melodía de sus ojos, pero tuve que mantener mi compostura.

El gobernador pidió que contara sobre mis estudios en San Marcos. Agradecí su interés. Un criado me acercó la bandeja con una taza de chocolate y varios alfeñiques. Los seis hombres concentraron sus miradas en mi boca. Pensé que formaban un conjunto algo grotesco y sorbí el espeso chocolate.

—La Universidad de San Marcos jerarquiza a la reina de las ciencias —empecé

con la necesaria solemnidad, dirigiéndome al esperpéntico teólogo—. Los conocimientos que provienen de otras vertientes deben conciliarse con el río central, que es el conocimiento de Dios. Durante todos los años de la carrera se amplían y profundizan estos estudios.

El teólogo movió su lengua dentro de la boca vacía: sus mejillas flácidas se estiraron alternativamente. Pronunció unos conceptos en latín (con fallas en las declinaciones y pésima dicción) para demostrar que no lo sorprendía mi información; él también había estudiado en una Universidad.

Después me referí al curso de matemáticas que se nos impartió. El hombre flaco y bizco pareció animarse. Quiso saber si se acentuaba la atención en el álgebra o la trigonometría. Él había aprendido en Alcalá de Henares y después se perfeccionó solo. Tomó la palabra con entusiasmo.

—También nos dirá algo sobre el arte de los notarios. Aquí tenemos a una figura ilustre —señaló cortésmente al caballero rígido que, al sentirse mencionado por el gobernador, forzó una sonrisa y levantó la nariz.

—No tengo palabras para esa profesión.

Se produjo un incómodo silencio. El gobernador movió sus manos pidiendo auxilio: que aclarase. Del grupo de mujeres llegó una asordinada risita. El notario se movió en su silla y corrió la banqueta que tenía enfrente. Parecía acondicionarse para una reacción física.

—¡Qué insinúa, doctor! —exclamó desafiante.

—Que mi carrera no incluyó asuntos de notariado, simplemente.

Volvió a producirse la oculta risita. Yo continué:

—Estudiamos teología, matemáticas, anatomía, astrología, química, gramática, lógica, herboristería. Pero nada de lo suyo, lamentablemente.

—¡Ah! —suspiró aliviado como si mi explicación hubiera sido una disculpa. Su boca no aflojó la mueca de desdén.

—En Santiago tenemos pocos profesionales aún —dijo el gobernador—. Ni siquiera una biblioteca.

—Yo traje muchos libros —comenté.

Me miraron con sorpresa.

—¿Aprobados por el Santo Oficio? —preguntó el teólogo en voz baja y haciendo pantalla.

—Por supuesto —respondí sonoramente—. Los compré en Lima —no dije que en su mayoría los heredé de mi padre.

—¿Muchos? —el matemático aumentó su bizquera.

—Dos baúles, casi doscientos tomos.

—¿Han sido debidamente registrados? —el notario levantó más su nariz.

—¿Qué quiere decir? —repliqué; esa pregunta me inquietó.

—Me refiero a su paso por la aduana.

—Todos mis enseres y pertenencias han sido controlados por la aduana.

—¡Por supuesto! —intervino el gobernador dándose una palmada en el muslo—. ¡Y celebro que esta ciudad se haya enriquecido con su primera biblioteca! Soy un hombre que ama y valora la cultura.

—Si Su Excelencia me permite —carraspeó el notario—, desearía señalar que no se trata de la primera biblioteca. Yo tengo varios libros. También los hay en el convento dominico, franciscano y jesuita.

—Tengo unos cuarenta —comentó el teólogo.

—Yo he llenado una repisa con veinticinco volúmenes —precisó el matemático pegando sus ojos en medio del entrecejo.

—¡Qué bien! —aplaudió el gobernador—. En mi despacho he reunido sólo diez o quince. Pero son, ¿cómo decir?... colecciones. Una biblioteca, queridos amigos, es por lo menos dos baúles —me sonrió.

Su respaldo me inquietó más. Era demasiado elogio para alguien que recién conocía. Provocaba la envidia y yo no necesitaba competir en este rubro. Mis libros eran amigos íntimos, no una corte para exhibir.

El fornido capitán se llamaba Pedro de Valdivia.

—El mismo nombre del conquistador y fundador —dije maravillado.

—Soy su hijo.

Lo miré con simpatía. Lorenzo Valdés, con los años se le parecerá.

El mercader (¿quién era?) dijo que nos veríamos a menudo. (¿Dónde lo había encontrado antes?)

—¿Por qué?

—Proveo la botica del hospital.

—Ah —exclamé—. Entonces deberá soportar mis reclamos: la botica es un desierto.

El gobernador aplaudió nuevamente.

—¡Así me gusta! Que se ponga orden y virtud en este desquiciado reino.

No soy responsable de la botica... —el mercader llevó la mano a su pecho—: sólo el proveedor.

—Ya lo sé —dibujó un gesto tranquilizante—. Sólo quería elogiar la actitud del doctor Maldonado da Silva.

—Gracias, Excelencia —giré involuntariamente hacia el rincón de las mujeres: ¿mejoraban mis posibilidades con Isabel?—. No hice nada extraordinario —se imponía una frase de modestia.

—¡Demostró energía, resolución! Eso nos hace falta.

—Su Excelencia es un hombre decidido y valiente —comentó el capitán Pedro de Valdivia—, por eso valora también la energía en los demás. Lo está demostrando a

diario —miraba sonriente al gobernador—. Desde que usted se instaló entre nosotros pareciera habernos contagiado su fuerza.

—No todos piensan así, mi amigo.

—Son quienes piensan con mezquindad.

—Es cierto —intervino el teólogo; su dicción desdentada impedía entenderlo y, además, intercalaba cortas frases en latín—. Yo encomio la reciente ordenanza de Su Excelencia como justicia de Dios.

—Admiro a Su Excelencia —terció el notario—, pero su justicia no es de Dios: es secular.

—¡De Dios! —gritó el viejo—. La ordenanza contra la servidumbre de los indios es como un jubileo.

—Explíquese —terció el matemático—. No relaciono la ordenanza con Dios ni me suena a jubileo. ¿Es correcto usar la palabra jubileo para entender esta ordenanza?

Un impulso irrefrenable puso en movimiento mi lengua:

—Recordemos qué es el jubileo —dije—: es el mandato divino de restablecer las condiciones originales del Universo. Dice el *Levítico*: «Contarás siete semanas de años, el tiempo equivalente a cuarenta y nueve años. Declararéis santo el año cincuenta y proclamaréis la liberación de todos los habitantes de la tierra. Será para vosotros el año jubilar. Cada uno recobrará su propiedad, cada uno se reintegrará a su clan.»

El teólogo se estremeció.

—¡Poderosa memoria! —celebró don Cristóbal.

—¡Es el jubileo de los indígenas! ¿Se dan cuenta? —se exaltó el teólogo—. Tengo razón.

Había hablado demasiado. La fama de tener la Biblia en mi cabeza no me brindaría paz ni seguridad. Un exceso de amor a la Biblia es un dato sospechoso: para ser buen católico alcanza con otras virtudes. Mi padre había insistido en que tuviera cuidado. Estas demostraciones vanas implicaban riesgo.

—La ordenanza contra la servidumbre de los indios no es exactamente un jubileo —aclaró el gobernador—. Tampoco es mía; yo sólo la he proclamado. Pretende abolir el servicio personal que ha sido tantas veces condenado por los reyes de España y por la Iglesia. Pero voy a serles sincero (no se asusten): intuyo que fracasará. He tenido que pregonarla solemnemente y he mandado que los corregidores la publiquen en otras ciudades porque así me lo ha solicitado el virrey.

Un rumor circuló en la sala.

—Soy hombre de leyes —añadió— y estoy contento con la estructura del vasto código en que se ha convertido la ordenanza. Pero, como hombre de leyes, reconozco que existe un abismo entre esa abundante letra y los hechos. Por lo tanto, ni es un jubileo para los indígenas ni se acatará. Es otro papel que engrosará el archivo de las

buenas intenciones fracasadas.

—¿Por qué no se lo va a obedecer?

—Porque en las Indias —exclamó— nos pasamos las leyes por el culo... con perdón de las señoras.

—Su Excelencia tiene escepticismo —el teólogo intentó amortiguar el exabrupto y citó (mal) un apotegma en contra de la filosofía escéptica y de Zenón, su descarriado fundador.

—La ordenanza recoge las ideas del jesuita Luis de Valdivia y otros defensores de indios —explicó don Cristóbal—. La servidumbre suena a esclavitud. Pero si los indios no son esclavos ni siervos, ¿qué son? Algo tienen que dar, naturalmente. ¿Qué pueden dar? Un tributo. Que los indios paguen tributo. Suena a locura. Pero la historia muestra que así se ha hecho desde la remota antigüedad con los pueblos que no convenía o no se podía esclavizar. Para que sea justa la tributación, la ordenanza ha dividido a los naturales de Chile en tres jerarquías para pagar ese tributo, según la abundancia de recursos que tienen donde viven. En la región más grande y próspera, que se extiende desde el Perú hasta el Bío—Bío (actual frontera de la *guerra defensiva*), deberán pagar cada año ocho pesos y medio, de los cuales seis serán para el encomendero, uno y medio para la Iglesia, medio para el corregidor del distrito y otro medio para el protector de indígenas. Se intenta satisfacer a todo el mundo... Los indios de la región de Cuyo pagarán algo menos, lógicamente, y los miserables habitantes de Chiloé y demás islas, sólo oblarán siete pesos. La ordenanza también ha reglamentado el trabajo pagado (escuchen, por favor: pagado) que será permitido exigir a los indios cuando no cumplan con su obligación.

—La ordenanza es perfecta —opinó el matemático.

—Los encomenderos dicen otra cosa, ¡irreproducible! —exclamó el gobernador con fatiga—. Ya han venido a presentarme sus quejas.

—¡Cuánto ambicionan, caramba! —criticó el teólogo.

—Se llevan tres cuartos del tributo —calculó el matemático—. Son los más favorecidos.

La servidumbre les resulta muchísimo más rentable que su dudosa contribución pecuniaria.

—«¿Dudosa?» —se asombró el capitán.

—Los indígenas apenas pueden ser evangelizados y apenas obedecen al látigo: ¿qué nos hace suponer que ahorrarán metódicamente el impuesto y lo harán efectivo cada año? Creo que... —se interrumpió.

Permanecimos en silencio. Don Cristóbal de la Cerda fruncía el ceño y movía nerviosamente las manos en las esferas de su butaca. El notario tosió en su puño, elegantemente, e introdujo una frase destrabadora.

—Es preciso esclarecer entre los vecinos las ventajas de esta sabia y muy

previsora ordenanza.

El gobernador lo miró con ojos neutros.

—He oído —añadió el notario con su inevitable ascenso de nariz— que algunos encomenderos suponen que la abolición del servicio personal de los indígenas los exime de prestar su colaboración en los trabajos de guerra.

—Así es —se animó don Cristóbal—. Iba a decir, y lo digo ahora, que esta ordenanza es un adefesio. No servirá para ninguna de las partes.

—Es coherente con la estrategia general de la guerra defensiva —puntualizó el capitán Pedro de Valdivia.

—Y tan ingenua como ella —remató don Cristóbal.

—Su Excelencia la consideraba promisoría en un comienzo —deslizó tímidamente el teólogo.

—Es comienzo, sí, hasta que viajé al Sur y conocí de cerca la verdadera situación. Los araucanos son indomables. Son guerreros de alma. No se rendirán hasta caer destruidos. Negociar es perder el tiempo. Usan nuestros titubeos para reagruparse y atacar más fuerte. Sólo respetarán a un vencedor, no a un predicador. Esto se lo dice alguien que no es un soldado, sino un doctor en leyes.

En el penumbroso ángulo pude finalmente distinguir a la hermosa Isabel Otañez. Sostenía un costurero en las manos y su mirada también fluía hacia mí. Cuando nos levantamos el silencioso mercader se acercó y me comunicó su nombre. Miré su rostro joven y severo. Habían transcurrido casi veinte años. Me recorrió un estremecimiento.

—Soy Marcos Brizuela —dijo simplemente.

Está por dormirse con los grilletes pesando en las muñecas y tobillos, cuando lo sobresalta el repentino choque de hierros. Gira una llave, se alza la tranca exterior, cruje la puerta y se sienta en la cama revuelta. Aparece una figura encapuchada. Ingresa el conocido calificador Alonso de Almeida iluminándose con un blandón de tres hachas. Francisco conoce a este hombre. Es un fraile agustino que nació en San Lucas de Barrameda. Debe tener unos cuarenta años, es inteligente y enérgico: un robusto soldado del Santo Oficio.

Por fin se activará el combate.

Salimos a la espaciosa plaza. Enfrente se elevaba la catedral de tres naves. El cerro Santa Lucía tocaba las nubes de carbunclo. Un par de monjas cruzaron a la carrera: descendía el ocaso y debían encerrarse en su monasterio. Marcos Brizuela estaba hosco; casi nada restaba del niño tierno y expresivo que conocí en Córdoba. Hicimos una breve referencia a nuestro antiguo encuentro y preguntó sin interés, casi por decir algo, sobre el escondite que me había legado en el fondo de la casa. Evoqué su entrada invisible, su abrigada penumbra y las muchas horas de consuelo y fantasía que me deparó. Dije que nunca se lo agradecería bastante. No hizo más comentarios. La mayoría de los recuerdos dolían y rezumaban ponzoña. Él estaba manifiestamente resentido y me puso incómodo.

—Raro que no nos hayamos encontrado antes —lamenté—. Santiago es una ciudad pequeña.

—Yo sabía de tu llegada —replicó sorprendentemente—. Soy regidor del Cabildo.

—¿Te designaron regidor?

Levantó el ala de su sombrero: me miró con frialdad.

—Compré el cargo.

—¿Es mejor que una elección de los vecinos?

—Ni mejor ni peor. Si lo compras, tienes dinero. Si tienes dinero, eres respetable.

—¿Qué comercias, Marcos?

—Todo.

—¿...?

—Todo, sí: alimentos, muebles, animales, esclavos, arreos.

—¿Te va bien?

—No me quejo.

Seguimos a lo largo de otra cuadra. No hablamos. Por un trecho coincidieron nuestras direcciones. Cuando niños habíamos congeniado en seguida; ahora nos separaban sospechas. No recordaba haberle infligido un perjuicio, sin embargo él se comportaba como si yo fuese culpable de algo. En la esquina le dije que debía hacer la última visita de la jornada a mis pacientes.

—Voté para que mejorasen la dotación de tu hospital —dijo. ¿Me pasaba una factura?

—Gracias. Hay muchas carencias. Es difícil trabajar sin los recursos mínimos.

—También hice sancionar al procurador general por causa de tu sueldo —agregó en el mismo tono, mitad informativo y mitad reproche.

—No sé qué quieres decir.

—El Cabildo le encargó que negocie con los vecinos sus aportes para tu sueldo. El pícaro hizo dos cuentas: una prolija para mostrar y otra paralela para ocultar. Lo

sospeché porque amenazaba mucho. Pretendía quedarse con dos tercios de tu remuneración.

—¿Qué dijo cuando lo desenmascaraste?

—¿Qué dijo?... Me ofreció la mitad.

—¡Ladrón!

—Funcionario, simplemente.

Llegamos al punto en que debíamos separarnos. A pocos metros estaba la rústica puerta del hospital; ya habían encendido la lámpara al costado de la jamba. Nuestros rostros se ocultaban tras la carbonilla del ángelus

—Desearía verte de nuevo —dije—. Tenemos que hablar sobre varias cosas.

Comprimió las mandíbulas.

—Yo recién me entero de que vives en Santiago —agregué.

—Confieso que preferiría evitarte.

Mi garganta iba a preguntarle la razón, aunque ya la sospechaba. Era horrible. Tragué saliva. Torcí hacia la izquierda y pasé de largo la puerta del hospital; necesitaba reacomodarme tras la sacudida que me produjo Marcos. Crucé la iglesia de Santo Domingo, luego La Merced y el colegio jesuita. El crepúsculo reconstruía el maravilloso escondite de Córdoba que me regaló Marcos apenas nos conocimos. Era una fortaleza donde había pasado momentos de calma en los días terribles. ¿Lo habitaría alguien, ahora? Juan José Brizuela, su padre y amigo de mi padre, nos vendió la casa porque se mudaba a Chile con toda su familia. Mi padre le pagaría el inmueble con el dinero que le iba a reportar la venta de su casa en Ibatín, pero la liquidación de ambas viviendas se perdió rápidamente en las arcas del Santo Oficio. ¿Se encontraron ellos en las cárceles secretas de Lima?, ¿compartieron las torturas?, ¿oyeron sus gritos y confesiones?, ¿participaron del mismo Auto de Fe? Papá no me había hablado de eso, sino de su peregrinaje, muchos años antes de nuestro nacimiento. Allí habían confraternizado Juan José Brizuela, Antonio Trelles, Gaspar Chávez, José Ignacio Sevilla.

Regresé al hospital media hora más tarde. Una languideciente llama alumbraba la puerta. Con Juan Flamenco Rodríguez controlamos a los veinticinco enfermos que ya llenaban la sala única, doce acostados en camas y el resto sobre esteras, en el piso enladrillado. Cuando terminamos me invitó a cenar.

Nos sentamos a la mesa. Su mujer hacía dormir a su segundo hijo de dos años. Una criada nos sirvió quesos, pan, rabanitos, aceitunas, vino y pasas de uva.

—¿Así que te incorporó el gobernador a una tertulia? —Juan Flamenco Rodríguez probó con la uña el filo de su cuchillo—. Es un paciente agradecido —añadió—, pero ándate con cuidado.

—¿Por qué?

—Es muy ambicioso y sagaz. No dudará en usar cualquier recurso que lo empuje para arriba.

—Ya está arriba.

—Sólo es el gobernador interino. Quiere ser gobernador a secas. Y después algo más, virrey, por ejemplo.

—Es un hombre culto. Le gusta reunirse con gente ilustrada. Y no ha sido parco —corté una feta de queso—. Diría que en todo caso lo redime de tu descalificación cierto exceso de franqueza.

—¿Franqueza? ¿En qué? —vertió vino en las jarras.

—Habló sobre la ordenanza que suprime el servicio personal de los indígenas. Pronostica su fracaso, aunque tuvo que hacerla pregonar solemnemente. Me pareció sincero.

—No ha dicho algo diferente a lo sabido. Te aseguro que no se le escaparía, en cambio, una palabra sobre los asuntos que le reeditúan beneficios.

—¿Tan codicioso es?

—¡Oh! Ni te imaginas. Sólo es pródigo con los bienes públicos: hace construir un enorme tajamar y edificios de los cuales saca tajadas. Pero de su bolsillo no sale un peso. El obispo no consigue arrancarle la limosna que estima correcta. Incluso ha insinuado su amenaza desde el púlpito contra «los pecadores que nos gobiernan». Lo dijo en forma ambigua, pero lo dijo.

—¿Cómo reaccionó don Cristóbal?

—Como era de esperar: ni se dio por aludido. Pero empezó a llegar tarde a los oficios; siempre existen excusas para un gobernador, especialmente cuando se propone irritar. Al obispo, sin embargo, creo que no le molesta tanto la tacañería de don Cristóbal como su habilidad para conseguir regalos que, para colmo, nunca deriva la Iglesia.

—Esto me sorprende.

—Todo un arte. Desde que se desempeñaba como oidor de la Audiencia empezó a tejer una metodología según la cual, a cambio de su favor, desliza obsequio a su faltriquera en forma disimulada.

—Pero si hizo pregonar durísimas sanciones contra quienes intenten sobornar a

parientes o criados de las autoridades.

—Justamente. Es un genio. Pregona lo contrario de lo que hace. Oponiéndose a todo favor, ha conseguido que los vecinos empiecen a comprarle el favor.

—Hay que atreverse.

—La desesperación incendia la imaginación, mi amigo. Quien solloza a sus pies rogándole piedad, recibe una onda sutil que lo ilumina. Entonces deja de sollozar y empuja con gran disimulo hacia la distraída faltriquera de don Cristóbal petacas de filigrana, joyas o pesos —llenó su boca con pasas de uva—. Como soy chismoso, escucho y registro.

—¿Qué más escuchaste?

—Que nunca don Cristóbal «se entera» del soborno: no lo ve, no lo huele, no lo escucha. Es algo que ocurre entre el peticionante lloroso y su faltriquera honda. Ni una palabra, ni un gesto que lo comprometa. ¿El obsequio fue generoso y operativo? El donante lo sabrá por el curso de su trámite.

—¡Qué lástima! —exclamé.

—¿Te decepciona? —volvió a escanciar el vino.

—Por supuesto.

—No exageres, Francisco. ¿Acaso en Lima no es peor?

—Quizá. Pero allí no tuve acceso al poder.

—Es el poder centralizador el que desemboca siempre en la corrupción. Aquí sobresale la figura del gobernador, allí la del virrey. Su rendición de cuentas es tan indirecta y tardía que se pueden permitir lo que quieran. Y el que no aprovecha estas ventajas no se considera honesto, sino imbécil. ¿Cómo no robar si te ofrecen la tentación en bandeja de oro y con garantías de impunidad prolongada?

—Pero las sanciones morales no esperan tanto.

—Francisco: en las Indias preocupan más las condenas de la sociedad que el peso de la conciencia.

Esas palabras me sacudieron. Ataba muchos cabos flotantes. Era un punto que me sacaba de quicio. Relacionaba mi vida, mi familia, las autoridades, la Inquisición, el aprendizaje, la conducta, mis reflejos. «El fallo de la conciencia...» El gran ausente. Juan tenía razón: no sólo en las Indias: posiblemente en todo el imperio español y más allá aún. Por eso el espectáculo y la hipocresía de los que hablé con Joaquín del Pilar y con mi padre. *Aparentar*, porque así se logra la única calificación que importa: la exterior, la social. *Representar* la justicia, la ética, la piedad. Los méritos son externos y ruidosos, para ganar fama (también externa) que incluso dure más allá de la muerte. De ahí tanto discurso floripóndico, títulos falsos y hazañas ficticias. Una costumbre consolidada perversa, perversa. Se critica el apego al dinero, pero se lo busca violentamente. Quien critica es un santo, pero quien lo gana es un héroe. Los santos no destrozan a los héroes ni éstos a los santos: formalizan una secreta alianza

mediante la cual cada uno deja crecer al otro; ni el santo malogra la codicia (pese a sus sermones) ni el codicioso descalifica al santo (pese a sus actos). Don Cristóbal de la Cerda puede ser reprochado por el obispo, pero este mismo prelado lo apoya para que sea gobernador efectivo. Y lo deben apoyar muchos que dicen escandalizarse por sus transgresiones, porque las transgresiones del gobernador son las ventajas de los vecinos. Cuando esta mecánica funciona, se prefiere a un corrupto que se guarda las coimas y regala beneficios que al hombre honesto. En una sociedad viciada el hombre honesto no es conocido como el guardián de la virtud, sino como el asqueroso perro del hortelano que no come ni deja comer.

—¿Has visto de nuevo a su hija? —Juan se frotó las manos en actitud cómplice.

—A medias...

—Deberías casarte. El matrimonio te hará sonreír con más frecuencia.

—Ya que eres tan chismoso y te sobra información, dime si ella me aceptaría como marido.

—¡Claro que te aceptaría! —se cubrió un eructo con el puño—. Bueno; no sé si ella... Sí, su padre.

—¿Por qué?

—Veamos —arrimó el candelabro—. En primer lugar, Isabel Otañez no es hija de don Cristóbal, sino su ahijada. Esto tiene puntos en favor y en contra. En favor: no hereda su codicia ni su fogosidad. En contra: no hereda su fortuna ni su incondicional protección. Te casarías con una mujer pobre.

—Eso no entra en mi evaluación.

—En segundo lugar, don Cristóbal te aceptaría. ¿Las razones? Son visibles: es tu paciente y valora tu cultura. La presencia de un buen médico en su familia le brindaría beneficios adicionales.

—No se me ocurren.

—Yo, por ejemplo, hubiera sido un yerno ideal —estiró los labios—: le hubiera provisto de todos los chismes de la ciudad, de toda la información soterránea. A través mío, él podría canalizar consejos a mis pacientes sobre qué obsequiarle para conseguir su favor. También yo le serviría para convencer a funcionarios reales y eclesiásticos de que conviene otorgarle el máximo poder.

—Exageras. Eso ya ni es falso: es grotesco.

—Te mezquinará la dote de su ahijada y hará que pongas más de lo que tienes.

—Para eso falta mucho. Primero deberé conseguir su mano.

—Puedes darla por concedida.

Fray Alonso de Almeida toma varios minutos para contemplar al prisionero. Le cuesta reconocer en este hombre sucio y cubierto por una desordenada melena al médico que honraron las autoridades y cuya atención profesional habían solicitado el

gobernador y el obispo de Santiago. Se había elogiado incluso su cultura sacra y profana. Pero seguramente el exceso de lecturas profanas (y algunas heréticas) le trastornaron la razón. Es necesario, en consecuencia, arrancarle de sus sofismas y hacerle ver lo evidente.

Este calificador del Santo Oficio tiene experiencia: cuando se enfrenta a un pecador, nada es más efectivo que una amonestación severísima. Se dispone, pues, a descargarle un atronador discurso. Ordena cerrar la puerta de la celda, mira los ojos de Francisco y le lanza el primer reproche.

Después de que le efectué el examen clínico de rutina por dolores en el pecho, don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor me invitó a su despacho para catar el vino que le regaló un encomendero. Nos sentamos en butacones enfrentados; una negra depositó sobre la mesita de nogal dos copas de vidrio grueso y una botija de cerámica.

—Me han traicionado, doctor —dijo intempestivamente.

Lo miré sorprendido.

—¿Me haría el favor de llenar las copas? —agregó—. Este golpe es la causa de mi recaída, lo sé.

Destapé la esbelta botija y se elevó el perfume del vino.

—El virrey, instigado por los jesuitas, ha designado gobernador a un ridículo viejo octagenario.

—Pero de aquí salieron fuertes apoyos para que usted continuara en el cargo.

—Sí —recibió la copa, miró el vino reluciente, inspiró su aroma—. Todos me apoyaron: los cabildos de Santiago, de Concepción, de Chillán, los jefes del ejército, el prior de los franciscanos, mercedarios, dominicos y agustinos, y hasta nuestro colérico obispo. Pero no sirvió de nada.

—No me explico, entonces.

—Fácil, mi amigo: más fuerza que dignas autoridades y que la razón, tienen Luis de Valdivia y su Compañía de Jesús.

Bebimos un sorbo. Era noble producto de excelente vid.

—Me hizo un buen regalo este encomendero —sonrió don Cristóbal—. Es un pícaro: ahora vendrá a pedirme favores en trueque.

Lo miré fijo, Volvió a su tema.

—¿Sabe qué le importa al virrey? —se frotó la nariz—. Que continúe la guerra defensiva. ¿Por qué, si es desastrosa? Porque es barata... Yo he informado la verdad y éste fue mi error. No importa la verdad, sino los intereses. Falló mi percepción política. El virrey no quiere desviar fondos para llevar adelante una ofensiva que controle de una santa vez a los araucanos; a sus arcas fiscales les conviene esta situación fluctuante, de interminables negociaciones. El virrey sabe, además, que el jesuita Luis de Valdivia tiene muchos y ardorosos protectores en Madrid.

—¿Y lo reemplazarán a usted por un octogenario?

—Tal cual. No es otra cosa que un viejo cascarrabias que vive en Lima desde hace medio siglo y a quien el marqués de Montesclaros descalificó a menudo. Pero como está de acuerdo con la guerra defensiva, el nuevo virrey le ha confiado nada menos que la conducción de este empelotado reino: una locura.

—¿Qué será de usted, don Cristóbal?

—Seguiré en mi cargo de oidor; la Audiencia tiene mucho para hacer. Además, quiero reírme del nuevo gobernador. Veremos cuánto le dura el entusiasmo por la guerra defensiva. Le aconsejaré darse una vueltita por el Sur, recorrer los fuertes devastados y conversar con los vecinos de Concepción, Valdivia, Imperial, Villarrica. Se meará de contento... Nadie, excepto Luis de Valdivia, que es un obcecado, se engaña más. Los araucanos sólo se inclinarán bajo el yugo de una derrota. Los jesuitas, por más que les prediquen en su lengua, no los convencerán de armar reducciones como en el Paraguay.

—El enfoque de los jesuitas, sin embargo, no me parece incorrecto —opiné.

El gobernador interino elevó las cejas.

—Los indígenas han sido objeto de abusos inenarrables, cualquiera sabe que están resentidos y furiosos —añadí—. Una evangelización que no les quite sus tierras ni los reduzca a servidumbre puede cambiar el concepto que ellos tienen de los españoles.

—Me extraña que piense de esa forma.

—¿Por qué?

—Usted es un hombre ilustrado. No sea ingenuo, pues. Los indígenas son salvajes, no nos quieren ni como ángeles. Sencillamente, no nos quieren. Somos intrusos. Prefieren seguir revolcándose en su promiscuidad y su mierda.

—No se sienten promiscuos ni ven su realidad como mierda, don Cristóbal. Ésa es *nuestra* opinión.

—¿También la suya?

—En todo caso, no la de ellos. Son puntos

—Pero hay una sola verdad. ¿O no?

—Tal vez haya más de una... —en el acto me arrepentí de lo dicho y quise arreglar mi peligrosa afirmación—. Ellos no reconocen nuestro punto de vista como verdadero.

—¡Ah! —se rascó la rubicunda papada—. Entonces necesitan aprender.

—Por eso decía que los jesuitas, predicándoles en su idioma, suprimiendo la servidumbre forzada, impidiendo las ofensivas militares, tal vez consigan hacerles cambiar de postura. Si se les demuestra que el rey de España quiere la paz, ellos terminarán aceptándola. También les conviene. Pero hasta ahora los indios sólo han recibido desprecio y explotación.

—Habla usted como el padre Valdivia. Suena convincente, pero es falso. Hace una década que empezó esta infantil estrategia. Hubo parlamentos, devolución de prisioneros, pactos, desmantelamiento de nuestras posiciones de avanzada. ¿Qué pasó? Entraron a saco en nuestras ciudades e incendiaron varios fuertes. ¡Son unos ladinos! Son más astutos que nosotros y aprovechan nuestros desacuerdos estratégicos para quebrarnos el espinazo.

—Pero ¿qué pretenden?, ¿la guerra eterna?

—Expulsarnos de Chile, hacernos desaparecer. Nada más que eso.

(Pensé que lo mismo deseaba la Inquisición de los judíos.)

—¿No hay un punto de encuentro, de armonía?

—Si usted se refiere a un punto equidistante, le digo que no. O triunfamos nosotros o seguiremos padeciendo el conflicto.

—Ellos no pueden vencernos ni hacernos desaparecer —dije.

—Por supuesto. Entonces optan por desangrarnos. Confían que, a la larga, nos harán desaparecer. Para que eso no ocurra hace falta derrotarlos y someterlos como a los animales chúcaros en la doma. De lo contrario no habrá evangelización. Primero aplastarlos, después enseñarles.

—¿No se puede evangelizar sin humillar?

—¿Humillar? Sólo someter —se arrellanó—. Vea, Francisco, los hombres sensibles como usted tienden a confundir. Cuanto antes se los aplaste, mejor será para todos —me arrimó la copa vacía para que le escanciara vino—. Un potro domado recibe menos azotes que uno en proceso de doma. Cuando un araucano aún salvaje es conchavado en servicio, ¿sabe qué hacen algunos encomenderos para evitar que se escape y luego regrese armado, dispuesto a vengarse? Lo sujetan entre muchos, le ponen un cepo al tobillo y de un hachazo le rebanan todos los dedos del pie.

—Es atroz. Ya me he enterado.

—Como usted sabe —prosiguió—, la hemorragia se detiene con un buen hierro al rojo, lo cual es un golpe de gracia adicional. En un mes este indio pierde las ganas de fugar, olvida su espíritu rebelde y está en óptimas condiciones para recibir los consuelos de la santa religión. Estas prevenciones no serían necesarias si todo el pueblo araucano fuera debidamente vencido;

—La guerra defensiva lleva una década de fracasos, pero el maltrato de los indios lleva una centuria. La estrategia inmisericorde también falla —dije.

—No estoy de acuerdo.

—En el Perú aún escuchan relatos sobre la remota expedición de Almagro[31]. Dicen que devastaba los campos y todo indígena que aparecía era forzado a enrolarse en sus huestes. Los amarraban por el cuello, como los negreros a los esclavos. Cargaban los bultos y llevaban sobre sus espaldas angarillas en las que viajaban sentados los conquistadores. Iban casi desnudos, no les daban de comer sino maíz, y cuando uno de ellos caía muerto, no perdían tiempo en desatarle las amarras: le cortaban la cabeza.

Don Cristóbal sonrió con indulgencia.

—Los indios que murieron con Almagro —dijo— son del Norte. Los araucanos son del Sur.

—También han sido objeto de atrocidades.

—¿Los del Sur?, ¡vamos! No hay comparación con su ferocidad; todo lo que se les haga parece una caricia. Pregúntele al capitán Pedro de Valdivia cómo el cacique Lautaro mató a su padre. Pregúntele.

—¿Y la represalia? ¿Cree que los araucanos olvidan cómo mataron a su cacique Caupolicán? —repliqué con indebida vehemencia[32].

—Está bien, doctor —palmeó mi rodilla—. Por suerte usted no es militar ni pretende llegar a gobernador de Chile: sería un desastre. Pero admiro su sensibilidad de médico.

—No sólo de médico —persistía mi énfasis.

—De buen cristiano, entonces —sonrió.

Bajé los párpados.

—Cuando llegue el viejo octogenario —dijo—, podrá congraciarse con él asegurándole que es el único vecino del reino que aún apoya la guerra defensiva. Le caerá muy bien. Pero después de unos meses, le aseguro, ni querrá mencionar esas palabras. Convéznase: los indios deben ser primero derrotados, luego evangelizados. En ese orden.

—En el Perú han sido derrotados militarmente hace tiempo.

—Así es. Por eso hay paz. Y se los puede evangelizar.

—Pero el éxito no es satisfactorio.

—¿Por qué dice eso?

—Muchos retornan a la idolatría.

—¡Bah! Casos aislados. Algunos brujos ignorantes. Eso es por mala catequesis.

Don Cristóbal se paró:

—Gracias por alargar su visita. Nuestra charla distrajo mi pesadumbre... Tendré que ir acostumbrándome a no ser la máxima autoridad. Algo más, doctor —se acarició la puntiaguda barbita—. Tengo la impresión de que en algunas oportunidades ha querido entablar diálogo con mi ahijada Isabel... —sonrió permisivamente, casi alentadoramente.

Me turbó. Su develamiento frontal no dejaba espacio para una respuesta esquiva.

—Sí, Excelencia —tomé distancia—. Es una persona con la que me agradaría conversar.

—Pues bien, quería decirle que cuenta con mi autorización. Al fin de cuentas, usted es mi médico, ¿no?

Francisco lo escucha boquiabierto. El calificador inquisitorial Alonso de Almeida es enfático. Lo castiga como a un niño que ha desobedecido las generosas enseñanzas; le dice que Francisco devuelve escoria por oro, que produce decepción y luto. Dios, la Virgen, los Santos y la Iglesia le derramaron bendiciones y él, tras disfrutarlas, se ha convertido en un traidor miserable. Le exige que reflexione, que se

doblegue y se arrepienta; le exige que baje la cabeza, que lllore, que tiemble, que se achicharre.

Paseé con Isabel Otañez a plena luz de la tarde, como merecía una ahijada de familia decente. Nos seguían dos sirvientas negras como garantía formal de nuestro recato. Bordeamos —a prudente distancia— una porción del cerro Santa Lucía. Por los caminos que abrían las cabras se podían alcanzar sus alcobas silvestres, de las cuales no se hablaba en las conversaciones honorables porque cobijaban los abrazos adúlteros de la severa Santiago de Chile. El entramado verde de las laderas ocultaba nombres y cuerpos. Los púlpitos denunciaban los pecados que florecían en los laberintos del cerro, pero nadie concretaba su destrucción.

Ella había nacido en Sevilla. Quedó huérfana a los siete años y fue adoptada por don Cristóbal y doña Sebastiana, por los que sentía mucha gratitud. Después se ensombreció. Con pena contó el asalto de los bucaneros en el mar Caribe. El relato la estremecía. Pero hasta su conmoción la hacía fascinante.

Yo le narré mi infancia en Ibatín, mi adolescencia en Córdoba, mi juventud en Lima. Nuestros recorridos parecían torrentes que se buscaban. El suyo nació en España y el mío en las Indias. El mío, a su vez, también había nacido en España (generaciones antes), se encaminó a Portugal y luego a Brasil. Serpentearon por naturalezas encrespadas. Hicimos muchos kilómetros para coincidir.

Las conversaciones a plena luz solían llevarnos hasta los márgenes del río Mapocho cuyas aguas provenían de las nieves que blanquean la cercana cordillera. Los reparos de madera en la época de deshielo no fueron siempre eficaces, de ahí el costoso tajamar que mandó construir don Cristóbal cuando era gobernador. De sus márgenes salían canales que regaban las chacras de los alrededores. A veces alejábamos hasta la apacible vega donde los franciscanos edificaron su amplio convento. Pasábamos junto a huertas pobladas de frutales donde alternaban los cipreses y los limoneros. Por los campos se extendían lirios, azucenas y grandes frutillares. Si no se hacía demasiado tarde. Isabel me invitaba a beber chocolate en el salón de su residencia, acompañada por su madre adoptiva y, a veces también, por don Cristóbal. Mis encuentros con Isabel se tornaron una deliciosa rutina.

Un criado entró en el hospital y me entregó la esquila. Estaba escrita con apuro y la firmaba Marcos Brizuela. Pedía que fuera en seguida a su casa porque su madre había perdido la conciencia.

Me recibieron dos negras que parecían hacer guardia y señalaron mi camino. Apareció una mujer con un niño en los brazos que podía ser su esposa. Estaba asustada. Saludó con un tímido movimiento y apuntó con su índice hacia la tercera habitación. En la penumbra distinguí la cama. El hombre sentado a su vera vino a mi encuentro.

—Mi madre está mal —dijo Marcos roncamente—. Tal vez puedas hacer algo.

Alcé un blandón y lo apoyé junto a la cabecera. Se iluminó el cuerpo cadavérico de una anciana. Tenía los párpados cerrados y la piel lustrosa; respiraba entrecortadamente. Le tomé el pulso, examiné sus pupilas. El cuadro parecía terminal. Su brazo derecho estaba contraído. Reconocí la secuela de una hemiplejía antigua. Con dulzura procuré extender el rígido y atrofiado miembro. El aire que expulsaba de la boca le levantaba la mejilla derecha. Esta mujer repetía su ataque sobre un terreno gravemente afectado ya.

—¿Qué ha pasado? —empecé mi anamnesis.

Marcos se paró tras de mí. Enfrente se instaló su esposa.

—Hace mucho que quedó paralítica y casi muda —contó Marcos con esfuerzo.

—¿Cuántos años?

Oí que se hinchaba su tórax. Empezó a caminar lentamente por la alcoba.

—Dieciocho —respondió su mujer.

¿Tanto tiempo? Hice el cálculo. Ocurrió a poco de instalarme en Chile. Lo dije.

Marcos se detuvo, desdibujado por las sombras. Volvió a hinchar su tórax.

—Fue un poco después.

Traté de abrir la mano deformada. Luego continué con otros gestos médicos mientras pensaba. Froté sus sienes, palpé las arterias carótidas, le moví suavemente la cabeza, calculaba la temperatura.

El lento paseo de Marcos se parecía al de un tigre encerrado en una jaula. Se me ocurrió que saltaría sobre mi nuca. La enfermedad de la madre no sólo le producía pesadumbre, sino resentimiento. ¿Por qué me llamó? Podía haberse dirigido a Juan Flamenco Rodríguez. O a los médicos sin título. Su voz hostil se abrió camino entre espinas.

—Quería que la vieras —musitó.

Giré en mi silla. Estaba parado detrás de mí nuevamente. Apoyó sus manos con fuerza sobre mis hombros. Descargó su peso. El salto del puma, me azoré. Sus dedos comprimieron mi carne.

—Así quedó cuando arrestaron a mi padre.

Intenté ponerme de pie. Su fuerza era superior a la mía. Le crecía el furor, pretendía dañarme.

—Así quedó —volvió a decir con las mandíbulas crispadas.

—Fue una apoplejía —con mi derecha palmeé su brazo izquierdo convertido en la garra que mordía mi hombro.

—Fue consecuencia de la denuncia que hizo el cabrón de tu padre, Francisco —me soltó de golpe y se alejó unos pasos.

—Marcos... —exclamó su esposa.

Mi cabeza trepidó ante la increíble imputación. Me di vuelta para mirarlo. «No puede ser», me decía.

—Tras el espantoso arresto tuvo un ataque —siguió hablando—. Apoplejía. O ataque cerebral. O golpe de presión. Como gustan decir ustedes, los médicos... Palabras, palabras —movía las manos para espantadas como si fueran moscas—. Estuvo inconsciente una semana. Le hicieron varias sangrías. Pero quedó inválida. Hemipléjica y muda. Dieciocho años. Consiguí, sí, moverse con ayuda, hablar como un bebé... Mi padre arrestado en Lima y nosotros con mamá destruida, aquí —se le anudó la garganta y cesó de hablar.

Su mujer se acercó para tranquilizado, pero él la mantuvo separada con un gesto.

—Siento de veras lo que dices, Marcos —murmuré con la boca seca, confundido, avergonzado—. Mi madre también fue destruida por el arresto. No tuvo un ataque de presión: tuvo una tristeza que la llevó a la muerte en sólo tres años.

Marcos levantó el blandón e iluminó nuestras caras. Sus ojos estaban llenos de sangre. El resplandor sacudía brochazos negros y dorados sobre su piel tensa.

—¡Te he maldecido, Francisco! —asomaron sus dientes—. A ti y a tu padre delator. Nosotros los recibimos en Córdoba con los brazos abiertos, les dejamos nuestra casa... Pero tu padre, tu miserable padre...

—¡Marcos! —le apreté las muñecas—. ¡Ambos fueron víctimas!

—Él lo denunció.

—Nunca me lo dijo —sacudí sus muñecas; yo estaba al borde del llanto.

—¿Te iba a confesar semejante crimen? Los hechos son bastante elocuentes: poco después que arrestaron al delator de tu padre, firmaron la orden de arrestar al mío. ¿Quién, si no él, proporcionó su nombre?

—Mi padre ha muerto ya —me dolía la garganta—. Las torturas lo dejaron baldado. No puedes aferrarte a una presunción, por Dios.

—Suéltame —liberó sus manos y se fue al extremo de la alcoba—. A ver si haces algo por mamá

Pedí a su mujer que me ayudara a cambiada de posición. El decúbito lateral mejora la respiración de los enfermos inconscientes. Con un trapo húmedo le limpié

la boca. Ya sentía un malestar espeso, demoledor.

Marcos llamó al esclavo que me buscó en el hospital. Le tendió un papel enrollado.

—Entrégalo al visitador Ureta. Recuerda: fray Juan Bautista Ureta. En el convento de La Merced. Dile que venga en seguida para darle la extremaunción a mi madre.

Abrí una vena del pie y dejé salir unos centímetros cúbicos de sangre oscura. Luego comprimí la incisión con un apósito. Lavé el bisturí y la cánula. Cerré mi petaca. Volví a limpiarle la boca; su respiración se había regularizado.

Marcos recibió en el patio al visitador Ureta. Le agradeció la deferencia de llegar tan pronto. Era un sacerdote con ojeras profundas. También ingresaron a la alcoba unos vecinos. El sacerdote depositó un pequeño maletín y acercó su rostro a la enferma. Luego miró sucesivamente a Marcos, a su esposa y a mí. Su mirada tenebrosa se demoró en mí.

—Soy el médico —aclaré.

—¿Está consciente? —preguntó a mi oreja.

Marcos y su mujer bajaron los párpados. La asordada crítica del sacerdote resultaba abrumadora. Se había cometido una terrible negligencia: el alma de esta anciana no podía descargarse en una confesión, no podía comulgar, no podía recibir la preparación adecuada para el viaje eterno. Partiría desamparada. Yo debía denunciar que la encontré desvanecida y que han pedido tarde el auxilio de la religión. Pero decidí mentir para proteger a Marcos.

—Perdió el conocimiento mientras la sangraba. Cuando mandaron por usted, padre, aún hablaba con lucidez.

—¿Hablabas?

Advertí mi grosero error.

—Balbuceaba sonidos, padre, como en los últimos años —agregué—. Estaba consciente.

Extrajo los artículos sagrados y los acomodó sobre una silla, junto a la cama. Calzó la estola en su nuca abrió el devocionario y empezó a rezar. Los vecinos lo imitaron. En los muros resonó la plegaria.

—Te absuelvo de tus pecados —untó el pulgar en el óleo y trazó una cruz sobre la frente pálida—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén —repetimos.

Recogió sus elementos, cerró el maletín y volvió a mirarme. Había una mezcla de curiosidad y desafío.

—¿No es usted el doctor Francisco Maldonado da Silva?

—Sí, padre.

Su rostro se ablandó algo.

—¿Me conoce? —pregunté.

—Ahora personalmente. Antes lo conocía por referencias.

Me recorrió un estremecimiento: ¿referencia?, ¿qué decían las referencias? Marcos lo acompañó hasta la puerta de calle con un par de vecinos. Después regresó a la alcoba y me dijo:

—Gracias.

—Está bien, Marcos. He pasado por situaciones parecidas: es muy doloroso.

—Dime cuánto son tus honorarios.

—No hablemos de eso ahora.

—Como quieras —se sentó cerca del lecho—. ¿Qué más podemos hacer? —la miró mordiéndose los labios.

Meneé la cabeza.

—Acompañarla.

—Entiendo. Gracias de nuevo —se tapó el rostro con las manos—. ¡Cuánto ha sufrido! ¡Pobre madre mía!

Me acerqué, le puse la mano en el hombro. Permaneció duro. Después se apartó.

—Puedes irte, Francisco. Ya has cumplido.

Fui en busca de otra silla y me senté a su lado. Le asombró, pero no dijo nada. Los sirvientes renovaron las candelas. Algunos vecinos se iban, otros entraban, siempre silenciosos. Al anoecer nos trajeron cazuelas con guisado caliente. Sólo cruzamos palabras que se referían a la enferma: cambiarla de posición, limpiarle la flema de la boca, renovar los paños fríos en su frente. Nos fuimos dormitando. Me sobresaltó un ronco estertor. La alcoba estaba más oscura, habían pasado varias horas. La paciente fue desplazándose en el lecho hacia la posición boca arriba y se ahogaba. Hizo un paro respiratorio. Acomodé su cabeza de lado y comprimí su tórax hasta restablecer el ritmo. Después volví a ponerla de decúbito lateral. Los sirvientes renovaron nuevamente las candelas. Dormí sentado un tiempo impreciso hasta que me sacudieron el brazo. Entre globos de agua vi a Marcos. Me conecté. Fui hasta ella. Otra vez boca arriba, pero inmóvil y silenciosa. Palpé su pulso y miré sus pupilas. Se había acabado. Extendí respetuosamente su brazo izquierdo. Enfrente, confuso, estaba Marcos. Se movieron nuestros dedos y nuestros labios en forma automática y nos abrazamos.

Recién entonces pudo llorar.

Le dice, finalmente, que el Santo Oficio de la Inquisición es benigno. Que debe solicitar su misericordia porque se la va a conceder.

Fray Alonso de Almeida se seca la espuma de la boca detiene la torrentada, pero sin sacar los ojos del prisionero que sigue inmóvil, sentado en su estrecha cama y apoyado contra la pared. Las aceradas frases tienen que haberle perforado el corazón.

Francisco traga saliva, parpadea. Es su turno.

La revelación de Marcos me conmovió profundamente. Había tenido la mortificante sospecha de que mi padre fue más quebrado por las torturas de lo que él mismo se atrevió a reconocer. Era inevitable que le arrancasen nombres: había nacido y estudiado en Lisboa, conocía a muchos connacionales y los inquisidores no iban a ser tan ingenuos de aceptar que no tenía información sobre sus prácticas judías. Me dolió que, entre esos nombres, hubiera proporcionado el de su amigo Juan José Brizuela, aunque haya silenciado heroicamente los de Gaspar Chávez, Diego López de Lisboa, Juan José Sevilla y tantos otros. Tuve que asumir lo que ya sabía: papá fue un hombre noble, no un santo. Y este nivel un poco más bajo de admiración no empañaba mi estima por sus enseñanzas. Mi respeto por el sábado, por ejemplo, implicaba también un homenaje a su memoria y sacrificio.

En el Callao y en Lima me las arreglaba para esquivar trabajos y vestir ropas limpias en esa jornada, sin ser advertido. Era un delito tan grave que cualquiera estaba obligado a efectuar la denuncia en seguida; se lo considera un atentado contra la religión verdadera. Por consiguiente, la ropa limpia debe disimularse con arrugas y el descanso con ausencias. No me era posible faltar al hospital, porque se notaba demasiado. Pero podía evitar que en ese día se efectuasen intervenciones quirúrgicas mayores. De todas formas, el mandamiento que ordena guardar el sábado tiene la necesaria sabiduría para permitir que se transgreda el reposo para atender a los enfermos.

Amo la fiesta del sábado. Con ella Dios consolidó la impresionante creación del tiempo. Asentó su obra en una de las dos dimensiones cardinales. La otra es el espacio, a la que dedicó seis días. El sábado nos recuerda la segmentación del devenir. Papá me explicó que en hebreo los días de la semana se nombran con números: el domingo es el día uno, el lunes el dos, y así sucesivamente; después del día seis llega la culminación: el ámbito cualitativamente distinto del *Shabat*. El misterio de que Dios mismo *descansó* expresa, tal vez, su alegría por el sistema binario de la tensión y la relajación, el agonismo y el antagonismo. La vida se desarrolla así: inspiración y expiración, sístole y diástole.

Para vivenciar algo distinto a los demás días y regodearme con el contraste, solía hacer largas caminatas por los alrededores de Santiago. Me extraviaba entre viñedos y olivares. Llevaba siempre la petaca de urgencias, aunque sin los instrumentos pesados: los reemplazaba por el ejemplar de la Biblia que me regaló en Córdoba fray Santiago de la Cruz. Si me descubría algún familiar o clérigo o simple vecino y sospechaba mi modesta celebración, podía mostrarle que llevaba herramientas de trabajo. Un marrano como yo no debía hesitar en demoler una sospecha: había que hacerlo en seguida y sin tapujos. Que varias personas testimoniasen haberme visto

holgazanear un sábado podía conducirme raudamente a las cárceles de la Inquisición. Por eso también debía modificar mis itinerarios. A veces marchaba hacia el Este murmurando los Salmos que exaltan las maravillas de la Creación: tenía delante el murallón azul de la cordillera y la capa de armiño que se extiende por sus cumbres. Otras veces marchaba hacia el Norte, cruzaba las frías aguas del Mapocho, me internaba en bosques de nogales; escogía un tronco caído y me ponía a leer la Sagrada Palabra. En ocasiones elegía la ruta del Oeste, que lleva hacia el mar. También marchaba hacia el inquietante Sur donde los araucanos cuestionaban los derechos de la conquista: era una buena ocasión para leer y meditar sobre las numerosas guerras de Israel contra tantos pueblos que no aceptaban su derecho a la singularidad.

Dos sábados evité esas caminatas: podía llamar la atención que cada siete días me fuese tan lejos. Decidí explorar el cerro de Santa Lucía. Era un sitio que la antigua cultura griega hubiese exaltado: allí correteaban ninfas perseguidas por faunos, el dios Pan tocaba su flauta y Zeus practicaba travesuras. En los meandros de la floresta navegaban besos, caricias y promesas llenas de falsedad. Reinaba una alegría prohibida, invisible e inextirpable. La ventaja de ser allí descubierto consistía en que no se podía acusar sin reconocerse culpable.

Trepé la cuesta. Nadie aparecía entre los arbustos descansaba bajo los árboles. Podía creerse que el sitio estaba encantado y sus eróticos habitantes se transformaban en follaje ante intrusos como yo. Ascendí por los vericuetos que recorría una dispersa manada y llegué a la cumbre. Ante mis ojos se extendió la ciudad de Santiago y sus cultivadas tierras. El aire limpio me llenó de bienestar. Reconocí la cuadrada y espaciosa plaza central con el vistoso Ayuntamiento y la catedral de piedra. Ubiqué iglesias, conventos, monasterios, el colegio jesuita, el hospital donde debía estar trabajando, la casa de Marcos Brizuela, la del capitán Pedro de Valdivia y la residencia de Isabel. Era una buena atalaya. Permanecí en ambas ocasiones varias horas. Pensaba con optimismo y agradecía a Dios que allanase mi vida.

Progresaba mi vínculo con Isabel; yo la quería y ella empezaba a dar muestras de un sentimiento recíproco. También había conseguido restablecer el contacto con mis hermanas en Córdoba: me habían respondido por fin. Las penurias de su orfandad les habían instilado tanto miedo que se avergonzaron de mis cartas y se sintieron obligadas a mostrarlas al confesor. Felipa, que se parecía físicamente a papá, que fue rebelde y osada, se convirtió en beata de la Compañía de Jesús. Isabel, parecida a mamá, en cambio, se casó con el capitán Fabián del Espino, un hombre mayor que ella, encomendero y regidor del Cabildo; tuvo una hija llamada Ana. Pero acababa de enviudar. Esta fúnebre noticia vino acompañada de culpas: afirmaba que no supo atender a su marido como había necesitado su frágil salud. Al releer la carta me formulé una pregunta dolorosa: ¿había sido la muerte de este encomendero y su

renovado desamparo lo que las decidió a escribirme? Estaban solas y bajo perpetuo sobresalto. No se me escapó el detalle de que ambas firmaban con el exclusivo apellido «Maldonado», que suena cristiano viejo. «Silva» quedaba excluido: se asociaba a mi padre, a su linaje judío, al mítico polemista Ha—Séfer. Era evidente que las pobres no se podían recuperar del estigma; nuestras desgracias familiares las quebraron para siempre. En mi última carta las invité a reunirse conmigo en Santiago. Les revelé que ése era un sueño que empecé a hilvanar la misma noche de nuestra despedida, hacía casi una década. También pregunté por los negros Luis y Catalina; les rogaba que averiguasen a quién pertenecían y por cuánto dinero los podía comprar.

Inspiré el polen sabático y desanduve el camino rumbo a casa. Todavía podía disfrutar un rato de lectura. Antes de aparecer en una de las pecaminosas entradas del cerro tuve la precaución de mirar en varias direcciones. Sólo había unos negros empujando un carro. Fui en línea recta hacia ellos; disimularía mejor. Pero antes de alcanzarlos sentí la presencia de una figura corpulenta. Reconocí sus órbitas de carbón.

—Buenas tardes, fray Ureta —saludé con apariencia despreocupada.

El visitador se permitió reflexionar unos segundos antes de contestar.

Si me vio salir del cerro —pensé—, no podrá conciliar la santificación del sábado con el pecado de la fornicación. Supondrá, obviamente, que me estuve revolcando con alguna mujercuela. Era preferible esto a que sospechase mi judaísmo. Pero me equivoqué: el desengaño se patentizó al día siguiente.

Al salir de misa, entre los corrillos que se formaban en el atrio de la iglesia catedral, descubrí la imponente figura del visitador Juan Bautista Ureta. Hubiera sido exagerado pensar que venía a buscarme. Sin embargo, para mi asombro, el fraile zigzagueó lentamente y acabó instalándose frente a mí.

—Necesito hablarle —dijo.

Endurecí mi espalda: ante la perspectiva de un embate conviene encimar equilibradamente los huesos.

—Cuando usted quiera.

—¿Podría ser ahora?

—Con mucho gusto.

—Salgamos entonces a caminar —giró la cabeza hacia la familia de Isabel—. ¿Necesita saludar previamente a alguien?

—Sí. Vaya despedirme de don Cristóbal de la Cerda —un exceso de obsecuente docilidad de mi parte hubiera agrandado sus sospechas—. Aguárdeme, por favor.

Presenté mis respetos a doña Sebastiana, su marido y la encantadora Isabel. Me excusé de partir en seguida porque el visitador Ureta me necesitaba. Doña Sebastiana me invitó a pasar por su residencia durante la tarde para probar los dulces que había preparado con frutos del Sur.

Juan Bautista Ureta conocía el proceso sufrido por mi padre y mi buena conducta en los conventos dominicos de Córdoba y Lima.

—Su padre fue admitido a reconciliación por el Santo Oficio —escupió de entrada—. Fue un hombre afortunado: la vestimenta que le impusieron fue un sambenito con medias aspas^[33] que usó obedientemente el resto de su vida. Lo sabemos.

Este abrupto introito me produjo contracción de nuca.

—Su padre abandonó las desviaciones judaizantes —agregó poniendo en mi cara sus órbitas fuliginosas; para un observador como él tanto valían mis palabras como mis reacciones.

Sus pasos nos guiaban hacia el cerro de Santa Lucía.

—Todo hace pensar que su finado padre y usted se han comportado devotamente.

—Gracias.

—Sin embargo —forzó una tos—, cuando usted asistió a la madre de Marcos Brizuela... ¿lo tiene presente?

Ladeé la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Cuando usted sangró a la madre de Brizuela —acentuó la palabra *sangró*—, olvidó que era más urgente salvar su alma.

—¿Por qué me achaca algo tan injusto?

—Le hizo perder el conocimiento. La privó de la última confesión.

Estuve por replicar con la verdad, que hubiera sido un suicidio. Casi le decía que abrí su vena para intentar devolverle el conocimiento. Pero hubiera quedado en evidencia de que mentí y ponía entonces en un aprieto muy grave a Marcos y su mujer, quienes optaron por convocar a un médico antes que al sacerdote.

—No sospechaba que mi intervención iba a producir tan lamentable efecto —reforcé la mentira.

—¡Qué sabia es nuestra Santa Madre Iglesia! —exclamó—. *Ecclesia abhorret a sanguine*. En sucesivos concilios prohibió que los sacerdotes ejerzamos la medicina. Y nos ha preservado de cometer torpezas como la suya.

—Es una penosa profesión. Cada falta nos llena de culpa, padre. No nos descalifique. Trabajamos con un objeto tan complicado y sensible como el cuerpo humano.

—¡El cuerpo! ¡Ustedes viven obsesionados por el cuerpo! Hasta manosean cadáveres para develar sus arcanos. Es una profesión vil, por algo la aman tanto los moros y los judíos. Descuidan el alma y olvidan que las enfermedades con consecuencia del pecado. Alguna vez pretenderán hacernos creer que las enfermedades son producto de una alteración exclusivamente corporal, como si fuésemos máquinas.

—Yo no simplifico tanto —consideré imperativo ponerle algún freno.

—Usted es culpable de que la madre de Brizuela muriese sin confesión —espetó sin misericordia—. ¿Reconoce su falta?

—No fue intencional.

—Pero justifica mi sospecha —se detuvo y giró su corpachón hacia mí; tomó el borde de la capa y le hizo varios dobleces. Me los mostró—. ¿Cuántos son? —preguntó con seriedad.

¿A dónde me llevaba esa elipsis infantil?

—Tres.

—Agarre los dobleces y extiéndalos.

—¿Qué ve ahora?

—Ningún doblez, sólo la capa.

—¿Qué opina, entonces?

—No lo entiendo, padre.

—¿No? —me invitó a proseguir la marcha—. Hace pocos años, en la ciudad de Concepción, fue arrestado el alférez Juan de Balmaceda. ¿Tampoco oyó hablar de él? Entonces le cuento. Hallándose una noche en presencia de otros soldados con algunas copas de más, aseguró que Dios no tenía Hijo. Los soldados le advirtieron que eso era herejía. Y para demostrárselo, uno de ellos plegó su capa, hizo tres dobleces y

pretendió ilustrado. Los tres dobleces son las tres personas de la Santísima Trinidad: un solo Dios, la capa, y tres personas. Pero el alférez tironeó, deshizo los dobleces y replicó a carcajadas: «¿No ven que los dobleces son una ilusión? Sólo existe la capa, así como Dios es una sola e indivisible persona.»

Caminé a su lado buscando el comentario agudo que desbaratase el laberinto donde quería perderme. Pero no me dio tiempo. Pasó en seguida a otro tema. Me desestabilizaba.

—Usted desea en matrimonio a Isabel Otañez —la frontalidad de sus palabras era una estrategia insólita. Parecía golpes de maza.

—Todavía no he pedido su mano. «Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir —contesté oblicuamente con el apoyo del Eclesiastés—; un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado.»

Sonrió apenas.

—«Un tiempo para callar, y un tiempo para hablar», —agregó—. Conoce usted la Escritura como un teólogo —era un encubierto reproche.

—Gracias.

—¿Volvemos al tema de su matrimonio?

—Es apresurado calificado así. Antes debo hablar con don Cristóbal.

—Y negociar la dote —agregó.

Callé.

—Negociar la dote —insistió—. Además, claro, obtener su consentimiento. Bien, doctor, quisiera que usted sepa, por si no lo sabe, que me une a don Cristóbal una vieja amistad desde cuando éramos estudiantes en Salamanca. Esa amistad se ha fortificado merced a las entusiastas gestiones que realicé ante los superiores de las órdenes religiosas para que apoyaran su continuidad en el cargo. No es un secreto y, además, él mismo se lo contó.

—No me contó sobre la gestión de usted.

—Un elogio a su discreción, entonces, ¡excelente! —bajó el tono de voz para agregar un secreto—: Nos une nuestra crítica a la guerra defensiva.

—Es un asunto delicado.

—Es una obsesión del padre Valdivia. Con ella no está de acuerdo el obispo, ni las órdenes, ni los capitanes.

—Sí la Compañía de Jesús.

—Sólo la Compañía. Hasta el comisario del Santo Oficio ha dejado oír sus reproches. El nuevo y octogenario gobernador ya reconoce que es una estrategia inútil. Don Cristóbal será reivindicado.

—Ojalá.

—Lo merece. Es un gran hombre. Ha realizado admirables tareas, pero ¿sabe usted cuál es la más trascendente de todas?

Parpadeé. Hice un repaso de sus construcciones, campañas y decretos. No pude decidirme.

—Su lucha contra la corrupción.

Lo miré asombrado. ¿A dónde me llevaba este hombre?

—¿No opina lo mismo? —gruñó.

—S... sí. Puede ser... —¿ironizaba?, ¿me tendía un cepo.

—Apenas llegó hizo proclamar con atabales que penaría todo intento de sobornar a sus criados y parientes. Nadie fue rápido y audaz como él.

Sentí un profundo incordio. Fray Ureta hacía temblar mis ideas como el viento caprichoso a una giralda.

—Circulan versiones calumniosas sobre don Cristóbal —añadió—. ¿Sabe usted quiénes las alimentan? Los miserables que escamotean el pago de sus impuestos. A las exigencias legales responden con ridículas inventivas. Las Indias están plagadas de hombres que se enriquecen y mezquinan sus contribuciones y limosnas. ¿No lo denuncia semanalmente nuestro obispo?

Nos estábamos acercando al cerro de Santa Lucía. Ya se insinuaban algunas de sus entradas. La gente se desplazaba a una distancia prudencial como si fuese una montaña infecta.

—Intuyo que usted tendrá dificultades en la negociación de la dote —volvió a hundirse en mi intimidad.

Sonreí con esfuerzo.

—Don Cristóbal —agregó— ha perdido casi todo su patrimonio a manos de los piratas ingleses. No puede contribuir de la forma que hubiera deseado. Ama a su ahijada y, por consiguiente, le dirá que no está en condiciones de acceder a su matrimonio porque usted, doctor, es una persona que tampoco tiene suficientes medios para mantener un hogar.

—No es exacto, padre. Gano un sueldo y cobro honorarios por mis servicios a domicilio.

—¿Ah, sí? —exclamó.

—¿Duda de mis palabras?

—No. Sólo que sus palabras se contradicen con el monto de sus limosnas.

—Soy ecuánime.

—Subjetivamente. La objetividad que yo tengo, en cambio, no opina lo mismo. Don Cristóbal no evaluará la seguridad económica de su ahijada sólo por lo que usted diga, si no muestra.

—Las muestras pueden ser falsas.

—Yo, como visitador, necesito que usted me preste ahora dinero, por ejemplo —descerrajó a quemarropa—. Mi orden no puede distraer fondos y tampoco el episcopado. Fíjese que no le pido la sagrada limosna, sino un préstamo.

Mordí mis labios.

—También quisiera reflexionar sobre esto.

—De acuerdo.

Retornamos al centro. No hizo referencias al cerro de Santa Lucía ni me acusó de andar fornicando con mujercuelas, pero ¿a qué se debía ese itinerario?, ¿por qué me llevó hasta el mismo sitio donde me encontró ayer? Mientras nos acercábamos a la iglesia de los mercedarios me hizo hablar sobre otros temas: el obispo Trejo y Sanabria y Francisco Solano, la Universidad de Lima. Graduaba los efectos. De pronto se acarició las mejillas y, dirigiéndose a las nubes, preguntó con afectada inocencia:

—Ayer fue sábado, ¿no?

Francisco sabe que pedir misericordia no significa absolución. En todo caso es una expresión indirecta y eficaz de sometimiento. No ha llegado a este punto para retroceder: él es en gran parte autor de su destino: ha hablado con suficiente ligereza para que lo denuncien y se ha desplazado con poca velocidad para que lo detengan.

El calificador Alonso de Almeida es probablemente sincero; los azotes de sus palabras están embebidas de angustia; quiere salvarlo, pero ¿salvarlo de qué? Ese buen hombre está seguro de haberlo impresionado y de poder enderezar las principales torceduras de su espíritu.

En el calendario de festividades que me enseñó papá, tiene relevancia el ayuno de septiembre. En ese mes se renueva el año hebreo y luego acontece el Día del Perdón (*Iom Kipur*). La contrición del ayuno desintoxica el cuerpo y alma. Mediante esa privación fortificamos nuestra voluntad y demostramos a Dios ya nosotros mismos que tenemos energías en reserva. También el ayuno es penitencia: los marranos necesitamos de ella para aliviar nuestro corazón de esa falta horrible y perpetua a la que nos vemos forzados: mentir al prójimo y negar a Dios. El profeta Jeremías, ante la catástrofe que se abatió sobre Jerusalén, predicó «¡Inclinad vuestras cabezas, pero vivid!» Coincide con el instinto animal: cualquier estratagema que permita seguir respirando, vale. Pero desgarrar los principios éticos: cada minuto de vida está contaminado de deslealtad. Por eso el cilicio del ayuno contribuye a equilibrarnos. Joaquín del Pilar me mostró que para *Iom Kipur*, en Lima algunos marranos suelen pasearse por la Alameda después del almuerzo con un escarbadientes en la boca. En realidad ayunan, pero deben alejar las sospechas porque los fanáticos saben que el ayuno en determinada época es un dato irrefutable.

Elegí adrede *Iom Kipur* para visitar a Marcos Brizuela. Aún no abrimos nuestra intimidad: un judío debe andarse con extremo cuidado porque su interlocutor, aunque converso, puede haber decidido repudiar definitivamente el pasado. Más aún: puede haber avanzado hacia una conversión con poca fe y mucho miedo que, para sostenerse, necesita demostrar que no sólo renuncia a su antigua religión, sino que odia a sus ex correligionarios. Su padre y el mío fueron juzgados por el Santo Oficio, reconciliados y obligados a vestir el sambenito infame. Oficialmente retornaron al seno de la Iglesia. Ambos murieron en Lima. Marcos permaneció en Santiago de Chile y prosperó en el comercio. Se casó con Dolores Segovia, madre de sus dos hijos, y compró una silla de regidor en el Cabildo local. ¿Le quedaban motivaciones para considerarse judío?, ¿ganas de afirmar esa despreciada identidad con estudio, plegaria, cultivo de ciertas tradiciones? Traté de reconocer alguna práctica judía en el tratamiento que se suministró al cadáver de su madre porque la higiene que exige la Sagrada Escritura —vista por la Inquisición como «rito inmundo»— se extiende al muerto: los judíos lo lavan con agua tibia y lo envuelven, de ser posible, con una mortaja de lino puro. Después del sepelio hay que lavarse las manos y comer huevos duros sin sal (el huevo es un símbolo de la vida: por su forma nos recuerda que el devenir no es lineal y tampoco perfectamente redondo). El duelo dignifica al fallecido y a sus parientes: ayuda a digerir la pérdida para que aumente el amor y disminuya el lastre. Los parientes más cercanos se sientan en el suelo durante siete días y rezan, conversan, comen pescado, huevos y vegetales. Pero en casa de Marcos no advertí nada de esto. Que yo no lo haya visto, sin embargo, podía ser el éxito de su

simulación, no la prueba de su apostasía.

Lo visité, pues, en el Día del Perdón, sin noticias ciertas sobre sus sentimientos profundos. Que estuviese en su casa sin trabajar, tampoco valía como dato: sus tareas eran irregulares y dependían de las mercaderías que llegaban o debía despachar.

—El trabajo es una maldición, Francisco —se excusó Marcos—, una de las primeras condenas. Lo dice categóricamente el *Génesis*.

—¿Sabes de dónde proviene la palabra «trabajar»? —recordé un descubrimiento lingüístico—. Del latín *tripaliere*. Significa torturar.

—Clarísimo, entonces.

—Pero pertenecemos a la clase de los *labradores*, Marcos.

—No soy agricultor.

—Labradores en sentido de trabajadores —aclaré—: tú comerciante, yo médico. Aunque nos disguste, estamos más cerca de los menestrales, orfebres, artesanos y carpinteros que de los *oradores* y *defensores*[\[34\]](#).

—No dependía de nosotros la elección.

—Podíamos, de haberlo querido, ser oradores. El sacerdote, que es el orador por excelencia, tiene poder sacramental como intermediario entre Cristo y el hombre —lo miré al fondo de los ojos.

—Yo no tuve la necesaria formación para convertirme en sacerdote. Tú, en cambio, viviste en conventos —insinuó.

—No depende tanto de la formación como de la vocación, Marcos. En todo caso, no tienes la vocación de sacerdote.

—¡Aunque sí de intermediario! —rió.

—Tu intermediación no es tan apreciada como la del sacerdote —lo pellizqué.

—Porque no comercio entre Cristo y los hombres, sino sólo entre los hombres —mantuvo la sonrisa—. Y cobro por ello.

—Todos cobran —avancé más.

—Los sacerdotes no cobran: reciben limosna.

—¿Y los diezmos? —corregí—. Cuando la limosna parece un pago insuficiente, reclaman y amenazan.

—¿Cómo los comerciantes?

—¡Shtt!... —crucé el índice sobre mis labios—. No blasfemes.

Marcos arrimó su butaca a la mía.

—Quisiera tener la elocuencia del obispo —susurró—: cobraría mejor a mis clientes morosos.

—No blasfemes —advertí de nuevo.

—Peor se han portado los capitulares que enviaron cartas al virrey y al arzobispo de Lima solicitando la creación de un juzgado de apelaciones en el fuero eclesiástico para defenderse de los dictámenes que lanza con violencia nuestro obispo.

—Es un hombre fogoso.

—A él le cabe la expresión «ciego de furia».

—No te mofes de su enfermedad —contuve la sonrisa—. Además, ¿te puedo confesar una sospecha? Dudo de su ceguera: creo que la usa para despistar y elegir: sólo ve aquello que le interesa.

Se puso serio al escuchar pasos.

La criada negra me ofreció una bandeja con dulces, un trozo de torta y una jarra de bronce con chocolate líquido.

—Gracias —rechacé la atención.

La criada intentó dejar la bandeja a mi lado, como le enseñaron que debía proceder ante las visitas. Yo insistí en que la retirara.

Marcos me observó con atención. Me ponía a prueba ese día era *Iom Kipur*. Cuando la esclava se marchó, rogué a Marcos con un guiño que no se molestara por mi negativa. Asociaba ese momento, agregué, con el hermoso Salmo 4.

—¿Lo recuerdas? —preguntó.

—«Tú has llenado mi corazón de mayor júbilo que cuando abunda el trigo y vino nuevo» —recité.

La casa de Marcos se llenó de luz.

—Falta —señaló—: «Me acuesto en paz, y en seguida me duermo; porque sólo tú, oh Dios, me das paz y reposo.»

Nos miramos.

—Salmo 4 —reiteré—. Es la oración del justo rodeado de impíos.

—¿Quieres decir que somos *dos* justos rodeados de impíos?

Nuestros ojos brillaron. Teníamos conciencia de que habíamos recitado un Salmo omitiendo las palabras *Gloria patri* que todo católico pronuncia al final. Esa ausencia era una prueba de una presencia conmovedora. Nos habíamos revelado la intimidad.

—Usted me acaba de decir —responde Francisco— que debemos tenerle miedo al demonio y a sus trampas porque llevan a la perdición. Que debemos tenerles miedo a los herejes y a los inmundos ritos judíos. Lo ha dicho con profunda y conmovedora certeza. Sin embargo, fray Alonso, créame que por obra de usted y muchos hombres parecidos a usted, los judíos ahora tenemos miedo a algo más próxima y evidente que el demonio: los cristianos.

—«¡Bésame con los ósculos de tu boca!... Más dulces que el vino son tus amores; suave es el olor de tus perfumes; tu nombre es unguento derramado.»

—Francisco. Eres tan cortés, tan poeta.

—*Cantar de los cantares*, de Salomón, querida.

—¡Qué hermoso! —exclamó Isabel—. Recítalo otra vez.

—«Bellas son tus mejillas entre los pendientes y tu cuello entre los collares» —la acaricié.

—No sé cómo retribuirte —se estremecía.

—Di: «Bolsita de mirra es mi amado, que reposa entre mis pechos.»

—Francisco.

—¿No te gustó? Te obsequio otro versículo, es para ti: «Como el lirio entre cardos, así es mi amada entre las doncellas.»

—Dime un versículo menos audaz, que yo pueda repetir.

—«Como un manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes.»

—Me gusta. «Como manzano entre árboles silvestres, así es Francisco, mi amado —sonrió Isabel—, entre los jóvenes.

—Agrega esto: «Su izquierda está bajo mi cabeza, y su diestra me estrecha en abrazo.»

—Te amo.

—Di: «Francisco, esposo mío.»

—Francisco, esposo mío.

—«¡Qué bella eres amada mía, qué bella eres! Tus ojos son de paloma, a través del velo. Tu melena, cual rebaño de cabras que ondula por las pendientes de Galaad. Como cinta de escarlata tus labios. Tus mejillas, mitades de granada. Como la torre de David es tu cuello, edificada como fortaleza.»

—¡Cómo te exaltas! Tiemblo toda.

—«Tus pechos son dos crías mellizas de gacela pacen entre lirios.»

—Oh, querido.

—«¡Qué bella eres, qué encantadora, oh amor, en tus delicias! Tu talle semeja la palmera, tus pechos racimos.»

Isabel acarició mi frente, mi mentón, mi cuello. Permanecimos abrazados. Una rama de laurel florecido se movía tras el muro, saludando nuestras noches de amor.

Mejoré mi vivienda antes del casamiento. Agrandé la sala de recibo, encalé las paredes del dormitorio y construí dependencias para la servidumbre. Compré sillas, dos alfombras y una ancha alacena. Colgué una araña en el comedor y agregué blandones. En el patio del fondo aún quedaba medio millar de adobes y carradas de

piedra para una futura ampliación.

El pedido de mano a don Cristóbal no resultó engorroso porque él separó francamente las aguas. Dijo que me apreciaba como persona, pero que necesitaba asegurarse de que su querida ahijada Isabel no sufriría privaciones después del casamiento. Por lo tanto, no objetaba la unión si yo podía garantizarle que mi patrimonio actual y futuros ingresos serían suficientes. Entendí que debía recorrer este eslabón en más de una entrevista. También entendí que la sombra del visitador eclesiástico Juan Bautista Ureta revoloteaba como un buitre. Aunque don Cristóbal conocía mi sueldo de 150 pesos, que era un monto respetable, y el ingreso de honorarios extras, demoraba su consentimiento. Durante el proceso yo temí que mi condición de cristiano nuevo fuese un obstáculo difícil de remover. Esta desventaja debía compensarse con dinero. Finalmente llegamos al punto en que se confeccionaría la capitulación. Convocó al notario Corvalán para redactarla. Hacían falta dos testigos: acordamos invitar al capitán Pedro de Valdivia, el visitador Juan Bautista Ureta y el capitán Juan Avendaño. Este último era pariente de doña Sebastiana.

El notario escribió el largo documento, lo leyó en voz alta, hubo asentimiento de miradas y lo firmamos con la misma pluma que nos ofrecía con mano segura y nariz arrogante. Empezaba el texto con la fórmula de que «yo, doctor Francisco Maldonado da Silva, residente en esta ciudad de Santiago de Chile, mediante la gracia y bendición de Dios Nuestro Señor y su bendita y gloriosa Madre, estoy concertado de casarme con doña Isabel Otañez». Seguía: «para ayudar de la dote, me ha prometido el señor doctor don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor, oidor de esta Real Audiencia, la suma de quinientos sesenta y seis pesos de a ocho reales». De ella, sólo doscientos cincuenta pesos fueron entregados en dinero efectivo y el saldo en ropa, géneros y algunos objetos menores de los cuales el notario Corvalán hizo un morbosos detalle: «una ropa de embutido de mujer, valuada en cuarenta y cinco pesos», «seis camisas de mujer con sus pechos labrados, valuadas en cuarenta y cinco pesos», «enaguas de ruan labradas, de ocho pesos», «cuatro sábanas nuevas de ruan, de veinticuatro pesos», «un faldellín de tamanete usado, de ocho pesos», «cuatro paños de mano, de un peso» y así sucesivamente. Don Cristóbal había vencido en la negociación. En el mismo documento se estipulaba que yo hacía una contrapartida de trescientos pesos y me comprometía a incrementar esa suma con otros mil ochocientos para que en caso de que el matrimonio fuera disuelto por muerte u otra razón ese dinero quedara en manos de Isabel. Se añadía que «doy dicha donación por aceptada y legítimamente manifestada» y lo hacía con todos los requisitos necesarios en favor de mi esposa.

Contemplé el perfil de Isabel en la penumbra. Se había dormido y un mechón de cabellos se elevaba rítmicamente con su respiración. Su cuerpo tierno y real me estimulaba. Su sola presencia iluminaba mi vida. Pensando en ella, en nosotros,

amplié la casa, compré muebles y repasé los libros de *Ruth*, *Judith*, *Esther* y el *Cantar de los Cantares*. «Construiré con ella la familia que, andando el tiempo, reparará la que perdí —me decía—. Tendré hijos y gozaré de un entorno incondicional.»

La ceremonia del casamiento se realizó con la austeridad que imponían las circunstancias. Isabel era una cristiana devota y yo respeté debidamente sus sentimientos. Ella ignoraba mi judaísmo y era necesario que jamás se enterase: no cabía el más remoto propósito de hacerla cargar con las definiciones de mi identidad secreta. Esta asimetría era éticamente objetable. Pero —como decía Marcos— aún no encontré la alternativa. Para mantener cierto grado de libertad —¡qué irónico!— tenía que ponerle cadenas a mi libertad: ser concesivo con don Cristóbal, tener cuidado con fray Ureta y ocultamente de por vida ante mi esposa.

Seguía los pasos de mi padre, pero estaba determinado a no ser derrotado como él.

Felipa e Isabel volvieron a escribirme. Habían analizado mi propuesta de venir a Chile, recabaron consejo y aceptaban viajar. Se permitieron filtrar una palabra estremecedora: me extrañaban. Expresaron su enhorabuena por mi casamiento y enviaban sus cariños a mi flamante esposa.

Habían empezado a organizar su partida. Isabel debía cobrar deudas y vender algunos bienes de su difunto marido; su hijita Ana saltó de alegría al comunicársele que atravesaría las montañas más altas de la tierra y conocería a su tío Francisco.

Hacia el final de la carta anotaron que habían comprado a la negra Catalina: aún veía bien con su ojo sano, dejaba muy blanca la ropa y guisaba como en su juventud; vendría a Chile con ellas. Luis, en cambio, falleció. En cuatro renglones me informaron que fue detenido cuando intentó otra fuga, acusado de hechicería y condenado a doscientos azotes. Murió antes de cumplirse el número de golpes.

Dejé la carta sobre la mesa y hundí mi rostro entre las manos: ese negro noble no se había resignado a la esclavitud. Evoqué su marcha cómica, sus risotadas de marfil, su coraje, sus sufrimientos. Lo habían matado como a un perro sarnoso. Los verdugos aparecían como guardianes de la ley y la víctima como un despreciable violador. El orden imperante era un desorden que bramaba. La muerte de Luis, contada por mis hermanas como un hecho anodino, me hizo temblar. Pero ¿contra qué?, ¿contra quién?

Pronuncié *Kadish*^[35] por su alma. Las sonoras cadencias podían simbolizar el viento boscoso de su infancia. No fue un cristiano devoto, tampoco fue judío. Creía en dioses absurdos que no se irritarían por mi *Kadish*. Fue leal a sus raíces. Por eso solamente dios lo iba a premiar o con su misericordia.

¡Mida sus palabras! —se horroriza Alonso de Almeida—. Está hablándole a un calificador del Santo Oficio. ¡Por Dios y la Virgen! Tengo la obligación de reproducir todo lo que usted dice, letra por letra. ¡Salga de su trance diabólico! ¡Apártese de la locura, por su bien!

—No estoy loco.

—Escúcheme —enternece la voz—: el Santo Oficio está esperando que usted se arrepienta y pida misericordia; le otorgará su clemencia. Se la otorgará, le aseguro, porque está en el lugar de Dios.

—¿De Dios? —Francisco apoya su cabeza contra la pared—. Hay un solo Dios y es clemente, por cierto. Pero no me consta que haya delegado su espacio ni su poder. No consta en ninguna parte. ¡Eso sí es locura!

Marcos Brizuela apareció en el hospital. Se interesó por un platero que fracturaron en una riña. Era un mestizo de gran habilidad que le había confeccionado hermosas piezas. Sería una pena que sufriese invalidez porque la ciudad quedaría privada de un gran artista. Conduje a Marcos junto al enfermo, quien se emocionó hasta las lágrimas: su visita implicaba un gran honor. Marcos le entregó una escarcela abultada.

—Que no falten remedios ni comida —dijo.

—Gracias, señor, gracias.

Después caminamos hasta la puerta.

—La sutura evoluciona bien, por ahora —comenté—. No hay signos de infección.

—Me tranquiliza escucharte. Es un alma buena y un talento excepcional.

—Me gustaría conocer las maravillas que te ha fabricado.

Me alejó de la puerta y miró en derredor.

—Te las mostraré pasado mañana a la noche —dijo en voz baja—. He venido a invitarte, precisamente.

—¿Pasado mañana?

—Vendrás solo, Francisco. Y entrarás con el mayor disimulo.

—Para ver platería...

—Para algo más importante.

Lo miré fijo.

—Para celebrar *Pésaj*[\[36\]](#) —sonrió.

Le apreté las manos. Mi estremecimiento pasó a su cuerpo. Nos unía una fraterna emoción.

—*Pésaj* —murmuré.

Esa noche abrí el libro del Éxodo y lo leí de cabo a rabo. No era primavera, como en el hemisferio boreal, sino otoño. El aire apacible contenía la fragancia de los frutos maduros. Una cautelosa frescura rodaba de la puerta a la ventana.

A la noche siguiente me puse ropa limpia sin la precaución de arrugada porque no era sábado y saqué del arcón mi ancha capa negra. Anuncié a Isabel que mis obligaciones me iban a demorar. Besé su boca y sus mejillas tenuemente avivadas con carmín.

En la calle mis zapatos crujieron sobre las hojas caídas. Me arrebujé en la capa e hice el imprescindible rodeo. Me aproximé a la residencia de Marcos por la vereda de enfrente. Cuando me cercioré de que nadie me veía crucé la calzada y pasé de largo. No debía golpear la aldaba, sino rozar mis nudillos sobre la madera. La hoja se abrió un poco. Reconocí al esclavo que hacía de mensajero.

—«Saltar» —pronuncié la contraseña.

La puerta giró lo necesario para que me deslizara al interior. El negro restableció la tranca y me guió hasta la sala de recibo. El patio estaba oscuro, apenas alumbrado por un farol colgado en la galería. La sala también permanecía en penumbras: un candelabro de tres velas permitía reconocer la disposición de los muebles. Daba la sensación de una casa donde sus habitantes se habían ido a dormir. El esclavo me ofreció una silla y desapareció, dejándome solo. Del patio llegaba música de chicharras. Esperé. Las incrustaciones de nácar sobre las decenas de cajoncitos de un bargueño emitían un brillo tenue. Junto a mi silla de roble distinguí un atril con un libro abierto, seguramente traído de un monasterio español. Estiré mis piernas sobre el piso embaldosado con cerámica.

Al rato se abrió la puerta del comedor: la cabeza de Marcos flotaba sobre los conos encendidos del candelabro y pidió que lo siguiera. Entramos en un recinto solitario y oscuro, apenas se recortaban las altas sillas en torno a una mesa. Cruzamos otra puerta de dos hojas; ¿era el dormitorio de su difunta madre? Estaba desorientado. Ni señales de gente. Iluminó el suelo y con la punta del zapato levantó el ángulo de una alfombra de lana negra; tenía cosido en el lado inferior un cordón que penetraba las maderas del piso. Apareció una argolla de hierro. Marcos me entregó el blandón, traccionó con fuerza la argolla y apareció una angosta escalera que bajaba a las profundidades. Me invitó a descender, él lo hizo tras de mí, cerró la tapa y tironeó del cordón que extendía la alfombra. Los pabilos del candelabro esmaltaron las botellas y tinajas de la angosta bodega. El lugar era fresco y acogedor; embriagaba el perfume del vino. Volvió a pasarme el blandón. Apoyó sus manos sobre un estante e hizo presión hasta que se produjo un crujido; después empujó con la mano izquierda y un bloque de botellas empezó a girar. Me golpeó la luz del recinto oculto. Quedé estupefacto.

Sobre la mesa cubierta con mantel ardía un voluminoso candelabro de bronce. A su alrededor permanecían de pie varias personas entre las cuales estaba Dolores Segovia, la esposa de Marcos. De un vistazo capté a todos. Mi corazón se aceleró. A un metro de ella, el matemático bizco que conocí en la tertulia de don Cristóbal hablaba con un hombre de barba cenicienta vestido con una túnica blanca, cinturón gris y un alto báculo; tenía el aspecto de un eremita; nunca lo había visto antes. El último miembro de esta reunión clandestina me obligó a restregarme los ojos. Me observaba desde su hierática corpulencia con blanda y amistosa sonrisa: era el visitador eclesiástico Juan Bautista Ureta. Mi cerebro estalló: ¡también él es judío!

Marcos cerró el acceso. El eremita extendió su brazo en círculo: se ubicó en la cabecera y nos invitó a tomar asiento. Las sillas estaban provistas de abultados almohadones. Marcos depositó a la vista de todos un mazo de naipes.

—Podemos empezar —dijo.

—Los naipes permanecerán ahí toda la noche —, aclaró el forastero—. Es preferible que nos acusen por jugar ilegalmente que por festejar la Pascua de los Panes Ázimos.

—No nos descubrirán —tranquilizó Ureta—. Este sitio es inexpugnable.

Dolores hurgó bajo la mesa y extrajo una fuente de plata. Era pesada por el metal y también por los elementos cuidadosamente distribuidos en su superficie. Contenía planchas de pan ázimo, un trozo de cordero asado que asomaba un hueso, conjuntos de hierbas, un huevo duro y un diminuto perol con papilla de color canela.

Marcos extrajo cazuelas y tazones de barro que distribuyó a cada uno.

—Me los entregaron ayer —notificó—. Son nuevitos como corresponde.

—Y estarán debidamente rotos para la próxima Pascua —rió Dolores.

—Así debe ser —murmuró el extraño mientras acomodaba las láminas de pan cenceño.

Marcos apoyó sus manos sobre el borde de la mesa y se dirigió a cada uno de los presentes con gravedad.

—Hermanos: nos reúne esta noche el *Séder de Pésaj*[37]. Hemos sido esclavos en Egipto y el Señor, con su mano fuerte, nos condujo a la libertad. Los siglos de despotismo fueron compensados con la renovación del Pacto, el obsequio de la Ley y el ingreso a la Tierra Prometida. Hoy —hizo una pausa, ensombreció su tono— somos esclavos del Santo Oficio y el faraón se ha encarnado en los inquisidores. Nos agobia algo peor que la construcción de las pirámides: nos agobia su desprecio y su odio. Nuestros antepasados sufrían abusos y castigos, pero podían mostrarse tal como eran. En cambio nosotros debemos ocultar hasta nuestros sentimientos.

Tendió las manos hacia el forastero.

—Alegra nuestra celebración el rabí Gonzalo de Rivas. Es un erudito que ha peregrinado a Tierra Santa y visita las porciones dispersas de Israel. Bienvenido a nuestra casa y a nuestra ciudad, rabí. Usted nos honra y enaltece.

Contemplé a Juan Bautista Ureta con obsesión: resultaba inverosímil tenerlo ahí, con su hábito de mercedario, participando de una ceremonia judía.

El forastero acarició los rizos de su barba y paseó sus ojos húmedos por nuestros rostros.

—Toda fiesta necesita un tiempo de preparación —dijo—. Marcos se ha encargado de la vajilla de barro nueva y Dolores ha horneado las *matzot*[38], ha encendido y bendecido las velas. Cada uno de ustedes ha arreglado sus asuntos para poder concurrir y yo he conseguido ajustar mi itinerario para que las dos semanas de mi permanencia en Santiago coincidieran con el *Séder*.

Abrió la botija de vino y vertió sobre los tazones.

—Creo que ahora está todo listo para empezar —levantó su mirada tierna y pareció advertir que necesitábamos más esclarecimiento; repitió la caricia de su barba

—. Hermanos: ésta es la festividad viviente más antigua de la humanidad. Muchas otras fiestas han desaparecido, muchas nacieron después. La celebración de *Pésaj* y el desarrollo de este *Séder* tienen tres mil años. Es notable que un acontecimiento tan lejano se centre en una aspiración tan anhelada como difícil: la libertad. Difícil y anhelada. Porque hoy, en 1626, no decimos que hace milenios unos antepasados que no conocemos y cuyos restos ya son menos que polvo padecieron la esclavitud en un remoto país: decimos *nosotros* fuimos esclavos y *nosotros* experimentamos el paso turbulento de la opresión a la libertad. La experiencia no ha terminado: se renueva, porque ahora, bajo otras vestiduras, prosigue la esclavitud y con renovada esperanza debemos soñar con nuestra libertad. Aquel extraordinario suceso nos vigoriza y muestra que en las situaciones más desesperadas siempre late la perspectiva de una solución.

Miró la bandeja.

—Aquí se exponen varios símbolos: las *matzot* recuerdan el pan de la miseria que prepararon nuestros antepasados sobre las calcinantes piedras del desierto. El trozo de cordero al animal que se sacrificó para la última y decisiva plaga, y cuya sangre preservó la vida de nuestros primogénitos. Las hierbas amargas nos hacen sentir el sabor que impregna la vida de los oprimidos. La papilla de manzanas, vino, nueces y canela evoca la arcilla que amasaron en Egipto nuestros abuelos —extendió el índice—. Por último, el huevo duro: simboliza el rodar de la vida y la resistencia del pueblo judío (mientras más se lo cuece, más se endurece); pero también es un elemento de luto: comemos huevos después de enterrar a un ser querido y ahora lo hacemos por los egipcios que murieron ahogados en el mar Rojo; indirectamente, han sido protagonistas de nuestra epopeya. Los judíos, de esta forma, recordamos que no se debe odiar ni a nuestros enemigos: todos los hombres son resplandores de Dios.

Señaló el tazón central, un cáliz lleno de vino hasta el borde.

—De esa copa beberá el profeta Elías, que es nuestro simbólico invitado. Un carro de fuego lo trasladó al cielo, y ahora, en carro de bruma, se desplaza hasta las cuevas y sótanos donde los judíos celebramos el *Séder*.

Se acomodó en los almohadones de la silla.

—Nos sentamos como príncipes: en esta noche especial somos hombres libres —sonrió—. La mesa está pronta, blanca y luminosa como un altar. Beberemos vino y compartiremos el pan cenceño. Luego disfrutaremos la comida que nos preparó Dolores.

El rabí Gonzalo de Rivas se puso de pie y nosotros lo imitamos respetuosamente. Levantó su tazón de vino y lo bendijo. Bebió un sorbo y nos ofreció el tazón. Cada uno lo recibió con ambas manos. Después recogió un puñado de legumbres, lo sazonó en un plato hondo con agua salada y lo distribuyó. Partió en dos una plancha de *matzá*, devolvió una mitad a la bandeja y puso entre sus almohadones la otra.

—Evoca la angustia del oprimido, que debe privarse de la comida y guardar para más tarde. Es también la sublime enseñanza de que debemos partir el pan y compartido.

Introdujo las manos bajo la rutilante bandeja cargada de *matzot* y demás símbolos: la levantó hasta la altura de sus ojos. Dijo con voz sonora:

—He aquí el pan de la miseria que comieron nuestros antepasados en Egipto. El que tiene hambre que venga y coma, quienquiera que necesite, que venga a festejar *Pésaj*. Ahora estamos aquí, que el año próximo estemos en la tierra de Israel. Ahora somos esclavos, que el año próximo seamos hombres libres.

Depositó la bandeja y se dirigió a Dolores y Marcos, que lo miraban embelesados.

—Sé que los niños no pueden participar. Es peligroso. En Roma y Amsterdam, donde las comunidades judías gozan de algunos derechos, los niños son los principales protagonistas. La ceremonia comienza con la formulación de cuatro preguntas, a cargo del más pequeño. Ellos dan pie a la lectura de la *Hagadá*[\[39\]](#). Las cuatro preguntas, en esta ocasión, podrían ser dichas por Dolores... La invito, hija, a pronunciarlas.

Dolores se ruborizó y leyó temblorosamente.

—«¿Por qué esta noche es distinta de las otras noches? Uno: todas las noches comemos pan fermentado o ázimo, pero esta noche solamente el ázimo. Dos: todas las noches comemos diversas verduras, pero esta noche solamente hierbas amargas. Tres: todas las noches no sazonomos la comida ni una sola vez y esta noche dos veces. Cuatro: todas las noches comemos sentados o reclinados, pero esta noche comemos todos reclinados.»

—Estas ingenuas preguntas —sonrió el rabí—, basadas en la novedad que percibía un niño, nos invitan a responder con sinceridad. Se podría decir que ejercitamos la memoria para que el suceso grandioso que marca el nacimiento de nuestro pueblo tenga fuerza de actualidad: fuimos y somos esclavos, ganamos y ganaremos la libertad. Desde hace tres mil años, en esta noche, se narra y asume la formidable epopeya.

Abrió la Biblia.

—No tenemos *Hagadá*. La supliremos leyendo partes del *Éxodo*.

Su voz se abovedó y, trazando emotivas inflexiones, presentificó los días heroicos. La conocida secuencia adquirió carnadura y nos estremeció volver a oír sobre la dureza del faraón, las temibles plagas, el sacrificio del cordero y, finalmente, la multitudinaria partida.

Bebió vino e hizo circular el tazón nuevamente. Después levantó otra plancha de pan ázimo, la quebró y distribuyó. Terminaba la parte solemne.

—Hemos compartido el pan y el vino —explicó—. Así lo hacían ya nuestros antepasados en la tierra de Israel, así lo hacen todas las comunidades judías del

mundo en esta noche. Así lo hicieron Jesús y sus discípulos cuando celebraban el *Séder* como nosotros ahora. La Última Cena fue un íntimo *Séder*, como el nuestro. Jesús presidía la mesa convertida en altar, como lo hago yo. Igual que yo, dio a beber vino y comer el pan ázimo. Pero esto no puede ni siquiera insinuarse ante los nuevos faraones... Ahora los invito a ponernos de pie. Saborearemos el cordero de la misma forma que nuestros abuelos en el desierto: parados.

—Alguna vez se sentaban —bromeó Juan Bautista Ureta.

—y alguna vez también consiguieron levadura para el pan —replicó—. Pero evocamos simbólicamente ciertos instantes significativos.

—Discúlpeme, rabí —se excusó Ureta.

—El judaísmo acepta bromas, no se preocupe la insolencia es parte de nuestra dinámica.

El clima respondía a la descripción que papá me hizo. La evocación no era excesivamente ceremoniosa. No había ornamentos, no se aturdían los sentidos con el espectáculo de colores, sonidos y aromas. Predominaba la calidez de hogar, el contacto humano, la conversación y los manjares. El conductor del oficio no era un pontífice temible que relampaguea en las alturas, sino un padre afectuoso o apenas un hermano mayor, alguien cuyo saber lo transforma en generosa fuente, no en autoridad represora. El encanto de esta celebración residía en su potente sencillez.

—Nunca hubiera sospechado que usted es judío — dije a Juan Bautista Ureta mientras masticaba la carne asada.

—Siendo fraile me oculto mejor. Además, puedo gozar la lectura de la Biblia sin generar presunciones.

—Es difícil ser fraile y ser judío.

Sus grandes órbitas de azabache se aclararon.

—Mi condición de fraile no implica peso, y sí ventajas.

—Pero... ser ministro de una religión en la que no se cree.

—No soy el único: la simulación la padece usted como yo. Algunos judíos consiguieron incorporarse a la orden de Santo Domingo, que es como incorporarse a una sucursal de la Inquisición. Y llegaron a obispos.

—Francisco de Vitoria.

—Por ejemplo.

Marcos cruzó su mano sobre mi hombro, incorporándose a nuestra charla.

—Te debo una disculpa por la sorpresa —dijo.

—¡Y qué sorpresa!

—¿Sabes? Nunca son suficientes las precauciones. Cuando atendiste a mi madre, yo no sabía si eras el católico que aparentabas o el judío que tengo ahora delante de mí. Llamé a Juan Bautista, un visitador eclesiástico para que mi tardanza en solicitar la extremaunción no generara sospechas. Y para que los vecinos viesan que no la

privaba de los óleos. Más tarde Juan Bautista te sometió a presión para cerciorarse de tu integridad; incluso, creo —sonrió—, se le fue la mano. Después me visitaste en fecha de ayuno judío y no comiste; recitamos un salmo y no lo rubricaste con el *Gloria patri*. Esos elementos hubieran sido suficientes para que te invitara a participar de las sesiones de estudio que realizamos de cuando en cuando en este sótano (con el mazo de naipes a la vista por si nos asalta una inspección). Pero hemos aprendido a ser cautelosos. La Inquisición no sólo trabaja con funcionarios visibles: cualquiera puede deslizarse una denuncia. Decidí que corriesen otros meses y recién ahora, con franca alegría, te incorporamos a nuestra minúscula comunidad.

—Un visitador eclesiástico como Juan Bautista sirve de filtro —ironicé—. Pero, por favor, ¡no exagere!

—Como fraile mercedario —dijo Juan Bautista Ureta—, tengo experiencia. Mi orden se ha ocupado de arrancarle a los moros (por las buenas, las malas o el soborno) los rehenes cristianos que apresaban. Hoy en día esa tarea ya es ociosa: las guerras más importantes no se practican contra los musulmanes, sino contra los herejes. Y aquí, en las Indias, nuestra orden parece ebria: no sabe cómo distinguirse. Mi obra de visitador la consuela, porque estimulo sus trabajos de evangelización. Mientras, ayudo a los judíos.

—Increíble.

El rabí Gonzalo de Rivas levantó su báculo.

—No voy a pegarles —rió—. Sólo recordarles que ahora, después de la cena, corresponde leer algunos Salmos y entonar canciones. Estamos de fiesta.

Volvimos a nuestros lugares. Dolores distribuyó nueces y pasas de uva. Marcos renovó las velas.

El agotamiento doblega la paciencia del calificador. Este prisionero le ha resultado más duro que el cuarzo: las amonestaciones no lo han perforado, los razonamientos enderezado ni las súplicas conmovido. Alonso de Almeida sabe que no ha sido parco en el caudal de amonestaciones, razonamientos y súplicas. Tiene la boca seca y agria. Contempla por última vez a este hombre con algo de lástima y algo de rencor. Piensa que sólo un sufrimiento muy largo y profundo conseguirá iluminarle el alma.

Golpea la puerta para que los soldados abran. Después se arrastra, apesadumbrado, hacia el cumplimiento de su deber: informar a los inquisidores sobre las atrocidades que ha escuchado, palabra por palabra.

Acompañé a Isabel a los oficios de Semana Santa. Los vecinos debíamos participar visiblemente porque desde los atrios, las naves y los púlpitos se ejercía metódica vigilancia. Los pocos marranos de la ciudad cumplíamos asistencia irreprochable, era uno de los exámenes más despiadados a nuestra doble condición. Debíamos repetir la farsa de una devoción inexistente (que roe el alma como un ácido) y soportar la acusación por los tormentos de Jesús (que desespera de culpa) [40]. Cada vez que en esa Semana un sacerdote empezaba a evocar la Pasión y Muerte, mi corazón se aceleraba.

El Domingo de Ramos celebra el ingreso de Jesús a Jerusalén y su recepción con hojas de olivo, laurel y palmera. ¿Quiénes le dieron tan afectuosa bienvenida? Yo esperaba que se dijese «¡los judíos!». Mujeres, niños y hombres de su misma sangre lo acogieron y lo querían. Pero mi expectativa se frustraba. Nunca «dos judíos» son asociados a un acontecimiento positivo, jamás hacen algo bueno.

En el Jueves Santo esperaba escuchar el Sermón del Mandato. Recordaba al lejano Santiago de la Cruz y sus conmovedoras palabras sobre el «amaos los unos a los otros». Pero las finezas de Cristo no inspiraban tanto como sus dolores físicos: el Bien es aburrido.

Hablaban de la Última Cena sin mencionar —ni por remota alusión— su vínculo con el *Séder* y la Pascua judía. Repetían hasta el agotamiento que en esa oportunidad Jesús hizo circular el cáliz lleno de vino y dijo «ésta es mi sangre», y distribuyó el pan y dijo «éste mi cuerpo». Dio a beber el cáliz como rabí Gonzalo su tazón, y distribuyó un pan que no era sino la *matzá*. En Jueves Santo también se regodeaban con la traición de Judas Iscariote. ¡Cómo se regodeaban! Contaban la anécdota y la cubrían de una vileza incomparable. Era lo más asqueroso de la Creación y contra él se canalizaba un torrentoso odio. No se trataba únicamente de un individuo que vendió a su Maestro por treinta monedas, sino del «judío». Su deslealtad es de judío; su codicia, de judío; su hipocresía, de judío. Decir «Judas» es decir «judío». Hasta las tres primeras letras coinciden. La identificación es arrolladora. En mi oreja, cada vez que desde un sermón empezaba a pronunciarse la sílaba «jud», en mi cabeza golpeaba la terminación «ío». Que en vez de «ío» oyera después «as» no disminuía el dolor del impacto.

El viernes era un día aplastante. Desde «raza maldita» a «cáfila de asesinos», podían escucharse todas las variaciones del desprecio. Y esto se enseñaba generación tras generación como un granizo incesante —de siglos— que penetra la médula de la gente. Los judíos son los enjuiciadores, torturadores, calumniadores y verdugos de Dios. Son un pueblo sin ley ni luz ni clemencia. Ávidos de sangre y dinero. Crueles hasta la locura. Prefirieron a un homicida como Barrabás y ordenaron la crucifixión

de Jesús porque les gusta ver sufrir. Y aunque los romanos efectuaron las torturas y le rayaron la divina frente con una corona de espinas, eso ocurrió porque los judíos lo exigieron: «los judíos mataron a Cristo». Ni Verónica, ni las tres Marías, ni el pequeño Juan ni los dos ladrones, ni el bondadoso José de Arimatea eran mencionados como judíos. Tampoco el Sábado de Gloria ni la Pascua de Resurrección proveían clemencia. Excepto contadas ocasiones, se pontificaba de tal forma que el sacrificio de Jesús no parecía haberse consumado para salvar a los hombres, sino por imposición de los chacales judíos. Y que su resurrección no era el triunfo sobre la muerte, sino sobre los judíos. Cuantos más palos se diera a esa raza de víboras, más gloria se alzaba al trono de Dios.

Mis hermanas Felipa e Isabel llegaron finalmente a Santiago. Isabel traía a su hijita Ana y Felipa vestía los hábitos de la Compañía de Jesús. Las acompañaba la negra Catalina, cuyos ensortijados cabellos habían encanecido completamente.

Decidimos hospedarlas en casa. Traían mucha fatiga. Advertí que su equipaje era relativamente escaso. Supuse que Isabel conservaba el producto de las ventas en efectivo.

Con los adobes y piedras que tenía reservados en el fondo del solar construí una habitación adicional. En pocas semanas pude ofrecerles un aposento confortable al que incorporé camas, alfombras, un bargueño, arcones y sillas. Mi mujer colaboró con entusiasmo porque había perdido su familia cuando pequeña en la España remota y le producía un íntimo júbilo compartir nuestro encuentro.

Felipa se había transformado en una monja reposada. Sus insolencias de adolescente se diluyeron bajo las negras túnicas de la Compañía. Contó que en el día de la profesión fue acompañada por fray Santiago de la Cruz, que la ceremonia solemne fue inolvidable, con música, flores y una procesión. Hubo muchos invitados: la Compañía había crecido e involucraba a muchos vecinos. Concurrieron el capitán de lanceros Toribio Valdés y un generoso regidor del Cabildo: Diego López de Lisboa.

La escuché sin comentarios. No diría una palabra sobre López de Lisboa hasta que ellas demostraran su capacidad de guardar un secreto. La referencia a López de Lisboa me produjo una trepidación; en ellas hubiera desencadenado un terremoto de sólo sospechar lo que yo sabía.

Isabel se había dulcificado. Madre y viuda precoz, reavivaba la ternura de nuestra propia madre. Sus ojos —parecidos también a los de mi mujer— eran húmedos y acariciadores. La pequeña Ana no se desprendía de su mamá.

—Yo me presentaré en el colegio de la Compañía —anunció Felipa—. Es lo que corresponde.

—Puedes quedarte con nosotros —la invitó mi esposa.

—Gracias. Ustedes son generosos de veras. Pero mi lugar está allí.

Mi mujer asintió y se santiguó.

Un estruendo en la cocina interrumpió nuestra conversación. Caían jarras de latón y estallaban platos de cerámica. Dos gatos se habían introducido entre las tinajas, treparon un barril, saltaron sobre el horno y, escaldados, se revolcaron sobre la mesa con vajilla.

A mi mujer le importó que se hubiera derramado mucha sal en el piso.

—¡Anuncia desgracia! —se sobresaltó mi hermana; y me miró con sus grandes ojos tiernos.

Las testificaciones reunidas en Concepción y Santiago son bastante comprometedoras para el reo. El prolijo trámite inquisitorial, sin embargo, exige no cometer apresuramientos ni saltar instancias. Todo ese material, los bienes confiscados y el reo en persona deben ser embarcados cuanto antes rumbo a Lima donde el alto Tribunal efectuará su inapelable juicio.

Los aldabonazos penetraron en mi sueño como campanadas. Isabel me movió el hombro.

—Francisco, Francisco, llaman.

—Llaman, sí... —me envolví con la capa que había dejado sobre una silla. Los golpes continuaban, insistentes.

—Ya voy —palpé la yesca y aferré a ciegas una bujía; la encendí.

—Rápido —imploraba una voz asordada tras la puerta, temerosa de incomodarme demasiado.

Abrí una hoja. Apareció una figura encapuchada e impaciente.

—El obispo... —empezó a decir.

—¿Otra hemorragia? —le iluminé el rostro atribulado; parpadeó, me agarró el brazo.

—Venga en seguida, por favor. Se nos muere.

Me vestí en un santiamén.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabel incorporándose.

—El obispo tuvo otra hemorragia.

La pequeña Alba Elena sacudió los miembros y lanzó su llanto.

—La sobresaltamos, pobrecita —la recogió en brazos y arrulló tiernamente.

Besé a mi hijita, acaricié la mejilla de mi esposa y disparé hacia la calle.

—¿Cuándo se produjo la hemorragia? —pregunté sin disminuir el trote.

—Ah, recién. Se quejó de dolor en el estómago toda la noche.

—¿Y qué esperaban para venir a buscarme? No contestó.

—¿Qué esperaban?

—Él no quería.

—Nunca quiere. Y me llaman después del incendio —torcimos en la esquina, se veía la casa episcopal. Un par de linternas temblaba ante el vetusto portón.

Recorrí las conocidas galerías. En la alcoba ardía un pequeño candelabro. Percibí el olor de la diarrea por entre los vapores medicinales que salían de un caldero.

—Más luz —ordené.

Arrastré una silla hasta el borde de la cama. El prelado se masajeaba el estómago y emitía débiles quejidos.

—Buenas noches.

No me escuchó.

—Buenas noches —repetí.

Se sobresaltó.

—Ah, es usted.

Le tomé el pulso: había perdido demasiada sangre. Cuando llegaron otros

candelabros pude verificar la pronunciada anemia de su tez.

—El cielo me manda hermosos dolores —sonrió apenas.

—Traigan un tazón con leche tibia —ordené al ayudante.

—¡Leche! —hizo una mueca—. Me haría vomitar. No la quiero en absoluto. Pronto me reuniré con el Señor —agregó—. Estoy purgando mis pecados. El cielo me ayuda: sus enemas son más eficaces que las de ustedes —carcajeó con malicia, pero se interrumpió de golpe y llevó ambas manos al abdomen—. ¡Ay!...

—Le pondré paños fríos.

—No hace falta —se retorció.

El ayudante me alcanzó una pequeña bandeja de cobre con el tazón de leche.

—Beba esto.

—¡Puaj!... —se apretaba el estómago.

Lo ayudamos a sentarse. Tragó un par de sorbos con repugnancia. El tercero lo escupió sobre mis zapatos.

—Quiero recibir nuevamente la extremaunción —se recostó vencido.

Su ayudante empezó a sollozar.

—Rápido —balbuceó.

Palpó con su diestra hasta tocar mi rodilla. Le ofrecí mi mano.

—Usted no se vaya —pidió—. Tiene el privilegio de contemplar los tránsitos al otro mundo.

—Un triste privilegio.

—¿Triste?... Sólo para los pecadores. Los virtuosos gozan este momento... Ya viví demasiado.

La luz del candelabro acentuaba el tajo vertical de su entrecejo. Este hombre seguía emitiendo autoridad. Aún había podido estremecer a los fieles con otro sermón una semana atrás. ¿Cómo habrá sido años antes —me pregunté—, ejercía de inquisidor en el Tribunal de Cartagena? Mi pensamiento, misteriosamente, conectó con el suyo. Me recorrió un escalofrío. En efecto, dije que admiraba su coraje. Y él derivó hacia un recuerdo espantoso.

—Los pecadores, cuanto más pecadores, más sufren... ¡Como lloraban los *marranos* de Cartagena!

No di crédito a mis oídos. Este hombre tenía una percepción demoníaca.

—¡Ay!... —suspiró y volvió a masajearse el abdomen—. ¡Cómo lloraban esos pecadores!

—¿A cuántos relajó? —me oí preguntándole, como si quisiera acompañarlo pero con otro tipo de úlcera, despreciando el riesgo que implicaba tocar el tema.

Abrió sus ojos ciegos y después movió lentamente la cabeza.

—No recuerdo... ¿Relajé a alguno?

Volví a palparle el pulso. Seguía filiforme, vertiginoso.

Me atrapó la mano.

—¿Relajé a alguno? —preguntó ansiosamente.

—Cálmese, Eminencia.

—Fui débil con los judíos... —se agitó—. Ahí está mi pecado. Fui débil.

—¿Misericordioso?

Sacudió la cabeza.

—La misericordia a veces es traición en los asuntos de la fe. Recuerdo que un judío lloraba. ¡Abjura, entonces!, le imploré; pero el infeliz no podía abjurar por el desenfreno de su llanto...

Las gotas empezaron a cubrir mi frente.

—Fui un mal inquisidor. Condené poco... ¡Ay!

Ingresó el ayudante con el confesor del obispo. Me levanté.

—No se vaya —oprimió mi mano.

—Está bien —me corrí hacia un ángulo del extendido aposento.

El sacerdote besó las cruces bordadas en la estola y la colgó de su nuca. Murmuró unas frases y se arrodilló junto a su superior. Le besó el anillo episcopal. Durante varios minutos llegó hasta mis oídos el rumor de oleaje plagado de monstruos. Este hombre arrebatado, disconforme con su lejana tarea de inquisidor y disconforme con su acción pastoral, se disculpaba ante Dios como un guerrero ante su capitán. No computaba los gestos de amor, sino las carencias de ensañamiento. Cruel destino de un hombre que se equivocó de carrera: hubiera querido ser matamoros y mataindios; fue, en cambio, un mediocre matajudíos.

El pulgar del sacerdote se hundió en el aceite y trazó una cruz sobre la frente del obispo.

Se estableció un silencio sepulcral. Me acerqué al paciente. Tenía los ojos cerrados. Su respiración era rápida, le faltaba el aire. Volví a sentarme a su lado.

—¿Cómo evoluciona, doctor? —preguntó a mi oído su ayudante.

Giré y respondí también a su oído:

—Mal.

El hombre llevó las manos a la cara y salió a comunicar mi pronóstico. Al rato oí los latigazos de una flagelación.

El obispo despertó de su modorra.

—Ah, usted...

—Sí.

—El cielo me manda nuevos retortijones... ¡Ay! —se contrajo con violencia—. ¡Ay!

—Beba otro poco de leche.

—No... —se aflojó, aunque más pálido y agitado aún—. La leche es para los niños. No me sirve. Además... quiero purificarme.

—Ya hizo bastante —intenté consolarlo y me levanté para llamar a su ayudante.

—¡No se vaya! —atrapó mi ropa—. Por favor.

Volví a sentarme.

—Ustedes, los médicos, sólo piensan en el cuerpo —el reproche lo animó un instante. Curioso temperamento el suyo: me reclamaba como un huérfano y en seguida me atacaba como un gladiador.

—No sólo pensamos en el cuerpo —repliqué.

—Y los judíos...

¡Otra vez los judíos! Me mordí los labios. Qué obsesión... De mi propio estómago subió una llamarada:

—¿Por qué le importan tanto los judíos? —no pude retener la pregunta.

Su rostro enharinado se sobresaltó.

—Hijo... Es como preguntar por qué me importa el pecado.

—Usted los asocia al pecado —me escuché discutirle. Era peligrosísimo, pero no podía atar mi lengua.

Asintió mientras se acariciaba el estómago.

—Algunos judíos también pueden ser virtuosos —agregué con insolencia; mi corazón estallaba.

Se contrajo de golpe. Otro retortijón coincidió con su sorpresa.

—¿Qué dice?... ¡Ay!... ¿Virtuosos? —levantó la cabeza; sus pupilas siniestras me buscaron—. Los asesinos de Cristo, ¿virtuosos?... —cayó su cabeza fatigada.

—Serénese, Eminencia —le acaricié el brazo—. Algunos judíos son malos, pero algunos son buenas personas.

—¿Envenenando nuestra fe?

Las gotas de mi frente ya caían sobre mis labios. Miré en derredor: felizmente no había nadie más en la alcoba.

—*Ustedes* envenenan la fe —dije—. Los judíos sólo queremos que nos dejen vivir en paz.

El obispo hizo una mueca y la aflojó en seguida como si estuviera por desvanecerse. Sus labios blancos alcanzaron a pronunciar:

—¡Circunciso!

—No lo soy —dije, y agregué por lo bajo—: todavía.

—*Vade retro Satanás* —susurró mientras movía lateralmente la cabeza—. *Vade retro...*

Me sequé el rostro. Acababa de cometer un acto de locura. Me denuncié ante el obispo de Santiago. ¿Había perdido la razón?

Le tomé nuevamente el pulso: más tenue aún. Oí que tras la puerta, en las habitaciones vecinas, en las galerías, en el patio, se aglomeraba una multitud que entonaba rogativas.

Me puse de pie. Irrumpieron varios clérigos y distinguí al ayudante. Decenas de religiosos serían testigos de mi autodelación.

—Hay que limpiado —dije—. Tuvo otra hemorragia intestinal.

—¿Cómo sigue? —preguntó con obstinada sordera: no quería aceptar el pronóstico implícito.

Miré por última vez al obispo. Probablemente no recuperaría el conocimiento. Mi vida dependía ahora de su muerte.

Lo empujan a la bodega del galeón. La salitrosa humedad de los maderos le recuerda el viaje que había realizado hace diez años desde el Callao a Chile. Entonces vino huyendo de la caza de portugueses e hijos de portugueses que se expandía en Lima; su equipaje constaba de dos baúles llenos de libros, un diploma y en su corazón latía la expectativa de la libertad. Ahora regresa con grilletes en tobillos y muñecas, su equipaje contiene el producto de la confiscación patrimonial y en su pecho late la expectativa de una guerra.

Hice una larga caminata hacia el Este, de cara al portento de la cordillera. Era *Shabat*, vestía ropas limpias y alternaba mis reflexiones con el recitado estimulante de los salmos. Ya habían enterrado pomposamente al obispo, pero —me preguntaba— ¿había hablado en algún instante de su prolongada agonía?; su antiguo papel de inquisidor ¿tuvo la suficiente potencia para sacarlo de la parálisis y hacerle balbucear la terrible denuncia? Lo acompañé con sentimientos contradictorios. Él mismo fue una encendida contradicción: se consideraba malo por haber sido bueno. En realidad fue malo en sus prédicas y homilías, pero fue tierno en las acciones. Un cascarrabias que ensordecía con su voz para que hubiera menos abuso e injusticia, que odiaba a los judíos pero se resistía a condenarlos, que se espantó al enterarse de mi fe, pero enmudeció para no pronunciar la frase que me enviaría derecho a la hoguera. ¡Qué retorcida es la piedad!... Al rato, sin embargo, volví a preguntarme si el obispo no atrajo a su boca la oreja de un sacerdote, si podía considerarme seguro.

¿Por qué torturaba mis propios sentidos? Tras recitar de memoria otros Salmos y gozar sus versículos erizados de fortaleza, llegué a la certidumbre de que mis temores se nutrían de la indefinición: yo era como un soldado que no estaba decidido a guerrear y, por lo tanto, no vestía bien la armadura ni empuñaba con decisión la espada; no observaba a mi enemigo con objetividad, sino rebajado. Así como un buen católico se vigoriza con la confirmación —porque asume en plenitud su identidad—, un judío debería vigorizarse con la asunción acabada de su pertenencia. Mi condición de marrano era devastadora: ¿cómo podía sostenerme si de continuo me negaba?, ¿cuánto tiempo los marranos seguiremos siendo marranos? Mis dudas eran la manifestación de mi fragilidad y mi fragilidad un merecido castigo por no atreverme a ser un soldado de mis convicciones. Sin embargo, había un sitio íntimo, con el que podía embestir hacia mi judaísmo cabal: mi cuerpo.

Me senté sobre una piedra. Alrededor se extendía el campo con aislados bosquecillos de cipreses. El aire perfumado me inspiró el recuerdo de otros versículos porque la poesía viril de los Salmos exalta los bienes de la Creación. Si sangro mucho —me dije— podré recurrir a la ligadura. La circuncisión fue practicada por Abraham cuando era anciano, casi. Fue practicada por tantas generaciones y no hubo problemas. ¿Me atrevería a realizarla yo mismo en mi propio cuerpo? Ordené los pasos técnicos como si la tuviese que llevar a cabo en otra persona: calculé el tiempo que insumiría la sección del prepucio, cortar el frenillo y liberar el glande de los restos membranosos.

Después volví a preguntarme si mi juicio funcionaba bien. Los marranos evitan la circuncisión. No obstante ha trascendido que en las cárceles secretas se descubrieron judaizantes circuncidados. El obispo sintetizó su espanto y su desdén con la palabra

«circunciso» porque tal vez descubrió algunos en Cartagena. No me sentí disminuido cuando pronunció el insulto porque sonaba a la inversa: un reconocimiento del antiguo pacto con Dios. Quizá me sentí en falta porque no era un circunciso de verdad, quizá me hizo ver como nadie cuál era mi básica carencia. Si me circuncido —proseguí cavilando— pondré en mi cuerpo una marca indeleble. Las hesitaciones futuras tendrán un punto de referencia que no podré obviar. No habrá dudas sobre mi identidad. Tendré el mismo cuerpo que adquirió Abraham y luego fue el de Isaac, Jacob, José, Saúl y David. Me integraré de forma irreversible a la gran familia de mis antepasados. Seré uno de ellos, no uno que dice solamente serio.

El viaje desde el sureño puerto de Valparaíso hasta el Callao es más breve que en sentido inverso porque la corriente submarina que nace en el helado mar Austral empuja las naves hacia el Norte como si soplara continuamente las velas desde popa.

Francisco ha escuchado que llegarán en treinta días. No le sueltan los grilletes ni lo dejan asomarse a cubierta. ¿Temen que huya?, ¿que se arroje a las olas para refugiarse en el vientre de un monstruo marino como el profeta Jonás?

El sabor de la familia ampliada era intenso (y lo presentí breve). Mi esposa aparecía ante mis ojos con una hermosura creciente: la había deseado y esperado toda la vida con tanta precisión, que parecía inverosímil haberla encontrado. Me conmovía verla con Alba Elena en los brazos haciéndole cosquillas con la nariz. Sus deditos se prendían a mi corta barba o procuraban introducirse en mi boca; contraía los ojitos negros y cerraba los labios en forma de corazón. Catalina llegaba solícita con una bandeja y con mi hijita compartíamos el agua de zarza; sus dientes minúsculos no sólo mordían mis dedos, sino daban cuenta de las migas que le arrancaba al pan recién horneado. También sus tías Isabel y Felipa, así como su prima Ana, solían jugar con ella. Cuando logró dar los primeros pasos sin apoyo, todos quisimos hacerle repetir la prueba y mi pobre hija quedó agotada. Yo elegía su nombre: Alba significa amanecer, comienzo luminoso, pureza, optimismo. Me había casado con una mujer bella e inteligente, en Santiago ganaba prestigio, traje de Córdoba a mis dos hermanas y mi sobrinita, y hasta recuperé a la vieja Catalina que era como preservar una reliquia.

Mi hermana Isabel se parecía mucho a mi madre: la dulzura de Aldonza, su delicadeza y abnegación me impresionaban. La sentí cerca. Inclusive me resultaba más fácil conversar con Isabel que con Felipa, tal vez porque el hábito interponía una barrera. La veía cotidianamente, compartíamos comidas y hasta los juegos con Alba Elena. En una oportunidad me quedé mirándola un largo rato. Se sorprendió.

—¿Qué ocurre, Francisco?

—Nada. Pensaba.

—Mirándome? —sonrió—. Ahora debes contarme qué pensabas.

Golpeé el apoyabrazos de la butaca.

—En Córdoba, en Ibatín. En eso pensaba.

Miró hacia abajo. Los recuerdos la perturbaban mucho. Nunca preguntó por mi padre ni nuestro desaparecido hermano Diego. Lo poco que sabía se lo dije casi a la fuerza.

—Ahora estamos bien —se ensombreció—. Eres generoso, constituimos una hermosa familia, eres apreciado. No sirve mirar para atrás.

Apreté los labios. Vinieron a mi mente Marcos Brizuela y su esposa Dolores: constituían una hermosa familia hebrea. Eso me estaba vedado. Mi mujer era cristiana y nunca intentaría cuestionarle su fe. Pero mis hermanas eran hijas de un marrano; su padre, abuelos y tatarabuelos vivieron y murieron como judíos; ellas sí tenían un compromiso como yo.

Una tempestad zangolotea la nave. Chillan de dolor las cuadernas, los travesaños, los mástiles y una vela es arrancada por los chicotazos del viento. Francisco cae al charco que crece en la bodega. La tripulación corre de un extremo al otro. Las olas arrastran el galeón como un papel. Montañas de agua se derraman sobre cubierta y la barren con fuerza salvaje.

¿Será la voluntad de Dios que no llegue a Lima?, se pregunta Francisco. Vuelve a pensar en el profeta Jonás, su aventura y su grandiosa misión ante los poderosos de Nínive.

Durante varias horas nadie se ocupa de él: para eso está encadenado.

Don Cristóbal de la Cerda dispuso viajar a Valparaíso para aguardar la llegada de un bergantín con funcionarios del Perú. Permanecería algunas semanas en la hermosa bahía como merecido descanso de su actividad judicial. Lo acompañarían su esposa y un buen surtido de criados. Esperaba darse una panzada con los extraordinarios frutos del mar que se recogían cerca de la costa y gozar de un paisaje incomparable, lejos de expedientes y presiones. Barrunté que había ganado mucho dinero y necesitaba congraciarse con los personajes que venían de Lima.

En un arranque de afecto soltó una invitación.

—¿Vendrías con nosotros, Isabel?

—Pero ¿y mi hijita?

—La traes contigo.

—¿Y Francisco?

—Ah, que diga él.

—No puedo abandonar el hospital por tantos días. Gracias, don Cristóbal.

—¿Le disgusta que Isabel nos acompañe?

—De ningún modo. Isabel merece este regalo y Alba Elena disfrutará del mar.

—Sólo unas pocas semanas —aclaró don Cristóbal.

Fue nuestra primera separación: un preludio.

El oidor De la Cerda y Sotomayor contrató a un hidalgo para que buscara una casa amplia en Valparaíso. Luego despachó una caravana con alfombras; camas, frazadas, mesas, sillas, cojines, vajilla, candelabros e incluso talegas de harina, maíz, papas, azúcar y sal, decidido a no pasar privaciones y dar una adecuada bienvenida a los funcionarios que llegaban de un agotador viaje marino.

Partieron por la ruta del Oeste. Mi casa resonó vacía con un eco parecido al que me aterrorizó cuando dejamos Ibatín. Había muebles, sin embargo. Pero se instaló una ausencia. Las ausencias tienen voz, respiran, y asustan. La partida de Isabel y Alba Elena activó otras partidas que no fueron precisamente alegres. Me encerré en mi dormitorio. Mis pensamientos confluyeron raudamente en la apodíctica resolución. Una energía irrefrenable me ordenaba seguir adelante: corregir mi cuerpo para armonizar mi alma, cortar mi carne para consolidar mi espíritu. Me dividiré como lo hacía el hermano Martín en sus flagelaciones: mi mano será del cirujano y mi genital del paciente. Apretaré las mandíbulas para ahogar el dolor, en tanto el bisturí continuará firme. Tal vez una parte mía tendía a desfallecer, pero la otra deberá seguir trabajando hasta el final. La circuncisión es un rito que acusan de bárbaro, que expresa el gusto judío por la sangre: primero la sangre del prepucio, luego del semejante. La circuncisión —dijo un clérigo— estimula la crueldad. Ellos en cambio —pensé— no se circuncidan y eso les estimula el amor. Por eso nos

persiguen, vituperan y queman en hogueras: para castigar debidamente nuestra crueldad... Pero este curso de ideas —reflexioné— ya no me gusta porque expresa resentimiento: lo alimenta la actitud de quienes nos odian. Prefiero, en cambio, solazarme con la perspectiva de una plena articulación con mis raíces.

Al rato me dije que si vacilaba aún, era porque dudaba. Recordé que en el *Libro de los Reyes* se insinúa que los judíos quisieron abandonar la circuncisión mucho antes de Cristo y los profetas condenaron esa renuncia como una traición al Pacto. En el *Libro de los Macabeos* se menciona la orden del tirano Antíoco Epífanes, que prohibió circuncidar a los niños, pero la rebelión del pueblo venció al tirano. Siglos después el emperador Adriano también la quiso prohibir y sufrió como respuesta el levantamiento de Bar Kojba. Unas centurias más tarde insistió el emperador Justiniano y las comunidades dispersas respondieron con una sistemática insubordinación. Cada uno de estos decretos tenía un objetivo: borrar la distinción judía. No se basaban en el horror a la sangre, porque sus ejércitos abrieron verdaderos ríos de sangre. Se basaban en el horror a los judíos.

¿Por qué, tras decenas y decenas de generaciones, los judíos seguimos naciendo con el prepucio?, volví a preguntarme. Hubiera bastado el heroísmo de los patriarcas, podríamos nacer circuncisos. Busqué nuevas respuestas y esa tarde me gustó una en forma de pregunta: ¿quién dice que la circuncisión, el Pacto y la elección es un puro privilegio? Todo privilegio, si no es espurio, exige una contrapartida. Dios elige a Israel e Israel se sacrifica por Dios. Compromiso de ambas partes: pacto. Además, en el *Séder de Pésaj* aprendí algo inolvidable: cada generación debe comportarse como las que evocamos; es necesario ser y hacer igual que aquéllas, reeditar la épica: «somos esclavos en Egipto» y «somos hombres libres», «nosotros atravesamos el mar Rojo», «nosotros recibimos la Ley». Abraham celebró el Pacto y lo inició. Nosotros lo renovamos, le conferimos actualidad, impulso. Mi circuncisión vale tanto como la de Isaac, Salomón o Isaías.

Abrí mis ropas. Accedí a mi intimidad. Estiré el prepucio que vino conmigo para que yo fuera quien lo amputara en un doloroso gesto de compromiso. Estimé la sensibilidad y reparé mentalmente la técnica quirúrgica: me sentaré sobre un grueso paño que se abultará entre mis piernas para recibir los hilos de sangre y, al alcance de mi mano, estarán los instrumentos, las gasas, el polvo cicatrizante, hilo para eventual ligadura y vendas. Lo haré esta noche.

Reuní lo necesario en mi alcoba, calcé velas nuevas en los candelabros, llené un botellón con agua de zarza y tragué un vaso de pisco. Cerré la puerta con tranca, ruidosamente: equivalía a comunicar que no quería ser molestado. Distribuí el instrumental sobre la mesa y me desnudé. Puse el trapo grueso sobre la silla. Aproximé los candelabros. Todo estaba dispuesto para empezar.

—Dios mío, Dios de Abraham, Isaac y Jacob —murmuré—: hago esto para

renovar el Pacto, para sellar mi lealtad a Tí y tu pueblo.

Probé el bisturí con la uña: tenía un filo sin melladuras, como exige el Levítico. Con la izquierda estiré el prepucio. El pulgar de esa mano percibía la turgencia del glande. Apreté el instrumento y seccioné cuidadosamente como un escriba que se esmera en trazar una línea perfecta. La hoja descendía por la herida roja bordeando el límite del pulgar: de esta forma evitaba lastimar mi glande. Sentí un dolor muy agudo, pero mi atención se concentraba en el trabajo quirúrgico. Mis dedos quedaron con el prepucio descolgado, lo deposité en un platito y apliqué sobre mi pene sangrante las gasas mojadas en agua tibia. Del anillo bermellón emergían varios puntos hemorrágicos, pero todos débiles; no cabía una ligadura. Comprimí el pene para que aflorase el glande; no lo conseguí. Tal como lo había previsto, se oponía un trozo de frenillo y la transparente membrana. Elegí una tijera de punta y completé la resección.

Yo estaba perfectamente desdoblado: las quejas del paciente no creaban angustia en el médico, sino afán de excelencia. Más dolía, más me aplicaba en hacerla bien. Con una pinza sostenía la membrana que disecaban los sucesivos golpecitos de tijera. Volví a secar con gasas húmedas. Sangraba muy poco. Arrojé polvo cicatrizante y enrollé el falo con una venda.

—¡Dios mío, Dios de Abraham, Isaac y Jacob —volví a murmurar—: por este *Brit Milá*[\[41\]](#) soy un miembro inescindible de Israel. Acéptame en tu grey. Y ampárame. Bebí otro trago de pisco.

Esa noche me desperté a menudo. El escaso dolor certificaba que lo esencial residía en mi espíritu.

Fue la única tempestad del trayecto. No naufragio ni pérdidas humanas. Tampoco ataques de los piratas.

El 22 de julio de 1627 Francisco desembarca en el puerto del Callao. El paisaje familiar le pellizca las entrañas. Viste una túnica áspera y manchada; supone que tiene un aspecto tan lamentable como el mendigo coronado de moscas que había confundido ahí cerca, con su padre, en la explanada, con su padre, cuando pisó por primera vez este sitio.

A pocos metros el capitán del galeón hace entrega formal del reo y sus pertenencias a unos oficiales. Ahora lo separan de Lima los doce kilómetros que recorrió tantas veces cuando era estudiante.

Pude orinar sin inconvenientes. Sólo molestaba la tensión y un leve prurito, la tumefacción de la ingle también incomodaba. Envolví el pene con venda limpia; ya no sangraba. Tomé mi desayuno de costumbre y fui al hospital. Al mediodía sentí fatiga y regresé para acostarme por unas horas.

La voz de mi hermana en el patio me sugirió la idea. Esa noche —la siguiente de mi circuncisión— la convencí de acompañarme por unos días a los baños que había a unas seis leguas de Santiago. Tanto ella como yo necesitábamos esparcimiento.

Me miró asombrada y repitió sus elogios a mi generosidad. No había que llevar demasiada ropa —le expliqué—: yo no deseaba competir con la fortuna de mi suegro. La invitaba a un recreo sencillo; quería disfrutar con ella y disfrutar de mi familia original. Los baños no se parecían a los famosos de Chuquisaca. No estaban en la remota puna, sino en una planicie verde con el fondo azul de la cordillera. Las aguas eran termales y una familia española se ocupaba de hospedar a las visitas en su modesta alquería. Una pequeña legión de sirvientes se ocupaba de limpiar los pilotones, arreglar los cuartos y servir las comidas.

Llevé los libros, hojas de papel y tinta, y la decisión de hablar descarnadamente con Isabel. Nuestro vínculo no debía seguir atado con hilos finos. La circuncisión, tal como había previsto, aventó mi exceso de cautela.

Una tarde, mientras caminábamos por los umbrosos alrededores, decidí abordar el asunto. Un asunto sensible como una antena de mariposa.

—Isabel: nuestro padre...

Ella siguió marchando sin prestarme atención.

—¿Me escuchas? Nuestro padre...

Rozó mi brazo:

—No quiero saber. No me hables de él, Francisco —bajó la cabeza, bruscamente tensionada.

—¡Debes saber!

Rechazó energicamente con la cabeza.

—Lo acompañé varios años —insistí—. Me dijo cosas importantes.

Sus ojos adquirieron un resplandor trágico. Se parecían terriblemente a los de Aldonza.

—¿Te dijo que denunció a Juan José Brizuela? —espetó.

—¿También lo sabes?

—¿Quién no? —estaba enojada, la evocación le producía un intenso malestar.

—Si lo hizo, fue bajo tortura. Le quemaron los pies, casi quedó paralítico.

—Grande fue su pecado —sentenció.

—No hables así; no eres un familiar del Santo Oficio.

—Por su pecado tuvo que abandonarnos y perdimos a nuestro hermano Diego — empezó a llorar—; y murió nuestra madre.

—No tiene la culpa. Sufrió muchísimo.

—¿Quién la tiene?, ¿nosotros? —temblaban las comisuras de sus labios y se empañaron sus mejillas.

—El eje del problema no está ahí —le ofrecí mi pañuelo—. Quiero explicarte.

Se sonó. Hizo un movimiento negativo: «no me expliques».

—Isabel: necesito tu ayuda —me brotó el niño que anhelaba el abrigo de su madre y me escuché pronunciando palabras dramáticas—: Isabel, de ti dependerá mi vida o mi muerte.

Levantó su mirada vidriosa.

—Estoy muy solo —agregué.

—¿Solo? —su mano me rozó—. No puedo imaginar... —titubeó afligida—. ¿Te llevas mal con tu mujer?

—Desde que me casé y nació mi hija y vinieron ustedes, pareció que se colmaban mis sueños. Sin embargo, hay en mi espíritu algo más profundo, algo que excede la familia... un fuego.

Lo intuía. Su mano tapó mi boca.

—Dios ha sido clemente con nosotros. Basta, Francisco —le rodaban las lágrimas—. No arruines lo que está bien.

Besé su mano.

—Hermana: *no* está bien.

—¿Qué ocurre, entonces?, ¿estás enfermo? —se resistía a leer su intuición.

Nublé las cejas.

—Ah, si fuera eso...

Caminamos en silencio. Ambos nos habíamos tensado como una cuerda de rabel. Necesitaba abrir su mente, quitarle el miedo, descubrirle nuestra pertenencia. Pero ella endurecía sus oídos y quería regresar en seguida.

—Nuestro padre fue reconciliado, pero... —insistí.

—¿Vuelves a lo mismo?

—...no traicionó su verdadera fe.

—Calla, por Dios —levantó las manos para defenderse de un asalto.

—Siempre fue judío.

Se tapó las orejas.

La abracé.

—Isabel querida. No huyas.

Se encogía.

—¿Qué es lo que temes? —le acaricié la cabeza, la apoyé contra mi pecho—. Si ya lo sabes.

—¡No!... —se sacudió espantada.

—Nuestro padre fue un hombre justo —dije—. Fue víctima de los fanáticos. Se desprendió. Me miró con reproche.

—¿Por qué me hablas así? ¡Somos hermanos! —dijo.

Me sorprendió.

—¡Tratas de arrastrarme! —se apartó más, yo era su enemigo.

—Isabel: ¿qué dices?

Te encandila el demonio, Francisco. ¡Ten cuidado! —estaba a punto de salir corriendo.

Le atrapé la muñeca.

—Escúchame. Aquí no hay más demonio que los inquisidores. Yo creo en Dios. Y nuestro padre murió pronunciando su inalterable lealtad a Dios.

—¡Déjame! Te has vuelto loco.

—Me he vuelto plenamente judío, no loco.

Lanzó un grito ahogado. Se tapó de nuevo las orejas. Forcejeó.

—Y quiero compartido contigo, con alguien de mi familia —le sacudí los hombros.

—¡Déjame, por favor! —su llanto le quitaba fuerzas; volví a abrazarla.

—No tengas miedo. Dios nos ve y nos protege.

—¡Es horrible! —sus palabras se cortaban—. El Santo Oficio persigue a los judíos... Les quita sus bienes. Los quema —golpeó sus puños contra mi pecho—. ¡No piensas en nosotros, en tu esposa, en tu hija!

—A ellas no las quiero involucrar, no tengo derecho.

—¿Por qué a mí?

—Porque perteneces al pueblo de Israel. Tienes la sangre de Débora, Judith, Ester, María.

—No, no.

—He leído la Biblia varias veces. Escúchame, por favor. Allí dice claramente, insistentemente, que no se deben hacer ni adorar imágenes. Quien así procede, ofende a Dios.

—No es cierto.

—También dice la Biblia que Dios es único y nos quieren imponer que Dios es tres.

—Así dice el Evangelio. Y el Evangelio dice la verdad.

—Ni siquiera lo dice el Evangelio, Isabel. ¡Si por lo menos acataran el Evangelio! Se soltó. Corrió hacia la alquería. Su falda se enredaba en los arbustos.

—¿Acaso son bienaventurados los dulces, porque ellos heredarán la tierra? —la perseguí a los gritos—. ¿Son bienaventurados los afligidos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que tienen hambre y sed de justicia? Escúchame —jadeaba—:

¿son acaso bienaventurados los pacificadores?, ¿son bienaventurados los perseguidos como nuestro padre? Niegan al mismo Jesús, Isabel —la seguí con el índice en alto—. Jesús dijo: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolirlos, sino a perfeccionarlos.» Y ahora dicen que esa Ley está muerta.

Se detuvo de golpe. Su cara arrasada por las lágrimas era un brasero de reproches.

—Me quieres confundir... —jadeaba también—. Te inspira el diablo. No quiero saber nada, absolutamente nada de la ley muerta de Moisés.

—¿La ley de Dios, quieres decir? ¿Está muerta la ley de Dios?

—Yo creo en la de Jesucristo.

—¿Cuál?, ¿la que *dicen* que es de Jesucristo? ¿La de las cárceles?, ¿la delación?, ¿las torturas?, ¿las hogueras?

Reanudó la disparada.

—¿No te das cuenta de que los inquisidores son como los paganos?

Tropezaba. No dejaba de llorar. Yo continuaba hablándole estentóreamente: recitaba versículos, comparaba las profecías con la actualidad. Mis palabras le caían como látigos. Encogía un hombro, bajaba la cabeza, me ahuyentaba con las manos. Y seguía corriendo. Era una criatura despavorida que necesitaba guarecerse de mi granizada implacable.

Se encerró en su cuarto. Permanecí agitado ante su puerta y oí su llanto: no había consuelo. Esperé antes de llamar. Pero no llamé. Salí a dar una vuelta. Fui duro —pensé—, y enfático. No tuve en cuenta su naturaleza delicada, sus temores, ni la fuerza de las enseñanzas que le inculcaron. Fue sometida a un lavado espiritual que borró su amor al padre o que convirtió ese amor en lo contrario. Mi apasionamiento equivocó el camino. Debí actuar con más prudencia, hacer un circunloquio prolongado y darle tiempo para digerir las piedras una a una.

Caminé con agobio hasta que me envolvió la noche. El cielo estrellado despertó las luciérnagas de la llanura que por doquier guiñaban como invitaciones concupiscentes. ¿Eran un alfabeto? Desde chico me obsesionaba la idea. Atrapé un insecto en mi puño; por entre las ranuras de los dedos filtraba su verdosa luminosidad; sus patitas rasparon desesperadamente mi piel. Lo dejé en libertad; debía reunirse con su multitudinaria familia y proseguir la fiesta. No le importaba mi desolación.

Al día siguiente Isabel me esquivó con terquedad y hasta evitó saludarme. Estaba amarillenta, demacrada. Encontré bajo la puerta de mi pieza una hoja que decía simplemente: «Quiero volver.»

Recién cuando anochece y la ciudad se vacía, los oficiales penetran en Lima con el prisionero. Francisco identifica las calles a pesar de la oscuridad. Reconoce en seguida la temible plaza de la Inquisición y el augusto edificio con la frase Domine

Exurge et Judica Causa Tuam. Avanzan hacia un siniestro paredón y se detienen ante el pórtico que vigilan dos soldados: es la vivienda del alcalde cuyos fondos —se sabía— comunican con las cárceles secretas. Le ordenan desmontar. Después le ordenan cruzar el pórtico.

Cometí el error de atribuir a mi hermana sentimientos que sólo latían en mi pecho. Mis expresiones golpearon más duro que el látigo y la malherí. A pesar de los años transcurridos, ella no había superado los sucesivos mazazos que recibió nuestra familia. Nadie la había ayudado a ver en nuestra desgracia otra cosa que un castigo y no toleraba ser castigada de nuevo. Judaizar, para ella, era absurdo y malo: era pactar con el demonio. Por lo tanto, mi boca ya no era mía y las palabras que yo pronunciaba no venían de mi corazón. No podía ser. Después de aquella tarde la descubrí mirándome como a un desconocido. Cuando mis ojos atrapaban los suyos, huían espantados.

De vuelta en casa descubrí un papel bajo la puerta de mi alcoba. Reconocí su caligrafía y tuve la jubilosa presunción de que me había comprendido y deseaba reanudar el diálogo. De una zancada alcancé la silla y me apoltroné para disfrutar su mensaje, el nacimiento de una hermandad plena. Pero no tardé en decepcionarme: rogaba que abandonase mi locura, que por el amor de Dios me apartara de los ruines pensamientos. En ningún caso había de Creer lo que yo decía (ni siquiera se atrevía a mencionar las palabras que generaban su pavor).

Su resistencia era la manifestación de su lucha. Preferí suponer que no habría tenido necesidad de escribirme si mis palabras no hubieran hecho impacto. Algo se había roto en ella, evidentemente. Lo conversado en los baños, aunque en forma atropellada, había operado como las trompetas de Jericó: bastaría que las hiciese sonar de nuevo —me entusiasmé— para que cayeran las murallas. Unté pues la pluma y comencé a escribir. Debía ser diáfano y preciso: alumbrar cada concepto con un racimo de bujías. Demostrarle que el demonio habitaba en la Inquisición, no en los perseguidos; en quienes silencian y asfixian, no en quienes piensan. Hablé de historia, mártires, sabios, obras bellas. Y la ardiente necesidad de articularnos con nuestras raíces. Le dije que trataba de ser cada vez más coherente: ayunaba, respetaba el sábado y oraba a Dios. Que incluso hacía un año había dejado de confesarme en la Compañía de Jesús —donde encontraba el mejor nivel intelectual— porque me bastaba confiar mis pecados directamente al Señor.

Releí las cinco hojas, corregí algunas frases y las doblé. Estaba satisfecho. Parecía un enamorado que había conseguido verter en un poema la fiebre de su pasión. Salí de mi aposento en busca de mi hermana. La encontré en el patio, aún amarillenta.

—Toma —le tendí los pliegos—: léelos con atención.

Alzó los ojos asustados. No se atrevió a recibir mi carta.

—Es una respuesta meditada —insistí con apariencia de tranquilidad.

Levanté su mano reticente, le abrí los dedos contraídos y los apreté en torno a los papeles.

—Reflexiona sobre lo que te he escrito. Y contéstame, por favor. Tómate tres días.

Sus ojos seguían atribulados. Le tuve lástima. Sufría. Y revelaba mucho miedo. Se alejó con la cabeza gacha, los codos adheridos al cuerpo, empequeñecida. Era como mi madre cuando cayó sobre ella el alud del infortunio. La seguí unos pasos, mi mano en el aire, deseoso de brindarle una caricia. Pero empezó a correr hacia el refugio de su cuarto. Ojalá que se serene —rogué— y lea una y otra vez mis francos conceptos. Ojalá se atreva a dialogar.

Volví a equivocarme. Isabel no estaba en condiciones de razonar con calma. La mera perspectiva de poner en cuestionamiento aquello que estaba consagrado la horrorizaba. No importaba qué le dijese: bastaba intuir mi rebeldía para que la ahorcase el pánico.

Se encerró —me enteré después, cuando era demasiado tarde— y empezó a llorar. Lloró sin consuelo. Entre hipos y mocos abrió mi carta. Leyó las primeras frases y, bruscamente, la abolló. No podía tolerar esas blasfemias. Siguió llorando hasta la hora de la comida. Se lavó la cara, dio una vuelta por el huerto y trató de disimular su aflicción. Entró en la cocina, ordenó a las criadas que fuesen a buscar hortalizas frescas y, cuando estuvo sola, extrajo de su ropa mi larga carta sin leer y la arrojó al fuego. Las llamas retorcieron los pliegos como extremidades de una efigie, se ennegrecieron y dejaron asomar unos puntitos de sangre. Isabel tuvo la alucinante impresión de haber quemado una pezuña de Belcebú.

No fue suficiente. Estaba aturdida. La pesadumbre le mordía el corazón. Yo le había dicho que de ella pendía mi vida o mi muerte. Fue una advertencia real, puse en sus manos mi destino: en sus manos débiles. ¿Por qué lo hice? Pregunta abismal... Era lo mismo que preguntarse ¿por qué Jesús entró en Jerusalén y se mostró públicamente si sabía que los romanos querían prenderlo? ¿Por qué dejó que Judas Iscariote saliera del *Séder de Pésaj* para buscar a los soldados? ¿Hablé con Isabel para que, indirectamente, me arrestara la Inquisición? ¿La empujé a convertirse en mi Judas Iscariote, en ese eslabón trágico que apura la llegada del combate decisivo? ¿Hice esto para que me llevasen ante los actuales Herodes, Caifás y Pilatos a fin de demostrarles que un judío oprimido reproduce mejor a Jesús que todos los inquisidores juntos?

Isabel rezó, dudó, se atormentó. Su saber era una brasa. Le urgía sacársela o dividirla con alguien. Recordaba mi advertencia: «de ti pende mi vida o mi muerte». Yo estaba en los brazos de la muerte —para ella—, y arrastraría a los demás. Salió en busca de Felipa. A mitad de camino se detuvo, se estrujó las manos, suspiró y dio media vuelta. Pero antes de llegar a casa volvió a girar. Al cabo de una hora mis dos hermanas sollozaban juntas porque una inconsolable desgracia había caído nuevamente sobre nuestra familia. Yo había sido contaminado por el veneno atroz.

—¿Qué haremos? —suplicaba Isabel.

Felipa se paseó por la celda desgranando nerviosamente el rosario. Su voz ahogada por las lágrimas, enronquecida, dijo finalmente:

—Hay algo que no puedo eludir.

Isabel la miró temblando.

—Decírselo —anunció Felipa— a mi confesor.

Francisco echa una última mirada a la calle negra de la poderosa Ciudad de los Reyes, representante de una libertad falsa y esquiva.

Cruza el pórtico y desciende a los infiernos.

Libro quinto: Deuteronomio

Sima y cima

Repta un airecillo húmedo y maloliente. Cruzan un salón desolado, se introducen en una galería y descienden cuidadosamente varios escalones. La linterna atrae los pliegues de los muros y techos como si fueran la piel de un monstruo interminable que se mueve, respira, acecha. Tropieza, porque lo traba la cadena que une los grilletes de muñecas y tobillos. Un negro provisto de linterna guía hacia la tenebrosa profundidad. Se pierden en un laberinto. ¿Adónde van? El negro se detiene frente a una hoja de madera, abre un candado y levanta la tranca de hierro. Un oficial aprieta el brazo de Francisco y lo obliga a pasar. Cierra la puerta; por sus rendijas se filtra el temblor residual de la linterna. Francisco queda a oscuras y tantea en el vacío hasta que alcanza los muros de adobe y descubre un poyo. Se desploma agotado.

Otra vez solo, pero ahora en la cárcel del Santo Oficio, en sus macabras vísceras. Sabe que lo harán esperar —como en Concepción, en Santiago— para que ablande la resistencia. Apela a los Salmos para darse fuerzas: su enemigo es potente como Belcebú.

Sin embargo, no conoce las irregularidades que se permite el Santo Oficio. No ha transcurrido una hora y vuelve a levantarse la tranca. Se asoma un rostro de bronce con un blandón encendido. ¿Lo llevan a la cámara de torturas? No es el mismo negro de hace un rato, sino una mujer. Se aproxima con cautela y le ilumina el rostro, las muñecas, los tobillos, sin decir palabra. Apoya el blandón en el piso, sale al corredor y vuelve con un cazo de leche tibia. Francisco estudia su rostro tan parecido al de Catalina años atrás y procura entender este gesto.

Bebe y se conforta. La negra se sienta a su lado, destila olor a cocina, a frito.

—Gracias —susurra.

Ella lo mira en silencio. Francisco apunta el mentón hacia la puerta abierta.

—¿Y qué? —la negra se encoge de hombros—. ¿Quiere escapar?

Francisco asiente.

—No podría —emite un abismal suspiro—. Nadie escapa de aquí.

¿Quién es ella?, ¿por qué lo asiste? Le pregunta directamente. Esa mujer no tiene poder alguno. Se llama María Martínez, la han arrestado por hechicería y, para aliviarle la condena que aún no ha fijado el Tribunal, realiza ciertos trabajos en la casa del *alcaide*^[42]. ¿Qué trabajos? ¿Llevar leche tibia a los reos que ingresan?, ¿demostrarles que no vale la pena intentar una fuga aunque permanezcan abiertas las puertas?, ¿sonsacarles información? Dice sin que le pregunten y desenrolla su historia: la mandó arrestar el comisario de La Plata por haberse enamorado de una joven viuda a quien visitaba regularmente (¿a todos les cuenta lo mismo?). El comisario admitió que él mismo la hubiese matado de una puñalada porque era intolerable que una mujer se acostase con otra y que eso era peor que las denuncias

por leer en el vino y haber clavado siete alfileres en el corazón de una palomita para que la joven viuda nunca dejase de amarla. Su arresto se efectivizó bajo el cargo de hechicería: los inquisidores prefieren interrogarla sobre los ritos que efectúa para conseguir la ayuda del diablo. También muestra que se introduce un escarbadietes en la nariz para sacarse gotas de sangre que guarda en un pañuelo para mejorar su salud y conseguir que Santa Marta la exima de las torturas. Finalmente cuenta a Francisco que el señor alcaide ha salido por unas horas y le ha encargado recibirlo.

—¿A mí?

—¿No es usted el médico que traen de Chile?

Francisco trata de descifrar el galimatías: después de haber sido arrestado en Concepción y haber pasado por una agotadora serie de amonestaciones, interrogatorios y traslados, ¿lo confían ligeramente a una negra que también está bajo proceso? Había imaginado que bastaba atravesar los muros de esta sombría casona para encontrarse rodeado de oficiales y verdugos, pero hete aquí una laxitud que ni siquiera existe en las prisiones seculares. ¿Hay locura en el Santo Oficio?

La negra le pregunta por su crimen, ¿Crimen? —exclama Francisco—, ninguno. Ella se ríe: todos niegan haber cometido un crimen. Yo no niego la causa de mi arresto —replica—, sólo que no es un crimen. ¿Bigamia? —pregunta María Martínez—, ¿homicidio?, ¿título falso?

—Soy judío.

La negra se pone de pie y sacude su rústico vestido.

—Judío —repite Francisco en tono más alto—. Como mi padre y mi abuelo.

—¿También? ¿Todos?

—Todos.

Se persigna, invoca a Santa Marta, lo mira atónita.

—¿No tiene miedo?

—Sí, tengo miedo, por supuesto que tengo miedo.

—Y ¿por qué lo dice?

—Porque eso soy. Y porque creo en el Dios único, en el Dios de Israel.

Sus ojos grandes y asustados se aproximan con pena; susurra:

—No lo diga así al señor alcaide; lo mandarán a la hoguera.

—¿Sabe, María? He llegado hasta aquí, precisamente, para decirlo. Necesito decirlo.

—¡Shttt...! —le tapa la boca con su mano húmeda y regordeta—. El alcaide puede llegar violento. Si usted dice que es... ¡lo condenará!

Recoge el cazo vacío y el blandón.

—Si llega bueno —aclara— y usted le dice que es... eso, ¡también lo condenará!
¡No lo diga!

Francisco meneaba la cabeza, mueve las engrilladas manos y reconoce que esta

pobre mujer jamás comprendería. No obstante, su torpe bondad merece que le explique. Suspira: hace mucho que no transmite sus pensamientos y pronto deberá exponerlos ante los inquisidores; tarde o temprano lo llamarán y querrán enterarse por su boca de aquello que ya figura en los pliegos, ¿Por qué no ensayar ahora con esta mujer ignorante? Ella no suelta el cazo ni el blandón mientras murmura: «¿quiere que lo maten?».

Francisco intenta un comienzo pero el cierre destemplado de una lejana puerta y los crecientes taconeos los sobresaltan. María se asoma al temible corredor y vuelve para prevenir a Francisco.

—¡Es el alcaide! ¡Póngase de pie, rápido! —lo ayuda a levantarse, le arregla la cabellera y le estira la sucia camisa.

Ingresa un hombre bajo y robusto seguido por un sirviente con una linterna. Se acerca a Francisco y lo examina de arriba hacia abajo como si quisiera indicarle que la diferencia de altura no le otorga ventajas. Sus ojos expresan desprecio. Chasquea los dedos y la negra sale con el cazo y el blandón. De súbito Francisco queda nuevamente solo y a oscuras. Pero no alcanza, sin embargo, a acomodar su vista y el negro de la linterna ingresa en la celda otra vez y ordena al reo que lo acompañe. Francisco no ofrece resistencia; sabe que su cuerpo será inevitablemente sometido a ultrajes para que se rinda, pero su propósito es triunfar con el alma. En consecuencia, que lo lleven y traigan, que lo pongan al frío o al calor; podrá ejercer alguna defensa de sus convicciones. Se levanta con los grilletes tironeando hacia abajo y lo sigue por el pasillo que ondula al ser tocado por la luz. La cadena es demasiado larga y se enreda en sus pies. El túnel se divide en cruz, doblan hacia la derecha, después de un tramo doblan otra vez y se detienen ante una puerta maciza. El esclavo levanta la linterna y golpea la diminuta aldaba. Una voz le ordena pasar. Tras una mesa iluminada por un candelabro está sentado el alcaide. Francisco permanece de pie y aguarda; el cansancio lo está minando.

El funcionario lee los papeles amontonados sobre la mesa sin pronunciar palabra. Se supone que son los documentos condenatorios labrados en Chile. Se demora en cada hoja: es un funcionario responsable que lee con dificultad. A Francisco le aumenta el dolor de los tobillos ulcerados y una niebla le invade los ojos. A cada rato el alcaide espía por encima del papel para cerciorarse de que permanece en el mismo sitio. Al rato su voz neutra ordena:

—Identifíquese.

—Francisco Maldonado da Silva.

El funcionario no dice si ha escuchado, continúa sumergido en los pliegos. ¿Es una forma de hacerle saber que tiene poco interés en su nombre? Tarda un rato en hacer la pregunta siguiente.

—¿Conoce la razón de su arresto?

Francisco descarga el peso sobre una sola pierna; no podrá seguir parado; la fatiga de dos meses horribles lo vence.

—Supongo que por judío.

—¿Supone?

Una mueca le tironea la comisura de los labios y replica:

—Yo no soy el autor de mi arresto y no puedo conocer su causa.

El alcaide lleva automáticamente la mano a su espada porque esa insolencia es inaceptable.

—¿Loco, además? —le increpa con el rostro enrojecido.

Apoya el peso sobre la otra pierna; un bulto le aplasta los hombros, le oprime la nuca. Los objetos se mueven y diluyen.

—Le exhorto a decir la verdad —recomienda en tono burocrático.

Francisco balbucea la respuesta:

—Para eso estoy aquí.

La niebla se espesa; no puede evitar la flexión de sus rodillas. Cae desvanecido.

El alcaide se incorpora despacio, rodea el escritorio y se para junto al prisionero. Con la punta del zapato le mueve el hombro: está acostumbrado a recibir cobardes y simuladores. Le hunde el zapato en las costillas e indica al negro que arroje agua sobre la cara desfigurada por el agotamiento.

—Muy flojo —lo desprecia.

Retorna a su silla, se acaricia el mentón y evalúa.

—Lévalo de regreso a la celda y que coma.

Un par de negros lo visten con una túnica de fraile. Después le ofrecen leche y un trozo de pan recién horneado. Francisco aún navega en su sueño escaso y al comer siente dolor en la mandíbula, la garganta, el esternón.

—Vamos —ordenan.

—¿A dónde me llevan? —el dolor de la garganta se ha conectado con el dolor de todo su cuerpo.

Lanzan una risita y lo empujan al corredor.

¿Es el mismo corredor de horas antes? Ya han conseguido desorientado. ¿Empezarán con el potro, como hicieron con su padre? Advierte que a su lado camina el alcaide, robusto y severo. ¿Cuándo apareció? Francisco se lleva las manos a las sienes: se le ha turbado la percepción, el cansancio afecta su lucidez. La cadena se le enreda en los tobillos.

—¿Qué le pasa? —reprocha el funcionario.

—¿A dónde me llevan?

—A una audiencia con el Tribunal —contesta sin emoción.

Francisco tropieza de nuevo y es la cruel y reprochadora mano del alcaide la que sujeta su brazo e impide la caída. Ni su más ingenuo cálculo había presumido tanta aceleración. ¿Influyen poderes sobrenaturales en su desapareja lucha? Durante meses lo mantuvieron excluido: los comisarios le hicieron sentir el abandono y la impotencia. Ahora, en el vientre del Santo Oficio, sus autoridades centrales se apuran para vede el rostro y escucharle la voz. ¿Será cierto? Tiene la impresión de cruzar puertas que se abren antes de su llegada y ser observado por hombres silenciosos. Lo ingresan en una sala de relativa suntuosidad, iluminada parcialmente por altas linternas. Alguien le arrima un escabel de madera y el alcaide le aprieta de nuevo el brazo para (¿invitado?) forzarlo a sentarse. Necesita aferrarse de su asiento con las manos. ¿Aquí funciona el Tribunal? Lo asalta una arcada.

Delante suyo, sobre una tarima, se yerguen tres sillones abaciales forrados de terciopelo verde. Una larga mesa de caoba (¿ahí apoyarán sus manos los jueces?) tiene seis patas torneadas en forma de monstruos marinos (¿qué significan en un sitio donde ningún detalle puede ser arbitrario?). En los extremos de la ancha mesa alumbran sendos candelabros como escolta del crucifijo que destella en el centro. Francisco ve a un costado de la tarima el milagroso Cristo de tamaño casi natural, sombrío, cuyos ojos observan directamente los tobillos del reo; su padre le dijo que era milagroso porque su cabeza se mueve para refutar las mentiras de los cautivos o apoyar las acusaciones del fiscal. Le empieza a recorrer un temblor: sobre la pared derecha hay dos puertas cerradas y supone que por ahí emergen los jueces o se va a la cámara del secreto o la cámara de las torturas.

La tensión levanta sus párpados: urge reconocer los objetos para establecer algún contacto y controlar el miedo. ¿Qué ocultan las cortinas negras del frente? El negro expresa el luto de la Iglesia por las persecuciones que sufre a causa de las malditas herejías y el verde simboliza la esperanza en el arrepentimiento de los pecadores. Los objetos son piezas del armamento que le será disparado contra su cabeza. Se encoge al identificar el blasón del Santo Oficio, desafiante bandera que proclama al dueño del lugar y recuerda a los prisioneros su abominable condición. Lo mira embelesado: consta de una cruz verde sobre campo negro (el negro y verde se repiten); a la derecha de la cruz se extiende una rama de olivo que promete clemencia a los que se arrepienten; a la izquierda han bordado la gruesa espada que hará justicia con los pertinaces; debajo de la cruz y su guardia de olivo y acero arde una zarza como prueba de la inextinguible sabiduría de la Iglesia, así como del fuego que consumirá a quienes se obstinan en la rebelión. Al conjunto lo rodea una frase en latín extraída del Salmo 73: *Exurge, Domine, et judica causa tuam*, la misma que ha leído con aprensión la primera vez que vio el palacio inquisitorial cuando llegó a Lima con dieciocho años de edad y un nudo de conflictos en el alma. No puede retirar los ojos del estandarte: es la monstruosa oreja que escucha a los innumerables acusados y después sale a presidir los Autos de Fe. Último Francisco aumenta su vértigo al descubrir el famoso techo del que se habla en todo el Virreinato: es un conjunto colorido de 33000 piezas machimbradas, sin un solo clavo, talladas en la noble madera de Nicaragua traída especialmente por mar.

Desde las esquinas de la sala un alguacil lo vigila y se cerciora de que los tenaces grilletes le inmovilizan las extremidades. Cruje la primera puerta de la derecha e ingresa un hombre pálido con gafas. Es una aparición tenebrosa: no habla, no mira, parece no registrar la presencia de Francisco; se desplaza igual que los muñecos articulados, lentamente, rígidamente. Se detiene junto a la mesa desnuda del costado y, con la parsimonia de un sacerdote junto al altar, la llena de objetos: pluma, tintero, hojas de papel, secantes y un gran libro encuadernado en piel. Después ordena los materiales: el tintero y las plumas a la derecha, los secantes a la izquierda, el gran libro al centro y las hojas apretadas bajo el libro, como si temiese que una ráfaga las pudiera arrancar. Entonces se sienta, sus manos en oración y queda mirando al verdinegro blasón del Santo Oficio. Permanece quieto como un cadáver.

Al rato vuelve a crujir la puerta lateral y aparecen tres solemnes jueces en fila. El aire se tensa y adquiere olor de muerte. Se desplazan con majestad, a pasos cortos. Desfilan hacia la tarima donde los sillones de alto respaldo se han corrido para hacerles más cómodo el ingreso. Es una procesión sin imágenes ni multitud de fieles, sólo a cargo de tres figuras envueltas en túnicas negras.

El notario se incorpora e inclina la cabeza. La firme mano del alcaide oprime el brazo de Francisco y ahora lo fuerza a levantarse; el ruido de la cadena profana la

macabra pompa. Los jueces se paran junto a cada silla, se santiguan y rezan. Luego, al unísono, se sientan. El alcaide de tironea nuevamente el brazo de Francisco. El notario gira por primera vez su cabeza hacia la izquierda y sus gafas con infinitos círculos golpean el rostro del alcaide, quien se turba, suelta a Francisco y sale. También salen los alguaciles. En el salón de audiencias sólo permanecen los tres inquisidores, el secretario y el reo. Va a comenzar el juicio.

A Francisco le molesta la fina trepidación que corre bajo y su piel. Ha pensado en este momento, imaginado preguntas y ensayado frases, pero su mente se ha blanqueado. Tan sólo presume que lo tratarán con el mismo despecho que a su padre; le pedirán decir la verdad y cada palabra será registrada prolijamente para usarla en su contra todas las veces que hiciera falta hasta quebrarle la resistencia. De pronto recuerda que su padre le pidió no repetir su trayectoria. Es una inoportuna interferencia, no debería pensar en su padre, sino en cómo desempeñarse ante los gélidos inquisidores. Pero se agranda el indeseable reproche: ha desobedecido el consejo y ahora debe rendir cuentas ante el Tribunal. Pero, a diferencia de su padre, Francisco reconoce que la denuncia en su contra se produjo porque él mismo la buscó cargando a su hermana Isabel con una información que ella no estaba en condiciones de sostener, que él mismo había decidido cancelar su doble identidad y que por esa razón no había aprovechado a huir durante el viaje. Aún queda por ver si será capaz de resistir la severidad del Santo Oficio y demostrarle que no tiene por qué arrepentirse de ser quien es y defender la creencia que lo anima. Sabe, desde luego, que no es más que un mortal y el Santo Oficio desborda experiencias y metodologías para doblegar a los obstinados.

Uno de los jueces limpia sus gafas en la manga del hábito y las calza sobre la montura de su nariz, alisa las finas cintas del bigote y ordena al secretario que anuncie la apertura de la audiencia. Francisco escucha que es día viernes, 23 de julio de 1627. Y que el Tribunal está integrado por los ilustrísimos doctores Juan de Mañozca, Andrés Juan Gaitán y Antonio Castro del Castillo.

Andrés Juan Gaitán —el mismo que elogió al virrey Montesclaros durante su visita a la Universidad— clava sus ojos en los de Francisco y dice con voz monocorde:

—Francisco Maldonado da Silva: usted va a prestar solemne juramento de decir la verdad.

Francisco le devuelve la mirada. Las pupilas brillantes del clérigo y las del desvalido infractor se tocan como un fugaz cruce de acero. Dos ideologías opuestas se miden. El recalcitrante partidario de la uniformidad sin melladuras y el tierno (pero también obstinado) defensor de la libertad de conciencia. El inquisidor odia (ignora que teme) al infractor; el reo teme (ignora que odia) al inquisidor. Ambos van a luchar en el ambiguo rodeo de la verdad.

—Coloque su mano sobre este crucifijo —le ordena.

Las cabezas de los inquisidores, vistas desde el lugar de Francisco, parecen apoyadas sobre la mesa y coronadas por el alto respaldo de las sillas tapizadas de verde. Son tres cabezas sin cuerpo, cenicientas y hoscas. Francisco no se mueve en

apariencia, pero el molesto temblor fino le tortura cada dedo.

—Señor —dice tras una inspiración honda—, yo soy judío.

—Es el cargo por el cual lo juzgamos.

—Entonces no puedo jurar en nombre de la cruz.

El notario, que venía describiendo el curso de la audiencia, tira su cabeza hacia atrás y quiebra la pluma.

—Es el procedimiento —replica fastidiado el inquisidor—. Debe atenerse al procedimiento.

—Lo sé.

—Hágalo, entonces.

—No tiene sentido. Le pido que me comprenda.

—¿Usted nos enseña qué tiene o no sentido? —el atrevimiento de este individuo le crispera la cara—. ¿Pretende pasar por loco?

—No señor. Pero mi juramento sólo tendrá valor si lo hago por mi creencia, por mi ley.

—Para nosotros no rige ni su ley ni su creencia.

—Pero rigen para mí. Soy judío y sólo puedo jurar por Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra.

El secretario anota precipitadamente; su letra se agranda e incurre en trazos desperejados. El techo machimbrado cruje: sus miles de piezas articuladas con maestría jamás han escuchado una réplica semejante. Los inquisidores se ponen una coraza de quietud: este miserable no debe imaginarse siquiera que los ha tocado.

—¿Pretende imponernos su ley? —la voz de Gaitán se esfuerza por mantener una angosta serenidad—. Esta actitud le perjudicará.

—Si juro por la cruz habré cometido mi primera mentira.

Gaitán se dirige a los otros inquisidores. Hablan voz baja y les cuesta armonizar sus puntos de vista. El reo los observa, pero se conceden su tiempo para no equivocarse ante el inopinado insulto. Finalmente Juan de Mañozca se dirige al secretario.

—El reo puede jurar a su modo, pero haga constar la pertinacia.

Por primera vez resuena en el salón el extraño juramento y rechinan las maderas de Nicaragua. Después Francisco Maldonado da Silva responde al interrogatorio. Ha soportado demasiado la falsedad y ansía mostrarse sin la máscara de la vergüenza, la cobardía y la traición. Traición a Dios, a los demás, a sí mismo.

Los inquisidores se encuentran ante un problema inédito, mezcla de injuria y franqueza. Un caso que no elude la gravedad de las preguntas ni la amenaza de los cargos. No oculta sus pecados, no niega su condición de judío ni sus prácticas abominables, no intenta confundir a los jueces. Parece sincero. Reitera que es judío como si tuviese un morboso placer en pronunciar esa palabra llena de resonancias

maléficas; repite que es judío como lo fue su padre —penitenciado por este Tribunal — y su abuelo y los ascendientes de una larga genealogía. Advierte que su madre, sin embargo, fue cristiana vieja y murió en su fe. Lo bautizaron en la remota Ibatín y lo confirmó en Córdoba el obispo Fernando Trejo y Sanabria. Reconoce su sólida formación religiosa; fue católico hasta la edad de dieciocho años, en que vino al Callao para reencontrarse con su padre. Aunque se filtraban dudas en su espíritu como consecuencia del maltrato que padeció su familia, confesaba, comulgaba, oía misa y era obediente de todos los demás actos que debe guardar un buen católico. Pero llegó el instante en que hizo eclosión una poderosa turbulencia: la lectura del *Scrutinio Scripturarum* que escribió el converso Pablo de Santamaría le produjo náusea: la controversia artificial del joven Pablo con el senil judío Saulo no le mostró el triunfo de la Iglesia sino su abuso. Entonces pidió a su padre una intensa enseñanza del judaísmo.

Andrés Juan Gaitán y Antonio Castro del Castillo cambian de posición en sus sillas por el torrente de blasfemias, pero es Juan de Mañozca quien lo interrumpe y ordena que demuestre su formación católica santiguándose y pronunciando las oraciones de la ley de Nuestro Señor Jesucristo.

Francisco enmudece de golpe: ¿qué prueba le están pidiendo? ¿La calidad de su aprendizaje se reduce ahora a un examen para analfabetos? ¿Se burlan? ¿No creen en la veracidad de su relato? De pronto conecta otra idea: quieren enterarse si un judío pleno es capaz de llevar a cabo un rito católico sin repugnancia.

—No perjudica a la ley de Dios que me santigüe ni que pronuncie las oraciones —se persigna, dice las oraciones y recita los diez mandamientos.

Los inquisidores miran y escuchan con rostros neutros. El secretario sigue escribiendo velozmente; ya se le quebró la tercera pluma.

—Continúe —ordena Mañozca.

Francisco queda sin conocer el motivo de la prueba elemental, pasa su lengua por los labios y completa la historia de su vida. Se la ofrece generosamente, para quedar igualados: ellos católicos y él judío. Mientras ocultaba su identidad se cercenaba como hombre; ahora que la exhibe, su espalda se endereza: en los intersticios de su cuerpo y su alma ha ingresado una balsámica liviandad. Les relata a los inquisidores que se ha casado con Isabel Otañez, natural de Sevilla, cristiana vieja —enfatisa, para que no insinúen siquiera molestarla—; tiene una hija con ella y está esperando un segundo hijo. Describe el sufrimiento que ha ocasionado esta separación y ruega a los ilustrísimos inquisidores que le hagan llegar noticias y que no confisquen todos sus bienes para que subsista dignamente. Ella es cristiana devota y no tiene por qué sufrir a causa de una fe que ni siquiera conoce.

—¿Con quiénes compartió el secreto de su judaísmo? —pregunta Gaitán.

Es la infaltable cuestión; su padre lo dijo tantas veces: "Piden nombres, exigen

nombres; no les basta ver al reo bañado en lágrimas y arrepentido; cada uno debe traer por lo menos otro.» No le sorprende la pregunta ni el tono; se la volverán a formular con porfía y usarán todos los recursos de la voz. Pero él ya ha preparado y fijado la respuesta que usará siempre, despierto o dormido, en la sala de audiencia o la cámara de torturas; dirá (dice) que sólo habló de judaísmo con su padre y su hermana Isabel. Su padre ya ha muerto y su hermana lo ha denunciado.

—¿Con quién más? —insiste el inquisidor.

—Nadie más. Si no hubiera hablado con mi hermana, hoy no estaría aquí.

Lo trasladan a otro agujero de las cárceles secretas. Aunque lo sigue tensando el miedo, está relativamente satisfecho por la conducta que observó durante la primera audiencia. Su cuerpo se parece al de una aplastada mula que súbitamente se liberó de la carga: se ha mostrado a cara descubierta ante los hombres más temidos del Virreinato. Les ha refregado que ama sus raíces. Ha hecho resonar en la augusta sala el nombre de Dios único y ha desafiado —desde su debilidad física— la arrogancia del Tribunal. Pocas veces alguien les habrá demostrado que no cuentan con *todo* el poder. Esto no debería transformarse en soberbia —corrige el posible desliz— porque «yo soy apenas un minúsculo, un indigno siervo del Eterno». Pero es obvio que los inquisidores, acostumbrados a recibir prisioneros asustados que se defienden con la mentira, deberán estudiar su caso y, quizá, aproximarse a cierta comprensión. Quizá el resplandor de ángel que existe en cada ser humano (y hasta en el más pérfido) consiga descubrirles el derecho que le asiste.

Mientras su mente gira en círculos no observa hacia dónde lo llevan. ¿Importa? Su mirada se ha replegado y apenas registra que las baldosas pasan a ser cubos de adobe y por último tierra apisonada. En los corredores resuenan pasos, hierros, gemidos y aumenta la oscuridad. Los alguaciles tienen la orden de saltar la celda de recepción y hundirlo en una mazmorra. Ya ha pasado por las verificaciones que exige la legalidad del Santo Oficio: no es un reo clasificado, sino un judío cabal con sangre y espíritu infectos. Le corresponde un espacio chico y húmedo, un ergástulo sofocante en el cual se macerarán sus pensamientos demoníacos. No pueden cambiarle la sangre pero sí lavarle el espíritu.

Lo encierran y refuerzan la puerta con travesaños, llave y tranca. Todo ha sido dispuesto para que Francisco Maldonado da Silva acepte que sus insubordinaciones no lo han conducido a otra parte que este pozo y reconozca que a partir de su entrada en las cárceles secretas ha perdido definitivamente todos sus derechos.

Los inquisidores se pasan unos a otros —servidores mediante— los pliegos que redactó apresuradamente el secretario durante la audiencia. Es una inevitable y pobre síntesis que no ha registrado algunas frases infames ni reproduce el tono altivo con el que el reo las ha pronunciado. Pero consigna pruebas suficientes para aplicarle una condena severísima. Tiene en su favor, empero, la coherencia y coincidencia con los documentos que se labraron en Chile tras cada interrogatorio. También armonizan con la denuncia que había elevado hace casi un año el comisario de Santiago de Chile cuando las hermanas del reo —Isabel y Felipa Maldonado— testificaron con horror las confesiones que él había hecho a una de ellas. Esta situación facilitaba la

indagación, pero no brindaba pistas sobre el grado de arrepentimiento que se produciría en el cautivo. Su historia, cultura y aparente coraje pueden servir tanto a la luz como a las tinieblas, pueden ayudado a recuperar la verdadera fe o extraviarlo más en sus sofismas. Quizá se avenga a una reconciliación voluntaria, con lágrimas sinceras. Quizá sólo a una reconciliación forzosa, bajo la luz que brinda el suplicio, como fue el caso de su padre Diego Núñez da Silva. El delito de judaísmo tiene cuatro salidas: dos son compatibles con la vida (reconciliación voluntaria o forzosa). Las otras dos terminan en la muerte y se diferencian entre sí porque el judío que se arrepiente antes de que lo devore la hoguera puede acogerse a la clemencia de un fallecimiento más rápido mediante la horca o el garrote vil.

Andrés Juan Gaitán instala un pisapapeles sobre los pliegos y apoya su nuca en el alto respaldo de su sillón. Le molesta que Mañozca y Castro del Castillo hayan aceptado que el reo jurase a su modo. Se le ha permitido, indirectamente, agraviar la cruz y se le ha concedido un derecho que aumentará su confusión. A esta gente hay que recordarle que el Todopoderoso está de un solo lado y que la verdad no es compatible con sustitutos. ¿Quién es este médico criollo para imponer sus deseos al Tribunal? El Tribunal, al satisfacerlo, le ha regalado un trozo de su propia fuerza, le ha transferido innecesariamente una atribución. ¿Por qué?, ¿para qué? Mañozca y Castro del Castillo tienen pocos años de oficio inquisitorial y aún no han aprendido a reconocer en estos insolentes a moscas con forma humana. Como las moscas, sólo merecen que se las aplaste. Son indignos, ingratos e irracionales. Este médico criollo ha recibido el bautismo y la confirmación, ha sido hospedado en conventos, instruido en la Universidad y ha llevado al lecho a una cristiana vieja, para finalmente arrojar todo como basura y proclamar su sangre abominable con orgullo y su apostasía como mérito. Es el colmo del extravío, Incluso tiene la desfachatez de considerarse único responsable de sus actos. Gaitán cree que esto es verdad, que el hombre es un solitario, que no ha cultivado su judaísmo sino con su padre muerto y hablado del tema con su hermana devota. Pero en vez de aceptar su nimiedad extrema y achicarrarse ante la majestad del Santo Oficio, en vez de temblar, sudar y caer de rodillas, ese infeliz impugna la fe verdadera con su juramento por el Dios de Israel. Es una muestra cabal de su rebelión y de que pretende socavar el orden del universo.

Gaitán está cansado. Debe leer informes, contrastar testimonios, evaluar confesiones, juzgar, condenar. Ya es suficiente para él: desde hace dos años ha comenzado a pedir licencia para regresar a España porque el Virreinato del Perú y sus miserias lo han hartado. Pero su solicitud no será satisfecha con celeridad. Lo sabe. En España harán una evaluación de los servicios que él presta a la fe con severidad incorruptible y preferirán que prosiga varios años más; lamentablemente.

Le han liberado las muñecas y los tobillos porque está preso en una mazmorra inexpugnable, La celda es angosta, provista de un poyo donde tendieron el colchón y una arqueta en la que han depositado las pertenencias que lo acompañaron desde Chile. Francisco mira durante horas la ventana alta por la que fluye la luz de un patio interno. Se aburre con el lento desovillarse de las horas bajo la perpetua nubosidad de Lima y se pregunta reiteradamente si conseguirá trasponer las pruebas a que lo va a someter el Santo Oficio, una de las cuales consiste en mantenerlo inactivo entre esas cuatro paredes. Los sirvientes negros que le traen la ración de comida arrojan algunas frases como migajas; son seres despreciados que se alivian despreciando a quienes están peor; entre las deshilvanadas expresiones le dejan enterarse de que no puede leer ni escribir, no puede comunicarse con otros prisioneros y menos con el exterior. Puede, en cambio, solicitar algunas comodidades que a veces son atendidas («a veces»): abrigo, comidas, un mueble, más velas. Esos beneficios se pagan con el dinero que le han confiscado; si su dinero se acaba, se acaban los beneficios.

¿Cuánto tiempo lo mantendrán ahí, solo e incomunicado? El desafío del aislamiento es muy arduo. Incrementa la ansiedad y desencadena el alud de la desesperación. Habla consigo mismo hasta el borde de la locura porque su corazón reclama cada día y cada hora conectarse urgentemente, confiar ideas, descargar sentimientos. Ya le ha pasado en la celda de Concepción, de Santiago y en la bodega de la nave: llega un momento en que no se aguanta más. Cuando esto sucede aparece un pórtico brumoso; al otro lado sólo hay vacío: es la pérdida de la esperanza. Esto busca la Inquisición.

Cuatro jornadas después de la primera audiencia le ordenan ponerse el sayal para la segunda. Cierran los grilletes en sus extremidades ulceradas como si estuviera en condiciones físicas de huir y lo conducen al augusto salón. Igual que la otra vez, lo acompañan el alcaide y dos negros. Se da cuenta de que su prisión actual está en el fondo de la lóbrega fortaleza porque debe recorrer largos túneles, ascender y descender peldaños, cruzar muchas puertas hasta que penetra en el ámbito temible donde el techo de madera machimbrada ofrece una disonancia sarcástica. Ahí están las tres altas sillas forradas de verde, el escritorio de seis patas, los dos candelabros y el crucifijo ante el cual se negó a prestar juramento. Entra el cadavérico secretario cuyos ojos de vidrio apuntan hacia el pequeño escritorio en el cual deposita su escribanía; después se sienta, une las manos en oración y mira hacia el verdinegro blasón del Santo Oficio. Gira una de las puertas laterales y brotan en fila los tres inquisidores. La audiencia es ceremonia y no permite alteraciones al libreto: la secuencia es rígida, siempre igual. Los jueces caminan a pasos cortos, escalan la tarima, las sillas abaciales se corren, quedan parados como alabardas, hacen la señal

de la cruz, rezan en voz baja.

Mañozca ordena al reo que diga lo que calló en la audiencia pasada. ¿Supone este giro la aceptación de un informe anterior como cierto, que lo escuchen con mejor disposición? El resplandor de ángel que existe en cada ser —Francisco se da ánimos—, ¿podría inducirlos a reconocer que su calidad de judío no implica ofensa a Dios? Avanzará más —decide—, para mostrarles que su conducta no es arbitraria, sino obediente de los sagrados mandamientos, como pide la Biblia. Confiesa, entonces, que ha guardado los sábados como festividad porque así lo ordena el libro del *Éxodo* (recita de memoria los versículos pertinentes) y ha evocado a menudo, para infundirse coraje, el cántico que figura en el capítulo XXX del *Deuteronomio* (también lo recita de memoria). Los inquisidores teclean los apoyabrazos ante el desfogado reconocimiento del delito que hace este hombre, y están impresionados, además, por su dominio del latín y la Sagrada Escritura. Francisco lee en los rostros secos un asombro apenas esbozado, pero suficiente para mostrarle que ha conseguido atravesar su dura piel. El secretario escribe ansiosamente, resignado a no poder fijar tantas palabras en castellano y latín; se limita a mencionar que con fluidez pronunció el Salmo «que comienza *ut quid Deus requilisti in finem* y otra oración muy larga que comienza *Domine Deus Omnipotens, Deus patrum nostrorum Abraham, Isaac et Jacob*» y que recitó «otras muchas oraciones que rezaba con intención de judío».

La audiencia se prolonga hasta que los inquisidores juzgan que el reo ha dejado de aportar nuevos elementos. El alcaide y sus ayudantes acompañan a Francisco rumbo a su angosta prisión. Allí, en la sima asfixiante del encierro, espera durante días, semanas, meses, que lo vuelven a convocar. La puerta sólo se abre para ingresarle la comida o retirar la bacina con excrementos. La quietud y el vacío lo oprimen.

El Santo Oficio especula con las planicies del tiempo. Aspira a que las horas huecas le consuman la resistencia y apaguen las convicciones. Pero ignora que en oposición a sus designios, como si los hubiese adivinado, Francisco se endereza lentamente y decide organizar sus jornadas con la única actividad que aún no han podido quitarle: el pensamiento. Es, además, su única arma y debe cuidarla con pasión. Los ejercicios de la memoria, la lógica y la retórica deben llenar su vigilia. Además de pronunciar las oraciones y recitar sus queridos Salmos, debe repetir los textos que retiene en su cabeza y ensayar respuestas a difíciles preguntas así como armar provocativos interrogantes para desarticular los asertos dogmáticos. Constituye dentro de sí el diálogo que le retacean. Se pregunta, se responde, se refuta, se vuelve a preguntar. Por cada audiencia que alguna vez volverán a concederle, en su espíritu tienen lugar no menos de cien.

Los inquisidores, mientras, atienden otros asuntos: deben enjuiciar casos de idolatría, problemas con la autoridad civil y dolorosos conflictos de jurisdicción con la autoridad eclesiástica. Diariamente aparecen complicaciones financieras o de protocolo. Se amontonan blasfemias, visionarios peligrosísimos, bigamia, supersticiones variadas y, para colmo de males, delitos del mismo clero (seducción en el confesionario, celebración de la misa por quienes no son sacerdotes ordenados, casos de frailes que han contraído matrimonio y frecuentes amancebamientos).

Andrés Juan Gaitán no está tranquilo. Ese judío —masculla— que no sólo reconoce su sangre infecta, sino que la reivindica, es un oponente que le causa mucha irritación. Contrariamente a los otros reos que desfilan en las audiencias, no parece dispuesto a pedir misericordia porque no se reconoce culpable. Ha presentado su falta como un mérito. Y lo ha hecho con abundancia de citas favorables a su errada convicción. Está encadenado, no puede salir ni comunicarse, es casi un muerto. No obstante, se ha expresado como si eso no existiese, como si no enfrentase a un Tribunal que puede condenarlo rápidamente a la hoguera. ¿Qué pretende con su actitud reivindicatoria? ¿No sabe acaso que en las cárceles secretas se puede hacer llorar las piedras? ¿No se lo dijo su padre? Su padre se quebró, habló y denunció. Ofreció muestras de arrepentimiento, se le aceptó en reconciliación y se le impuso una condena leve, demasiado leve (por eso retornó a los asquerosos ritos). El Tribunal fue ingenuo en esa oportunidad. Olvidó que, para cumplir con brillo su misión, debe ser siempre algo más exigente de lo que propone la equilibrada lógica. Para que haya orden y reinen Cristo y la Iglesia, más importante que la justicia es la victoria, más importante que la verdad es el poder.

Gaitán no modificaría esta posición ni aunque se lo rogara la Suprema. La historia del Santo Oficio demuestra cómo fue preciso endurecer cada vez más la respuesta a

las agresiones del diablo. Hace poco discutió el tema con Antonio Castro del Castillo, que aún sueña con los resultados de la mano blanda. Es cierto que las primeras leyes contra los herejes no incluyeron la pena capital; debe tenerse en cuenta que entonces no se sabía que eran tan pertinaces y malignos. La Iglesia dejó pasar más de mil años sin castigados debidamente y ha demostrado con ello tener una paciencia a la medida de su enorme estatura. Pero también ha comprobado que la tolerancia no lleva al buen carril: al contrario, aumenta las ventajas del Anticristo. Recién el papa Gregorio IX (de inmarcesible memoria), en el siglo XIII, creó la *Inquisición Delegada*[\[43\]](#) y admitió el principio de la represión violenta para enfrentar las herejías. La bula *Ad extirpanda* de Inocencio II, publicada en el año 1252 de Nuestro Señor —confirmada por sucesivos pontífices—, rompe la tradición canónica que imperaba desde los bondadosos Apóstoles y establece la legalidad de la tortura. Esta sabia disposición no se impuso fácilmente, para mal de la Iglesia. Ni aun ahora, que arden hogueras en Europa y América, se golpea con suficiente energía. Por eso un hombre como Diego Núñez da Silva —sigue mascullando Gaitán— ha retornado a la ley de Moisés y su hijo (confundido por la tibieza de la pena) tiene la insolencia de proclamar en las narices del Tribunal que es y quiere ser judío.

A los negros que traen la comida les llama la atención que el prisionero mantenga fijos sus ojos en la pared como si leyese un texto. Cuando percibe su presencia gira la cabeza; entonces recibe el cazo humeante.

—Está prohibido leer —le recuerdan a pesar de que no permiten el ingreso de un libro ni un cuaderno.

Francisco asiente mientras acerca la cuchara a su boca. Un esclavo se aproxima a la pared donde se supone que están grabadas las oraciones; no descubre signo alguno y pasa los dedos para convencerse de que la vista no lo engaña. Después contempla al prisionero que sorbe lentamente el guiso y tiene la capacidad mágica de captar lo invisible.

—Está prohibido leer —repite—, pero puede pedir otras cosas —en su tono hay respeto.

Francisco eleva las cejas.

—Otra comida, otra frazada, otra silla —dice el negro abriendo las manos.

Francisco vacía el recipiente; por primera vez no se han retirado en seguida: están fascinados.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta a uno.

—Pablo.

—¿Y tú?

—Simón.

—Pablo y Simón —les dice con chata expectativa—: quiero pedir otra cosa.

—Pida.

—Ver al alcaide.

—Puede —le sonrín.

Francisco observa su presurosa partida. Cierran la puerta con llave y con tranca.

Esa tarde vuelve a elevarse la tranca y girar la llave. Cruje la puerta e ingresa el alcaide con un negro cubriéndole las espaldas.

—¿Qué sucede?

Duda si solicitado a quemarropa. Han transcurrido jornadas de pesado silencio. Ha recitado de memoria libros enteros de la Biblia y evocado una buena parte de su biblioteca. Lo ha hecho demasiado de prisa para que no lo sofoque la soledad. El alcaide es imperturbablemente hosco y lo mira con reproche. Su función de carcelero, sin embargo, le obliga a responder los llamados. Parece más petiso y barrigón que la primera vez.

—Necesito hablar con los inquisidores.

—¿Otra audiencia? —se extraña.

A los pocos días le ordenan vestir el sayal frailesco, engrillan sus extremidades y lo conducen al sombrío salón. Uno de los inquisidores indica al secretario que anote el carácter voluntario de la audiencia. Después clavan sus pupilas en Francisco, que ha ensayado su discurso, quiere conmoverles el alma, sacados de su hostilidad de granito. Es menos que David y ellos son más que Goliat; no pretende vencerlos, sino humanizados.

—Soy judío por dentro y por fuera —les dice con transparencia suicida—, antes sólo por dentro. Seguramente ustedes aprecian mi decisión de no ocultarme tras una máscara —calla unos segundos, evalúa el calibre de las palabras que pronunciará ahora—. Al decir la verdad he puesto en riesgo mi vida, tal vez ya me he condenado a morir, pero siento una profunda tranquilidad interior. Sólo quien ha tenido que sobrellevar una identidad doble y ocultar durante años, con miedo y vergüenza, la que considera auténtica, sabe cuánto se sufre. No sólo es una carga sino un garfio que muerde hasta en los sueños.

—Es malo mentir, por cierto —dice Juan de Mañozca en tono helado—. Y peor cuando se miente por ocultar la apostasía.

A Francisco le brillan los ojos como si la dureza del inquisidor le hiciera saltar lágrimas.

—No he mentido para ocultar la apostasía, sino para ocultar mi fe —eleva involuntariamente la voz—. Para ocultar a mis antepasados, mi corazón, para ocultarme a mí mismo como si yo y mis sentimientos y mis convicciones y mis preferencias nada valiesen.

—No valen en la medida en que se oponen a la verdad.

—¿La verdad? —repite Francisco. Resuena en el salón un leve eco; aprieta los labios para no desbarrancarse en argumentos que rebotarían en los oídos del Tribunal.

—¿Para qué pidió esta audiencia? —reclama Gaitán—. No ha confesado nada nuevo.

—Deseaba hacerles notar que no he asumido mi identidad judía en forma ligera, sino con profunda convicción. Durante años he devanado mi conciencia y no he hallado otro camino compatible con la moral —hace una larga pausa.

Los inquisidores dan señales de impaciencia.

—Para ser judío pleno —sigue Francisco con valor— es necesario atravesar una prueba muy dolorosa que fijaron Dios y Abraham en su pacto. El capítulo XVII del Génesis lo establece claramente. ¿Lo recuerdan? —Francisco entorna los párpados y recita—: «Guardaréis mi Alianza tú y tu descendencia en el transcurso de las generaciones; todo varón entre vosotros será circuncidado y ésta será la señal de la Alianza entre mí y vosotros. Así estará marcada mi Alianza en vuestra carne como una Alianza perpetua»... —abre lentamente los ojos—. Les digo esto respetuosamente para que abandonen el concepto de que he traicionado por capricho

o irresponsabilidad una fe (en la que ya no creo, por más fuerza que haga) y me divierto con otra. Para dar un paso tan riesgoso he tenido que soportar el fuego de las dudas, despreciar peligros y sacrificar ventajas sin fin. He tenido que lastimar mi propia carne, hundirme el bisturí y proseguir con las tijeras. He cumplido con lo que Dios me dicta desde el fondo del alma. La fe de mis padres no es menos exigente que la de Cristo: también ordena ayunos y aflicciones. Pero me pone en vibrante contacto con el Eterno y me hace sentir digno. Es por eso que hablé con mi hermana Isabel, sólo con mi hermana Isabel, dulce y comprensiva Isabel como fue mi pobre madre, para que se incorporase a la familia que integramos y se remonta hasta los prodigiosos tiempos de la Biblia. Pero en ella dominó el pánico sobre el juicio y no pudo comprender que cuando uno alcanza los mandatos profundos, se alcanza la paz de Dios —hace otra pausa—. Es todo lo que deseaba comunicarles.

Baja la cabeza.

Antonio Castro del Castillo aprieta las manos para mantenerse inmóvil porque lo muerde un retortijón de intestinos. Este hombre defiende sus errores de tal forma que lo conmueve. Mira a Gaitán de soslayo, el imperturbable, el intransigente. Hace unos días volvió a recordarle que un buen inquisidor nunca se arrepentirá de haberse excedido por duro y sí por blando. Se masajea con disimulo el abdomen y reza un avemaría para ordenar sus sentimientos.

Mientras conducen a Francisco de regreso a su mazmorra, el alcaide se concentra en la cadena que se enreda en los tobillos y, repentinamente, decide ayudarlo. Los negros se asustan: el pequeño y vigoroso funcionario se inclina y levanta la cadena. Jamás ha brindado esta cortesía a un reo. Avanzan por los húmedos corredores que la antorcha enciende de rojo macabro. El alcaide lo observa con el rabillo del ojo y comete otra irregularidad: le habla.

—He podido escuchar parte de sus declaraciones y no termino de creerle.

Francisco advierte que ha empaldecido.

—¿Qué lo asombra?

El alcaide, como un niño que no consigue romper la fascinación de una historia truculenta, pregunta:

—¿Es verdad que se cortó usted mismo?

—Es verdad.

El alcaide lanza un silbido que superpone admiración y espanto exclama:

—¡Son sanguinarios los judíos!

Francisco levanta sus muñecas ulceradas por los grillos y las mueve ante los ojos del alcaide. Pero el alcaide no las ve: su puño aferra la larga cadena que une los grilletes, menea la cabeza incrédula y repite «¡qué sanguinarios son! ».

Después de escuchar a Francisco los inquisidores acuerdan que Maldonado da Silva es un sujeto hábil cuyo atrevimiento anticipa una prolongada obstinación. No sólo confiesa altivamente, sino que intenta convencer a los jueces (corromperlos). Tiene una diabólica lucidez para construir sofismas que presenta con inocencia tramposa.

Es necesario aplastarlo como a una mosca, sentencia Andrés Juan Gaitán y sus colegas asienten con la debida solemnidad. No se trata únicamente de alguien que ha cambiado una fe por otra como si mudara camisas (de paso intenta igualar el judaísmo muerto con la Iglesia radiante) sino de alguien que escupe atrocidades. El reo no sabe por cierto que el Tribunal ha interrogado a la negra María Martínez, quien lo había recibido en la casa del alcaide apenas llegó a esta ciudad. Esa mujer acusada de hechicería presta —mientras continúa su proceso— un buen servicio a la Inquisición porque no resiste contar las abominaciones que la van a condenar y, de esta forma, estimula el sinceramiento de los cautivos. Su relato sobre las aberraciones que le confió Maldonado da Silva mientras esperaban al alcaide ya engrosan su expediente. Los inquisidores deciden entonces cumplir con la formalidad de convocarlo a una última audiencia para redondear el material acusatorio. Deberán soportar sus ideas abyectas (incluso inducirlo) para encerrado en una trampa sin rajaduras.

Cuarenta días más tarde es otra vez llevado ante los jueces. Su esperanza había empezado a opacar se durante la quietud de las jornadas vacías. Pero esta audiencia lo anima. Su cansancio se desvanece y recuerda el impacto de la última exposición. ¿Qué querrán saber ahora? Ya les he contado mi vida y he reiterado mi identidad. Tal vez me permitirán explicar mejor mis motivaciones. Quizá están empezando a entrever que mi judaísmo no es una agresión. ¿Es posible? —se pregunta—. No —se responde—, no tan rápido.

Quieren saber más. La condición judía los fascina y espanta como un dolor morboso. Les dice que entre ambas religiones existen analogías y diferencias, y que el reconocimiento de las analogías puede llevar a una mayor tolerancia de las diferencias. Pero el Tribunal lo interrumpe para indicarle que sólo interesan las diferencias y, de ellas, los aspectos del cristianismo que molestan a un judío. ¿Oyó bien?: «Aspectos que molestan a un judío.» ¡Qué extraño! ¿Quieren instruirse los inquisidores?, ¿quieren meterse en la piel de un judío para, desde allí, con otra perspectiva, examinar sus propios dogmas? Esto es sorprendente (Francisco no acierta a ver la emboscada). Responde que al judío no le molestan los preceptos del cristianismo: simplemente no los acepta porque transgreden mandamientos: no adorar imágenes, no respetar los sábados. Desde el punto de vista judío el cristianismo

realiza una tarea encomiable porque acerca millares de seres al Dios único y ha difundido por todo el orbe Su palabra; es el pensamiento sostenido por muchos sabios y, en especial, por el insigne Maimónides.

Los jueces comprueban que el secretario anota vertiginosamente, pero el reo ha esquivado la trampa. Necesitan hacerlo blasfemar. Entonces le preguntan sobre el crucial tema del Mesías. Francisco mantiene su franqueza.

—Los judíos aún lo esperamos —confiesa sin rodeos— porque no se han cumplido las profecías que describen los tiempos mesiánicos.

Los inquisidores evitan insistir en las características de los tiempos mesiánicos que vislumbran los judíos porque coinciden con el retorno de Cristo y le preguntan:

—Los milagros de Nuestro Señor ¿no son prueba suficiente de su carácter divino?

El reo se dispone a contestar con sinceridad; no advierte que el secretario se pone más tenso porque está a punto de oír la blasfemia que el Tribunal necesita para el cañonazo acusatorio. Francisco supone que los jueces aprecian su frontalidad.

—Los milagros no son suficientes, ni siquiera necesarios para demostrar la presencia de Dios —responde con naturalidad, como si estuviese reflexionando sobre un tema baladí—. Recordemos que el milagro implica violentar las leyes del universo; un milagro refuta y quiebra el orden natural.

—¿No hubo milagros en el Antiguo Testamento? —ironiza Castro del Castillo.

El prisionero repasa mentalmente los prodigios anotados en el Pentateuco y los Profetas.

—Sí, los hubo, claro que sí, pero no para demostrar la existencia de Dios, sino para resolver necesidades extremas —elige unos pocos ejemplos—: se abrió el mar Rojo para salvar a Israel de los ejércitos egipcios, cayó maná del cielo y brotó agua de las piedras para que los recién liberados no murieran de hambre y sed, pero no para que el pueblo creyera. También pueden hacer milagros las personas expertas en magia. Los profetas, por ejemplo, hablaron, persuadieron y recriminaron con la palabra solamente. Quienes reclaman milagros para creer —calla un instante, anonadado por la increíble metamorfosis: él, acusado, ocupa el sitio del acusador; no puede frenar su lengua y dice—: quienes reclaman milagros para creer, indirectamente socavan la ley del Señor.

A Gaitán se le estiran las comisuras de los labios, horrorizado. No obstante, se complace: el reo ha dicho lo suficiente para merecer un castigo atronador. Mañozca agrega un detalle ácido:

—Hemos encontrado entre sus ropas un cuadernillo con las fiestas de Moisés y algunas oraciones.

—Sí —acepta Francisco—. Me las enseñó mi padre.

La audiencia ha concluido. El reo es devuelto a su lóbrega mazmorra. Pasarán otras semanas de sofocante quietud. Entonces, le harán escuchar la acusación.

¿No es signo de locura que un hombre aislado y desvalido pretenda resistir al formidable aparato del Santo Oficio? ¿Cómo puede oponerse a una institución ahíta de cárceles, aparatos de tortura, funcionarios, dinero, prestigio, conexiones públicas, secretos y que controla al resto de todas las demás autoridades? Es la organización más temida del Virreinato, del imperio y de toda la cristiandad. Su objetivo apunta a extirpar sistemáticamente la insubordinación. Está formada por personalidades decididas a llevar su tarea hasta las últimas consecuencias. No mezquina recursos de ninguna naturaleza, sean materiales o espirituales: todos los instrumentos de presión, intriga, calumnia y pánico sirven. El Santo Oficio moviliza cientos de cabezas y millones de brazos, pero tiene un solo cerebro acorazado de insensibilidad. No se conmueve con la desesperación de los hombres porque no está en el lugar de los hombres, sino de Dios. Trabaja sólo para Él. Quien enfrenta al Santo Oficio, enfrenta al Todopoderoso.

Francisco Maldonado da Silva es, pues, un monstruo que reclama derechos que son una ofensa para Dios. Una criatura tan corrompida debe ser humillada prolijamente. Debe ser rebajada hasta que padezca su insolencia; debe ser saqueada para que acceda a la purificación.

La acusación formal contra Maldonado da Silva es una pieza de cincuenta y cinco capítulos en la que han trabajado consultores y abogados del Santo Oficio bajo la supervisión del fiscal y los inquisidores. Han satisfecho a conciencia su deber de construir una catapulta formidable.

Lo convocan al oscuro salón, engrillado como siempre. Después de la lectura general, el secretario procede a repasar punto por punto para que el reo confirme la verdad de su contenido. Se le ordena de nuevo, como es norma, jurar por la cruz, lo cual suena a testarudez en la cápsula meditativa de la prisión. Lamentablemente, el reo es un reptil irracional que aún insiste en prestar juramento por el Dios de Israel.

¿Qué misterioso fluido circula en la sangre de este descarriado que no se alebrona bajo la andanada de cascotes que le arroja la acusación? Acepta todos los capítulos y reconoce todas las imputaciones como si fuesen medallas. ¿Es que tiene la expectativa de recibir un auxilio sobrenatural? Los jueces se estremecen —de indignación, de sorpresa— cuando este endriago no considera suficientes los cincuenta y cinco estampidos, sino que añade otra insolencia: informa que durante la quietud carcelaria compuso en su mente varias oraciones en verso latino y un romance en honor a la ley del Eterno. Les comunica, además, que en el pasado mes de septiembre cumplió con el ayuno de *Iom Kipur* para que le fueran perdonadas sus faltas.

El edificio de la Inquisición reprime un bufido. Esta mosca, esta basura que enviarán a retorcerse en el fuego no da muestras de arrepentimiento. Se le anuncia, sin embargo, que la legalidad del procedimiento impone brindarle una defensa que

estará a cargo de abogados.

—¿Quién los designa? —Francisco aún se permite ironizar.

No le contestan. La audiencia ha concluido. El prisionero aún habla: que sean personas doctas, solicita.

Castro del Castillo, de pie ante su silla abacial, observa al secretario que también anota este pedido. El reo agrega:

—Para que sepan aclarar mis dudas.

Gaitán y Mañozca cruzan una mirada: entienden en el acto que esa frase es el primer indicio de sensatez que alumbra al reo desde que lo arrestaron. Casi sonríen.

Pero el arrepentimiento que exigen los inquisidores todavía no despunta en Francisco. Su resistencia es como una cuerda que se ovilla y pierde en una zona fabulosa, nutrida por sentimientos que se explicitan en forma distorsionada e insuficiente. Francisco es una partícula que apenas se distingue de la nada: sabe que su boca puede ser amordazada, sus manos paralizadas, su cuerpo destrozado sangrientamente, sus restos inhumados en la misma cárcel y su nombre olvidado. No obstante, conserva una llama que no se extingue. ¿Qué espera conseguir esa llama? ¿Sueña acaso doblegar la intransigencia de los inquisidores?, ¿obtener la aceptación de sus derechos? «Seguramente no obtendré ningún fruto tangible», reconoce en la espesa oscuridad. Pero no se da por vencido porque existe un área donde no podrán derrotarlo. Una fuerza apenas visible lo sostiene y alienta: es una energía parecida a la que bulle en locos y santos.

La primera noche de mazmorra le aportó un dato inverosímil. Las ratas habían estado haciendo ruidos familiares al precipitarse por los tirantes del techo, pero entre su desparramo se diferenciaban golpes de otro tipo, que no llamaron su atención al comienzo. Francisco estaba emocionado por el reencuentro con Lima y la atención de la hechicera María Martínez, nauseoso por la entrevista con el alcaide e impresionado fuertemente por su primera audiencia con el hosco Tribunal. A la hora se preguntó qué eran esos impactos secos y rítmicos como los de una música africana. ¿Un negro se divertía raspando los dientes de una quijada como solía hacerlo el bueno de Luis mientras Catalina ondulaba hombros y caderas? Lo venció el sopor. A la noche siguiente, cuando se alejaron los guardias y estalló la zarabanda de los roedores, también se reiniciaron los ritmos. Francisco pronto se corrigió: no eran ritmos, sino agrupaciones de impactos separados por un breve silencio: toc—toc—toc. Puños o palmas o el un cascote contra el muro, llamadas de los prisioneros. «¿Intentan comunicarse conmigo?» Sintió el júbilo de la solidaridad. Entonces respondió una, dos, tres veces. Los otros ruidos cesaron y hasta parecía que las ratas levantaron sus orejas para enterarse. Aguardó las respuestas que no tardaron en llegar. Pero recibió una andanada de golpes separados entre sí por sorprendidas pausas. ¿Qué significan las pausas?, ¿qué las series? «¡Es una clave!» Los prisioneros se transmiten mensajes con este método: no pueden verse, hablarse ni escribirse, pero sí utilizar las vibraciones del aire. En la remota Ibatín había jugado con Diego a golpear suavemente los muros imitando palabras y canciones. ¿Qué simbolizan los agrupamientos? ¿A qué se refiere un golpe, a qué dos, a qué cinco?

—Durante años intenté descifrar el alfabeto de las estrellas y de las luciérnagas — se exalta Francisco—: no imaginé entonces que el Señor me había prodigado un presentimiento de otro sistema que no se compone con la luz de los espacios abiertos,

sino con las vibraciones transmitidas por los muros de una cárcel.

Los golpes eran un alfabeto, pues, y debía aprender a leer y escribir en su clave como lo hizo con el latín y el castellano. Si de eso se trata, un impacto equivale a la letra a, dos a la b y así sucesivamente. Enciende un pabilo y presta atención a los golpes. Descubre un huesito de polio, se sienta en el piso de tierra y empieza a trazar breves rayas con cada serie. Después las cuenta y traduce a las letras correspondientes para formar palabras. Es difícil: algunas letras como la S, T, V, requieren muchos golpes y equivoca la cuenta. Debe ejercitarse. Tampoco aprendió a leer y escribir castellano en un solo día. Se dispone a contestar. Vierte su nombre a la clave y, lentamente, transmite al tenebroso laberinto su primer mensaje. Los sombríos muros difunden las tres palabras Francisco—Maldonado—Silva. Esa noche decenas de hombres y mujeres toman nota de su cautiverio.

El reo tiene un «abogado defensor», aunque tal título es un equívoco porque su tarea consiste en ayudar al reo... para que triunfe la fe. Es un funcionario de la Inquisición que se pone al lado de la víctima sólo cuando puede señalar algún esporádico error de procedimiento jurídico: su objetivo primordial es convencerlo de someterse cuanto antes. En este sentido, es el abogado de la religión verdadera, no de sus impugnadores, obviamente. Sin embargo, cada prisionero lo recibe con un puñado de esperanzas, como a un amigo, y le confía sus angustias.

En la prisión de Francisco se celebran ocho sesiones con el abogado defensor que le ha designado el Tribunal. Es un fraile de robusta complexión y voz sonora, mejor constituido para la guerra física que para los enredos de la jurisprudencia. A las víctimas les causa una impresión fuerte porque aparece como el aliado ideal: potente, sabio y afectuoso. Sus expresiones refuerzan esta imagen y los acusados lloran al recibido, le ruegan consejo y se avienen a obedecer sus indicaciones. Francisco no escapa a la ilusión y también le entrega su historia y sus temores. En realidad no ha hecho otra cosa desde que lo arrestaron: siempre repite su verdad desnuda y molesta. El abogado le promete mejorar su situación y reducir el tremendo peso de la condena en marcha si Francisco abjura de sus creencias. Francisco le formula a su vez muchas preguntas que el abogado prefiere marginar cuando tocan aspectos teológicos y morales: su misión —insiste— se limita a brindarle ayuda concreta y rápida.

—Pero depende de usted —concluye—. Depende de su abjuración.

En una oportunidad, Francisco le confía que traicionar su conciencia por algunos beneficios le suena a soborno. En otra le dice algo peor:

—Si abjuro, dejaría de ser yo mismo.

El abogado informa leal y puntualmente a los jueces. Mañozca y Castro del Castillo consideran que Maldonado da Silva es un hombre ilustrado y deben acceder a su pedido de confrontar con personas eruditas para enmendarlo del error.

—El reo no desea enmendarse porque ha mostrado el orgullo de los obstinados — replica Gaitán.

Mañozca deja pasar unos segundos y argumenta:

—Debemos predicar en el nivel de cada alma, y el alma de este hombre necesita argumentos fuertes, desarrollados por eruditos.

—Ni los eruditos ni el abogado defensor —Gaitán lo mira con dureza— conseguirán doblegarlo con argumentos y, menos aún, en una controversia: es tan polemista como Lucifer.

Castro del Castillo interviene entonces.

—¿Lo considera usted —dice con inocultable ironía— tan perspicaz como Lucifer para atribuirle la victoria de una controversia que aún no se ha llevado a

cabo?

Gaitán le devuelve una mirada iracunda:

—No se trata de perspicacia —explica—, sino de diabólico talento y capricho.

—El talento y capricho diabólicos se quiebran con la luz del Señor —insiste Mañozca.

Gaitán junta las manos delante de su nariz.

—No se somete al diablo —gotea sus palabras como plomo fundido— haciéndole concesiones...

Mañozca y Castro del Castillo se mueven molestos.

—No es una «concesión» haberle permitido jurar por el Dios de Israel o tener como calificadores a gente erudita —Mañozca habla también en nombre de su colega.

La discusión termina en absoluto secreto: el Tribunal no debe mostrar resquebrajaduras.

Se convoca entonces a personalidades de reconocida formación teológica para que analicen las dudas del reo en presencia de los inquisidores. La decisión recae en cuatro eminencias: Luis de Bilbao, Alonso Briceño, Andrés Hernández y Pedro Ortega[44].

Francisco Maldonado da Silva es conducido por el alcaide y dos negros —igual que siempre— a la augusta sala de audiencias. Le ponen el escabel tras las rodillas y el cadavérico secretario repite la ceremonia de acomodar milimétricamente los útiles de su escribanía. Ingresan los cuatro eruditos vistiendo los hábitos de sus respectivas órdenes y se instalan ante las sillas que se habían dispuesto para ellos, dos a la derecha y dos a la izquierda de Francisco. Tras otro minuto de espera chirría la puerta lateral y el recinto se tensa con la aparición de la breve fila de inquisidores que marchan con su característica majestad hacia la alta tarima, hacen la señal de la cruz, oran en voz baja. Los imitan los eruditos y después el alcaide tirona el brazo del reo para que se siente.

Mañozca toma la palabra para explicar cuán generoso es el Santo Oficio: brinda la ocasión de formular dudas para que dignos teólogos respondan. Como el reo ha insistido en que su errada conducta se basa en la Biblia, este Tribunal le ofrece un ejemplar de la Sagrada Escritura para que pueda efectuar las citas sin deformaciones.

Francisco contempla el pesado ejemplar de la Biblia instalado sobre un atril y levanta sus manos cargadas de grillos hacia las páginas cubiertas de signos. El reencuentro con el texto familiar le sugiere las primeras frases. Dice que el amor que tienen los judíos por los libros —y por este libro en particular— es el amor a la palabra, a la palabra de Dios. Dios construyó el universo con Su palabra y en el Sinaí se manifestó con palabras, también. Las palabras son más valiosas que las armas y el oro. Dios no puede ser visto, pero puede y debe ser escuchado. Por eso prohibió las

imágenes y ordenó acatar su ley. Quien le obedece integra al mismo tiempo, por añadidura, el orden moral. Quien, por el contrario —agrega provocativamente—, sólo dice adorarlo y hasta grita su fe, pero no cumple con los mandamientos, en los hechos repudia a Dios.

Uno de los eruditos le interrumpe la audaz parrafada para recordarle que han venido a resolverle dudas, no a escuchar una disertación. Entonces Francisco hojea la Biblia y señala los versículos que expresan mandatos, reiteración de mandatos y reproches por violar esos mandatos, en el *Génesis*, *Levítico*, *Deuteronomio*, *Samuel*, *Isaías*, *Jeremías*, *Amos* y *Salmos*. Lee en su fluido latín y hace un breve comentario a cada uno de los textos. Manifiesta que él ha sido arrestado no por sus faltas, sino por cumplir con la ley de Dios.

Los teólogos escuchan con la tensión de un guerrero en el campo de batalla y urden las respuestas. La mayoría de las observaciones integran el conocido repertorio de las controversias efectuadas en España entre rabinos y brillantes oradores de la Iglesia. Los teólogos se toman dos horas para contestarle.

El jesuita Andrés Hernández se pone de pie y dice a Francisco:

—Hijo: usted no puede tener dificultad en reconocer la misericordia de la Iglesia y el Santo Oficio: ahora le están ofreciendo el privilegio excepcional de obtener iluminación por intermedio de cuatro personalidades que han postergado otras obligaciones para venir en su ayuda. Contra las mentiras que lanzan los herejes, puede comprobar por usted mismo que la Inquisición no se ha establecido para el daño, sino para «reconciliar» al pecador: vela por su salud eterna. Y cada uno de los teólogos que ahora le explicamos y persuadimos —se toca el pecho— está ansioso por verlo alejarse de sus faltas y retornar a la Iglesia.

—El cuarto concilio Toledano presidido por San Isidro —recuerda a su turno Alonso Briceño— estableció que a nadie se hiciera creer por la fuerza. Pero ¿qué hacer con quienes han recibido el indeleble sacramento del bautismo, como es su caso? Un bautizado que judaíza no es un judío, sino un mal cristiano: un apóstata. Usted, por lo tanto, aunque sea duro decirlo, ha cometido un acto de traición y por eso se lo juzga.

—Los mandamientos que usted dice obedecer —explica Pedro Ortega con el mejor tono de voz— son el repertorio de una ley muerta, un anacronismo. En vez de buscar el camino de la virtud en el Antiguo Testamento, estudie el Nuevo y las enseñanzas de los padres y doctores de la Iglesia.

Andrés Bilbao toma después la palabra y responde en minucioso orden a los versículos que Francisco señaló como prueba de su razón e inocencia, para hacerle notar que los interpretaba sofisticadamente.

—Fíjese —concluye—: la mayoría no respalda su derecho a seguir siendo judío, sino que anuncian y prefiguran el nacimiento de Cristo, la erección de su Iglesia y el

advenimiento de la nueva ley.

El inquisidor Juan de Mañozca agradece a los calificadores su descollante tarea y se dirige al reo para preguntarle si han quedado resueltas sus dudas. El secretario aprovecha la corta pausa para secarse la transpiración. Francisco se pone de pie.

—No —replica desafiante.

Dos días más tarde es convocado a otra audiencia. Castro del Castillo le interroga con el tono más dulce que permite su obesa garganta.

—¿Qué motivos le impiden reconocer los errores de la ley muerta? Cuatro extraordinarias personalidades del Virreinato han escuchado su andanada de cuestionamientos y le contestaron pacientemente. A las referencias bíblicas le opusieron otras referencias también bíblicas; a las preguntas le devolvieron respuestas. ¿Por qué endurece su pertinacia?

—Lamento que los teólogos no me hayan entendido —responde—. Tal vez no he podido expresarme con claridad por el inevitable nerviosismo que produce esta sala —añade.

A las horas de ser devuelto a mi mazmorra —recordará Francisco—, los negros Simón y Pablo me traen una Biblia, cuatro pliegos rubricados, pluma y tinta. Entra el alcaide para comunicarme que el Tribunal, como muestra adicional de clemencia, me ofrece la posibilidad de redactar mis dificultades en esos pliegos, sin la presión de las miradas. Observo atónito el precioso volumen sobre la rústica mesa y recuerdo otra vez la impresionante escena del burro mordido por un puma: debo resistir como aquel heroico animal. Son los inquisidores quienes ahora empiezan a ablandarse: no toleran la firmeza de mis convicciones y justifican con su mentirosa clemencia la necesidad de conseguir mi arrepentimiento. No doblegarme, para ellos, será una afrenta a su poder.

Esa noche, cuando comienza a funcionar el abovedado correo de los muros, acaricia el ejemplar de la Biblia y comunica a sus invisibles compañeros que ya no está solo: lo acompaña la palabra de Dios.

No puede dormir porque las páginas de la Sagrada Escritura lo energizan. Lee hasta agotar su reserva de velas. Entonces llama a los guardias, golpea la puerta, Un negro le trae un par.

—¿Sólo eso? —se escandaliza—: me han encargado escribir y necesito luz.

Al rato le traen una caja llena. Francisco lee hasta el amanecer, sus ojos enrojecidos son una fiesta de palabras. Se tiende a dormir unas horas mientras giran pasajes enteros, ideas, comentarios, preguntas. Es infinito el tesoro de imágenes y propuestas: le será difícil comprimirlos en los cuatro pliegos rubricados aunque escriba con su letra menuda.

En los días sucesivos se regala el placer de la lectura, pero no escribe una línea. Cuando se decide hacerlo, cierra el fragante volumen y se dirige a los eruditos con una novedosa modalidad. «En vez de plantear fríos interrogantes —como en la audiencia—, que siempre me serán contestados, en vez de mantenerme en el sitio del perplejo que ruega esclarecimiento, les haré preguntas que incomoden no sus ideas y

sí su conducta.» Francisco sabe que la fe es un regalo de Dios y no depende de uno; por lo tanto, ni podrán quitarle la suya ni corresponde impugnar la de ellos. «Puedo, en cambio, refregarles incoherencia e inmoralidad.»

La puerta cerrada, las cuatro gruesas paredes en torno y el silencio espeso convierten al calabozo en una maravillosa campana. Quieto ante la mesa y los papeles, este hombre entra en el trance de la creación. Su quietud es el envoltorio de pensamientos fermentativos. Su mirada brillante contempla los pliegos blancos y su mano flaca y sutil empuña la pluma; contrae apenas la boca y empieza a dibujar los pequeños signos. A medida que cubre renglones se le pronuncia un músculo entre las cejas. Se dirige a los cuatro eruditos, pero no sólo a ellos, sino al monstruo de la Inquisición. Increíblemente, le ha sido otorgado el privilegio de poner por escrito sus palabras que, de esta forma, penetrarán más hondo, serán quizá releídas, guardadas y vueltas a leer.

El texto empieza con una pregunta erizante como un sobresalto: «¿Quieren salvar mi alma o quieren someterla? Para salvar mi alma conviene la discusión, el estudio y el afecto. Para someterla están las cárceles, la incomunicación, las torturas, el desdén y la amenaza de muerte.» Más adelante les ensarta otra pregunta: «¿Por qué reclaman la imitación de Cristo si en realidad imitan a los antiguos romanos?» Igual que los romanos, privilegian el poder, usan las armas y aplastan el derecho de los que piensan diferente. Jesús, en cambio, fue físicamente débil, jamás empuñó un arma, jamás mandó torturar ni asesinar. «¿No empezaría la imitación de Cristo por la eliminación de las armas, las torturas y el odio que usan contra mí?»

Francisco les recuerda que el Dios único es también llamado Padre por los judíos. Jesús ha rezado al Padre (únicamente al Padre) y ha enseñado el Padrenuestro. Pero los malos cristianos rezan el Padrenuestro al mismo tiempo que ofenden al Padre porque persiguen a quienes lo adoran con exclusividad. «Si de imitación a Cristo se trata, mucho más lo imito yo», marca en trazos gruesos.

Una arteria late con fuerza en su sien. Deposita la pluma junto al tintero y relee lo escrito. Reconoce en su tono la insolencia de los profetas. No ha medido las consecuencias de ciertas palabras porque le han dictado desde adentro. Ha jurado decir la verdad y le reclaman la verdad. Hela ahí, pues. Acomoda las luces y reanuda el trabajo. Si alguien tuviera acceso a la estrecha mazmorra descubriría un horno inmóvil que derrama incandescencias por el cañón de la pluma. El semblante contraído, los labios entreabiertos, la respiración levemente acelerada. «El Santo Oficio con investiduras de Ángel Exterminador, gusta afirmar que está en el lugar de Dios. Pregunto: ¿reemplaza a Dios? En ese caso: ¿se considera Dios? Equivocación monstruosa: no caben dos Omnipotencias.» Le arden las mejillas y laten fuerte las sienes.

Dibuja un paralelo entre la debilidad de Jesús y el poder del Santo Oficio.

Nuevamente aparece la mentira de la imitación a Cristo y agrega peligrosamente: «Cristo es mostrado como un hombre agónico y escarnecido, víctima de los judíos. No lo muestran así para que seamos mansos como Él, sino para vengado. ¿Se preguntan los eminentes teólogos por qué el Santo Oficio pretende vengar y salvar al Salvador? Ofrezco mi opinión modesta porque, sacrílegamente, se coloca encima de Él.»

La respiración agitada lo obliga a recostarse. El desfogado pequeño David acaba de proferir su peor insulto al impresionante Goliat.

El 15 de noviembre de 1627 entrega los cuatro pliegos, que el Tribunal lee con indignación. Convoca a los teólogos y les ordena preparar una respuesta aplastante. Los teólogos toman su tiempo; las preguntas y reflexiones. recién podrán ser concluidas a mediados de enero.

—Está bien —concede el Tribunal.

Francisco, mientras tanto, queda sin Biblia ni papel ni tinta ni pluma. El aislamiento de la prisión, que resultó fecundo mientras escribía, vuelve a mostrar el horror de pozo estéril. Se esfuerza por mantener viva la segmentación de sus jornadas con las oraciones y la evocación de sus queridos libros. Durante horas se comunica con los hermanos en desgracia mediante la ruidosa clave: ha ganado maestría y ya no necesita contar para reconocer cinco, ocho, diez o quince golpes seguidos porque de inmediato surgen las letras equivalentes. Intercambian nombres, delitos, preguntas sobre familias. Cada mensaje es construido afanosamente, como si su correcta emisión pudiera devolverles la libertad.

Reconoce por sutiles variaciones en la forma de abrir la puerta cuándo sus carceleros van a modificar la sofocante rutina. Traen los grillos, la larga cadena y le ordenan vestir el hábito de las audiencias. Otra vez el túnel, peldaños, puertas, laberínticos corredores y la oscura sala con su invariable decoración. ¿Van a responder a la pólvora de sus reflexiones? Aparecen los cuatro eruditos. Uno de ellos, el jesuita Andrés Hernández, no le saca los ojos de encima; son ojos tiernos. Desfilan los tres jueces hacia la tarima, hacen la señal de la cruz, oran y se sientan. Los teólogos se pasan los pliegos de Francisco —que ya han leído hasta la náusea— y responden de uno en uno poniéndose de pie, cada pregunta, idea e insulto. Lo hacen con voz amistosa y apelan de continuo al respaldo de la Sagrada Escritura. El atrevimiento de muchos párrafos les ha convulsionado la inteligencia y los cuatro han invertido más horas de las previstas para montar el arsenal de la necesaria victoria. Esos pliegos emiten un resplandor temible y sus ideas deben ser demolidas implacablemente, como los bloques de una fortaleza embrujada. El secretario anota las magníficas respuestas por espacio de más de dos horas. Francisco escucha, contrasta, reconoce verdades y hábiles rodeos. No le está permitido hablar.

Los inquisidores agradecen la caudalosa luz que han derramado los eruditos y preguntan al reo si han quedado satisfechas sus dudas, Francisco estira los pliegues del sayal y, levantando la mirada, responde que no.

Lo mandan de vuelta a su mazmorra. La sala trepida cólera. En el lúgubre camino el alcaide lo reprende, le tironea la cadena, le zarandea el brazo.

—¡Usted es un imbécil! ¿No le alcanzan todos esos argumentos? ¡Han trabajado para usted los hombres más ilustres del Virreinato!

Francisco mira los ladrillos pulidos del suelo para no enredar sus pies en la larga cadena.

—¡Ya es hora de pedir clemencia! —sigue el alcaide—. ¿Quiere ser quemado vivo?

El reo no contesta.

—Le aseguro —la voz del alcaide se quiebra—, le aseguro que usted me ha impresionado. Por eso, por su bien, le aconsejo que no siga pertinaz, hombre. Pida clemencia, llore, arrepíentase. Está a tiempo todavía.

Francisco se detiene y gira hacia el robusto y petiso carcelero. Sus ojos inflamados parpadean porque hace mucho que no recibe una muestra de estima. Murmura: «gracias».

Ignora Francisco que los inquisidores y los teólogos han quedado tan molestos que celebran discusiones sobre el curso de acción que merece su juicio. Andrés Juan Gaitán demuestra a Castro del Castillo y Mañozca que se han equivocado: para ciertos reos la benevolencia es contraproducente; hombres altivos como Maldonado da Silva sólo razonan cuando se les desgarran las articulaciones o se les quema el espíritu. Los teólogos, en cambio, preguntan en qué ha fallado el estilo de sus disertaciones. El jesuita Andrés Hernández, que dedica varias horas diarias a su voluminoso *Tratado de Teología*, sugiere mantener una discusión personal con el reo en la intimidad de su calabozo.

—Lo confunde el pecado de soberbia —explica piadosamente— y no puede arrepentirse en público: una distendida conversación a solas, en cambio, quebrará su testarudez.

Los inquisidores tardan semanas en acceder a esta solicitud, pero bajo la condición de que Hernández vaya acompañado por otro padre de la Compañía que oficie de testigo y, eventualmente, lo auxilie ante inesperados sofismas.

Los negros renuevan la dotación de velas y llenan la jarra de agua. Francisco es invitado a incorporarse en su duro lecho. Ingresan dos sacerdotes.

—Soy Andrés Hernández —le recuerda.

—Soy Diego Santisteban —se presenta el segundo.

Francisco dibuja una sonrisa triste.

—Supongo que yo no necesito presentación.

Hernández lo invita a ocupar una silla junto a la mesa. Su mirada dulce inicia una conversación que no tiene la severidad de una controversia.

—No he venido a polemizar —dice—, sino a traerle alivio. Quizá me ha visto en Córdoba, décadas atrás, porque fui a esa ciudad para asistir al obispo Trejo y Sanabria en sus grandes proyectos.

A Francisco lo recorre una remezón.

—¿Qué fue de ese abnegado obispo? —pregunta.

Hernández le cuenta que el incansable Trejo y Sanabria se sentía viejo por entonces. A los cincuenta años se lanzó a su último viaje pastoral y lo trajeron de regreso con la salud definitivamente quebrada. Murió en vísperas de Navidad. Hernández sabe que ese santo prelado suministró a Francisco el sacramento de la confirmación.

—Usted regocijó al obispo —dice.

Hernández vierte agua en las jarras y ofrece una al prisionero. Poco a poco se desliza hacia la sólida educación recibida por Francisco.

—El caudal de sus conocimientos y los efectos de la gracia sacramental tienen

que haber formado en usted un rico jardín interior. Un jardín —el jesuita se ayuda con las manos— clausurado por ríos infranqueables como los del Edén, como las paredes de esta celda.

Insiste en que en el alma de Francisco existe y florece un jardín grato al Señor; es necesario llegar de nuevo a él, inhalar su perfume, acariciar sus frutos. Y para ello cruzar los ríos aunque duela.

—Entonces también caerán los muros de esta celda. La luz, la libertad y la alegría lo inundarán —le brilla el rostro exaltado.

Francisco esboza una sonrisa para agradecer.

—En mi interior, efectivamente, existe un jardín grato al Eterno —mueve la cabeza—, pero se nutre de otras fuentes. Sería inútil abrirlo y mostrado porque, a pesar de su buena voluntad, padre, la ceguera también existe para el entendimiento. Sólo Dios conoce mi jardín y lo cuidará hasta que llegue la muerte.

Hernández no se da por vencido. Desea ayudarlo. Le impresiona la cultura de Francisco y también su coraje.

—No es un falso elogio —manifiesta con los ojos empañados—, pero su serena firmeza, doctor, me recuerda a los mártires.

—¿Por qué no reconocerme mártir de Israel? —se le ilumina la cara.

Diego Santisteban roza el hombro de Hernández y le susurra que está equivocando el camino. Hernández advierte que se ha turbado y trata de corregir sus palabras: «A veces el demonio impone la confusión. ¿Cómo calificarlo de mártir si rechaza la cruz? ¿Cómo puede ser mártir quien delinque?»

—Todos los mártires cristianos fueron delincuentes para los paganos —señala Francisco.

—Eran *paganos* —replica el jesuita—: no podían conocer la verdad.

—Los protestantes son herejes y por lo tanto delincuentes para los católicos de la misma forma que a la inversa. Todos los herejes que persigue la Inquisición creen en Cristo y juran por la cruz, sin embargo.

—La herejía nació para socavar a la Iglesia y la Iglesia fue creada por Nuestro Señor sobre la persona de Pedro. La inversa no tiene sentido.

—Así hablan los católicos. Pero las guerras de religión demuestran que este argumento no rige al otro lado de la frontera. ¿Por qué unos quieren imponerse a los otros? ¿No confían en la fuerza de la verdad? ¿Siempre deben recurrir a la fuerza del asesinato? ¿La luz necesita el apoyo de las tinieblas?

Hernández se pone de pie. No lo enoja la respuesta de Francisco, sino su propia incapacidad de mantener el diálogo en un carril que le permita meterse bajo su piel. Ocurre lo que pretendía evitar: un enfrentamiento. De esta forma reproduce las estériles controversias y estimula la obstinación del descarriado.

Se sienta, bebe otro sorbo de agua, seca la boca con el dorso de la mano y dice

que advierte en Francisco una naturaleza muy sensible. Por lo tanto, desea que reflexionen juntos sobre el maravilloso sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo para salvar a la humanidad y la maravillosa eucaristía que lo renueva por todos los tiempos y espacios. Este sacrificio sin par ha eliminado definitivamente el sacrificio de seres humanos (que los indígenas de este continente venían practicando) y también el de animales (que se cumplía de acuerdo a la ley de Moisés). ¿Cómo un espíritu tan delicado no va a reconocer y apreciar este extraordinario avance? Hernández le muestra con ansiedad creciente que así como una fruta está primero verde y después madura o el día amanece con rayos tibios y después brinda la luz plena, así la revelación ha seguido dos etapas: el Antiguo Testamento anuncia y prepara al Nuevo como el alba al mediodía.

Francisco medita. También desea mantener la conversación en un clima cordial, pero es torpe como el jesuita. Responde que, en efecto, ha escuchado en otras oportunidades —también en sermones— marcar diferencias con los antiguos hebreos y con los salvajes. Cristo no admite más sacrificios humanos porque Él se sacrificó en el lugar de todos. Calla dos segundos y articula una parrafada brutalmente irónica.

—Pero si bien los cristianos no comen a un hombre como los caníbales —le clava la mirada—, lo desgarran con suplicios mientras está lleno de vida y en muchos casos lo asan lentamente en la hoguera; sus restos mortales son arrojados a los perros. Este horror se comete y repite en nombre de la piedad, la verdad y el amor divino, ¿no es cierto? Hay una gran diferencia con el salvaje —enfatisa—, porque éste mata primero a su víctima y recién después la come...

Diego Santisteban se persigna y aleja hacia la puerta. Hernández lo observa boquiabierto.

—Yo lo quiero ayudar... —farfulla impotente. Francisco contrae el entrecejo y se le hincha un pequeño músculo, como si estuviera escribiendo.

—Discúlpeme —le dice—. Sé que quiere ayudarme. Pero son otros los servicios que necesito.

Santisteban se dirige a los tirantes del techo: «¡Además se propone enseñarnos cómo ayudarlo a enderezar su alma!»

—Necesito saber de mi familia —implora.

El jesuita baja la cabeza y junta las manos en oración.

—Me está prohibido informar a los reos.

—Necesito que avisen a mi esposa que estoy vivo, que lucho.

—Está prohibido —repite con el rostro nublado—. Doctor... —hace la última tentativa—: aunque no sea más que por su esposa, por su familia.

Francisco aguarda la conclusión de la frase. En el clérigo se asoman las lágrimas; sufre, ruega. Su voz le nace en el pecho:

—¡Arrepiéntase!

A Francisco también le asoman las lágrimas. Le gustaría no mortificar a ese hombre.

Los folios caratulados de Francisco Maldonado da Silva crecen como la cizaña. El secretario del Santo Oficio controla la venenosa documentación. Han pasado cinco años desde que ingresó a las cárceles secretas. Desde el primer día de su arresto en la lejana Concepción de Chile ha ratificado su identidad judía. Los inquisidores, pese a la superabundancia de pruebas, no se deciden a condenarlo y cerrar tan enojoso asunto.

El curso del proceso ha sido aberrante. Es común que los cautivos nieguen las denuncias y construyan edificios de embustes. Para demoler las tretas pecaminosas de los acusados, el Santo Oficio tiene preparadas las suyas, piadosas y más eficaces. Si Francisco hubiese negado su culpa, se le habría prometido la libertad a cambio de una confesión. De no haber conseguido por ese medio su confesión, un oficial habría fingido la pertenencia al judaísmo o una herejía para hacerla caer en la trampa. Si las mencionadas tretas no hubiesen logrado modificar la situación se habrían entonces mandado espías para capturar su delito in fraganti o se hubiera recurrido a provocadores que lo desconcertasen hasta arrancarle la información. Pero nada de esto ha ocurrido con Francisco Maldonado da Silva. No ha mentado ni ha negado la veracidad de las denuncias. Las ha confirmado y ampliado como si deseara simplificar el trámite. No fue, pues, menester emplear las tretas de la promesa y el fingimiento, el espionaje o la provocación. Se ha expresado con insólita franqueza y, de esta forma, ha turbado la rutina del procedimiento. Ya lleva cinco años de arresto, mazmorra, aislamiento, privación de lectura y el Tribunal no ha conseguido hacerle renunciar a lo que él denomina, con demencial osadía, su derecho y deber de conciencia.

Los inquisidores dejan transcurrir varios meses para que el persuasivo tiempo «ablande» lo que no han podido los teólogos, pero deciden convocarlo para leerle las acusaciones que formularon en su contra cinco nuevos testigos. El reo está físicamente desmejorado, sus mejillas son piel tensa sobre el hueso agudo, la nariz se le ha afilado y las sienes están cubiertas de ceniza. No le dicen quiénes son los testigos porque la Inquisición jamás lo hace (es celosa del secreto) y porque al cautivo no le concierne más que reconocer su culpa. El secretario lee los cargos como si fuesen pedradas: al terminar cada frase eleva sus redondos anteojos para verificar si el impacto le ha roto de una vez la obstinada cabeza. Francisco escucha decepcionado: nada diferente a lo ya conocido.

El «abogado defensor» que lo visitaba en su mazmorra y había usado recursos teológicos, retóricos y emocionales para hacerle abjurar, comunica al Tribunal que renuncia a seguir prestando su ayuda a un hombre tan obcecado. La pluma rasga el pliego con nerviosismo porque la situación de un cautivo se agrava sensiblemente

cuando hasta los abogados defensores lo abandonan. Gana terreno la postura de Gaitán: aplicarle más aislamiento, menos comida, nada de lectura, mucha oscuridad y suspensión de entrevistas y audiencias hasta que brinde claros signos de rectificación. El Tribunal ya está harto de este energúmeno que no advierte su traza miserable, su desamparo absoluto: todavía está erguido como si lo invistiera una serena dignidad y habla como si tuviese razón. El alcaide no se priva de amonestarlo durante la caminata por el tétrico laberinto y hasta los negros se permiten decidir que está loco, que busca la hoguera.

Su conducta bizarra, sin embargo, es la que va demorando la firma de su condena. Tras otros siete penosos meses de cárcel rigurosa, Francisco decide efectuar una nueva escaramuza: pide a los negros que llamen al alcaide y manifiesta que desea su salvación, por lo cual solicita le provean un Nuevo Testamento (desconfiarían si pidiese el Antiguo), libro de devoción cristiana y hojas de papel en los cuales redactar sus dificultades. El alcaide traslada el pedido. Gaitán olfatea la picardía y se niega: los otros dos inquisidores aceptan satisfacerlo^[45] porque tal vez el Señor ha decidido iluminarle el alma.

Francisco recibe los volúmenes, pliegos, pluma, tinta y muchas velas: un regalo de príncipe. Acaricia los volúmenes como si fuesen cálidos animalitos, los hojea y se regocija con la animación de letras que le hablan. De las páginas brota una fragancia de campo abierto, de flores silvestres, de bosquecillos. Durante días y noches relee los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Epístolas*. Frecuenta hermosos espacios que le sugieren ideas y le aceleran el corazón. Después lee los libros de devoción cristiana y una *Crónica* que interpreta forzosamente las hebdómadas de Daniel. Cuando se fatiga de la lectura empieza a escribir. Pero no redacta con prudencia, sino como el gladiador que salta a la arena del circo con la espada en ristre. Llena todos los pliegos concentrando su argumentación en dos aspectos. Al primero lo expresa de entrada. Dijo San Pablo —anota—: «¿Ha rechazado Dios a su pueblo Israel? ¡De ninguna manera!, porque también yo soy judío, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No rechazó Dios a su pueblo a quien de antemano conoció.» ¿Tiene el Santo Oficio más poder que el Eterno?, ¿puede el Santo Oficio odiar y exterminar al pueblo que fue bienamado por el Señor? El segundo pivote de su escrito gira en torno a las hebdómadas de Daniel y es una estocada al esternón. «Cuando a ustedes les conviene —escribe— toman algunos versículos fuera de contexto los interpretan en forma literal, pero cuando el método los desfavorece, entonces afirman que se trata de un símbolo, una alegoría o una oscura metáfora. Si las hebdómadas deben interpretarse en forma tan rigurosa y unilateral, también habría que hacerlo con algunas afirmaciones de Jesús sobre la inminencia del Fin del Mundo.» A continuación cita que en *Mateo X*—13, 23, 39, 42 y 49 Jesús lo anuncia para el término de su siglo; en *Mateo XVI*—28, *Marcos IX*—1 y *Lucas IX*—27 asegura que

algunos de sus discípulos «no morirán hasta haber visto al Hijo del Hombre viniendo en su Reino». ¿Se ha producido el fin del mundo? Acepta Francisco, sin embargo, que las palabras de Jesús pueden interpretarse de diversas formas porque su mensaje es muy rico, pero entonces también se pueden interpretar de diversas formas las hebdómadas de Daniel. Esto prueba que se interpreta para acomodar la Sagrada Escritura a la convicción de uno y no a la inversa. «Dicho más claro, el objetivo es torcerme la convicción.»

Le retiran los pliegos llenados con su prolija letra, los libros, la pluma y el tintero. El Tribunal entrega el escrito a los calificadores y deja pasar tres meses antes de convocarlos para la nueva disputa. El reo aparece con mayor deterioro físico. Escucha en silencio la minuciosa contraargumentación. Los cuatro teólogos desmontan sus frases, las refutan, aplastan y echan a un lado como basura. Francisco se incorpora con dificultad, alza la frente y responde que se mantiene leal a la fe de sus mayores. Un rayo de furiosa impotencia sacude la tarima. En menos de un minuto la augusta sala queda vacía. Los inquisidores, en su hermético despacho, mastican cólera y dejan filtrar mutuos reproches.

Tres meses más adelante Francisco intenta repetir la escaramuza. Se reedita la audiencia, pero sin facilitarle previamente lectura ni pliegos. Durante dos horas los calificadores demuestran que dominan la teología, la oratoria y su impaciencia mientras bañan al tenaz reo con una catarata de luz. Pero el reo no es conmovido por la sonoridad de los discursos: a su término vuelve a incorporarse, jura por el Dios único y se proclama fiel a sus raíces.

En los meses sucesivos volverá a solicitar nuevas audiencias, pero no le otorgarán audiencias, ni libros, ni pluma, ni velas.

El jesuita Andrés Hernández implora a los inquisidores Mañozca y Castro del Castillo que le permitan realizar otro intento para que tan elevado espíritu enriquezca las milicias del Señor.

—Ya pertenece al diablo —replica Mañozca.

—¡Qué sabio es el *Manual del Inquisidor*! —exclama el jesuita—. Bernardo Guy lo escribió hace más de dos siglos con sabiduría de eternidad.

Mañozca se acaricia la mandíbula ante el giro insólito, propio de la retorcida mentalidad jesuítica.

—Ese *Manual* —afirma Hernández— apoya mi ruego, Ilustrísima. Lo acabo de releer. Dice que «en medio de las dificultades, el inquisidor debe mantener la calma y no caer en la indignación». Este reo puede alterar a cualquier persona, menos a un juez del Santo Oficio. También dice Bernardo Guy que el inquisidor «no debe ser insensible hasta el punto de rechazar una prórroga o un alivio de la pena, según las circunstancias y lugares; debe escuchar, discutir, someter a un diligente examen todas las cosas».

—¿No hemos escuchado y discutido bastante?

Andrés Hernández se retira sin éxito. La insistencia de Francisco sin embargo — que transmite el alcaide— incomoda la conciencia del inquisidor. Mañozca, tras meditarlo largo rato, decide aceptar otra vez. Convoca a Hernández y a otros dos padres de la Compañía de Jesús para repetir la controversia. El alcaide se asombra de que el irritante judío sea llevado nuevamente al Salón.

—Usted tiene la protección del diablo —le dice con respeto mientras cierra los grillos en torno a las flacas muñecas.

—De Dios —le aclara Francisco.

Los jueces lo estudian desde sus sillas abaciales. El encierro y la privación le están minando la salud, evidentemente. ¿Cuántos meses más tardará en doblegarse? Solicitan a Francisco que exponga sus dudas, ya que eso ha estado reclamando desde su celda. Los teólogos adelantan la oreja y pretenden estar bien dispuestos; le sonríen como maestros bondadosos. El alumno apoya sus manos en las rodillas para incorporarse, pero le resulta tan penoso que Hernández solicita al Tribunal se le permita hablar sentado. Los jueces acceden con un movimiento de cabeza. Entonces brota de los labios débiles una arenga en verso latino de ática hermosura. Los jueces y los eruditos enderezan el tronco, atónitos. En la oscuridad y mugre de la mazmorra le habían germinado frases que ahora bordan un manto tan reluciente como el que José recibió de su padre Jacob. Y como el bíblico José, Francisco suscita envidia. Los jesuitas —en particular Andrés Hernández— estaban enterados de su talento, pero no esperaban tan imponente despliegue. Cuando termina, flota el silencio durante varios

minutos, como si los testigos de la pieza no se atreviesen a romper su sortilegio. Las pupilas giran extraviadas, evitando unir la imagen del miserable despojo sentado con las bellas oraciones que magnetizan el aire. Un hombre flaco, lívido, de barba sucia y desmadejada ha conmovido a sus maestros y verdugos.

Es Gaitán, finalmente, quien emite un bramido sordo.

—Que ahora los padres de la Compañía de Jesús deshagan estos sofismas — ordena.

Los tres padres, sucesivamente, se empeñan en destejer la preciosa arenga, también en latín, pero no en verso. A cada argumento responden con otro, a cada pregunta ofrecen una respuesta; los libros sagrados y la abundante producción patrística están preñadas de material. Francisco los escucha con atención oscilante: conoce la mayoría de esas citas y pensamientos. Transcurren tres horas y los inquisidores, fatigados, creen que alcanza para conmover a las piedras. Agradecen la contribución de los teólogos y se dirigen al reo. Francisco se incorpora sobre sus rodillas herrumbradas; jura por el Dios único, alza la frente y dice:

—No han respondido a mis proposiciones[46].

El 26 de enero de 1633, a casi seis años de encierro y a cinco días de la duodécima estéril disputa teológica, el Tribunal del Santo Oficio se reúne para finiquitar el enojoso caso. Gaitán, Mañozca y Castro del Castillo escuchan la opinión de cuatro *consultores*^[47] aunque saben de antemano que no aportarían sustanciales ideas para la causa. Todos los hechos están ya probados, todas las preguntas han sido contestadas. A la paciencia, misericordia y audiencias brindadas, el reo ha devuelto una odiosa obstinación.

Los altos funcionarios se confiesan previamente, asisten a misa, comulgan y evocan las pautas que deben seguir en tan grave circunstancia. El *Manual del Inquisidor* de Bernardo Guy ordena «que el amor a la verdad y la piedad, que siempre deben habitar en el corazón de un juez, brillen ante su mirada, para que sus decisiones no resulten jamás dictadas por la crueldad o por la concupiscencia».

Uno de los consultores pregunta si no se debiera agotar la demanda de audiencias que aún pide el reo. Las huesudas manos de Gaitán se aprietan delante de su nariz y replica que nunca se agotará la demanda porque es una treta dilatoria. Los otros inquisidores coinciden: no habrá más gestos benevolentes. El secretario lee la sentencia y los jueces la firman con su rúbrica sonora.

Escueta y brutalmente dice que el bachiller Francisco Maldonado da Silva es condenado «a relajar a la justicia y brazo seglar y confiscación de bienes». En otras palabras: muerte y expropiación.

Pero no queda todo dicho. Las cárceles son un hormiguero en el que, bajo severa vigilancia y aparente inmovilidad, los cautivos bullen y ensayan túneles de libertad como lagartijas en las rocas del dolor. El correo de los muros no cesa: durante horas, todas las noches transmite nombres, angustias, ideas: la comunicación es más importante que el aire.

Francisco se entera de que a unos quince metros de distancia un prisionero, mediante un cascote, raspó vigorosamente el adobe hasta abrir la canaleta que une dos mazmorras y asomó los dedos terrosos al otro lado como una invasión celestial. Pudo, entonces, tocar las uñas de su vecino y hablar con él sin jueces ni secretario ni verdugo. Las informaciones habían parecido cuidadosas, pero sólo aliviaban la soledad. Cuando el alcaide descubrió la infracción hizo silbar al látigo, el potro desgarró y los braseros quemaron. Los esclavos rellenaron los huecos y el impenitente fue conducido a un ergástulo tenebroso como tumba.

Días después Juan de Mañozca estira los pliegos que un negro llevaba de una a otra prisión. «No contienen mensajes», se disculpa el negro llorando. Mañozca aproxima la hoja al pabulo y repentinamente el calor descubre las letras escritas con zumo de limones. El negro queda manco en la tortura para que escarmienten los demás. El inquisidor resuelve aumentar la vigilancia de las cárceles. Entonces descubre algo peor: presunta complicidad del alcaide. Se convulsiona la fortaleza; algo así no se tolera. El correo de los golpes brama la noticia.

El alcaide llora como una criatura ante el feroz interrogatorio. Lo recriminan por permitir la perforación de muros y los mensajes con zumo de limones. Lo apuntan con el índice iracundo como si fuese el caño de un arcabuz y le piden explicaciones por una reciente y gravísima infracción: una huida. El alcaide empieza a temblar y narra cómo él mismo se ocupó de perseguir y traer de vuelta al joven que se había fugado. Cae de rodillas e insiste en que los delatores mienten para vengarse. Tampoco es cierto que él se haya aprovechado de su inmunidad para tener relaciones carnales con una prisionera y que para eliminar al peligroso testigo lo indujo a huir... Gaitán aprovecha la ocasión para reprocharle la codicia que lo lleva a embolsar sobornos, porque ha comprado haciendas de campo por mayor valor del que cubre su sueldo. El alcaide se orina en los pantalones: ha cumplido dos décadas de servicios, tiene siete hijos y no lo acompaña la buena salud[48].

El nuevo alcaide asume con bríos, se esmera por descubrir las artimañas insólitas de los prisioneros y encuentra un pedazo de camisa desgarrada y sucia en la talega de su sirviente. La expresión de susto basta para reconocer el delito. El sirviente, aterrorizado, confiesa que se la entregó un reo agonizante para que la arrojara en la calle de los Mercaderes.

—¡Es un mensaje, idiota! ¿A quién debías entregarlo? El negro no miente, no entiende, está arrepentido.

—En la calle de los Mercaderes —repite como un autómatas.

El funcionario extiende el trapo: unos signos han sido marcados con el humo de las velas. Manda azotar al idiota y entrega la pieza del delito a los inquisidores. Mañozca coincide con Castro del Castillo: es un texto en hebreo. Lo leen con dificultad, de derecha a izquierda, tratando de intuir las vocales ausentes. Se limita a mencionar el nombre del prisionero a quien acababan de torturar; el mensaje consiste en hacer saber a los suyos que continúa vivo. Esto lesiona el secreto. Pero brinda un dato fértil: este habitante de Lima sabe de otros judíos que siguen libres. De sus labios podrán brotar nombres. Esos nombres proveerán cautivos, fondos, gloria.

Francisco se entera parcialmente de las vicisitudes que complican su alrededor. El judío limeño que mandó el mensaje con humo de velas deja de responder a los golpes de muro. Unos días más tarde las vibraciones anuncian su muerte. En las mazmorras la muerte no es un dato angustiante porque implica el fin del suplicio: más altera ser llevado a la cámara del tormento.

Mientras yace en su duro poyo, advierte que su mirada se mantiene fija en un clavo de la puerta. Une el travesaño con los tablones verticales y tiene la cabeza salida. «¿Qué me está evocando? —pregunta—, ¿el perchero de papá en su tabuco del Callao? ¿Me molesta que no sea un clavo enteramente hundido (un prisionero como yo), ni enteramente libre?» Lo toca: su gruesa cabeza sobresale casi dos milímetros. Un indio le atribuiría vida; reconocería en el hierro a una *huaca* y pensaría que ella sola, lentamente, va saliendo de su prisión. Francisco prueba de extraerlo y empuja en redondo. Inútil. Durante unos días olvida su intento, pero esa cabeza negra que se asoma lo invita a perseverar. Se ayuda con un cascote. En la vacuidad del tiempo cualquier objetivo adquiere la grandeza del punto de apoyo que reclamaba Arquímedes para mover el mundo. Sacar un clavo es tan importante como vencer a Goliat. Cuando por fin lo consigue, goza un alivio profundo. Un trofeo como éste no debería ser descubierto por los avispados guardias y lo esconde en la lana de su colchón. Al día siguiente empieza a limarlo contra la rugosidad de una piedra. Mientras memoriza parrafadas de los textos amados y compone estrofas, el clavo adquiere la forma de un pequeño cuchillo, con punta y hoja afilada. Francisco ya tiene un arma. «¡Qué extraño! —piensa—: la asfixia de la cárcel ya no me marea ni atonta. Soy una especie de anfibio que puede vivir donde otros perecen. Desde mi pecho fluye una misteriosa esperanza, un inesperado valor.»

Hasta aquí ha podido esquivar la redoblada vigilancia del nuevo alcaide, lo cual le insufla más ánimo. Guarda los huesos de su comida, elige uno de pollo y se aplica a cortarlo debidamente con su flamante cuchillito como si practicara el oficio de escultor. Ante sus pupilas nace elegante cañón de una pluma. Sólo le falta tinta y

papel para completar su escribanía clandestina. No será difícil: fabricará tinta diluyendo carbón en agua. Al papel ya lo tiene, es lo más valioso que entra en su celda: pequeñas bolsas de harina. Acaparará cada trozo como si fuese el maná del cielo. Podrá volver a escribir —lo cual anhela con hambre de lobo—, y vulnerará la fortaleza de la Inquisición.

El papel es escaso y no debería usar demasiadas palabras. Su texto requiere sobriedad y contundencia. Francisco urde el plan de comunicarse con los judíos de Roma a través de los prisioneros que saldrán de la cárcel a la calle para cumplir condenas en un convento, vestir el sambenito y padecer otras humillaciones. Sabe que en Roma se ha formado una importante comunidad desde la época de los Macabeos, que practica abiertamente su fe y cuenta con la relativa protección de los papas. Escribe su epístola en latín y efectúa copias que hace llegar a los hombres en vías de excarcelación por intermedio de los negros Simón y Pablo. Ambos sirvientes se impresionaron con la historia que les refirió sobre Luis, el hijo del hechicero, desde su caza en Angola, el maltrato sin límites en los trayectos por tierra y por mar, la herida en un muslo cuando intentó fugarse en Potosí, su talento musical (arrancaba sonidos a los dientes de una quijada), hasta el heroico ocultamiento del instrumental quirúrgico de su padre. Pablo y Simón dijeron que habían protagonizado una historia parecida y una tarde le trajeron, junto con la comida, una quijada de asno y un gajo de olivo. El reo los empuñó como solía hacerlo Luis y en la húmeda mazmorra estalló un vigoroso ritmo que los negros escucharon con ojos anegados.

La carta de Francisco se intitula *Sinagogae fratrum Iudeorum qui Romae sunt*^[49]. Se presenta a sí mismo como «Eli Nazareo, judío, hijo de Diego Núñez da Silva, maestro de medicina y cirugía, encerrado en la cárcel de la Inquisición de Lima». Los saluda «en el nombre del Dios de Israel, creador del cielo y la tierra, y les desea salud y buena paz». Les dice que aprendió de su padre la ley de Dios otorgada al pueblo por intermedio de Moisés y que, por temor a la represión de los cristianos, aparentó negarla. «En esto como en otros mandamientos, confieso haber pecado neciamente porque sólo a Dios hay que temer y buscar la verdad de su justicia abiertamente, sin miedo a los hombres.» Refiere su estudio de la Sagrada Escritura y que sabe de memoria varios profetas, todos los *Salmos* sin excepción, muchos Proverbios de Salomón y de su hijo Siraj, gran parte del Pentateuco y muchas oraciones compuestas por él mismo en el foso de su mazmorra, tanto en español como en latín.

Francisco tiene conciencia de que al no abjurar, su destino carecerá de misericordia. «En verdad —escribe—, desde el día que fui cogido me prometí luchar con todas mis fuerzas y utilizar todos los argumentos contra los enemigos de la ley.» Colige que lo llevarán a la hoguera «pues el que abiertamente confiesa ser judío es echado al estrago del fuego, le quitan su hacienda y, si acaso tiene hijos, no se compadecen en absoluto de ellos, sino que quedan en perpetuo oprobio. Y si abjura, también le quitan sus bienes, lo vejan por un tiempo breve o largo con el sambenito e imprimen el estigma en su sangre y en la de sus hijos, de generación en generación».

Hace ya seis años que lo tienen encadenado en las cárceles secretas. Reconoce

que sus' pensamientos y arengas en las controversias no han dado el resultado que esperaba: «He trabajado como quien lleva su arado por tierra dura y pedregosa y cuya labor, por ende, no produce fruto.» Cuenta que otorgó «más de doscientos argumentos orales y escritos, a los cuales aún no han respondido satisfactoriamente, a pesar de que a diario insisto por su solución. Parece que han decidido no responder».

Anuncia su ineluctable fin y redacta frases conmovedoras: «Rueguen por mí al Señor, hermanos queridísimos; rueguen que me otorgue fortaleza para soportar el tormento del fuego. Está cercana mi muerte y no tengo a otro que me ayude, sino a Dios. Espero de Él la vida eterna y la pronta salvación de nuestro oprimido pueblo.» Su epístola, sin embargo, contiene el elixir del apego a la vida: «Elijan para ustedes la vida, amadísimos hermanos», escribe en trazo grueso. Se parece al profeta Jeremías que en medio de la desolación y el luto recomienda a su pueblo aferrarse a la existencia y superar la agobiante caída de Jerusalén. Les recuerda que integran una vasta comunidad de hombres dignos y no se debe cancelar la esperanza aunque imperen la injusticia y el tormento. «Guarden la ley para que el Señor nos haga volver a la tierra de nuestros padres, para que nos multipliquemos y para que nos bendiga, como está escrito en el *Deuteronomio*, capítulo XXX.» También les pide mantener la tradición de solidaridad («liberen a quienes son llevados a la muerte»), la tradición del estudio («enseñen a los que son conducidos a la perdición y la destrucción») y la tradición del amor («amen la misericordia y la justicia, brinden con generosidad ayuda a los pobres y quieran infinitamente a Dios»).

Dobla los pliegos. Entregará primero una copia. Si el correo de los muros informa que ha llegado a destino, enviará la siguiente. Alguna conseguirá atravesar el blindaje de esta fortaleza y cruzará el océano. Entonces se sabrá de su pasión y muerte: su sacrificio no será inútil porque integrará la cadena trágica y misteriosa que desovillan los justos del mundo.

En las deliberaciones del Tribunal crece el deseo por realizar un Auto de Fe. Ya se han reunido suficientes prisioneros con los juicios terminados y cerrados. No conviene seguir manteniéndolos en la cárcel y gastando en su alimentación. Por otra parte, el Auto de Fe es un acontecimiento ejemplarizador que reordena los espíritus: no sólo hace reflexionar a los pecadores sobre la abominación de su conducta, sino que recuerda a poderosos, civiles y eclesiásticos, que el Santo Oficio vigila y trabaja. El Auto de Fe, sin embargo, insume costos extraordinarios y los recursos que fluyen a las arcas apenas cubren sueldos y gastos menores. Las confiscaciones inexorables y exhaustivas que realizan los comisarios no aportan el caudal que se necesita. Pareciera que también en esto metiera su cola el demonio: en vez de tentar a los ricos cuyos bienes redundarían en la holgura de la santa misión represora, hace caer individuos pobres: la mayoría de los acusados son frailes inmorales, negras y mulatas hechiceras, luteranos austeros y judíos dedicados a la medicina. Serían más provechosos los mercaderes y algunos encomenderos con vastas propiedades y talegas llenas de oro. En el proyectado Auto de Fe habría abundantes reconciliados con penas menores: azotes públicos, unos años en las galeras, reeducación en conventos, vestir el sambenito, destierro. Los jueces no lo dicen, pero lo piensan: esas condenas no equivalen a un sismo, apenas a una olvidable flagelación. Para que la gente se conmueva profundamente hace falta la hoguera. El calor y la luz del fuego rompen las malignas armaduras del espíritu. La hoguera, aunque se encienda para un solo reptil, impregna de sentido docente al conjunto. El sitio donde se clava la gruesa estaca en cuya base se amontona la leña que procederá a tostar lentamente al reo se llama en forma indistinta Pedregal o Quemadero. El pueblo le teme. Queda al otro lado del Rímac, entre el barrio de San Lázaro y el cerro. La humareda aleccionadora invade toda Lima y los gritos del condenado pican los oídos de inocentes y pecadores recordándoles el camino de la virtud. El fuego es uno de los cuatro elementos que distinguió Aristóteles sin enterarse —porque vivió antes de Cristo— de su importancia aleccionadora ni su papel purificador. Un Auto de Fe sin hoguera es como una procesión sin santo.

Los calabozos, afortunadamente, ya contienen al hombre que justificará la hoguera. Es un judío loco al que se le ofrecieron abundantes oportunidades de rectificación. Podía haber seguido la trayectoria de su padre y recuperar la libertad con algunas penitencias (inevitables, dada la gravedad de sus infracciones). Podría haber engañado al Santo Oficio —como su padre— y aprovechar la libertad para retornar a su secreto culto. Pero —esto resulta inexplicable— ha rechazado con tenacidad el camino más lógico. Ha formulado cientos de preguntas que le contestaron teólogos de mucha celebridad. Al término de las persuasiones, sin

embargo, repetía su demencial reclamo de libertad de conciencia. ¡Libertad de conciencia! ¿Existe un grotesco mayor? ¿Se puede pensar cualquier disparate frente a la imponente de la verdad? ¿Puede aceptarse que cada uno proponga el enfoque que quiera y emita el absurdo que se le ocurra? ¿No llevaría al caos y a una tempestad de abominaciones? ¿Para qué existe la jerarquía eclesiástica? Esquivar el recto camino de la luz es caer en la perdición. La libertad de conciencia no sólo implica el riesgo de perder el alma propia, sino de infectar el alma de los otros. Si uno puede creer en lo que se le ocurre, también lo podría hacer el vecino y el vecino siguiente. Estos ejemplos disolutos golpearían como catapultas al templo del Señor. La humanidad entera rodaría a los infiernos. Francisco Maldonado da Silva es un enemigo poderoso —advierte Gaitán—: es preciso eliminarlo cuanto antes.

—Ya lo hemos condenado —recuerda Castro del Castillo.

—Ha perdido el juicio —agrega Mañozca y se extiende sobre la mesa un pliego escrito en latín con tinta poco firme.

Los jueces examinan la carta a los judíos de Roma. Se pasan uno a otro el rústico papel y coinciden en convocarlo para hacerle confesar tan grave delito. Francisco —condenado ya a muerte— responde con su desconcertante franqueza: reconoce de plano que ha escrito la carta.

Los inquisidores vuelven a enervarse de pasmo: no logran encajar un pecador tan abyecto en semejante conducta. El reo dice la verdad sin dudarlo, aunque malogre un mensaje en el que ponía tanta esperanza.

Mañozca menea la cabeza y con ese gesto reafirma su diagnóstico de locura. Gaitán se muerde los finos y blancos labios: «No debería demorarse el Auto de Fe porque los locos también son espadas del demonio.»

Una opalescencia se instala en el ventanuco. La noche ha cancelado toda la actividad, incluso el correo de los golpes. Francisco se ha despertado súbitamente y sus ojos quedan prendidos a esa claridad negra, indecisa. Evoca la noche en que se produjo un fenómeno idéntico: el mulato Martín se estaba haciendo castigar por un indio para expiar su insulto: le había dicho «judío imbécil». Pero no oye el silbido de los tallos ni las reprimidas quejas de Martín, sino sandalias etéreas. Vienen sigilosamente por el túnel. Ahora las escucha mejor. Se trata de una sola persona cuya tensión atraviesa el muro, prende el extraño reflejo del ventanuco, le pone redondos los ojos y atento el oído. Las sandalias se detienen junto a la puerta. ¿Quién pretende verlo en esa hora de soledad? La tranca sube despacio y una llave penetra milímetro a milímetro en la cerradura, Francisco se sienta en el lecho. Por entre las rendijas se filtra el temblor de una vela. En seguida aparece una figura conocida. Cierra la puerta y deposita el blandón sobre la mesa rústica. Mira a Francisco con piedad, luego acerca una silla,

El jesuita Andrés Hernández estira los pliegues de su hábito negro y habla en voz baja, susurrante casi. Para que no haya una falsa composición de lugar, le aclara que ha conseguido la autorización de Antonio Castro del Castillo para venir a conversar a solas. Ha tenido que insistir mucho ante el juez: estos permisos no son frecuentes. Durante una hora desarrolla un monólogo hesitante, temeroso. Es un hombre que no se resigna a la pertinacia de Francisco.

—Si usted fuera duro de entendederas —suspira—, si le faltara lógica, si careciese de ilustración... Nada de eso le impide darse cuenta del foso donde está y el horrible destino que le aguarda. Su actitud es una insolencia infecunda. ¿No le han satisfecho las respuestas de los teólogos?

Hernández se frota la garganta porque le fatiga el tono susurrado, pero hace un desmedido esfuerzo para comunicarse con Francisco y persuadirlo aunque más no fuere que por el miedo a la muerte.

Francisco lo escucha con atención. Este sacerdote le desea el bien, por supuesto, y ha tomado el riesgo de hundirse en su mazmorra para brindarle ayuda. Es afectuoso y transparente. Su presencia y su voz cuchicheada operan como un bálsamo. Es obvio que se esmera por llegar a su corazón, pero no consigue salir de su propia piel. Hernández mira, habla y piensa a Francisco sin ponerse en el lugar de Francisco. Con dulzura y ansiedad (que ocultan la intransigencia de su objetivo), sólo implora que Francisco deje de ser quien es.

—¿No lo ciega el orgullo? —pregunta Hernández cautelosamente.

—¿Orgullo?... —repite el inapropiado vocablo—. No: es algo más valioso. Diría que me sostiene una ambigua dignidad.

El jesuita replica que la dignidad no lo llevaría a ser tan cruel consigo mismo y con su familia: sólo el orgullo produce tanta cerrazón de la mente. A Francisco no le asombra semejante argumento y pregunta por su familia, ya que el jesuita la ha mencionado. Hernández se turba y le recuerda que tiene prohibido suministrar información. Francisco dice entonces: «Hablábamos de la crueldad...»

¿Por dónde abordado? El clérigo se desespera y le dice que aún puede salvarse.

—Sólo el alma —Francisco completa la oración.

—Si no se arrepiente —evoca las leyes del Santo Oficio— lo quemarán vivo; si se arrepiente antes de que lean la sentencia, lo quemarán muerto.

—Me matarán igual.

—Son inescrutables los caminos del Señor...

Ambos hombres se miran en la tenue luz del pabilo: los ojos brillan. El sacerdote no ha sido explícito, pero insinúa evitar la ejecución. Le está ofreciendo la vida a cambio de modificar su creencia. En su fibra íntima, a este bondadoso calificador del Santo Oficio no le importa que él siga viviendo —piensa Francisco— sino que modifique su fe. Le ofrece la vida como un soborno.

El silencio, la quietud y tensa expectativa magnetizan el estrecho calabozo. Comienza a doler el frío húmedo. Hernández recoge una manta abollada a los pies del lecho y la extiende sobre la espalda de Francisco, luego se aprieta la capucha de su hábito en torno al cuello. Francisco se estremece con el gesto paternal; sólo puede retribuirle con su franqueza hiriente. Farfulla, en un tono de gratitud, un reproche:

—Es violencia moral exigir el cambio de fe. Un hombre es más alto que otro, más inteligente que otro, más sensible que otro, pero todos somos iguales en el derecho de pensar y creer. Si mis convicciones son un crimen contra Dios, sólo a Él corresponde juzgado. El Santo Oficio usurpa a Dios y comete atrocidades en su nombre. Para mantener su poder basado en el terror prefiere que yo finja un cambio de creencia — hace una larga pausa, después enarbola la flagrante contradicción—. El Evangelio dice «amarás a tu enemigo»... ¿Por qué no me aman? ¿Es más fácil amar a quienes se someten?

Andrés Hernández junta las manos.

—¡Por favor! —ruega—. ¡Apártese de su mal sueño! ¡Salga de la confusión! Cristo lo ama, retorne a sus brazos. Por favor...

—Cristo no es la Inquisición, sino lo opuesto. Yo estoy más cerca de Cristo que usted, padre.

A Hernández le saltan las lágrimas.

—¿Cómo va a estar cerca de Cristo si lo niega?

—Cristo humano conmueve: es la víctima, el cordero, el amor, la belleza, Cristo Dios en cambio, para mí, para quienes somos objeto de persecución e injusticia, es el emblema de un poder voraz que exige delatar hermanos, abandonar la familia, traicionar a los padres, quemar las propias ideas. Cristo humano pereció a manos de la misma máquina que pondrá fin a mis días. A esa máquina ustedes llaman Cristo Dios.

El jesuita se persigna, reza y pide que le sean perdonadas estas blasfemias. «No sabe lo que dice», parafrasea al Evangelio. Francisco también pide disculpas para formular otro pensamiento. Hernández endereza el torso y aleja el mentón, como si estuviese por recibir un puñetazo.

—¿No está relacionada mi condena a muerte —dice— con la poca confianza que ustedes depositan en su propia fe?

—Es absurdo... Por favor, por piedad, por el cielo... —implora el jesuita—. No se cierre a la luz, a la vida.

Francisco mantiene una calma sobrenatural y desmigaja sus ideas lentamente. Le repite que no combate a la Iglesia (ya dijo que ama al cristianismo porque ha desparramado la Sagrada Escritura y ha acercado millones de seres al Dios único). Combate por su libertad de conciencia. No tiene la culpa de que su libertad sea tomada como una impugnación.

Andrés Hernández se seca las mejillas y oprime el crucifijo con ambas manos.

—No quiero que lo lleven a la hoguera. Usted es mi hermano —exclama—. Le he escuchado decir de memoria las Bienaventuranzas con emoción cristiana. Su obstinación, aunque la atiza el diablo, implica coraje. Una persona como usted no debería morir.

Francisco levanta sus manos llagadas, calientes, y las apoya sobre las que oprimen al crucifijo.

—No soy yo —la ironía es triste— quien condena.

—Su testarudez lo condena.

—El Santo Oficio, padre, el Santo Oficio, y en nombre de la cruz, de la Iglesia y de Dios. En nombre de todos ellos. El Santo Oficio, ni siquiera para condenar a muerte, asume su responsabilidad. Pretende tener las manos limpias, hipócritamente, como Poncio Pilatos.

Hernández se arrodilla frente al reo, le oprime los hombros y lo sacude levemente.

—Se lo pido de rodillas. Me humillo para hacerlo despertar. ¿Qué más necesita para volver al redil?

Francisco cierra los párpados para frenar sus propias lágrimas. ¿Cómo hacerle entender que está más despierto que nunca? El sollozo se abre como un manantial avergonzado. Ambos han llegado al límite de sus fuerzas, pero sus pensamientos no logran confluir. Ambos sienten un desborde de cariño: admiran la respectiva perseverancia. Se despiden con un gesto que casi es un abrazo. El resplandor del ventanuco se intensifica, testigo de un hecho inverosímil.

Con los párpados enrojecidos el jesuita Andrés Hernández informa al Tribunal sobre su fracaso y ruega misericordia por el reo. Mañozca insiste en que ese hombre ha perdido la razón, lo cual no modifica la sentencia: será quemado vivo en el próximo Auto de Fe.

Empieza entonces una carrera entre el aparato inquisitorial y su víctima. Encerrado, desarmado y debilitado, Francisco apela a un último recurso para burlarles el espectáculo de su ejecución. ¿Qué se propone aún ese hombre lastimado y solitario? Ya no vienen a su celda los negros Pablo y Simón ni el nuevo alcaide: sólo interesa como carne para masacrar en público. Le proveen la colación reglamentaria y de vez en cuando retiran la bacina. Nada más. Es una ruina despreciable que vendrán a buscar para la humillación culminante. "Pero se llevarán una sorpresa —masculla Francisco—. ¿Cuánto tarda la preparación de un Auto de Fe?, ¿tres, cuatro, cinco meses? Es el lapso que necesito.» Recibe las pequeñas bolsas con alimentos y sólo guarda el papel, la harina y el agua. Al papel lo recorta amorosamente para formar hojas de cuaderno; con la harina y el agua prepara el engrudo que adhiere los trozos sobrantes para hacer más hojas. En estos meses se dedicará a escribir. Y no comerá. El Santo Oficio sabrá que no puede todo: es terrible pero no omnipotente. La carrera consiste en morir antes de que lo maten.

Y comienza el ayuno más severo del que se tiene memoria. Ayudará a Dios a despegar su alma de la materia antes de que lo lleven al fuego. No les dará el gusto de un eventual arrepentimiento (falso, impuesto por el terror), ni gemirá por las quemaduras. Tiene que ganarle de mano a los verdugos. Su pulso se acelera con la loca expectativa de llegar a tiempo en esta competencia final. La desventaja de Francisco, sin embargo, reside en desconocer la fecha del Auto. Su ayuno, por consiguiente, debe ser severo, eficaz. Durante los primeros cuatro días le acosan los conocidos malestares de ayuno anteriores: mareos, retortijones, desaparecen los ruidos del intestino, se esfuman sus dolores, navega hacia otra dimensión. El pequeño cuchillo que antes fue clavo, y la pluma que antes fue hueso de pollo, lo acompañan en su labor cotidiana. Durante muchas horas fabrica los materiales de su escribanía y durante otras tantas redacta sus pensamientos. Después los esconde.

La prolongada abstinencia consume la ya magra contextura de Francisco. Puede mantenerse menos tiempo de pie y reduce las horas de trabajo. Lo arropa una suave debilidad. Su decaimiento físico es la contrapartida de su vigor espiritual. La cercanía de la meta sopla clarinadas de victoria. Día que pasa es día ganado. Cuando vengán a leerle la sentencia y ponerle el sambenito infamante para llevarlo al altar del sacrificio no encontrarán más que sus insensibles restos.

El alcaide descubre un poco tarde la impresionante jugada y corre a descargar su

culpa ante los jueces. Teme con razón que le apliquen un fuerte castigo. Arguye que el prisionero recibía sus alimentos regularmente y que había dejado de reclamar audiencias. No había nada que justificase un control especial. ¿Cómo podía sospechar su ardid? ¿Cómo iba a pensar que un judío confeso sería capaz de someterse a una privación semejante, sólo registrada en la historia de los santos? Cuando entró en su mazmorra —dice— encontró un esqueleto forrado por piel fina como seda. Yacía tendido en la cama, casi muerto. Le habló y gritó, pero no oía. Le puso la mano en el pecho y, aliviado, reconoció que aún respiraba. Lo dio vuelta y descubrió que su piel estaba rota en varias partes y sustituida por úlceras.

El Tribunal escucha el nervioso informe y exige al alcaide que calcule el tiempo de ayuno. El compungido funcionario suma con los dedos, le parece estar equivocado, suma nuevamente y, en tono vacilante, dice:

—Alrededor de ochenta días[50].

Flota entre los tules de la semiconciencia. La boca reseca apenas articula su negativa a comer. Está cerca de su objetivo, sabe que va a ganar. Le ofrecen pasteles, frutas, guiso, leche, chocolate. El médico ordena moverlo delicadamente para que las zonas escaradas queden al aire y cicatricen. Hasta el jesuita Andrés Hernández y el franciscano Alonso Briceño son mandados a persuadirlo de que interrumpa su ayuno.

Otro hecho, sin embargo, imprime un giro a la vida de Francisco y a toda la historia de la Inquisición en Lima. Los oídos del reo, apagados por efecto de la cruel desnutrición, alcanzan a descifrar unas palabras que transmiten los golpes: *complicidad grande, arrestos masivos, judíos descubiertos*. Por el lúgubre corredor pasan soldados, gente, lamentos y tras los muros se amontonan adobes, se cavan zanjas, se multiplican las celdas. Una denuncia poco relevante ha exhumado un filón de judíos secretos que enfebrecen la codicia del Santo Oficio. El hastío de los largos procesos a escasos infelices se ha convulsionado por el arresto de figuras notables.

El inquisidor Gaitán rompe la nueva solicitud que elevaba a España para ser relevado de sus funciones: ahora prefiere quedarse en Lima; nunca sospechó que vendría a sus manos un botín semejante. El Auto de Fe para condenar a unos cuantos frailes, hechiceras, judíos arrepentidos (y tan sólo uno al fuego) se cancela. Ahora deberán trabajar duro con la interminable fila que penetra, como una serpiente, en la oscuridad de las cárceles. Cuando se realice el Auto de Fe, serán incorporados decenas de increíbles pecadores y el acontecimiento estremecerá al mundo.

¿Qué había pasado? Un hombre joven llamado Antonio Cordero que había residido en Sevilla y trabajaba ahora en la Ciudad de los Reyes para un rico mercader, comentó que no vendía los sábados ni domingos, y tampoco le gustaba el cerdo. Su fanfarronada fue transmitida a un familiar. Los inquisidores —apremiados por el ahogo financiero— olfatearon una presa fecunda y resuelven modificar la rutina por primera vez: secuestran a Cordero con sigilo y no proceden a confiscarle los bienes para evitar que los amenazados tomen precauciones. El cautivo, tan valiente cuando gozaba de la libertad, en la cámara de torturas produce el mayor desastre que podían esperar sus hermanos: delata a su patrón y a dos amigos, que inmediatamente son chupados por la lúgubre fortaleza. La comunidad judía que se fue constituyendo en la ciudad no advierte el peligro que implicaba la desaparición de estas personas; descartan el protagonismo de la Inquisición porque en ningún caso se produjo la confiscación de costumbre. El 11 de agosto de 1635, sin embargo, se despliega una redada súbita que saca de sus viviendas a decenas de personas, enluta a familias de prestigio y se extiende como una onda terrorífica hasta los confines del Virreinato del Perú.

Es tan grande el entusiasmo del Santo Oficio que parten hacia España nerviosas

cartas con datos y pronósticos. En una de ellas afirman los inquisidores: «hay tantos judíos que igualan a las demás naciones», «las cárceles están llenas», «andan las gentes como asombradas y no se fían unos de otros porque cuando menos piensan se hallan sin el amigo o compañero a quien valoran tanto», «tratamos de alquilar todas las casas vecinas» al edificio original porque éste ya no da abasto: No disimulan su satisfacción: «no se le ha hecho en estos reinos» a Su Majestad y la Iglesia «mayor servicio que el actual». Subrayan la amenaza que constituyen los judíos: «esta nación perdida se iba arraigando de manera que, como mala hierba, había de ahogar a esta nueva cristiandad». Y no dudan en aplicar una rotunda etiqueta: son «una secta infernal, predicadora del ateísmo». También informan que, «cuidadosos siempre en estas materias, escribimos a todo el distrito encargando a nuestros comisarios que, con toda brevedad, cuidado y secreto, nos procurasen enviar el número cierto de portugueses que cada uno tuviese en su partido, y algunos comenzaron a ponerlo en ejecución».

Entre los arrestados figuran tres mujeres. Estiman los jueces que su menor fortaleza física las inducirá a proporcionar otros nombres. En la primera etapa — antes de sustanciar los juicios— urge atrapar el mayor número de delincuentes; algunos ya han fugado a la selva o la montaña o tratarán de embarcarse clandestinamente.

El correo de los muros transmite reiteradamente un nombre: «Mencia de Luna.» «Mencia de Luna, joven—judía—torturada.» No ha vuelto a la prisión. Resuena su nombre como un desesperado homenaje. Francisco se esfuerza en contar los golpes, construir palabras, salir de su lechoso sopor. A pocos metros ha sido sacrificada una joven mujer. Bebe unas gotas de agua y mastica lentamente la carne de una aceituna. En su cerebro magullado nace un pensamiento vacilante; lo rodea una multitud de víctimas y no debe abandonadas. ¿Cómo? Escupe en la mano el hueso de aceituna y lo contempla extrañado: ha roto el ayuno, involuntariamente. ¿Por qué? Se frota las sienes y abre grande los ojos como si pudiera leer en el tiznado muro el mensaje que explica su cambio repentino. No lo ha hecho por temor a la cercana muerte ni por complacer a las súplicas de Hernández y Briceño: una desgracia barre la capital del Virreinato. Coge el pan, lo parte y mastica lento. Debe recuperar fuerzas para urdir la próxima acción. Se admira de que su organismo y sus reflejos se hayan adelantado a su mente, porque entendieron en seguida que el cambio de circunstancia exigía un cambio de estrategia. No obstante, debe pensado mejor. Trata de enterarse sobre la catástrofe. Un viento mefítico circula por la fortaleza inquisitorial. ¿Qué hacer? Estuvo junto a la muerte, pero ahora, casi como un resucitado, debe prestar ayuda. ¿Cómo, por Dios? Se da cuenta de que apenas mueve las extremidades, que su oído oye poco. El muro sigue transmitiendo «joven—judía—torturada».

A poca distancia de su mazmorra el notario Juan Benavídez examina el cuerpo de

Mencia de Luna y redacta su testimonio que se guardará junto a los demás libros que fijan para la posteridad la obra sagrada de la Inquisición. Los jueces habían procedido de acuerdo al reglamento: ella se negaba a delatar a otros judíos y el Tribunal tuvo que cumplir su deber. El notario no olvida escribir que los jueces pronunciaron la debida exculpatoria: «y si en el dicho tormento muriese o fuese lisiada o siguiere efusión de sangre o mutilación de miembros; *"¡sea a su culpa y cargo y no al nuestro!*». Se esperaba obtener de la joven una abundante información y en la siniestra cámara se reúnen los señores inquisidores (excepto Andrés Juan Gaitán, que aborrece mirar a las hembras). A las nueve de la mañana ordenan a la mujer que suministre nombres, pero ella no contesta. Se la manda desnudar y, con las vergüenzas al aire, se le repite la exigencia. Responde que no está en deuda con la fe. Ocho hombres, de los cuales la mitad son sacerdotes, contemplan a esa criatura obstinada que intenta cubrir inútilmente porciones de su cuerpo, que parece delicada y frágil como una virgen de altar, pero contiene la sangre infecta. La acuestan sobre el potro y le atan las cuatro extremidades para iniciar su descuartizamiento. Se resiste como un cabrito asustado, y grita a los inquisidores que si el dolor la impulsa a decir alguna cosa, no es válida. El verdugo gira el timón, se tensan las sogas, crujen las articulaciones, se desgarran los delicados músculos y trepida la piel que las antorchas pincelan de un rosado angelical. El notario describe lo que ve y anota, incómodo, que ella dice «judía soy, judía soy, y no cesa de decido». Mañozca indica al verdugo que no avance y le pregunta: «¿Cómo es judía?, ¿quién le enseñó?» Ella pronuncia un nombre y luego confiesa que también su madre y su hermana son judías. Mañozca pregunta: «¿Cómo se llaman su madre y su hermana?» Ella llora: «¡Jesús, que me muero, miren que me sale mucha sangre!» En sus coyunturas ya se rompen las venas, se forman hematomas y por las escoriaciones brotan hilos rojos. Castro del Castillo le pide más nombres, implacablemente, si no darán otra vuelta al limón. La cara de la mujer se deforma, no escucha qué le piden, no sabe qué ha dicho. El verdugo aprieta de nuevo y el eficiente notario escribe: «se quejaba diciendo ay, ay, y se estaba callando, y en ese estado, que serían cerca de la diez de la mañana, se quedó desmayada. Se le echó un poco de agua y aunque estuvo un rato de esta suerte, no volvió en sí, por lo cual dichos señores inquisidores dijeron que suspendían el tormento para repetirle cuando les pareciese. Y los dichos señores salieron de la cámara y yo, el infrascripto notario, me quedé con ella y con los funcionarios que asisten al tormento y que son el alcaide, el verdugo y un negro ayudante».

El dantesco informe narra que le desataron las extremidades y la echaron a un pequeño estrado junto al potro, por si se decide continuar la sesión. Pero la mujer no volvió en sí, por lo cual los inquisidores indican al notario que no se aparte de la víctima. A las once del día «no volvió en sí —añade—, estaba sin pulso alguno, los ojos quebrados, los labios de la boca cárdenos, el rostro y los pies fríos». El notario

añade a su certificación que «aunque se le puso la luna de un espejo por tres veces encima del rostro, salía limpio; de suerte que todas las señales de dicha Mencia de Luna era de estar naturalmente muerta, de que doy fe. Y el resto del cuerpo se le iba enfriando, y el lado del corazón no hacía movimiento alguno, aunque le puso la mano sobre él. Todo esto pasó ante mí. Firmado: Juan Benavídez, notario».

Vibran los muros con el nombre de la joven. Los viejos y los nuevos presos rezan por ella.

Cada nuevo reo es forzado a efectuar delaciones y todo portugués —o individuo que haya residido en Portugal— es irremediablemente sospechoso. De esta forma el caudal de arrestos se torna incontenible. Se amplía el número de calabozos, inclusive se incorpora la casa del alcaide para dar cabida a tantos acusados. Los inquisidores aprovechan el resonante éxito de la represión para elevar al Rey otra queja por la concordia de 1610 (que aplicó en Lima el marqués de Montesclaros): «V.A. nos tiene atadas las manos —protestan— prohibiendo que estorbemos a nadie en su viaje, ni obliguemos a pedir licencia a los que desean hacerla; pero la necesidad actual nos indicó negar el pasaje cuando no medie una autorización del Santo Oficio.» No titubean en añadir: «Ha de mandar V.A. se corrija y enmiende (la *concordia*).» El entusiasmo del Tribunal es indescriptible: «Se prosigue en todas las causas y descubrimos judíos derramados por todas partes. Las cárceles están llenas.» La clandestinidad a que se ven obligados por la persecución es interpretada como hipocresía: «generalmente no se prende uno —informan con desdén— que no ande cargado de rosarios, reliquias, imágenes, cinta de San Agustín, cordón de San Francisco y otras devociones y muchos con cilicio y disciplina; saben todo el catecismo y rezan el rosario y, preguntados cuando ya confiesan su delito por qué lo rezan, responden que para no olvidar las oraciones en el tiempo de necesidad, que es este de la prisión». No falta en los mensajes una explícita referencia al actual virrey que, a diferencia de los malignos conde de Villar y marqués de Montesclaros (la memoria siempre los repudie), «acude con afecto a cuanto se le pide en estas materias»; «se ha de servir V.A. —solicitan— de rendirle las gracias por lo que hace, y en particular por haber dado orden a los soldados del presidio, caballería e infantería de que rondan toda la noche la cuadra de la Inquisición»[\[51\]](#).

Entre los apresados de la primera gran redada figura un destacadísimo personaje de Lima. El Santo Oficio había lanzado el zarpazo a las doce y media, cuando las calles hervían de gente. Los oficiales y sus carruajes se distribuyeron estratégicamente y en una hora concluyeron el operativo. «Quedó la ciudad atónita y pasmada», escriben los inquisidores. La más alta autoridad de los judíos limeños es engrillada al muro de su oscura mazmorra: se trata de don Manuel Bautista Pérez. Francisco había oído hablar de él en la Universidad como de un hombre cultísimo y generoso, estimado por eclesiásticos y seglares. Lo iban a festejar en agradecimiento a sus donativos. Después se enteró de que le ofrecieron un homenaje lleno de dedicatorias en presencia del cuerpo docente y los alumnos. Dicho Manuel Bautista Pérez contribuía con sus iniciativas al mejoramiento de la Ciudad de los Reyes y era tenido en gran estima por el virrey y el Cabildo. Se comportaba como un cristiano devoto: oía misas y sermones, cuidaba las fiestas del Santísimo Sacramento,

confesaba y comulgaba. Era un hombre de crédito y moral. No obstante, el Santo Oficio reunió las delaciones forzadas de treinta testigos: el reo no podría resistirse a tal alusión. Era evidente que practicaba el judaísmo en secreto y ejercía el liderazgo de la abominable comunidad. Algunos lo habían calificado «oráculo de la nación hebrea», otros «rabino». Según las delaciones, efectuaba reuniones en los altos de su casa, presidía oficios religiosos y enseñaba la ley muerta. En su biblioteca se descubren libros cristianos destinados a encubrir su identidad y otros, también útiles al cristianismo, pero destinados a exaltar sus creencias erróneas. Se trata del «capitán grande», a quien conocen, respetan y aman los otros sesenta y tres arrestados, incluida la difunta Mencia de Luna.

El correo de los muros transmite el nombre de Manuel Bautista Pérez—rabino. Su caída en las garras de la Inquisición quiebra la única columna que sostiene la esperanza de los prisioneros.

Francisco solicita un mínimo cambio de dieta para romper su ayuno. El jesuita Andrés Hernández y el franciscano Alonso Briceño atribuyen a su persuasión el cambio manifestado por el reo y se apuran en elevar un informe que destaca esta muestra de arrepentimiento. Los inquisidores, sin embargo, no quieren perder más tiempo con Maldonado da Silva: están muy atareados con el aluvión de peces gordos que afluyen a las cárceles. Hernández y Briceño no sospechan que la actitud de Francisco es el primer peldaño de una intrépida acción.

El digno rabino es llevado a la cámara del tormento para romper su negativa a confesar. Camina con paso tan firme que el alcaide no se atreve ni a tironearle la cadena. El verdugo, al chocar con sus ojos, desvía los propios para concentrarse en las argollas de los tobillos y muñecas. Le desgarran las ingles en el potro y los inquisidores ordenan interrumpir la sesión: es una pieza demasiado valiosa para malograrla en seguida. La tortura, además, tiene un efecto acumulativo sobre el alma de estos pecadores. Es devuelto desmayado a su celda y atendido por el médico.

Francisco se entera, días después, que algo grave ocurre al «capitán grande», pero no le llegan los detalles. Manuel Bautista Pérez había ocultado entre sus medias un cuchillo de estuche y, cuando se recuperó de la tortura, intentó matarse. Se infligió seis puñaladas en el vientre y dos en la ingle.

Los funcionarios de la Inquisición frustran su muerte, pero no consiguen impedir la de otro cautivo llamado Manuel Paz, un hombre de cuarenta años que exhibía larga residencia en Lima. Paz no soporta el cautiverio ni las torturas. En el informe que el notario escribe para la Suprema de Sevilla dice lacónicamente: «se ahorcó de la reja de una ventanilla alta que caía sobre la puerta de su cárcel, de un modo extraordinario». Ni el alcaide ni los inquisidores logran descifrar la técnica que usó para conseguir su propósito. El informe sugiere: «se echó de ver que el demonio había obrado en él, porque se ahorcó de una forma que sin ayuda parecía imposible». Gaitán propone que ante esta prueba de culpa sea relajado en efigie, sus bienes totalmente confiscados y sus huesos arrojados a las llamas cuando tenga lugar el próximo Auto de Fe. Su iniciativa es apoyada por los demás inquisidores y la totalidad de los consultores convocados.

A la mazmorra de Francisco entra la primera partida de choclos que ha solicitado a cambio del pan. No surgieron obstáculos ni sospechas. Le arranca cuidadosamente el envoltorio, lo esconde bajo la cama, deja a la vista las barbas rubias y cocina los granos en la olla que ahora le permiten tener sobre el brasero. Recupera lentamente el apetito y efectúa movimientos con todas las articulaciones, inclusive las de columna. Sobre sus úlceras se han reformado costras de cicatrización. Oye menos y duerme mucho. Se va recuperando como un pájaro herido que abandonaron en la intemperie: ahora respira mejor, crecen las plumas y abre los párpados rojos de pesadillas. Debe recuperar algo de su remota agilidad.

El convaleciente rabino consigue enviar un mensaje a su cuñado Sebastián Duarte, que también ha caído en prisión. Todo está perdido —le dice—; le recomienda confesar su condición y, por lo menos, ahorrarse la tortura. Toda resistencia no sólo será inútil: aumentará el padecimiento de los cautivos. Sebastián Duarte duda sobre la autenticidad del mensaje, dado el carácter indómito de Pérez; no obstante, prefiere considerarlo verdadero y se aviene a contestar las preguntas de los inquisidores. «Ha caído Jerusalén, no queda piedra sobre piedra, los vientos de la muerte enlutan a Sión.»

Francisco ata las numerosas hojas de choclo y confecciona una larga cuerda. Ya no se ocupan de él, excepto para traerle la alimentación escasa. Arrima la mesa al muro, coloca el rústico escabel sobre la mesa y sosteniéndose en los soportes a su alcance llega a un tirante del techo. Su mano izquierda lo agarra con fuerza mientras la otra empuña el diminuto cuchillo de hierro y empieza a roer el adobe en torno a uno de los barrotes de su ventanuco. Se cansa y marea, sabe que no está en condiciones de exagerar. Desciende, acomoda los muebles —aunque es difícil que vengan a esa hora— y dormita un rato. Después reanuda la tarea. El ventanuco da a

un patio interno rodeado de celdas. Sobre los techos apenas se distingue la siniestra y alta muralla exterior. Consigue mover el barrote; lo empuja hacia acá, hacia allá, lo hace girar, vuelve a empujarlo y finalmente lo arranca. Le sonríe como a una desamparada víctima y lo acomoda entre los tirantes. Baja, recoge la soga y prueba en cada nudo para certificar su resistencia. Trepa de nuevo y la ata a uno de los barrotes inmóviles, Asoma la cabeza. Siente el aire fresco de la noche como una loca bienvenida de la libertad. Lentamente, agarrándose de la cuerda, saca el cuerpo y desciende la alta pared. Su mazmorra parecía estar en un foso, pero la tierra firme del patio semeja un abismo. No entiende el desnivel: es parte de la irracionalidad que impone el Santo Oficio en todo. Se acuclilla en las sombras, adherido al paramento y mira cuidadosamente. El aire contiene aromas del Rímac. No ve guardias, ni sirvientes, ni perros, aunque deben estar acechando.

En sus años de cárcel ha conseguido confeccionar un plano imaginario de este laberinto y sabe que han instalado cepos, puertas falsas y corredores con abismos disimulados que engullen a los que intentan huir. Camina con sigilo, explora las irregularidades de la tierra, aparta unos arbustos pequeños y divisa la huerta que cultivan los esclavos del Santo Oficio. Es un cuadrado en el que respira la vida vegetal, sorda a los suplicios de las prisiones. El olor de las hortalizas embriaga. Acaricia la pulida piel de un tomate, lo oprime suavemente e imagina su color rojo cuando llegue el día; lo arranca, lo muerde y goza su sabrosa carne.  Cu nto hace que no toca una planta ni desprende su fruto? Avanza hacia los muros adyacentes. Su imaginación no le ha fallado: encuentra el pasillo por donde ingresan los negros a la huerta. Una languideciente antorcha instalada en el fondo le permite ingresar de nuevo en el laberinto. Hacia la izquierda han abierto un arco en el muro que conduce a las nuevas mazmorras. Francisco se pega al muro, no es más que parte del tizado revoque, pero sus manos perciben una vibración: alguien se acerca. Debe apurarse. Las sucesivas puertas son idénticas y elige una.

Muy despacio levanta la tranca. Entra, cierra tras de s  y hace gestos tranquilizadores a los dos presos que se levantan sobresaltados. Permanece en silencio con el índice cruz ndole la boca, hasta cerciorarse de que nadie ha ingresado en el pasillo. Sólo se escuchan las ranas del patio interno. La quietud se hace material, gruesa. Francisco enciende un pabito con su yesca. Les habla en voz susurrante, les transmite solidaridad. Los cautivos están pasmados, creen que son objeto de otro ardid del Santo Oficio: esta aparición nocturna pretende engaarlos como la vez anterior, para que confiesen. Y confiesan: uno dice que es b gamo y el otro es un fraile que contrajo matrimonio en secreto. Francisco se decepciona, porque no busca perseguidos de esta naturaleza, sino la gente que mandar n al altar de fuego por lealtad a sus convicciones. Sale al pasillo tenebroso y se arrastra en la dirección opuesta. Prueba en otra mazmorra. Dos hombres se sobresaltan también. Francisco se

presenta. Dice llamarse *Eli Nazareo*, a quien conocían como Francisco Maldonado da Silva. Eli es el nombre del profeta que combatió a los idólatras de Baal y significa «Dios mío» en hebreo; Nazir, Nazareo, es quien se consagra al servicio del Señor.

—Soy un indigno siervo del Dios de Israel —exclama con la autohumillación propia de su tiempo.

Los cautivos se miran entre sí y dudan. ¿Quién no está enterado de los espías y provocadores que contrata el Santo Oficio para quebrar su reticencia? No existen claves ni contraseñas garantizadas: el truco incluye frases en hebreo, referencia a festividades e historias conmovedoras; a veces los funcionarios tienen, para exhibir como prueba, un catálogo más grande de ritos que los mismos prisioneros y consiguen que éstos se entreguen sollozando gratitud. Francisco insiste en su carácter de prisionero. Su figura provoca un sagrado temor: tiene la barba larga con manchones grises y una cabellera partida al medio que desciende blandamente sobre los hombros. Evoca la imagen de Jesús avejentado. Es de elevada estatura, quizá exagerada por su delgadez. La nariz fuerte y los ojos penetrantes ayudan al tono persuasivo de Su voz. Uno de ellos, finalmente, dice que lo reconoce.

—¿Me reconoce?

Mueve afirmativamente la cabeza blanca. Es un anciano de edad indefinible. Lo invita a sentarse a su lado, sobre la cama revuelta. La piel de su rostro está arrugada como una nuez.

—Me llamo Tomé Cuaresma —se identifica.

—¡Tomé Cuaresma! —Francisco le aprieta las manos secas y frías—. Mi padre...

—Sí, tu padre —levanta los párpados hinchados de dolor—. Tu padre me conocía y te habló de mí, ¿verdad?

En el sector nuevo de las cárceles secretas estos dos hombres consuman su tardío encuentro durante el tramo profundo de la noche. Tomé Cuaresma es uno de los galenos más populares de Lima a quien Francisco, curiosamente, nunca había podido ver en persona. Su padre se había referido muchas veces a ese profesional incansable, a quien siempre recurren los nobles cuando deben hacer atender a uno de sus negros, aunque no lo reclaman para sí mismos por considerado poco refinado en su vestimenta y distante del ambiente universitario. En realidad, era el médico que asistía a los judíos secretos de la ciudad.

Francisco escucha la voz cavernosa del viejo que relata su fulminante arresto en la calle, cuando salía de la casa de un paciente. Lo asaltaron como ladrones del camino, le enrollaron una soga en torno a las muñecas y lo obligaron a trepar a un carruaje. El alcaide le hizo el interrogatorio de recepción y después lo encerraron en esta mazmorra junto a otra víctima, porque parece que no les alcanzan las celdas individuales. El otro reo se presenta, a su vez:

—Soy Sebastián Duarte.

—Cuñado de Manuel Bautista Pérez —completa Cuaresma—. Ese lazo de parentesco ya es un crimen para la Inquisición.

—¿De Manuel Bautista Pérez? —se asombra Francisco—. Tengo que verlo, hablar con el rabino.

—Me ha ordenado confesar todo —Sebastián Duarte abre las manos con resignación—. Y pedir clemencia.

Francisco no le cree.

—La confesión no tiene límites —replica molesto—: quieren datos y nombres y luego más datos y más nombres. Pedir clemencia es inútil: aumenta la soberbia de los inquisidores y no disminuye el sufrimiento de las víctimas.

Lo contemplan azorados.

—¿Esto sugirió Pérez? —insiste Francisco con vehemente incredulidad—. Lo habrá hecho bajo el imperio de las torturas... No vale.

—Intentó matarse —lo justifica su cuñado—, ha sufrido mucho.

—Mi padre pidió clemencia —cuenta Francisco—: pidió clemencia y fue reconciliado; pero con sanciones y la vestimenta del sambenito. Téngalo presente: ni la confesión borra nuestra culpa, ni la clemencia nos devuelve la libertad. Sobre nosotros pesan dos condenas y debemos elegir: una es la condena a recibir pasivamente las arbitrariedades del Santo Oficio. La otra es luchar contra el Santo Oficio hasta que Dios decida. No existe ya para nosotros otra libertad que la del espíritu. Conservémosla, defendámosla.

Tomé Cuaresma y Sebastián Duarte lo miran escépticos. Es una arenga irreal. Francisco les aprieta las manos, pronuncia el *Shemá Israel* y recita versículos del salterio. Los conmina a no rendirse. Con apasionamiento les recuerda cómo luchó Sansón contra los filisteos.

—Si de morir se trata, que a ellos no les resulte ligera nuestra muerte.

Apaga la llama, abre la puerta sigilosamente y se introduce en la celda vecina. Se repite el susto de los reos y los gestos tranquilizadores de Francisco. Uno de los cautivos cae de rodillas al confundido con Jesús.

—No soy Jesús —sonríe y lo ayuda a levantarse—: soy su hermano. Soy judío. Mi nombre es Eli Nazareo, siervo del Dios de Israel.

Los alienta a resistir, les recuerda que cada hombre tiene una chispa divina, que el Santo Oficio exhibe mucho poder pero no es todopoderoso.

—Los jueces son hombres y nosotros somos hombres. Somos iguales, somos sagrados.

Regresa al corredor donde la trémula antorcha languidece y se desliza hacia el patio interno. Decide celebrar el éxito de su escaramuza con otro jugoso tomate. Se arrastra hacia el muro y, adherido al paramento, avanza hasta la soga que aún cuelga de su ventanuco. Trepa ayudándose con los pies descalzos y las rodillas que se

afirman en los nudos como le enseñó Lorenzo Valdés en su infancia. Antes de penetrar en el ominoso encierro llena sus pulmones con el aire de la noche. Saca el barrote que escondió entre los tirantes y lo reubica en su sitio. Es necesario ocultar las pistas de su acción para volverla a repetir. Ese hombre que estuvo cerca de la muerte por su descomunal ayuno, que irritó los nervios del Tribunal y no se dejó someter por los mejores eruditos del Virreinato, pone ahora en movimiento una oculta reserva de energía que sus guardianes no pueden siquiera imaginar.

No existe documentación que atestigüe el encuentro de Francisco Maldonado da Silva con el capitán grande Manuel Bautista Pérez. Ambos tienen la misma edad, aunque sus vidas, goces y suplicios no han cursado por el mismo andarivel. Sin embargo, llama la atención que Manuel Bautista Pérez súbitamente volviese a mandar mensajes a los cautivos ordenándoles retractarse de las confesiones extorsivas. Su cuñado Sebastián Duarte lee el texto en clave que le entrega un sirviente sobornado: contiene las mismas palabras pronunciadas noches atrás por esa fantástica aparición llamada Eli Nazareo: «no confesar ni pedir misericordia; defender nuestra libertad de creencia».

Eli Nazareo recorre las prisiones como el profeta Elías cuando visita la mesa pascual: casi invisible, como una maravillosa niebla. Si no hubiera discutido, escrito y resistido durante años, si todo su protagonismo se hubiera reducido únicamente a esta temeraria agitación, Francisco Maldonado da Silva habría satisfecho la duda que tenía con su historia y los principios de solidaridad. La analogía que trazó su padre entre un templo y la persona es puesta en práctica por este hombre que extrae oro de la adversidad.

A los inquisidores les fastidia que varios prisioneros empiecen a revocar sus confesiones porque, dicen, las hicieron bajo tortura. Deben repetir audiencias, convocar más testigos y movilizar calificadores, provocadores y espías que les arranquen la verdad escatimada.

Francisco es descubierto al atravesar la huerta. Un negro salta sobre él y pide ayuda a los gritos.

—¡Aquí!, ¡vengan!, ¡se escapa! —lo aferra con un brazo y con el otro intenta oprimirle el cuello.

Francisco se deja caer. De inmediato brotan del muro los ojos de otros guardias. Con un esfuerzo sobrehumano Francisco tironea los tobillos de su oponente, quien lanza una blasfemia y le descarga un puñetazo que se pierde en el vacío oscuro. El reo se escabulle hacia los matorrales ciegos mientras sus perseguidores chocan entre sí.

—¿Dónde está, carajo?

—¡Por ahí, se fue por ahí!

Francisco arroja un cascote a varios metros, para despistarlos.

—¡Allá va! —se abalanzan en dirección al ruido. Lanza otro cascote y se apresura hacia la soga. Empieza a escalar, le falta aire, le falta vigor.

—Tengo que llegar —se ordena mientras mira anhelante al alto ventanuco y derrama en manos y pies el resto de sus fuerzas.

—¡Quieto! —exclama un guardia colgándose de sus tobillos.

El prisionero ya no puede resistir, abre los dedos y se desploma sobre su captor. Es el fin de este capítulo.

El inquisidor Gaitán, con los puños cerrados sobre la ancha mesa, propone llevarlo inmediatamente a la cámara de torturas con el ansia de hacerla morir. Pero en el interrogatorio Francisco le deshace el plan. Fiel a su enojosa transparencia, reconoce en seguida lo sucedido porque, de todas formas, no podrá continuar su tarea: algunos presos han confesado y el alcaide muestra el barroto desprendido. El secretario labra su acta con el temor que produce la cercanía de los dementes; el largo texto es sintetizado más adelante en el informe que el Tribunal eleva a la Suprema[52].

El alcaide redistribuye prisioneros para desocupar una hermética mazmorra en uno de los fosos que se reserva para castigo. Es tan angosta que no cabe ni mesa ni escabel, sino un poyo donde tienden el colchón de Francisco y una vieja arqueta en la que amontonan el resto de sus pingajos. En lugar de ventanilla sólo existen tres agujeros por donde sólo pasaría una naranja por vez y cierta luz natural. La puerta tiene doble tranca, el corredor es vigilado noche y día por los ayudantes del alcaide y un abnegado fraile dominico tiene la obligación de visitarlo semanalmente para quebrarle la perseverancia, vigilar su alimentación y descubrir a tiempo algún nuevo delito en contra del orden y la fe. El prisionero sufre la severidad del encierro como si el nudo de la horca se cerrase en torno a la garganta. Le sofoca la falta de espacio y la vigilancia perpetua; aunque su olfato ya ha encallecido, se le hace intolerable la nauseabunda humedad de este pozo como si estuviera hundido en una sentina.

A pocas manzanas de la fortaleza, el arzobispo Fernando Arias de Ugarte resiste las tentativas de la Inquisición para llevarse a su capellán y mayordomo, sospechoso de haber cultivado la amistad de los principales judíos presos. El arzobispo había residido en La Plata, donde conoció a ese hombre reposado y confiable que luego de enviudar estudió teología, brindó elocuentes pruebas de devoción y se ordenó sacerdote. Es de origen portugués, vivió en Buenos Aires y Córdoba, labró una razonable fortuna y desea vivir y morir como cristiano. Se llama Diego López de Lisboa y había viajado en la misma caravana de Francisco Maldonado da Silva hasta la ciudad de Salta; ya entonces estaba decidido a borrar su memoria y asumirse como un cristiano pleno. Pero cuando se produjo la detención masiva de judíos, un grupo de agitadores reclamó en el atrio de la catedral que «arresten a ese judío». El aturdido anciano fue a refugiarse en su casa, pero la multitud se concentró ante las ventanas del arzobispo: «Eche Vuestra Señoría al judío de su casa.» El prelado resolvió protegerlo; no obstante, el bufón Burgillos, viendo entrar a Diego López de Lisboa en la iglesia llevándole la falda al arzobispo, se mofó con unas palabras que adquirieron popularidad en Lima: «Aunque más le agarres de la cola, la Inquisición te ha de sacar." Los inquisidores presionan ante el dignatario y piden que les entregue «ese sujeto, muy íntimo amigo de los más esenciales» ya en los calabozos. El prelado pone en riesgo su propia vida y honor: demora. Mientras, en el Tribunal se sustancian los juicios que desembocarán en el Auto de Fe de 1639. Los cuatro hijos de Diego López de Lisboa renuncian definitivamente al comprometedor apellido paterno y, desde entonces en adelante, firman León Pinelo[53].

Meses antes del acontecimiento con el que el Santo Oficio sacudiría al Virreinato,

Isabel Otañez llega a Lima con varias cartas de recomendación y el asustado deseo de entrevistar a los señores jueces. Medrosa, recorre las interminables paradas de su vía crucis. Averigua ante la madre superiora del convento, se entrevista con dos familiares, por último se aventura hacia la plazoleta de la Inquisición. El severo edificio le arroja su aliento helado, y ella se paraliza ante la alta puerta. Se dirige a la guardia y pide audiencia; muestra las cartas, explica su desamparo. La hacen esperar. Debe volver al día siguiente, y al siguiente. Hace años que espera. Le sacaron el marido durante la noche, después se llevaron el dinero en efectivo, las pocas joyas, algunos muebles. Progresaba su embarazo y estaba sola con la pequeña Alba Elena y dos esclavos fieles. El teniente Juan Minaya, receptor local del Santo Oficio que arrestó a su esposo durante una pesadilla, volvió para llevarse otros muebles, dos cofres llenos de libros, instrumental quirúrgico y los cubiertos de plata. Nació su hijo varón, pero tenía prohibido intentar contacto alguno con su esposo. Impotente en el remoto Sur de Chile, llegó a desear que los feroces indios araucanos asaltasen la ciudad de Concepción y pusieran fin a su desgracia. No recibía noticias de Lima ni las habría de recibir: el comisario la ayudó a reconocer la granítica realidad de su tragedia: era preciso aceptar el golpe del cielo y acostumbrarse a vivir como un cactus en el yermo. Su marido difícilmente saldría en libertad y, de ocurrir, tendrían que pasar muchos años. Con el tiempo, no obstante, el mismo comisario se apiadó de la buena mujer. Había advertido que en la «*Carta de dote*» el finado Cristóbal de la Cerda había tomado precauciones en defensa de su ahijada: el dinero que él aportó para ella, así como el dinero que su futuro marido entregaba en la ocasión, probablemente no eran confiscables. Si los recuperaba desahogaría su apremio económico, podría criar mejor a sus dos hijos y esperar con más alivio el incierto retorno de su esposo. La fue preparando para asentar su reclamo en el único sitio del que obtendría fruto: Lima. Era engorroso costearse el pasaje y abandonar a los niños por muchos meses, pero en julio de 1638, con casi doce años de angustia, se aproxima al lugar donde tienen encerrado a su Francisco. ¿La dejarían verlo?, ¿hablarle? Se conformaría con escucharle la voz a través de una puerta cerrada, leer una hoja de papel con su letra menuda o mirarle un segundo el diamante de las pupilas. En Concepción la habían perseguido los malos sueños implacablemente, repitiendo la escena del arresto, pero después comenzaron a predominar las evocaciones agridulces, nostálgicas, cuyos mordiscos no son menos dolorosos que las pesadillas. ¿Qué puede hacer para ayudarlo? Ya le han dicho y repetido y gritado: ¡nada! El Santo Oficio está en un lugar donde la voluntad o el deseo de los humanos no llega. Sólo cabe reclamar aquello que legalmente pudiera corresponderle y, rogando a Dios, esperar el milagro.

La prolongada espera y las cartas de recomendación llegaron al inquisidor Juan de Mañozca, quien se ha avenido a recibirla en su imponente despacho. La mujer se

pone de pie y luego de rodillas, sin saber qué postura adoptar ante la grandiosa aparición. Un alguacil la invita a sentarse y, tras el frío ademán del inquisidor, lee con voz temblorosa el pedido que escribió y corrigió esmeradamente desde que inició su largo viaje. Es la esposa legítima del doctor Francisco Maldonado da Silva y, «conforme a derecho», solicita le sean restituidos los bienes secuestrados que no pertenecían a su marido, sino a su propia dote, «contenidos en esta escritura que presento con el juramento necesario». «A Vuestra Señoría pido y suplico se sirva hacer según y como tengo pedido, porque soy pobre y estoy padeciendo muchas necesidades sin tener más bienes que los que me pertenecen por dicha dote.» Mañozca disimula con su puño el eructo que le rememora el sabor del chocolate que acaba de beber, y ansioso por sacarse de encima este trámite menor, dicta al secretario que nombra a Manuel de Montealegre «defensor de estos bienes», para su estudio. Isabel solloza conmovida: el juez la ha escuchado con afecto y ha decidido ayudarla.

En pocos días, con una celeridad inusual, Manuel de Montealegre eleva su dictamen a Mañozca. Pero es negativo: «se ha de denegar lo que pide». Se limita a enfatizar que no hay pruebas de que hubiera ingresado el dinero ofrecido como dote y que, por otra parte, aún no ha terminado el juicio principal, es decir, el de Maldonado da Silva. Mañozca lee el escrito y lo arroja sobre la mesa con una sardónica mueca: Montealegre es un buen funcionario que sabe mutar un argumento neblinoso en réplica cabal: el juicio de Maldonado da Silva ha terminado hace un lustro con su condena a muerte (sólo falta la muerte) y el dinero de la dote no sólo ha ingresado, sino que ya pertenece en su casi totalidad al Santo Oficio (falta gastarlo). Andrés Juan Gaitán se entera de que Mañozca ha ocupado a Montealegre para satisfacer a la esposa del luciferino Maldonado da Silva y en la primera reunión privada del Tribunal le expresa su disgusto. Mañozca no pierde la calma y dice que ha cumplido con sus deberes de cristiana piedad. Su adversario le recuerda que la piedad no debe confundir a un soldado de Cristo. Mañozca replica que no está confundido y que ha dispuesto otorgar otra audiencia a dicha Isabel Otañez (lo dispone en ese momento) para resolver su pedido «de acuerdo a derecho».

Es así como, gracias a la satisfacción que a Mañozca le produce contradecir al áspero Gaitán, la frágil Isabel Otañez puede entregar otro escrito de insistencia. Dos meses más tarde el inquisidor logra que Castro del Castillo lo apoye para autorizar que algunos bienes «se vendan en pública almoneda en la dicha ciudad de Concepción de Chile y de su procedido se lleve la doña Isabel Otañez doscientos pesos para que use en sus alimentos y los de sus hijos; además, se le entregue la casa en depósito para que vivan en ella».

Al finalizar la última audiencia Isabel permanece clavada de rodillas ante la tarima descomunal. Los jueces se retiran, el resultado de su gestión ha sido pobre en demasía. Y no ha podido aún expresar lo más importante. El secretario la mira

desdeñosamente mientras recoge los pliegos y le ordena con voz gélida que regrese a Chile. Pero Isabel necesita preguntar. Aquí saben, aquí pueden, aquí son árbitros de bienes y vidas. Se muerde los labios mientras llora sin consuelo. Junta las manos en oración e implora como se implora a Dios y a los Santos que le diga una palabra sobre el estado de su esposo. La cara del secretario es cruzada por un viento oscuro; lentamente, como si su cuello fuese una rueda dentada, gira hacia el alguacil y le transmite una seña; después desaparece como por arte de magia. Isabel se siente perdida. Un garfio la iza rumbo a la calle. Mientras recorre como un trasto inútil las huidizas baldosas, aparece el comisario de Concepción para recordarle que no ofenda al Tribunal preguntando por el reo. Las baldosas corren hacia atrás y le hablan, infructuosamente. Le dicen que sobre ellas caminó Francisco y que en ese mismo lugar ha hecho oír su voz desafiante. Le dicen que a sólo veinte metros de distancia, en su estrecha mazmorra, consumido y avejentado, prepara febrilmente la última embestida. En la plazoleta nadie la asiste porque es riesgoso acercarse a quienes salen llorando de la Inquisición. Sus pies ciegos la conducen hacia la cercana plaza de Armas. Choca con hidalgos, mercaderes, sirvientes y carruajes que reclaman se fije por dónde camina. La súbita ampliación del espacio la sobrecoge. Está derrotada. No sabe —lo sabrá años después— que está mirando hacia el ángulo donde pronto se erigirá el patíbulo.

Lorenzo Valdés irrumpe a la cabeza del regimiento real. Ha engrosado su cintura, pero no ha perdido elegancia sobre el espigado corcel que reluce medallones y lentejuelas. En su camino cruza Isabel, temulenta. Es hermosa aun bajo sus túnicas de luto. Si no fuera por la tristeza que ella irradia, Lorenzo averiguaría quién es y dónde vive. Tironea las riendas y, caballerosamente, la hace esquivar por el sonoro regimiento como si le ofreciera una colectiva reverencia.

Se pone fecha al Auto de Fe. Nunca se había llevado a cabo en la Ciudad de los Reyes una ceremonia de tanta envergadura. Se esperan y desean efectos aleccionadores hasta los confines del Virreinato y que el poder del Santo Oficio crezca lo suficiente para cumplir con redoblada eficacia su sagrada misión. Los procesos están concluidos, sólo falta obtener algunos arrepentimientos de individuos que igualmente morirán, para gloria de la fe verdadera. Pero, además de estas razones entusiastas, los inquisidores necesitan el Auto para frenar —terror mediante— el desquicio económico que se ha desatado como secuela indeseada. En efecto, los mismos jueces ya han escrito a la Suprema que «con los prisioneros que se hicieron, comenzaron gran cantidad de demandas» y son muchísimos los pleitos que iniciaron los acreedores de los cautivos. La confiscación masiva ha interrumpido el fluir económico. «Está la tierra lastimada —reconocen— y ahora, con tanta prisión y secuestro de bienes de hombres cuyo crédito atravesaba todo el Virreinato, parece que se acaba el mundo» porque los acreedores saben que con el tiempo, el secreto inquisitorial y la muerte de testigos, sus derechos van a empeorar. «Y aunque nuestro negocio es la fe» —subrayan— la cantidad de riqueza confiscada y la cantidad de reclamos en aumento los obligan a descomprimir la tensión atendiendo varias causas «desde las tres de la tarde hasta la noche». «Hemos ido pagando y pagamos muchas deudas (de los reos), porque de otra suerte se destruía el comercio y hacía un daño irreparable.» La Audiencia coincide con el Santo Oficio, pero en términos más rotundos[54]. El duro castigo a los reos aplacará la codicia de los acreedores —esperan los jueces.

Los preparativos del Auto de Fe son enrevesados. La primera diligencia que exige el protocolo es dar aviso al conde de Chinchón, virrey del Perú. Se encomienda la honrosa tarea al fiscal del Santo Oficio, quien se apersona al palacio y con ceremoniosa gravedad le informa que tendrá lugar el próximo 23 de enero de 1639, en la central plaza de Armas, «para exaltación de nuestra santa fe católica y extirpación de las herejías». El virrey envía respuesta al Tribunal estimando el aviso con muestras de «particular placer por ver acabada tan deseada obra». El mismo recado se cumple ante la Real Audiencia, los Cabildos (eclesiástico y secular), la Universidad de San Marcos, los demás Tribunales y el Consulado. Antes de publicarse la convocatoria a los habitantes de la ciudad los inquisidores encierran a todos los negros que sirven en el Santo Oficio para que no se enteren y avisen a los reos[55]. No obstante, dicho pregón se demora por un estúpido incidente. Se había decidido guarnecer las puertas de la capilla con clavazones de bronce. El ruido de los martillos, mazas y remaches se expandió por el laberinto de mazmorras como anuncio de una construcción excepcional. El correo de los muros la asocia con la

erección del patíbulo. Los reos entran en estado de agitación, algunos revocan sus confesiones y otros, desesperados, testifican en contra de cristianos viejos con la esperanza de provocar un perdón general ante el aluvión de sospechosos. El Tribunal, no obstante, decide mantener la fecha del Auto y consumir todas las condenas.

El fraile que, tapándose la nariz con la gruesa manga de su hábito concurre al hediondo calabozo de Francisco para insistirle que doblegue su testarudez, informa a los jueces que el reo implora otra audiencia con los padres calificadores de la Compañía de Jesús.

—¿Promete abjurar? —pregunta Castro del Castillo. El dominico transmite que al reo le acosan varias dudas y tiene la esperanza de que si se las resuelven, volverá a la auténtica fe.

—Una treta dilatoria —sentencia Gaitán—. Lo mismo de siempre.

No se hace lugar al pedido, pero el fraile retorna con la insistencia del prisionero. Castro del Castillo revisa las actas y anuncia que de acordársela, sería la disputa número trece, una exageración que prueba cuánta paciencia se ha tenido con él.

—Buen número para que se produzca algo distinto —fuerza una sonrisa el cansado fraile.

El Tribunal se toma unos días y con dos votos a favor y uno en contra decide convocar por última vez a los doctos calificadores de la Compañía, Andrés Hernández en primer lugar. La sesión se efectúa en la adusta sala cuyo techo de 33000 piezas machimbradas ha cobijado hace poco a Isabel Otañez, aterida de congoja. El reo es traído por el alcaide y la guardia de negros, con sus flacos tobillos y muñecas encerrados en los grilletes. Es un Cristo que descende de la cruz, casi ciego, los labios blancos, nariz filosa y una cabellera de tristeza pluvial. Pareciera haberse consumido su altivez. Lo hacen sentar y luego ponerse de pie. Ya sabe: debe prestar juramento. La expectativa y la curiosidad proveen un clima extraordinario a la sala. Como lo había hecho hace doce años, desencanta a sus captores porque sigue fiel a sus creencias muertas. Gaitán barre con una mirada a los otros inquisidores por acceder a este previsible desafío; Mañozca, irritado también, lo invita a expresar sus dudas. Los jesuitas avanzan sus cabezas para escuchar mejor. Francisco inspira hondo: debe hacer esfuerzos para que la voz brote con suficiente sonoridad. Pero su tono ingenuo, casi servil, contradice la acidez del contenido. De entrada formula una pregunta pavorosa.

—¿No es arrogante e inútil la pretensión de imponer una sola verdad? —dice.

Su debilidad física imprime dulzura a la expresión, pero los vocablos hacen temblar la sala.

—¿No se estará manifestando la gran Verdad —continúa—, Verdad que excede al cerebro humano, por verdades parciales que apenas logramos aprehender? ¿No será la gran Verdad tan rica y misteriosa que sólo nos es permitido un abordaje minúsculo? Y ese abordaje minúsculo, ¿no se cumple acaso a partir de nuestras diversas raíces y creencias? ¿No será que existen diversas raíces y creencias para que,

precisamente, seamos más modestos y reconozcamos que sólo nos es dado ver y sentir tan sólo una parte? ¿No será que nuestras convicciones, aunque opuestas, sólo se resuelven en el infinito del Ser Supremo, que está mucho más allá de nuestra percepción? ¿Qué beneficio brindan ustedes a la gran Verdad, entonces, si quieren convertir a la parte minúscula que reconocen y aman, en el todo que no pueden alcanzar?

Los jueces y teólogos oscilan entre rechazar sus palabras como nueva herejía o producto de una severa perturbación de la lógica.

—En el corazón de cada hombre —prosigue Francisco en tono amable y esforzado— late la chispa divina que ningún hombre, excepto Dios mismo, tiene derecho a impugnar, menos extinguir. Si vale vuestra fe, también vale la mía.

La audiencia está escandalizada. ¿Cómo puede existir más de una verdad? Es un sofisma, una locura. Estas ideas no responden a una inspiración del cielo, sino del diablo.

—Pregunto si es de buen cristiano (ya que me exigen ser cristiano) castigarse mutuamente, desgarrar familias, humillar al prójimo y delatar parientes y amigos. Esto ya lo padeció Jesús, que fue delatado y atormentado. Repetir su pasión en otros, ¿no significa inutilizar la del mismo Jesús? Si su sacrificio no canceló los sacrificios, ¿qué cambia?, ¿qué inaugura? Seguir persiguiendo, ofendiendo y matando a hombres como Jesús fue perseguido, ofendido y asesinado, ¿no es reducido a un caso más de la infinita cadena de hombres víctimas de hombres?

Gaitán tamborilea sobre el apoyabrazos de la silla y tiene deseos de interrumpir la sesión. Este basilisco que pronto será cenizas mancha el recinto con groserías inaceptables. Hasta Castro del Castillo piensa lo mismo cuando el reo escupe:

—¿Dónde está el Anticristo? ¿Ustedes no lo ven? —sus párpados de carbón dejan salir un brillo que agujerea a los presentes mientras sus labios esbozan una sonrisa enigmática—. ¿No lo ven? Estos grilletes —levanta las muñecas ulceradas—, ¿me los ha puesto Jesús?

Mañozca murmura: «Está definitivamente loco.» Francisco se dirige al jesuita Hernández.

—¿La razón es un derecho natural? ¿El pensamiento y la conciencia son derechos naturales? ¿El cuidado de mi cuerpo es un derecho natural?

El teólogo asiente.

—Sin embargo... —se interrumpe como si hubiera perdido la ilación—, sin embargo —repite—, el cuerpo, mi cuerpo, es maltratado y será destruido. ¿No debería el cristiano, más que el judío, respetar el cuerpo? Para un cristiano Dios se hizo cuerpo porque cree en el misterio de la Encarnación. El cristiano, en este sentido, es la más «humana» de las religiones. Pero ¡qué paradoja!: sus fieles, en lugar de valorado y quererlo como a su mismo Dios, lo odian y atacan. Yo no creo en

la Encarnación, pero creo que el Único está en nuestras vidas —y Francisco cita a su padre—: «Dañar un cuerpo es ofender a Dios.»

—Limítese a formular sus dudas —exclama Gaitán, lívido de indignación.

Francisco introduce la mano bajo sus ropas y les inflige una sorpresa: extrae dos libros. Los tres inquisidores, los tres jesuitas y el secretario abren grande los ojos; ¿De dónde los robó? Se enteran atónitos de que no fueron robados, sino escritos en su estrecha mazmorra. El secretario los recibe con mano trémula, como si tocase objetos creados por la magia de Luzbel. Son dos volúmenes en cuartilla cuyas hojas han sido labradas artísticamente con trozos pegados entre sí. Cada página está llena de palabras menudas y parejas como letras de molde. El secretario eleva los libros hacia la mano impaciente de los inquisidores. Después regresa a su silla y escribe azorado que el reo «sacó de la faltriquera dos libros escritos de su mano, en cuartillas, y las hojas de muchos remiendos de papelitos que juntaba sin saberse de dónde, y los pegaba con tanta sutileza y primor que parecían hojas enteras, y los escribía con tinta que hacía de carbón». Se seca la frente y añade: «El uno tenía ciento tres hojas y el otro más de cien.» Consigna la estafalaria firma del autor: «*Eli Nazareo*, judío indigno del Dios de Israel, conocido por el nombre *Silva*.»

Los volúmenes pasan de mano en mano.

—Ahí están mis dudas —dice Francisco—. Y mi modesta ciencia. Quien eso ha escrito tiene chispa divina, no menos que ustedes.

—O chispa de Satanás —replica Castro del Castillo, aturdido por la audacia.

Los inquisidores invitan a los jesuitas a que hablen, La inverosímil audiencia se extiende por tres horas y media. Los teólogos deshacen las mentirosas afirmaciones de Francisco y, según aprecian los jueces, consiguen demostrar otra vez cuál es el camino de la luz: sólo una mente caprichosa y maligna puede negarse a reconocer la verdad, la única verdad. Mañozca se dirige a Francisco para que conteste si está dispuesto a arrepentirse; pero antes debe volver a prestar juramento. Automáticamente le señala el crucifijo de la mesa.

El reo se incorpora con un asordinado crujir de articulaciones gastadas. Entonces pronuncia las frases que provocan una exclamación de pasmo y horror del auditorio.

—¿Jurar por la cruz? ¿Por qué no jurar entonces por el potro, o las mancuernas con púas, o el brasero que destruye los pies? Cualquier instrumento de tortura daría lo mismo... La cruz fue un instrumento de tortura, ¿o ha tenido otro objeto? Con la cruz asesinaron a Jesús y muchos otros judíos como Él. Luego los cristianos siguieron asesinando judíos blandiendo tras ellos la cruz como una espada retinta de sangre. En la cruz hemos muerto los judíos, no los cristianos. ¿Murió en ella algún inquisidor?, ¿un arzobispo?, ¿un papa?... Alguien alguna vez se los debe decir aunque duela mucho: para los judíos perseguidos la cruz nunca ha simbolizado el amor sino el odio, nunca el amparo sino la crueldad. Exigirnos que le rindamos veneración, tras

siglos de matanza y desprecio, es tan absurdo como pedirnos venerar la horca, el garrote vil, la hoguera. Los cristianos ensalzan la cruz (¡y tienen sus buenas razones!), pero la cargamos los perseguidos. La cruz no nos otorga bienestar: nos angustia, nos ofende y nos destruye —levanta su mano derecha, la larga cadena brilla fugazmente como una filigrana de astros—. Juro por Dios, creador del cielo y la tierra haber dicho la verdad. Mi verdad.

La Ciudad de los Reyes entra en atmósfera de vísperas a partir del pregón que se difunde el miércoles 1 de diciembre. El castigo y muerte de los pecadores debe ser causa de regocijo. Mientras en el interior de las cárceles circula el mefítico aliento de la tragedia, en las calles se excita el entusiasmo. En la oscuridad de los corredores y ergástulos aumenta el miedo, en la luz de la urbe el anhelo de fiesta. En las mazmorras progresa la desesperanza, en las plazas se inicia el espectáculo. La muerte y el jolgorio se unirán para abrazarse y danzar juntos. La razón será disfrazada de locura y la locura se pondrá atavíos de razón.

Salen del palacio inquisitorial todos los familiares en sus temibles hábitos sobre cabalgaduras lustrosamente enjaezadas y un bosque de altas varas al son de ministriles, trompetas y atabales. Dan una vuelta a la plazoleta y luego se introducen a paso majestuoso por las calles. Los siguen en riguroso orden de etiqueta importantes funcionarios de la Inquisición: el nuncio, el procurador del fisco, el notario de secuestros, el contador, el receptor general, el cadavérico secretario y el alguacil mayor. Los colores y sonidos incendian a Lima. Los vecinos interrumpen sus actividades, las mujeres se asoman a las celosías, los hidalgos, jóvenes y sirvientes invaden las calles. Semejante despliegue inflama la curiosidad. El repique del los tambores se detiene para que el pregonero formule el anuncio.

—El Santo Oficio de la Inquisición —vocea con estudiada solemnidad— hace saber a todos los fieles que habitan en y fuera de la Ciudad de los Reyes que el próximo 23 de enero, día de San Idelfonso, se celebrará Auto de Fe en la plaza pública de esta ciudad para exaltación de nuestra santa fe católica. Se manda acudir a los fieles para que ganen las indulgencias que los sumos pontífices conceden a los que concurren a estos actos.

La caravana recorre las populosas arterias con espigada satisfacción. El secretario anotará en su libro que «concurrió gente sin número para ver y escuchar este anuncio, dando gracias a Dios y al santo Tribunal por dar principio a un Auto tan grandioso». Acabada la publicación, vuelven los ministros y oficiales a la fortaleza en el mismo orden y con igual relumbro de tambores y trompetas.

Al día siguiente se inicia la construcción del tablado en varios cuerpos. Una legión de carpinteros, herreros, tolderos y sirvientes distribuyen tablones, clavan estacas y tienden rieles para que nazcan gradas y pasillos cerrados por barandas

confiables. Varios bloques estratégicamente distribuidos darán cabida a la multitud que se espera no sólo de Lima, sino de muchos lugares en derredor. No se deja de trabajar «ni aun los días solemnes de fiesta». El inquisidor Antonio Castro del Castillo es el encargado de supervisar las obras. Advierte que ni la profusión de gradas ni la solidez de cercos previene el desorden que generará la torrencial multitud y manda pregonar que ninguna persona —«de cualquier calidad que fuese, excepto los caballeros, gobernadores, ministros y demás funcionarios»— osen ingresar a los tablados oficiales. Y para controlar los desbordes nombra e instruye a muchos caballeros para que circulen con bastones negros en los que irán pintadas las armas de Santo Domingo. Para refrescar el estrado principal se transportan veintidós árboles de unas 24 varas de alto cada uno y se atan velas de unos a otros con poleas y cuadernales hasta lograr una apacible sombra.

Dos días antes del Auto de Fe el Tribunal reúne en la capilla del Santo Oficio a todos sus ministros y funcionarios: El inquisidor Juan de Mañozca les habla con palabras graves y exhorta a concurrir con amor y puntualidad a cada una de las tareas asignadas. Deben vestir con gran lustre, echando sobre sus cuerpos las costosas libreas que se mandaron confeccionar para la ocasión. El secretario anota que «aparecieron en las calles los oficiales del Santo Oficio, los calificadores, comisarios, personas honestas y familiares, todos con sus hábitos, causando hermosura su variedad y regocijo a la gente, que ya estaba desde la mañana del día anterior en copioso número por la plaza y las calles».

En las mazmorras se dobla la vigilancia, los frailes que visitaban con abnegación a los prisioneros ensayan los últimos recursos para salvarles el alma. Saben que al día siguiente estará todo consumado. Palabras y oraciones vibran en las cuevas lúgubres durante el día y hasta altas horas de la noche. Mientras, la Ciudad de los Reyes es exaltada con la procesión de la Cruz Verde que moviliza a los miembros de las órdenes religiosas, funcionarios seculares y eclesiásticos, nobles caballeros, curas, mercaderes, artesanos, doctrineros, soldados, bachilleres, estudiantes y mujeres que llenan varias calles con sus balcones y techos. Los músicos entonan himnos enfervorizantes. «La gravedad del acto —anota el secretario incansable— y el silencio de tanta gente provoca amor y veneración al Santo Tribunal.» La procesión camina con majestad hasta la plaza Mayor y roza los enormes tablados que desbordarán público en el inminente Auto de Fe. El coro entona el versículo *Hoc signum Crucis* y se dejan faroles encendidos junto al lugar donde serán exhibidos los pecadores.

Francisco ha reanudado su ayuno pero esta vez el tiempo no lo favorecerá. Los días que lleva sin probar bocado apenas le alcanzan para sentirse más débil y somnoliento. El fraile y los sirvientes le ruegan que coma en términos tan amistosos que llegan a confundirlo sobre la situación en que se encuentra. Está cada vez más sordo y aprovecha su minusvalía para eximirse de las plañideras insistencias del dominico. Hace poco le espetó a los ojos: "yo no pretendo que usted deje de ser cristiano; por favor, déjeme seguir siendo judío; no se canse, no se agote; pare de hablar».

Al religioso le brotan lágrimas. ¿Cómo es posible que no consiga atravesar semejante coraza? Maldonado da Silva ya tiene poca diferencia con un cadáver: ¿dónde esconde el manantial de su altivez? Su cabeza es un par de órbitas negras, mejillas chupadas y una frente extrañamente brillante; la larga cabellera partida al medio ha encanecido completamente, lo mismo que su barba. Los labios finos suelen moverse como si rezaran. El fraile lamenta que ore a una ley muerta que lo lleva a la perdición. Quisiera sacudido como a una canasta vacía y llenado con la sustancia de su fe. Pero el diablo se ha posesionado de esa mente. Reconoce que le ha tomado cierto cariño —vergonzoso, inconfesable— y no se resigna a verlo retorcerse entre las llamas. Han conversado sobre otros temas con tanta lógica que le parecía un individuo sensato y muy inteligente. Maldonado da Silva le contó sobre su familia y sus recuerdos con una emoción que revelaba zonas piadosas del espíritu; allí no había entrado el demonio y, por consiguiente, renacían las esperanzas de recuperado para la fe. Pero en los asuntos que tocaban sus abominables raíces volvía a ponerse duro como un león y de sus labios tiernos asomaba bruscamente una fuerza indomable. El dominico reprodujo muchas veces sus conversaciones con el reo en el confesionario para conseguir ayuda. Su confesor estaba en lo cierto: dentro de unas horas lo llevarán a la hoguera y se lo ve más obstinado que nunca.

Francisco, por su parte, teme aflojar a último momento. En su familia todos sucumbieron al terror: su padre y hermano en la tortura, su madre y hermanas al sentirse desamparadas. Lo presionarán hasta el último segundo. Antes de hundir la antorcha en la paja seca que amontonan bajo los leños le gritarán que ceda, que salve su alma.

Le mueven un hombro. ¿Ha estado soñando? Varias linternas arden en el miserable calabozo y sus llamas lamen el techo de adobe. Desde la horizontalidad de su lecho cree estar enfrentado por una apretada multitud. Se incorpora con esfuerzo, parpadea. Comprimiéndose unos a otros hay soldados con sus alabardas, sacerdotes y entre ellos el cansado dominico. Súbitamente esos cuerpos numerosos y fornidos que apenas caben en la mazmorra abren un hueco. Francisco se frota las órbitas legañosas

y, cuando saca las manos de su cara, ve el rostro metálico del inquisidor Andrés Juan Gaitán. Adhiere su espalda a la pared y recoge las piernas: no tiene fuerzas para pararse, ni hay lugar. El inquisidor le esquiva la mirada y desenrolla unos pliegos. Lenta y victoriosamente le lee la sentencia. Francisco no se mueve; no intenta responder, ni comentar, ni rogar: sus ojos apuntan rectamente a los del inquisidor, que no se despegan de las letras. Termina, enrolla el papel y se da vuelta para no verle el rostro a su víctima. Busca entre los hombres apretujados al fraile dominico y le susurra una orden.

La cueva se vacía. Francisco murmura:

—¡Dios mío!, sucede.

Ya no verá insinuarse el amanecer por los tres agujeros del muro: en unas horas vendrán a sacado definitivamente., Toca el borde del colchón que lo acompañó casi trece años y vuelve a preguntarse si le alcanzarán las fuerzas para seguir defendiendo su derecho hasta la culminación del Auto. Se deja caer sobre el poyo. El candil que le han dejado emite una luz que por primera vez aprecia: es suave y rosada. Los muros irregulares están llenos de dibujos; las formas, incluso en este cubículo tan pequeño, son infinitas. Por uno de los tres agujeros aparecen los ojos de una rata. Ni siquiera viene a despedirlo: sólo a enterarse de su partida. De repente lo asalta un alud de recuerdos: las ratas en el convento de Córdoba, las ratas en el convento de Lima, el director espiritual Santiago de la Cruz y el aprendizaje del catecismo, las biografías de santos, la confirmación, la enorme Biblia de la capilla, su primera flagelación, el abrazo de los torsos desnudos, la aparición del negro Luis con el instrumental del padre y la llave española (¡la llave española!, ¿dónde estará?).

Cruje la puerta y dos negros adelantan una bandeja.

—El almuerzo —dicen.

¿Almuerzo? ¿A esta hora de la noche? El dominico lo invita a rezar y a comer. Francisco entiende: los condenados a la hoguera son piadosamente agasajados con un banquete. Es una cortesía macabra, pero más elocuente que la burocrática lectura de la sentencia. Le ofrecen una comida de príncipe. El dominico alza la voz para atravesar su sordera y le cuenta —anhela llegar al escondido corazón— que el Santo Oficio ha contratado hace tres días a un pastelero para que secretamente preparase la última colación.

—Secreto —murmura Francisco—, siempre el secreto, para que sea impune la arbitrariedad.

Se incorpora y camina los pocos pasos que caben en la mazmorra. El fraile se encoge para darle lugar, quiere complacerlo, ayudarlo y ser agradable. Vuelve a mostrarle la bandeja.

—Coma —Francisco invita al sacerdote.

—Dios mío, Dios mío —implora el fraile—, ¿cómo hacerle entender que van a

quemarlo vivo, que sus pies serán mordidos por los tizones y sus caderas azotadas por las llamaradas y su rostro despellejado, triturado, asado? ¿Cómo hacerle comprender que es una víctima de una trampa del demonio y que padecerá el suplicio de la hoguera para desembocar en el interminable suplicio del infierno?

Cae de rodillas.

—¡Sálvese! ¡Sálvese! —ruega.

Francisco fuga hacia su interior. Necesita rememorar los *Salmos* que nutren la esperanza. Debe mantenerse tranquilo para que no lo invada el temblor ni se quiebre a último momento. A medida que pasan los minutos, mientras los versículos lo animan, siente que le arañan los monstruos de la derrota. En un sentido crece su fuerza y en el otro su debilidad. «No repitas mi trayectoria», le recomendó su padre. ¿La repite, acaso? Cree que no. Su padre denunció a otros judíos, se humilló ante los jueces y mintió su arrepentimiento. Mutiló su dignidad. No volvió a ser cristiano, ni hombre libre, ni judío digno: se transformó en un resto que tenía vergüenza. Ofrendó lo más sagrado de su ser a los opresores, para gloria del Santo Oficio y sólo retuvo el testimonio del vejamen. Ésa fue su trayectoria: miedo, sometimiento, claudicación.

Francisco aprieta los párpados para que no desborden las lágrimas.

La imagen de su padre vencido le produce una pena atroz. Pronuncia Salmos que contrarrestan la imagen doblegada y triste. «No repetiré tu trayectoria» se alienta. Pisa los umbrales del fin y no ha denunciado a nadie, no se quebró ante los jueces, no ha simulado arrepentimiento, no aporta un céntimo a la gloria de sus opresores.

El fraile reanuda el trabajo persuasivo, le acerca la bandeja con manjares, reza las poderosas oraciones.

A las cinco de la madrugada dos regimientos de infantería en uniforme de gala completaría su formación, uno en la plaza de Armas y el otro frente al palacio inquisitorial. Las altas puertas del Santo Oficio se abren para dejar entrar cuatro grandes cruces enlutadas con mangas negras, traídas de la catedral y acompañadas por un cortejo de clérigos, curas y sacristanes con sobrepellices. Los «caballeros honrados» que se han escogido para acompañar y seguir predicando a los reos la clemencia del Santo Oficio en su trayecto al Auto son distribuidos frente a las puertas de cada mazmorra. En el enrevesado laberinto empiezan a sonar trancas, chirriar puertas y estallar gritos. La firmeza de los frailes, soldados y caballeros debe contener la desesperación en alud. Por los corredores alumbrados con antorchas avanzan los cautivos hacia la capilla de los condenados. Allí se les brindará otra piadosa ocasión de escarmiento.

A Francisco le aferran los codos y lo obligan a levantarse. No alcanza a echar un último vistazo al agujero que lo albergó en el segmento final de su prisión. Lo conducen por el pasillo amenazante, trepa escalones, atraviesa puertas. Zumba el palabrerío ansioso del dominico que le repite imprecaciones a la oreja y le sacude el

brazo. Los caballeros que lo vigilan miran hacia adelante, llenos del poder que significa conducir un humano a la muerte. Lo empujan hacia un grupo de oficiales sin soldado. De pronto se desliza un paño por su cabeza. Lo toca, lo mira: es el sambenito. Tiene un asqueroso color amarillo, llega apenas a las rodillas y es tan ancho como sus hombros; en la parte alta, sobre su pecho, han pintado unas aspas rojas en forma de X, lo cual simboliza que es un pecador extremo. En la parte inferior han pintado llamas que apuntan hacia arriba: elocuente confirmación de que será quemado vivo. Un oficial levanta un largo cono de cartón, la coraza sobre el que relucen torpes pinturas de cuernos, garras y colmillos que simbolizan al diablo, y de cuyo vértice cuelgan trenzas de brin en forma de serpientes. Con irreverencia se lo calzan en los cabellos. Francisco levanta automáticamente su puño para volteado, pero innumerables garfios le frustran la intentona. Se siente ridículo. Sólo falta que después, al pie de la hoguera, los soldados echen suertes por esas prendas infames como hicieron mil seiscientos años atrás con una túnica púrpura y una corona de espinas. Lo empujan de nuevo para ingresar en la doliente procesión que se dirige a la plaza.

Se balancean las altas cruces con los trapos negros flotantes, rodeados por copioso número de clérigos. Siguen los penitenciados por delitos menores: hechiceras, bígamos, blasfemos, solicitadores. Cada uno cercado por una guardia que les impedirá hablar a nadie. Después marchan los judaizantes, el plato fuerte de esta ocasión. Todos llevan sambenitos. Son decenas y están ordenados con lógica de suspenso: los judaizantes que se han arrepentido pronto marchan adelante con sogas gruesas en la garganta. Quienes se han arrepentido tarde y serán relajados (ejecutados) vienen atrás con una cruz verde en la mano. Las antorchas y los cirios zigzaguean en la plaza llena y sacan reflejos a los escudos. Una hemorragia en el oriente anuncia el bostezo del amanecer. Francisco toma conciencia de que sale de su último encierro: nunca más lo aislarán entre cuatro paredes. El aire oscuro de la madrugada le refresca las mejillas. Ha imaginado muchas veces este instante; le resulta familiar y tenebroso. A pocos pasos reconoce al viejo médico Tomás Cuaresma, encorvado por el sambenito y la coraza pintarrajeados con llamas, víboras y dragones. Francisco devuelve la cruz que le han puesto en la mano.

—Debe llevarla —le ordenan. Niega con la cabeza.

El oficial le abre los dedos y exige que obedezca. Francisco le cruza la mirada como un sable.

—No.

—¡Irás rebelde! —se alarma el dominico—. ¡No empeore su situación, por su bien!

Francisco se niega a sostener la cruz verde.

—La dejo caer —anuncia.

El fraile la recoge en sus manos y la besa[56].

Detrás de la procesión 'avanza el portero del Santo Oficio a caballo, con un cofre de plata cerrado donde están guardadas las sentencias. Lo siguen el secretario, también montado en un corcel con gualdrapa de terciopelo verde. Continúan el alguacil mayor y otros solemnes funcionarios. Las calles se van iluminando con la llegada del día; reina una contenida exaltación. Las puertas, balcones y terrazas se colman. El río de gente que acompaña a la hilera de pecadores es un monstruo muy ancho y largo, que se desliza perezosamente hacia la plaza Mayor ceñido por los muros de las casas. Las cruces, cirios y velas se bambolean durante la dificultosa marcha hasta que el caudal se abre parcialmente en las proximidades del cadalso. Los frailes y caballeros encargados de controlar a los cautivos los hacen subir en orden, ubicándolos en los largos tablones que les están reservados. El rumor de la multitud aumenta gradualmente, a medida que ve emerger a las abyectas víctimas. Crece de modo franco al subir los judíos con corozas y sambenitos pintados con llamas y ya es escandaloso el abucheo cuando surge un hombre de larga cabellera que ni siquiera ha tenido la piedad de llevar una cruz verde en la mano.

Los caballeros con bastones negros que exhiben las armas de Santo Domingo golpean los hombros de la gente para restablecer el orden que exige la sacralidad del Auto. En el tablado central ya se han sentado los inquisidores y el virrey. Castro del Castillo contempla satisfecho el dosel de brocato con flecadura dorada que mandó instalar a último momento, y en cuyo cielo ondula una imagen del Espíritu Santo que significa «el espíritu de Dios gobierna las acciones del Santo Oficio». Al virrey se le han provisto tres cojines de fina tela color ámbar, dos para los pies y uno para el asiento, en tanto que los inquisidores disponen de una almohada de terciopelo. Castro del Castillo tuvo la cortesía de adornar el balcón de la virreina con pendones, oriflamas alegres, tapices y amplio dosel amarillo. Todo en derredor, hasta donde se pierde la vista, es un enjambre de personas. Los memoriosos insisten en que nunca hubo en Lima un Auto de Fe tan concurrido.

Francisco se abraza a los versículos que exaltan la libertad, la belleza, la dignidad, pero resbala hacia el espectáculo que hierve. Es una ceremonia espantosa y deslumbrante donde celebran la muerte. Ha empezado la adoración de la cruz puesta en un altar central, ricamente adornado: tiene la imagen de Santo Domingo rodeada por candelabros de plata, ramilletes de flores y pebeteros de oro. Francisco frunce los párpados y se repliega en su ensoñación. ¿Cuánto tendrá que esperar? A sus oídos ruinosos llega el encrespamiento de los sermones: diferentes voces, pero siempre los mismos esfuerzos por asegurar la gloria, la verdad, la devoción. Alguien lee en castellano la bula de Pío V en favor de la Inquisición y sus ministros, y contra los herejes y sus fecharías. Entreabre apenas los barrotes de las pestañas y ve el juramento del virrey, y de la Real Audiencia, y de los Cabildos y de todo el pueblo,

con la mano derecha levantada, los rostros en trance y un maremoto final: «amén».

El inquisidor Juan de Mañozca empieza la lectura de las sentencias. Una sádica vibración recorre la plaza. El espectáculo ingresa en una fase voraz. Quienes se arrepientan antes de que se pronuncien las frases inapelables conseguirán clemencia —se dice, se repite, se implora—. Millares de oídos erizados captan el llanto agudo, el ruego demencial. Y millares de ojos se pegan a la hilera de infelices exhibidos sobre el patíbulo que ahora serán sometidos a otra merecida ofensa.

El alcaide recoge su bastón azabache y se dirige al primero de los penitenciados. Le hunde la extremidad en las costillas como si fuese un perro sarnoso: no le habla, sino lo empuja cruelmente, grotescamente, hacia un puente corto, visible desde cualquier punto de la plaza, para que allí, solitario y avergonzado, desnudo de protección, escuche la sentencia. Después lo empuja de regreso entre las contenidas risitas de la devota muchedumbre. Hunde el bastón en el siguiente. Repite la tarea con el tercero, el cuarto, el séptimo, el decimoctavo... mientras sucesivos funcionarios gozan el honor de leer la respectiva condena como si compitieran en un festival de poesía.

El sol derrama calor sobre la plaza hasta que el público ya no puede ingerir más discursos: anhela acción. Han pasado los penitenciados al azote, a la prisión y a trabajos forzados en las galeras. Faltan los que serán «relajados» al brazo seglar para su ejecución. El alcaide empuja al judío Antonio Espinosa; el bastón se retuerce con furia porque el hombre está quebrado, tembloroso, levanta las manos y ruega misericordia. El rumor entusiasta de la muchedumbre despierta a los dormidos. Por las cabezas amontonadas de extremo a extremo silba una remota alegría cuando el bastón no consigue hacer avanzar al judío siguiente: se trata de Diego López Fonseca, a quien deben cargar en brazos y tirarle de los pelos para que escuche sobre el puente los castigos que se le infligirán. Le llega el turno a Juan Rodríguez, quien aparentó locura en la cárcel para hacer reír a los jueces y confundidos; ahora reconoce que fue mentira y maldad, llora, implora. Le toca avanzar al anciano médico Tomás Cuaresma, reconocido en el acto desde los confines de la plaza; el bastón lo empuja obscenamente y estallan toses, ansias; la encanecida víctima se apoya en la baranda, cabizbajo y cuando escucha que será quemado vivo empieza a sacudirse, a llorar: estira los dedos, quiere decir algo, pero su garganta no emite sonidos. Entonces ocurre algo que conmueve a la multitud: el inquisidor Antonio Castro del Castillo abandona su sitial y camina hacia el tembloroso viejito; lo observa, le acerca la cruz que le cuelga al pecho y ordena que le pida misericordia. El desconsolado médico está a punto de desmayarse y balbucea «misericordia, misericordia». Un rugido triunfal barre la plaza. El inquisidor regresa iluminado por una sonrisa junto al virrey para seguir el desarrollo de la ceremonia. Faltan pocos judíos, los peores.

El bastón empuja a Sebastián Duarte, cuñado del rabino Manuel Bautista Pérez.

Cuando pasa junto a él, sin que los guardias pudiesen advertirlo a tiempo, los parientes se abrazan y despiden[57]. La escena produce rabia en los espectadores, que escupen insultos y reclaman mayor celo a los soldados. Francisco mantiene abiertos los ojos y acompaña a cada uno de los ofendidos con intensidad, como si su espíritu tranquilo tuviera manos y las manos se tendieran hasta las caras anémicas para envolverlas con ternura y decides que los ama, que no están solos, que su dolor es pasajero. Tiene una visión extraordinaria de la precariedad del hombre. Nunca ha podido reconocerla tan crudamente. Pronto será polvo. Lo sostiene —lo ha sostenido— únicamente aquello que ama: Dios, su familia, sus raíces, las ideas yesos recuerdos en color pastel con manchones de azul.

Llega el turno del rabino «capitán grande» y «oráculo de la nación hebrea» — como expresa con sorna el texto que se lee en voz alta—. Manuel Bautista Pérez escucha su sentencia majestuosamente. En su cerebro bulle otra multitud: la de los mártires que lo precedieron y a los que va a integrarse con la apostura que su cuerpo aún le concede.

Se instala una pausa. Falta el más odioso de los pecadores, el demente que ha osado desafiar al mismo Auto de Fe presentándose en rebeldía. Un monstruo: sabe que morirá por sus errores y se obstina en ellos. La transpirada muchedumbre se iza en puntas de pie: sólo se tiene una ocasión en la vida para ver algo semejante. Flaco, canoso, la barba y el cabello largos, Francisco no espera que llegue el bastón del alcaide para agraviarlo como a un animal. Se incorpora y camina hacia el puente donde escuchará lo que ya sabe. El sombrero en cono que lo transformaba en un ser grotesco resbala de su cabeza y súbitamente su imagen empieza a irradiar una nobleza incomprensible para los millares de órbitas que registran algo confuso. Sobre el puente se superponen transparencias como si en vez de un hombre hubiera aparecido una efigie de brumas. De las gradas multitudinarias brota el silencio. Se anhela escuchar la descripción de sus abominaciones y si el castigo logrará compensarlas. La voz del funcionario irrumpe con melladuras de inseguridad, de fatiga. Los cabellos de Francisco empiezan a elevarse como alas. El afrentoso sambenito se aligera y ondula sedoso. La muchedumbre apantalla las orejas porque las frases se esfuman. Ese hombre solitario y enhiesto evoca algo misterioso. A unos mil metros de distancia, en el Pedregal, ya están a punto las hogueras, pero ahí, sobre el puente, suavemente acariciado por la brisa, no observan al reo a quien devorarán las llamas, sino a un justo. Algo grandioso se asocia a su imagen.

El cronista Fernando de Montesinos se levanta de su grada para examinar de cerca el portento. El Tribunal le ha encargado la difícil tarea de redactar una pormenorizada narración del Auto de Fe y todos sus sentidos deben registrar los necesarios detalles: importa la decoración, las sentencias, el protocolo, la conducta de los reos y también los fenómenos sobrenaturales. No esperaba el sobresalto de la

coincidencia. La brisa que juega con los cabellos del cautivo se transforma en un viento fuerte. El agobiante calor es repentinamente fragmentado por cuchillas gélidas. Del mar avanza un manto negro que hinchon y golpean con rabia los relámpagos. La atención concentrada en el espectáculo no ha advertido el comienzo de la tormenta y Montesinos levanta sus ojos con pavor: esto será consignado en su informe. De pronto un grito de horror acompaña al sablazo que abre el toldo del tablado central. Montesinos acerca su mano a la oreja y logra escuchar las palabras que pronuncia Maldonado da Silva. Luego, en su informe, las transcribirá también:

—Esto lo ha dispuesto así el Dios de Israel para verme cara a cara desde el cielo.

Epílogo

Los ajusticiados son conducidos a las hogueras entre murallas de soldados para evitar que la gente en tropel los empuje y escupa. Junto a los reos marchan frailes de todas las órdenes religiosas para predicarles hasta último momento. Entre los jefes militares que controlan el fúnebre desplazamiento se destaca el contrito capitán Lorenzo Valdés.

Tomé Cuaresma dice que no necesita la misericordia del Santo Oficio y muere impenitente.

Manuel Bautista Pérez mira con desprecio al verdugo y le manda que cumpla bien su oficio.

Francisco Maldonado da Silva no habla, ni llora, ni gime. En torno a su cuello han atado los libros que escribió esforzadamente en prisión. Varios testigos registran el instante en que las llamas azules prenden las hojas y un torbellino de letras empiezan a girar insistentemente en torno a sus cabellos como una corona de zafiros.

Los funcionarios presentes —alguacil mayor de justicia, notario y secretario del Santo Oficio— soportan la humareda y el olor de carne humana hasta dar fe que los relajados se han convertido en cenizas.

El cronista Fernando de Montesinos cumple a satisfacción la solicitud inquisitorial de escribir un relato completo sobre el grandioso Auto de Fe, que se imprime de inmediato por orden del inquisidor general.

El Consejo Central de España, no obstante, se alarma por la magnitud del Auto de Fe y ordena a los tres inquisidores que transmitan «por separado», y «en conciencia», sus sentimientos respecto de lo actuado.

Gaitán contesta que las sentencias «fueron justificadas». Castro del Castillo contesta que antes de dar su voto decía misa y se encomendaba «muy de veras a Dios y con mucha humildad». Mañozca no contesta; ese mismo año se dan por concluidos sus servicios en el Tribunal de Lima.

El Auto de Fe de 1639 sacude a las comunidades judías de Europa, que hacen circular los informes sobre el martirologio ocurrido en América. En 1650 aparece la famosa obra *Esperanza de Israel* de Menashé ben Israel, que narra el tremebundo suceso y dedica párrafos emotivos al mártir Francisco Maldonado da Silva. En Venecia el doctor Isaac Cardoso publica otro libro que amplía la pavorosa historia y exalta el heroísmo de «Eli Nazareo». El poeta sefaradí Miguel de Barrios escribe en Amsterdamun poema sobre el heroico americano.

En 1813 es abolido el Santo Oficio de Lima y una multitud saquea el palacio inquisitorial para borrar ominosas pruebas. Dos años más tarde se lo reinstala. Pero en 1820, por mandato del último virrey, queda eliminado definitivamente.

En 1822 le es asestada a la Inquisición en América el golpe de gracia más

significativo: el Libertador José de San Martín ordena transferir todos sus bienes y propiedades a la Biblioteca de la Nación, porque allí, en los libros, se acumulan las ideas —fueron sus palabras«luctuosas a los tiranos y valiosas para los amantes de la libertad».

Agradecimientos

Para edificar este libro he sido agraciado por la ayuda de muchas personas e instituciones que me brindaron su rica información, en particular la Academia Nacional de Historia, Academia Nacional de Letras, las Fundaciones Simón Rodríguez y Torcuato Di Tella, la Biblioteca del Seminario Rabínico latinoamericano y la generosa aportación de libros y documentos por parte del historiador cordobés Efraín U. Bischoff y la historiadora tucumana Teresa Piossek Prebisch. Dedico un reconocimiento especial a Marcelo PolakoH quien, embuido de entusiasmo por el proyecto, obtuvo información adicional de archivos y bibliotecas, a la que marcó y clasificó criteriosamente. El brillante antropólogo peruano Luis Millones me proporcionó orientación, referencias y material de sus propios archivos. Durante mi intenso viaje a Lima para estudiar escenarios y profundizar la investigación histórica, he recibido los aportes de especialistas notables como Pedro Guibovich, Guillermo Lohmann, María Emma Manarelli, Max Hernández, Moisés Lemlij, Marcos Gheiler, Franklin Pease.

Mi esposa ha leído y discutido con generosa dedicación la mayor parte de los capítulos, brindándome agudas observaciones que aumentaron mi alerta en este bosque de personajes y acontecimientos. Mi hijo Gerardo diseñó y supervisó el procesamiento de los materiales y el registro de las sucesivas versiones que insumieron un total de casi dos mil ochocientas páginas. Dévora Gabriela Fernández y Alicia López tipearon repetidas veces mis originales hasta que el volumen alcanzó las características presentes.

El sostenido esfuerzo que he dedicado a esta obra —y cuyos contenidos abrumadores amenazaban hacerme desfallecer— ha contado con la confianza de mis editores y el lúcido editing de Paula Pérez Alonso.

Notas

[1] Marrano: calificación injuriosa aplicada por el populacho a judíos y musulmanes convertidos al cristianismo y que mantenían lazos con su antigua fe. Marrano es el puerco joven que recién deja de mamar. Evoca la inmundicia y la sordidez. En un principio se calificó así a los excomulgados. A partir del siglo XIII el vituperio se dirigió hacia los judíos convertidos por la fuerza y sospechosos de mantener una cierta lealtad a sus raíces. Después se extendió la injuria a cualquier judío y, en particular, los cristianos nuevos. La palabra sonaba horrible en los oídos españoles y un decreto real de 1380 salió al cruce para condenar con multa o cárcel a quien calificase de marrano a un converso sincero. Pero no alcanzó para detener el fanatismo creciente. Limpio era el que no tenía sangre judía ni mora, aunque fuese un delincuente vil y lleno de pecados. *Sucio, perro* y —sobre todo— *marrano*, quien tenía en sus venas la sangre abyecta. Corría una grotesca racionalización: «no come chanco porque chanco es». La palabra se impuso en toda la extensión del imperio español e ingresó en el lusitano.

[2] Nombre del poblado en idioma tonocoté. Un siglo más tarde el río invadió la ciudad y sus habitantes la refundaron muchos kilómetros al norte.

[3] Nombre en español.

[4] Sin antecedentes moros ni judíos.

[5] Converso o hijo de converso.

[6] Trivio y quatrivio: conjunto de tres o cuatro materias que así se agrupaban desde el medioevo.

[7] Funcionario de la Inquisición que debía denunciar a las personas que atentaban contra la fe y prender los reos con orden del tribunal (por sí mismos o ayudados por el alguacil). Para el cumplimiento de su misión, estaban autorizados a llevar armas, pública o secretamente, en todo el distrito inquisitorial.

[8] *Encomienda*: institución por la cual se «encomendaba» a un colonizador grupo de indios que trabajarían para él a cambio de la obligación que asumía el encomendero de costearles su educación cristiana

[9] Se llamaba «ley de Moisés» al judaísmo, en contraste con la «ley de Jesucristo».

[10] Tigre americano.

[11] Distrito o territorio en que ejerce jurisdicción espiritual un arzobispo u obispo.

[12] Todo prelado de la Iglesia es inquisidor ordinario. Pero el Santo Oficio de la Inquisición estableció a los inquisidores por antonomasia (extraordinarios), que eran nombrados verticalmente por el inquisidor general a propuesta del Consejo (en el Tribunal Central). Debían ser sacerdotes, preferentemente graduados en leyes.

[13] Poder Judicial civil.

[14] Cerco construido con piedras.

[15] El comisario era el representante del Santo Oficio en las ciudades y villas del distrito inquisitorial. Debía ser clérigo, virtuoso y con rentas suficientes para vivir con la dignidad inherente al cargo.

[16] En 1614 fundó la Universidad de Córdoba, la más antigua de la República Argentina. Familiarmente se la llama «Casa de Trejo».

[17] Todas esas poblaciones existen actualmente. Algunas ya son ciudades.

[18] Ciudad de los Reyes era entonces el nombre usual de Lima.

[19] Ídolos de diverso material.

[20] Se trataba de Antonio León Pinelo, quien adoptó este nombre tras la gran persecución de marranos del año 1635. Se licenció en Derecho. Escribió varias obras, entre ellas el *Epítome de la Bibliografía Oriental y Occidental Náutica y Geográfica*, por la cual se lo consideraba el padre de la bibliografía americanista. Viajó a España para borrar sus antecedentes de converso y fue amigo de Lope de Vega y Juan Ruiz de Alarcón. Dos años antes de morir fue designado cronista de Indias.

Su hermano menor, Diego León Pinelo, permaneció en América; llegó a rector de la Universidad de San Marcos y lo nombraron Protector General de los indios del Perú.

[21] Ghetto judío, en España.

[22] Mita: «turno». Son los turnos de cuatro meses por año que los indios debían servir en las explotaciones mineras. Este régimen pronto fue transgredido: los cuatro meses se convirtieron en cadena perpetua. Pero se siguió usando la misma palabra.

[23] Jefes o caciques de origen muy antiguo, preincaico. Los incas redujeron su jerarquía. Los españoles les devolvieron algunas prerrogativas y los utilizaron como intermediarios entre el poder colonial y los grupos indígenas.

[24] Ahora llamada Sucre.

[25] Caja: instrumento de percusión. Erke: fagot montañés. Quena: flauta de caña. Sikus: flauta de Pan andina.

[26] Juicios que cobraron mucha importancia en las Indias por la abundancia de transgresiones y que se efectuaban después de concluir una gestión. Se perseguía con más celo las infracciones que redundaban en perjuicio de la Real Hacienda.

[27] La oración de Maimónides reza:

«Ahora me dispongo a cumplir la tarea de mi profesión.»

«Asísteme, Todopoderoso, para que tenga éxito en la gran empresa. Que me inspire el amor a la ciencia y a tus criaturas. Que en mi afán no se mezcle la ansiedad de dinero y el anhelo de gloria o fama, pues éstos son enemigos de la verdad y del amor al hombre, y me podrían también llevar a errar en mi tarea de hacer bien a tus criaturas. Conserva las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma para que siempre y sin desmayo esté dispuesto a auxiliar y a asistir al rico y al pobre, al bueno y al malo, al

enemigo y al amigo. En el que sufre hazme ver solamente al hombre.»

«Alumbra mi inteligencia para que perciba lo existente y palpe lo escondido e invisible. Que yo no descienda y entienda mal lo visible y que tampoco me envanezca, porque entonces podría ver lo que en verdad no existe.»

«Haz que mi espíritu esté siempre alerta; que junto a la cama del enfermo ninguna cosa extraña turbe mi atención, que nada me altere durante los trabajos silenciosos. Que mis pacientes confíen en mí y en mi arte; que obedezcan mis prescripciones e indicaciones. Arroja a su lecho a todos los curanderos y la multitud de parientes *aconsejadores y sabios* enfermeros, porque se trata de personas crueles que con su palabrerío anulan los mejores propósitos de la ciencia y a menudo traen la muerte a tus criaturas.»

«Cuando médicos más inteligentes quieran aconsejarme, perfeccionarme y enseñarme, haz que mi espíritu les agradezca y obedezca. Pero cuando tontos pretenciosos me acusen, haz que el amor fortifique plenamente mi espíritu para que con obstinación sirva a la verdad sin atender a los años, a la gloria y a la fama, porque el hacer concesiones traería perjuicio a tus criaturas.»

«Que mi espíritu sea benigno y suave cuando camaradas más viejos, haciendo mérito a su mayor edad, me desplacen y befén y, ofendiéndome, me hagan mejor. Haz que también esto se convierta en mi beneficio, para que conozca algo que no sé, pero que no me hiera su engreimiento: son viejos y la vejez no es un freno para las pasiones.»

«Hazme humilde en todo, pero no en el gran arte. No dejes despertar en mí el pensamiento de que ya sé lo suficiente, sino dame fuerza, tiempo y voluntad para ensanchar siempre mis conocimientos y adquirir otros nuevos. La ciencia es grande y la inteligencia del hombre cada vez cava más hondo.»

[28] Antídoto universal que entonces se usaba contra los envenenamientos. La pólvora era considerada venenosa: se suministraba teriaca, por eso, a los heridos por armas de fuego.

[29] El barbero, enfermero, sirviente, mulato y bastardo Martín de Porres fue propuesto para su beatificación por el papa Clemente IX. La causa, sin embargo, fue detenida en el procedimiento vaticano durante una centuria. En 1763 fue proclamada la heroicidad de sus virtudes por un decreto apostólico. Pero su aprobación recién tuvo lugar en 1936 por el papa Gregorio XVI, quien avanzó más aún, y lo reconoció Bienaventurado. El papa Juan XXIII, en mayo de 1962 —sobre las vísperas del Concilio Vaticano II— en una emotiva ceremonia, elevó al hermano San Martín de Porres a la veneración de loa altares. Es el primer santo negro de América.

[30] Calificador: funcionario del Santo Oficio que, por su erudición, estaba capacitado para juzgar las manifestaciones atribuidas al reo o las encontradas en libros y documentos. Debía informar también sobre la censura teológica que

merecían sus proposiciones.

[31] Diego de Almagro fue compañero del Francisco y realizó la primera expedición española a Chile en 1535.

[32] El temible cacique Caupolicán cayó prisionero del capitán Alonso Reinoso, quien le preparó en Cañafe una muerte horrible. Levantó un tablado en la plaza y colocó en el medio un poste terminado en punta. Mandó traer la víctima, que llegó cargada de cadenas y una soga al cuello. En medio de gran expectativa lo sentó sobre la punta, de tal forma que el madero penetró por su ano y llegó hasta la garganta. Mientras se convulsionaba, varios indígenas prisioneros eran obligados a disparar flechas sobre el cuerpo destrozado.

[33] En el sambenito se pintaban aspas en lugar de cruces porque los condenados eran indignos de portar el símbolo sagrado. Cuando el reo era absuelto, el sambenito no llevaba aspas. En cambio, cuando el Santo Oficio recelaba, pero lo admitía igualmente en reconciliación, debía exhibir medias aspas (fue el caso de Diego Núñez da Silva). Cuando se lo juzgaba hereje formal, pero abjuraba de su error, el sambenito tenía aspas enteras. En los casos extremos cuando los reos eran «relajados» —es decir, entregados al brazo seglar para que les diera muerte— usaban también tres tipos de vestimenta penitencial según la intensidad de la condena, incluyendo siempre una pintura de las llamas que devorarían su cuerpo.

[34] Los *defensores* son el Rey y su linaje, los nobles, infanzones y hasta se podría incluir a los jurisconsultos.

[35] Oración hebrea por los muertos.

[36] Pascua judía.

[37] Séder: ceremonia mediante la cual se evoca y celebra la liberación de la esclavitud en Egipto.

[38] Panes ázimos o cenceños.

[39] Narración del Éxodo.

[40] El cargo de deicidio y la sistemática mención de los judíos como pérfidos recién fue revocada por la Iglesia Católica en el Concilio Vaticano II, que inauguró en 1962 el papa Juan XXIII.

[41] Pacto de circuncisión. Generalmente se dice sólo *Brit*, porque el acento recae sobre la palabra *pacto*.

[42] Carcelero, encargado de las prisiones del Santo Oficio.

[43] El Santo Oficio de la Inquisición.

[44] Los cuatro calificadores que escogió el Tribunal eran joyas del Virreinato. El jesuita Andrés Hernández fue autor de un *Tratado de Teología* en cuatro volúmenes. Andrés de Bilbao «fue uno de los mayores hombres que en su tiempo gozó el Perú», aseguraba el cronista de la orden dominicana. El doctor Pedro Ortega fue rector de la Universidad y autor del *Teatro histórico de la Iglesia de Arequipa*. Alonso Briceño

ganó la cátedra de filosofía y enseñó con tanto brillo que se lo llamaba «el segundo Escoto»; años más tarde fue despachado a Roma con plenos poderes para gestionar la canonización de San Francisco Solano.

[45] La enemistad de Andrés Juan Gaitán y Juan Mañozca se remontaba al principio de su encuentro, cuando Mañozca había llegado como visitador e informó que en el Perú «todo estaba muy mal». Gaitán, que era el inquisidor más antiguo, se negó a recibir a Mañozca y también a ofrecerle alojamiento. Tanta era su tirria que criticó al virrey y otras personalidades por acoger al visitador y su séquito. Mañozca denunció a Gaitán ante la Suprema de Sevilla. La Suprema nombró a Antonio Castro del Castillo y, a partir de entonces, se estableció cierto balance entre los tres jueces. Pero las brasas de antiguas heridas continuaban ardiendo.

[46] El Tribunal le concedió una enésima, décima y undécima disputa ante la perspectiva de que por fin iba a ceder. Ocurrieron con mucha distancia entre sí, porque los jueces sentían un indisimulable fastidio al escucharlo. Según la documentación enviada a la Suprema de Sevilla, las disputas tuvieron lugar el 17 de diciembre de 1631, el 14 de octubre de 1632 y 21 de enero de 1633.

[47] Los consultores eran ministros no asalariados del Santo Oficio de reconocida ilustración. Interveníán en las causas de fe y estaban autorizados a votar por la detención de una persona, someterlo o no a las torturas y también condenarlo en la sentencia definitiva. Podían ser requeridos por el Tribunal cuando no había acuerdo entre los inquisidores mismos y para ayudar en los conflictos de jurisdicción del Santo Oficio con el poder civil o eclesiástico.

[48] El alcaide Bartolomé de Pradeda logró convencer al Tribunal y, en recompensa a su buen comportamiento anterior a las recientes faltas, se le dio licencia para convalecer en su hacienda. De esta forma no «causará mayor daño», registra el informe. Ocupó el puesto vacante su ayudante Diego de Vargas.

[49] A la sinagoga de los hermanos judíos que están en Roma.

[50] En la relación del año 1639 que los tres inquisidores elevaron a la Suprema informaron textualmente: «...habiendo pasado el reo una larga enfermedad, de que estuvo en lo último de su vida, por un ayuno que hizo de ochenta días, en los cuales pasando muchos sin comer, cuando lo hacía eran unas mazamorras de harina y agua, con que se debilitó de manera que no se podía rodar en la cama, quedándole sólo los huesos y el pellejo, y éste muy llagado.»

[51] El conde de Chinchón, virrey del Perú, escribió al soberano por correo aparte el 13 de mayo de 1636. Informaba que brindó asistencia al Santo Oficio para arrestar muchos portugueses, recomendaba que el Consejo de Indias y la Suprema agradecieran el recelo del Tribunal limeño, y pedía mayor vigilancia en el pasaje de portugueses a América. Pero enfatizaba que los inquisidores debían restituir al fisco real una alta suma por la voraz apropiación de bienes que estaban efectuando. Era

éste el nudo del conflicto y el monarca no echaría en saco roto semejante veta.

[52] Dice el informe: «Después de lo susodicho (el ayuno), fue juntando el reo mucha cantidad de hojas de choclo s de maíz que pedía le diesen de ración en lugar de pan, y de ellas hizo una soga, con la cual salió por la ventana que estaba cerca del techo de su cárcel; y fue a las cárceles circunvecinas que están dentro de la primera muralla, y entró en ellas y a los que estaban presos les persuadió a que siguiesen su ley; y habiéndose entendido, se recibió información sobre el caso, y lo declararon cuatro testigos presos, que estaban dos en cada cárcel. Se tuvo con el reo audiencia y lo confesó todo de plano, y que el celo de su ley le había movido a ello.»

[53] El arzobispo Arias de Ugarte protegió a su capellán hasta la muerte, tras lo cual Diego López de Lisboa —en 1644— escribió la emotiva biografía de su valiente benefactor.

[54] En una carta del 18 de mayo de 1639 dice: «Con la ocasión de las haciendas que se han embargado por la Inquisición, ha quedado tan enflaquecido el comercio que apenas pueden llevarse las cargas ordinarias.»

[55] En su informe, los inquisidores aseguran que los negros «eran ladinos en favor de los portugueses. Como los traían de Guinea, sabían sus lenguas y esto ayudó mucho para sus comunicaciones internas, como el uso del limón y el abecedario de golpes, cosa notable: la primera letra era un golpe, la segunda dos, la tercera tres. Con estas cifras y caracteres se entendían: claro indicio de su complicidad».

[56] «...y en las manos cruces verdes, menos el licenciado Silva —reza el informe oficial—, que no la quiso llevar por ir rebelde: todos los demás llevaban velas verdes.»

[57] «... su cuñado Sebastián Duarte que, yendo a la gradilla a oír su sentencia, al pasar muy cerca de aquél (Manuel Bautista Pérez), enternecidos se besaron al modo judío, sin que sus guardias los pudiesen estorbar.»